



Julio Albi

Banderas olvidadas

El ejército realista en América



ICI
QUINTO CENTENARIO

Banderas olvidadas

El ejército realista en América

EDICIONES DE CULTURA HISPÁNICA
AGENCIA ESPAÑOLA DE COOPERACIÓN INTERNACIONAL
Avda. Reyes Católicos, 4. 28040 Madrid

Diseño de la colección y portada: Alberto Corazón

NIPO: 028-90-003-0
ISBN: 84-7232-547-4
Depósito Legal: M.23825-1990

Impreso en Artegraf, S. A.
Sebastián Gómez, 5 - 28026 Madrid

1990

Julio Albi

Banderas olvidadas

El ejército realista en América



Ediciones de Cultura Hispánica
Madrid, 1990

Para La Rubia, Mario y Luigi.

Indice

Pág.

Introducción

El propósito de este trabajo no es describir las campañas de las guerras de emancipación, labor que exigiría varios volúmenes, ni entrar en el detalle de operaciones que cubrieron medio continente. Mi deseo ha sido, simplemente, hacer una modesta obra de divulgación, nada erudita, sobre la larga lucha que sostuvieron peninsulares y muchos americanos para mantener la soberanía de España sobre sus posesiones de Ultramar. Por ello he puesto mayor énfasis en la descripción de los acontecimientos en los territorios donde la guerra tuvo verdadero carácter regular, evitando en lo posible tediosas descripciones de decenas de pequeños encuentros de escaso alcance.

Las campañas de emancipación han recibido tradicionalmente poca atención en Europa, seguramente por la debilidad numérica de las fuerzas en presencia, sobre todo en comparación con las entonces recientemente acabadas campañas napoleónicas. Sin embargo, en aquellas batallas se jugaba el destino de países enteros, por lo que en mi opinión merecen un puesto más importante del que se les ha reconocido en la historia militar.

En cuanto al Ejército Realista, ha sido un Ejército maldito, como casi todos los derrotados. Por lo que se refiere a sus componentes europeos, España prefirió perder la memoria de sus fracasos, olvidando al tiempo sus sacrificios y sus triunfos.

Por lo que respecta a los americanos que lo integraron, fueron inevitablemente considerados en sus propios países como traidores, indignos de ser recordados.

En ninguna de las historias clásicas del Ejército español, desde Clonard hasta Barado, pasando por Gil Alvaro, existen apenas referencias a la multitud de unidades locales que defendieron durante más de diez años lo que consideraban los derechos de Fernando VII.

Sin embargo, americanos y peninsulares combatieron unidos con una constancia admirable por lo que creían que era una justa causa, a la sombra de banderas hoy ya olvidadas y encuadradas en unas fuerzas sui generis. En efecto, sobre una estructura caracterizada por la dependencia de aquella parte de América respecto a España, se levantó una organización original. Aunque su cúpula estuvo dominada por peninsulares, en muchos de los Cuerpos que la componían, europeos y americanos servían codo con codo, a las órdenes de oficiales que podían ser originarios, indistintamente, de la metrópoli o de cualquiera de los territorios ultramarinos sobre los que ondeaba la enseña con el soberbio «Plus Ultra». La vida y la muerte de esas unidades merecen, seguramente, un puñado de páginas.

Respecto a la terminología utilizada para designar a ambos bandos he preferido describirlos, respectivamente, como realistas e independentistas. El primero es un término generalmente aceptado, más preciso que la expresión "españoles" a la que con frecuencia se recurre. El segundo me parece preferible a otros como patriotas, republicanos, insurgentes o independientes.

El concepto «patria» es relativamente indefinido y desde luego, los realistas consideraban también como patriotas a los integrantes de sus Ejércitos. Por otro lado, se podría hablar con Martínez Peláez de la "Patria del criollo" que no necesariamente era la de todos sus connacionales. Es este un tema vidrioso que me ha parecido mejor obviar.

La palabra «republicanos» es asimismo discutible. Lo que se dirimía en América no eran formas de régimen político, sino la independencia o el mantenimiento de la soberanía española. No faltaron por otro lado, como es sabido, tendencias monárquicas en algunos sectores independentistas.

Insurgentes o rebeldes son conceptos que en casi todos los países tienen un sentido peyorativo, por lo que me ha parecido conveniente no utilizarlos.

En cuanto al término independientes, resulta poco satisfactorio. De un lado, no es aplicable a tropas de una región que todavía no ha obtenido su independencia; de otro se podría aplicar con mayor precisión a los propios peninsulares realistas, que pertenecían a un país reconocido como soberano por toda la comunidad internacional.

Quisiera añadir que he empleado indistintamente las palabras peninsulares o europeos para designar, como se hacía en aquel tiempo, a los hombres procedentes de lo que actualmente es España.

Finalmente, deseo expresar mi agradecimiento a quienes me han ayudado en la elaboración de este trabajo: en el Servicio Histórico Militar y en la División Hispánica de la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos he encontrado, como en ocasiones anteriores, toda clase de facilidades. El Padre Storni, de la Biblioteca de Escritores de Roma, y Sofía Gandarias, Jefe del Servicio de Archivo del Congreso español han derrochado paciencia con mis peticiones. Javier Malagón ha seguido aguantándome algunos años más.

El Profesor Christon I. Archer me ha ayudado con sus siempre acertadas reflexiones. Salvador Bermúdez de Castro, Manuel Cacho, Eduardo Cerro, Juan Manuel Egea, Félix Fernández Shaw, Aníbal Jiménez-Abascal, Eduardo de Laiglesia, Francisco Mata, Javier Paramio, Augusto Serrano y Leopoldo Stampa me han buscado libros que yo no lograba encontrar.

Quisiera también dar las gracias a Carmelo Angulo, a Antonio Papell y a Pedro García Domínguez por haber hecho posible la publicación de este libro, y a Zoila Torres por sus esfuerzos con mis ilegibles manuscritos.

Tegucigalpa, enero de 1990

CAPITULO I

"La conducta de Vds. en el Perú como militares merece el aplauso de los mismos contrarios. Es una especie de prodigio lo que Vds. han hecho en este país. Vds. solos han retrasado la Emancipación del Nuevo Mundo dictada por la naturaleza y por los nuevos destinos".

(Carta de Bolívar al General realista Canterac, tras la batalla de Ayacucho)

El Ejército de España

Cuando se inicia la Guerra de la Independencia contra Napoleón, que tendría directas repercusiones en la América hispana, el Ejército español contaba con 101.865 hombres (1) —aunque sus efectivos teóricos eran más de 150.000— organizados de la siguiente forma:

De un lado, la Guardia Real, con el equivalente de 2 Regimientos de Caballería y con dos de Infantería, que sumaban en total algo más de 8.000 hombres.

De otro, lo que se llamaba "Cuerpo de Ejército", formado por 45 Regimientos de Infantería de Línea —35 españoles, 4 "extranjeros" (irlandeses e italianos) y 6 suizos— 12 Regimientos de Infantería Ligera, 12 de Caballería de Línea, 8 de Dragones, 2 de Cazadores y 2 de Húsares.

La Artillería contaba con 4 regimientos, con 34 baterías de campaña, 6 de a caballo y 21 de guarnición, con 240 cañones.

Los Ingenieros tenían 169 jefes y oficiales y su Regimiento, recientemente creado, 1.000 plazas.

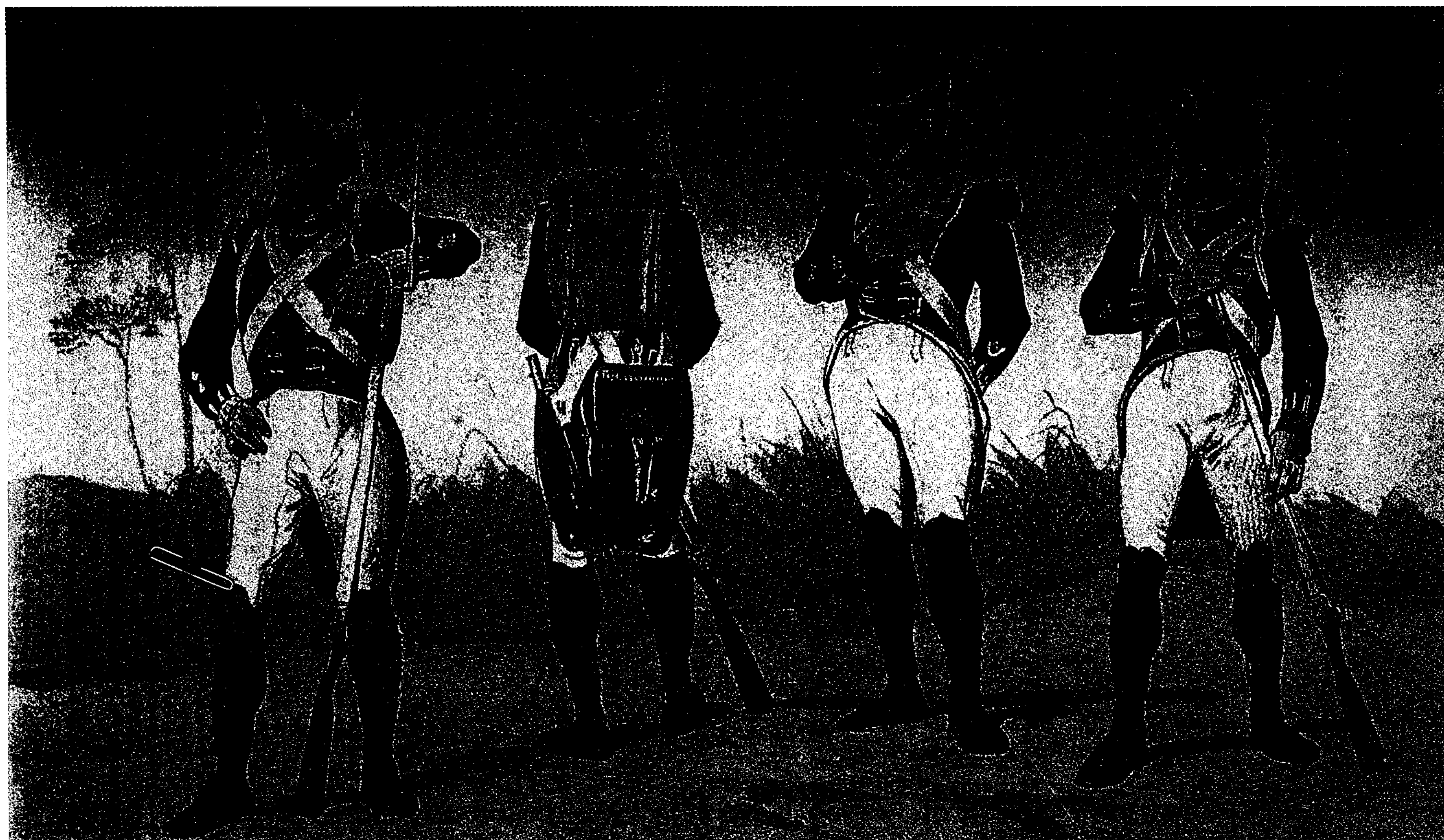
Como fuerzas de reserva estaban las Milicias, formadas por ciudadanos movilizados en caso de crisis o de guerra. En 1808 alineaban 43 Batallones con 39.000 hombres, todos de Infantería.

En ese mismo año, los Reglamentos vigentes habían estructurado a los Regimientos de Infantería española y extranjera en 3 Batallones, a unos 647 hombres cada uno. En la práctica, los Terceros Batallones estaban en cuadro y sólo se completaban si eran movilizados (2). Los Regi-



(1) *Historia de la Guerra de Independencia, escrita por una sociedad de literatos*, Madrid 1839, pág. 320.

(2) Eduardo de Fuentes Cervera, "La Organización de nuestro Ejército", publicado en *La Guerra de Independencia española y los sitios de Zaragoza*, Zaragoza 1958, pág. 172.



Uniformes de Cuerpos Realistas peninsulares.

mientos suizos tenían dos Batallones, y los Ligeros, uno, de algo más de 1.000 plazas. Estas cifras oficiales no siempre reflejaban la realidad, ya que casi ninguno de los batallones existentes en la península, exceptuados quizás los de la Guardia, estaban al completo. Por otro lado, tanto las unidades teóricamente irlandesas como las "extranjeras" contaban con un gran número de españoles en sus filas.

En cuanto a la Caballería, cada Regimiento estaba dividido en 5 Escuadrones de poco más de 100 hombres, según plantilla, aunque normalmente eran más débiles.

Los hombres que integraban las distintas unidades se clasificaban, según su procedencia, en tres grupos.

En primer lugar, los enrolados voluntariamente, que habían hecho de las armas su profesión. Con largos años de servicio, bien disciplinados e instruidos formaban la columna vertebral de los Cuerpos.

En segundo lugar, los alistados a través de las quintas, sorteados entre la población. Aunque era un hecho conocido que los alcaldes utilizaban éstas para librarse de los elementos menos recomendables de la localidad, los hombres así reclutados podrían llegar a convertirse en buenos combatientes, siempre que contaran con cuadros adecuados.

Por último, estaban los hombres que procedían de levas forzosas entre vagabundos, maleantes, etc. Eran, con diferencia, la parte más débil de cada unidad y planteaban continuos problemas de disciplina que se castigaban con tremenda severidad.

Tradicionalmente, Artillería e Ingenieros alardeaban de contar con hombres de una calidad superior a la media y de ser especialmente selectivos a la hora de elegir el personal. Este, por las funciones específicas de ambos Cuerpos, que se enorgullecían del título Real, debía ciertamente reunir unas condiciones tanto de inteligencia como de robustez que no se exigían de un simple infante.

La Caballería, apoyada en la aureola de aristocracia que rodeaba a sus Regimientos, en la brillantez de los uniformes y en el servicio relativamente más cómodo que se prestaba en ellos, tampoco acostumbraba a tener grandes problemas de reclutamiento.

Eran éstos especialmente graves en la Infantería, más numerosa y menos atractiva y que, por tanto, acogía un porcentaje mayor de gente procedente de la leva.

En cuanto a la oficialidad, la de Infantería y la de Caballería podían tener un doble origen; o de clase de cadetes o de sargentos ascendidos. Los primeros eran sobre todo nobles o hijos de militares. Para los segundos se requería que fuesen "de calidad honrada".

En principio, el aprendizaje de la profesión se realizaba, como en otros Ejércitos europeos, en el seno de las propias unidades, con resultados mediocres. Desde el siglo anterior habían existido Colegios Militares, que daban una mejor preparación, pero todos ellos habían tenido una trayectoria espasmódica, cerrándose unos al poco tiempo de ser inaugurados, para ser sustituidos por otros que a su vez no tardaban en ser suprimidos.

También en esto Artillería e Ingenieros eran una excepción, contando con sendas Academias en Segovia y Alcalá de Henares, donde se impartía una cuidada educación.

Los ascensos hasta la clase de capitán eran por rigurosa antigüedad, en principio, pero a partir de ese grado pasaban a ser por elección, lo que facilitaba carreras insólitamente rápidas para los oficiales con buenas conexiones sociales. Ello favorecía sobre todo a los procedentes de cadetes, mientras que los antiguos sargentos, a pesar de que a veces conocían mejor su profesión, podían pasarse decenas de años sin ascender.

La existencia de tropas de diversas especialidades que hemos mencionado, se justificaba por las misiones que les estaban atribuidas.

La Infantería de Línea, que constituía el núcleo del Ejército, operaba en formaciones cerradas y principalmente mediante el fuego.

La Ligera, por su parte, actuaba en formaciones abiertas y flexibles. Su objetivo era desplegar a vanguardia de la línea y molestar con su fuego independiente al enemigo, procurando a la vez eliminar a sus oficiales. Su función era preparar un ataque o debilitar una ofensiva contraria.

La Caballería de Línea se utilizaba en formaciones cerradas. Actuaba ante todo mediante el choque al arma blanca.

Los Dragones constituían una vieja especialidad cuya característica original era su capacidad para combatir tanto pie a tierra, con sus armas de fuego, como a caballo, con espada o sable. Sin embargo, por su evolución natural, el Instituto se había convertido en el siglo XIX prácticamente en Caballería convencional, aunque sus hombres y sus caballos acostumbraban a ser menos robustos que en las tropas de Línea.

La Caballería Ligera, en sus diversos tipos —Cazadores, Húsares— se empleaba para el reconocimiento, para los ataques a las líneas de comunicaciones y para golpes de mano. En principio, combatía en formaciones muy poco densas, y estaba integrada por hombres y monturas ágiles pero de poca talla, lo que no le hacía apta para el choque frontal con Escuadrones de Línea.

En cuanto a la Artillería, la de a pie se caracterizaba porque los sirvientes caminaban junto a las piezas, mientras que la de a caballo tenía a los artilleros montados. De ahí que la primera, que estaba dotada de piezas más pesadas, se usase durante la batalla en misiones estáticas o cuasi estáticas, mientras que la segunda, por su mayor movilidad y su capacidad para acompañar tropas en marcha, se empleará para apoyar el ataque.

Los Ingenieros tenían como misión realizar obras de campaña o de asedio, tender puentes, erigir y mantener fortificaciones, etc.

Las especialidades básicas que hemos citado no agotaban todas las existentes en un Ejército de la época. Así, tanto la Infantería como la Caballería solían contar en sus Regimientos con una Compañía de preferencia, formada por hombres de especial confianza, seleccionados por su estatura y veteranía, que se empleaban en misiones de reconocida dificultad. Recibían el nombre de Granaderos, en la Infantería de Línea y en los Dragones, y de Carabineros en los Batallones Ligeros y en la Caballería de Línea.

En algunos casos, existían Cuerpos enteros con esta denominación, como los Carabineros Reales en el Ejército español.

La Infantería, tanto de Línea como Ligera, podía tener una segunda Compañía de preferencia, constituida por soldados escogidos por su agilidad y puntería. En la Infantería de Línea recibían el nombre de Cazadores y constituían una especie de Infantería Ligera propia de la unidad. En los Batallones Ligeros se les llamaba Tiradores. En la organización francesa eran designados como "Voltigeurs" y a ello obedecerá la presencia en el Ejército de Bolivar de un Cuerpo bautizado como "Voltígeros".

En cuanto a la Caballería, además de los Institutos citados, podía tener otros como los Granaderos a Caballo, Coraceros o Lanceros, por sólo citar algunos. Ninguno de ellos existía en España en 1808, pero no tardarían en aparecer en la península primero y más tarde en América. Los primeros constituían, en teoría, unidades de elite. Los segundos formaban la Caballería llamada pesada, y se distinguían por la protección adicional que llevaban. Los terceros estaban a medio camino entre la Caballería de Línea y la Ligera y su empleo venía determinado por los inconvenientes y las ventajas de su armamento. En efecto, si bien la lanza confería una notable superioridad en el primer momento del choque, resultaba un estorbo en el cuerpo a cuerpo, era embarazosa en las marchas y exigía una larga instrucción.

Las características de las armas de la época, y por tanto de las tácticas empleadas, hacían necesaria la existencia de tan variadas tropas.

Empecemos por la Infantería, la clásica "Reina de las batallas", la parte más numerosa del Ejército y cuya victoria o derrota decidía el resultado de un combate.

Estaba dotada de un fusil que sólo se podía cargar estando de pie y cuya cadencia de tiro no superaba uno o dos disparos por minuto. Su alcance eficaz en teoría se situaba entre los 100 y los 200 metros (3). Pero, en la práctica, a 130 metros resultaba casi imposible acertar un blanco del tamaño de un hombre. De ahí que se utilizara casi exclusivamente el fuego por descargas, es decir, varios fusiles disparando a la vez contra un mismo objetivo. Pero aún así, una unidad tirando a un objetivo que ocupaba un frente similar al suyo, a 300 metros de distancia sólo conseguía un 20% de impactos; a 225, un 25%; a 150, el 40%; a 75, el 60%.

Estos resultados, obtenidos en condiciones óptimas, disminuían aún más en acción por los efectos naturales del miedo, nerviosismo, cansancio, confusión, falta de visibilidad (se utilizaba pólvora negra, que producía una enorme cortina de humo) etc..., de forma que en la práctica se estimaba que el alcance eficaz no pasaba de 90 metros, y aún entonces sólo se obtenía un 15% de blancos.

Consecuencia de todo ello era que, en primer lugar, el soldado tenía que combatir de pie, porque sólo así podía cargar el arma. En segundo lugar, lo hacía en formaciones de cierta profundidad —dos o tres filas— para que siempre hubiera una con el arma preparada, cubriendo a la

◆

(3) Datos extraídos de B.P. Hughes, *Firepower*, Londres 1974.

que estaba cargando tras haber disparado. Por otro lado, para batir eficazmente un blanco había que reunir contra él el mayor número posible de fusiles. Es decir, acumular en la menor superficie tantas armas como se pudiera, lo que se obtenía colocando a los hombres casi hombro con hombro. Por otra parte, la misma falta de precisión llevaba a "reservar el fuego" hasta estar cerca del enemigo.

Finalmente, la lentitud de la cadencia de tiro significaba que una unidad de Infantería no podía detener únicamente con sus disparos a otro Cuerpo que se acercara a gran velocidad, sobre todo si era de Caballería.

Por lo tanto, cuando ésta se aproximaba, hubiera sido suicida para los infantes mantener la formación en línea, que sería barrida irremesiblemente por el choque de los jinetes. Para evitar esto, se pasaba a otra formación, el cuadro. Este, que en realidad era un rectángulo, presentaba al enemigo un frente sin flancos que, por tanto, no podía ser envuelto. Tenía en cambio el inconveniente de que ofrecía un sólido blanco a la Artillería enemiga y de que reducía el número de fusiles que podían batir cada uno de sus costados a una cuarta parte del total de la unidad.

Había una tercera formación para la Infantería: la columna. Avanzar en cuadro era prácticamente imposible. Hacerlo en línea resultaba una operación lenta y difícil, ante la imperiosa necesidad de mantener un contacto estrechísimo entre los hombres. Por ello era frecuente mover a las tropas en columnas de poco frente y gran profundidad, desplegándolas en línea para hacer fuego sólo cuando se estaba cerca del objetivo.

Si se trataba de unidades no perfectamente instruidas, o si se quería imprimir mayor velocidad a la acción, se conservaba la formación en columnas hasta el momento mismo del cuerpo a cuerpo.

El problema que ello entrañaba era que la columna tenía una capacidad mínima de defenderse con su fuego propio, ya que las dos primeras filas, las únicas que podían disparar, ocupaban un frente relativamente pequeño, al estar la unidad formada en profundidad. Además, ofrecían un blanco considerable a los fusiles y los cañones enemigos, al tiempo que si la Caballería contraria se acercaba resultaba muy difícil pasar de la columna al cuadro.

Aunque en muchos casos la Infantería Ligera actuaba de idéntica manera a la de la Línea, también tenía funciones propias. Eso no implica que necesariamente contara siempre con un armamento distinto, aunque la tendencia era dotarla con fusiles más perfeccionados. Así, algunas unidades, como los "Rifles" británicos tenían fusiles rayados que si bien ofrecían mayor alcance y precisión, poseían una cadencia de tiro inferior.

En muchos casos, pues, los Cazadores tenían que fiarse exclusivamente de su mejor puntería y de su agilidad para desempeñar la misión que les estaba encomendada de hostigar con su fuego independiente al enemigo.

Para hacerlo, desplegaban por parejas en una larga línea, "en Tiradores", como se llamaba, y aprovechando los accidentes del terreno se aproximaban todo lo posible a la línea contraria, procurando eliminar a los oficiales. Normalmente, una parte de la unidad permanecía agrupada a retaguardia, en calidad de reserva. El hecho de que actuaran de dos en dos obedecía a la necesidad de que ningún hombre estuviera inerme, tras haber disparado, frente a una reacción enemiga, ya que así contaba con la protección de su compañero que mantenía el arma cargada.

Desde luego, la formación en "Tiradores" alcanzaba su eficacia máxima frente a un enemigo dispuesto en línea, ya que los Cazadores desplegados en un amplio frente y protegidos por obstáculos ofrecían un blanco pequeño a una descarga. Era, en cambio, vulnerable frente a Infantería Ligera enemiga que adoptara la misma formación y, sobre todo, frente a una carga de Caballería. Tampoco podía detener un avance masivo de tropas de Línea.

En cuanto a la Caballería de Línea, utilizaba casi exclusivamente sus armas blancas mediante cargas en línea, bota con bota. Por las mismas razones que la Infantería, acostumbraba a hacer todos los movimientos previos en columna. La carga en sí, para tener éxito, debía ser siempre rígidamente controlada. De ahí que se iniciara al paso y se continuara el trote para luego completarla al galope corto. Unicamente se lanzaban los caballos a rienda abatida en los últimos metros, con objeto de que la unidad llegara al choque formando un bloque compacto, obteniéndose así el máximo impacto.

La carga, eficaz contra otras unidades de Caballería, contra Infantería Ligera "en Tiradores" y contra Infantería de Línea desplegada era —a pesar de la leyenda— prácticamente inútil contra un cuadro bien formado que presentaba una muralla de fuego y bayonetas, sin flancos, casi inabordable.

En realidad, raramente los jinetes cargaban un cuadro intacto, sino que tendían a girar en torno a él disparando sus poco precisas pistolas, esperando que los infantes perdieran, por nerviosismo o por las bajas sufridas, el contacto hombro con hombro que les hacía, a todos los efectos, invulnerables. Si esto llegaba a suceder, si se abría una brecha, la Caballería entraba por ella, deshaciendo entonces con gran facilidad a la Infantería.

Axiomas esenciales para la caballería eran mantener siempre una reserva para explotar el éxito o para reparar un revés, y no recibir jamás una carga a pie firme ya que en esas condiciones el ataque de un Escuadrón enemigo al galope era imparable.

La Caballería Ligera, por su parte, operaba habitualmente en formaciones abiertas, recurriendo con más frecuencia al fuego de sus carabinas y pistolas. Al igual que los Cazadores de Infantería, su misión era de hostigamiento, y en principio no tenían el peso suficiente para abordar frontalmente a unidades de Línea.

La Artillería utilizaba tres clases principales de proyectiles. Las balas rasas, sólidas, que se empleaban en la zona comprendida entre los 500 metros y los 1.000. Más allá perdían velocidad y acababan por rodar por el suelo. Por debajo de los 500, se desplazaban a mayor altura que un hombre, pasando por encima del blanco. Naturalmente, este no era el caso si se disparaba con alza cero, pero ello implicaba una perdida tal de alcance que raramente se recurría a ella.

Entre los 0 y los 500 metros se usaba la metralla, botes de hoja de lata o sacos de tela gruesa llenos de balas, entre 41 y 85, según se tratase de metralla gruesa o menuda. La primera tenía mayor alcance, pero era menos mortífera, por lo que se empleaba entre los 250 y los 500 metros. La segunda, más eficaz, se usaba entre los 0 y los 250 metros. La metralla convertía el cañón en una especie de gigantesca escopeta de caza, menos precisa que un fusil, pero que batía una superficie mayor.

La tercera clase de proyectil, el obús, consistía en una bala hueca, llena de pólvora, que reventaba sobre el objetivo. Se empleaba ante todo contra ciudades o contra grandes concentraciones de tropas.

Un cuarto tipo de proyectil era el cohete, inventado por el británico Congreve. Lo veremos utilizar en América, pero era un arma errática y de escasísima precisión.

La cadencia de tiro aconsejable en la Artillería convencional se situaba en torno a los dos disparos por minuto. Para dar una idea de su eficacia, diremos que se calculaba que una pieza disparando contra un Cuerpo de Infantería que iniciaba el avance a 1,350 metros de distancia, tenía tiempo para hacer 36 disparos contra él. Naturalmente, a medida que se aproximara el número de blancos aumentaría, mientras que las bajas crecerían rápidamente al sustituir en el último tramo del recorrido la metralla por las balas.

La Artillería tenía también, sin embargo, serias limitaciones. En el campo de batalla sólo podía batir aquellos blancos que, además de encontrarse a distancia de tiro, estuviesen a la vista de los sirvientes, ya que salvo en rarísimas ocasiones se utilizaba el tiro directo. Los mecanismos de puntería, por otro lado, eran primitivos en extremo, lo que contribuía a disminuir la precisión. Por último, la pieza tenía que volver a ser emplazada a brazo tras cada disparo, ya que no existían dispositivos para absorver el retroceso.

En general, por consiguiente, había tendencia a concentrar los cañones, si era posible, con objeto de compensar así los problemas de precisión y de cadencia de tiro, única forma de batir eficazmente una zona de terreno. Por la misma razón, era costumbre disparar sobre las masas de hombres del enemigo, más que en contra-batería, es decir, contra la Artillería enemiga que presentaba un blanco inferior.

A pesar del escaso desarrollo que, comparativamente, habían alcanzado las armas de fuego a principios del siglo XIX, para entonces dominaban ya el campo de batalla.

Los cuerpo a cuerpo se habían hecho cada vez más raros. Lo normal es que las unidades atacaran y se defendieran apoyadas siempre por un volumen de fuego considerable. De esa manera, cuando se llegaba a distancia del asalto, bien la atacante, bien la atacada se encontraba debilitada por las bajas, de forma que una de las dos cedía antes de cruzar sables o bayonetas. Esto se aplicaba tanto a dos Infanterías enfrentadas como a las Caballerías entre sí, como a Caballería contra Infantería.

Desde luego, tan importante como la eficacia del fuego era el valor moral. Los casos de cuadros deshaciéndose por sí mismos, debido a que sus integrantes no conservaban la sangre fría, o de Escuadrones volviendo grupas ante una carga del enemigo no eran raros, sobre todo entre tropas poco fogueadas, mal instruidas o con escasa disciplina.

La batalla modelo, en la que se utilizaban de forma óptima los distintos tipos de unidades y de armas transcurriría, idealmente, así (4):

◆

(4) Para un buen resumen de las tácticas de la época, ver David Chandler, *The Compaigns of Napoleon*, Londres 1964, págs. 339-367.

En los días anteriores, la Caballería Ligera hostigaba al enemigo, informaba sobre su fuerza y, si era necesario, ayudaba a fijarle para obligarle a aceptar combate.

El día en que éste tenía lugar, el general desplegaba a su Infantería en el centro y las alas, reforzando la situada en el sector por donde iba a lanzar el ataque. A vanguardia de ella desplegaría la Infantería Ligera. La Artillería se dispondría de manera que batiera el punto por donde se quería romper la línea enemiga. La Caballería de Línea ocuparía los extremos, a su vez protegida por la Ligera.

Debería de haber en reserva unidades de las tres Armas, para hacer frente a imprevistos o explotar el éxito.

El ataque venía precedido por un bombardeo artillero, para "ablandar" al enemigo. Logrado este resultado, la Infantería, bien desplegada o en columna, avanzaba a cubierto siempre de una pantalla de Cazadores. Idealmente, Regimientos de Caballería de Línea, acompañados por piezas de Artillería a Caballo, apoyaban el movimiento.

Los Cazadores barrían a la Infantería Ligera enemiga y debilitaban con sus disparos a la de Línea.

La Infantería atacante entonces o bien pasaba a línea para diezmar con sus descargas a la contraria, caso de haber avanzado hasta entonces en columna, o cargaba directamente en esta formación.

Si no había Caballería enemiga a la vista, la propia amagaba a la Infantería objeto del ataque. Ante la amenaza, ésta formaba el cuadro, reduciendo su capacidad de fuego y ofreciendo un blanco ideal a la Artillería de acompañamiento y a los infantes propios.

Tanto en un caso como en otro era casi seguro que la unidad o unidades enemigas cedieran, teniendo en cuenta además que, en el punto de ruptura, el atacante normalmente disfrutaba de la superioridad numérica.

Naturalmente, pocas veces se daba este escenario perfecto. El general atacado solía disponer de medios similares al atacante y, como un jugador de ajedrez, podía responder a cada movimiento contrario con uno propio.

Así, sus propios Cazadores, o su Caballería Ligera podían barrer la pantalla protectora de Infantería Ligera de su oponente. O su Artillería o su Infantería podían deshacer con su fuego a los atacantes. O su Caballería de Línea podía derrotar a la contraria y caer sobre los infantes, muy vulnerables a una carga al estar desplegados en línea o formados en columna.

Hay que recordar, además, que en una época en la que el medio más rápido de transmitir órdenes era un edecán a caballo, montar un ataque perfectamente coordinado de las tres Armas era ciertamente difícil. Y una ofensiva en la que todas las unidades no se apoyasen las unas a las otras con absoluta precisión podía equivaler a un desastre. En este sentido, Waterloo proporciona un ejemplo clásico: la Caballería francesa fue totalmente aniquilada cuando se le envió a cargar, sin apoyo, a la Infantería y a la Artillería de Wellington.

Tras esta breve descripción del Ejército español a principios de siglo y de sus tácticas, que

emplearía luego en América, parece oportuno aludir a su comportamiento durante la Guerra de Independencia contra Napoleón, ya que de la misma surgieron las unidades que irían a Ultramar.

Mencionemos primero su importancia cuantitativa real. Debido a los compromisos derivados de la previa alianza con Francia, en 1808 un número considerable de hombres se hallaba más allá de las fronteras españolas. En concreto, de los 101.865 hombres, unos 15.000 estaban con el Marqués de la Romana en Dinamarca y más de 20.000 en Portugal. Es decir, un tercio de los efectivos no estaba inmediatamente disponible.

Hay que añadir, además, que para poner al completo los Cuerpos enviados al extranjero se tuvo que acudir a sacar hombres de los que permanecieron en España.

En el caso concreto de Caballería, que hemos estudiado en otro lugar (5), llegamos a la conclusión que de los 10.000 caballos, aproximadamente, con que contaba el Ejército, sólo 5.500 estaban en España y de ellos 500 en Mallorca.

Muchas de las unidades que quedaron en territorio peninsular español no podían considerarse, desde ningún punto de vista, operativas. Así, el Regimiento de Dragones de Sagunto alineaba únicamente 189 caballos; el de Borbón, 177; el del Rey, 190; el Regimiento de Línea de la Reina, 202. En realidad, eran apenas Escuadrones reforzados.

En cuanto a la Infantería de Línea, tenía unos 25.000 hombres en el exterior, y la Ligera unos 6.000, casi la mitad de sus efectivos.

El resultado es que había poco más de 60.000 hombres de tropas regulares para hacer frente a una invasión, con la desventaja adicional de que, al no haber sido precedida por una declaración de guerra, cuando ésta estalló el enemigo se encontraba dentro de las fronteras, controlando además alguna de las plazas principales.

Si desde el punto de vista cuantitativo la situación del Ejército no era la mejor, desde la perspectiva de su calidad parecía estar en buenas condiciones, a pesar de sus innegables defectos, lúcidamente expuestos por Esdaile.

Priego (6) ha recogido a este respecto testimonios interesantes que reflejan la óptima impresión que en observadores extranjeros produjo la División de la Romana durante su marcha de Italia a Dinamarca y en las ocasiones que tuvo de combatir.

Por otra parte, los Cuerpos de Guardias, así como la Artillería y los Ingenieros nunca dejaron de distinguirse durante la guerra. En cuanto a las Milicias, movilizadas desde 1804, eran de un calibre superior a lo normal en este tipo de tropas, especialmente por lo que respecta a sus Granaderos.

En realidad, al referirnos al período 1808-14 habría que hablar de dos Ejércitos españoles.

◆

(5) J. Albi y L. Stampa, *Campañas de la Caballería española en el siglo XIX*, Madrid 1985, vol. I, pág. 101 y sigs.

(6) Juan Priego López *Guerra de la Independencia*, Madrid 1972, vol. II, pág. 52 y sigs.

Uno es el existente en 1808. Es un conjunto de unidades "hechas", formadas por individuos muchos de ellos profesionales, bien instruidos y encuadrados por lo que en lenguaje militar se llama sus mandos naturales. Es decir, los propios de los Cuerpos y, como tales, conocidos por la tropa. Este es el Ejército que brillará en Straslund y en Bailén y que poco tenía que envidiar a otros de Europa.

Pero este Ejército desapareció, a todos los efectos, desangrado en las campañas de 1809 y en los sitios de Gerona y Zaragoza.

Para hacer frente al aluvión de tropas que Napoleón lanzaría, bajo su mando personal, tras la derrota de Bailén y para cubrir las pérdidas sufridas, surgirá a partir de 1809 otro Ejército español.

Su característica principal es la improvisación. La segunda oleada francesa, los sangrientos reveses y la ferviente reacción popular se traducen en una organización masiva de nuevas unidades. Clonard enumera hasta 218 Regimientos de Infantería de Línea y 101 de Ligera con un total de 417 Batallones, además de 39 Regimientos de Caballería, de distintas clases, con 160 Escuadrones.

Por si esto fuera poco, en plena guerra la estructura de los Cuerpos de Infantería se modificó dos veces. Ello resulta interesante porque, de un lado, complicó aún más el proceso de creación del nuevo Ejército. De otro, porque afectó a las unidades que fueron a América.

El Reglamento publicado el 1.º de julio de 1810 dotó a cada Regimiento de Línea con 3 Batallones, cada uno de los cuales tenía una Compañía de Granaderos, una de Cazadores y cuatro de Fusileros, con un total de 2.554 plazas. El de 8 de marzo de 1812 dio a cada Regimiento un solo Batallón, con una Compañía de Granaderos, una de Cazadores y seis de Fusileros, si bien algo más nutridas. En resumen, al hablar de Regimientos entre 1810 y 1812 nos estamos refiriendo a 18 Compañías, mientras que tras esta última fecha son sólo 8.

Con independencia de estas reformas internas, lo cierto es que se puede calcular que durante la contienda el número de Batallones se incrementó en un 200% y el de Escuadrones, debido a la escasez de monturas y a la dificultad de improvisar jinetes, en un 100%.

Desgraciadamente, en vez de emplearse tantos efectivos en cubrir las bajas de las unidades veteranas, dotadas de cuadros profesionales que podrían haber absorbido e instruido a los reclutas, se utilizaron en formar Cuerpos, "prefiriendo las provincias crear Regimientos y Escuadrones nuevos, brillantes en cuanto a caballos, vestuario, etc., pero con muchos oficiales y soldados paisanos, sin instrucción alguna. (Ello) era causa de grandes inconvenientes en los momentos desgraciados y de que no tuvieran algunos Cuerpos de Caballería, como Arma difícil de instruir, todos los elementos de fuerza y de vida que sería de desear" (7).

En efecto, para organizar la plétora de nuevas unidades se recurrió o bien a dar grados a los habitantes prominentes de cada localidad, carentes de todo conocimiento militar, o se acudió a cuadros de Cuerpos veteranos. En el primer caso, la unidad así formada no pasaba de ser una

(7) Conde de Clonard, *Historia Orgánica de las Armas de Infantería y Caballería española*, Madrid 1859, vol. XIV, pág. 309.

agrupación de campesinos más o menos bien armados. En el segundo, se debilitaba a la veterana, sin por eso hacer verdaderamente operativa la de nueva creación, que con frecuencia era lanzada al combate sin que los reclutas que la componían hubiesen completado su instrucción.

Resulta muy significativo que las Armas de artillería y de Ingenieros, que no experimentaron tan desatinado crecimiento y que siguieron muy selectivas a la hora de nombrar oficiales y escoger personal, mantuvieran durante toda la guerra niveles elevados de eficacia.

Este Ejército nuevo era, desde luego, mucho más numeroso que su antecesor, y estaba animado de un espíritu inquebrantable que le llevó a resurgir de cada derrota, pero, en general, estaba inadecuadamente instruido y disciplinado.

Respecto a su calidad, la historiografía británica clásica, seguramente la más copiosa e influyente, ha dibujado una imagen desoladora (8). Obras más recientes (9), sin embargo, están contribuyendo a modificar esta visión con criterios más equilibrados.

En realidad, lo que sucedió, como el propio Oman reconoce (10) es que los ingleses "no tuvieron oportunidad de observar a sus aliados en condiciones favorables; no llegaron a conocer el antiguo Ejército regular que combatió en Bailén y en Zornosa. Estaba prácticamente destruido antes de que nosotros entráramos en acción".

Sin duda, el nuevo Ejército surgido tras 1809 estaba lleno de defectos, que nunca superaría. Organizado precipitadamente, en plena guerra, sin suficientes mandos profesionales y con una instrucción deficiente, atravesó serias dificultades para hacer frente en campo abierto a las tropas napoleónicas.

Pero tenía una fe absoluta en el triunfo y no se dejaba amilanar por las derrotas. Ello le permitió —unido a otros dos elementos— jugar un papel decisivo en la victoria final: "la combinación de los Ejércitos regulares inglés y español, apoyados por numerosas bandas de guerrilleros, puso a los franceses ante un problema militar inmensamente difícil" (11).

Por citar un ejemplo nada más, cuando Massena invadió Portugal en 1810, de los 325.000 hombres que Napoleón tenía entonces en España, sólo pudo ceder una cuarta parte al Mariscal para su ofensiva (12). El resto estaba inmovilizado, luchando contra tropas regulares españolas o contra las guerrillas.

◆

(8) En este sentido son obras clásicas Charles Oman, *A History of the Peninsular War*, Londres 1903-1930 y Sir W.F.P. Napier, *History of the War in the Peninsula*, Londres 1850.

(9) Por ejemplo, David Gates, *The Spanish Ulcer*, Londres 1986 y D. W. Alexander *Rod of Iron*, Wilmington 1985. Probablemente la mejor obra sobre el Ejército español en el período 1808-1814 es: Charles J. Esdaile, *The Spanish Army in the Peninsular War*, Manchester 1988.

(10) Op. cit., vol. I, pág. 101.

(11) Alexander, op. cit., pág. XVII.

(12) Gate, op. cit., pág. 34.

Seguramente puede afirmarse que de forma tradicional se ha exagerado tanto el papel del Ejército de Wellington como el de los guerrilleros. Ninguno de ellos podría haber ganado la guerra sin el Ejército español. Las guerrillas necesitaron para subsistir la protección de unidades regulares que les daban apoyo logístico y mandos, y que en ocasiones les amparaban en caso de derrota. Por otro lado, esos Cuerpos fijaban importantes contingentes franceses, que en caso contrario podían haber consagrado todos sus esfuerzos a acabar con los guerrilleros.

También parece concebible que si Napoleón no hubiera tenido que distraer efectivos para hacer frente al Ejército español, podría haber conseguido contra Wellington una superioridad numérica irresistible. Conviene recordar que, por ejemplo, el General inglés en la batalla de los Arapiles alineó poco más de 30.000 hombres, y en Vitoria unos 37.000, cuando en 1813 los contingentes franceses en España sumaban 224.000 hombres.

Podría concluirse, pues, que fue la actuación conjunta del Ejército regular español, de las guerrillas y del Ejército de Wellington, incluyendo a sus componentes portugués y español, quien acabó por batir a los imperiales. Ello no obstante, resulta incuestionable que las tropas de Fernando VII, a pesar de su decisiva contribución al final victorioso de la guerra, adolecían de graves defectos, muchos de los cuales volverán a aparecer en las campañas de América.

Cuando se pone fin a la invasión napoleónica, España se encuentra con un Ejército de 190.000 hombres y 17.000 caballos, a los que no tardarán en unirse los más de 30.000 prisioneros que se hallaban en Francia. Este número enorme de tropas, que estaba muy por encima de las necesidades y las posibilidades de un país arruinado por seis años de hostilidades, contaba además con una cifra de oficiales absolutamente desproporcionada. Muchos de ellos, por otra parte, carecían de los mínimos conocimientos requeridos para el ejercicio de su grado (13).

Por eso se inició sin pérdida de tiempo un drástico proceso de reducción de las fuerzas armadas que, tras una corta interrupción en 1815, ante la noticia del regreso de Napoleón de Elba, se continuaría durante los siguientes años, a pesar de la guerra en América. Para sólo referirnos a 1814, y a Infantería, se licenciaron más de 1.600 oficiales y 40.000 hombres en ese año.

En 1815 se produce otra reforma orgánica, que también afectará a los Cuerpos que fueron a Ultramar, al volverse a los Regimientos de 3 Batallones, a ocho Compañías cada uno, mientras que la Infantería Ligera continuó con Batallones independientes. Se llegó entonces a un total de 47 Regimientos de Línea y 13 Ligeros, con 89.964 hombres. En cuanto a la Caballería, en 1814 tenía 15 Regimientos de Línea —de ellos uno de Coraceros y dos de Lanceros— y 20 Ligeros, a 4 Escuadrones cada uno. En 1815 quedó en 17 de los primeros y 13 de los segundos, con 22.140 hombres y 20.100 caballos.

En 1818 hubo una nueva reestructuración. Los Regimientos de Infantería de Línea redujeron sus tres Batallones a dos, a 8 Compañías. Aún así el número de los nuevos Regimientos, más débiles que los anteriores, quedó fijado en sólo 37. La Infantería Ligera, por su parte, pasó de 12 Batallones a 10. En Caballería, los 17 Regimientos de Línea se redujeron a 13 y los 13 Ligeros, a 9.

◆

(13) Fernando Fernández Bastarreche, *El Ejército español en el siglo XIX*, Madrid 1978, pág. 115 y sigs. para el reclutamiento durante la guerra de oficiales de Infantería y de Caballería por cauces diferentes a los tradicionales.

En resumen, y a pesar de la guerra de Ultramar, el Ejército pasó de 167 Batallones de Infantería y 43 Regimientos —incluidos 7 en cuadro— de Caballería en 1814, a 84 de los primeros y 22 de los segundos en 1818.

Pero estos simples datos numéricos no bastan para dar una idea sobre la verdadera situación del Ejército español durante las guerras de Emancipación.

Para completarlos, haremos una descripción de su estado en 1820 (14), transcurridos ya seis años del final de la invasión napoleónica, cuando en principio la paz en España había permitido reparar muchos de los males que le aquejaban.

La Infantería contaba con 39.652 hombres, de los cuales algo más de 4.000 "de premio", por haber combatido durante toda la Guerra de Independencia y 1.605 que habían luchado durante parte de ella. Del total, 4.505 estaban cerca del licenciamiento.

La Caballería contaba con 7.859 hombres, de ellos 1.544 "de premio", pero con sólo 6.144 caballos, de los cuales únicamente 2.975 útiles para el servicio. La Artillería tenía 5.356 plazas, de ellas 1.416 "de premio" y los Zapadores 736.

El número de oficiales seguía siendo excesivo. A pesar que desde 1814 habían sido dados de baja 9.700, había todavía 3.454 "agregados". El Ejército tenía justamente dos veces más de mandos de los que necesitaba.

El propio secretario de Estado y del Despacho de la Guerra señalaba que la situación del Erario hacía imposible subvenir a las más elementales necesidades de las tropas. Por ello, los oficiales, para evitar "ver perecer a sus subordinados tienen que recurrir a medios más o menos ilícitos, pero siempre abusivos y perniciosos, y es forzosamente su primer paso tolerarlo todo, exigir lo menos posible y sujetar con la destructora pero inevitable blandura los clamores harto justos de la necesidad: de aquí el decaimiento de la disciplina".

En realidad, ante la incapacidad de la Hacienda para suministrarles los haberes y las raciones que les correspondían, los Cuerpos, simplemente para poder subsistir, ante la absoluta miseria en que se encontraban tuvieron que recurrir a expedientes como convertirse de hecho en recaudadores de impuestos, y quedarse con el producto de los mismos. Las cantidades así obtenidas se detraían de los tributos que los contribuyentes debían.

Estos "viciosos arbitrios", unidos a medidas como distribuir a los soldados en pequeños destacamentos para aliviar la carga que suponían para la localidad encargada de su manutención, producían funestos efectos en la moral, la disciplina y la instrucción.

Al tiempo, aumentaban la impopularidad del Ejército entre la población civil, que a veces se resistía por la fuerza a tan irregular forma de allegar recursos.

En algunas ocasiones, las unidades no eran sino grupos de hombres hambrientos y andrajosos que vivían sobre el terreno del producto de exacciones de dudosa legalidad.

◆

(14) Marqués de las Amarillas, *Exposición del estado actual del Ejército español*, Madrid 1820.

Los oficiales, abandonados por un Tesoro exhausto y desorganizado no podían aspirar, en el mejor de los casos, sino a mantener relativamente controlada la situación, impidiendo los peores desmanes.

Nada extraña que las Amarillas describiese el estado del Ejército como "aflictivo", añadiendo que la Infantería "jamás estuvo tan reducida después de la Guerra de Sucesión", y que "su organización es monstruosa". Respecto a la Caballería dice que "jamás estuvo en España en estado más deplorable".

La situación del armamento y del equipo era igualmente triste. De 87.000 fusiles, 6.000 estaban inútiles. El resto era de distintos calibres, y unos fabricados en España, otros en Inglaterra y otros en Francia. La Caballería estaba "casi desarmada" tras la partida de la expedición Morillo. Había Regimientos con armas de tres procedencias diferentes. En cuanto a las sillas de montar, las de 7 de los 22 Cuerpos eran totalmente inútiles. En la Infantería existía "una falta de uniformes ridícula". Casi la mitad de los hombres, 17.000 en concreto, ni siquiera tenían casaca.

Lo más grave es que la situación que estamos describiendo se producía "cuando en los años de paz parecía que el Ejército, descansado de las fatigas y de las privaciones de todo género que sufrió con heroica resistencia, debía disfrutar de los haberes que adquirió a costa de su sangre".

En vez de ello, "se ha visto fatalmente sumergido en la miseria, y los progresos que en tan precioso tiempo debió hacer en su disciplina y su instrucción, han sido obstruidos por las dificultades que a cada caso presentaba la falta de recursos... en general no solamente han dejado de satisfacerse las gratificaciones correspondientes al vestuario, armamento, remonta y demás indispensables para que el Ejército fuera disponible, sino que aún en la percepción de los haberes oficiales y prestaciones de la tropa se ha sufrido la escasez y el atraso hasta un punto extremo. Los oficiales a media paga durante años seguidos, empeñados, obscurecidos, en la terrible situación a cada momento de no poder alimentar a sus familias... Los soldados han estado desnudos, mal alimentados... privados en ocasiones de hacer el servicio porque se hallaban descalzos... sufriendo todo lo que puede dar al hombre una idea desventajosa de su situación y, por fin, cuando obtenían la licencia absoluta, tomaban en vez de sus alcances un papel sin crédito, pasando por la amargura, al despedirse de las banderas que defendieron, de no recibir ni aún aquel escaso haber que con tanta honra, tantas heridas y tanta virtud ganaron en largos años de trabajos y vigilias".

"En ocasiones ha faltado hasta la leña para guisar los ranchos... y llegó a tal punto la desnudez del Regimiento de Africa que fue preciso mandar que no saliese la tropa de sus cuarteles, donde liados con una estera o de otra manera semejante estaban encerrados los defensores de la patria, los que la salvaron".

El cuadro es ciertamente desolador. Había pocas tropas, hambrientas, semi-desnudas, mal equipadas y peor pagadas. La moral tenía que ser, necesariamente, ínfima.

La durísima guerra contra Napoleón había dado, en efecto, el golpe de muerte al Ejército español tradicional, básicamente profesional, totalmente al margen de la política, equipado de una manera razonable y que desde luego resistía la comparación con cualquier Ejército europeo de la época.

Durante las campañas de la Emancipación se comprobará hasta qué extremos esta estructura se había resquebrajado irreparablemente durante el período 1808-14. En general, las unidades se batirán con un ardor ejemplar, a veces asombroso y hasta incomprensible, dadas las circunstancias. No obstante, no dejarán de aparecer, tanto entre oficiales como soldados, actitudes derivadas de una falta de disciplina y de profesionalidad, y de un exceso de politización, frutos de la contienda contra los franceses y que en el Ejército tradicional hubieran sido impensables.

Aunque unos y otros conservaron una gallardía y una capacidad de resistencia indiscutibles, escribiendo en Ultramar algunas de las gloriosas páginas de sus historiales, los Cuerpos estaban aquejados de taras, espirituales y materiales, que nunca llegaron a eliminar.

La guerra contra Napoleón fue un trauma que el pueblo y el Ejército de España tardarían decenios en superar. Hizo tambalearse hasta a la propia Corona, hirió de muerte un orden de vida secular sin sustituirlo por otro nuevo, sembró futuras semillas de discordia y destrozó la economía. En el Ejército ello se reflejó en asesinatos de oficiales considerados traidores, en el nombramiento de otros por razones que nada tenían que ver con sus conocimientos técnicos, en el aniquilamiento de los viejos cuadros profesionales, en la llegada de miles de voluntarios que traían un espíritu diferente al del pasado, en un relajamiento general de la disciplina. En las guerras de América se verían los resultados de tan brutal sacudida.

Si la situación del Ejército era preocupante, la de la Marina no resultaba más alentadora. Dado que el teatro de operaciones americanas estaba separado de la metrópoli por el océano, la escasez de medios navales tenía una importancia de primera magnitud.

Efectivamente, en los años de la guerra de la Independencia, el estado de la Armada era lamentable. En 1812, según el Ministro Vázquez Figueroa, en ella "no había un solo individuo cuyo semblante no manifieste el hambre que le devora". A los Generales de Marina se les debían 33 meses de sueldo, mientras que "la cruel desolación y la espantosa miseria han fijado su lúgubre domicilio" en los Arsenales.

En 1813, el nuevo Ministro, Francisco Osorio, decía a las Cortes "no hay Marina. Los arsenales están en ruina, el personal en abandono y orfandad; a nadie se paga" (15).

Al año siguiente sólo había armados 4 navíos y 11 fragatas, mientras que 18 de los primeros y 8 de las segundas permanecían desarmadas (16). En conjunto, de 1808 a 1814 había disminuido en 21 el número de navíos de línea.

En 1816 se debían a la Marina 53 pagas (17) y el Capitán General de El Ferrol comunicaba oficialmente la muerte por inanición de un teniente de navío, un capitán de fragata y un oficial del Ministerio, informando al tiempo que "se hallaban próximos a la misma, postrados en paja, un capitán de navío, dos de fragata y un comisario, y otros muchos de las demás clases". Recordaba que en años anteriores la Armada sólo había recibido la paga de un mes cada doce.

◆

(15) Francisco Barado, *Museo Militar de España*, Barcelona 1886, vol. III, pág. 628.

(16) Cesáreo Fernández Duro, *Armada española*, Madrid 1973, vol. IX, pág. 124.

(17) José Enrique Rivas Fabal, *Historia de la Infantería de Marina española*, Madrid 1970.

En 1818 quedaban 4 navíos en condiciones de operar, pero 3 de ellos estaban siendo reparados. Las fragatas en servicio eran 6 (18).

"Todo lo que en el reinado largo de Fernando VII se agregó a la Armada para acudir a las atenciones de la guerra de América consistió en los 9 buques construidos en Burdeos en los años 1817 y 1818, el bergantín "Jasón" en Cartagena en 1819, 2 goletas en Mahón y Barcelona en 1822... se adquirieron en los Estados Unidos una corbeta y dos bergantines" (19). Hubo, también, la escandalosa compra de unos barcos rusos, por decisión personal del Rey, que resultaron totalmente inútiles.

En 1808, España contaba con 42 buques y 30 fragatas. En 1834, con 3 de los primeros y 5 de las segundas. Por otra parte entre 1814 y 1823 se debían al Departamento de Cádiz 91 millones de reales —el equivalente a 103 pagas—, 45 al de Cartagena y más de 89 a Ferrol (20). Para dar una idea de la importancia de esta cifra diremos que el presupuesto de Marina para 1822 se había fijado en 70 millones, menos de la tercera parte del importe de los sueldos atrasados.

En resumen, España inició su guerra contra Napoleón con una Armada desangrada en los desastres de San Vicente y Trafalgar. El carácter fundamentalmente terrestre de la contienda y la escasez de recursos hizo que se concentraran todos los esfuerzos en el Ejército (21), dejando que los buques, literalmente, se pudrieran.

La restauración de Fernando VII no implicó ningún alivio, ya que la falta tanto de dinero como de visión hizo que nada se hiciera para evitar la decadencia de las fuerzas navales. Ciertamente, durante la guerra de Emancipación "no había Marina" en España.

La suerte de uno de sus más importantes auxiliares, la Infantería de Marina, no fue más alentadora. En 1814 el Ministro Conde de Salazar decía de ella: "he presenciado el tener que encerrar la tropa en su cuartel porque la absoluta desnudez en que se hallaba no permitía, sin ofensa de la decencia, que saliese a las calles" (22). Las Fuerzas Armadas perdieron así otro elemento especialmente valioso para operaciones en Ultramar y de calidad sobresaliente, como había demostrado en anteriores campañas en América y en la propia guerra de Independencia, donde la Infantería de Marina conquistó privilegios que la ponían a la par de las tropas de la Casa Real. Encontraremos algunas de sus unidades en las luchas de Emancipación, pero con efectivos muy bajos.

Con un Ejército en tan triste estado y con una Marina reducida a su más mínima expresión encararía España la guerra al otro lado del océano. Es de justicia apuntar, sin embargo, que sus adversarios la iniciarían con menores medios todavía.

◆

(18) Laurio H. Destefani, "La Real Armada española y la guerra naval de la Emancipación Americana", trabajo publicado por el IV Congreso Internacional de Historia de América, Buenos Aires 1966, vol. IV, pág. 395.

(19) Fernández Duro, op. cit., vol. IX, pág. 375.

(20) Ibíd., pág. 372.

(21) "Exposición sobre el estado de la Marina en 1820". Citado en Fernández Duro, vol. IX, pág. 63.

(22) Citado en Rivas Fabal, op. loc. cit.

La falta de poderío militar estaría acompañada, además, por el desinterés de la opinión pública por aquellas lejanas campañas, y por la inoperancia de las autoridades centrales.

Sumidos en los problemas internos nacionales, pueblo y gobernantes dieron una baja prioridad a lo que sucedía en Ultramar: "España emprendió su propia «guerra de independencia» de 1808 a 1814, y luego su propia «revolución» de 1820 a 1823... En realidad, la nación española en su totalidad no se sentía preocupada por la pérdida de América, por las guerras de independencia de América... Bajo el primer régimen constitucional, bajo el régimen de la primera restauración, bajo el segundo régimen constitucional y bajo el segundo régimen de restauración dejaron de funcionar los mecanismos gubernamentales, las decisiones políticas... Subsistía una abrumadora confusión de voces y una absoluta incapacidad para enfrentar la crisis en América" (23).

◆

(23) Timothy E. Anna *España y la Independencia de América*, México, D.F. 1986, pág. 16.

CAPITULO II

"Cualquiera conocerá cuan dificultoso es que el Rey embíe para la Custodia de este Reyno un Ejército de este porte, compuesto sólo de Tropas Veteranas Europeas. Raia esto en la imposibilidad".

(Informe de la Junta de Defensa de Indias sobre Veracruz, 1774)

El Ejército de América

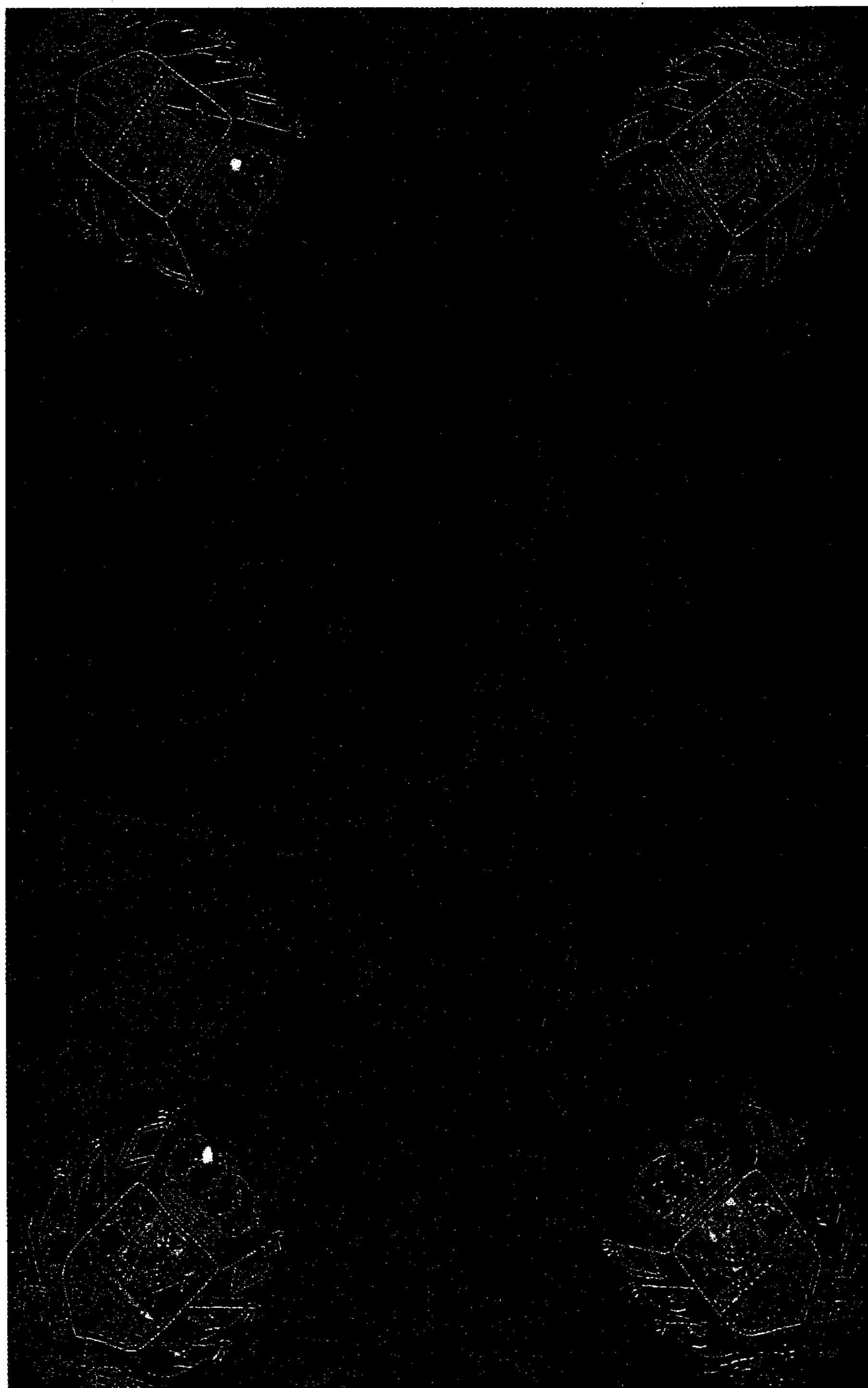
Hasta los años 60 del siglo XVIII, la defensa de las Indias se había confiado a un conglomerado de Compañías veteranas independientes y de Milicias poco instruidas, al abrigo de una red de fortificaciones costeras. Este sistema, diseñado sobre todo para hacer frente a las incursiones de piratas, se reveló totalmente insuficiente para oponerse a los ataques de Ejércitos y Armadas regulares, que se hicieron cada vez más frecuentes a medida que avanzaba el siglo.

Tras el aldabonazo que supuso la pérdida de La Habana y Manila, en 1762, todo el dispositivo es sometido a revisión, instaurándose uno nuevo, relativamente elaborado. Tendrá tres componentes, por lo que al Ejército se refiere: unidades peninsulares. Cuerpos Fijos y Milicias. Los otros dos elementos de lo que hemos llamado en otro lugar la Triada defensiva —la Marina y las fortificaciones— se mantienen y se mejoran.

De los tres componentes, dos son profesionales, los Cuerpos del Ejército Real y los Fijos. Dos, estarán adscritos a las Indias: los Fijos y las Milicias (1).

◆

(1) Para las fuerzas organizadas en América durante el siglo XVIII se puede consultar: Para Nueva España, María del Carmen Velázquez, *El Estado de Guerra en Nueva España*, México D. F. 1950 y Christon I. Archer, *The Army in Bourbon México,* Alburquerque 1977; Para Buenos Aires, Juan Beverina, *El virreinato del Río de la Plata. Su organización Militar*, Buenos Aires 1935; Para Perú, León G. Campbell, *Military and Society in Colonial Perú,* Filadelfia 1978; Para Cuba, Allen J. Kuethe, *Cuba 1753-1815*, Knoxville 1986; Para Nueva Granada, *Military Reform and Society in Nueva Granada,* Gainsville 1978; Para Luisiana, Jack D. L. Holmes, *Honour and Fidelity*, Birmingham 1965; Para Chile, Roberto Oñat y Carlos Roa, *Régimen legal del Ejército en el reino de Chile,* Santiago 1953; Para las Milicias, Santiago Gerardo Suárez, *Las Milicias,* Caracas 1984.



Bandera de Unidad Realista americana.

En principio, la columna vertebral del sistema está formada por las fuerzas peninsulares, que por un mecanismo de noria se relevan periódicamente. Es decir, son destacadas a Ultramar por un período de tiempo concreto, más o menos elástico en la práctica, pero su base permanecerá siempre en Europa. En cierto modo, son "prestadas" a las autoridades de Indias.

A los ojos de la Corona, estas unidades jugaban un papel esencial. En tiempos de paz, servían de modelo para la organización y para la instrucción de los Cuerpos locales, a la vez que constituían un elemento disuasorio. En caso de guerra, formaban el núcleo de la defensa en torno al cual se aglutinaban tropas consideradas de menor calidad. Idealmente, y si fuera necesario, serían reforzadas desde la península.

Otra misión adicional que les estaba confiada era facilitar los instructores imprescindibles para las unidades americanas, el llamado "pie veterano". En principio, estos instructores eran enviados expresamente como tales, pero con frecuencia su número no bastaba para cubrir las necesidades locales. Una última forma que tenían los Cuerpos europeos de colaborar al esfuerzo militar indiano era la siguiente. Se estableció la costumbre de que las unidades que habían terminado su período en Ultramar, antes de partir, cedieran gente a las que se quedaban allí, sobre todo a los Fijos, reforzándolos de esta manera con personal aguerrido. Así se aseguraba la presencia en ellos de cierta cantidad de veteranos.

El sistema de relevar periódicamente a los Cuerpos europeos tuvo corta vida: unos veinte años.

Su interrupción se debió a varias razones, pero giraban en torno a una principal: la debilidad numérica del Ejército Real. Simplemente, España, no tenía suficientes efectivos como para mantener una guarnición permanente de tropas europeas en América, por muy reducida que fuese.

Destacar unidades a tan lejanas tierras era además una operación que tenía un elevado precio, y no solamente en dinero.

Para empezar, el viaje en sí era largo, lo que significaba que mientras éste transcurría, las tropas dejaban de estar operativas. Como ha señalado Kuethe, "el Ejército español perdía los servicios de un Batallón durante aproximadamente medio año cada vez que un Batallón era relevado en América", contando el tiempo que permanecían en el mar tanto la unidad de relevo como la relevada.

Además, normalmente se producían bajas en el trayecto. Para citar sólo un ejemplo, de las fuerzas que fueron al Perú en 1818 "una cuarta parte murió en la travesía, y a lo menos la mitad de la gente se hallaba fuera de servicio por los efectos del escorbuto" (2). Los debilitados hombres que terminaban el viaje podían, a su vez, ser diezmados a su llegada si desembarcaban en puerto malsano, como el de Veracruz, punto de entrada en Nueva España (3).

◆

Un estudio sociológico es Juan Marchena Fernández, *Oficiales y Soldados del Ejército de América*, Sevilla 1983. Una aproximación de conjunto al sistema militar en Ultramar: Julio Albi, *La Defensa de las Indias*, Madrid 1987.

(2) General Miller, *Memorias*, Madrid sin fecha, Vol. I, pág. 213.

(3) Marchena, pág. 212 y sigs.

Incluso una vez aclimatados, el porcentaje de defunciones por enfermedad era elevado. Sumadas a las deserciones, muy frecuentes, daban como resultado que si los Cuerpos permanecían cuatro o cinco años en Ultramar, aunque fuese en tiempos de paz, quedaban prácticamente en cuadro. Había guarniciones tan mortíferas, como la de San Fernando de Omoa, por ejemplo, que se desistió de mantenerlas con europeos, porque hubiera sido necesario sustituirles cada pocos meses.

Resultado de todos estos factores era que "por cada año que pasa, el Ejército español está perdiendo, sin disparar un solo tiro, varios miles de soldados", lo que explicaba "el pánico que existía en las unidades peninsulares cuando se les destinaba a las Indias" (4).

Conviene tener en cuenta estos datos cuando, ya durante las Guerras de Emancipación, se leen alusiones a "unidades españolas", refiriéndose a Cuerpos que llevaban años combatiendo en América sin haber recibido reemplazos europeos. Hay que recordar que inicialmente se fijó un plazo de tres años, en tiempos de paz, para hacer los relevos, que luego se redujo a dos precisamente para evitar que las unidades quedasen aniquiladas. Si esta era la situación en condiciones de paz, parece evidente que en caso de guerra, el ritmo de atrición tenía que ser necesariamente mucho más alto y que con frecuencia, aquellas "unidades españolas" habían dejado de serlo en todo menos en el nombre.

Otra razón que posiblemente justificó la interrupción de la noria de fuerzas europeas pudo haber sido que, desde el punto de vista de las autoridades centrales, no eran de temer graves amenazas internas contra la soberanía española que exigieran la presencia permanente de una guarnición numerosa. En cuanto a la eventualidad de un ataque exterior, estaba cubierta, al menos teóricamente, con la existencia de planes de contingencia que preveían el envío de tropas en caso de crisis, como se hizo en 1796.

Las reflexiones que hemos hecho hasta aquí se refieren sobre todo a la Infantería, única Arma comprendida en el mecanismo de relevos periódicos. Pero son aplicables aún en mayor medida a la Caballería, tradicionalmente más escasa en España, incluso en términos relativos, y cuyo transporte presentaba problemas de todavía mayor envergadura.

Tanto fue así, que desde la conquista hasta el principio del período de Emancipación sólo se enviaron dos Cuerpos. Uno fue a La Habana. El otro, con la expedición de Ceballos. Acabada la campaña, parte regresó a la península y el resto se incorporó a los Dragones de Buenos Aires.

Hasta el comienzo de las Guerras de Emancipación no se volvió a mandar Caballería, de forma que a principios del XIX el Arma montada peninsular no tenía una sola unidad en Ultramar.

En cuanto a la Artillería, la práctica consistió en enviar oficiales y soldados desde España, que una vez en América, y reforzados con personal local, constituían Compañías independientes, que conservaban el uniforme y los privilegios únicos de este Real Cuerpo.

Por último, durante todo el siglo XVIII, los Ingenieros carecieron de personal de tropa. Cuan-

◆

(4) Juan Marchena Fernández, *La Institución Militar en Cartagena de Indias*, Sevilla 1982, pág. 363.

do por fin se crea el Regimiento de Zapadores, éste no mandará hombres a Ultramar hasta empezada la campaña. Hasta entonces, los Ingenieros estuvieron representados allí por un puñado de jefes y oficiales.

En resumen, y por las consideraciones más arriba apuntadas, la presencia militar española en las Indias fue siempre muy escasa. Hasta los años 60 del XVIII, y exceptuando el envío de tropas para hacer frente a alguna crisis muy concreta, apenas hay unidades regulares. Salvo en Chile, sólo hay algunas Compañías sueltas que languidecen en castillos malsanos.

Tras esas fechas, la situación cambió con la introducción de un sistema defensivo racional. Pero aún entonces, y dejando a salvo casos excepcionales, como la Guerra de la Independencia norteamericana, la cantidad de Cuerpos peninsulares en Ultramar seguirá siendo muy modesta.

Simplemente a título indicativo, se pueden mencionar algunos ejemplos del movimiento de tropas.

A Nueva España, llegó en 1764 el Regimiento de América, que en 1768 es relevado por sendos Batallones de Saboya, Flandes y Ultonia. Luego, Granada les sustituye. Tras Granada llegará Asturias y tras éste Zamora.

En Nueva Granada, en 1740 llegan dos Batallones, de España y Aragón, que salen en 1749. Las siguientes unidades que desembarcan, en 1761 serán un Batallón de Cantabria y otro de Navarra. Serán sustituidos en 1771 por uno de Saboya. Desde entonces hasta 1791, pasarán por allí Corona (un Batallón) y Princesa (dos Batallones).

A Perú llegó en 1735 el Regimiento de Portugal. Hasta la sublevación de Tupac Amaru no se mandaron nuevas fuerzas, bajo la forma de los Regimientos de Soria y Extremadura, que antes de que acabara el siglo volvieron a la península.

En Buenos Aires estuvo en 1765 el Regimiento de Mallorca. Después, el Batallón Ligero de Cataluña. Por fin, fue el Regimiento de Burgos, que en 1789 regresó a España.

La guarnición regular de Cuba estuvo formada a partir de los 60 por estas unidades, sucesivamente: sendos Batallones de España y Aragón; Córdoba; Lisboa; Sevilla; Lombardía; Príncipe; Rey e Hibernia, que sale de la isla en 1787.

En Puerto Rico, el primer Cuerpo importante que llega es León, en 1766, que es relevado en 1768. Toledo ocupa su lugar hasta 1771. La guarnición fue reforzada en 1770 por Victoria y cinco años después por Bruselas. Los dos Regimientos parten en 1783, sustituyéndoles Nápoles, que regresaba a la península en 1788.

Se puede decir, pues, que la presencia de tropas europeas se situó en torno a los dos Batallones por virreinato o isla de importancia, y eso sólo durante el corto período de veinte años. Como, por otra parte, estas tropas estaban concentradas en la costa, se llegaría a la conclusión de que en el curso del largo período español muchos americanos no habían visto en toda su vida a un solo soldado europeo.

Por citar nada más que un caso, en Santa Fe, capital de un virreinato, y descontando la Guardia del virrey, puramente ceremonial, hasta 1784 no llegó el primer Batallón peninsular. Además, fue inmediatamente convertido en el llamado Auxiliar, que desde su creación cubrió todas sus bajas con habitantes locales.

Pero como hemos visto, aun esta mínima presencia europea desapareció, por lo que a la tropa se refiere, antes de que terminara el siglo XVIII. Por tanto, cuando empiezan los movimientos emancipadores, las autoridades del Rey tuvieron que hacerles frente con los otros dos tipos de fuerzas que tenían a su disposición, y que eran los que habían guarnecido aquellas tierras primero sin ayuda de Cuerpos peninsulares; luego, apoyando a éstos, y finalmente, solos de nuevo.

De ellos, el más importante cualitativa, sino cuantitativamente, era el formado por los Cuerpos Fijos. Con este nombre se designaba a los Regimientos o Batallones organizados casi siempre en las Indias, y para servir permanentemene en las mismas (5).

Eran estas unidades muy similares a las del Ejército Real. Compartían con ellas su calidad de "veteranas", en el sentido que esta palabra tenía en la época. Es decir, se hallaban siempre bajo las armas y estaban disponibles, al menos en teoría, para entrar en campaña inmediatamente. La oficialidad era profesional, y la tropa voluntaria o procedente de la leva. Recibían sueldo e instrucción de forma regular. No tenían, sin embargo, quintos y se hallaban adscritas al servicio en Indias.

Sobre el papel, debían contar con una cierta proporción de peninsulares, que oscilaba entre la mitad y un tercio de la plantilla. Pero desde finales del XVIII, la interrupción de la "noria" de Cuerpos del Ejército Real —la principal fuente de soldados europeos— hizo imposible respetar esta norma. Así, en 1972, el Regimiento de Dragones de la Frontera de Chile tenía 304 americanos y sólo 3 peninsulares (6). En cuanto a la oficialidad, inicialmente casi toda procedía del Ejército de España, pero el número de americanos creció paulatinamente, hasta el extremo de que en Cuba, por ejemplo, en 1809, 108 de los 166 mandos existentes eran americanos (7). En Perú, según Campbell (8), "el Ejército bajo Abascal fue una institución americana", si bien controlada por peninsulares, que ocupaban gran parte de los grados más elevados.

A medida que pasó el tiempo sin que fueran refuerzos de la península y cuando se tuvieron que incrementar las unidades locales para hacer frente a los independentistas, el porcentaje de americanos, tanto entre la oficialidad como en la tropa, tuvo que aumentar aún más. Este fue especialmente el caso de aquellos territorios donde tardaron más en llegar los Cuerpos de refresco europeos, como Perú, Quito o Chile.

◆

(5) El calificativo de "Fijo" no debe tomarse en sentido estricto. Unidades así designadas sirvieron en la segunda mitad del siglo XVIII lejos de su lugar de guarnición. Por ejemplo, Cuerpos cubanos actuaron en Florida y en Santo Domingo, y fuerzas mexicanas estuvieron en Cuba e incluso mandaron piquetes a Filipinas.

(6) Manuel Torres Marín. "El Ejército real de Chile". Revista de Historia Militar n.º 53, Madrid 1982.

(7) Kuethe, pág. 152. En 1799, 102 de los 179 oficiales eran americanos. En 1803, 108 de 177.

(8) Campbell, pág. 222.

Los Cuerpos Fijos pertenecían a la Artillería, la Infantería o la Caballería. La primera, como ya hemos dicho, tenía una situación especial. En cierto modo, las unidades existentes en Ultramar eran como unas "sucursales" de la Artillería Real. En cuanto a la Infantería, podía estar organizada en Regimientos —con un número variable de Batallones— o en Batallones o Compañías independientes, generalmente considerados como de Línea. Por lo que se refiere a las tropas montadas, pertenecían a los Dragones. Ello se debía a la versatilidad de ese Instituto y a que utilizaba monturas de inferior calidad y precio que la Caballería de Línea.

Debido a la ausencia de fuerzas peninsulares, las Fijas representaban las únicas tropas permanentes de las que dispusieron las autoridades realistas para hacer frente a los movimientos emancipadores. Por el hecho de encontrarse siempre reunidas —a diferencia de las Milicias— y por su mayor grado de instrucción suponían el único elemento militar existente en las Indias. En contra de su voluntad ni los virreyes ni los dirigentes independentistas podían hacer nada. Así, veremos que en los primeros momentos los alzamientos sólo triunfaron en aquellos territorios donde fueron apoyados por los Fijos o donde estos mantuvieron, al menos, una actitud pasiva o en los que no existían.

Las unidades existentes en los albores de la emancipación eran las siguientes:

En Nueva España había cuatro Regimientos de Infantería de Línea (Corona, Nueva España, México y Puebla), un Batallón independiente (Veracruz) y dos Regimientos de Dragones (España y México). Existían también algunas Compañías independientes de Infantería y de Dragones, así como tropas presidiales de guarnición en las Provincias Internas.

En Guatemala, se contaba con un Regimiento de Infantería de dos Batallones (Guatemala) y una Compañía autónoma también de Infantería.

En Yucatán, 1 Batallón (Campeche), que tenía agregada 1 Compañía de Dragones. Existía también 1 Compañía suelta de Infantería.

Cuba tenía 2 Regimientos de Infantería (La Habana y Cuba) a 3 Batallones cada uno; 1 Escuadrón de Dragones (América) y Compañías sueltas.

En Luisiana existió hasta la venta del territorio 1 Regimiento de Infantería.

En Puerto Rico, 1 Regimiento de Infantería (Puerto Rico).

En Nueva Granada, 1 Regimiento de Infantería de 2 Batallones (Cartagena); 2 Batallones independientes (Panamá y Auxiliar); 1 Cuerpo de Infantería casi equivalente a 1 Batallón (Quito) y algunas Compañías sueltas.

Venezuela contaba con 1 Batallón (Caracas), 3 "Cuerpos" (Cumaná, Guayana y Margarita) y 1 Compañía independiente.

En el Río de la Plata había 1 Regimiento de Infantería de 3 Batallones (Buenos Aires); 1 Regimiento de Dragones (Buenos Aires) y diversas unidades de Blandengues de la Frontera con unos 1.500 efectivos.

En Perú, 1 Regimiento de Infantería de 3 Batallones (Real de Lima); 2 Compañías independientes de Infantería y Piquetes sueltos de Dragones.

Chile alineaba 2 Batallones (Concepción y Valdivia), 1 Cuerpo de Dragones (de la Frontera) y una Compañía suelta del mismo Instituto.

Había además sendas Compañías de la Guardia en Nueva España, Nueva Granada y Perú, viejas unidades llenas de tradición pero con funciones meramente ceremoniales.

En conjunto, pues, 12 Regimientos de Infantería, unos 10 Batallones sueltos, 4 Cuerpos de Dragones y diversas Compañías independientes eran el total de las fuerzas permanentes a pie o a caballo en las Indias. Prácticamente ninguna de las unidades estaba al completo.

La Artillería, por su parte, estaba organizada en una serie de Compañías independientes. En concreto, 3 en Nueva España, 1 en Guatemala, 1 en Yucatán, 2 en Cuba, 2 en Puerto Rico, 2 en Cartagena, 1 en Panamá, 1 en Caracas, 1 en Cumaná, 1 en Guayana, 2 en el Río de la Plata, 1 en Lima y 1 en Chiloé.

En 1807 esta estructura se racionalizó con la creación de 11 Departamentos en América. En cada uno de ellos se incluía tanto la Artillería veterana como la Miliciana, y se agrupó a parte de la primera en Brigadas para facilitar la administración y aumentar la operatividad.

Hubo entonces en México 1 Brigada de 3 Compañías veteranas de Artillería a pie, más 1 suelta de ese tipo y 2 de Artillería Ligera. En Yucatán, 1 Compañía. En La Habana 1 Brigada de 4 Compañías a pie y 1 Ligera, además de 2 Compañías sueltas. En Cartagena, 1 Brigada de 3 Compañías, y 1 independiente. En Caracas, 1 Brigada de 2 Compañías y 3 Compañías independientes. En Guatemala, 2 Compañías sueltas. En Puerto Rico, 1 Brigada de 2 Compañías. En Buenos Aires, 1 de 4. En Lima, 1 de 3, de las cuales 1 era Ligera, además de 1 Compañía suelta. En Chile, 3 Compañías independientes.

No existía ninguna unidad de Ingenieros con categoría de Fija.

Teniendo en cuenta las dimensiones del territorio que tenían que cubrir, los Cuerpos Fijos eran totalmente insuficientes. Por otra parte, su estructura reflejaba, como era natural, el objetivo para el que se había concebido: rechazar un ataque del exterior lanzado desde el mar. De allí que el componente artillero fuera relativamente nutrido, y el de Caballería casi nulo.

Hasta cierto punto, las Milicias venían a compensar las deficiencias de los Fijos en lo que se refería al volumen de los efectivos y a la escasez de tropas montadas. Su importancia cuantitativa, en cambio, no podía hacer olvidar sus limitaciones cualitativas.

Porque los milicianos sólo eran soldados si se daba a esta palabra su sentido más amplio. En realidad, eran civiles designados por sorteo para recibir una somera instrucción un día a la semana, y eso siempre y cuando se lo permitieran los cuidados del campo y si no vivían demasiado alejados de sus instructores. Sólo algunos oficiales y suboficiales, los llamados "pies veteranos", eran profesionales.

Inicialmente, además, el servicio en las Milicias fue poco popular, lo que afectaba negativamente al valor de las unidades. Los soldados, por razones muy comprensibles, se resistían a formar parte de una organización que les quitaba tiempo de sus actividades profesionales, les sometía a una disciplina relativamente rígida (9) y que —en caso de guerra— les podía llevar a la muerte. En muchos casos, también, las autoridades locales veían con reticencias una institución que implicaba una extensión del poder central en perjuicio del suyo propio.

Con el tiempo, esta actitud evolucionó considerablemente, por diversas razones. El ser miliciano ofrecía algunas ventajas derivadas del Fuero Militar (10) y para ciertos sectores de la población, como los Pardos, era una fórmula de promoción social. Para la burguesía, la charretera de oficial era un medio de ascenso social y político, y para la aristocracia una forma de reforzar sus posiciones. Por ello se llegaron a pagar sumas importantes para obtener el mando de una Compañía o de un Batallón. El hecho de que un rico criollo como Bolívar fuese oficial de Milicias es característico en este sentido. Ya a fines del XVIII la gola era casi consustancial a una determinada posición en la sociedad americana.

Pero si las Milicias llegaron a integrarse plenamente en la vida cotidiana de las Indias, su creciente aceptación no se tradujo siempre en un incremento paralelo de su eficacia.

Esta dependía, ante todo, de dos factores: los "pies veteranos" y el grado de instrucción.

En cuanto a los primeros, el que una unidad contara con ellos o no, era función del número de cuadros disponibles, que siempre fue insuficiente. Hubo por tanto muchos Cuerpos, los pertenecientes a las milicias llamadas Urbanas, que carecieron de los mismos. Naturalmente, la falta de profesionales en la plantilla de la unidad se traducía en unos niveles de instrucción y de eficacia, muy bajos.

Pero ni siquiera las conocidas como Milicias Disciplinadas, las que tenían "pie veterano", se distinguían necesariamente por su valía. En principio, se reunían en "asambleas" periódicas para ejercitarse en el manejo de las armas y aprender las evoluciones del orden cerrado. En general, sin embargo, estas concentraciones esporádicas no permitían al miliciano adquirir los mínimos conocimientos necesarios en un soldado. Era sólo durante las movilizaciones decretadas en caso de crisis o de guerra cuando una unidad se podía poner a punto.

Ello planteaba, no obstante, un problema adicional. El miliciano percibía un sueldo únicamente cuando era movilizado, para compensarle del lucro cesante que significaba interrumpir su actividad laboral cotidiana. Por tanto, movilizar suponía, de un lado, aumentar los gastos del Erario. De otro, una disminución de la producción en las comarcas donde estaban basadas las unidades movilizadas. Desde el punto de vista político era, además, una fuente potencial de problemas, ante el descontento que provocaba entre los milicianos la obligación de dejar sus hogares para, quizás, participar en operaciones que pondrían su vida en peligro.

◆

(9) Menos, en cualquier caso, que la existente en las unidades veteranas.

(10) Lyle N. Mc. Allister, *The Fuero Militar in New Spain*, Westport 1974, es un estudio muy completo sobre la materia.

Por estos motivos, las autoridades civiles eran claramente reacias a ordenar una movilización, mientras que las militares, deseosas de contar con fuerzas todo lo mejor entrenadas que fuera posible, tendían a solicitar que se llamase a filas a los milicianos ante cualquier atisbo de amenaza.

Este conflicto de intereses persistió hasta el final mismo del período español.

Incluso en sus últimos años, y aún en momentos de peligro, los representantes del Rey en muchos casos dictaron desmovilizaciones apresuradas, sobre todo para ahorrar gastos, o retrasaron todo lo posible la convocatoria de las Milicias. En muchas ocasiones, también prefirieron no movilizar unidades enteras, sino pedirles un determinado número de hombres para completar otros Cuerpos.

Todo ello incidía directamente en la calidad de las fuerzas. Las que habían sido fogueadas o pasaban un cierto tiempo bajo las banderas, podían llegar a ser de calidad sobresaliente. Las que no se encontraban en ese caso, poseían un valor militar casi nulo, al igual que la mayoría de las Milicias Urbanas.

A la vista de estos datos, es legítimo preguntarse por qué la Corona mantuvo una Institución de tan relativa utilidad. La respuesta tiene que ser, al menos, doble.

En primer lugar, por la gran escasez de voluntarios para las unidades veteranas. Ya hemos dicho que estas se hallaban sistemáticamente cortas de efectivos y que tenían que ser completadas mediante la leva. No había, sencillamente, suficientes hombres para sostener los Cuerpos existentes a finales de siglo. Reclutar otras unidades adicionales hubiera sido, por tanto, imposible.

Pero había otra razón. Las milicias eran, por encima de todo, muy baratas. Un porcentaje importante de sus miembros no cobraba sueldo fijo; la alimentación de los caballos de los Cuerpos montados era pagada por las localidades donde se hallaban y, frecuentemente, los gastos de organización, vestuario, etc... de las unidades se financiaban mediante un impuesto instituido a este fin.

Así, el pequeño número de veteranos que había en Buenos Aires a principios del XIX costaba 779.868 pesos anuales, y las más numerosas Milicias, 220.478. En Perú, el mantenimiento de los primeros suponía 464.628 pesos, y las segundas sólo 229.538. Simplemente un Batallón corto de efectivos, como el de Nueva Granada, suponía un desembolso de 73.005 pesos y la Compañía de la Guardia del virrey, 17.674 (11). Para un Erario siempre obsesionado por reducir gastos, estos datos eran muy elocuentes.

Por consiguiente, la falta de hombres y las limitaciones presupuestarias justificaban, a los ojos de la Corte, la necesidad de las Milicias.

Estas eran, además, una Institución de gran raigambre en España, de donde procedían los creadores del Ejército de América, y que dio en Ultramar pruebas de su valía. En efecto, durante las campañas de la segunda mitad del XVIII, unidades milicianas se batieron ejemplarmente en sitios tan diversos como Pensacola o Puerto Rico, distinguiéndose en multitud de encuentros.

◆

(11) Mariano Torrente, *Historia de la Revolución Americana,* Madrid 1830, Vol. I, págs. 29-42.

Por otro lado, supusieron hasta el final de las guerras de Emancipación una conveniente fuente de hombres para reforzar Cuerpos veteranos, jugando también un papel importante como fuerzas de segunda línea e incluso de Policía. Es interesante constatar que los propios independentistas utilizaron a las Milicias de forma similar a la que habían previsto, para el servicio del Rey, sus propios organizadores.

Desde luego, estos nunca dejaron de ser conscientes del riesgo potencial que suponía poner armas en manos de los americanos, pero no existía ninguna otra alternativa posible. Cuando todo el sistema de Milicias fue renovado —el proceso se inició en 1764— este era un peligro muy remoto, comparado con el que suponía la amenaza británica. El comportamiento de muchos milicianos durante las guerras de Emancipación justificó, además, la confianza que la Corona había depositado en ellos.

Por lo que respecta al número de Cuerpos, fue muy variable en las distintas épocas y en las diferentes regiones. Debido al papel que desempeñaron en las campañas que vamos a estudiar, mencionaremos las que existían al principio del período. Las cifras se refieren sólo a las Milicias Disciplinadas o Provinciales (12).

En Nueva España había 8 Regimientos de Infantería a 2 Batallones; 4 Batallones independientes; 2 Regimientos de Caballería a 4 Escuadrones; 6 de Dragones y 1 de Lanceros. Existían también diversos Cuerpos de frontera y numerosas Compañías, más de 80, en las costas del Norte y del Sur. La Artillería contaba con 5 Compañías.

En Guatemala, 6 Batallones, 17 Compañías sueltas y 6 Escuadrones de Dragones. Cinco Compañías de Artillería.

En Yucatán, 2 Batallones, 2 "Divisiones" de Tiradores a 8 Compañías y 2 Compañías de artilleros.

Cuba tenía 1 Regimiento y 6 Batallones sueltos de Infantería; 1 Regimiento de Caballería, 1 de Dragones y 6 Compañías de Artillería.

Luisiana, 1 Regimiento de Infantería y el equivalente a 3 Batallones independientes.

Puerto Rico, 1 Regimiento de Infantería y 1 de Caballería, 4 Compañías sueltas y 2 Compañías de Artillería.

En Nueva Granada, 3 Regimientos de Infantería; 2 Batallones sueltos; diversos cuerpos independientes con el equivalente a 23 Compañías; 1 Regimiento mixto de Infantería y de Dragones; 2 Escuadrones sueltos de Dragones y 6 Compañías de Artillería.

◆

(12) Las Milicias podían ser Urbanas, si no tenían "pie veterano" y estaban adscritas a la defensa de una localidad concreta, y Provinciales o Disciplinadas, si contaban con él y podían operar fuera de sus lugares de origen. Desde otro punto de vista podían ser Blancos, Pardos (mestizos), Morenos (negros), o Naturales (Indios) o "De Todos los Colores".

Venezuela disponía de 6 Batallones de Infantería; 1 Escuadrón de Caballería; distintos cuerpos mixtos con un total de unas 50 Compañías y 9 Compañías de artilleros.

El Río de la Plata tenía 1 Regimiento y 1 Batallón suelto de Infantería; 2 Regimientos de Caballería y 7 Compañías de Artillería.

En Perú, había 3 Regimientos, 2 Batallones independientes y varias Compañías sueltas de Infantería; 2 Regimientos y 2 Escuadrones y medio de Caballería; 1 Regimiento de Dragones y 6 Compañías de Artillería.

En Chile, 1 Regimiento y 4 Compañías independientes de Infantería, el equivalente a 3 Regimientos de Caballería y 4 Compañías de Artillería.

Observando el conjunto de lo que era el Ejército de América en los primeros años del siglo XIX, se pueden aventurar algunas observaciones sobre el mismo.

En primer lugar, hay que señalar que era una institución diferente a la que Carlos III había implantado a partir de 1764. Carecía, en efecto, de dos elementos esenciales: las unidades peninsulares y una proporción relativamente alta de europeos en las Fijas y en los pies veteranos. En otras palabras, se había americanizado mucho más de lo que previeron sus creadores.

En segundo término, se hallaba concentrado mayoritariamente en la costa. Ello se debía a que había sido concebido ante todo para hacer frente a una amenaza exterior, que en principio llegaría desde el mar. De ahí, las débiles o nulas guarniciones existentes en Santa Fe, Quito, Paraguay, el Alto Perú y Santiago de Chile. Por la misma razón, contaba con una débil Caballería regular, ya que esta era un Arma ofensiva por excelencia.

Sin duda alguna, también tenía como misión el "mantenimiento del orden" interno, y así lo hizo ante alzamientos localizados como el de Tupac Amaru y el de los Comuneros, y lo volvería a hacer en el Alto Perú en 1809. Su comportamiento en el primero de estos, ya hizo ver claramente sus limitaciones como fuerza represiva. Pero no estaba preparado en absoluto para combatir una rebelión más o menos generalizada. Floridablanca, a la vista de la Revolución americana, advirtió sobre el peligro de que algo igual sucediera en las Indias pero la medida que surgió en sus Instrucciones Reservadas para evitarlo —el aumento de los Cuerpos peninsulares en América— no sólo no se llevó a cabo, sino que se hizo justamente lo contrario, ante la escasez de unidades europeas.

Podría, pues, considerarse que el Ejército de las Indias no era un verdadero Ejército de ocupación *strictu sensu*, ya que no estaba orientado primordialmente al mantenimiento del orden interno. Ni podía serlo, por el origen americano de la mayor parte de sus miembros y por la existencia de unas numerosas Milicias. En realidad, el sistema se basaba, ingenuamente si se quiere, en la lealtad hacia la Corona de una parte apreciable de la población. De ahí que, a falta de tropas peninsulares, se le armara y se le entrenara para la guerra. Ello hubiera sido impensable si se hubiera dudado realmente de la fidelidad de los milicianos o de los soldados de Ultramar.

Cuando empiezan los movimientos emancipadores, este conjunto de tropas americanas, diseñado para repeler desembarcos de un invasor exterior al abrigo de los muros de una red de forta-

lezas, se encontró con un enemigo de su misma nacionalidad, que se hallaba en ocasiones en las regiones internas de las distintas provincias y al que tendría que combatir en campo abierto.

Es decir, todas las circunstancias eran justamente lo opuesto de lo que se había previsto. Se trataba, en efecto, de luchar contra compatriotas, no contra extranjeros; el teatro de operaciones sería todo el territorio, y no sólo la franja costera; había que tomar la ofensiva, y no encerrarse en la defensiva.

Además, en ocasiones, las tropas no recibieron órdenes de sus propios superiores para sofocar las sublevaciones que se produjeron. Se puede argumentar que quizás no se impartieron porque se presumía que no serían cumplidas. Pero es innegable que, en algunos casos, no se quisieron dar, a pesar de que nada permitía suponer que se desobedecerían.

La reacción del Ejército a los movimientos fue, en síntesis la siguiente:

En Perú, se alineó en bloque con el virrey (13) y cumplió las instrucciones que recibió de acudir a sofocar los núcleos independentistas en el Alto Perú y en Quito.

En Nueva Granada, en cambio, el depuesto virrey no intenta oponerse a su propio cese, a pesar de que "si hubiera salido una Compañía del Regimiento Auxiliar que hacía la guarnición de la plaza se habría terminado todo en pocos momentos" (14). Las tropas, pues, asistieron impasibles al cambio que se produjo.

En Chile, la guarnición presencia pasivamente el relevo del Capitán General, el cual, por su parte, tampoco hace nada para llamarla en su ayuda. En Santiago había además, sólo dos Compañías veteranas de servicio. Eran "tropas compuestas principalmente por gente del país" (15).

En Quito, había únicamente unos 400 soldados de Infantería —otras fuentes hablan de dos Compañías— mandados por un oficial ecuatoriano que secunda la acción de la Junta.

México es un caso especial. El núcleo de las tropas, incluyendo a las unidades veteranas en bloque, permanece fiel, pero los Dragones del Regimiento de Milicias de la Reina se unen desde un primer momento a Hidalgo. Tres de sus capitanes, Aldama, Allende y Abasolo, jugaron un papel básico en el alzamiento, aportando al mismo unos conocimientos técnicos esenciales. Así, "se realiza la primera organización de los insurgentes... formándose los cuadros de mando con el personal de los Dragones de la Reina" (16). Más tarde, de los Regimientos de S. Luis y Fieles de Potosí surgirán tres presidentes de la futura República mexicana.

Inevitablemente, los Cuerpos existentes que se sumaron al levantamiento constituyeron el núcleo de los Ejércitos independentistas. El Fijo de Cartagena, por ejemplo, facilitó instructores

◆

(13) Campbell, págs. 241-42.

(14) José María Espinosa, *Memorias de un abanderado*, Madrid 1920, pág. 190.

(15) William Bennet Stevenson, *Memorias*, Madrid sin fecha, pág. 82.

(16) Secretaría de Defensa, *La Caballería en México*, México D. F., sin fecha, pág. 149.

a los voluntarios que se presentaron en Bogotá, entre ellos los famosos hermanos Girardot (17). Un testigo de la época, escribiendo años después, todavía recordaba el vestuario de aquellos profesionales que tanto le impresionaron: "había venido a esta ciudad un cuerpo veterano llamado el Fijo de Cartagena, cuyo uniforme me parece estar viendo, y consistía en morrión de cuero, casaca blanca con vueltas de paño azul, pantalón blanco y chinelas" (18).

Por su parte, el Batallón Auxiliar de Nueva Granada sería, bajo el nombre de Granaderos de Cundinamarca, la base de las fuerzas independentistas de este territorio.

En el Río de la Plata se produce una transformación interesantísima de la guarnición que merece una breve alusión.

Como en otros puntos de América, el número de tropas veteranas que allí había a principios del siglo XIX era muy bajo, y desde luego no existían unidades peninsulares. Así, en 1803, de 3.923 hombres que, según plantilla, debía haber sólo existían 1.691, de los cuales parte estaban en Perú. Buenos Aires únicamente contaba con un Batallón de Infantería, muy disminuido, y con seis Compañías de Dragones. Montevideo tenía 285 hombres (19).

Para dar una idea del estado de los distintos Cuerpos, diremos que el Regimiento Fijo de Infantería tenía 771 hombres, en vez de 2.043. El de Dragones contaba con 360, y su plantilla preveía 516. Los de Blandengues, que tenían que haber sumado 1.364 reunían sólo 560.

En los siguientes años, la tendencia a la reducción de efectivos continúa. Cuando se produce la invasión inglesa de 1806, estaba "el Río de la Plata casi indefenso, no contándose con más de 500 ó 600 hombres de tropa reglada" (20).

La recuperación de Buenos Aires por los españoles sólo fue posible, por consiguiente, gracias a las unidades de voluntarios que se improvisaron y al puñado de profesionales que Liniers trajo de Montevideo.

Tras la reconquista, en agosto de ese año. se decide acudir a estas nueva fuerzas para la reorganización del Ejército, si bien con la mención expresa de que no eran Milicias, "sino unos cuerpos voluntarios formados por la necesidad". Se constituyen así los Cuerpos de Húsares, 3 Escuadrones, luego elevados a 4; Patricios, 3 Batallones; Arribeños, con 1; Patriotas de la Unión, de 7 Compañías; el Batallón de Naturales, Pardos y Morenos, sobre la base de 2 Compañías de Grana-

(17) Espinosa, pág. 194.

(18) Ibíd. Según otras fuentes, esta unidad no era el Fijo, sino el Regimiento de Milicias de Cartagena. En cualquier caso, el Fijo también aceptó sin oposición el alzamiento cuando se produce en esa ciudad. Sólo varios meses después, en febrero de 1811, intentó dar un golpe, que fue controlado sin derramamiento de sangre.

(19) Archivo del Servicio Histórico Militar. Sección de Ultramar, legajo 9, "Estado que manifiesta los Regimientos y Cuerpos veteranos que tiene esta provincia", Montevideo, 31 de mayo de 1803.

(20) Bartolomé Mitre, *Historia de Belgrano*, Buenos Aires, 1950, pág. 54.

deros de Milicias de Pardos y Morenos; la Compañía de Granaderos de Infantería, a partir de la preexistente de Granaderos Provinciales; Escuadrón de Carabineros de Carlos IV; Escuadrones —dos— de Quinteros o Labradores; Auxiliar de Caballería de la Real Maestranza de Artillería, Migueletes y Artillería de Indios, Pardos y Morenos.

A estas fuerzas americanas se unen las siguientes peninsulares: Cuerpo de Gallegos, con 9 Compañías; Tercio de Andaluces, con 8; de Catalanes, con 8; de Vizcaínos, con 9 y de Montañeses, con 4, así como 1 Batallón de Infantería de Marina.

Mientras las tropas de voluntarios se incrementaban de esta manera, las veteranas quedaron "en esqueleto", creándose un desequilibrio que tendrá repercusiones considerables.

El conjunto de las fuerzas voluntarias junto con los escasos veteranos y algunos milicianos, participó en las dos expediciones en auxilio de Montevideo, en 1807 y sobre todo en la gloriosa defensa de Buenos Aires en julio de ese año, lo que sirvió para que se consolidase la conciencia de su propia valía.

Si el elemento voluntario predominaba sobre el veterano, dentro del primero el peso específico de los americanos no tardaría en superar el de las peninsulares. En efecto, en enero de 1809 los Tercios de Vizcaínos, Gallegos y Catalanes se sublevaron contra Liniers, al que se tildaba de afrancesado, siendo disueltos.

En septiembre, el nuevo virrey Hidalgo de Cisneros, intenta regularizar la situación militar, adaptando los Cuerpos voluntarios, surgidos al margen de los mecanismos convencionales, al modelo establecido por España en las Indias.

Se crean, en consecuencia, 5 Batallones de Infantería de Línea. Dos, con efectivos de los patricios y los tres restantes a base del Cuerpo de Arribeños, del Tercio de Montañeses y del de Andaluces. Surge una unidad de preferencia, el batallón de Fernando VII, creado a partir de la Compañía de Granaderos de Infantería, mientras que los Húsares quedan reducidos a 1 Escuadrón, llamado del Rey, y se mantiene el Batallón de Castas —o de Naturales, Pardos y Morenos— y el de Artillería.

Las fuerzas así formadas reciben la calificación de Milicias Regladas, aunque en la práctica poco tenían que ver con lo que había sido la acepción clásica del término.

El equilibrio entre Cuerpos veteranos y milicianos quedó irremisiblemente roto. Los primeros alineaban sólo 371 hombres, frente a 2.979 de los segundos. Las circunstancias habían hecho, además, que estos últimos, fogueados, bien armados y con un concepto muy claro de su valía, no tuvieran nada que envidiar en calidad a los primeros.

Al producirse la Revolución de mayo de 1810, los pocos veteranos que había fueron disueltos e incorporados a otras unidades (21). En cuanto a las Milicias por decreto del día 29 fueron elevadas al rango de Cuerpos veteranos, constituyendo el origen del futuro Ejército argentino.

◆

(21) Las tropas Fijas nada hicieron para defender a las autoridades reales, limitándose a acatar la evolución de los acontecimientos. Esta actitud llevó al virrey a decir, justificadamente, «el Ejército me abandona».

Los Batallones 1.º y 2.º (Patricios), 3.º (Arribeños), 4.º (Montañeses) y 5.º (Andaluces) pasaron a ser Regimientos. Con elementos de ellos, del Batallón de Castas y del viejo Fijo de Infantería, se organiza el Regimiento N.º 6. El Batallón de Granaderos de Fernando VII se elevó a Regimiento, conservando su denominación hasta 1813, cuando cambió su nombre por Granaderos de Infantería.

El Cuerpo de Blandengues de la Frontera de Buenos Aires se convirtió en Regimiento de Dragones de la Patria, mientras que los Blandengues de Santa Fe permanecieron intactos. La Artillería voluntaria y la veterana se refundió en el Regimiento de Artillería de la Patria.

En el Río de la Plata se dio, pues, el mejor ejemplo de transformación del Ejército de América. Las estructuras tradicionales —Fijos y Milicias— se ven totalmente superadas por el tipo de amenazas que supusieron las invasiones británicas. Además, no se pudieron enviar desde la península refuerzos de tropas del Ejército Real, el tercer elemento del sistema. Ante la incapacidad de éste, surgen espontáneamente unidades nuevas, no previstas en el esquema defensivo clásico.

Llegada la paz, se produce un intento de volver al statu quo, reformando los Cuerpos voluntarios para que se adaptasen al esquema que fundó Carlos III en su día. Finalmente, estas tropas heterodoxas serán las que obtengan la primacía, absorbiendo a las veteranas y formando la columna vertebral del nuevo Ejército.

El cambio no pudo ser más completo. El núcleo clásico, las fuerzas veteranas, pasa primero a un segundo lugar frente a las auxiliares que se improvisan. Estas, posteriormente, se convierten a su vez en núcleo, y fagocitan a los Cuerpos que, para los organizadores del sistema, constituían la esencia del mismo.

Las reacciones del Ejército de América al movimiento emancipador fueron, pues, muy diversas. Desde la lealtad prácticamente unánime de los Cuerpos peruanos al alineamiento total con las nuevas autoridades de las tropas de Nueva Granada. En Perú, el modelo militar se mantiene intacto. En Chile también, pero al servicio de los nuevos gobernantes. En Buenos Aires, salta en pedazos. En Nueva España, se resquebraja.

Pero, abstracción hecha de las diferentes actitudes hacia los alzamientos, estos supusieron para la guarnición de las Indias un trauma irreversible. A partir de entonces, las fuerzas que quedaron en uno y otro bando, y las que se les fueron uniendo, evolucionaron paulatinamente hasta dar nacimiento a los Ejércitos independentistas y realistas. De estos últimos, nos ocupamos en un Capítulo posterior, pero se puede adelantar ya que por su volumen, su progresiva regularización, acompañada por una disminución del papel de las Milicias, e incluso por su composición, se trató de una organización militar con características propias, diferentes de las que tenía el Ejército que existió hasta 1809 ó 1810.

Puede ser interesante hacer una valoración de su comportamiento ante la prueba de fuego que supuso la cascada de sublevaciones.

Para ello, es imprescindible recordar lo que ya hemos dicho más arriba: el Ejército de América ni estaba concebido para hacer frente a una situación como la que se produjo a partir de 1809, ni su composición era la más adecuada para ello; como tampoco lo eran ni su distribución geográfica ni su doctrina de empleo, esencialmente defensiva. Por otro lado, muchas de las autoridades reales carecieron de la energía necesaria para poner a prueba su fidelidad.

Teniendo en cuenta estos factores, lo sorprendente no es que muchas unidades se unieron a los independentistas en Nueva España (aunque sólo fueran algunas de Milicias), en Venezuela (en parte nada más), en Nueva Granada (no todas), en Quito, en Chile y en Buenos Aires. Lo extraño es que en Nueva España, Guatemala, Panamá, Perú, Montevideo, Cuba, Puerto Rico, parcialmente en Venezuela y Nueva Granada, otras tantas se alinearon con un puñado de representantes de un poder lejano en crisis que, además, parecía próximo a ser aniquilado por el invasor francés. Intervinieron en ello muchos y muy variados factores, y sería absurdo atribuir esa reacción exclusivamente a lealtad a España. Pero se trata, en todo caso, de un fenómeno hasta cierto punto sorprendente y, desde luego, poco frecuente.

Desde el momento que las circunstancias impusieron una profunda americanización de aquel Ejército, la clásica última ratio del Rey pasó a manos americanas. Los virreyes carecían totalmente de lo que se suele llamar tropas metropolitanas para equilibrar el poder de las locales. Estas eran toda la fuerza militar existente. Nadie podía pretender de ellas que se enfrentaran unánimamente a sus compatriotas, en defensa de los intereses de Fernando VII. Es posible, incluso, que tampoco se pudiera esperar que tantas lo hicieran.

CAPITULO III

"¿No se ha instalado esta Junta bajo los mismos principios que las Juntas de Europa?".
(La Junta de Buenos Aires al Gobierno de Chile, 1-9-1810)

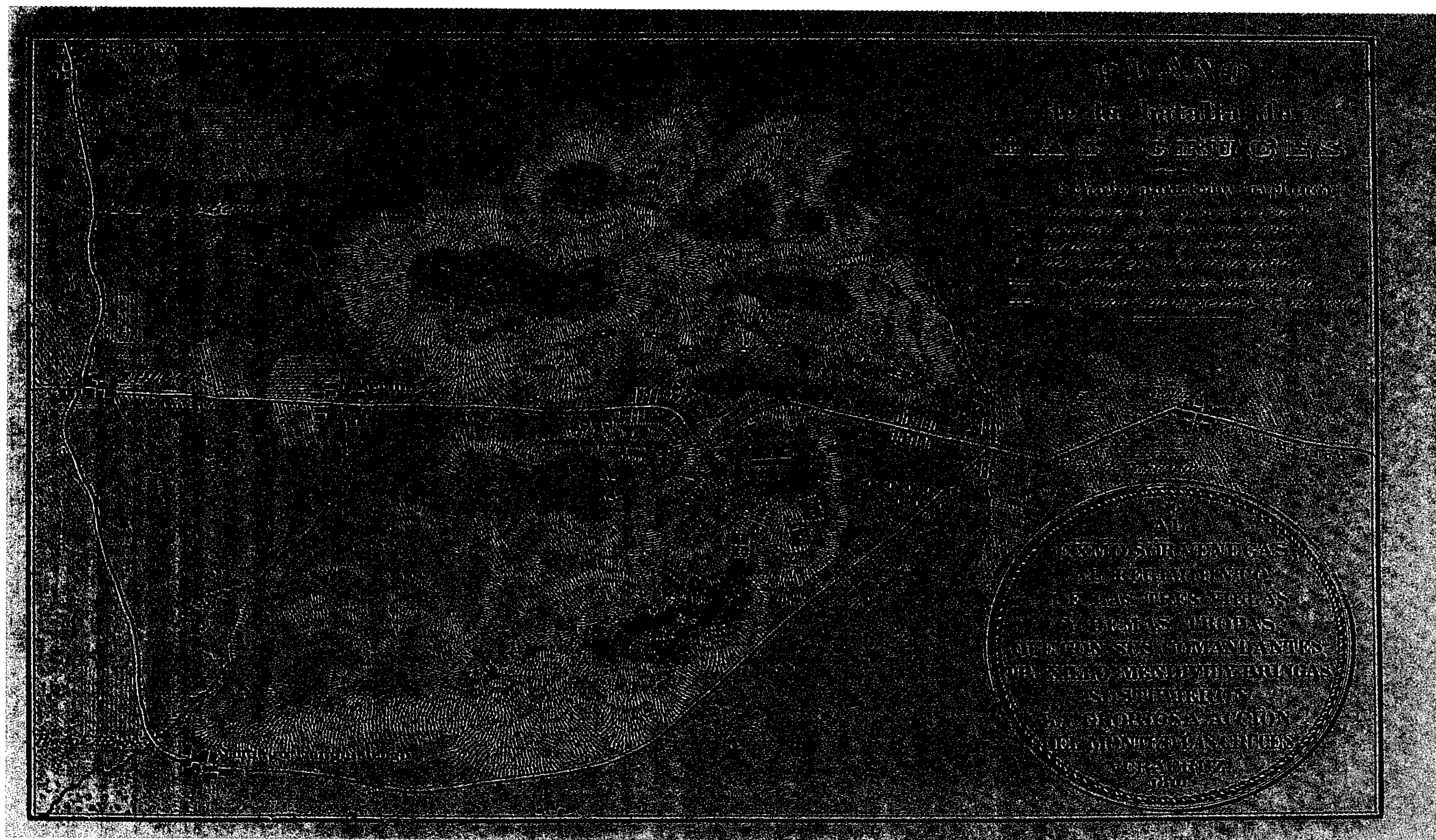
Los primeros embates (1809-1811)

En este Capítulo no pretendemos hacer un estudio de las causas detonantes de los movimientos emancipadores —que Lynch ha analizado magistralmente—, sino describir el inicio de los mismos desde el punto de vista militar.

Es inexcusable, sin embargo, referirnos aunque sea brevemente a sus orígenes. Estos fueron complejos y variaron de una región a otra. Intervinieron factores económicos, como la incapacidad de la metrópoli para seguir desempeñando el papel de principal interlocutor comercial de las Indias y como el mantenimiento a ultranza de un pacto colonial claramente favorable a la península. También los hubo de carácter social. Por ejemplo, el resentimiento de los criollos por ocupar una posición subalterna respecto a los europeos, o la existencia de amplias capas desfavorecidas en la población. Los principios de la Ilustración y de las Revoluciones americana y francesa dieron un sustrato ideológico al desencanto de las elites locales, verdaderos motores de la emancipación.

Aún a riesgo de generalizar excesivamente, quizás se podría afirmar que excepto en el caso de México y muy pocos más —como en Alto Perú, por ejemplo— el movimiento fue sobre todo promovido por una minoría relativamente privilegiada, la formada por los criollos acomodados. Sus deseos por acabar con las trabas que España ponía a su desarrollo económico y social, y el temor ante el poder de nuevos grupos emergentes, como los Pardos en Venezuela, por sólo citar un caso, figuran entre los principales motivos de la Revolución conservadora que fue la Emancipación. Se podría añadir que estos sentimientos conservadores movieron también, en ocasiones, a los criollos a apoyar a la soberanía española como garante de estabilidad social.

Parece, además, indiscutible que España no supo aplicar una solución política correcta a las causas profundas del movimiento. En una primera fase porque, ensimismada en su propia guerra de Independencia, concentró en ganarla toda su capacidad, relegando a un segundo lugar los problemas americanos. La Constitución de 1812 pareció abrir una puerta a la esperanza, que luego se reveló injustificada. Más tarde, la Restauración de Fernando VII significó un intento de volver el reloj de la Historia a 1808, pretendiendo un imposible regreso al statu quo ante que, en todo



Batalla de las Cruces.

caso, era ya en 1814 inaceptable para Ultramar. El bienio liberal y la reinstauración de la Constitución del 12 sólo sirvieron para sembrar el desconcierto entre los realistas de América mientras que el Gobierno de la península tampoco dio los pasos necesarios para atraerse a los independentistas. El naufragio del experimento progresista y la invasión de los Cien Mil Hijos de San Luis, con el retorno del absolutismo implicó una vuelta a una política de fuerza que no sólo estaba ya superada, sino que además España no podía imponer.

Hubo pues desde un incorrecto análisis de la situación, basándose "en el menosprecio de la capacidad de los revolucionarios y la convicción de que podrían ser fácilmente encaminados a la fidelidad" (1) hasta una negativa, tanto por parte absolutista como liberal, a introducir en la relación entre la península y Ultramar los cambios profundos que eran imprescindibles. A pesar de sus buenas palabras, ni los sectores más avanzados españoles estaban dispuestos a adoptar seriamente una política de igualdad de representación de ambos lados del Atlántico, que debido a la superioridad numérica de americanos sobre peninsulares hubiera dado a los primeros la primacía sobre los segundos. En realidad, ninguno de los Gobiernos de Fernando VII —por no hablar del propio Rey— se plantearon la sustitución de la relación de subordinación entre España y las Indias por una más igualitaria. Es cierto, quizás, tambien, que difícilmente se podía esperar esto de una metrópoli.

La invasión napoleónica, la partida de la Familia Real española hacia Bayona y, por último la abdicación de sus derechos, provocará un vacío de poder que será la ocasión para el comienzo de los movimientos emancipadores americanos. En efecto, la situación creada en 1808 era especialmente grave para las Indias, y no sólo por razón de su distancia geográfica de la península, sino porque técnicamente las provincias de Ultramar se consideraban patrimonio de la Corona, no de la nación española. Como proclamó la Junta de Venezuela en 1811, "ni la América tiene derechos para enseñorearse de la España, ni esta para exigir de aquella el homenaje tributado solamente a la real Persona de Fernando VII".

La caída de la dinastía ponía en cuestión, por consiguiente, la legitimidad de los lazos que unían a la península con América. Su sustitución por una Junta Central en España, aunque podía ser aceptable para los propios españoles, no lo era tanto para los americanos, que con buenas razones podían preguntarse hasta qué punto el nuevo organismo, nacido en tan especialísimas circunstancias y desde luego sin su consentimiento, era tan acreedor de su lealtad como el Rey. Era igualmente discutible su legitimidad para regir los destinos de Ultramar en ausencia del Monarca.

Que éste seguía disfrutando, al menos en los primeros años del siglo, de las simpatías de la mayoría de los habitantes de las Indias, parece indudable. Muchos de ellos vieron en las Juntas que surgieron por doquier en Ultramar ante todo una fórmula para conservar los derechos de Fernando VII, y para impedir que la soberanía de José Napoleón, —al que no se vacila en calificar de usurpador— se extendiera a aquellas tierras. Así, algunas autoridades, son depuestas no en un afán de independencia, sino porque se les tildaba de afrancesadas.

Incluso en los pocos casos en los que se intenta una solución verdaderamente revolucionaria, como es el de México, el nombre de Fernando VII se conservará en un primer momento como



(1) Edmundo A. Heredia, *Planes Españoles para reconquistar Hispanoamérica (1810-1818)*, Buenos Aires 1974, pág. 18.

algo intangible para los propios insurgentes: "el nombre de Fernando VII figuraba en el programa independiente desde el 16 de septiembre de 1810" (2). En fecha tan tardía como 1813 el propio Morelos tenía que seguir recordando que "ya no hay Fernando VII porque o él se quiso ir a su casa de Borbón a Francia, y entonces no estamos obligados a reconocerlo por Rey, o lo llevaron a la fuerza, y entonces ya no existe", añadiendo que "por ausencia y cautividad del Rey Don Fernando VII ha recaído como debía el gobierno en la Nación Americana" (3).

Parece incluso que muchos indios pensaban que Hidalgo defendía los derechos del Rey, a quien llevaba en su coche, tomando por tal "a una bella joven vestida de hombre que le acompañaba" (4).

En Buenos Aires, aunque el Cabildo abierto declara el 22 de mayo de 1810 que "había caducado la autoridad del virrey Don Baltasar Hidalgo de Cisneros por ausencia que el monarca español Fernando VII había hecho de su reino para el de Francia" (5), hasta el 30 de enero de 1813 las fuerzas del Río de la Plata seguirán usando las banderas y cucardas españolas, e incluso contarán con una unidad con el nombre del Rey.

En Caracas, el Capitán General es expulsado, pero el poder pasa a una Junta Suprema "conservadora de los derechos de Fernando VII... el pueblo vio tranquilamente la mudanza, creyendo que no era malo hacer lo que habían hecho todas las provincias de España, y que por este medio se precavía el peligro de caer bajo la dominación francesa" (6).

El Congreso venezolano se consideró "representante legítimo e inmediato de Fernando VII" y en calidad de tal se atribuyó el tratamiento de Majestad".

En Quito, la Junta que surge lo hace "para conservar para el Rey legítimo y Señor natural esta parte de su reino", y "gobernará interinamente y a nombre y como representante de nuestro legítimo soberano del Señor Don Fernando VII".

En Chile, "el carácter general del movimiento de 1810 había sido una espléndida manifestación de amor y lealtad al legítimo soberano de las Españas y de las Indias, Fernando VII... La mayoría de los que promovieron las mudanzas que se verificaron en Chile el memorable año de 1810 habían obrado a impulsos de la más pura e intachable fidelidad al soberano" (7). Muchos de ellos eran en realidad revolucionarios "sin saberlo ni quererlo" (8).

◆

(2) Alfonso Teja Zabre, *Morelos*, Buenos Aires 1956, pág. 143.

(3) "Manifiesto a los habitantes de Oaxaca", ver supra, pág. 147.

(4) Carlos Navarro y Rodríguez, *Vida de Agustín de Iturbide*, Madrid 1919, pág. 21.

(5) Gervasio Antonio Posadas, *Memorias*, Madrid 1920, pág. 10.

(6) J. F. Heredia, *Memorias del regente Heredia*, Madrid sin fecha, pág. 8.

(7) Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui, *La reconquista española de Chile*, Madrid sin fecha, pág. 10.

(8) Ibíd.

Los propios dirigentes del movimiento afirmaron que "por la prisión de Fernando VII quedaron los pueblos sin Rey y en libertad de elegir un gobierno digno de su confianza, como lo hicieron las provincias españolas... Chile, (lo hizo) deseoso de conservarse para su legítimo soberano y huir de un gobierno que le entregase a los franceses". Según ellos, "jamás intentaron su independencia del Rey de España libre ni faltar al juramento de fidelidad" (9).

Se dará la paradoja de que en muchos territorios no se proclamará la independencia hasta largo tiempo después de que se iniciaran las hostilidades. Juntas que formalmente seguían reconociendo los derechos de Fernando VII no por ello combatían con menos ardor a los realistas.

Sin duda, en muchos casos, las frecuentes apelaciones al hijo de Carlos IV no eran más que un pretexto para encubrir aspiraciones de emancipación y para no alienarse las simpatías de una población recelosa de cambios bruscos, pero el mero hecho de que se recurriera a este subterfugio parece indicar que los dirigentes independentistas eran conscientes de que una parte importante de sus compatriotas podía estar descontenta del "mal Gobierno" sin que por ello deseasen cortar bruscamente una relación de 300 años con los Reyes de España.

Esta actitud podría explicarse por numerosas razones: lealtad a la Corona, rutina, ignorancia, o miedo a lo desconocido. Pero el sentimiento parece haber existido: "de la gran revolución de Francia y de la independencia de Norteamérica que fueron los poderosos estímulos de nuestros buenos patriotas, no tenía mayor noticia el pueblo ignorante y rudo... La justa ojeriza de éste contra sus opresores sólo vino a obrar como causa coadyuvante y secundaria" (10).

En palabras de alguien tan poco sospechoso como Paez (11): "nadie ignora que los primeros movimientos políticos de los americanos del Sur sólo fueron al principio expresión de lealtad y simpatía hacia la madre patria; cuando su rey se encontraba preso en territorio extranjero y su trono ocupado por un intruso que sostenían las bayonetas francesas, el pueblo americano, lleno de indignación, se negó a abandonar la causa de los que reputaba sus legítimos soberanos".

También es cierto que las Juntas que surgieron tuvieron la virtud de hacer probar a los americanos las delicias de la libertad: "habiéndose los chilenos constituido independientes de hecho, habían podido experimentar en aquel corto espacio de tiempo todas las ventajas y dulzuras de gobernarse a sí mismos y se habían acostumbrado a ellas" (12). Lo mismo sucedió en Venezuela: "al estallar los sucesos de 1808 en España, Venezuela hizo alarde de lealtad al Rey... fue después de saboreado el Gobierno propio que naturalmente surgió la idea de independencia" (13).

La proliferación de Juntas en las Indias no fue, en un principio, un movimiento anti-español. Al contrario, era una forma idéntica a la seguida en la península de dar respuesta al colapso de

◆

(9) "Acta de los Acuerdos del Senado y del Director Supremo, 19 de abril de 1814", recogida en *Archivo de D. Bernardo O'Higgins*, Santiago 1947, Vol. II, pág. 37.

(10) Espinosa, pág. 191.

(11) José Antonio Páez, *Memorias*, Madrid sin fecha, pág. 37.

(12) Amunátegui, pág. 13.

(13) Lino Duarte Level, *Historia Militar y Política de Venezuela*, Madrid sin fecha, pág. 245.

las instituciones centrales provocado por la invasión napoleónica. Fue más bien la evolución natural de las Juntas, unida a la ceguera del Gobierno español y al descontento de sectores de la población, lo que llevó a la ruptura.

Los alegatos de alguno de los protagonistas del levantamiento que se produjo en Quito en agosto de 1809 son, en este sentido, elocuentes: "Una Nación se halla en estado de anarquía cuando le falta la cabeza soberana legítima, que tenga el ejercicio del sumo imperio. El Señor Don Fernando VII no puede, por nuestra desgracia, regir su monarquía. La Junta Central (de España) se extinguió políticamente, luego la América está anárquica; estando anárquica, no hay autoridades constituidas, está en su estado natural, y estando en estado natural, es libre para darse el Gobierno que le parezca conveniente y análogo a las circunstancias como lo declararon y lo han hecho los españoles fundados en el Derecho de Gentes. ¿Ha hecho el pueblo de Quito otra cosa? Claro está que no" (14).

"La misma nación española nos tenía, hace mucho tiempo, invitados a lo mismo (a sostener los derechos de su independencia y religión contra el enemigo común)... se vendrá en conocimiento de que, habiendo practicado Quito lo que le han recomendado el Rey y la madre patria, en esta situación se ve angustiada" (15).

En suma, lo único que había sucedido es que, una vez rotos los lazos que les unían con la Casa Real española por la prisión de Fernando VII —sólo al cual debían lealtad— se habían limitado a recoger un poder que estaba abandonado. Y esto era así porque las autoridades reales sólo estaban legitimadas para desempeñar su función en tanto que representaban al Monarca. Cautivo éste, desaparecía la fuente única de legitimidad.

El argumento, especioso o no, seguramente era compartido, al menos en un primer tiempo, por muchos de los que apoyaron los levantamientos, que no se consideraban rebeldes al Rey, sino "guardianes de sus derechos" durante la ausencia de éste, como proclamaron la casi totalidad de las Juntas americanas.

Como hemos mencionado más arriba, para oponerse por la fuerza al movimiento, las autoridades españolas en Ultramar sólo contaban con los medios locales, que eran bien cortos: "menos de dos mil hombres de tropas regladas españolas guarnecían la línea que se extiende desde Buenos Aires a Quito y Lima. En un período más turbulento, quinientos hombres formaban la guarnición de todo Chile, y de éstos, trescientos estuvieron constantemente empleados contra los indios araucanos" (16).

Precisemos únicamente que el término "español" debe tomarse en su sentido más amplio. Como hemos dicho, en los territorios que serían teatro de operaciones activas no había unidades del Ejército Real, estando guarnecidos por fuerzas del Ejército de América, masivamente americanas.

◆

(14) Escrito de defensa del independentista Morelos ante las autoridades realistas, citado en Roberto Andrade, *Historia del Ecuador,* Quito 1982, Vol. I, pág. 217.

(15) Ibíd., Escrito de defensa de Rodríguez Quiroga.

(16) *Memorias del General Miller,* Madrid 1910, Vol. I., pág. 70.

En Nueva España había 7.000 veteranos; 3.600 presidiales— tropas especializadas en la lucha contra los indios de la frontera Norte—, y en torno a los 19.000 milicianos. Sólo los primeros y los últimos —estos con las inevitables limitaciones de las Milicias— estaban disponibles para hacer frente a una sublevación, ya que los segundos se hallaban adscritos a la línea de presidios.

Al Sur de México, "Las fuerzas que el virrey de Santa Fe tenía a sus órdenes para la defensa del virreinato eran harto insignificantes. Constaban de 3.800 hombres de tropa de línea de todas las armas con 9.000 hombres de Milicias. El capitán general de Venezuela mandaba 2.150 hombres de tropa reglada y 10.000 de Milicias Disciplinadas" (17).

En Quito sólo existía un puñado de Compañías de Infantería.

En Perú, el virrey Abascal contaba con un Regimiento de Infantería de Línea, el Real de Lima: el corto Batallón Ligero de Chiloé y dos piquetes de jinetes (18). En total, menos de 1.900 hombres. No extraña, pues, que se quejara de su "muy corto número", aunque reconociera que "tenían regular instrucción" (19).

Las Milicias, sobre el papel, eran numerosísimas, hasta 70.570 hombres, pero nadie dudaba que casi todas sus unidades eran "imaginarias". En realidad, únicamente las de Lima y sus alrededores tenían valor militar. Muchos de los demás Cuerpos o estaban "bajos de fuerza" o "no tenían ninguna en los partidos más distantes de la capital".

El Ejército regular estaba formado en un 80% de americanos (20), proporción que en las Milicias ascendía hasta casi el 100%.

En Chile, la mayor parte de los efectivos disponibles estaban desplegados en torno a la frontera del Bio-bio. Su grado de "americanización" era también muy elevado (21).

Por lo que se refiere a Buenos Aires, ya hemos tenido ocasión de ver en el Capítulo anterior que cuando se produjo la invasión británica las fuerzas regulares eran mínimas, y que tras la reconquista, la defensa había quedado básicamente en manos de las Milicias.

◆

(17) José Manuel Restrepo, *Historia de la Revolución de la República de Colombia*, Besanzon 1858, Vol. I, pág. XXI. Para datos específicos de la guarnición de Nueva Granada en esa época, ver Camilo Riaño, *Historia Militar. La Independencia (1810-1815)* (Vol. XVIII de la *Historia Extensa de Colombia*), Bogotá 1971, págs. 19-32. Entre Santa Fe, Cartagena, Popoyá y Panamá había, según ese autor, 3.301 hombres de unidades veteranas. Si se excluyen los Cuerpos de Panamá, demasiado alejados para intervenir, quedaban en el virreinato 2.304 hombres.

(18) Abascal, en su *Memoria*, Sevilla 1944, cita como "únicas tropas veteranas de Caballería que tiene el virreinato" a los Dragones del Cuzco, pero los *Estados Militares* mencionan también el piquete de 25 hombres de Caballería de Tarma.

(19) Abascal, Vol. I, pág. 360.

(20) Campbell, pág. 222, indica que "al menos cinco sextos de las tropas" eran americanas.

(21) Oñat y Roa, págs. 143-47.

Con tan "harto insignificantes" efectivos, las autoridades tendrán que hacer frente a los distintos movimientos contra el orden constituido que se producirán en la América continental a partir de 1808.

El primero, curiosamente, lo protagonizará la elite peninsular en México, que el 16 de septiembre de 1808 derroca al virrey Iturrigaray, hombre del desprestigiado Godoy, al que se acusaba de excesivas simpatías hacia los criollos (22).

Pero es en el Alto Perú donde se produce la primera amenaza real, cuando el 25 de mayo de 1809 tiene lugar un alzamiento en Charcas, siendo depuesto el presidente García Pizarro. El 16 de julio se establece una Junta en La Paz.

Abascal reacciona fulminantemente. Nombra a Goyeneche, criollo recien llegado de la península, presidente interino del Cuzco, designando a Ramírez como su segundo en el mando del Ejército que se debía formar en Puno para acabar con la sublevación. La agrupación de tropas se organiza a base de Milicias, en torno a una sola Compañía del Real de Lima.

En una fulgurante campaña, y sin demasiadas dificultades, estas fuerzas restablecen la situación antes de que acabe el año. El mariscal de campo Vicente Nieto, llegado de Buenos Aires con algunos Patricios, es nombrado presidente de Charcas.

Fueron operaciones que apenas merecen el calificativo de militares, más próximas a simples actuaciones de mantenimiento del orden. Las unidades realistas, en su mayoría bisoñas e irregulares, eran, no obstante, muy superiores en armamento y disciplina a sus enemigos.

Mientras tanto, en Quito, tiene lugar en agosto otro alzamiento, que se traduce en la deposición del presidente Ruiz de Castilla y en la formación de una Junta. Aunque tras un período confuso —las unidades militares creadas por la Junta reciben el nombre de Falanges de Fernando VII— se devuelve el poder al presidente, Abascal consideró oportuno intervenir con su característica energía. Para ello, no vacila en desprenderse de una parte de sus débiles fuerzas. Cuenta también con la ventaja de que en la Capitanía General, sólo Ibarra, Latacurga, Ambato, Riobamba, Guarande y Alausi habían seguido el ejemplo de la capital: "fuera de este territorio no habían sino enemigos de los independentistas" (23).

Por otro lado, las zonas sublevadas estaban rodeadas por territorios leales al Rey, lo que permitió un aplastante movimiento concéntrico contra ellas. Los gobernadores realistas de Cuenca y de Guayaquil, Aymerich y Cucalón, se ponen a la cabeza de sendas columnas, apoyadas por tropas de Popayán, Pasto y Cali y por 300 hombres que envía el virrey de Santa Fe, con lo que la sublevación queda pronto sofocada. El 2 de diciembre, 400 hombres del omnipresente Real de Lima hacen su entrada en la capital (24), poniendo fin a aquel primer intento independentista de los quiteños.

◆

(22) Ver Enrique Lafuente Ferrari, *El virrey Iturrigaray y los orígenes de la Independencia de México,* Madrid 1914.

(23) Andrade, pág. 201.

(24) Mandados por el coronel Arredondo. Los quiteños consideraron estas fuerzas como tropas extranjeras de ocupación. El hecho de que en ellas figuraran numerosos Pardos no hizo sino excitar su resentimiento.

Hasta entonces, la situación había sido manejable para las autoridades. Las sublevaciones habían sido muy localizadas y escasamente preparadas, por lo que no desbordaban la capacidad de las fuerzas disponibles, que además habían contado con la colaboración de las Milicias.

En 1810, sin embargo, el movimiento toma una amplitud tal que rebasa totalmente el sistema defensivo, que, repetimos, no había sido diseñado para hacer frente a una sublevación generalizada.

El detonante será la situación en la península: la tremenda derrota de Ocaña a manos de los napoleónicos; la invasión por estos de Andalucía y el colapso de la Junta Central, parecían augurar un rápido fin de la guerra de España, con la victoria de los franceses. Vistos desde América, aquellos acontecimientos significaban que España estaba vencida, y que su Imperio ultramarino corría el riesgo de quedar sometido con ella a José Napoleón. Ante ello, sólo podía haber tres reacciones:

Para los escasos afrancesados, el cambio de sistema era bienvenido. Para otros, se trataba de una ocasión óptima para acabar con la dependencia de la península. Para un tercer sector, en fin, había que evitar a toda costa caer bajo la soberanía francesa. Ello se podía conseguir o bien adoptando el sistema de Juntas, al igual que había hecho la península, o bien manteniendo intactas las instituciones existentes.

El primer grupo tenía escasa entidad, y quedó rápidamente fuera de juego. El segundo, estaba formado por los independentistas accérrimos, en aquel tiempo relativamente poco numerosos. El tercero se dividía en dos. Los partidarios de las Juntas fueron en un principio personas de diversa índole: realistas moderados, autonomistas o independentistas que querían evitar posiciones radicales. Los defensores de la conservación de las estructuras virreinales eran los realistas incondicionales.

En todo caso, los sucesos de España fueron un fermento que produjo efectos de primera magnitud. El 19 de abril de 1810 estalla un alzamiento en Caracas: el 22, en el Alto Perú; el 22 de Mayo, en Buenos Aires; el 20 de julio, en Nueva Granada; el 16 de septiembre, en México; dos días después, en Chile. En seis meses, los territorios continentales de Ultramar, con pocas excepciones, se hallaban en ebullición.

Se trataba de un hecho sin precedentes desde la conquista. Las autoridades reales lo abordaron como pudieron, recurriendo, en muchos casos, a la improvisación. Ciertamente, era una situación nueva, no prevista en los llamados Planes de Defensa elaborados para las distintas regiones.

En Nueva España, el nuevo virrey, teniente general Venegas, llegado casi justamente un mes antes, tiene que encararse con una verdadera revolución, cuando Miguel Hidalgo lanza el grito de Dolores.

Miles de indios se acogen bajo las banderas de un movimiento que, afortunadamente para España, las elites, tanto peninsulares como criollas, perciben como una grave amenaza para la estructura social y económica del virreinato, y no simplemente como una lucha por la independencia. Parte del resto de la población compartirá este análisis. Ello dará a la guerra en el virreinato un carácter de conflicto social y racial a ultranza, que la distinguirá de las demás que estallan en América. También será diferente desde el punto de vista militar. Mientras que en otros lugares los combates, de mayor o menor escala, tendrán un carácter convencional, como enfrentamiento entre Ejércitos regulares o con vocación de serlo, en México, los contendientes serán, por un

lado, grandes masas de indios, y por otro unidades organizadas e instruidas a la europea. Ni siquiera los esfuerzos de Morelos lograrán convertir completamente a sus partidarios en tropas regulares. Quizás sólo en el Alto Perú el tipo de operaciones será similar, aunque en una escala muy inferior.

El levantamiento tuvo indiscutiblemente un profundo apoyo popular. En cuestión de semanas, Hidalgo contaba sus seguidores por decenas de millares, y numerosas unidades de Milicias se le han pasado en bloque. No tuvo, sin embargo, la habilidad de conservarlas intactas y constituirlas en el núcleo de su futuro Ejército. Al contrario, permitió que se contagiaran del ambiente de indisciplina que prevalecía entre la multitud de indios que se le incorporaron. De esta manera perdió las ventajas que hubiera podido obtener de los Cuerpos milicianos.

A pesar de todo, los inicios del movimiento fueron espectaculares. Hidalgo sale de Dolores acompañado de gran parte del Regimiento de Dragones de Milicias de la Reina, tres de cuyos capitanes —Allende, Aldama y Abasolo— se le han unido, si bien el Coronel, el Teniente Coronel, el Mayor y al menos dos capitanes más de esta unidad permanecen fieles al Rey.

De allí, entre "vivas" a la Religión, a la Virgen de Guadalupe, a Fernando VII y a América, y "mueras al mal gobierno", entra primero en San Miguel el Grande y luego en Celaya. En esta última localidad se le une la parte del Regimiento de Milicias que no tuvo tiempo de obedecer la orden de su Coronel de retirarse (25). Su siguiente objetivo fue Guanajauto.

Ante la noticia de su aproximación, el intendente de aquella próspera ciudad, Juan Antonio de Riaño, toma la decisión de encerrarse en la alhóndiga con todos los hombres disponibles. Son sólo unos 500 ó 600, pertenecientes al Batallón de Infantería de Guanajuato y a algunas compañías de los Dragones del Príncipe, además de civiles, europeos y americanos.

El 28 de septiembre, los más de 20.000 hombres mal armados que lleva Hidalgo se lanzan al asalto. En el curso del mismo, los defensores, tras una heróica resistencia, son desbordados. Riaño muere en el combate, así como el oficial mexicano Diego de Berzabal, de hecho jefe del Batallón, que cae intentando salvar las banderas del mismo (26).

Los supervivientes del Batallón se incorporan a los independentistas. Son un refuerzo especialmente bienvenido, ya que en el cantón de Jalapa habían recibido instrucción en el manejo de la Artillería. Este Arma se convertirá en la favorita de las fuerzas de Hidalgo, para compensar su carencia de fusiles y su escasísima disciplina.

Prosiguiendo sus éxitos, Hidalgo marcha a Valladolid, donde entra el 17 de octubre. El Regi-

◆

(25) Los miembros de las unidades de Milicias, en tiempos de paz, se encontraban dispersos en sus lugares de residencia. Reunirlos, pues, exigía un cierto plazo de tiempo. Este era aún mayor en el caso de los Cuerpos montados, ya que los caballos se hallaban repartidos entre las distintas haciendas.

(26) En Guanajuato se produjeron atrocidades con la entrada de las fuerzas de Hidalgo. La guerra en Nueva España fue particularmente feroz, por ambos bandos.

miento de Infantería de la ciudad y el de los Dragones de Michoacán se unen allí a sus fuerzas. El siguiente objetivo de los "insurgentes" (27) será la ciudad de México.

En la capital, el virrey había contemplado escandalizado el avance triunfal de los enemigos y la defección de las Milicias.

Su situación era ciertamente problemática. No disponía ni de un solo Cuerpo peninsular. En cuanto a las tropas veteranas locales, se reducían a dos Regimientos de Dragones (España y México); cuatro Regimientos de Infantería (Corona, Nueva España, México y Puebla), de los cuales uno estaba en La Habana, y un Batallón suelto, el de Veracruz. Aún suponiendo que todos le fueran leales, no bastaban en modo alguno para cubrir el territorio mexicano y hacer frente a la sublevación.

Para Venegas, por tanto, el apoyo de las Milicias era esencial. A pesar de que muchas de estas se pasaran a Hidalgo, como hemos visto, otras permanecieron leales a España. En realidad, se pudo comprobar que "la tropa seguiría el partido al que se adhiriese el punto en donde se encontraban y que sus jefes abrazasen" (28). Afortunadamente para el virrey, un número apreciable se inclinó por respetar su juramento. El resultado fue que, desde su principio hasta su fin, la Guerra de Emancipación de México se solventó sobre todo entre americanos. Aún cuando llegaron tropas de la península, éstas nunca pasaron de diez mil, mientras que las fuerzas mexicanas realistas no bajaron de treinta mil, sin contar a decenas de millares de milicianos urbanos (29).

Con los Cuerpos leales se organizan dos agrupaciones principales. Una, mandada por el coronel español Félix Calleja, comandante de la Brigada de San Luis Potosí. La otra, dirigida por el americano Manuel de Flon, conde de la Cadena, que se sitúa en Querétaro.

Calleja tiene a los Regimientos de Dragones de Milicias de San Luis y de San Carlos, a los que refuerza con el Batallón de Infantería Ligera de San Luis, llamado también de Patriotas o de "Los Tamarindos", por el color de su uniforme. Esta recién creada unidad se confía al americano José Antonio Oviedo.

Flon, por su lado, cuenta con un Regimiento formado, según era costumbre en la época, por las Compañías de Granaderos de todos los Regimientos de Milicias. Tenía además el Regimiento Veterano de la Corona, la parte de las Milicias de Infantería de Celaya que no se había alzado, los Dragones de México y de Sierra Gorda.

◆

(27) Según algunos autores, el nombre de "insurgentes" fue dado por los oficiales europeos a los independentistas porque así eran llamados los españoles que se alzaron contra Napoleón. Los paralelismos entre la Guerra de Independencia de España y las de Emancipación de América son numerosísimos. En la una los peninsulares fueron los sublevados. En las otras, los defensores del orden establecido. Debió ser una experiencia difícil jugar simultáneamente, a ambos lados del Atlántico, papeles opuestos.

(28) Lucas Alamán, *Historia de México*, México, D.F. 1985, Vol., pág. 459.

(29) Ibíd., pág. 400.

El 28 de octubre ambas fuerzas se reúnen en Dolores, siendo aumentadas con un Escuadrón de Dragones de España, los Dragones de Puebla y parte de los de Querétaro. En conjunto, seis o siete mil hombres con ocho cañones. Desde allí parten para Querétaro, que mientras tanto había sufrido y rechazado un ataque enemigo. Una apremiante llamada de auxilio de Venegas, les hace salir hacia México.

La capital estaba amenazada entonces por el cura Hidalgo, que con más de 80.000 hombres avanzaba hacia ella. Por mucho que se esforzaran, Calleja y Flon no llegarían a tiempo de frenar el ataque.

El virrey decide entonces desprenderse de una parte de su raquítica guarnición para que salga a cortar el paso a los independentistas. Encomienda esta difícil misión al teniente coronel Trujillo, peninsular, con menos de 2.000 hombres. La mayoría pertenecen al Regimiento de Milicias de Tres Villas, mandados por el mexicano Mendivil. El resto son Dragones de España, parte del Provincial de Infantería de México y algunos criados mulatos del poderoso terrateniente Gabriel Yermo. Entre las fuerzas figura un teniente llamado Agustín de Iturbide, que salió de Valladolid antes de que lo ocupara Hidalgo, llevando consigo a alguno de los pocos soldados del Regimiento de esa ciudad que permanecieron fieles a España.

El choque entre ambas columnas se produce el 30 de octubre, en el monte de Las Cruces.

Hay que señalar que Hidalgo, de hecho, contaba con más tropas diciplinadas que Trujillo, ya que disponía del Regimiento de Infantería de Valladolid, y parte del de Celaya; de los Dragones de la Reina, Príncipe y Michoacán (o de Pazcuaro) y de gran parte del Batallón de Guanajuato. Sin embargo, como hemos adelantado, estos Cuerpos de Milicias habían perdido su cohesión, dejándose llevar por el espíritu anárquico que prevalecía entre los independentistas.

El combate duró más de seis horas, hasta que los realistas, a pesar de su superioridad técnica, se vieron desbordados por la masa de sus enemigos. Finalmente, cuando sólo les quedaban cinco cartuchos por plaza, se tienen que retirar. Perdieron la Artillería y un tercio de los hombres, entre ellos Mendivil, al que Iturbide en persona sacó herido del campo de batalla. Este último fue ascendido a capitán, mientras que Mendivil, que se distinguió en la acción al continuar disparando un cañón cuando todos sus sirvientes cayeron, recibió los entorchados de teniente coronel.

A pesar de que en Las Cruces los realistas habían sido batidos, lograron su objetivo. Tras la batalla, Hidalgo se movió con más circunspección, consciente del calibre de los enemigos que tenía en frente. En vez de atacar directamente México, defendido sólo por 2.000 hombres, prefirió mantenerse a la expectativa. Posiblemente, esperaba un alzamiento popular a su favor en la capital. Cuando éste no se produce, y al tener noticias de la proximidad de Calleja, levanta su campo el 5 de noviembre, y emprende la retirada. En el camino, una parte apreciable de sus seguidores abandona las filas.

El 7 de noviembre, los independentistas, reducidos por entonces a 40.000 hombres con 12 cañones combaten en Aculco con las tropas de Calleja. "En realidad, no hubo acción" (30); "los indígenas huyeron con pánico ciego ante un Ejército bien entrenado y bien disciplinado, formado

(30) Ibíd., pág. 495.

en su mayor parte por milicianos criollos, mestizos y castas" (31). Aclaremos sólo que Hidalgo llevaba aproximadamente el mismo número de milicianos criollos, mestizos y castas que su rival. Los realistas apenas tuvieron bajas. Las de los independentistas, en cambio, fueron muy elevadas. Incluyeron 600 prisioneros, así como la pérdida de toda su Artillería y de las banderas de los Regimientos de Celaya y de Valladolid. Entre los capturados figuraban milicianos, que fueron quintados como traidores. Los demás fueron condenados al presidio.

Tras Aculco, los de Hidalgo se dispersan. Allende partió hacia Guadalajara, y el propio Hidalgo a Valladolid. Calleja, por su parte, siguió a Querétaro.

Pero el alzamiento distaba mucho de haber sido dominado. En las Provincias Internas, en Zacatecas, en San Luis, en Nueva Galicia surgían por doquier grupos armados que se levantaban contra la autoridad virreinal.

Uno de los más importantes es el dirigido por José Antonio Torres, que el 11 de noviembre hace su entrada en Guadalajara, evacuada por los realistas. Un destacamento independentista, a las órdenes del presbítero José María Mercado, se apodera el 28 de San Blas, sin encontrar resistencia. Se hace así dueño de la numerosa Artillería que existía en ese Apostadero naval.

En diciembre la sublevación estalla en Sonora, Sinaloa, Nuevo Santander y Nuevo León. En realidad, todo el país al Norte de San Luis Potosí se alza en armas.

En el extremo opuesto de México, un sacerdote llamado José María Morelos también se pone en campaña, al frente de 25 hombres, luego reforzados por milicianos y paisanos.

Venegas, desde la capital, organiza como puede nuevas fuerzas con los escasos efectivos disponibles. Crea así una nueva "División", dirigida por el Brigadier José de la Cruz. Está formada por el II Batallón del Regimiento de Puebla, el Provincial de Toluca, 250 Dragones de España y de Querétaro y 6 cañones. También cuenta con un Batallón de Marina, constituido con tripulaciones de barcos surtos en Veracruz, sobre todo de la Fragata Atocha. Lo manda el Capitán de Navío Rosendo Porlier, e incluye un lucido plantel de oficinas que se distinguirán en campañas sucesivas.

A fines de 1810, Nueva España ofrecía, en conjunto, un panorama desolador para los realistas. Gran parte del país se había hecho eco del Grito de Dolores, y el virrey apenas tenía recursos para hacer frente a la sublevación.

Para Venegas, repasar en su inmenso palacio la relación de las unidades disponibles era un doloroso ejercicio.

Todas las tropas veteranas, sin excepción, seguían siendo fieles. Pero la situación de las Milicias era muy diferente. De 7 Regimientos de Infantería Provincial se había sublevado uno entero, el de Valladolid, y parte de dos, Celaya y Tres Villas. De 3 Batallones independientes, el de Guadalajara y parte del de Guanajuato se habían unido a Morelos.

◆

(31) Timothy E. Anna, *La caída del Gobierno español en la ciudad de México*, México D.F., 1981, pág. 93.

En Caballería, la situación era peor. De 8 Regimientos de Dragones, 4 se habían alzado: Reina, Príncipe, Michoacán y Aguascalientes (o Nueva Galicia).

Muchas de entre las tropas de fronteras y presidiales también estaban sublevadas.

Es cierto que se podía predicar el argumento contrario. Lo extraño era que tantas unidades formadas por mexicanos y en muchos casos mandadas también por ellos hubiesen optado por permanecer leales a España (32). Gracias a estos Cuerpos se habían podido formar las columnas de Calleja, Flon y Cruz. El hecho de que el primero de éstos hubiera podido incluso crear unidades nuevas en San Luis Potosí era también alentador.

Sin embargo, y al menos por el momento, la situación de los realistas en México podía considerarse como crítica.

Desgraciadamente para ellos, el de Nueva España no fue el único alzamiento que se produjo en ese año.

En Venezuela tuvo lugar el 19 de abril lo que se ha llamado "una rebelión de minorías" (33), que depone al capitán general, Emparán. Este no ofrece resistencia. Tras constatar que no contaba con el apoyo de los reunidos en el Cabildo para pedir su dimisión, abandonó el cargo con esta simple frase: "pues yo tampoco quiero seguir mandando". De forma tan sencilla y tan poco guerrera quedó el poder en manos de la Junta que se formó para sustituirle.

Cumaná, Barcelona, Margarita, Barinas, Mérida y Trujillo siguieron el ejemplo de Caracas, repudiando la autoridad real.

Otras regiones, en cambio, permanecieron leales, como Guayana, Coro, Valencia y Maracaibo, cuyo gobernador, Fernando Miyares, asume el mando en sustitución de Emparán.

Es posible que en esa reacción influyeran tanto sentimientos de fidelidad a España como localismos agraviados por el centralismo de Caracas, pero en cualquier caso el resultado fue que desde un principio Venezuela vivió un clima de guerra civil.

Cada uno de los bandos que surgieron se apoyó en las pocas tropas veteranas que existían. Quedaron con los independentistas el Batallón de Caracas —menos parte del mismo que marchó a Coro-las tres Compañías de Cumaná y la que había en Margarita. Con los realistas, elementos del Batallón de Caracas, las cuatro Compañías de Maracaibo y las tres de Guayana.

Las Milicias también se distribuyeron geográficamente, siendo movilizadas para reforzar los cortos efectivos profesionales. Ello, a su vez, crearía nuevos problemas, debido a la composición étnica de algunos de esos Cuerpos. En este sentido, la entrada en combate contra blancos inde-

◆

(32) El 95% del Ejército de Nueva España era mexicano. Christon I. Archer, "To serve the king", Hispanic American Historial Review, número 2, mayo 1975, págs. 226-50.

(33) Indalecio Liévano Aguirre, *Bolívar*, Madrid 1983, pág. 53.

pendentistas del Batallón de Pardos de Valencia contribuyó a sumar a la tragedia de una contienda civil, los horrores de una lucha racial. La tradicional lealtad de los mulatos, que en un principio pensaron que sus intereses serían mejor servidos por los peninsulares que por los criollos sublevados, hizo que "llegara a ser proverbio en boca de los europeos exaltados que los Pardos eran fieles, y revolucionarios los Blancos criollos con quienes era necesario acabar" (34).

La práctica inexistencia de Ejércitos en ninguna de las dos partes en aquellas fechas, implicó que las operaciones militares tuvieron un tono menor en 1810. El marqués del Toro, al frente de un contingente formado en su mayoría por milicianos inexpertos y por voluntarios entusiastas, intentó apoderarse de Coro, siendo rechazado por Ceballos, el gobernador de la plaza.

De mayor trascendencia fueron otros dos sucesos. De un lado, el viaje a Londres, en julio, de una delegación en la que figuraba un riquísimo criollo, oficial de Milicias. Su misión era solicitar los buenos oficios británicos para evitar que España reaccionara con violencia ante la noticia del establecimiento de la Junta de Caracas. Aunque la gestión no dio resultados concretos, fue el primer servicio que Bolivar prestó a una causa a la que dedicaría su vida.

De otro, la llegada a Venezuela, en diciembre, de un fascinante personaje, Francisco de Miranda. Había servido en el Ejército español, combatiendo en sus filas durante la Guerra de Independencia norteamericana, así como en el levantado por la Revolución francesa, en el que llegó al grado de general. Se decía de él que había sido amante de la emperatriz Catalina de Rusia, y en 1806 ya había hecho un fracasado intento contra la presencia española en su país. Su regreso a la escena americana dotaba a los independentistas de un militar curtido en el servicio activo y de un revolucionario de talla. Con él y con Bolivar, la contienda adquiría un nuevo perfil.

Vale la pena indicar que Miranda tuvo que entrar subrepticiamente, ya que la Junta, en la calidad que se había autoatribuido de "defensora de los derechos de Fernando VII", consideraba inoportuno el regreso en aquellos momentos de un conocido revolucionario.

En Santa Fe también se produjeron grandes novedades en 1810. Allí el alzamiento tuvo lugar en julio. En un principio se establece una Junta presidida por el propio virrey Amar. Sus miembros juraron "derramar hasta la última gota de su sangre por defender a nuestro amadísimo monarca Don Fernando VII". La guarnición, formada por el Batallón Auxiliar, permanece acuartelada a las órdenes de su comandante, el teniente coronel Juan Sámano, a la espera de instrucciones del virrey. Cuando éstas no llegan, reconoce disciplinadamente a la Junta. Los acontecimientos, sin embargo, no tardaran en precipitarse. Poco después, Amar es detenido, sin que en ningún momento pensara en apelar a las fuerzas a su disposición. La nueva Junta que se reúne acuerda "desconocer" a la Regencia de España, pero proclama que sigue reconociendo la soberanía del Rey. El Auxiliar, en apariencia sin traumas, pasó a depender de las nuevas autoridades.

En el resto del virreinato se produjeron levantamientos en Pamplona, Socorro, Tunja, Casanare, Chocó, Mariquita, Antioquia y Cartagena.

Continuarán fieles Popayán, Pasto, Ibarra, Riohacha y Santa Marta. En esta última se levanta un Batallón de Milicias Voluntarias de Patriotas Leales a Fernando VII, y desde ella se iniciarán las

◆
(34) Heredia, pág. 45.

hostilidades contra los independentistas. En cuanto a Popayán, donde existía una Compañía veterana, y sobre todo Pasto, se convierten en sólidos reductos realistas.

Sus enemigos no podrán concentrar sus esfuerzos contra ellos. Desde un primer momento surgen en su seno dos tendencias, la centralista y la federalista que llegarán a dirimir sus diferencias con las armas. El resultado será una dispersión de las energías independentistas que aprovecharon los realistas para organizarse.

Sin embargo, y al igual que en Venezuela, en Santa Fe, ese primer año del alzamiento no estuvo marcado por operaciones militares de importancia. Habría que señalar sólo el envío, en noviembre, de una columna desde la capital a Cali, para apoyar a la Junta de esta localidad frente a los realistas de Popayán.

Hubo, en cambio, una intensa actividad de organización del Ejército independentista. Su base serían las unidades virreinales existentes, todas las cuales habían asumido el nuevo estado de cosas. El Batallón Auxiliar experimenta únicamente un cambio de nombre, pasando a denominarse Provincial, primero, y Granaderos de Cundinamarca después. En cuanto a la Compañía de Caballería de la Guardia del virrey, Cuerpo por definición de entera confianza de las autoridades realistas, se puso a las órdenes de la Junta, con la designación de Guardia de Corps.

Se constituye además un Batallón de la Guardia Nacional y otro de Patriotas de Defensa, Cuerpos ambos de nueva creación, y se movilizan sendos Regimientos de Milicias de Infantería y de Caballería. Los mandos destinados a dirigir este conjunto de fuerzas se formaron en una escuela militar que fundó a este objeto el teniente coronel español José Ramón de Leyva.

Quito tampoco escapará al fervor independentista. La frágil paz instaurada el año anterior se rompe bruscamente el 2 de Agosto de 1810, cuando se produce un intento de sublevación en el que participan soldados veteranos locales encarcelados por su intervención en el pronunciamiento de 1809. La revuelta será sangrientamente reprimida por las tropas de Lima que permanecían allí como guarnición.

El día 4, y a petición del propio Ruiz de Castilla, serán retiradas. El poder de éste queda así gravemente debilitado. La llegada del quinteño Montúfar, enviado de la Regencia de España, será un nuevo golpe para su autoridad. En efecto, Montúfar evoluciona rápidamente hacia posiciones independentistas.

El 19 de septiembre se crea una Junta de Gobierno, presidida todavía por Ruiz de Castilla, pero ya sólo como figura decorativa. Poco después dicho organismo declara que "asumía todas las facultades de la Capitanía General", y Ruiz es apartado de la misma. Insensiblemente, se fue produciendo un deslizamiento hacia la Emancipación, que se reflejaba en la organización de unidades locales, mientras las últimas "extranjeras" son invitadas a abandonar Quito.

En Perú, en cambio, la situación permanecía tranquila. Ello se debió en parte a la enérgica personalidad del virrey. Pero posiblemente, también intervinieron otros factores. De un lado, la lejanía de la península, que hacía que las noticias sobre los desastres españoles y los triunfos franceses llegaran amortiguados por un considerable retraso. De otro, el recuerdo todavía fresco entre las elites criollas de la rebelión de Tupac Amaru, que hacía poco atractiva la perspectiva de nuevas alteraciones del orden institucional.

Pero esto no supuso que el virreinato prosiguiera su tranquila existencia. El alzamiento de Buenos Aires, al que hemos hecho referencia en el Capítulo anterior, se tradujo en el envío de una expedición hacia el interior, a cuyo paso Córdoba, Tucumán, Salta y Jujuy abren sus puertas. Al calor de este movimiento, se crecen las sublevaciones locales que vuelven a estallar en el Alto Perú.

Aunque aquel territorio, oficialmente, formaba parte del virreinato del Río de la Plata, los acontecimientos de Buenos Aires hacen que pase a depender de Abascal, quien no vacila en tomar medidas para su defensa.

Con este fin, ordena la reunión de un Ejército en el Desaguadero, la frontera tradicional entre ambos virreinatos. Su columna vertebral será, de nuevo, el Real de Lima, con un Batallón, así como Compañías de Milicias de Pardos y de Morenos de la capital, enviadas por su más que probada fidelidad, a pesar de que se adaptaban mal al clima del Alto Perú. Alrededor de estas tropas se aglutinan las Milicias moviizadas del Cuzco, Puno y Arequipa, que ya se habían distinguido contra los rebeldes de La Paz y Chuquisaca el año anterior. Cuando aún no estaba totalmente completada la concentración, estallan sendos alzamientos en Oruco y Cochabamba.

El Presidente de Charcas, general Nieto, acude a sofocarlos con un contingente de fuerzas improvisadas. Tras un éxito inicial en Cotagaita, son derrotadas en Suipacha. Hecho prisionero, será pasado por las armas. La Paz, Chuquisaca y Potosí se alzan a su vez.

Si la existencia de una Junta hostil al Norte, en Quito, y de sublevaciones locales y de un ejército rioplatense al Este bastaban ya para preocupar seriamente a Abascal, la crisis que se abre en el Sur le crea un nuevo problema.

El 18 de septiembre, en Chile, una Junta depone al capitán general interino, García Carrasco. Las fuerzas presentes en Santiago, no sólo no hacen la más mínima oposición, sino que ese día se despliegan en las calles para evitar alteraciones del orden público.

Finalmente, en Montevideo, el gobernador de la plaza, Joaquín de Soria, en julio de 1810 se enfrenta a un motín de dos Cuerpos de la guarnición, el Regimiento de Voluntarios de Buenos Aires, de dos Batallones, y el Batallón de Infantería Ligera. Para acabar con él, y a falta de más sólidas tropas veteranas, tuvo que recurrir a fuerzas de Marina del Apostadero. Significativamente, uno de los motivos de la algarada fue "la negativa tenaz de las autoridades imperantes a inscribir en los cuadros del Ejército veterano a estas unidades, oficialmente consideradas como de Milicias" (35).

Para empeorar aun más las cosas, la Junta de Buenos Aires mostró desde un principio una clara tendencia proselitista. Manifestación de la misma, fue el despacho, que ya hemos comentado, de una columna hacia Córdoba. También, un intento de invasión del Paraguay realista. A fines de año se confio la empresa a Belgrano, antiguo oficial de Milicias, al frente de una expedición de menos de 1.000 veteranos de los Batallones de Granaderos, Arribeños, Pardos y Patricios, con elementos de Dragones de la Patria y de Milicias. La operación, emprendida con tan cortos

◆

(35) Francisco Bauza, *Historia de la dominación española en el Uruguay*, Montevideo 1965, Vol. V, pág. 18.

efectivos, fue un fracaso total, ante la resistencia de los paraguayos. Estos, no contentos con rechazar el ataque, derrocan también al régimen español, que no estaba sostenido por ninguna unidad veterana. A partir de entonces emprenden su propia trayectoria, al margen del ciclo de las Guerras de Emancipación.

Cuando termina el año 1810, las perspectivas para los realistas no podían ser más desalentadoras. Nueva España estaba en llamas; en Venezuela, Santa Fe, Quito, Buenos Aires y Chile, las autoridades tradicionales habían sido depuestas; el Alto Perú estaba sublevado y en su apoyo avanzaba un ejército rioplatense.

No se podía contar con la guarnición de México, empeñada en la lucha contra Hidalgo, ni con las existentes en los reductos que se mantenían fieles en Nueva Granada y Venezuela, que por el momento bastante tenían que hacer con asegurar su supervivencia. La única fuerza de reacción disponible era la existente en Perú.

Mil ochocientos once comenzaba, pues, bajo los más negros auspicios.

En Nueva España, Venegas prosiguió con sus intentos de combatir una rebelión muy generalizada sólo con los medios locales.

Una de sus primeras medidas en ese año fue enviar al coronel Arredondo con parte del Fijo de aquel puerto, a Tampico. Tenía órdenes de unirse al teniente coronel Iturbe para batir a las fuerzas enemigas en Nuevo Santander.

Pero el principal esfuerzo correría a cargo de las agrupaciones de Calleja y de Cruz, bautizadas, respectivamente, con el pomposo título de Ejército del Centro y Ejército de Reserva, aunque el primero tenía unos 5.000 hombres y 2.000 el segundo.

El plan era que Calleja, desde León, y Cruz, desde Valladolid, hicieran un movimiento concéntrico sobre Guadalajara, donde se habían reunido las tropas de Hidalgo.

Con el fin de estorbar esta operación, los independentistas mandan unos 12.000 hombres con 27 cañones para que detengan a Cruz en el puerto de Urepetiro. Están dirigidos por Ruperto Mier, antiguo capitán de Regimiento de Valladolid, fulgurantemente ascendido a coronel (36).

Una vez más, la batalla apenas mereció tal nombre. Los realistas, mejor disciplinados, instruidos y armados, y más maniobreros, batieron sin dificultades a la muchedumbre de sus enemigos. Estos sufrieron más de 600 bajas y perdieron toda la Artillería. Aquellos, sólo tres hombres. En el combate se distinguió uno de los jóvenes oficiales del Batallón de Marina, el Teniente de Navío Pedro Celestino Negrete.

Aunque la acción fue un sonado triunfo para los del Rey, sirvió para impedirles que se unieran a Calleja como estaba previsto.

◆

(36) Uno de los factores que contribuyó a la indisciplina existente entonces en los Ejércitos independentistas mexicanos fue la inflación de grados hasta extremos inverosímiles. Venegas, por el contrario repartió los ascensos con parsimonia.

Por otro lado, Hidalgo decidió salir al paso de la segunda columna realista, en el puente de Calderón. A tal efecto, se pone a la cabeza de 80.000 infantes, la mayoría de los cuales no disponían de fusil, 20.000 jinetes y 95 cañones. Entre esa multitud marchaba lo que quedaba de las siete unidades milicianas que se le habían unido. De las piezas de Artillería, muchas habían sido fundidas con escaso respeto a las reglas de la técnica, pero 44, tomadas en San Blas, eran de excelente calidad.

Calleja contaba con dos Regimientos de Infantería de dos Batallones cada uno (Corona y Granaderos); un Batallón independiente (Ligero de San Luis) y una numerosa Caballería. Esta se hallaba integrada por elementos de los Regimientos veteranos de España y México; de los de Milicias de Querétaro, San Carlos y San Luis, de Escuadrones de la Frontera y de otros de Lanceros recientemente organizados. Como Artillería tenía 10 cañones.

El 16 de enero se produce un combate de avanzada, en el curso del cual los realistas se apoderan del puente.

Pero les quedaba el obstáculo principal. El enorme Ejército enemigo estaba formado en una altura en forma de anfiteatro que batía todos los accesos al puente. Una batería de 67 cañones constituía el núcleo de su posición.

La idea de maniobra de Calleja para abordar tan formidable obstáculo fue la siguiente: por la izquierda avanzaría una columna, al mando de Flon. Otra lo haría por el centro. Ambas deberían caer sobre la batería principal enemiga. Una fuerza de caballería, a las órdenes del Coronel Emparán, actuaría en la extrema derecha, intentando flanquear a los de Hidalgo.

Flon llevaría consigo el Regimiento de Infantería de la Corona, los de Dragones de México, San Luis y Puebla y parte del de Querétaro, con cuatro cañones.

Emparán tendría el Regimiento de Dragones de San Carlos y un Escuadrón del de España.

Para el ataque central y como reserva quedaron el Ligero de San Luis, los dos Batallones de Granaderos, cuatro Escuadrones de Lanceros y dos de la Frontera.

Los independentistas, fiados en su número y en su excelente posición, aguardaron el ataque con calma. Esperaban "almorzar en el puente de Calderón, comer en Querétaro y cenar en México". Si los menos de 6.000 hombres que llevaba Calleja eran destruidos, todo era posible.

El asalto fue iniciado por Flon con gran empuje, que pronto le llevó a batir a la derecha enemiga apoderándose de los cuatro cañones que allí había. El coronel Jalón, con los Patriotas de San Luis, el I Batallón de Granaderos, y los Lanceros se adelanta entonces por el centro tomando sobre la marcha siete piezas. Hasta el momento, la maniobra se desarrollaba impecablemente.

Emparán, sin embargo, tuvo menos suerte en la extrema derecha realista. Allí, la Caballería de Hidalgo lanza una poderosa carga, en el transcurso de la cual el propio Emparán es herido y el Regimiento de San Carlos, disperso. Su coronel Ramón Cevallos será más tarde despojado del mando por cobardía ante el enemigo.

Son entonces los realistas los que se encuentran amenazados por el flanco. Calleja tiene que ordenar a Jalón que cubra ese lado con los Granaderos. Al tiempo, el II Batallón de ese Cuerpo y los Dragones de la Frontera entran en fuego.

Resuelta así la crisis de su derecha, el general del Rey prepara su asalto definitivo sobre la batería principal. Concentra sobre ellas sus diez cañones, que tras un bombardeo intenso avanzan hasta disparar metralla "a menos de tiro de pistola" (37). Dos columnas acompañan el movimiento de las piezas. A la izquierda, Corona y II de Granaderos. A la derecha, Ligero de San Luis y la Caballería. El ataque es irresistible, y el objetivo es tomado a paso de carga. Un intento desesperado de los de Hidalgo por resistir en una segunda posición, en torno a seis cañones, resulta inútil.

Pronto toda la línea independentista está en fuga, abandonando la Artillería, las banderas y los bagages.

Puente de Calderón fue, pues, una victoria total. A partir de ella, Hidalgo y sus principales seguidores serán poco más que fugitivos. Se obtuvo con unidades mayoritariamente milicianas —sólo dos Batallones de cinco y un Regimiento de toda la Caballería eran veteranos— mandadas muchas de ellas por mexicanos. Los realistas pagaron un precio mínimo por el triunfo: unos 120 hombres. Entre los muertos figuraba el bravo conde la Pradera, alcanzado por el disparo de un desertor del Regimiento de Valladolid. No hay datos concretos sobre las bajas independentistas, pero gran parte del Ejército quedó aniquilado o disperso. Sin exagerar se puede decir que "en este día se afianzó la autoridad real; era de temer que, si hubiera sido vencido aquel Ejército, todo habría cedido a los exterminadores rayos de Hidalgo. Los negocios públicos cambiaron de aspecto con tan importante victoria" (38).

Tras la batalla, Calleja se dirigió a Guadalajara, donde se le une Cruz. Este último avanza desde allí sobre San Blas, batiendo el 31 de enero al cura Mercado, que salió a su encuentro. Esa noche, estalla un alzamiento realista en el puerto, muriendo Mercado.

En el Norte, mientras tanto, los acontecimientos también empiezan a tomar mejor cariz. García Conde derrota a Hermosillo y se recupera Sinaloa. Ya en febrero, el teniente coronel Ochoa, a la cabeza de 600 caballos presidiales y 300 indios (39) entra en Zacatecas. García Conde, por su parte, con un Batallón de la Corona y Dragones de Puebla y de San Luis vence al lego Herrera. Los hombres de éste, desmoralizados, se entregarán al coronel Arredondo, que mientras tanto ha recibido refuerzos del Fijo de Veracruz.

Tras su derrota en Calderón, Hidalgo y sus principales seguidores se reúnen en Zacatecas. El avance realista les obliga a ir desde allí hasta El Saltillo. Amenazados por el inexorable cerco realista, deciden salir hacia el Norte, para internarse en Estados Unidos.

Pero los alzamientos por el Rey proliferan. San Antonio de Bejar y Monclova deponen a las

◆

(37) Alamán, Vol. II, pág. 126.

(38) Torrente, Vol. II, pág. 46.

(39) Las fuerzas presidiales siempre habían contado con elementos indios como fuerzas de Infantería. La lealtad de los contingentes Opatas y Pimas era legendaria.

autoridades independentistas. En este último punto, por donde debía pasar Hidalgo y su columna, los sublevados deciden tenderle una emboscada.

El 22 de marzo, sin apenas resistencia, el núcleo del principal Ejército independentista cae en la trampa. Hidalgo, Allende, Jiménez, Aldama y Abasolo, por sólo citar algunos de los más importantes, son hechos prisioneros, junto con otros 893 hombres y 24 cañones.

Al haber sido capturados en la jurisdicción de las Provincias Internas, el Comandante de éstas, teniente coronel Manuel Iturbe es el encargado de juzgarlos. En el tribunal, los únicos europeos son Iturbe y los dos jueces instructores. Todos vocales y el auditor son americanos. Por unanimidad sentencian a dieciocho de los jefes independentistas a ser fusilados por la espalda, como traidores. El resto reciben penas de presidio.

El juicio contra Hidalgo se retrasó un tanto, ya que por su condición de religioso sus superiores tenían que autorizar que fuera entregado al brazo secular. Fue también condenado a muerte. Como sacerdote, fué fusilado de frente y la ejecución no tuvo lugar en un lugar público. Su cabeza y las de Jiménez, Allende y Aldama se clavaron en la ahóndiga de Guanajuato, donde se habían producido tantos crímenes. Otros seis sacerdotes también fueron pasados por las armas.

A partir de entonces, el único núcleo independentista de importancia que quedaba en el Norte era el capitaneado por Rayón, que estaba en El Saltillo con 3.500 hombres y 22 cañones.

La proximidad del enemigo le hizo marchar a Zacatecas batiendo por el camino a Ochoa. El 14 de abril entra en esa ciudad, que se convertiría en capital independentista.

Pero mientras estos sucesos se desarrollaban en el centro y Norte del país, en el Sur se revelaba el que sería verdadero sucesor de Hidalgo.

Morelos inició sus actividades partiendo de una posición más favorable que el cura de Dolores. Este empezó a operar en la región de mayor concentración de Milicias Disciplinadas de México. Ello supuso que pudo reclutar a parte de las mismas en sus filas. Pero también, que el virrey pudo organizar con las restantes una eficaz reacción armada. En cambio, en la región donde actuaba Morelos sólo existía la llamada División Mixta de Milicias del Sur, tropas de escasísima calidad con "muy poca disciplina y que ni aún usaban uniforme" (40).

Para un jefe que partía de la nada eran un instrumento útil para el tipo de guerra irregular que iba a llevar a cabo. En cambio, para los mandos realistas, acostumbrados a operaciones convencionales, las Compañías que permanecieron fieles (41) tenían un valor muy relativo.

Morelos supo añadir a esa ventaja inicial otros dos factores, que le convirtieron en un enemigo más peligroso que Hidalgo. El primero fue que, al contrario que éste, hizo un verdadero esfuerzo por constituir un Ejército. En vez de acoger a decenas de millares de hombres, mal armados y peor instruidos, en general sus fuerzas sólo incluían a aquellos de sus seguidores a los que podía

◆

(40) Alamán, Vol. I, pág. 80.

(41) Las dos Divisiones Mixtas, la del Sur y la del Norte, estaban organizadas sobre Compañías independientes. La primera reunía 3.750 hombres, y la segunda 3.400.

dar un armamento y una disciplina razonables. Aunque no pudo llegar a crear verdaderas unidades regulares, sus tropas eran de una calidad superior a las que Hidalgo capitaneó.

Otro aspecto en el que Morelos fue más allá que su predecesor fue en su intento por desterrar los peores excesos revolucionarios del movimiento independentista. Así, en sus proclamas señala que "no es nuestro sistema proceder contra los ricos por razón de tales, ni menos contra los ricos criollos: ninguno se atreverá a echar mano de sus bienes"; "nuestro sistema sólo se encamina a que el gobierno político y militar que reside en los europeos recaiga en los criollos, quienes guardarán mejor los derechos del señor don Fernando VII"; "deben ser los blancos objeto de nuestra gratitud y no del odio que se quiere formar contra ellos" (42).

Esta actitud, destinada a acabar con la guerra racial que había desatado Hidalgo, le valió entre otras cosas el apoyo de sectores de la población a los que se había alienado el cura de Dolores. Como resultado, miembros de la elite criolla, como los Bravo o los Galiana, se incorporaron a la causa independentista, que de esta forma adquirió una madurez política —y militar— creciente.

Entre los éxitos que Morelos cosecha en 1811 habría que destacar la derrota en Tres Palos de la columna realista de París, la toma de Acapulco (aunque no de su castillo), la ocupación de Tixtla y su triunfo sobre el destacamento de Fuentes. Cada una de estas victorias le supuso la captura de prisioneros, muchos de los cuales son enrolados en su Ejército y usados como instructores.

Cuando acaba el año, domina la llamada Tierra Caliente, la región al Sur del Valle de México. Allí, protegido por la barrera natural que es el río Mescala, se prepara para mayores empresas.

Ya en diciembre obtiene en Izúcar un último triunfo, que demuestra la solidez de su posición. Un contingente de más de 500 hombres con tres cañones, mandado por uno de los marinos peninsulares, Miguel de Soto, es completamente deshecho. Soto y su segundo, Mariano Ortiz, son muertos. El teniente de fragata Pedro Nicheo logra a duras penas retirarse a Puebla con 200 supervivientes.

En ese tiempo, Rayón, desde Zitácuaro, realiza grandes progresos. En mayo rechaza un ataque de Juan Bautista de la Torre, con 700 hombres y tres cañones. Un mes después, los realistas vuelven a la carga con mayores fuerzas.

La operación se encomienda al coronel Emparán, con 2.000 efectivos. Pertenecen a Cuerpos tan distinguidos como I de la Corona, II de Granaderos y Dragones de México, de San Luis y de San Carlos. A pesar de eso, son batidos de plano.

El 19 de agosto, Rayón da un paso decisivo para institucionalizar la revolución, al crear una Junta. Morelos se adhiere a la misma de mala gana, ya que le repugnaba que ésta oficialmente declarase que gobernaba en nombre de Fernando VII. Significativamente, sus propuestas en este sentido son contestadas señalando que aquella ficción "surte el mejor efecto" (43).

◆

(42) Ver los Decretos de Morales en Alamán, Apéndice del Vol. II, documento número 18.

(43) Comunicación de la Junta Gubernativa de Zitácuaro a Morelos, recogida en Alamán, Vol. II. pág. 382.

En cualquier caso, a fines de 1811, los independentistas ya disponen de una mínima estructura política y de una sólida implantación militar al sur y al oeste de México.

Venegas respondió a este crecimiento del poderío de sus enemigos con un frenético esfuerzo de creación de nuevas unidades locales. Así, se forma un segundo Batallón del Fijo de Veracruz y uno más de Patriotas de San Luis. Se levantan también Batallones independientes, como los de Tula, Tulancingo y Cuantitlan (llamado Ligero de México). Se organiza asimismo una unidad llamada Batallón Auxiliar de las Tropas Españolas de la Isla de Santo Domingo. Finalmente, al reconquistarse Guanajuato se forma allí un Regimiento de dos Batallones, al mando del americano Conde de Casa Rul (44).

Estas tropas vienen a reforzar un Ejército que continúa formado por unidades americanas, veteranas y de Milicias. Para entonces, éstas últimas eran de sobresaliente calidad, e indistinguibles de las profesionales. Con razón se ha dicho que "los Regimientos de San Carlos y de San Luis (de Dragones Provinciales) fueron el caballito de batalla en casi todas las acciones que efectuaron los realistas" (45).

Se completan las fuerzas regulares con una movilización masiva de los ciudadanos. Organizados en Cuerpos de realistas o de Patriotas de Fernando VII serán esenciales para la defensa local, mientras que las tropas mejor instruidas y disciplinadas constituyen las columnas de operaciones. Esta militarización tan extendida, aunque justificada por la situación de guerra, será más tarde una pesada herencia para el México independiente.

Las Milicias, finalmente, quedaron agrupadas en las siguientes Brigadas:

La I, basada en México, reúne al Provincial de la capital y al de Toluca; al Suelto de Mextitlan y al de Tulancingo; a los Patriotas Distinguidos y a la antigua III División de la costa del Sur.

La II, de Puebla, tiene al Provincial de esa ciudad, al de Tlaxcala y al de Tres Villas; el Regimiento de Dragones y el Batallón de Urbanos de Puebla, así como Compañías independientes.

La III, Veracruz, incluye a los Lanceros y a los Pardos y Morenos de ese puerto, y a las viejas Divisiones de Milicias I, II, III y IV de la costa del Norte.

La IV (Tabasco), cuenta con MIlicias locales. La V, con la Compañía veterana y con las de Milicias del presidio del Carmen.

La VI, de Acapulco, con la Infantería del puerto, la IV División de Milicias de la costa del Sur y Compañías sueltas de Tixtla y Chilope. La VII (Oaxaca), tiene el Batallón Provincial de ese nombre y las Divisiones V, VI y VII de las costas del Sur, además de algunas Compañías sueltas.

◆

(44) Para esta ilustre familia criolla, ver Josefa Vega Juanino, *La institución militar en Michoacán,* Zamora 1986, pág. 141 y sigs.

(45) *La Caballería en México,* pág. 155.

La VIII, en Querétaro, cuenta con los Regimientos Provinciales de Infantería de Celaya y Guanajuato; con los Dragones de Querétaro y del Príncipe; Caballería de Sierra Gorda y Compañías independientes de las Intendencias de Guanajuato y Valladolid.

La IX (Guadalajara), reúne al Provincial de ese nombre, al Cuerpo de la Frontera de Colotlán, las I y II Divisiones de la costa del Sur, la Compañía veterana Fija de San Blas y Compañías sueltas de Milicias.

Por fin, la X, de San Luis de Potosí, agrupa a los Regimientos de Dragones Provinciales de San Luis y de San Carlos; Caballería del Nuevo Santander, Compañías Volantes de Caballería del Nuevo Santander y del Nuevo Reino de León, y Compañías sueltas de Milicias de ambas provincias.

En conjunto, esta organización por Brigadas fue un instrumento flexible, de considerable eficacia. Estaba basado en la lealtad hacia la Corona de grandes sectores de la población, alistados en las Milicias, ya fueran Provinciales o Urbanas. Estas últimas alcanzaron en México un desarrollo que no tuvo parangón en todas las Indias.

Mientras en Nueva España los realistas, movilizaban tan considerables fuerzas en defensa de la causa de Fernando VII, en Venezuela su situación era mucho más precaria.

Durante la primera mitad del año, se vieron reducidos, por la falta de medios, a mantenerse a la expectativa, observando los acontecimientos en la zona independentista. Estos fueron de talla. En marzo, comienza sus labores el Congreso de las provincias sublevadas: Caracas, Margarita, Cumaná, Barcelona, Barinas, Mérida y Trujillo. El 5 de julio, proclama la independencia. Con ello se acaba de disipar la situación de ambiguedad existente hasta entonces. Los campos aparecen ya definitivamente trazados. De un lado, los partidarios del mantenimiento de la soberanía española. De otro, sus enemigos.

Las reacciones no se hacen esperar. Pocos días después estalla un alzamiento pro-español en la propia Caracas y otro en Valencia. El primero es rápidamente sofocado sin contemplaciones. Para acabar con el segundo, se designa de nuevo al marqués del Toro.

Este fracasa en su intento, siendo rechazado por las defensas realistas. Le sustituye Francisco Miranda. El Congreso tomó esta medida sin entusiasmo. El veterano general se había mostrado muy crítico con las tropas improvisadas de los independentistas que, indudablemente, no pasaban de ser un Ejército en embrión.

A pesar de ello, toma el mando. Tras un éxito inicial, intenta tomar al asalto la propia Valencia. En la subsiguiente lucha de calles en la ciudad, es batido, viéndose obligado a retirarse. Tras reorganizarse, ataca de nuevo, logrando esta vez su objetivo, el 13 de agosto.

El resto del año fue dedicado por los independentistas a organizar políticamente el nuevo Estado, mientras los del Rey seguían esperando la llegada de refuerzos para romper el impasse.

En Nueva Granada, 1811 fue, al igual que en Venezuela, el año en que se institucionalizó el alzamiento. El Congreso que se convoca al efecto se vio inmediatamente desgarrado entre las tendencias unionistas y las federalistas. Aunque con grandes dificultades, se llegó sin embargo a una serie de acuerdos trascendentales. El primero fue el establecimiento del Estado de Cundina-

marca, nombre que se dio al nuevo pais; el segundo fue el relevo, en julio, del conciliador presidente Lozano por el más enérgico Nariño, oficial de Milicias elegido como dictador. El tercero, la proclamación de la independencia, el 11 de noviembre.

A diferencia de lo que sucedió en Venezuela, se produjo una intensa actividad militar. Teniendo en cuenta el calibre de las fuerzas de ambos bandos en esa fase inicial de la guerra, fueron encuentros que apenas merecen el nombre de batallas, pero que reflejaban la voluntad de una y otra facción de no aceptar el statu quo.

El primer choque tuvo lugar el 28 de marzo en el Bajo Palacé, y fue una victoria para las tropas independentistas mandadas por el comandante Antonio Baraya, constituidas en torno a la columna que a fines de 1810 había salido de Santa Fe hacia Cali. Los realistas estaban mandados por el teniente coronel Miguel Tacón, gobernador de Popayá. Afortunadamente para el derrotado, su rival no emprendió una persecución a fondo, limitándose a ocupar Popayán, lo que permitió a Tacón retirarse sobre Pasto. Los dos bandos presentaron una abigarrada reunión de tropas, casi todas milicianas y que incluian desde indios sin instrucción ni organización a hombres armados de lanzas. Quizás las únicas unidades militares que merecieran el nombre de tales, fueran la Compañía veterana de Popayán, que sirvió con los realistas, y los elementos del antiguo Auxiliar, que fueron con Baraya.

En junio, Tacón tuvo que ponerse de nuevo en campaña, esta vez para hacer frente a una ofensiva desde el Sur, emprendida por las autoridades independentistas de Quito. Aunque derrotó a Montúfar, que mandaba esa columna, no tuvo tiempo para recrearse en su triunfo, porque muy pronto se desencadenó contra él otro ataque, esta vez desde Popayán. Cogido así entre dos fuegos, tuvo que batirse en retirada hacia la costa, abandonando Pasto. Con ello, quedó abierta la comunicación entre Nueva Granada y Quito.

En el otro extremo del antiguo virreinato, a fines de año estallaron las hostilidades entre la independentista Cartagena y la realista Santa Marta, con buen éxito para esta última, cuyas fuerzas lograron apoderarse de la localidad de Tenerife, en el Bajo Magdalena.

No obstante esta derrota, por otro lado sin demasiada importancia, las perspectivas de la República de Cundinamarca cuando termina 1811 no eran malas. Con Tacón a la defensiva en el Sur y con los escasos medios propios de que disponía Santa Marta, la situación parecía controlada.

En Perú, mientras tanto, se produjeron en ese año choques de mucha mayor entidad entre fuerzas que constituian verdaderos Ejércitos. Las tropas independentistas enviadas desde Buenos Aires continuaron sus movimientos iniciados en 1810. Goyeneche, en vez de permanecer inactivo, salió a su encuentro con los 6.500 hombres de que disponía. El 20 de junio obtiene una rotunda victoria en Huaqui, en la que se distingue por su arrojo su segundo, el también americano Pío Tristán. Por su parte, la columna que había destacado a las órdenes de Ramírez consigue también vencer en Jesús de Mechaca. A partir de entonces, "el avance de Goyeneche fue fácil y pudo equipararse a una marcha triunfal" (46). La Paz y Oruro se someten tras estos triunfos, que se completan brillantemente en Sipe-Sipe. En agosto, las tropas realistas —que cuentan con el apoyo

◆

(46) Rubén Vargas Uarte, *Historia del Perú*, Buenos Aires 1958, Vol. I.

de contingentes indios de los caciques Pumacahua y Chuquihuanca— entran en Cochabamba, y al mes siguiente, en Potosí.

Los resultados de la campaña habían sido espectaculares. El intento de invasión rioplatense había acabado en el más completo de los fracasos, y la pacificación del Alto Perú avanzaba a buen ritmo.

En Montevideo, la situación no era tan optimista. Las autoridades realistas allí eran el nuevo virrey, Francisco Javier de Elío, y el gobernador Vigodet, que había relevado a Soria.

Las tropas de que disponían pertenecían a los siguientes Cuerpos (47): Voluntarios de Infantería de Buenos Aires; Batallón de Milicias de Montevideo; Regimiento de Voluntarios de Caballería; Milicias de Artillería; Blandengues de la Frontera de Buenos Aires y de la Frontera de Montevideo y Dragones de Buenos Aires. Como tropa peninsular existía una corta Compañía de Voluntarios de Madrid, con 50 plazas, que había llegado escoltando a las nuevas autoridades. En total, unos 2.400 hombres, gran parte de los cuales eran milicianos o voluntarios.

A principios de año, un capitán de Blandengues, José Artigas, se pone a la cabeza de un pronunciamiento independentista en la Banda Oriental, y ofrece sus servicios a la Junta de Buenos Aires. Esta, disgustada ante el nombramiento de un nuevo virrey, que implicaba que la península se negaba a aceptar el cambio en la situación del Río de la Plata, no tarda en enfrentarse con Elío, que pretendía retrotaer la situación al estado anterior a Mayo de 1810.

Ambos bandos se ponen sobre las armas, para dirimir sus diferencias en el campo de batalla. Los de Buenos Aires movilizan un conjunto de tropas que recibe la denominación de Ejército de la Banda Oriental. Su mando recae primero en Belgrano, pero posteriormente éste es cesado y le sustituye su segundo, el teniente coronel José Rondeau, antiguo oficial del Ejército español, con el que se había batido contra los franceses en la Guerra de la Independencia. Los independentistas eran unos 1.400 hombres, con 10 piezas. Pertenecían a los Cuerpos de Granaderos de Fernando VII, Patricios, Arribeños, Castas y Dragones de la Patria.

Mientras éstos hacen sus preparativos, Elío se mantiene inactivo, con el resultado de que "al éxito inicial de la revolución contribuyó la actitud pasiva del virrey" (48).

Hasta el 28 de abril no se decide a salir al paso de los enemigos que avanzaban sobre Montevideo. Moviliza entonces a sólo 186 marineros, muchos de ellos "sin disciplina ni instrucción militar", a las órdenes del capitán de fragata José Posada. Este, consciente de la pésima calidad de sus tropas, envía en vanguardia de su columna "una partida que destinó para que los dueños de las pulperías las tuviesen cerradas" (49), con el fin de evitar que la gente se le emborrachase por

(47) Servando E. Castillos, "La Revolución de 1811 en la Banda Oriental", pág. 167, estudio publicado por el Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, Montevideo 1964.

(48) Ernesto Puiggros, "Batalla de Las Piedras", Boletín Histórico del Ejército, números 271-274, Montevideo 1986, pág. 22.

(49) Ibíd., pág. 54 y sigs. Parte de Posada.

el camino. Sobre la marcha se le van uniendo otras fuerzas, incluidos 135 presidiarios que le envia el virrey.

El 18 de mayo choca en Las Piedras con Artigas. Para entonces contaba ya con unos 1.000 hombres, con 3 cañones. De ellos, 45 son Infantes de Marina. El resto proceden del Batallón de Voluntarios de Montevideo, de Voluntarios de Caballería de la plaza y de Blandengues, además de los marineros y de los presidiarios.

El oriental contaba con unos efectivos parecidos y con 2 piezas. Los Cuerpos a los que pertenecían eran Patricios, Voluntarios de Caballería y Blandengues, que lucharán a pie.

El combate fue de corta duración. A pesar de que, según Artigas (50), "los españoles se resistieron vigorosamente... tanto que fue necesaria toda la constancia de una heróica tropa para echarlos de allí", la columna de Posada fue envuelta por la excelente Caballería enemiga y forzada a rendirse. De los 482 prisioneros, 186 tomaron partido por los independentistas.

La derrota, que acabó con los escasos ímpetus ofensivos de Elío, se debió en gran parte a la mala calidad y discutible lealtad de la mayoría de las fuerzas realistas. Reflejaba también la precaria situación en que se encontraba la causa de Fernando VII. Aquel conjunto de presidiarios, marineros enrolados a la fuerza y Milicias dudosas "era la única tropa movilizada con que contaba Elío" (51).

Convencido de su incapacidad para restablecer la situación, el virrey apela a la Infanta Carlota de Borbón, esposa del Regente de Portugal e hija de Carlos IV, y que aspiraba a crearse un reino en Buenos Aires. Fruto de sus gestiones fue la movilización de un Ejército portugués de unos 2.000 hombres, que al mando del capitán general de Río Grande, Diego de Souza, y con el nombre de Ejército Pacificador de la Banda Oriental, se pone en movimiento a fines de julio (52).

Estas tropas entablaron una serie de acciones contra los independentistas, hasta que la noticia de la derrota de Huaqui llevó a la Junta de Buenos Aires a aceptar la mediación que reiteradamente habían ofrecido las autoridades británicas. En virtud del armisticio que se firma el 20 de octubre, las fuerzas ríoplatenses evacúan la Banda Oriental, mientras que Artigas y los suyos, abandonados, eligen el exilio.

Así concluyó la primera fase de las operaciones en torno a Montevideo. A partir del 8 de noviembre su defensa quedará en manos de Vigodet, nombrado capitán general, mientras que Elío regresa a la península.

Vigodet, al comunicar al ministro de la Guerra su toma de posesión, se apresuró a pedir refuerzos europeos, con los que esperaba hacer grandes cosas: "vengan tropas, doscientos fusiles y las cincuenta piezas de Artillería con sus montajes, como tengo pedido, y yo aseguro la pacificación permanente de todas estas provincias" (53).

◆

(50) Ibíd., pág. 40 y sigs. Parte de Artigas.
(51) Bauza, Vol. V, pág. 161.
(52) Para su composición, ver Castillos, pág. 170.
(53) Servicio Histórico Militar (S.H.M.), Ultramar, legajo 8 A 23. Vigodet al Ministro de la Guerra, 18 de noviembre de 1811.

Tal lenguaje parecía ciertamente optimista a la vista de los últimos acontecimientos. La necesidad de recurrir al apoyo extranjero para evitar la caída de Montevideo indicaba la debilidad de la posición realista.

El balance de los sucesos transcurridos entre 1809 y 1811 era estremecedor para los partidarios del Rey. En tan poco tiempo, toda su estructura en América se había tambaleado. La situación, con respecto a 1808 e incluso a 1809 había evolucionado en terminos casi inconcebibles. En México la revolución seguía ganando terreno; en Venezuela, Nueva Granada, Quito y Chile parecía haber triunfado. La independencia de Paraguay era ya un hecho y en Buenos Aires estaba tan sólidamente instalada que la Junta se permitía incluso tomar la ofensiva en el Alto Perú y en la Banda Oriental.

Panamá y Guatemala permanecían al margen de estos acontecimientos, pero no tenían capacidad alguna de reacción. En el resto de la América continental, las autoridades realistas o habían sido depuestas o se veían amenazadas por poderosos enemigos. Las perspectivas no podrían ser más pesimistas. Pero como veremos, la llegada en 1812 de un puñado de Batallones europeos empezaría a cambiar la situación.

Antes de seguir adelante, hay un tema al que resulta inexcusable aludir: nos referimos al ciclo infernal de represalias y contrarrepresalias en el que cayeron ambos bandos, sobre todo en determinadas regiones. Es esta una cuestión en la que no queremos entrar en profundidad. Las Guerras de Emancipación se condujeron, con demasiada frecuencia, con una terrible ferocidad que se cobró decenas de millares de víctimas.

La tesis tradicional de los historiadores americanos, como es fácilmente explicable, consiste en acusar a los realistas, y más concretamente a los españoles, de haber iniciado el siniestro ciclo. Alguien tan poco sospechoso como Mitre, en su Historia de San Martín, pone en duda esta teoría, apuntando casos en los que la iniciativa correspondió a los independentistas. El debate es, quizá, estéril. Parece difícil no aceptar que ambos bandos fueron culpables. Desde luego, seguramente los dos creían tener razones para cometer los crímenes que perpetraron, pero nada puede justificar aquellos desafueros.

Los independentistas actuaron en nombre de la libertad y en el ejercicio de su derecho a levantarse contra la dominación extranjera.

Los realistas, a su vez, calificaban a sus enemigos de reos del delito de sublevarse en armas contra el poder constituido, y actuaban en consecuencia: "la conspiración contra dicha monarquía era considerada como un crímen terrible. Crímen de "lesa majestad..." Piénsese que el delito —porque entonces estaba reputado delito— de conspirar contra el Rey estaba penado con la muerte, con confiscación de bienes, con deshonra perpetua para los descendientes. Piénsese en las terribles costumbres de la época" (54).



(54) Jorge Salvador Lara, *La documentación sobre los próceres de la Independencia y la crítica histórica*, Quito 1958, pág. 56. Las leyes que con más frecuencias aplicaban los realistas contra sus enemigos eran las Siete Partidas y las Reales Ordenanzas de Carlos III, que definían claramente el delito de lesa majestad y el de sedición.

Los unos aplicaban la legislación vigente, que para los otros no era sino un instrumento de represión. Para los primeros, un oficial que se alzaba contra sus superiores, violaba las Reales Ordenanzas y por tanto, era reo de la última pena. Para los segundos, se trataba de un héroe admirable. Lo que para unos era un motín, para otros era un alzamiento por la independencia. Cada bando, desde su respectivo punto de vista, opinaba que el derecho estaba con él, y actuaba en consecuencia.

Añadamos dos reflexiones más. Al principio de la guerra, según los lugares, los partidarios de una u otra facción se encontraron en una situación precaria, e intentaron consolidarla con medidas ejemplares que amedrentaran a sus enemigos y fortificaran a sus seguidores. El independentista Castelli ordenó el asesinato de Liniers, el obispo Orellana y sus compañeros para "comprometer" a la población con la causa independentista. Los realistas hicieron lo mismo, utilizando incluso idéntica expresión, para acabar con las vacilaciones de los tibios. La barbarie se convirtió así en un arma política.

Por otro lado, y durante toda la contienda, los dos bandos acogieron en sus filas, tanto en las unidades regulares como en calidad de auxiliares irregulares, la clase de sujetos de pésima catadura moral que parecen proliferar en tan tristes circunstancias. Esa gente utilizó la guerra para dar rienda suelta a sus más bajos instintos, y para cometer toda suerte de tropelías al amparo de una de las dos causas, haciéndose responsable de multitud de desmanes incontrolados, que no respondían a ninguna estrategia deliberada de sus superiores.

La minuciosa descripción de tanto salvajismo nada digno añade a la crónica de las operaciones militares. Obviaremos, pues, en la medida de lo posible, las alusiones a ese vergonzoso capítulo, que manchó espadas que de otra manera hubiesen sido más nobles.



CAPITULO IV

"Empezó el sistema ruinoso de enviar pequeñas expediciones, costosas tanto como infructuosas".

(José García de León y Pizarro)

La reacción española (1812-1813)

1812

En la península se recibieron con estupefacción las noticias de los distintos alzamientos de Ultramar, pero la reacción fue ante ellos muy lenta.

En primer lugar, porque se produjeron justamente cuando España atravesaba su momento más bajo en la lucha contra Napoleón. Cuando ni siquiera era seguro que se podría conservar Cádiz, donde se había refugiado la cúpula del Estado, pensar en detraer medios importantes para recuperar provincias perdidas al otro lado del Océano, era ilusorio. Por otra parte, se hizo un análisis excesivamente optimista de los acontecimientos de Indias, cuya verdadera gravedad tardaría mucho en admitirse.

A pesar de ello, precisamente la propia debilidad de España en aquella época hacía más imperiosa que nunca la necesidad de seguir contando con las remesas americanas para sostener el esfuerzo de la guerra.

Hasta el 1 de septiembre de 1811 no se empezaron a tomar medidas constructivas para sofocar la revolución, una vez consolidada la situación en Cádiz y casi un año después de que las Cortes empezaran sus trabajos.

El mecanismo escogido para encauzar la reacción militar fue francamente heterodoxa, y muestra la profunda crisis que en aquellos años atravesaba el Estado español. La Regencia del Reino, en efecto, comisionó al Tribunal del Consulado de Cádiz para que estudiase la forma de enviar los refuerzos a Ultramar (1).

◆

(1) *Ver la Memoria sobre las operaciones de la Comisión de Reemplazos de América,* manuscrito que se conserva en el Archivo del Ministerio de Hacienda, obra esencial para el estudio del envío de refuerzos peninsulares a las Indias.

Este propuso la creación de una Comisión de Reemplazos, que inmediatamente empezó a funcionar. Lo curioso es que se trataba, "en cierta manera, de una empresa particular" (2). Su misión era administrar los fondos procedentes de una serie de arbitrios aprobados al efecto y de distintos créditos, para costear los gastos derivados de la organización de los convoyes, como sueldos de la marinería, equipo de la tropa, parte de los fletes e incluso compra de buques.

El organismo fue en realidad "una dependencia del Consulado de Cádiz" (3), aunque desde luego mantenía un estrecho contacto con el Gobierno, quien ordenaba el número de hombres que en cada caso debían partir y la fecha y destino de las expediciones. La caótica situación de la Administración hizo que la Comisión, a lo largo de su existencia desde septiembre de 1811 a junio de 1820, tuviese como interlocutores sucesivos a los Ministerios de Marina, Indias y Guerra, manteniendo a la vez estrecho contacto con el de Hacienda. A partir de la última fecha citada pasó a depender sólamente de Hacienda ya que entró en fase de liquidación.

La celeridad con que empezó sus trabajos contrasta con el largo tiempo que se tardó en establecer un mecanismo para el envío de los refuerzos.

Sin embargo, a pesar del celo desplegado sólo logró mandar a América, entre septiembre y diciembre de 1811, poco más de 1.000 hombres, en tres expediciones destinadas a La Habana, Montevideo y Puerto Rico.

Que el número de éstos fuese tan escaso, se explica por la dificultad de encontrar tropas disponibles en aquellos momentos en la península. Pero también por las presiones británicas, "con el pretexto de que las fuerzas no debían ser distraídas de la península" (4). El Embajador inglés hizo una gestión en este sentido, indicando que "sería irracional, por parte de la Gran Bretaña, continuar su ayuda a España si alguno de sus auxilios eran destinados a la lucha contra los rebeldes americanos" (5).

Indudablemente la expulsión de los franceses era un objetivo prioritario para los españoles, pero resulta difícil no pensar que con su gestión, el Embajador no pretendiera sobre todo servir a los intereses de su propio país, secularmente empeñado en debilitar los lazos entre las Indias y la península.

En cualquier caso, los trabajos de la Comisión empezaron a dar resultados, y ya en el curso de 1812 logró mandar hasta siete expediciones, designadas con los números del cuatro al diez, y con más de 5.600 hombres en total.

◆

(2) A. Matilla Tascon, "Las expediciones o reemplazos militares enviados desde Cádiz a reprimir el movimiento de Independencia de Hispanoamérica", trabajo publicado en la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, cuarta época, año V, Madrid 1951, pág. 38.

(3) *Planes españoles*, pág. 47 y 53. En las páginas 46-47 de esta obra figura un interesante estudio sobre este organismo.

(4) Ibíd., pág. 36.

(5) Ibíd., pág. 37.

En el Archivo del Servicio Histórico Militar de Madrid figura una interesante comunicación, fechada en La Coruña el 20 de noviembre de 1811 que recoge lo que probablemente fue el primer esquema en que se pensó para alimentar la guerra en Ultramar.

Dicho documento menciona el proyecto de organizar en Vigo un Regimiento de Infantería «como Depósito general de los Cuerpos de América», que enviaría a aquellas tierras, a medida que fuese necesario, destacamentos o «medios Batallones» de 200 a 300 hombres. Con ello se buscaban dos objetivos: de un lado, mantener a las unidades en Ultramar «con una fuerza positiva». De otro, evitar el envío de Batallones enteros que «llaman demasiado la atención pública en lo qual puede haver sus inconvenientes».

También alude a la concentración en las islas de Bayona de 300 ó 400 hombres «de los de la Clase de simple deserción o delitos leves», que se remitirían a América en grupos de cien.

Por último, se mencionaba la formación de «dos Quadros de Batallon completos de oficiales, sargentos, cabos y tambores, y veinte soldados escogidos por Compañía, para que una vez desembarquen en los puntos del Continente de América se completen con los naturales de aquel Pays».

La idea parecía buena, sobre todo en lo que se refería al envío periódico de hombres para mantener los Cuerpos expedicionarios con un mínimo de fuerza. Sin embargo, como veremos, en la práctica no se siguió, sino que se mandaron unidades completas, mientras que se dejó que las ya situadas en Ultramar se desangrasen paulatinamente. Por lo que sabemos, en todo el período de las guerras de Emancipación sólo salieron 200 hombres «en calidad de reemplazos». El resultado fue que con el paso del tiempo las unidades expedicionarias fueron perdiendo su carácter europeo.

En cuanto al proyecto de mandar cuadros completos para formar Cuerpos en América, apenas se aplicó. En general, las fuerzas expedicionarias cedieron parte de sus propios efectivos para este fin, con los inconvenientes subsiguientes.

Por último, y quizás debido a los avatares de la campaña contra los franceses, el depósito de Ultramar se situó en la isla de León, no en Galicia.

Mil ochocientos doce será, pues, un año importante para Ultramar. Desde el punto de vista político, por la aprobación de la Constitución de Cádiz, que de un lado despertó esperanzas luego no confirmadas, y que de otra introdujo un elemento nuevo que los sectores más conservadores españoles considerarán contraproducente para el pleno restablecimiento del dominio sobre las Indias (6).

Desde la perspectiva militar, porque marca el principio de la llegada de fuerzas peninsulares a Ultramar. En realidad los primeros habían desembarcado en Coro a mediados de 1811, pero

◆

(6) Para una crítica sobre el insuficiente tratamiento que dieron las Cortes de Cádiz al problema de América, ver Manuel Moreno Alonso, "La política americana de las Cortes de Cádiz", trabajo publicado en Cuadernos Hispanoamericanos, número 460, octubre 1988, págs. 71-90.

no empezaron a operar eficazmente hasta febrero de 1812. Eran tan sólo 3 oficiales y 120 soldados de Marina a las órdenes de Domingo de Monteverde. Pero era tal la debilidad de ambos bandos que, "con este refuerzo no dudaba Ceballos (Comandante de Coro) del buen éxito de su expedición" (7).

En enero de 1812 es cuando llega el primer contingente importante, formado por el Regimiento Segundo Americano destinado a Cuba. El 12 de mayo desembarca en Santa María parte del II Batallón del Regimiento de Albuera, quien tiene la curiosa distinción de llevar consigo las primeras cornetas que se oyeron en América.

A Nueva España arriba el III Batallón de Asturias, un Batallón del Regimiento Primero Americano, el I de Lobera y el Fernando VII.

En otras expediciones, pero siempre en 1812, partirán de España los siguientes Cuerpos. Para México el III de Zamora —que a su llegada dejó 500 enfermos en Veracruz—, I de Extremadura, y un Batallón del Regimiento Tiradores de Castilla, y elementos de Artillería volante. A Montevideo pasará parte del I de Albuera —el barco que transportaba la unidad naufragó, salvándose sólo 116 hombres— que se unirá a las 3 Compañías de Voluntarios de Madrid existentes (8).

La distribución de este esfuerzo es racional. El núcleo de las tropas se reparte entre México y Montevideo. El interés por reforzar Nueva España es comprensible: se trataba de la joya de las Indias, y aunque allí había estallado una peligrosa revolución, la autoridad virreinal se mantenía. Hay que tener en cuenta su vecindad con Estados Unidos, cuyas ambiciones de expansión territorial eran conocidas y que en 1812 declaró la guerra a Gran Bretaña, por entonces aliada de España.

En cuanto a Montevideo, constituía una excelente cabeza de puente para futuras operaciones. Interesaba, pues, mucho consolidar el control de la plaza, para luego actuar desde ella contra el Río de Plata.

En el resto de las posesiones de Ultramar, Perú, aunque amenazado, estaba muy distante y Abascal parecía tener en la mano la situación. Quito, Buenos Aires, Chile y Nueva Granada estaban, a todos los efectos, perdidos por el momento y en Venezuela la posición realista era poco sólida, sobre todo desde el punto de vista de las autoridades de Cádiz, que recibían las noticias de la evolución de los acontecimientos con el inevitable retraso.

Parece, pues, que la elección de los puntos de destino de las expediciones de 1811 y 1812 fue razonable.

Lo sucedido en algunas de ellas refleja los obstáculos que tenían que afrontar los planificadores de la estrategia española: la baja moral de algunas de las fuerzas y los problemas de tan larga navegación. Ejemplo de la primera es que el Regimiento Primero Americano intentó sublevarse durante la travesía. De los segundos, el naufragio del buque que transportaba una de las expediciones, la séptima, como hemos mencionado, y el número de enfermos con que llegó a Zamora.

◆

(7) Heredia, pág. 55.

(8) Los historiales de los distintos Cuerpos están en Clonard, Vols. VII a XIV.

Puede valer la pena hacer algunos comentarios sobre la alta proporción de Cuerpos nuevos, como Lobera, Albuera, Madrid y los dos Americanos, en principio sin tradiciones ni un espíritu sólido, aunque en algunos casos resultaron mejores que Regimientos más antiguos.

Estas puntualizaciones no pretenden disminuir el mérito de los independentistas que supieron batir a estos soldados, en cualquier caso mejor instruidos y armados que ellos, sino precisar la calidad de algunas de las unidades peninsulares.

La relación de las mismas puede servir de base para apuntar una de las dificultades de seguir su trayectoria: los frecuentes cambios de nombre que experimentaron. Así, el III de Asturias fue bautizado en 1819 como León; el Primero Americano a partir de 1818 se llamó Murcia; en el mismo año, el Segundo Americano pasó a ser Tarragona; Lobera se convirtió en Infante y Castilla en Hostalrich. Más adelante veremos otras variaciones de nombre y de numeración que a veces pueden resultar confusas.

Tan pronto como los Cuerpos fueron llegando, entraron en acción. Mientras los destinados a Montevideo reforzaban la defensa de la plaza, los dirigidos a Nueva España se pusieron en campaña para apuntalar a las fuerzas locales en su dura lucha contra los independentistas.

Morelos había resultado un enemigo más peligroso que Hidalgo, al introducir en sus tropas una instrucción y disciplina desconocidas hasta entonces.

A pesar de que Rayón reunió en Zitácuaro 700 soldados más o menos disciplinados, unos 20.000 indios y 40 cañones, no pudo resistir el ataque de las tropas enemigas, formadas por los Regimientos de la Corona, Granaderos y Ligero de San Luis —con dos Batallones cada uno— y el de Guanajuato, así como Escuadrones de San Luis, San Carlos, España y México. El 2 de enero, Calleja se apodera de la ciudad, tras un empeñado combate, mientras que los miembros de la Junta independentista y sus seguidores se dispersan.

Pocos días después, el 22, la División Porlier sufre en cambio un revés en Tenancingo frente a Morelos. Destruir a ese general será durante los siguientes años el principal objetivo de los realistas.

Estos, sin embargo, atravesaban una grave crisis de mando, producto de las rivalidades y los celos entre el conquistador de Zitácuaro y Venegas. La tensión llegó a ser tal que Calleja presentó su dimisión, que le fue aceptada. Ante el coro de protestas que tal decisión levantó entre los jefes de los Cuerpos, el virrey tuvo que rescindirla. En efecto, no había entre los defensores del Rey ningún general con el prestigio y con los conocimientos de la situación local que Calleja tenía. Pero aunque se le repuso en su puesto, nunca volvió a gozar de la confianza de su superior.

Resuelta así, aunque momentáneamente, la crisis, se tomaron disposiciones para lanzar una operación que se esperaba definitiva, contra Morelos. En ella intervendrían dos fuerzas principales: el Ejército del Centro, de Calleja, con menos de 4.000 hombres, y el del Sur del brigadier Llano, con unos 2.000 efectivos, con base en Puebla.

El 15 de febrero el Ejército del Centro sale de México hacia Cuautla, donde estaba Morelos con unos 4.000 hombres, luego reforzados por 1.250 más.

Por su parte, y dentro del plan previsto, Llano ataca Izúcar el 23 y 24 de ese mes, sin éxito. Venegas le ordena entonces que marche a unirse a Calleja.

Éste, en efecto, necesitaba toda la ayuda que se le pudiera prestar. Cuando llegó ante su objetivo, con las unidades que le habían acompañado a Zitácuaro, decidió tomarlo con un golpe de mano, a pesar de que los independentistas se habían fortificado cuidadosamente.

El 19 de febrero dió el asalto, con cuatro columnas, formadas por los otros tantos Cuerpos de Infantería de que se disponía. Se saldó éste con un fracaso total. El enemigo, bien atrincherado, diezmó a los asaltantes, disparando desde parapetos, tejados y ventanas. Después de haber sido baja los jefes de Guanajuato y de los Tamarindos y con graves pérdidas, los realistas se batieron en retirada.

La llegada de las tropas de Llano permitió a Calleja organizar un cerco en forma de Cuautla. Estas consistían en los Batallones peninsulares de Lobera y Asturias, el llamado de la Unión (formado por piquetes de unidades americanas) y Dragones de Tulancingo, Puebla, España y México, así como Lanceros de Veracruz.

El asedio, no obstante, presentaba graves dificultades.

La primera de ellas era la propia calidad de los defensores, a los que Calleja definió como "una guarnición de las tropas más bizarras". La segunda residía en que los atacantes carecían de Artillería para batir en brecha las fortificaciones. La tercera provenía de las operaciones emprendidas por jefes independentistas, como Miguel Bravo, desde el exterior para romper el cerco. Por último, los asaltantes tenían necesariamente que tomar la población antes de la llegada de las lluvias. Los realistas eran originarios o del Norte de México o de la península, y se aclimataban mal a las temperaturas de la Tierra Caliente.

El sitio duró 72 días, y durante el mismo hubo combates de todo tipo: choques contra las fuerzas de Miguel Bravo; salidas de los asediados; ataques de sus enemigos. Como era frecuente, las enfermedades se desataron en uno y otro campo. Calleja llegó a tener 800 hombres en los hospitales, y Morelos perdía unos 30 diarios por la peste. Al final, los independentistas se vieron obligados a alimentarse de insectos y cueros mojados.

En la madrugada del 2 de mayo, persuadido de la inutilidad de prolongar aún más la resistencia, Morelos reúne a toda la guarnición y puesto a su cabeza rompe el cerco.

Cuando finalmente, entran en la disputada ciudad, "en Cuautla no encontraron los realistas habitantes, sino espectros" (9). La lucha había sido efectivamente, feroz. Aunque Calleja, sobre el papel, había obtenido una victoria brillante, "la fama y la gloria sin duda fueron para Morelos" (10). Este había logrado contener durante meses a lo más granado de las tropas del virrey, saliendo de la empresa no sólo airosamente, sino con el núcleo de sus fuerzas intacto, aunque disperso.

◆

(9) Alamán, Vol. II, pág. 527.
(10) Ibíd., Vol. II, pág. 89.

Pocas semanas después del asedio, el jefe independentista había reagrupado ya a sus hombres, situándose en Tehuacán. Desde esta posición amenaza Orizaba y Oaxaca, y el camino real a Veracruz, arteria vital. En los siguientes meses obtendrá importantes éxitos, batiendo a columnas realistas y apoderándose de las dos ciudades mencionadas.

No es de extrañar que ante la pujanza de su enemigo, Venegas "llegó a persuadirse de que sólo la cooperación de las tropas peninsulares... podían decidir la suerte de aquel reino" (11).

Sin embargo, cuando éstas entraron en combate, se pudo comprobar que su rendimiento no era notablemente superior al de los mejores Cuerpos americanos realistas. Ciertamente, se habían portado bien en el sitio de Cuautla, hasta el punto de que los independentistas propusieron bautizar una de sus calles con el nombre de "Los Atrevidos de Asturias y Lobera" (12). Lo que sucedía es que aquellas unidades, en contra de lo que creían sus propios contrarios, no eran de calidad sobresaliente.

Se ha dicho de los hombres que las componían que "por viciosos en sus países les echan al servicio de las armas" (13). Aunque este juicio es demasiado duro, se acerca más a la realidad que otros como el siguiente: "de estos refuerzos se prometían grandes resultados los realistas, tanto por el prestigio del nombre español como porque las nuevas tropas, que eran las primeras íntegramente españolas que iban a tomar parte en la guerra, estaban fogueadas y endurecidas en las campañas contra los franceses" (14).

Hay que matizar esta apreciación, tan elogiosa para el Ejército Real, y que se refiere concretamente a los Batallones Lobera y III de Asturias.

En el caso de Lobera, se trataba de una unidad de reciente creación, habiendo sido formada en 1810, a base de voluntarios. Cuando sale para América, había ganado ya hasta tres escudos de distinción —condecoración colectiva de la época— por su comportamiento en los combates de San Payo, Tamames y Medina del Campo. Indiscutiblemente, se trataba de un magnífico Cuerpo. Durante un tiempo estuvo integrado en la División Morillo, una de las mejores organizadas durante la Guerra de Independencia de España.

En cambio, el III de Asturias era una unidad de un calibre muy inferior. El viejo Regimiento de Asturias formó parte de la Expedición de la Romana a Dinamarca, y allí fue capturado en su totalidad por los franceses. Dejó por tanto de existir, aunque es muy probable que alguno de sus componentes hiciera la campaña de Rusia en las filas del Regimiento José Napoleón.

Extinguido así el Cuerpo, se vuelve a organizar en Galicia el 14 de abril de 1811, con los restos de 20 Batallones de Voluntarios. De los tres Batallones con que se dota al nuevo Asturias, dos parten en campaña. El III, de inferior calidad, como era costumbre, queda en Lugo hasta el 20

◆

(11) Torrente, pág. 89.
(12) Benicio Montero, *El Sitio de Cuautla*, Cuernavaca 1982, pág. 74.
(13) Ibíd., pág. 75.
(14) Teja Zabre, pág. 75.

de agosto. De allí fue a La Coruña, en tareas de guarnición. Luego pasó a Vigo, embarcándose más tarde para América (15).

Es decir, se trataba de una unidad formada por los peores hombres de 20 Batallones, ya que los mejores habían ido a los Batallones I y II. Calificar a estos soldados de "fogueados y endurecidos en las campañas" es casi un sarcasmo.

Por otro lado, y a pesar de que Lobera no tardó en distinguirse, por ejemplo en la acción de Tenango, es indiscutible que la entrada en fuego de los Batallones peninsulares no produjo los efectos inmediatos y espectaculares que algunos esperaban de ellos.

Mientras, en Venezuela, los acontecimientos se desarrollaban de forma mucho más favorable para los realistas.

En marzo, Monteverde empieza a operar al frente de una columna de unos 1.500 hombres. Casi todos eran milicianos, Blancos y Pardos, pero había también un pequeño núcleo veterano formado por Infantería de Marina y los restos de algunas Compañías Fijas. Eventualmente, reforzaría estos efectivos alentando la sublevación de los esclavos de las haciendas de Barlovento, medida que aumentó todavía más la crueldad de aquella guerra. Los realistas pudieron utilizar este expediente porque la Constitución independentista de 1811, aunque suprimió el tráfico de esclavos, no abolió la esclavitud, defraudando así las expectativas que había creado entre muchos. Por otra parte, ambos bandos recurrieron, y no sólo en Venezuela, a los esclavos para aumentar los Ejércitos respectivos. Ambos, también, manipularon este sector de la población, movilizándolo con promesas que no siempre se cumplieron.

La ofensiva de Monteverde se inició desde Coro, y llevó a la sucesiva caída de Carora, Barquisimeto, San Carlos y Valencia, mientras que sus enemigos o bien cedían terreno, incapaces de detener el imparable avance, bien se pasaban en gran número a los realistas.

Monteverde debió en parte su éxito a un fenómeno de la Naturaleza. El 26 de marzo se produjo un espantoso terremoto que asoló Caracas, La Guaira, Mérida y San Felipe, entre otras ciudades independentistas. Las realistas, en cambio, no se vieron afectadas. El 24 de abril se produce otro temblor de tierra. Para muchos, aquello fue una prueba de que la cólera divina tomaba partido por las armas del Rey. Desmoralizadas y anonadas por la tragedia, las poblaciones apenas ofrecieron resistencia ante la llegada de los hombres de Monteverde.

El 30 de junio los independentistas sufren una pérdida de talla cuando los prisioneros en Puerto Cabello se amotinan, apoderándose de tan estratégica plaza, a pesar de los esfuerzos del comandante de la misma, Bolivar.

A Miranda correspondió, en su calidad de general en jefe, la difícil misión, de hacer frente a tanto desastre. Había aceptado el mando sin entusiasmo, diciendo: "se me encarga presidir los funerales de Venezuela", y sus palabras serían proféticas.

◆

(15) Clonard, Vol. XI, pág. 143.

Sin ninguna fe en sus tropas, adopta una actitud pasiva, que facilitará los progresos de Monteverde. Por fin, ya a últimos de julio, se resigna a un armisiticio para terminar una campaña que consideraba perdida.

Tras evacuar Caracas, se repliega sobre La Guaira, seguido por lo que quedaba de su Ejército. Allí algunos oficiales, descontentos por la forma en que había llevado las operaciones, le prenden. Entre ellos figura Bolívar. Miranda cae en manos de los realistas, que le encarcelan en los castillos de Cádiz, donde acabará sus días.

Poco después, Bolívar acudirá a Monteverde con el objeto de pedirle autorización para dejar Venezuela. Le será concedida con estas hirientes palabras: "se concede pasaporte al señor en recompensa del servicio que ha hecho al Rey con la prisión de Miranda". El español tendrá oportunidad en el futuro de arrepentirse de su decisión.

De esta manera, Venezuela volvió bajo control realista. Más importante que la intervención del pequeño contingente de Infantería de Marina peninsular fue el hecho de que "el movimiento (emancipador) aplaudido por gran parte de la sociedad ilustrada y sus numerosos adeptos del pueblo, no era general" (16).

Desdichadamente, cegado por sus éxitos, "Don Domingo de Monteverde, teniente de navío graduado de capitán de fragata... el más inferior entre los jefes que la Capitanía General tenía a sus órdenes, despojó del ejercicio de ella a su propietario, que la servía con nombramiento del legítimo soberano, y éste no sólo disimuló un acto de rebelión tan consumado, sino también le premió confiriendo al usurpador la propiedad del empleo que tan ilegalmente había arrebatado" (17).

Se llegó a una fórmula singular, según la cual se repartió la jurisdicción sobre Venezuela entre Miyares y el joven marino. Posteriormente, éste será elevado al rango de capitán general, y aquél conservará su grado, pero sólo sobre la provincia de Maracaibo.

La solución fue mala. Primero porque Monteverde no poseía las condiciones necesarias para gobernar, y se entregó a una desatinada represión —violando lo pactado con Miranda— que ensombreció sus triunfos (18), atrayéndose la hostilidad de sectores de la población hasta entonces leales. Además, porque con su nombramiento se consagraba oficialmente una usurpación. Así, los irregulares relevos de autoridades, inaugurados en la península en 1808 e imitados luego en América, continuaron, pero ahora sancionados por el propio Gobierno.

Tras el triunfo realista, se establecieron en las principales localidades unidades con el nombre de Voluntarios de Fernando VII, integradas por americanos y peninsulares, al tiempo que se procedió a reorganizar los pocos Cuerpos veteranos disponibles.

◆

(16) Vicente Lecuna, *Crónica razonada de las guerras de Bolívar*, Nueva York 1960, Vol. I. pág. XV.

(17) Heredia, pág. 78.

(18) Para una crítica desde posiciones realistas sobre la gestión de Monteverde, ver Pedro de Urquiniona, *Memoria*, Madrid 1917. El autor fue comsionado por la Regencia de España para la pacificación de Nueva Granada.

Aparentemente, la Venezuela independiente había dejado de existir. Pero no sería así, porque gran parte de los oficiales derrotados habían pasado a otras tierras, desde las cuales organizarían su retorno. El propio Bolívar fue a Nueva Granada.

Allí, continuaron durante 1812 las operaciones militares. En el Sur, Tacón sufrió una nueva derrota a manos de los independentistas en Iscaunde, a consecuencia de la cual se retiró a Guayaquil. Con él desapareció lo que se puede llamar el último vestigio de resistencia realista "oficial". Pero persistió la de carácter popular, que se revelaría como más eficaz.

Grupos de patianos continuaron la lucha, con tan buena fortuna que logran recuperar Pasto el 20 de mayo, capturando a las fuerzas enemigas —llamarlas Ejército sería exagerar— y a su jefe, Joaquín de Caycedo, Presidente de Popayán.

Un nuevo contingente independentista, al mando de un aventurero norteamericano, Macaulay, intenta tomar la revancha. A pesar de que mediante un acuerdo con el ayuntamiento de Pasto se había obtenido la liberación de Caycedo y sus compañeros, prefirió ignorarlo, continuando la campaña. El resultado fue que mediante un golpe de mano, el 13 de agosto los realistas diezmarán a su tropa, capturando a muchos de los supervivientes, entre ellos el propio Macaulay y, de nuevo, el presidente de Popayán. Pasto se consolidó así como una espina clavada en el flanco de los independentistas.

En el Norte, en cambio, los acontecimientos de la guerra entre Cartagena y Santa Marta tomaron un cariz más positivo para la primera. Hasta la mitad del año se produjeron enfrentamientos entre ambos bandos, contando el realista con el refuerzo de los elementos del Batallón de Albuera que había llegado a la isla. Ninguno de ellos revistió, sin embargo, especial importancia. Pero la situación cambió radicalmente en los últimos seis meses. El responsable de ello será el francés Labatut, que emprende una serie de operaciones anfibias por el río Magdalena, con Infantería de desembarco y fuerzas fluviales sutiles. Resultado de las mismas será la expulsión de los realistas de todo el Bajo Magadalena.

Otra consecuencia importante fue que éstos, con el fin de contrarrestar el ataque, se vieron obligados a concentrar sus tropas, desguarneciendo Tenerife, que es rápidamente ocupado por una columna mandada por el coronel Bolívar, que en julio había entrado en el servicio de Cartagena. A fines de diciembre, entró en Monpox. La campaña se completa, ya en enero de 1813, con la toma de Santa Marta. Las tropas reales, batidas, tienen que refugiarse en el interior, a la espera de mejores tiempos.

En resumen, los combates en Nueva Granada durante 1812 tuvieron resultados opuestos en los dos frentes que realistas e independentistas combatían. Mientras en el del Sur los primeros consolidaron sus posiciones, en el del Norte las ventajas fueron para los segundos. Como Bolívar supo percibir, con su magnífica visión estratégica, eso les abría las puertas para operaciones mucho más ambiciosas.

En cambio, para la causa del Rey, el año trajo una gran victoria en Quito. El alzamiento allí no había sido general, lo que permitió organizar una contraofensiva desde las regiones que permanecían fieles. Esta se lanzará desde Guayaquil, con 300 hombres del Real de Lima y 600 milicianos, a las órdenes del mariscal del campo Toribio Montes, antiguo subinspector general de las tropas del Perú, nombrado para sustituir a Joaquín de Molina, que a su vez había relevado a Ruiz de Castilla.

La columna, tras haberse reunido con la División de Cuenca mandada por Aymerich, entrará en Quito el 4 de noviembre, venciendo la deslabazada resistencia que se le opuso. Desde esa fecha, "Quito estuvo gobernado por las autoridades españolas hasta el mes de mayo de 1822, en el que el general Sucre se apoderó de la ciudad por la fuerza de las armas" (19). Tan brillante resultado se consiguió con la utilización, por parte realista, de fuerzas exclusivamente americanas.

Un destacamento de los vencedores, al mando del coronel Juan Sámano persiguió a los últimos vestigios del Ejército independentista a las órdenes de Montufar más allá de las fronteras de la Capitanía General, entrando luego en Pasto.

Con esta serie de victorias, la situación en la región cambió totalmente de signo. Quito, que hasta entonces había sido una amenaza sobre el flanco norte del Perú, pasó a convertirse en un bastión realista, base de operaciones contra Santa Fe.

Mientras tanto, en Lima, el virrey no había permanecido inactivo. Con el fin de reforzar la guarnición, había organizado en 1811, "sin más costo para el erario que el importe del armamento" (20), el Regimiento de Infantería de Voluntarios Distinguidos de la Concordia. La misión del nuevo Regimiento sería la de relevar al Real de las tareas de guarnición. Aunque inicialmente se le calificó como de Milicias Disciplinadas, el 2 de marzo de 1813 pasó a integrarse en las tropas de línea, con la particularidad de que sus integrantes no percibían sueldo. La formación de una unidad similar permitió a Abascal emplear al Real de Lima con mayor flexibilidad.

La medida fue tomada a tiempo, porque en el año de 1812 el virrey necesitaría, para hacer frente a nuevas amenazas, todos sus efectivos veteranos. Cediendo, aunque con profundas reservas, a las peticiones de Vigodet, que desde Montevideo le acuciaba para que tomara la ofensiva contra el Río de la Plata, ordena a Goyeneche que se ponga en campaña. Este contaba por entonces con una columna formada por los Batallones de Abancay, Paria, Cotabamba, Paucartambo y Azúngaro, todos de Milicias, así como un Batallón del Real Lima.

A su vez, Belgrano, que había recibido el mando del Ejército independentista, se había también puesto en marcha el 19 de mayo desde Jujuy, con la intención de apoyar una nueva rebelión que había estallado en Cochabamba.

Su rival, sin embargo, aplasta la sublevación en un duro combate el 24 de mayo, y se dirige resueltamente contra Belgrano, llevando en vanguardia un fuerte destacamento al mando de Pío Tristán, natural de Arequipa.

Ante la progresión de los realistas, los independentistas ceden terreno, permitiendo al enemigo ocupar Jujuy y Salta. En Tucumán, no obstante, Belgrano decide volver cara, movido, entre otras consideraciones por el temor de que muchos de sus hombres, naturales de esa provincia, abandonaran las banderas si llegaba a evacuar totalmente el territorio.

El 24 de septiembre se dará la batalla. El general independentista ataca decididamente al Ejército enemigo, sorprendiéndole de forma que sólo logra emplazar dos de sus piezas. Abrumado

◆

(19) Stevenson, pág. 40.
(20) Abascal.

bajo el fuego de la Artillería de Belgrano, el Batallón de Milicias de Abancay da una carga desde su posición en el centro de la línea. Bien sea porque la táctica había dado resultado en el pasado contra las masas indisciplinadas de indios con que se había enfrentado, bien sea por falta de instrucción, el caso es que el ataque se realiza en orden disperso. Ante tropas regulares como las argentinas era éste un sistema suicida, y así se demostró cuando los milicianos fueron rechazados con grandes pérdidas.

Al tiempo, la Caballería tucumana de la derecha, gauchos armados con lanzas y boleadoras, daban una carga a los jinetes de Tarija que allí había puesto Tristán, y que se desordenan casi inmediatamente.

Aunque los realistas habían alcanzado un éxito local en su propio derecha, la derrota del otro ala y del centro sembró el desconcierto en sus filas. Afortunadamente para ellos, los irregulares Escuadrones de Tucumán se encelaron en la persecución de los fugitivos, lo que permitió a Tristán mantenerse en el campo con aquellas de sus unidades que no habían perdido la formación.

Por su lado, Belgrano, al ver desaparecer en el horizonte a su Caballería y preocupado por el revés de su izquierda, dio la órden de repliegue sobre Tucumán, llevando como trofeo cinco piezas y las banderas del Real de Lima, Cotabamba y Abancay que había arrebatado al enemigo.

Quizá, "el triunfo fue el resultado de un cúmulo de circunstancias imprevistas, supliendo la decisión de los jefes de cuerpo la falta del general en jefe en el momento decisivo" (21). Pero aunque Belgrano no lo vio en el momento, había derrotado de plano a los realistas, causándoles más de 1.000 bajas —la mayor parte de ellas prisioneros— a cambio de menos de 300.

En la noche del 25 al 26, Tristán se retira sigilosamente sobre Salta.

De la batalla había que destacar algo que en aquel teatro de operaciones se convertiría en constante: la superioridad de la Caballería independentista sobre la realista.

José María Paz, que participó en el combate, se sintió poco impresionado por estos jinetes, aunque sin duda eran muy superiores a los realistas. Es curioso que en sus Memorias (22) indique que "he visto llorar amargamente soldados valientes de Caballería porque se les había armado de lanzas, y oficiales sumergidos en una profunda tristeza porque su compañía había sido transformada en Lanceros". Con el tiempo este arma sería la favorita de los independentistas, y les daría una ventaja decisiva sobre sus enemigos.

En San Miguel fracasó el primer intento realista por invadir el Río de la Plata desde el Alto Perú. No sería el último.

En la Banda Oriental, por otro lado, se había reiniciado la guerra.

Una serie de reclamaciones sobre el incumplimiento del armisticio de octubre de 1811 llevó

◆

(21) *Historia de Belgrano*, pág. 193.
(22) José María Paz, *Memorias*, Madrid sin fecha, pág. 107.

a Vigodet, en enero de 1812, a un nuevo rompimiento con Buenos Aires, poniendo fin a lo que, según él, no era más que "una fingida paz" (23).

La respuesta de los argentinos fue la movilización. Aunque el 26 de mayo se firmó —siempre bajo presión inglesa— un nuevo acuerdo por el que portugueses y rioplatenses se comprometían a retirarse "dentro de los limites de los Estados respectivos", ello no afectó al estado de guerra que existía entre realistas e independentistas.

Belgramo recibió el mando de las fuerzas de operaciones. El 27 de febrero, en Rosario, tomó la iniciativa de desplegar por primera vez la bandera celeste y blanca, por que "hasta entonces las tropas revolucionarias enarbolaban la bandera española en sus filas" (24). El Gobierno de Buenos Aires le desautorizó sin pérdida de tiempo, le ordenó que arriara la nueva enseña "ocultándola disimuladamente" y que volviera a izar la anterior.

Pocos días después, se le encargó el mando del Ejército independentista llamado del Perú. Le sustituyó Rondeau, que el 1 de octubre se hallaba de nuevo frente a Montevideo, al frente de los Batallones números 4 (antiguos Patricios) y 6 (antes de Castas), del Regimiento de Dragones y de contingentes de voluntarios.

La guarnición de la plaza hasta fines de 1811 había estado constituída por elementos del Regimiento Fijo de Buenos Aires, del de Dragones del mismo nombre y de Blandengues. Se hallaban también presentes los siguientes Cuerpos: Batallón de Voluntarios de Infantería de Montevideo; Regimiento de Caballería de la misma denominación: Batallón Urbano de Infantería de Línea del Río de la Plata y Regimiento de Infantería del Río de la Plata.

En enero de 1812 estas dos últimas unidades, a las que ya hemos visto protagonizar una algarada el año anterior, fueron reformadas.

Vigodet, en efecto, no tenía confianza ni en su eficacia ni, quizás, en su lealtad: "la experiencia ha enseñado en aquellos países que los Cuerpos Urbanos, creados por la necesidad, bajo el pie de la condescendencia e informalidad que es bien notorio, produjeron una fugaz utilidad, y causaron desazones intestinas que han turbado la tranquilidad de los pueblos faltándose a las Potestades legítimamente constituidas".

Prefirió por ello que sus miembros ingresaran en los Batallones veteranos, para que adquirieran "subordinación y disciplina, consiguiéndose así la utilidad y confianza que hasta entonces habían sido equívocas" (25).

◆

(23) "Toma de posesión del Capitán General Vigodet y reseña del Estado del país y necesidad de Socorro", Montevideo, 3 de septiembre de 1812. Archivo del Servicio Histórico Militar, Sección de Ultramar, legajo 9 A-23.

(24) Bauzá, Vol. V, pág. 299.

(25) Vigodet el Ministro de la Guerra, 6 de octubre de 1812. Archivo S.H.M., Ultramar, legajo 10 B-8.

En efecto, pasaron a reforzar las Compañías del Batallón de Voluntarios de Madrid. Así una unidad teóricamente peninsular empezó a "americanizarse", fenómeno que se convertiría en habitual en las campañas de Emancipación.

El 31 de diciembre los defensores de Montevideo, tuvieron ocasión de demostrar su valía, cuando Vigodet ordena una salida en fuerza.

Intervienen en ella 1.500 hombres, divididos en tres columnas. La primera incluye a los Voluntarios de Madrid, una Compañía del Fijo y doscientos artilleros y milicianos. La segunda, una Compañía de Marina, una del Comercio y el Tercio de Migueletes. La tercera, una Compañía de Albuera y Milicianos.

El combate fue tenaz, centrándose en torno al Cerrito, que cambia de manos varias veces, hasta que al final es recobrado definitivamente por el Batallón de Castas.

Ante la inutilidad de sus esfuerzos, el español ordena la retirada. La población de Montevideo, que ha seguido desde los muros de las ciudad la lucha, asiste en silencio al regreso de la columna, que ha dejado en el campo algo más de ciento cincuenta bajas. Los independentistas perdieron ciento treinta hombres y un cañón.

Es interesante que Vigodet en su parte (26) atribuya la derrota a "un incidente... que aún no ha podido descubrir" que provocó la huída de la primera columna, precisamente la que tenía más veteranos. Esta "se desordenó completamente y huyó despavorida", sin que pudieran contener las "súplicas, imprecaciones ni aún el rigor".

Al terminar 1812, se podía apreciar un cambio en la situación, a favor de los realistas. Tras la serie de golpes sufridos a partir de 1810, cuando se encontraban a la defensiva en todas partes, se había iniciado un movimiento de recuperación, que coincide en el tiempo con la llegada de las primeras tropas peninsulares, si bien la influencia de éstas no había sido, en ningún caso, decisiva.

Aunque en México continuaba la guerra sin perspectivas de una victoria inmediata, y a pesar de los fracasos de Goyeneche y de Vigodet, se había recuperado Venezuela y Quito. Los territorios que se extienden desde Panamá hasta Perú estaban a principios de año en manos independentistas. Cuando éste acaba, en cambio, sólo subsiste el alzamiento en Nueva Granada, desgarrada por la guerra civil y amenazada desde el Este y desde el Sur.

Salvo imprevistos, el panorama para los realistas no era insatisfactorio. Sobre todo, porque para 1813 estaba anunciado el envío de nuevos Cuerpos europeos.

1813

En efecto, en ese año salieron de la península las siguientes unidades: el 5 de mayo desembarcan en Montevideo el Tercero Americano, un Batallón de Lorca, un Escuadrón de Granaderos

◆

(26) Archivo S.H.M., Ultramar, legajo 9 A-29.

a Caballo y Artillería. El 23 de septiembre, Granada llega a Venezuela. Lo hace con más de un millar de hombres, por lo que en ocasiones se ha dicho que formaban dos Batallones. Sin embargo, para las autoridades militares la expedición la constituía únicamente un Batallón, el III, del Regimiento de Granada. Finalmente, el 15 de septiembre llega a Veracruz un Batallón de Saboya.

La distribución de fuerzas es, una vez más, razonable, y parece obedecer al propósito de consolidar los puntos amenazados (México y Montevideo) o ya recuperados (Venezuela), más que a ampliar las operaciones a nuevos territorios.

En total, la Junta de Reemplazos organizaría durante 1813 cinco expediciones —las número once a quince— con alrededor de 9.000 hombres.

Las unidades siguieron experimentando los mismos problemas que, como hemos comentado antes, sufrieron sus antecesoras. Las destinadas a Montevideo desembarcaron "en un estado deplorable de insalubridad y bajo la influencia mortífera del escorbuto" (27). En cuanto a Saboya, "el cuerpo de tropa se compuso con desertores y dispersos, gente de suyo mal acondicionada" (28). Tanto, que se amotinó cuando tuvo noticia de que su destino era América. Hubo que reconstruir el Batallón, esta vez, "con tropas de mejor índole".

Pasando a describir los acontecimientos en Nueva España, quizás el más importante fue la sustitución de Venegas por Calleja. El nuevo virrey aportó a la conducta de las operaciones su gran experiencia personal en la guerra, que le resultó notablemente útil. Inició, además, una política de concesión de indultos, que debilitó a los independentistas cuando grupos de éstos empezaron a dejar las armas.

Con la toma de Oaxaca el año anterior, Morelos llega a controlar una considerable franja de terreno, limitada al Este por el Golfo de México, al Oeste por el Pacífico, al Sur por la frontera con Guatemala y que por el Norte llegaba a las proximidades de la capital. Al tiempo, él y otros jefes proseguían la labor de la regularización de su Ejército, aunque nunca la llegaron a completar. El propio Morelos organiza el Regimiento de Infantería de San Lorenzo, el Batallón de Oaxaca y el Regimiento de Caballería de los Valles. Rayón, el Provincial de Caballería de Tlalpujahua, y Matamoros los de San Pedro y del Carmen.

Por su parte, Calleja también se refuerza, acudiendo incluso a la leva. Con ella aumenta el número de sus unidades regulares, a la vez que forma el Cuerpo de Dragones del Rey y uno de los mejores Regimientos de la Caballería mexicana: el de Fieles del Potosí, sobre la base de los Lanceros de San Luis. Incrementa también las unidades realistas, constituidas para la defensa local, sobre todo con personal de las haciendas (29).

◆

(27) Clonard, Vol. X, pág. 346.

(28) Ibíd., Vol. IX, pág. 140.

(29) Ver en Montero, págs. 105-109 una gráfica descripción del método seguido para formar estos Cuerpos locales. Los oficiales se elegían entre los hacendados y sus principales empleados. En la Caballería, los mejores hombres se agrupaban en la Compañía de Carabineros. En Infantería, el personal de más calidad se seleccionaba para la Artillería. Se hacía instrucción los días festivos, como en las Milicias tradicionales.

Asimismo, elabora un plan para la campaña de 1813. Su idea era eliminar en primer lugar a las principales partidas enemigas dispersas por todo el país. Logrado ésto, atacaría a Morelos.

De hecho, los independentistas habían sido acosados ya durante 1812. Una de las acciones más sonadas fue el golpe de mano que el 15 de junio Iturbide dio a las fuerzas de Albino García, derrotándolas y capturando a su jefe. En palabras del futuro Emperador, "para hacer algo por mi parte con objeto de quitar la impresión que en algunos estúpidos y sin educación existe, de que nuestra guerra es de europeos y americanos, y de éstos a los otros, digo: que en esta ocasión ha dado puntualmente la casualidad de que todos cuantos concurrieron a ella han sido americanos, sin excepción de persona" (30).

En 1813, las operaciones contra los principales dirigentes independentistas se sistematizaron, desarrollándose a buen ritmo. En abril, Rayón es batido por Iturbide en Salvatierra, cayendo poco después en manos realistas su capital, Tlalpujahua.

En mayo, se rechaza una incursión que desde territorio estadounidenses penetró en las Provincias Internas. Primero estuvo dirigida por Gutiérrez de Lara, y luego por José Alvarez de Toledo, americano y ex-oficial de la Marina Real. En los combates se distinguió el Batallón peninsular de Extremadura y un joven oficial llamado Santa Anna.

Durante este tiempo, Morelos había permaneceido frente a Acapulco, asediando la ciudad y su castillo. El cerco empezó en abril, y terminó el 19 de agosto, con la toma de la plaza.

El 14 de octubre, Matamoros se anota otro éxito, derrotando a la escolta de un convoy realista. El Batallón peninsular de Asturias hizo una enconada defensa, combatiendo formado en cuadro durante más de dos leguas. Asaltado por la Caballería enemiga, apoyada por Artillería, finalmente se rindió.

Con estos triunfos, y la eficaz defensa de Nicolás Bravo en Coscomatepec, las esperanzas de los independentistas llegaron a su momento álgido.

Paralelamente, su causa también se reforzó políticamente. Un congreso, reunido en Cipalcingo, proclama la independencia, y elige a Morelos como generalísimo.

Este se dispone entonces a iniciar una nueva campaña, dirigida contra el corazón del poder virreinal. El 22 de diciembre está ante Valladolid, al frente de casi 20.000 hombres (31) y con 30 cañones.

La ciudad contaba con una escasa guarnición. Sólo 800 hombres de la Corona, Ligero de México y Dragones de Tulancingo, al mando del americano Domingo Landazurri. Pero Calleja había enviado en su socorro a dos columnas, dirigidas por Llano y por Iturbide. El primero llevaba a

(30) Alamán, Vol. III, pág. 199.

(31) En Ibíd., Vol. III, Documento número 20, hay una relación de las fuerzas de Morelos. Incluían 12 Regimientos más o menos completos, identificados con un nombre propio y bien organizados.

los Regimientos de Nueva España y de México, una compañía de Infantería de Marina y elementos de lso Dragones de México, Querétaro, San Luis, San Carlos y Fieles de Potosí. El segundo, el II Batallón de la Corona, Cuerpo de la Frontera y Lanceros de Orrantía.

Esa misma noche, Iturbide sale para hacer un reconocimiento. Le acompañan 360 hombres, de la Corona, Fijo de México, Marina, Orrantía, San Luis, San Carlos y Fieles de Potosí.

En vez de limitarse a cumplir su misión, la convierte en un golpe de mano, atacando osadamente el campamento enemigo. Desconcertados, los independentistas se dispersan sin apenas combatir. Morelos mismo, escapa por poco de ser capturado. En la audaz acción, los realistas fueron "todos americanos, a excepción de Aguirre, Guiral, algunos oficiales, y los marinos" (32). Así quedó levantado el sitio de Valladolid, lo que permitía a Calleja contemplar con cierto optimismo la campaña de 1814.

En Venezuela, Monteverde no se dio por satisfecho con las victorias de 1812, y empieza sus preparativos para invadir Nueva Granada, soñando en recuperar también aquel territorio. Con este objetivo comienza a reunir sus fuerzas.

Pero Bolívar se le adelantará. Como hemos visto, tras su partida de Venezuela se había puesto al servicio de Cartagena, realizando desde allí operaciones que le llevaron hasta las fronteras de su patria.

Situado en tan buena posición, convence a las autoridades neogranadinas que el próximo paso a dar consiste en la recuperación de Venezuela. En mayo está en marcha al frente de un modesto contingente de tropas, que incluye tanto a venezolanos como a unidades prestadas por Nueva Granada. Empieza así lo que se ha llamado la "Campaña Admirable".

Simultáneamente, Mariño, Piar y los Bermúdez, a la cabeza de un grupo de oficiales refugiados en Trinidad, desembarcan en Guiría, desprovista de tropas veteranas, y se adentran en territorio venezolano, levantando gente sobre la marcha.

Monteverde pasa así bruscamente de la posición de agresor a la de agredido. No se amilana, sin embargo, y sale al paso del adversario.

Haciendo gala de su habitual temeridad, ataca, sin esperar refuerzos, a los de Piar, atrincherados en Maturín. La imprudencia le cuesta una aplastante derrota: "allí pereció casi toda la poca tropa europea que había en Venezuela" (33). A duras penas los supervivientes pudieron acogerse a Caracas, defendida sólo por 300 hombres, casi todos del país, además del Batallón de Voluntarios de Fernando VII, también local.

Ante la noticia del revés, se produce un alzamiento en la isla Margarita. Su gobernador, casi sin tropas, es desbordado. Hecho prisionero, será decapitado. Juan Bautista Arizmendi, antiguo oficial del Batallón de Milicias de Blancos, tomará el mando de los independentistas, que se apoderan así de una espléndida base de operaciones para actuar sobre territorio continental.

◆

(32) Ibíd., Vol. IV, pág. 7.
(33) Heredia, pág. 172.

Bolívar, mientras, proseguía sus movimientos. El 30 de mayo entra en Mérida, sin encontrar resistencia. El 15 de junio, desde su Cuartel General en Trujillo, promulga el famoso decreto declarando la Guerra a Muerte. El párrafo más significativo decía: "Españoles y canarios, contad con la muerte, aún siendo indiferentes, sino obráis activamente en obsequio de la libertad de América. Americanos, contad con la vida aunque seáis culpables".

La principal razón que se ha alegado para justificar esta medida es el principio de la reciprocidad, ya que, como hemos dicho antes, la legislación española consideraba como traidor a todo aquel que se alzara en armas contra el Rey, y le castigaba en consecuencia (34).

Pero seguramente había también otra explicación: "el sentimiento de la patria independiente no estaba generalizado, o no existía en el pueblo; en algunas batallas dadas en tiempos de Miranda, la defección de Cuerpos enteros pasándose a los enemigos proporcionó a éstos el triunfo sobre los patriotas, y el mismo Bolívar había sido víctima en Puerto Cabello de esa inseguridad en las propias fuerzas y de la infame traición de una parte de ellas; requeríase un acto tremendo que deslindando para siempre a los dos bandos permitiese crear el sentimiento de la nacionalidad" (35).

El propio Bolívar así lo reconocería expresamente en una carta de 1819: "para comprometer a cuatro guerrillas que han contribuído a libertarnos, fue necesario declarar la guerra a muerte".

La clave reside en la palabra "comprometer", que ya hemos visto usada por las autoridades rioplatenses para justificar ejecuciones, y a la que los realistas recurrieron también.

Se puede afirmar que en ambos bandos —sobre todo al principio de la guerra— sólo había un número relativamente bajo de militantes. El grueso de los Ejércitos estuvo formado por individuos generalmente reclutados a la fuerza, básicamente neutrales, y que se inclinaban ante el partido imperante, en cada momento, en un región determinada. Salvo en los casos de determinados territorios, que eran incondicionales independentistas o realistas, lo cierto es que los demás aportaron, de mejor o peor grado, su cuota de hombres a las tropas que los controlaban.

Era preciso, pues, "comprometer" a tanto indiferente con ejecuciones sumarias, que les ataban irreversiblemente al bando en cuyo nombre las habían perpetrado.

"Los Americanos del Sur habían sido educados en el sueño letárgico de la esclavitud española; ellos vivían en una indolente apatía y flojos los resortes de sus potencias. Era necesario ponerlas en acción y sacudirlas fuertemente... Es verdad que para conseguir tan saludables efectos se cometen actos que hacen gemir a la humanidad" (36). Fue ésta, en efecto, una triste práctica de ambos lados. Aunque no siempre universal. Ni se fusiló a todos los peninsulares del Ejército realista hechos prisioneros, ni los numerosos americanos que sirvieron en sus filas "contaron con la vida" siempre. Parece que con frecuencia, la suerte de unos y otros dependía del humor del vencedor, de que los instintos de éste fueran más o menos sanguinarios o de que la resistencia hubiese

(34) Para este terrible período de la Historia de Venezuela, ver Juan Vicente González.

(35) Lecuna, Vol. I, pág. 48.

(36) Juan Manuel Restrepo, *Historia de la Revolución de la República de Colombia,* Besanzon 1858, Vol. II, pág. 141.

sido más o menos empeñada. Los del Rey actuaron de forma parecida. Unos y otros se hicieron culpables, en nombre de su causa, de los peores crímenes.

Volviendo a la descripción de las operaciones, Bolívar prosiguió su avance desde Trujillo. Atravesó los Andes por la ruta de Boconó, ocupó Guanare el 1 de julio, el 6 Barinas, el 1 de agosto Valencia y el 7 de agosto entra en Caracas, cuya guarnición se autodisuelve. Casi al mismo tiempo, en Oriente, Mariño y Bermúdez obtienen éxitos paralelos. El 2 de agosto los realistas evacúan Cumaná y el 19, Barcelona.

Cagigal abandonó esta última ciudad, marchando con su guarnición, por tierra, hasta Guayana. Con él cabalga un cierto Tomás Boves, comandante de la Caballería Urbana de Calabozo (37).

A finales de otoño, España sólo conservaba en el norte de Venezuela la franja costera que se extiende desde Maracaibo a Puerto Cabello.

Pero la situación no era tan desesperada como parecía. En realidad Bolívar y los otros jefes independentistas había logrado sus triunfos con un número reducido de hombres, y sin contar con el apoyo unánime de la población.

Los realistas, por su parte, conservaban todavía posiciones importantes como Maracaibo y la formidable fortaleza de Puerto Cabello, donde estaba Monteverde con una débil guarnición cuyo núcleo eran las Compañías sueltas de veteranos de Maracaibo y de Santa Marta, y las Milicias de Pardos de Valencia. Como Coro, fidelísima población que ya había dado más de 1.500 milicianos; como Guayana, como Santa Marta, indestructible bastión, de la causa realista. Y en los Llanos, Boves, empezaba a fraguarse la terrible reputación con el apoyo de "los llaneros que, con pocas excepciones, desde el comienzo de la revolución se pronunciaron por España" (38).

Hasta entonces la guerra no había merecido tal nombre: "no hubo batallas campales, sino escaramuzas... ni menos Ejércitos, sino reuniones tumultuarias de gente sin disciplina" (39). Cuando empezó el alzamiento en toda Venezuela había poco más de un millar de soldados profesionales, que quedaron repartidos entre los dos bandos. De ahí que no existieran verdaderos ejércitos. De ahí también la impresión causada por el puñado de Infantes de Marina de Monteverde.

Pero en 1813 el panorama empieza a cambiar. Bolívar inicia la creación de un Ejército regular. La primera unidad fue el Batallón Valerosos Cazadores, levantado por el español Santisellí. A pesar del nombre que se le dio, al principio "su organización no era la regular conocida en las tropas regladas; reducíase a allegar gente, armarla, designarles jefes, y marchar, sin disciplina ni ejercicios, porque todo dependía entonces de la celeridad y no había tiempo que perder" (40). No obstante, posteriormente la calidad de este Cuerpo mejoró de forma extraordinaria.

◆

(37) Una biografía de este feroz personaje es Luis Bermúdez de Castro, *Boves o el león de los Llanos*, Madrid 1931.

(38) Lecuna, Vol. I, pág. 107.

(39) Heredia, pág. 215.

(40) Rafael Urdaneta, *Memorias*, Madrid 1911, pág. 9.

Otras unidades levantadas por entonces fueron los Batallones Barlovento, Caracas y la Guaira, así como los Escuadrones de Dragones, Lanceros y Húsares. Bolívar contaba asimismo con los Batallones 3.º, 4.º y 5.º de Nueva Granada, con los que había empezado la campaña.

La idea de formar unidades permanentes fue fundamental. Desde su exilio en Nueva Granada, Bolívar había ya criticado al Gobierno independentista venezolano por haber establecido "innumerables Cuerpos de milicias Disciplinadas, que además de agotar las cajas del erario nacional con los sueldos de la plana mayor, destruyeron la agricultura, alejando a los paisanos de sus hogares, e hicieron odioso al Gobierno que obligaba a éstos a tomar las armas y a abandonar a su familia" (41).

Efectivamente, la primera reacción de los dos bandos fue movilizar a las Milicias. La amarga y certera queja de Bolívar sobre los problemas que ello suscitaba podía haber sido firmada por un oficial realista y sacaba a la luz los inconvenientes inherentes a este tipo de tropas.

Por parte realista, la regularización de su Ejército dio un paso gigante cuando el 13 de septiembre el convoy que llevaba a los más de 1.000 hombres del Regimiento de Granada echa el ancla frente a la Guaira, donde tremolaba la bandera española, pero que estaba ocupada por los independentistas.

A punto estuvo la expedición de ser capturada en bloque. Desembarcó su segundo jefe, con quince Granaderos. Percatados de la emboscada, los españoles se defendieron hasta perder diez hombres. Avisados por los disparos, los buques se hicieron a la vela atracando por fin en Puerto Cabello.

Ante este esfuerzo —enorme para los niveles de fuerza entonces existentes— los independentistas que asediaban la plaza se retiran a Valencia.

Una vez más, Monteverde se dejó llevar por su ardor. Tan impresionado como sus enemigos por la llegada de la unidad, encabeza con ella un ataque en dirección a Valencia. El 30 de septiembre y el 3 de octubre se producen sendos choques, con la total derrota de los realistas. Monteverde mismo recibió una herida "en la quijada izquierda" que le dejó fuera de combate. En cuanto a Bolívar, perdió al bizarro Girardot, con cuyo nombre bautizaría a uno de sus Batallones.

Interinamente, el capitán general es relevado por el coronel Salomón, jefe de Granada. El 28 de octubre le sustituirá Cagigal.

Los supervivientes de los desgraciados encuentros tienen que acogerse de nuevo a Puerto Cabello.

Pero quedaban todavía importantes fuerzas realistas, aunque casi todas irregulares. El 23 de septiembre, Boves, "con más de 800 hombres, entre ellos 60 europeos" (42) bate a Montilla en Santa Catalina, pero es derrotado el 14 de octubre en Mosquitero por Campo Elías, español al

◆

(41) Citado en Daniel F. O'Leary. *Bolívar y la Emancipación de Sur-América,* Madrid 1915, Vol. I, pág. 159.

(42) Restrepo, Vol. II, pág. 190.

servicio de los independentistas. También el 23 de septiembre, Ceballos hace una expedición desde Coro, engrosando sus fuerzas sobre la marcha con milicianos. El 9 de noviembre se enfrenta a Bolívar en Barquisimeto, venciéndole tras una dura batalla. En ella la Infantería independentista que se batió con poco ardor, fue casi aniquilida. Bolívar, implacable bautizó con el nombre de "Batallón sin nombre" a la unidad formada con los superivientes.

Por fin, el 5 de diciembre, Bolívar con 5.000 hombres choca en Araure con Yáñez y con Ceballos, que habían logrado concentrar sus fuerzas: "en verdad, la mayor parte de las fuerzas españolas se componían de venezolanos, lo que era para Bolívar motivo de no poca aflicción" (43). Entre los de Yáñez figuraba el Batallón de Numancia, creado ese año y que más tarde sería elevado a Regimiento.

A pesar de su ligera superioridad numérica, los realistas son totalmente derrotados. Ceballos con sus hombres se retiró hacia Nutrias. Dando un enorme rodeo por Guayana, no estaría de regreso en Coro hasta febrero de 1814. Mientras, Yáñez se replegó con el resto de las tropas hacia el Apure. El principal Ejército realista quedó así fuera de combate.

Por su comportamiento en la batalla, Bolívar cambió la designación del Batallón Sin Nombre por la de Vencedor en Araure, y los Dragones de Caracas pasaron a ser Soberbios Dragones. La primera unidad recibió también la bandera arrebatada a Numancia. Uno de los mejores Cuerpos independentistas, el Batallón Valerosos Cazadores, quedó casi aniquilado.

Aún hubo un último combate antes de que terminara el año. El 14 de diciembre, tropas independentistas, al mando del gallego Aldao luchan contra los realistas de Boves, siendo batidas, lo que supuso la pérdida de Calabozo.

Cuando 1813 acaba, la causa realista en Venezuela ha sufrido un notable retroceso con respecto a 1812. Bolívar cuenta ya con un verdadero Ejército. Lo forman 7 Batallones venezolanos —Caracas, La Guaira, Barlovento, Victoria, Valencia, Araure y Valerosos Cazadores—, 3 de Nueva Granada —3.º, 4.º y 5.º— y 6 Escuadrones de Dragones, Lanceros y Húsares. A estas fuerzas habría que añadir las Milicias, con lo que se llegaba a un total de 8.000 a 20.000 hombres de distinta calidad (44).

Para los realistas, la derrota de Araure había sido un tremendo golpe. Los refuerzos llegados de España habían quedado, además, prácticamente diezmados. Afortunadamente para ellos contaban con las fuerzas de Boves, por entonces formadas por unos 3.000 jinetes y 150 infantes. El número de europeos en ellas no pasaba de 160. Eran tropas altamente irregulares, pero con una magnífica Caballería dividida en mal llamados "Escuadrones", de muy diversos efectivos, que agrupaban a hombres oriundos de una localidad y que llevaron a cabo una guerra sin cuartel, dirigida con especial encono contra la población blanca.

Habida cuenta de la casi inexistencia de peninsulares, era una fortuna para los realistas contar con el apoyo de una parte muy apreciable de la población. A este respecto, son interesantes las quejas del propio Urdaneta (45) sobre la "sublevación" (sic) general en favor del Rey.

◆
(43) O'Leary, Vol. I, pág. 243.
(44) Lecuna, Vol. I, pág. 184.
(45) Ver, por ejemplo, en sus *Memorias* las págs. 26, 27, 33 y 40.

En Nueva Granada también se produjeron acontecimientos importantes. Uno de ello fue la recuperación por los realistas, apoyados por los indios guajiros, de Santa Marta. Los intentos realizados por los independentistas en mayo y agosto por hacerse de nuevo con la ciudad fracasaron.

El sur de ese territorio presenció nuevas operaciones en la disputada región entre Pasto y Popayán. Toribio Montes, tras su victoria en Quito, decide lanzar una ofensiva contra el enemigo. Para ello, utilizará los servicios de Sámano, desde Pasto, apoyado por Milicias pastusas y patianas. Esta agrupación de fuerzas, en gran medida improvisada, entra el 1 de julio en Popayán, sin encontrar resistencia. El 18 estaba en Cali y el 5 de agosto en Cartago. Desde esa localidad, volvió sobre sus pasos, retornando a Popayán.

Seguramente con ello cometió un error: "si (Sámano) destaca una columna de 400 hombres, se hubiera apoderado acaso sin disparar un tiro de la rica provincia de Antioquía" (46). Pero, ante la debilidad del enemigo, consideró la campaña acabada.

Los independentistas de Santa Fe no pierden tiempo en demostrar hasta qué punto este cálculo era demasiado optimista. Nariño en persona se pone al frente de una columna destinada a emprender la contraofensiva. Está compuesta por una agrupación de unidades que se puede llamar clásica, muy parecida a las organizadas tradicionalmente por los españoles en América: un Batallón veterano, el de Cundinamarca —antes Auxiliar— y varios Cuerpos de Milicias. Algunos de reciente creación, como el Batallón de la Guardia Nacional y el de Patriotas, y otros antiguos, como los de Tunja y Socorro. En su marcha hacia el Sur, levanta uno más, el llamado de Cazadores. También se deja convencer por un peninsular, veterano de las tropas napoleónicas, "para que variase todos los toques de tambor y toda la táctica española, cambiándola por la francesa" (47).

Fuera o no debido a ello, lo cierto es que Nariño derrota a Sámano, que había salido a su encuentro, el 30 de diciembre, en el Alto Palacé. Un día después entra en Popayán: "las calles estaban desiertas; nadie salió a recibir al Ejército Patriota; ni se halló en toda la población quien vendiese pan a los soldados" (48). Desalentados ante esta actitud y con graves problemas de abastecimiento, los independentistas se retiraron a Palacé, a esperar allí el previsible contraataque de sus enemigos.

La situación permaneció, pues, indecisa, pero para los realistas resultaba un signo ominoso la entrada en combate en aquellas latitudes de un Ejército contrario, bien disciplinado y bien mandado.

En el Río de la Plata, las tropas peruanas de Tristán, tras su derrota en San Miguel de Tucumán se habían replegado sobre Salta. Belgrano, avanzó tras ellas, con el ánimo de darles el golpe de gracia. Llevaba consigo los Regimientos de Infantería números 1, 6 y parte del 2; el Batallón de Cazadores y el de Castas, así como 4 Escuadrones de Dragones de la Patria y hasta 12 piezas de Artillería. La mayoría de estas unidades habían combatido en Tucumán, pero el 1.º y parte del 2.º de Infantería habían llegado después de la batalla.

(46) Restrepo, Vol. I, pág. 217.
(47) *Memorias de un abanderado,* pág. 210.
(48) Ibíd., pág. 214.

El 20 de febrero Tristán es batido de plano. El comportamiento de algunas de las unidades realistas dejó mucho que desear, lo que García Camba (49), pintorescamente, atribuye "a la perniciosa influencia de una población abundante en mujeres de conocido mérito y en extremo insinuantes".

En su parte (50), Tristán achaca la derrota al Batallón de Paruro que "olvidado de su honor y de su antiguo mérito se pone en retirada precipitada, que es imitada por Cochabamba y toda la Caballería".

El único Batallón veterano de todo su Ejército, el perteneciente al Real de Lima, se batió en cambio bien, y "opuso una tenaz resistencia" (51).

Tristán calibró su pérdida en 138 muertos, 209 heridos y 388 prisioneros. De forma más realista, Mitre la calcula en 481 de los primeros, 114 de los segundos y 2.776 de los terceros, junto con tres banderas y diez piezas.

Belgrano con gran generosidad y teniendo en cuenta que eran "americanos casi todos los soldados del Ejército español" (52), les puso en libertad bajo palabra de no volver a combatir contra los independentistas. Casi todos cumplieron la promesa, menos unos cientos que se agruparon en el Batallón bien llamado de la Muerte, porque sabían que tras romper su juramento no podían esperar cuartel.

A consecuencia del revés, la guarnición de Jujuy se retiró sobre Tupiza. Por su parte, Goyeneche, amilanado, ordena la evacuación de Potosí y la reunión del Ejército en Oruro. Parece que el general realista se dejó dominar por el pánico. Al fin y al cabo, sólo su vanguardia había sido vencida, y todavía disponía de más de 4.000 hombres para enfrentarse a Belgrano. Su equivocada decisión supuso la pérdida de gran parte del Alto Perú, y desmoralizó profundamente a sus tropas, que empezaron a desertar en masa.

Por fin, el virrey, atendiendo a las instancias del propio Goyeneche, accedió a relevarlo del mando. Ello, a su vez causó el descontento del Ejército, que siendo masivamente americano prefería seguir siendo capitaneado por un peruano. Con este motivo se produjeron algunos desórdenes entre las tropas.

Para suceder a Goyeneche, Abascal escogió al teniente general Hinestrosa, que declinó el cargo ante lo comprometido de la situación. En su lugar fue designado el brigadier de Artillería Don Joaquín de la Pezuela, que el 27 de abril sale de El Callao con 300 hombres del Real de Lima como refuerzo.

El 7 de agosto se incorpora al Ejército, que por entonces estaba en Acanato, a las órdenes del segundo de Goyeneche, el brigadier Juan Ramírez. Tras dedicar algunos días a su reorganización, se pone en movimiento, para salir al paso del enemigo.



(49) Op. Cit., Vol. I, pág. 133.
(50) S.H.M., Ultramar, legajo 5 A-21.
(51) Paz, pág. 124.
(52) *Historia de Belgrano*, pág. 211.

Se trató, en cierto modo, de una decisión desesperada. Pezuela estaba "rodeado de provincias sublevadas en su contra; distante ochenta leguas del Desaguadero, base de sus operaciones; con un cuerpo de tropas no bien moralizadas aún, sin cabalgaduras para emprender su retirada y escaso de víveres y de forrajes" (53).

En efecto, en el Alto Perú las sublevaciones de 1809 nunca habían sido definitivamente dominadas. Aprovechando las características del terreno, en multitud de puntos de difícil acceso se habían formado pequeños focos independentistas —las llamadas "Republiquetas"— cuyos caudillos constituyeron una permanente preocupación para los jefes realistas, complicando sus movimientos, amenazando su retaguardia y obligándoles a distraer fuerzas de la lucha contra el enemigo principal: las tropas regulares de Buenos Aires.

Goyeneche ya había sufrido sus efectos, y Pezuela las empezó a experimentar desde el día que tomó el mando.

El 1 de octubre, ambos ejércitos chocan en Vilcapugio. Su avance sorprende a los independentistas, que tras sus recientes victorias se confiaron excesivamente: "estábamos tan alucinados con nuestro poder que pensábamos que el enemigo se atendería a una rigurosa defensiva" (54).

Belgrano dispuso de unos 3.600 hombres y 14 piezas, que distribuye así, de derecha a izquierda: parte del Regimiento de Dragones; Batallón de Cazadores; Regimiento de Infantería N.º 6, con dos Batallones; el Batallón de Castas; Regimiento N.º 8, con un Batallón. El resto de los Dragones cerraban la línea. El Regimiento de Infantería N.º 1, con un Batallón, quedó en reserva. La Artillería fue distribuida a lo largo de todo el dispositivo, en vez de concentrada en baterías.

Pezuela colocó sus 4.000 hombres de la siguiente manera, también de derecha a izquierda: Escuadrón de Dragones de Lima; Batallón de Cazadores, con Olañeta; Regimiento de Infantería de Línea N.º 1 del Cuzco, con Picoagua, Batallones de Lombrera y de Azangaro, de reclutas; un Escuadrón de Caballería desmontado; Batallón de Partidarios; Batallón de Pardos y Morenos; Escuadrón N.º 1 de Cazadores en reserva, elementos de Dragones de La Paz y de Dragones del General.

Los independentistas empiezan la batalla con un fuego graneado de Artillería, seguido por un ataque de toda la línea. La izquierda realista cede ante él, después de que el Batallón de Partidarios es casi aniquilado y muerto su comandante. El centro, atacado de frente y con un ala en el aire, también se desbanda. La batalla está prácticamente perdida, pero en la derecha el Regimiento del Cuzco y el de Cazadores aguantan todas las embestidas, causando graves bajas al N.º 8 de Buenos Aires y ganando así un tiempo precioso.

Gracias a él, la Caballería de la reserva acude al lugar de peligro, y carga, frenando al enemigo. Ni Paz, que estuvo en la batalla, ni Ramos Mejía (55) dan una explicación satisfactoria de lo que

◆

(53) Ibíd., pág. 220.

(54) Paz, pág. 164. En la sección Cartográfica del S.H.M. existe un detallado mapa sobre el desarrollo de la batalla y las fuerzas en presencia.

(55) H. G. Ramos Mejía, *Historia de la Nación Argentina,* Buenos Aires 1945, Vol. I, pág. 181.

sucedió a continuación, como si la batalla hubiera cambiado súbitamente de signo por una razón misteriosa.

Lo que sucedió en realidad es que el comandante Castro, que se encontraba cerca del lugar de la acción, al oir el ruido del combate acude a galope tendido a la cabeza de su Escuadrón. En un instante, ordena a sus jinetes y los lanza a la carga contra el flanco derecho de Belgrano que, sorprendido, se disuelve ante el choque.

Los realistas entonces reaccionan, apoyando ese éxito parcial, y los independentistas, sin tiempo para recuperarse, se tienen que batir en retirada, dejando en el campo 1.500 hombres y toda su Artillería. Las bajas de Pezuela se situaron en torno a los 500. Por falta de Caballería, no pudo emprender una persecución a fondo, por lo que sus enemigos pudieron reagruparse, mientras que la carencia de medios de transporte le impuso un compás de espera.

Hasta fines de octubre no reanuda su ofensiva. El 14 de noviembre, los dos Ejércitos se enfrentan de nuevo en Ayohuma.

Los independentistas eran unos 2.000, que forman colocando su derecha las tres Compañías a las que habían quedado reducidos los Dragones; a continuación, el Batallón de Cazadores y el 6.º Regimiento, al que sólo quedaba un Batallón; después, el de Castas y el 1.º Regimiento de Infantería. Cierra el dispositivo por la izquierda el Regimiento de Caballería de Cochabamba, recientemente incorporado.

Con extraña pasividad, estas fuerzas ven descender a las tropas de Pezuela desde las alturas de Tuquirí. Bajan por un estrecho sendero y, sin lugar para desplegar, son extraordinariamente vulnerables. Belgrano, sin embargo, opta por mantenerse a la expectativa.

Hábilmente, Pezuela maniobra sobre la derecha enemiga, amenazando flanquearla. El general argentino, para evitar el envolvimiento, tiene que cambiar de frente, alterando así su despliegue original. Por falta de espacio los Dragones pasan a retaguardia.

Los realistas forman teniendo a su derecha el Escuadrón de Cazadores, el Regimiento del Cuzco, el Batallón de Cazadores y 4 piezas. En el centro, un Batallón, un Escuadrón desmontado y otros 4 cañones. A la izquierda, el Regimiento de Infantería N.º 2, recientemente llegado, el de Partidarios y el Escuadrón de Castro. En reserva, 6 piezas, dos Escuadrones pie a tierra y un Cuerpo formado por elementos de todas las unidades de Infantería.

Pezuela comienza el combate con el fuego de su Artillería, muy superior a la improvisada por los independentistas tras Vilcapugio. Luego ordena un ataque contra la debilitada línea enemiga que, quebrantada por su derrota anterior, cede sin apenas resistir. La Caballería de Cochabamba se sacrificará para cubrir con el fuego de sus tercerolas una retirada que pronto degenera: "era todo confusión y desorden" (56).

Esta vez los realistas sí que realizan una persecución a ultranza, entrando en Potosí sólo ocho horas después de que Belgrano lo abandonara. En total perdieron únicamente unos 100 hombres,

(56) Paz, pág. 221.

frente a más de 1.200, con toda la Artillería, que dejaron los contrarios, cuyo Ejército prácticamente dejó de existir.

Gracias a lo que Abascal justamente califica de "campaña memorable", se había logrado restablecer la situación. Las tropas de Buenos Aires se hallaban en franca retirada. El 29 de enero de 1814 Belgrano cede el mando al coronel José de San Martín, llegado con refuerzos.

Los realistas habían obtenido tan felices resultados sin contar con una sola unidad peninsular. Sus únicos soldados veteranos eran los integrados en el Real de Lima.

Pero el virrey no se limitó durante 1813 a las operaciones en el Alto Perú. Increíblemente, y a pesar de la escasez de tropas veteranas, ese año lanzó también una ofensiva contra Chile.

Comienza por enviar al brigadier Pareja con un grupo de instructores a Chiloé, donde la causa realista gozaría del apoyo incondicional de la población hasta el final. Tras organizar las fuerzas locales, pasa a Valdivia, y de allí a Concepción, donde entra el 1 de abril. Con la guarnición de estos puntos reúne un Ejército con un total de 3.570 infantes, 250 Dragones y 36 piezas.

Todo ello fue posible debido a la evolución de los acontecimientos en Chile. Allí había surgido el 18 de septiembre de 1810 una Junta, sin ninguna oposición por parte de las fuerzas militares que, incluso, garantizaron el orden público el mismo día que el representante de la autoridad Real fue depuesto. Las únicas tropas veteranas presentes entonces en Santiago, una Compañía de Dragones de la Frontera y el Cuerpo de Dragones de la Reina se sumaron al movimiento.

La última unidad citada, en la que figuraba Fernando Baquedano, futuro General y padre del luego famoso Manuel Baquedano, llegó hasta facilitar cuadros e instructores para el Ejército independentista que luego se formaría. Resulta curioso el destino tan similar que tendrían dos Cuerpos llamados de Dragones de la Reina y existentes en puntos tan distantes como Nueva España y Chile. Al igual que el Regimiento del mismo nombre de México, los componentes del chileno "fueron los custodios más firmes de la independencia".

El único intento contra la Junta se produciría posteriormente, protagonizado por el coronel Figueroa, de los Dragones de la Frontera. Era éste un personaje de novela, que había llegado a Chile desterrado de España, se decía que por amoríos indiscretos. En América siguió con sus calaveradas, que le llevaron a ser encerrado en un castillo. Pretendió desde su celda prender fuego a toda la ciudad utilizando como todo instrumento una lente de aumento. Esperaba que los rayos del sol, al pasar a través de ella le bastarían para alcanzar su propósito.

Su sublevación en Santiago, tuvo el mismo éxito que sus intentos incendiarios. Detenido, fue juzgado y ejecutado.

No obstante, la Junta, consciente de la posibilidad de una reacción realista, reforzó las unidades a su disposición, creando el Batallón de Granaderos de Chile, "dos Escuadrones de Caballería intitulados Húsares de Santiago, cuatro Compañías de artilleros y otro Batallón de Infantería en Penco, activando al mismo tiempo y disciplinando los Regimientos de Milicias de esta capital y los de las villas y pueblos vecinos" (57).

◆

(57) Fray Melchor Martínez, *Memoria Histórica sobre la Revolución de Chile*. Santiago 1964, Vol. I, pág. 185.

Posteriormente, los Dragones de la Reina serían disueltos e incorporados como instructores a la "Asamblea que existía desde el siglo XVIII". En 1811 se levantaría un nuevo Batallón de Infantería con el nombre de Patriotas Voluntarios de Santiago.

En septiembre de ese último año, José Miguel Carrera depone a la Junta, asumiendo el título de Dictador. Casi inmediatamente se produjeron una serie de conflictos internos, que distrajeron la atención de los gobernantes del peligro realista y desmoralizaron a la tropa, con el resultado de que "los Cuerpos veteranos del Ejército prefirieron, por su parte, alinearse —casi en su totalidad— con las huestes del Rey de España" (58), cuando éstas se presentaron de nuevo en territorio chileno.

La secesión de Valdivia, ya en marzo de 1812, que reconoce la autoridad del virrey, fue un importante revés para los independentistas, que perdieron así uno de los dos Batallones veteranos que habían guarnecido tradicionalmente Chile. El otro, de guarnición en Concepción, también se unió a Pareja, cuando llega al territorio continental chileno con el Batallón de Castro, traido de Chiloé, y otro de Milicias que levantó en ese archipielago.

Por consiguiente, el general realista se encontró inmediatamente en una situación favorable, que le permitió tomar la ofensiva.

Su avance forzó a replegarse a José Miguel Carrera, que había servido con distinción en el Ejército español, ganando en Ocaña los entorchados de sargento mayor de los Húsares de Galicia. En su retirada, cede el territorio al Sur del Maule. El independentista reúne en Talca a todos los hombres disponibles para hacer frente al enemigo. Desgraciadamente para la causa que defendían, no formaban un Ejército homogéneo, sino que se hallaban organizados en tres Divisiones que en gran parte actuaban sin coordinación alguna. Eran 8.000 hombres, pero la mayoría pertenecían a Cuerpos de Milicias de Caballería, mal armados, peor disciplinados y sin experiencia militar alguna. Estaban mandados por el Dictador y sus hermanos Luis y Juan José, que desde el principio del alzamiento habían formado en el Ejército de la Junta, el primero en la Artillería y el segundo en el Batallón de Granaderos. La vanguardia obedecía a Bernardo de O'Higgins, hijo de un ex-virrey antiguo oficial de Dragones de la Frontera.

El primer combate de vanguardias se produce en Yerbas Buenas, y es favorable para los realistas. Animado por este resultado, Pareja ordena proseguir el avance hacia el Norte y franquear el Maule. Pero la mayoría de los chilotes y valdivianos que formaban su Ejército se niega a hacerlo, manifestando su deseo de esperar la llegada de refuerzos de Lima.

Ante la amenaza de ver desbandarse a sus unidades, el General realista tiene que ordenar la retirada sobre Linares, primero, y sobre Chillán después. En el camino le alcanzan los Carrera y O'Higgins, que reforzados por tropas de Santiago y enterados del repliegue, habían emprendido a su vez la ofensiva.

El 15 de mayo ambos Ejércitos combaten en San Carlos. Pareja, gravemente enfermo de la neumonía que le llevaría a la muerte, cede el mando al teniente coronel Juan Francisco Sánchez. Este, utilizando con habilidad sus escasos medios, logra frenar a los independentistas que, por su

◆

(58) Estado Mayor Central del Ejército, *Historia Militar de Chile,* Santiago 1984, Vol. I, pág. 94.

parte, atacan sin coordinación entre las distintas columnas. Ello le permite proseguir sin ser molestado el repliegue hasta Chillán, donde entra el 16 de mayo.

Mientras parte del Ejército independentista se mantiene en observación de dicha ciudad, el resto opera contra otros enclaves realistas, apoderándose de Concepción, Talcahuano y Yumbel.

Pero éstos eran sólo reveses parciales para los del Rey, que desde Chillán realizan numerosas incursiones y que a través del puerto de Arauco mantenían abiertas las comunicaciones con Lima. Llegó así el mes de agosto, y con él los fríos y las lluvias del invierno. El Ejército independentista, desmoralizado por su incapacidad para batir al enemigo y por las penalidades sufridas en los campamentos al aire libre, emprendió la retirada en dirección a Concepción.

"La campaña conducida por el brigadier José Miguel Carrera no había sido sino una serie de fracasos" (59). Hastiada, la Junta Gubernativa de Santiago le cesa a él y a sus hermanos. El 9 de diciembre, O'Higgins, no sin ofrecer resistencia, acepta el cargo de general en jefe del Ejército.

La situación en Chile, cuando acaba el año, no dejaba de ser relativamente satisfactoria para Abascal. Aún cuando la campaña no había dado todos los frutos que se esperaba, los realistas parecían haber conseguido una sólida cabeza de puente. Y el eficiente virrey ya estaba preparando el envío de tropas para reforzarla. En conjunto la operación había sido un éxito. Con sólo un puñado de oficiales y suboficiales europeos, y gracias al "espíritu realista que dominaba en el Sur chileno" (60), había desembarcado en territorio enemigo, levantando un Ejército con recursos locales y preparado una base para futuras ofensivas.

En cuanto al asedio de Montevideo, tras los sucesos del año anterior, no se produjeron en 1813 grandes novedades, excepción hecha de la incorporación al mismo de Artigas y sus hombres. Rondeau, careciendo de Artillería de sitio, no estaba en condiciones de batir en brecha las fortificaciones enemigas. Excluída así la posibilidad de un asalto, tuvo que limitarse a intentar rendir la plaza por hambre.

Los realistas, por su lado, procuraban hacer todos los esfuerzos posibles para mejorar su precaria situación, especialmente en lo que se refería al suministro de víveres y agua. Con este propósito, hicieron varias salidas, con diverso éxito. En una de ellas resultó herido San Martín, que allí estaba a la cabeza de sus luego famosos Granaderos a Caballo.

A pesar de todo, los asediados no pudieron evitar las crecientes privaciones de la guarnición y de los habitantes civiles por la falta de alimentos y por efectos del escorbuto.

La llegada de los refuerzos peninsulares que antes hemos citado, si bien fue un alivio desde el punto de vista militar, empeoró también los problemas de abastecimiento. Además, "los soldados peninsulares, maltratados por una navegación larga e incómoda, aumentaron el número de enfermos existente, y por consecuencia, el de defunciones en gran escala" (61).

◆

(59) Ibíd., Vol. I, pág. 106.
(60) Ibíd., Vol. I, pág. 109.
(61) Bauzá, Vol. VI, pág. 73.

Mientras no se mandaran de España tropas suficientes para romper el cerco, el envío de pequeños contingentes era un problema adicional para los defensores, más que una ventaja.

Como resumen de lo sucedido en 1813, se podría decir que en México, la sustitución de Venegas por Calleja estaba empezando a dar resultados. En Venezuela, la audaz ofensiva de Bolívar y los errores de Monteverde habían creado una crisis para los realistas. El apoyo popular a su causa, más que la llegada de las unidades europeas —que habían sido rápidamente diezmadas— permitía albergar esperanzas.

Para Nueva Granada, la reanudación de la guerra en Venezuela había aliviado la presión sobre sus fronteras orientales, pero el foco realista que seguía siendo Pasto y la pérdida de Santa Marta constituían otros tantos motivos de preocupación para los independentistas. Por otro lado, la situación interna era caótica, debido a las luchas intestinas entre los propios independentistas. Para intentar dar una cierta solidez a la débil estructura política se había declarado formalmente la independencia del territorio, en lo que se ha llamado "un acto de desesperación" (62).

En el Cono Sur, las perspectivas, en términos generales, eran buenas para los del Rey. Las victorias de Pezuela y los progresos en Chile habían alejado la amenaza enemiga de los límites del virreinato.

Un factor negativo era, en cambio, el enquistamiento de las "Republiquetas" del Alto Perú, que había convertido a la guerra de guerrillas en algo casi endémico en la región. Los generales de Abascal, a causa de ella, veían sus comunicaciones y sus destacamentos sometidos a continuos ataques, lo que les obligaba a distraer tropas para acosar a las partidas contrarias.

El año había presenciado, por otra parte, la continuación del proceso iniciado anteriormente de formalización de la guerra. Verdaderos Ejércitos regulares surgían en ambos bandos, dejando cada vez más desfasadas las formaciones a base de Milicias. El Ejército independentista de Venezuela y el realista del Alto Perú eran dos ejemplos de ello, mientras que el continuo goteo de tropas peninsulares contribuía sin duda a reforzar la tendencia.

La llegada de éstas, sin embargo, no descargó a los realistas americanos de su papel como principales mantenedores de la causa de Fernando VII. En Nueva España, habida cuenta que existían decenas de miles de hombres en pie de guerra, las unidades peninsulares desembarcadas no bastaban para asumir ellas solas el peso de la guerra.

En Venezuela, como hemos visto, Granada había quedado prácticamente en cuadro. En Pasto, Quito, Perú y Chile seguía sin haber Cuerpos europeos. Montevideo era, en cambio, una excepción, por contar con un contingente peninsular proporcionalmente importante.

Por lo tanto, mientras no aumentasen los refuerzos de España, los americanos tendrían que seguir soportando el peso de la guerra. En gran parte de la América en armas sólo la lealtad de una parte más o menos numerosa de sus habitantes impedía que las autoridades reales fueses arrojadas al mar.

◆

(62) Lynch, pág. 241.

CAPITULO V

"La mayor parte de los hombres que componían aquellos Cuerpos se hallaban en tal estado de indisciplina que no sabían ni aún los primeros giros; muchos eran Presidiarios arrancados de la expiación de sus crímenes y no pocos fueron conducidos amarrados a los buques en que habían de ser transportados".

(Informe de dos comisionados de Vigodet, al Secretario del Estado y del Despacho Universal de Indias, 15 de agosto de 1814)

1814. Triunfos realistas

Ese año se produce un hecho transcendental, la expulsión de los franceses de la península, seguida por la restauración de Fernando VII en el trono. Era de esperar que, una vez terminada la guerra, el Rey se consagraría a la recuperación de sus dominios de Ultramar. El establecimiento de una Junta Militar para dicho cometido parecía confirmar esa política. Los primeros componentes del nuevo organismo, presidido por el Infante Don Carlos, eran Palafox, Castelar, Villalba, O'Donnell, O'Donojú y Wimpffen, hombres de los que cabía esperar rápidos resultados.

Pero mientras los generales deliberaban, en 1814 sólo se enviaron a América, a Lima en concreto, 118 oficiales y soldados peninsulares, en la expedición número 16 de las organizadas por la Junta de Reemplazos. Aquel año llegó un único Batallón, el II de Talavera, con unos 1.000 hombres, que había salido de Cádiz el 25 de diciembre de 1813 con destino a Lima. En sus filas figura un cierto comandante de nombre Rafael Maroto, que andando el tiempo sería uno de los más distinguidos "Ayacuchos", como se llamó en España a los veteranos de la guerra de América, y figura principal del carlismo.

Esta unidad peninsular concitó el horror de los independentistas que lucharon contra ella. Al parecer, los más incultos de ellos llegaron a pensar que los "talaveras" eran tan malvados que no podrían ser hombres normales y afirmaban que tenían cola como los demonios. Incluso existe al menos una novela sobre las andanzas de tan temido Cuerpo (1).

Resulta difícil saber hasta qué punto es cierto que sus oficiales "habían sido expulsados de diferentes Cuerpos de la madre Patria por crímenes que habían cometido" y que los soldados habían sido "recogidos en las cárceles de derecho común, en los lugares de destierro y en las galeras" (2).

◆

(1) Liborio E. Brieba, *Los Talaveras*, Santiago 1926.
(2) Stevenson, pág. 49.

Amunátegui (3) es aún más duro. Dice que según informaciones de un coronel español, "el Batallón había sido reclutado entre viciosos incorregibles y la escoria de otros Regimientos; que inspiraba a sus jefes tan poca confianza que cuando iban a embarcarlos para América los condujeron desarmados y con una fuerte escolta, dándoles las cárceles por alojamiento". Este último parece discutible. La unidad se formó en el propio Cádiz, donde embarcó. Como tal, no hizo pues ninguna marcha por tierras peninsulares.

Miller (4) asegura que "los dos Batallones del Regimiento de Talavera se componían de la gente peor de la península y por consiguiente se hicieron el terror de Chile por la manera sistemática con que ejecutaban toda clase de excesos y enormidades". Puntualicemos que a Perú llegó sólo un Batallón, que se desdoblaría allí en dos, con reclutas locales.

Clonard, que seguramente habría mencionado la baja calidad de los componentes del Cuerpo, como hace en el caso de otros, no apunta nada al respecto, limitándose a decir (5) que el Batallón se organizó y se equipó "lujosamente" y que salió de España "perfectamente vestido y armado".

Es verdad, no obstante, que no se trataba de una unidad ya existente, sino que se organizó especialmente para el servicio en América. Resulta, pues, verosímil que en ella tuviera entrada el deshecho de otros Cuerpos o gente procedente de la leva, casi siempre de baja estofa.

Por otro lado, Talavera, en una época en la que prácticamente no existía Policía en el sentido moderno del término, fue utilizado como instrumento de una durísima represión, lo que de por sí solo bastaría para justificar el pésimo recuerdo que dejó.

Independientemente de la calidad del discutido Batallón, lo que es indudable es que, como único refuerzo llegado en todo el año a América, resultaba patéticamente insuficiente.

Pero esta falta de tropas peninsulares había sido compensada por las autoridades locales mediante un extraordinario esfuerzo de aprovechamiento de los elementos disponibles. En Nueva España, gracias al número relativamente alto de unidades peninsulares llegadas en 1812 y 1813, la situación no era apremiante, ya que el Ejército realista seguía conservando la mayoría de los antiguos Cuerpos Fijos y de las Milicias, para entonces endurecidas por la larga campaña.

En Venezuela, en cambio, se podía hablar de un Ejército emergente de nuevo cuño. El anterior se había partido en dos con motivo del alzamiento de 1810, y el único refuerzo llegado, Granada, había sido casi aniquilado.

Hubo, pues, que formar Cuerpos regulares sobre el propio terreno. Dos de ellos se completaron en 1813 en Apure, en parte con hombres procedentes de Guayana. Recibieron el nombre, respectivamente de Sagunto y Numancia, denominaciones tradicionales en el Ejército Real que ha llevado a algún autor a creer que estas fuerzas estaban integradas por peninsulares. Durante 1814, Boves formará a su vez varios Batallones más. El resto de las tropas realistas estaba integra-

◆

(3) Op. cit., pág. 224.
(4) Op. cit., Vol. I, pág. 146.
(5) Op. cit., Vol. XI, pág. 220.

do por supervivientes de los Cuerpos veteranos, milicianos y unidades irregulares, entre los que destacaba la terrible Caballería de Boves.

En Perú, también desprovisto hasta 1814 de Regimientos peninsulares y con pocas unidades Fijas, Abascal realizó una labor admirable. Aunque seguían existiendo las Milicias de todo tipo, se había organizado un verdadero Ejército regular, prácticamente americano en su totalidad.

Su creación fue una feliz iniciativa del virrey. Como ya hemos dicho, el esquema tradicional de reacción ante una amenaza consistía, según el modelo borbónico, bien en levantar un Cuerpo de Operaciones con los medios locales, bien formarlo en torno a unidades venidas de España. El primer sistema se siguió, por ejemplo, para reprimir la sublevación de Tupac Amaru, y el propio Abascal lo había utilizado con motivos de los levantamientos en el Alto Perú en 1809. Se recurrió al segundo, en cambio, durante la expedición Ceballos contra Sacramento y la campaña de Gálvez en Florida.

Pero la creciente amplitud de las operaciones exigió, ya a partir de 1812, un instrumento más complejo. Las columnas de castigo, a base de alguna unidad Fija y milicianos que eran casi inmediatamente desmovilizados, estaban superadas. Por otro lado, no había en Perú suficientes veteranos ni perspectivas de refuerzos peninsulares como para organizar con ellos un Ejército de las dimensiones necesarias.

Hubo, pues, que acudir a una fórmula nueva, sin contar siquiera con el apoyo mínimo, al contrario que en Venezuela, de una sola unidad española. Se recurrió, por consiguiente, a los escasos profesionales existentes y, sobre todo, a milicianos y paisanos movilizados, con los que se forman unidades de Línea que darán, en general un resultado excelente, constituyendo el Ejército del Alto Perú. Estas tropas serían las siguientes:

Primer Regimiento de Infantería de Línea, llamado del Cuzco. Provocó algunos problemas en el momento del relevo de Coyeneche, pero luego se revelará como un Cuerpo de élite. Su primer comandante será Picoaga, excelente oficial americano.

Segundo Regimiento de Infantería de Línea, integrado, como el anterior, por dos Batallones. Batallón de Cazadores, mandado por Pedro Antonio Olañeta, antiguo oficial de Milicias, español, y magnífico jefe de tropas ligeras. Batallón de Partidarios, organizado con hombres procedentes de Lima y de la guarnición del Desaguadero. Batallón del Centro, constituido sobre el Regimiento de Milicias de Azángaro.

Regimiento de Caballería, creado con las Milicias de Tinta y Chumbivilcas; Escuadrones de Dragones, Partidarios y de Cazadores, al que no tardó en unirse uno más y donde serviría Marquiegui (6), prestigioso jinete americano.

Para dar una idea de la evolución del Ejército, diremos que en Salta, el 20 de febrero de 1813 combatieron 700 hombres del Real del Lima y 2.900 de Milicias de Infantería de Paucartambo,

◆

(6) Para este personaje ver Emilio A. Biondo, *Coronel Juan Guillermo de Marquiegui*, Madrid 1982.

Abancay, Paruro y Cotabamba, y de Caballería de Tinta y Chicheños. Era, pues, el esquema tradicional: un Cuerpo veterano y a su alrededor, milicianos.

En Vicapugio, en octubre de ese año, vimos ya como las tropas realistas eran masivamente regulares. Hasta Ayacucho se mantendrá este modelo. Las Milicias aparecen relegadas al papel de fuerzas de segunda línea o de fuente de personal para las unidades regulares, que llevarán el peso de los combates.

En Chile, como hemos comentado, los efectivos realistas son también básicamente americanos. Están formados por los Cuerpos Fijos tradicionales y Milicias reforzadas por instructores llegados de Lima.

En Montevideo, el peso de la defensa recae fundamentalmente en las unidades llegadas de la península, pero junto a éstas siguen figurando efectivos de los Fijos y de Milicias. Por la importancia cuantitativa y cualitativa de las primeras es, sin embargo, una agrupación de tropas más parecida al modelo instaurado por Carlos III en América en la segunda mitad del siglo XVIII.

La campaña de 1814 fue en Nueva España favorable para los realistas. Explotando el éxito de Valladolid, Llano sale en persecución de las tropas de Morelos, que el 5 de enero hacen frente en Pururán. El consiguiente combate no podría ser de larga duración. Los independentistas, desmoralizados tras su reciente derrota, ceden al ataque de un Batallón del Regimiento de Nueva España, el II de la Corona y el III del de México, apoyado por algunos Escuadrones. Ante el empuje de estas fuerzas, todas americanas, los de Morelos se ponen en fuga. Su mejor lugarteniente, Matamoros, es capturado y, poco después, ejecutado.

A partir de entonces, "la campaña no fue más que una gran persecución" (7). Víctor Bravo es derrotado en el Mescala por una columna realista formada por los Batallones de Santo Domingo, Fernando VII, del Sur y Mixto, y por un Escuadrón de Fieles del Potosí. En febrero, Armijo está a punto de capturar en Tlacotepec al propio Morelos. En marzo, se recupera Oaxaca. En abril, Miguel Bravo es batido, cayendo prisionero, y se le pasa por las armas. Poco después, los realistas entran en Acapulco, que Morelos había abandonado tras entregarla a las llamas. En mayo, Rayón, otro de los jefes independentistas errantes, es vencido en Omealca...

El año supuso el principio de la disgregación de la causa independentista. A las frecuentes derrotas militares vinieron a unirse, en efecto, serias rencillas internas. Morelos es despojado del poder ejecutivo por el Congreso. Se producen conflictos armados entre dirigentes y otros se acojen al indulto ofrecido por el virrey.

Hay que constatar que muchos de los éxitos realistas se deben a unidades americanas. Las llegadas de la península se batieron en general, bien. Así, por ejemplo, el Batallón de Saboya obtuvo el raro privilegio de conservar una de las seis banderas tomadas al enemigo en Aytolán (8). Pero desde ningún punto de vista se puede considerar que los triunfos conseguidos en 1814 fueron ganados exclusivamente por los Cuerpos europeos. Estos jugaron un papel proporcional a su importancia dentro del Ejército, pero no mayor.

◆

(7) Tejas Zabre, pág. 134.

(8) *Heráldica e Historiales del Ejército,* Madrid 1969, Vol. I, pág. 165.

En Venezuela, para afrontar la nueva campaña, las autoridades realistas contaban casi exclusivamente con las tropas locales. En 1814 sus principales jefes serían Yáñez; el ex-oficial de milicias Boves, antiguo sargento del Regimiento de la Reina, y Morales, que había servido en la Compañía veterana de Barcelona. A partir de marzo, estos efectivos estarán teóricamente a las órdenes de Cagigal, nombrado capitán general en segundo. Este, a su vez, dependerá de Francisco Montalvo, nombrado capitán general de Nueva Granada, quien apoyado en restos de Albuera y en milicias locales, no dejará de combatir a los independentistas desde Santa Marta hasta la llegada de Morillo (9).

Resulta difícil seguir la campaña de 1814 en Venezuela, ante la proliferación de "Ejércitos" —pocos de los cuales se merecen el nombre de tal— de ambos bandos, que sostendrán una multitud de combates inconexos, muchos de ellos de escasa trascendencia.

En principio, se puede decir que había tres núcleos principales realistas. El de Cagigal, con base en Coro; el de Boves, en los llanos de Guarico, y el de Yáñez en San Fernando Apure.

Por parte contraria, las fuerzas más importantes eran las que se hallaban al mando personal de Bolívar, las de Mariño en Oriente y las de Urdaneta en Occidente.

En enero, Yáñez inicia la campaña ocupando Barinas. Pone luego sitio a Ospino, pero el 2 de febrero es muerto en un combate cerca de esa localidad. Sebastián de la Calzada le sucede en el mando de la columna, constituida en torno a los Batallones Sagunto y Numancia. Su vencedor, Urdaneta, a pesar del triunfo obtenido maniobra con grandes dificultades, como él mismo reconoce, "teniendo contra sí todos los pueblos, en términos que hasta el forraje debía hacerse como al frente del enemigo".

El 7 del mismo mes los realistas hacen una salida desde Coro, con los restos del Granada y Milicias.

Boves, por su parte, también se pone en marcha, en dirección a Caracas. El 3 de febrero, en la primera batalla de la Puerta, derrota a los independentistas de Ribas y entra en los llanos de Aragua. La proximidad de sus jinetes siembra el pánico en la capital. Sin embargo, el día 12 Ribas toma su revancha en la Victoria, frenando el ímpetu de los enemigos.

Bolívar reúne todas las tropas disponibles y sale al encuentro de los realistas. En San Mateo se enfrentan ambos Ejércitos. Los de Bolívar son unos 3.000 hombres, pertenecientes al batallón 5° de la Unión de Nueva Granada —en el que se habían refundido el 3° y 4°—, Valerosos Cazadores, Valencia, Barlovento, 2° de la Guaira, Defensores de Caracas, 1° y 2° de Caracas, Escuadrón de Soberbios Dragones, de Agricultores de Caracas y de Lanceros de Aragua, de Ospino y Maturianos. Como indica la larga relación de unidades, todas estaban cortas de efectivos. Poseía además una notable superioridad en Artillería. Boves tiene cerca de 7.500 hombres, la mayor parte a caballo. En conjunto sólo dispone de 2.000 fusiles. Según un memorial presentado a Fernando VII por el vicario general del Ejército de Barlovento y recogido por Lecuna, de aquellos 7.500

◆

(9) Para las operaciones en torno a Santa Marta, ver Riaño, op. cit., pág. 175 y sigs. Las fuerzas que intervinieron en estos combates fueron de poca entidad, numéricamente hablando. La falta de tropas regulares hizo que los realistas recurrieran intensamente a las Milicias.

hombres, "sólo había de 60 a 80 soldados blancos y de 40 a 45 del mismo color entre comandantes y oficiales españoles y criollos".

El 23 de febrero se da la batalla, que queda indecisa, siendo herido el jefe realista.

Mientras, Ceballos — al frente de las tropas de Coro— y Calzada ponen sitio a San Carlos. Urdaneta acude en ayuda de la ciudad, rompiendo el cerco y uniéndose a la guarnición. Sin embargo, ante la imposibilidad de mantenerse, tiene que retirarse el 21 de marzo a Valencia, seguido de cerca por sus contrarios.

El 25, Boves hace otro intento contra Bolívar, sin resultado. En su repliegue, tropieza en Bocachica con Mariño, que avanzaba desde Oriente, y es batido de nuevo. Acosadas por Bolívar, sus aspeadas tropas prosiguen el repliegue.

Ceballos y Calzada, por su lado, emprenden el sitio de Valencia. Urdaneta recibe allí una draconiana y justificada orden de Bolívar: "Defendereis Valencia, ciudadano general, hasta morir, porque estando en ella todos nuestros elementos de guerra, perdiéndola se perdería la República" (10). El jefe independentista cumplirá estrictamente las instrucciones, viéndose incluso obligado por la falta de víveres "a salar burros y todas las mulas de transporte que había en la plaza" (11).

Cuando la situación era ya desesperada, llegan noticias del descalabro de Boves y de que los independentistas se acercaban a grandes jornadas. El 3 de abril, los realistas levantan el sitio.

Mariño, que ha unido sus tropas a las de Bolívar, toma el mando del grueso de las mismas, a las que también se incorpora Urdaneta. Los independentistas han logrado así concentrar sus fuerzas, sin que por ello dejen de combatir.

El 16 de abril, se enfrentan a Ceballos en Argo, pero resultan batidos. Ante el feliz resultado, las filas realistas se engrosan con numerosos voluntarios. El desconcierto se instala en cambio entre sus enemigos. La Infantería de Occidente amenaza con la deserción, y tiene que ser quintada para cortar los brotes sediciosos. Pero Cagigal, en vez de explotar el triunfo, deja pasar las semanas de forma inexplicable, como temeroso de tomar la iniciativa.

Con ello concede tiempo a Bolívar para reorganizar las fuerzas e incluso tomar la ofensiva. El 28 de mayo, en la primera batalla de Carabobo, el Ejército realista es destrozado. Símbolo de la derrota será la pérdida de su más preciada bandera, la de Granada.

En tan difíciles circunstancias, Boves salvará la causa del Rey. En la tregua que le ha sido concedida mientras los independentistas concentraban sus esfuerzos contra las otras columnas, ha rehecho su Ejército. Como siempre, la Caballería constituirá el nervio del mismo, pero cuenta ya con tres Batallones de Infantería: Cazadores, Corona y Rey, todos americanos.

El 14 de junio ataca a Mariño en la segunda batalla de la Puerta. Las unidades enemigas —Batallones Cumaná, Aragua y Barcelona, y Escuadrones de Maturín, Alto Llano y Barcelona— son batidas, y el vencedor avanza incontenible hacia Caracas.

◆
(10) Urdaneta, pág. 56.
(11) Ibíd., pág. 57.

A raíz de su victoria, el formidable caudillo se permitió escribir a Cagigal: "he recobrado las armas, las municiones y el honor de las banderas españolas que S.E. perdió en Carabobo" (12). Por su parte, Bolívar comentaría: "de cuantos golpes ha recibido la Patria, ninguno más fatal".

Hay que tener en cuenta, además, que "para aquella época la masa general de la población era realista, los labriegos y los campesinos se alistaban con más gusto en las filas españolas que en las republicanas" (13).

Las cargas a ultranza de los feroces Escuadrones de Boves en el brutal choque frontal que fue la Puerta, habían cambiado la situación. La gran masa indecisa de la población se acercaba a los realistas, al calor de su victoria, y los independentistas no tenían medios para defender Caracas.

El 7 de julio evacuaron la ciudad, en una de las terribles "emigraciones" que ambos bandos sufrirían durante la guerra en Venezuela. Con los realistas a su alcance, llegan a Barcelona donde intentan reorganizarse. No obstante, el 17 de agosto serán vencidos de nuevo en Aragua, en la que justamente se ha llamado "la jornada más sangrienta de la guerra". Los apenas reconstituidos restos de los Batallones serán allí barridos sin misericordia, tras una breve resistencia. Los supervivientes, acompañados de una multitud de civiles, marchan a Cumaná. Desde ese punto, gran parte de ellos se hacen a la vela a finales del mes.

Entre los exiliados figuran Bolívar y Mariño, que poco después desembarcan en Carúpano, intentando proseguir la campaña. Su compañero, Ribas, les hace arrestar, bajo la acusación de deserción. Logran, sin embargo, hacerse de nuevo a la mar, partiendo para Nueva Granada, donde ya estaba Urdaneta, expulsado de Occidente por Calzada. Era la segunda vez que el Libertador tenía que abandonar, derrotado, su patria.

El 5 de diciembre, Boves vence en Urica a las últimas tropas independentistas, mandadas por Ribas. Este contaba con los Batallones Barcelona y Maturín, y con tres agrupaciones de jinetes. El realista tenía el III Batallón del Rey y el de Cazadores, así como cuatro "Regimientos" de Caballería.

Aunque la victoria le costó la vida, el daño que causó a sus enemigos fue considerable: "en aquel campo fatal quedaron sepultadas las esperanzas de los libres y casi extinguida la noble causa de la independencia" (14). La muerte de aquel cabecilla tan valeroso como despiadado tendrá graves consecuencias para la causa de Fernando VII: sus hombres "todos eran venezolanos. Todos organizados por él. Esas lanzas mal halladas sin su jefe, pronto trocarían las banderas blancas (de los realistas) por las amarillas (de sus enemigos) y traerán al campo patriota un contingente sin el cual no hubiera podido hacerse la independencia". Así fue; la desacertada política realista hacia los llaneros, cuyo apoyo se enajenó por una serie de medidas innecesarias, tendrá un precio elevado en el futuro. Nunca jamás los generales de Fernando VII volverán a contar con la incondicional lealtad de aquellos jinetes legendarios, imprescindibles por otra parte para la guerra en ese país; aunque no pocos seguirán fieles hasta el final.

◆

(12) Citado en A. Valdivieso Montaño, *José Tomás Boves*, Caracas 1955.

(13) Duarte, pág. 282.

(14) O'Leary, Vol. I. pág. 286.

Pero en 1814 nada de ello era evidente. Lo que sí parecía cierto es que se había recuperado Venezuela. Se había pagado por ello un precio terrible, que había diezmado la población y arruinado la economía. Entre tanta desolación y tanta sangre, la muerte de Boves, envuelto en lanzas, era emblemática. A una de las mejores unidades independentistas, el Escuadrón llamado de Rompelíneas, se debió el fin del desorbitado personaje, "en cuyo Ejército sólo había 300 españoles" (15) cuando se dio la última batalla. Efectivamente, la reconquista se había llevado por parte realista con americanos, ya que los refuerzos mandados de la península, para entonces habían "desaparecido como el humo bien pronto, es decir, muerto hasta el último hombre" (16).

En el sur de Nueva Granada, prosiguió durante 1814 el largo forcejeo entre ambos lados. Tras el combate del Alto Palacé dado el año anterior, ambos lados se dedicaron a reorganizarse, sobre todo el realista, que tan malparado salió del encuentro. En enero, ya estaban en condiciones de reanudar la lucha.

El primer choque se produce el día 15, en Calibío. Nariño cuenta con "2.000 hombres de tropas disciplinadas de toda arma". Su viejo rival, Sámano, presenta algunos menos y de dudosa calidad. El nervio de su columna lo constituye la mal denominada "División de Lima", en realidad formada por 318 hombres. De ellos, sólo tres pequeñas Compañías del Real de Lima con menos de 140 plazas en total, y 11 Granaderos de Guayaquil se pueden describir realmente como soldados. El resto de la pretendida División está compuesto por milicianos. Miembros de la Milicias de Patía, Popayán y Pasto completan los efectivos de Sámano (17).

La batalla se resolvió en poco tiempo. Nariño lanza sus Granaderos de Cundinamarca contra las Milicias que defienden la derecha enemiga. El ataque de esa Infantería aguerrida es demasiado para pastusos y patianos, que rompen la formación. Por la brecha abierta de esta manera, carga la Caballería, envolviendo a la División de Lima, que formaba en el centro. Los realistas se dispersan en todas direcciones, dejando sobre el campo algunos centenares de muertos. Entre ellos figura el teniente coronel del Real de Lima, Ignacio Asín, uno de los oficiales más bizarros que traía Sámano.

Afortunadamente para este último, Nariño no emprende una persecución a fondo, limitándose a ocupar Popayán. El presidente de Quito, Toribio Montes, no perdona a su subordinado tan total derrota y lo destituye fulminantemente, sustituyéndole por el mariscal de campo Aymerich, cuya primera labor será la organización de un nuevo Ejército.

Logra reunir unos 1.200 hombres. De nuevo, el núcleo serán efectivos del sufrido Real de Lima, reducido ahora a 69 plazas. Cazadores, Dragones de Lima y milicianos de dicha capital, Cuenca, Quito, Patía y Pasto forman el resto de la columna. No son, ni con mucho, tropas de preferencia, lo que prueba lo cortos que estaban los realistas de unidades veteranas. Por lo que se refiere a las peninsulares, simplemente no existían.

Nariño, a su vez, cuenta con los Batallones Granaderos de Cundinamarca, Socorro, Bogotá, Cauca, Neiva y Cazadores, y con algo de Caballería (18).

◆

(15) *La reconquista española de Chile*. Nota al pie de la pág. 30.

(16) Ibíd.

(17) Riaño, pág. 368.

(18) Ibíd., para los cuadros de la organización de ambos Ejércitos.

Con ellos reanuda su ofensiva el 22 de marzo. Aymerich le espera en el Juanambú, tras posiciones cuidadosamente escogidas.

El 20 de abril, los independentistas hacen un primer intento de forzar el paso, sin resultado. Se podría señalar el dato de que Nariño encargó a un oficial de nacionalidad española el mando de una misión de confianza, como era destruir con un golpe de mano una de las piezas realistas. El 28, vuelve a probar suerte. Esta vez lanza un ataque de fijación con los Granaderos de Cundinamarca, mientras otras tropas hacen un movimiento de flanqueo por la izquierda.

Por un problema de coordinación, las cosas no discurren como estaban previstas y los Granaderos darán el asalto sin ningún apoyo. Aunque sufren pérdidas importantes, el movimiento envolvente acaba por dar sus frutos. En la noche del 29 al 30, para no verse envuelto, Aymerich se repliega sobre Pasto.

Prosiguiendo el avance, los independentistas chocan de nuevo con sus enemigos en Tacines, el 9 de mayo, obteniendo una victoria más. El jefe realista vuelve a ceder terreno, abandonado así Pasto a su suerte, para mayor desesperación de Montes, que desde Quito le colma de reproches (19).

Cuando Nariño está "en las primeras casas de la ciudad" (20), se produce una reacción popular. Los milicianos, "ayudados de las mujeres de toda clase de aquel heróico y valiente Pueblo... salieron gritando por las calles, sacaron en procesión a Nuestra Señora de las Mercedes y al Apostol Santiago" y así enardecidos van al encuentro de los atacantes. Seis asaltos dieron los independentistas, hasta que todas sus unidades quedan desangradas. Es entonces cuando los realistas hacen una salida en fuerza, que acaba de desmoralizarlos. Nariño, abandonado por todos sus hombres menos seis, uno de ellos español, cae prisionero. El resto de las tropas huye hacia Popayán, entre los ataques de las guerrillas realistas, sufriendo en el camino toda clase de privaciones, hasta el punto de que llegaron a cortar pedazos de carne de reses vivas para comérselas sobre la marcha (21). Cuando por fin llegan a Popayán serán objeto de una profunda reorganización, que permitirá reconstituir el Ejército.

Durante ese tiempo, Montes y Nariño intentaban una negociación (22). El 17 de mayo éste último le había escrito una carta proponiendo una suspensión de hostilidades.

El realista le respondió enviándole una lista de siete preguntas, la más importante de las cuales, la última, se refería a "qué medios providenciales sería conveniente tomar para la pacificación y hacerlos entrar en razón (a los independentistas) con honor de las armas nacionales".

Nariño contestó a las seis primeras, facilitando datos interesantes sobre el estado defensivo de Santa Fe. Así, dijo que había muchos milicianos, pero con sólo 500 fusiles útiles y que el resto

◆

(19) La agria correspondencia entre ambos figura en el S.H.M., Ultramar, legajo 5.

(20) Informe de Montes, en S.H.M., Ultramar, legajo 5 A-4.

(21) *Memorias de un abanderado*, pág, 247.

(22) Ver expediente en S.H.M., Ultramar, legajo 5 A-22 con interesante correspondencia sobre este tema.

hacía instrucción "con algunos fusiles viejos o de madera". Como tropas mejor entrenadas sólo había parte del Batallón de la Guardia Nacional y del de Defensores de la Patria, y algo de Caballería y de Artillería.Estaba también la Compañía de Alabarderos de la Guardia, lo que indica hasta qué punto fue pacífico en algunos casos el tránsito del régimen español al independiente. Esta unidad, en teoría consagrada a la defensa de la persona del virrey, había pasado sin problemas al servicio del Gobierno que le sustituyó.

La conclusión de esta información era clara: el antiguo virreinato estaba prácticamente desguarnecido. Lo que sucedía era que el estado militar de los realistas no era mucho mejor.

Pasando al plano político, en un principio Nariño no quiso contestar a la séptima pregunta por escrito, pero luego cambió de opinión. En su respuesta reiteró la propuesta de suspensión de hostilidades, proponiendo el envío de comisionados de Santa Fe para que negociaran con las Cortes españolas. En sus propias palabras, "a tratar sobre el mando y términos de su restitución". El general se ofrecía a "trabajar con todas mis fuerzas" para que se establecieran estos contactos. Pedía, no obstante, garantías para su seguridad y se mostraba dispuesto a "separarme, con mis hijos, de toda intervención en el Gobierno y en las armas".

El cruce de cartas entre Nariño y Montes no daría finalmente resultado, como tampoco lo tuvo la correspondencia que Aymerich entabló directamente con las autoridades independentistas de Popayán.

En efecto, el español José Ramón de Leyva, "Excmo. Sr. Gobernador del Supremo Poder Ejecutivo y general del Ejército combinado", le respondió así el 27 de mayo a una comunicación suya del 15 (23): "La América es libre como lo es la España para darse un gobierno a voluntad de los Pueblos; su justicia está fundada en los mismos principios que alegan las Cortes de Cádiz para reivindicar sus derechos".

Tras esta aplastante e incontrovertible declaración, el "Colegio Electoral y Constituyente de Popayán", por boca de Leyva, declaraba que no se dejaba amilanar por los "cuatro europeos" —en realidad no eran muchos más— que mandaba Aymerich, y le desafiaba a atacar la ciudad.

El 13 de junio, Montes hace un nuevo intento de negociación desde Quito, proponiendo que "se nombren diputados que expongan sus querellas y que den curso pacífico a sus pretensiones", y que se trate de "sentar principios y bases en razón y justificación que concilien los derechos de la Nación (España) con los intereses de la Provincia".

Pero las posiciones de las dos partes eran demasiado irreconciliables para que se pudiera llegar a un acuerdo. Ambas empiezan a prepararse para la próxima campaña desde las posiciones en las que se situaron tras la batalla de Pasto. Los independentistas, en el Valle del Cauca; los realistas, con su vanguardia en Popayán. Tanto los unos como los otros cambian por esas fechas de comandante. Leyva será sustituido por el coronel Cabal, veterano de la guerra en aquellas regiones. En cuanto a Aymerich es depuesto del mando por Montes, que estaba insatisfecho por la forma en que su subordinado había llevado las operaciones. La elección del sucesor resultará poco afortunada. Se trata de un teniente coronel de Milicias, Vidaurrázaga, que en 1815 demostrará sus limitaciones.

◆

(23) Ibíd.

Aunque la guerra civil de Nueva Granada no es el objeto de esta obra, es inexcusable hacer una mínima alusión a la participación de Bolívar en la misma. Vimos como el Libertador, tras ser expulsado por segunda vez de Venezuela, pasó a Cartagena, donde llegó el 19 de septiembre, yendo después a Tunja.

Allí ofreció sus servicios a las autoridades del gobierno de la Unión. Estas le ofrecieron el mando de una agrupación de fuerzas que, con el nombre de Ejército de la Unión, debería someter a Santa Fe. Las tropas con que contaba para desempeñar esta misión eran viejas unidades que le había acompañado ya en numerosos combates: Batallones Caracas, La Guaira, Barlovento y los de socorro y Tunja. Como Caballería, los Soberbios Dragones venezolanos y jinetes neogranadinos. El sitio de la ciudad empieza el 8 de diciembre. Leyva, que manda a los defensores, se rinde el día 12. La victoria fue un paso importante en el camino de lograr la unificación de todos los recursos del antiguo virreinato para la lucha contra los realistas.

En el Perú, la llegada en 1814 del II de Talavera fue recibida con transportes de alegría. Hacía más de diez años que no se veían allí tropas peninsulares, y éstas seguían gozando de una envidiable reputación. Por otro lado, la situación militar, con dos frentes abiertos simultáneamente, aumentaba la importancia de estos refuerzos.

Desde luego, Abascal ya tenía planes para ellos. Como primera medida, desdobló la unidad, organizando con parte de la misma y con reclutas locales un III Batallón, que se llamó también de Talavera, aunque su composición era diferente a la del II.

Es interesante anotar que el Virrey siempre consideró que el Perú tenía que defenderse por sus propios medios, lo que suponía que los Cuerpos americanos, que tan buen resultado habían dado hasta entonces, seguirían formando el elemento principal del Ejército. Los europeos, a pesar de su indiscutible calidad, serían siempre escasos, por lo que resultaría utópico pensar que podrían llevar el peso de la guerra. Por otro lado, Abascal era consciente de la superioridad de las tropas serranas para actuar en el teatro de operaciones andino. Por estas razones, estimó que el refuerzo de 2.100 europeos que llegó durante el período de su mando "era suficiente para el Perú, en donde más se necesitaba de armas que de gente" (24).

Esta actitud, tan poco frecuente en las guerras coloniales clásicas, en las que las fuerzas metropolitanas acostumbraban a representar un porcentaje mayor de los efectivos totales, no implicaba desde luego que el Virrey infravalorara a sus compatriotas. Significaba, simplemente, que conocía tan bien sus virtudes como sus limitaciones, y que no ignoraba que nunca le serían enviados todos los efectivos que hubiera requerido. Prueba del aprecio que tenía por el recién desembarcado Batallón fue que pronto le dio una misión de confianza.

Mientras, Pezuela se proponía aprovechar los resultados de sus victorias en Vilcapugio y Ayohuma, invadiendo el territorio argentino. A tal efecto, ordena al eficaz Ramírez que con su vanguardia, situada en Salta, encabece la marcha sobre Tucumán, resucitando el viejo proyecto de moverse después en dirección a Montevideo. Simultáneamente, él, con el grueso del Ejército avanza hacia Jujuy —donde llega el 27 de mayo— y de allí va hasta Salta.

◆

(24) Abascal, pág. 375.

La empresa fracasó totalmente antes de que se iniciara. En primer lugar, porque el salteño Martín Güemes, antiguo miembro del Batallón Fijo de Buenos Aires, levanta contra los realistas una nube de gauchos que les asfixia, cortando sus comunicaciones e impidiéndole hasta forrajear. Era la llamada Guerra Gaucha, practicada por espléndidos jinetes, bien montados y conocedores del terreno que, en expresiva frase del propio Pezuela "toreaban a nuestra tropa de una manera vergonzosa".

En segundo lugar, porque se recibe la noticia de la rendición de Montevideo. Cualquier operación de tenaza, por muy problemática que fuese, entre el Ejército del Perú y la guarnición de la plaza quedaba así descartada. Porque San Martín, cubierto por las guerrillas, se dedica con gran eficacia a rehacer el Ejército derrotado por Pezuela. Organiza Academias para los jefes y oficiales, y mejora la instrucción de los Cuerpos, utilizando como modelo su propio Regimiento de Granaderos a Caballo y un batallón del 7° de Línea que le llega como refuerzo. Por otro lado, sus fuerzas no tardan en aumentarse con la incorporación de unidades que habían participado en el sitio de Montevideo, como dos batallones del 2° de Línea, otros tantos del 9° y uno del 6°.

Las perspectivas eran, pues, sombrías para Pezuela que, debidamente autorizado por el Virrey, da la orden de retirada. El se pone en marcha con el grueso del Ejército, seguido por Ramírez que ahora cubre el repliegue.

La situación de los realistas empeorará, sin embargo, aún más. El 3 de agosto, precisamente el día que inician su movimiento retrógrado, estalla una nueva sublevación en el Cuzco, La Paz, Puno y Arequipa. Las comunicaciones del Ejército con la retaguardia se ven así seriamente amenazadas. Para complicar el horizonte, el coronel salteño Saturnino Castro, verdadero artífice de la victoria de Vilcapugio, intenta sublevar al Ejército realista contra sus mandos.

Tanto Pezuela como Abascal reaccionan con vigor ante las críticas circunstancias. El primero envía a Ramírez a que domine el motín, que es sólo seguido por un puñado de hombres. Es interesante que precisamente el 1° del Cuzco, unidad que estuvo a punto de rebelarse cuando la sustitución de Goyeneche y con la que Castro creía contar, se ofreciese voluntario ahora para aplastar el alzamiento.

El Virrey, por su parte, envía como refuerzos las tropas que puede de la esquelética guarnición de la capital: las Compañías que quedaban del Real de Lima; el recién formado III Batallón de Talavera y elementos del Regimiento de la Concordia y de Milicias.

Estas fuerzas, unidas a las del Ejército, logran sofocar la rebelión, no sin sangrientas acciones como la de Huanta. Castro, hecho prisionero, es fusilado (25).

También fue capturado y ejecutado otro de los principales dirigentes, el cacique Pumacahua, quien había sido nombrado brigadier por Abascal, en premio a su fidelidad en el pasado y que llegó a ser Presidente interino del Cuzco. En el juicio que se le hizo tras ser aprehendido afirmó que había actuado engañado, y que la Junta constituida durante la sublevación había reconocido a "las Cortes soberanas (de España)" y a "nuestro amado Monarca Fernando VII". No es posible

(25) Los cuzqueños del 1° de Línea se ofrecieron voluntarios para cumplir la sentencia.

saber si el brigadier era sincero o no, pero ciertamente resulta evidente que la proclamada adhesión al Rey se seguía utilizando por los independentistas para atraer adeptos.

La represión de la sublevación obligó al Ejército a concentrar en ella todos sus esfuerzos. Fue también ocasión para que diera pruebas de su movilidad, que luego se haría legendaria: "la campaña emprendida por este jefe (Ramírez) desde Cotagaita al alto de La Paz, desde este lugar a Arequipa y de esta ciudad a las proximidades del Cuzco, apenas tiene paralelo en los fastos militares de la América" (26). "De esta hazaña sólo era capaz el soldado nacido en las serranías del Cuzco o en las del Sur de Bolivia, y de éstos se componía el Ejército real" (27).

Pero mientras Ramírez y sus hombres hacían estas marchas inhumanas. Pezuela había tenido que abandonar todo proyecto de invasión. La segunda ofensiva sobre Tucumán había fracasado.

En el lado independentista se produjo, en la segunda mitad de 1814, un acontecimiento que sería trascendental. San Martín, convencido de que el Alto Perú no era el mejor camino para acabar con el virreinato de Lima, pide y obtiene que se le releve en el mando del Ejército y no tardará en ser nombrado gobernador de Cuyo. Le sustituirá interinamente en el mando Rondeau, al que ya hemos visto operando contra Montevideo. Antes de que termine el año, Alvear será nombrado general en jefe del Ejército argentino que se enfrentaba a Pezuela, pero los tropas se niegan a aceptarle. En enero de 1815 será designado Director de las provincias del Río de la Plata, en lugar de Posadas, pero en abril será depuesto.

El mando del Ejército quedó en manos de Rondeau, que no tardaría en tomar la ofensiva.

Las ambiciones del virrey Abascal durante 1814 no se limitaron a apoyar a la zona de operaciones del Alto Perú. A principios de ese año envía al Arauco al general Gabino Gainza con 200 veteranos, "doce arrobas de chocolate para los frailes del Colegio de Propaganda de Chillán", que tanto habían hecho para la causa realista, y bastones y medallas para los jefes araucanos, que también le habían prestado un apoyo importante. El general lleva instrucciones de reconquistar Chile.

El 15 de febrero, Gainza entraba en Chillán. La situación de los dos Ejércitos en aquella época era lamentable, sin víveres, diezmados por las enfermedades y con el armamento en pésimo estado: "pero contrariamente a lo que ocurría en el campo patriota, su moral (la de los realistas) era muy alta" (28). Lo demostrarán inmediatamente, apoderándose el 4 de marzo de Talca.

La situación de O'Higgins en Concepción, separado por un Ejército enemigo de la capital, se hizo así cada día más difícil. Pero Gainza, en vez de concentrar sus fuerzas contra él, las dispersó en una serie de columnas insuficientes para obtener una victoria decisiva. Los combates de Membrillar (29) y de Cancha Rayada, favorable el uno a los independentistas y el otro a sus enemigos no resolverán, en efecto, nada.

◆

(26) Vargas Ugarte, Vol. V, pág. 64.
(27) Ibíd., pág. 60.
(28) *Historia Militar de Chile*, Vol. I, pág. 111.
(29) Para una crítica de la actuación de O'Higgins en relación con este combate, ver Carlos Vicuña Mac-Kenna, "El socorro de Membrillar", publicado en la Revista de la Sociedad chilena de Historia y Geografía N.° 21, Santiago 1916, págs. 18-34.

Pero en Chile, como había sucedido en Venezuela, cundía la preocupación ante el fin de la guerra de España, que al menos en teoría liberaba un poderoso Ejército para que fuera a operar a Ultramar. Francisco de Lastra, por entonces Director Supremo, en una carta a O'Higgins de 28 de abril (30) le aseguraba que en realidad Chile nunca había roto las hostilidades contra Fernando VII. De hecho, según él, el levantamiento había estado dirigido "a guardarle estos dominios hasta su libre reposición al trono". La guerra se debía, pues, sólo a una iniciativa del "cruel" Abascal, que había malinterpretado la finalidad del movimiento de 1810. Había pues que llegar a un acuerdo que restableciera la paz y aclarara el malentendido.

Este sentimiento se extendía también en la población, y así, en enero de 1814, uno de sus subordinados mencionaba a O'Higgins "las pocas milicias que rendían obediencia" (31).

Gainza, por su lado, estaba dispuesto a un arreglo pacífico, no deseando continuar unas operaciones a las que no veía resultado seguro. Tras largas negociaciones, ambas partes llegan el 3 de mayo al acuerdo de Lircay. Los realistas se comprometían por él a abandonar Talca y la provincia de Concepción; los independentistas, a reconocer la soberanía de Fernando VII. Mientras sus enviados discutían en Madrid una solución definitiva, de momento se mantendría el statu quo. Ambas partes se felicitaron por el resultado: "el primero (Gainza) celebraba... la buena fortuna de haber escapado a una derrota; las segundas (las autoridades de Santiago) el establecimiento en el país de un régimen constitucional bajo la soberanía del Rey de España" (32).

El problema es que el general realista se había excedido en sus facultades. Abascal no podía aceptar, en su opinión, y no aceptó, ni la evacuación de las regiones conquistadas ni el mantenimiento del Gobierno de Santiago. Por el lado independentista, tampoco había unanimidad respecto al acuerdo. Ominosamente, un día amaneció en Santiago colgada de la horca la bandera española que Lastra había ordenado izar en lugar de la chilena.

En este ambiente enrarecido, y tras haber escapado a una partida realista que le había capturado, José Miguel Carrera reaparece en escena, y con un golpe de mano se hace de nuevo con el poder. O'Higgins, que no estaba dispuesto a reconocer su autoridad, marcha sobre él con sus tropas. Ambas facciones han tenido ya un encuentro sangriento en Maipú cuando les llega la noticia de la aproximación de los realistas a las órdenes del general Mariano Ossorio. Ante tan infausta noticia, se reconcilian y se disponen a hacer frente al enemigo común.

Abascal, en Lima, cuando tuvo conocimiento del acuerdo de Lincay, se apresuró a denunciarles y a organizar una nueva expedición. El 19 de julio, Ossorio sale de El Callao, llevando consigo el II de Talavera, tan oportunamente llegado. Algún autor con gran exageración ha llamado a esos pocos centenares de hombres "importante cuerpo de Ejército", añadiendo "que traía una digna hoja de servicios en la guerra contra los franceses en la Península".

◆

(30) Citada en Amunátegui, pág. 42.

(31) *Archivo de Don Bernardo O'Higgins*, Santiago 1947. Comunicación de Antonio Merino a O'Higgins, 11 enero 1814.

(32) Jaime Eyzaguirre, *O'Higgins*, Santiago 1982, pág. 117 y sigs.

Ya hemos visto que, en realidad, era sólo un Batallón, además de alguna Compañía del Real de Lima, que había dejado parte de sus efectivos en Perú para formar otro Cuerpo. Por otro lado, como tal unidad nunca había combatido en España.

El 13 de agosto desembarca en Talcahuano y el 18 está en Chillán, donde releva a Gainza, al que envía a Lima a que se enfrente a un Consejo de Guerra que le juzgará por su actuación.

Tomadas estas disposiciones, reorganiza el Ejército en tres "Divisiones" con una vanguardia. Son 5.000 hombres en total, que pertenecen a las siguientes unidades: Batallón peninsular de Talavera, con 530 plazas; Batallones Fijos de Valdivia, Concepción y Chiloé, y dos Compañías del Real de Lima, Regimiento que pudo enorgullecerse de haberse batido en Perú, Alto Perú, Quito y Chile; Batallones de reciente creación como Chillán, Voluntarios de Castro y Auxiliares de Chiloé. Como Caballería, los Lanceros de Milicias de los Angeles, Húsares de la Concordia y Carabineros de Abascal. El elemento europeo apenas superaba, por consiguiente, el 10% de los efectivos.

El 26 de agosto está ya en campaña, y avanza hacia Santiago "en medio del júbilo de las poblaciones por donde atravesaba" (33).

Sus enemigos disponían de los siguientes elementos. O'Higgins mandaba la 1° División, de algo más de 1.000 hombres, incluyendo a los Batallones de Infantería 2° y 3°, Dragones y algunos milicianos, así como 6 piezas. Juan José Carrera tenía a la 2ª, con unos 2.000 hombres, cuyo núcleo lo formaba el 1° de Infantería y la Caballería de Milicias de Aconcagua, con 15 cañones. La 3ª, de Luis Carrera, era de alrededor de 1.000 hombres, y contaba con el Batallón N.° 4, Húsares Nacionales y 4 piezas.

Como fuerzas de guarnición había en torno a 2.000 hombres más, casi todos de Milicias.

La mayor parte de los Cuerpos regulares eran de creación reciente, ya que el grueso de los existentes antes de 1810 estaba con Ossorio. Para formarlos se había recurrido a medidas como disolver el viejo Batallón del Comercio de Santiago y decretar, en enero de 1814, el servicio militar obligatorio. El 25 de agosto se dispuso además la creación del Regimiento "Ingenuos de la Patria" formado por esclavos. Estos obtendrían la libertad a cambio de servir, y el Gobierno pagaría a los amos respectivos el valor de cada esclavo, entregándoles mensualmente la mitad de su sueldo como soldado (34).

En conjunto eran tropas que, por su grado de instrucción y disciplina, resultaban inferiores a las realistas.

Ante el movimiento de éstos, José Miguel Carrera envió a O'Higgins con su División al encuentro de Ossorio. Las Divisiones 2ª y 3ª salieron también poco después hacia el teatro de operaciones.

◆

(33) *Historia Militar de Chile*, Vol. I, pág. 126.

(34) René Peri Fagerstrom, *Apuntes y Transcripciones*, Santiago 1982, pág. 177. En cuanto al Batallón de Pardos, cambió su nombre por el de Infantes de la Patria.

O'Higgins intentó impedir que su enemigo franqueara el río Cachaporal, pero Ossorio, maniobrando hábilmente, forzó el paso. El general chileno no tuvo entonces otra solución que replegarse sobre Rancagua, donde estaba ya atrincherada la 2ª División de Juan José Carrera.

Con un desprecio total por la capacidad combativa de los contrarios, los realistas atacan frontalmente, llevando a Talavera en vanguardia. En las estrechas calles de la población, cerradas con barricadas reforzadas por Artillería, y apoyadas por tiradores situados en tejados y ventanas, la Infantería sufre grandes bajas.

Para ayudarla en tan crítica situación, cargan los Húsares de la Concordia. Su jefe, amostazado por el desdén de que hacen gala los peninsulares respecto a sus compañeros americanos, grita al pasar ante Ossorio y su Estado Mayor: "¡Vean Vds. cómo se muere en América!".

La soberbia frase de Barañao sólo es comparable a una que había proferido Maroto poco antes. Cuando le preguntaron cómo se atrevía a atacar con su Batallón, a pecho descubierto y sin desplegar, las calles de la localidad, protegidas con trincheras y parapetos, contestó: "Que a un jefe español no se le hacen advertencias, que mis bigotes —sepa Ud.— me salieron en la guerra contra Napoleón". El incidente es significativo, y revela el complejo de superioridad con que llegaban a Ultramar los militares peninsulares.

Al amparo de la carga suicida, los de Talavera se repliegan, pero no por ello desisten de sus intentos. El propio O'Higgins hablará de su "tenacidad", y escribirá: "siete asaltos dieron en la misma forma durante las treinta y cinco horas y minutos que duró la acción sin intermisión alguna, en los que perdieron las mejores tropas de Lima y España" (35).

Otro testigo del bando independentista (36) describió así uno de los ataques: "el resultado fue horroroso, porque no había medio de escapar de los tiros. Los asaltantes, al recibir esta mortífera descarga, se condujeron como correspondía a su calidad de veteranos, se precipitaron sobre las trincheras y las escaló un número considerable, lo que originó una lucha a la bayoneta que duró hasta que la mayor parte de los asaltantes quedaron muertos o heridos".

Ante el fracaso de sus esfuerzos, los realistas optan por tácticas más metódicas y menos costosas, tomando casa, por casa derribando las paredes medianeras. Como una medida complementaria, cortan el suministro de agua. O'Higgins, para evitar la desmoralización de sus soldados, ordena cavar un pozo, haciendo correr inmeditamente el falso rumor de que se había encontrado en él agua abundante.

Mientras, la 3ª División de José Miguel Carrera hace intentos —según algunos autores con poco entusiamo— por romper el cerco, pero no lo consigue.

◆

(35) "La relación de la batalla de Rancagua por Don Bernardo O'Higgins", publicado por la revista de la Sociedad chilena de Historia y Geografía, N.º 15, Santiago 1914, pág. 110.

(36) "La batalla de Rancagua", por Juan Thomas, secretario de O'Higgins, publicada en ibíd. N.º 16, pág. 30.

Ossorio, que apenas tuvo que distraer fuerzas para hacer frente a esta amenaza, continuó su avance irresistible, "llevando desplegadas banderas rojas y negras para mostrar su determinación de no dar cuartel" (37), mientras que su Artillería demolía sistemáticamente las fortificaciones enemigas, diezmando a los servidores de las piezas independentistas.

Por fin, O'Higgins, cuando no le quedaba "mas que un cajón de municiones de fusil" (38), tras haber sufrido grandes pérdidas y sin esperanza ya de auxilio del exterior, decide hacer una salida con los Dragones, precedidos por infantes montados que les abrieron una brecha en las barricadas.

Con aquel puñado de hombres da una carga desesperada, que le permite abrirse paso. El núcleo del Ejército independentista de Chile había quedado, sin embargo, deshecho en Rancagua.

Durante la batalla, que duró del 1 al 2 de octubre, perdió 700 hombres y 350 fueron hechos prisioneros, casi todos ellos heridos. De un total de 1.220, apenas se salvaron 170.

En cuanto a las bajas realistas, debieron ser también muy elevadas, teniendo en cuenta lo mucho que sufrieron los de Ossorio en sus ataques frontales.

O'Higgins y Juan José Carrera, con los pocos supervivientes, se retiraron hasta Santiago. A la cabeza de los restos de sus Divisiones y de una numerosa "emigración", pasan los Andes en dificilísimas condiciones. El 13 de octubre, José Miguel Carrera, tras un inútil intento de prolongar la resistencia, sigue su ejemplo. El 16, el coronel José de San Martín, Comandante de la provincia de Cuyo, acoge en territorio río-platense a los refugiados.

Por su parte, el 9 de octubre, Ossorio hizo su solemne entrada en Santiago.

Acababa así la reconquista realista de Chile, iniciándose una nueva etapa.

Desdichadamente, la gestión de Ossorio dejaría amarga memoria. Se mostró intratable con los vencidos, a pesar de que "la generalidad no sólo repugnaba emplear métodos violentos para curar los males de que el cuerpo social adolecía sino que aún no se creía en la facultad de sublevarse" (39). Al tiempo, dio al Batallón de Talavera una preeminencia exagerada fijándole, por ejemplo, unos sueldos tales que en él un alférez ganaba más que un coronel de un cuerpo realista americano (40). También le convirtió en instrumento de su política represiva. Aunque es posible que se hayan exagerado los crímenes de Ossorio, lo que parece indiscutible es que su crueldad e intransigencia dieron nuevas alas a los sentimientos independentistas, con funestos resultados para la causa que pretendía defender.

◆

(37) Ibíd., pág. 35. Era ésta una práctica habitual en la época. En la Primera Guerra Carlista en España, más de veinta años más tarde, todavía se seguía usando.

(38) "Relación de O'Higgins", pág. 111. Para la admirable resistencia de los independentistas en Rancagua, ver también Sergio E. López Rubio, *Los vengadores de Rancagua*, Santiago 1987, págs. 25-95.

(39) Amunátegui, pág. 174.

(40) Ibíd., pág. 179.

En cuanto al desprecio que sentía por los americanos, su propia experiencia le debería haber demostrado que era totalmente injustificado. Así, en Rancagua había vencido en gran parte gracias al lucido plantel de oficiales locales con que contaba. Al menos tres Cuerpos de los presentes en esa batalla —Valdivia, Chillán y Húsares— estuvieron mandados por hombres nacidos en Ultramar.

Mientras en Chile Ossorio se complacía en sus triunfos, aprovechando tan imprudentemente su victoria, en Montevideo se ponía el sol para España.

A principios del año pareció abrirse una perspectiva alentadora para los realistas, cuando Artigas entró en abierto conflicto con las autoridades de Buenos Aires, que no querían admitir la existencia de la Banda Oriental como una entidad política separada. Resultado de ello fue que el jefe uruguayo abandonó el sitio de la plaza, acompañado por la mayor parte de sus tropas (41). El 11 de febrero, Posadas, Director Supremo de Buenos Aires, le declararía "infame, fuera de la ley y enemigo de la Patria".

Pronto se producen choques armados entre orientales y argentinos, sin que por ello éstos últimos reduzcan su presión sobre Montevideo. Es más, organizan una escuadra que ponen a las órdenes del irlandés Guillermo Brown.

A partir de marzo, ésta sostendrá diversos encuentros con los buques realistas.

El 14 de mayo se dará la batalla (42) definitiva. Por parte independentista participan en ella ocho buques con 154 cañones y 1.321 hombres. Por parte realista, trece de los primeros, con 155 piezas y 1.180 tripulantes.

Ambas agrupaciones eran bien heterogéneas. La de Brown incluía naves que anteriormente habían sido rusas, norteamericanas o inglesas. Sus tripulaciones pertenecían a once nacionalidades distintas.

En cuanto a la realista, mandada por D. Miguel de la Sierra, contaba con embarcaciones tan dispares como la balandra llamada pintorescamente "Podrida", mandada por un tal Pepe el Mahonés, que no estaba artillada y propulsada a remo, o la corbeta Mercurio, que con 32 cañones era el buque mejor armado.

En cuanto a las tripulaciones, se completaron con "soldados de Milicias, miñones catalanes y gente de leva". La flotilla "se vio atestada de artesanos, mancebos de pulpería y tiendas, vagos y tahures que arreaban de día o de noche las levas y patrullas". Era tal su inexperiencia, que se recurrió a colocar naipes en los distintos cabos. Los contramaestres daban órdenes entonces de acudir "al as de copas; al siete de espadas; al caballo de bastos; o la sota de oros, etc., etc., y al instante todos corrían a los respectivos palos, cuerdas o velas".

El combate fue breve y decisivo. En poco tiempo, los del Rey perdieron seis buques, dos de ellos incendiados.

◆

(41) Con los que se quedaron se formó el 9° Batallón de Línea.

(42) Fernández Duro, Vol. IX, pág. 112 y sigs.

A partir de entonces, la suerte de Montevideo estaba sellada. El 20 de junio se rindió sobre la base de "que el Gobierno de Buernos Aires recibía la plaza de Montevideo en depósito, bajo la expresa condición de reconocer la integridad de la Monarquía Española y su legítimo Rey el Sr. Don Fernando VII, siendo parte de ellas las provincias del Río de la Plata" (43). La guarnición saldría con todos los honores, banderas desplegadas y llevando cuatro piezas.

El general argentino Alvear, antiguo oficial de la Brigada española de Carabineros Reales, que el 17 había sustituido a Rondeau, prefirió ignorar lo acordado (44).

La mayoría de los mandos realistas fueron enviados al desolado paraje de las Bruscas, donde sufrieron terribles penalidades. Miller, que vio a aquellos desdichados, habla de un comandante "de brazos casi disecados" por el hambre, y añade que "el Gobierno de Buenos Aires tenía a aquellos oficiales desgraciados, sujetos a la simple ración de carne y sal. La poca caza que recogían era un extraordinario lujo y el conseguir una taza de leche, un acto raro de caridad" (45).

La tropa se repartió entre los Batallones 1º, 2º, 8º y 9º de Buenos Aires. No tardó en intentar una sublevación, lo que le valió a su vez ser internada en las Bruscas.

Para España, la derrota fue de gran alcance. Durante el asedio murieron 321 personas en combate y 5.000 del escorbuto que se extendió entre la guarnición y los habitantes. Cuando se rindió la plaza, había en ella hasta 4.900 enfermos "amenazados de morir de hambre" (46). Se entregaron 3.154 veteranos, 2.186 milicianos, los restos de la flotilla, más de 500 cañones de diverso tipo y 8.200 fusiles. Uno de los principales núcleos de tropas peninsulares en América —el otro era el situado en México— quedó fuera de combate.

Lo que era todavía peor, se había perdido una excelente base de operaciones contra el Río de la Plata.

La Junta militar de Indias, tras examinar la conducta de Vigodet, le declaró libre de culpa. Estimó, sin embargo, vital la inmediata organización de una expedición de diez o doce mil hombres para recuperar la plaza: "lo consideran de tanta urgencia, que contemplan infalible la pérdida total de dichas Provincias y muy inmediato el peligro que amenaza a toda la América meridional si se retarda esta medida" (47).

Como veremos, de hecho la tan importante expedición nunca llegó a tierra argentina.

En conjunto, 1814 había traido para los realistas una mezcla de triunfos y de fracasos. Entre los primeros habría que mencionar la recuperación de Chile y de Venezuela, y las victorias en Nueva Granada y en México que habían llevado, respectivamente, a la derrota y captura de Nariño y a la disminución de la actividad de Morelos.

◆

(43) Citado en Bauzá, Vol. VI, pág. 123.
(44) Ibid., Vol. VI, pág. 125 y sigs.
(45) Op. cit., Vol. I, pág. 163.
(46) Bauzá.
(47) El dictamen está en S.H.M., Ultramar, legajo, 9 V-13.

El más importante de los segundos fue la pérdida de Montevideo y, en menor medida, la interrupción de la campaña de Pezuela contra Tucumán.

En resumen, la situación había mejorado mucho en el norte de Sudamérica, donde se podía esperar en 1815 una campaña feliz contra Nueva Granada, rodeada de enemigos. A cambio, se había perdido una excelente base en el Atlántico, cabeza de puente ideal para actuar contra Buenos Aires. Es también cierto que la reconquista de Chile abría un nuevo frente contra los argentinos, que podía prestarse mejor a un ataque que la difícil ruta del Desaguadero, probada ya sin éxito por los dos bandos.

CAPITULO VI

"Con razón lo festejaron ruidosamente los realistas en Europa y América, entonándose un Tedeum en todas las catedrales de la Monarquía española, hecho casi sin ejemplo después de la batalla de San Quintín" (Mitre, Historia de Belgrano, aludiendo a la victoria de Viluma)

1815. Grandes esperanzas

En ese año se produce en la América en guerra un hecho de especial importancia desde el punto de vista militar: la llegada a Venezuela de la expedición mandada por D. Pablo Morillo (1).

Los antecedentes de este considerable movimiento de tropas fueron los siguientes. Su destino inicial había sido el Río de la Plata. Ya hemos visto cómo la apurada situación de la plaza de Montevideo tras el triunfo del alzamiento de Buenos Aires había exigido el envío allí de un contingente relativamente numeroso de unidades peninsulares. Desde su toma de posesión, Vigodet no había cesado de pedir refuerzos, no sólo para defender la plaza, sino para recuperar el territorio que se había perdido.

Considerando que sus demandas no eran atendidas como merecían, al menos en una ocasión, en marzo de 1812, llegó a dirigirse directamente a las Cortes de Cádiz solicitando apoyo (2). Los diputados transmitieron la petición a la Regencia, que en septiembre tuvo que responder señalando "la absoluta imposibilidad", en aquellos momentos tan difíciles para España, de mandar tropas.

En 1813 la situación se remedió, al menos en parte, con el despacho de un contingente de 3.400 hombres. Vigodet estimó que era insuficiente y reiteró sus peticiones. Ciertamente, esas tropas podían bastar para mantener Montevideo, pero no para realizar operaciones de mayor envergadura.

En abril de 1814, una vez expulsados los franceses del territorio español, se le respondió que estaban preparando 4.000 hombres más para mandárselos (3). La Junta de Reemplazos trabajó con tanta actividad que el 15 de agosto, los comisionados enviados por Vigodet a la península

(1) Para este personaje, ver Antonio Rodríguez Villa, *El Teniente General Don Pablo Morillo,* Madrid 1920; también sus propias *Memorias,* París 1826.

(2) Archivo S.H.M., Ultramar. Legajo 8-U22. La respuesta de la Regencia figura en 8 U24.

(3) S.H.M. Ultramar. Legajo 9 A-29.

para tratar el tema de los esfuerzos, se creían en condiciones de comentar al secretario de Estado que estaba "ya decretada la pronta salida de la Expedición auxiliar de Montevideo a cargo del Mariscal de Campo Don Pablo Morillo" (4).

En la práctica, sin embargo, ésta no se hizo a la vela hasta febrero de 1815. El día 25, tras una semana de navegación, se abrieron en alta mar los pliegos sellados que indicaban su destino, recibiendo sólo entonces las tropas "la infausta noticia" de que no iban al Río de la Plata, sino a Costa Firme.

El cambio de rumbo era ciertamente sorprendente. En Venezuela, gracias a Boves, la causa realista había triunfado hasta el punto de que se pensaba incluso en atacar desde allí Nueva Granada, que se encontraba además en plena guerra civil. Aunque la derrota definitiva de los independentistas no se produjo hasta diciembre en Urica, ya en abril y en agosto los triunfos de La Puerta y Aragua permitían constatar que la marcha de la guerra se estaba inclinando por los realistas.

Por otro lado, Montevideo era una base perfecta para operaciones contra Buenos Aires, donde estaba el mejor Ejército enemigo que, además, desplegaba una inquietante actividad contra el Perú. Las disensiones de Artigas y las Provincias contra la capital eran también un elemento que parecía justificar una operación contra aquellas costas.

En resumen, en el Río de la Plata existía el más poderoso y activo foco de los independentistas. En Venezuela, en cambio, éstos habían sido eliminados. Dirigir a Morillo contra esta última era una decisión que no se explicaba fácilmente, ya que parecía fuera de duda que el centro de gravedad de la guerra estaba en Buenos Aires. Ocupado éste, el Chile independiente se habría visto cogido en una tenaza por los realistas, con lo que se conseguiría la recuperación de todo el Cono Sur. Un informe de Vigodet, fechado el 20 de noviembre de 1814, que se conserva en el Servicio Histórico Militar, proponía que se enviaran al Río de la Plata 20.000 hombres, o 12.000 "si se consigue hacer entrar en coalición a la Corte de Brasil." Estas tropas deberían bastar para conquistar Buenos Aires, en su opinión.

La explicación que se dió para escoger Venezuela como objetivo fue que "el primer destino que se pensó dar a esta expedición fue socorrer la plaza de Montevideo y contribuir a la pacificación de las provincias del Río de la Plata, pero las circunstancias que sobrevinieron durante su habilitación, lo adelantado de la estación, la lamentable situación en que se hallaban las provincias de Venezuela y la importancia de poner en el respetable pie de defensa que conviene el itsmo de Panamá, llave de ambas Américas, decidieron mi ánimo a dirigir la expresada expedición a Costa Firme" (5).

Como ha demostrado E. A. Heredia (6), estos argumentos son poco convincentes, pero son los que oficialmente motivaron al Gobierno, ya en octubre de 1814, a variar el destino de las fuerzas de Morillo.

◆

(4) S.H.M. Ultramar. Legajo 9 U-13.

(5) Decreto del Ministro de Indias de 13 de enero de 1815. Citado en Rodríguez Villa, op. cit., Vol. I, pág. 119.

(6) Op. cit., pág. 151 y sigs.

Quizá se pensó que primero había que consolidar la soberanía española en Venezuela, luego recuperar Nueva Granada y después reforzar el Ejército del Perú para operar contra Buenos Aires. Esta estrategia indirecta, seguramente demasiado lenta y complicada, tuvo, sin embargo, numerosos adeptos, que la preferían a un ataque frontal contra el Río de la Plata. Es innegable que presentaba la ventaja de que la expedición desembarcaría en una costa amiga, para empezar desde allí las operaciones, lo que no hubiera sido el caso de mantenerse el destino que inicialmente se le había dado.

Las instrucciones que se cursaron a Morillo parecen abonar esta elección de una estrategia indirecta, cuando indican que "la tranquilidad de Caracas, la ocupación de Cartagena de Indias y el auxiliar al jefe que manda en el Nuevo Reino de Granada son las atenciones principales o las primeras de que se ocupara la expedición. Conseguido ésto, se enviará al Perú el excedente de tropas europeas que se pueda en todo el año de 1815, y si aún hubiese sobrante, se remitirá al reino de México" (7).

De hecho, veremos que el general cumplió en gran parte estas órdenes, y así recuperó Santa Fe y mandó alguna fuerza a Lima. Sin embargo, la tenacidad de Bolívar impidió que Venezuela se convirtiera en plataforma para el envío de unidades realistas al resto de América, como se soñaba en la Corte.

Evidentemente, es imposible saber si la decisión fue acertada o no. Los comisionados de Vigodet, en el documento citado más arriba, llegan a decir que "afirmamos desde luego a V.E. que la División de tropas que se prepara será suficiente para terminar la revolución... Tanta es nuestra confianza en este punto que alimentamos la consoladora idea de que la sóla llegada de las tropas será bastante para restablecer el órden sin necesidad de recurrir al uso de la fuerza".

Tan desatado optimismo parece exagerado, aún suponiendo que no se hubiera perdido Montevideo, pero sería interesante especular sobre lo que hubiera sucedido si Morillo se hubiese presentado ante el Río de la Plata a principios de 1815, cuando Artigas estaba alzado en armas contra Buenos Aires, y cuando Córdoba y Santa Fe desconocían la autoridad del gobierno central.

En cualquier caso, lo menos que se puede decir de las instrucciones que se le dieron es que establecía para las operaciones un orden de prioridades ciertamente discutible, y que reflejaban escaso realismo sobre la verdadera situación en América. Que se pensara que, después de haber cubierto sus objetivos, le iban a sobrar a Morillo tropas para el Perú y México era de un optimismo asombroso.

La expedición reunía, no obstante, un conjunto de tropas respetable. Si bien se han dado distintas cifras sobre el número exacto de éstas, la que suministra la Junta de Reemplazos —12.254 hombres— parece la más fiable. Pertenecían a las siguientes unidades: Batallones de Infantería de Línea León, Victoria, Extremadura y Unión; de Infantería Ligera Tiradores de Castilla, Barbastro y Cazadores del General; Regimientos de Caballería Dragones de la Unión y Húsares de Fernando VII; Escuadrón de Artillería Volante número 6; dos Compañías de Artillería a pie y una de obreros.

◆

(7) Rodríguez Villa, Vol. I, pág. 117.

A diferencia de lo que había sido el caso de otros Cuerpos expedicionarios, la mayoría de éstos no habían sido improvisados recientemente.

Extremadura y León eran dos Regimientos relativamente antiguos, que databan de 1694. Ambos habían servido durante las campañas del siglo XVIII en diversos teatros de operaciones, incluída América, y se habían distinguido en la Guerra de Independencia. Extremadura también había enviado otro Batallón a Ultramar, en concreto, a Nueva España.

Castilla, I de Victoria, Barbastro y Unión habían sido creados durante la guerra contra Napoleón, pero todos tenían una buena hoja de servicios.

Algunos de ellos habían servido en el curso de la misma a las órdenes del propio Morillo, e incluso el Batallón de la Unión era en gran medida una creación del general.

En cuanto al Batallón de Cazadores, a pesar de que se había formado especialmente para la expedición era, por definición, una unidad de elite.

Los dos Cuerpos de Caballería eran Regimientos levantados ad hoc pra el servicio en América. Los Dragones de la Unión se constituyeron con personal del Depósito del Arma. En cuanto a los Húsares de Fernando VII, eran herederos de los Granaderos a Caballo de Fernando VII, organizados en 1808. En la batalla de Sagunto, ya con la denominación de Húsares, tuvieron una actuación tan lamentable que fueron disueltos. Se les reconstituyó después para acompañar a Morillo.

Las de Caballería, pues, eran unidades bisoñas, pero en Ultramar prestaron excepcionales servicios.

Para aumentar aún más la fuerza de la expedición, ésta iba escoltada por una poderosa agrupación naval: navío San Pedro Alcántara, fragatas Ifigenia y Diana, corbeta Diamante y la goleta Patriota. El San Pedro y la Diana ya habían hecho antes el viaje a América, convoyando los refuerzos de 1812. Si todas estas unidades se hubiesen quedado en Venezuela en apoyo de las operaciones terrestres, habrían multiplicado considerablemente los medios de la Marina Real en aquellas aguas. No sería así, porque, como veremos, la de mayor porte voló al poco tiempo de llegar.

Si bien, indiscutiblemente, las tropas de Morillo constituían una lucida División, integrada por buenos Cuerpos, perfectamente armados y equipados, adolecía de un grave defecto: la baja moral de gran parte de sus integrantes.

Cuando se anunció la noticia del verdadero destino de la expedición, "general consternación causó esta nueva. Todos sabíamos que en Buenos Aires y Montevideo los rebeldes estaban divididos, que uno de los bandos esperaba las tropas del Rey para pasarse a ellas y auxiliarlas, y que en Costa Firme la guerra se hacía sin cuartel y con salvaje ferocidad" (8).

◆

(8) Rafael Sevilla, *Memorias de un oficial del Ejército español,* Madrid 1916.

Incluso antes de dejar las costas de la península, se dieron abundantes pruebas del escaso interés que muchos sentían por ir a luchar a América.

Por lo que respecta a los oficiales, una gran cantidad de los mandos de las unidades pidieron el traslado, cuando supieron que las mismas habían sido destinadas a Ultramar. Un total de 38 dejaron el Batallón de la Unión; 25, y 19 "agregados", el de León; 24, el de Castilla; 20 el de Victoria, 33 y 5 "agregados" el de Barbastro; 25 el de Extremadura.

Ciñéndonos sólo a Barbastro, solicitaron la baja o el traslado el jefe del Cuerpo, un teniente coronel, un sargento mayor, dos ayudantes, un cirujano, siete capitanes, trece tenientes y siete subtenientes. Además de este Batallón, los de León, Unión, Victoria y Castilla dejaron a sus primeros jefes originales en la península.

Los motivos que alegaron los interesados para quedarse en la península fueron variados: enfermedad, cortedad de vista, edad, ser hijo de viuda, estar casado, ser extranjero... Con razón decía el Inspector General de Infantería que "por lo demostrado resulta que la mayor parte de estos oficiales no les ha asistido un motivo justo para dejar de seguir el destino de su Regimiento, y que prefirieron sus intereses y conveniencia propia al servicio de Su Majestad" (9). Sorprendentemente, aquellos que no pidieron el retiro fueron destinados a otras unidades en España, sin que al parecer se tomaran medidas disciplinarias.

Quizá este proceso de auto-selección de los mandos tuvo a la larga resultados ventajosos, e hizo que con Morillo partiesen algunos jefes tan destacados como La Torre, Ricafort, Real, Cini, Warleta, Pereyra o Aldama. No obstante, la avalancha ya mencionada de solicitudes de traslado indicaba hasta qué punto la guerra era impopular entre los oficiales. A la hora de la verdad, muchos de los que partieron con la expedición lo hicieron o atraídos por los ascensos que se ofrecieron o por tener simpatías liberales, que encajaban mal en el ambiente político reinante por entonces en la península.

En cuanto a la tropa, bastará decir que antes de ser embarcada, "estuvo acuartelada y vigilada para evitar deserciones" (10), ya que "experimentaba repugnancia a una guerra colonial, unida al temor a los peligros de un largo viaje y de un clima malsano" (11). Recordemos que éstos eran los sentimientos cuando se creía que la misión era operar en un teatro de operaciones menos difícil que el de Costa Firme. Por último, debemos añadir que, en contra de lo que a veces se ha dicho, no todos los hombres de Morillo eran veteranos, sino que entre ellos se contaban también bisoños. Por ejemplo, no se pudo fusilar a un soldado de La Unión que había desertado "porque no se le había leido la ordenanza" (12), situación en la que sólo se podía encontrar un recluta.

La expedición a Venezuela no fue la única que se mandó a América en 1815. En ese año se hizo un esfuerzo gigantesco, sólo comparable con el que se realizó durante la Guerra de Independencia norteamericana. Así, para Veracruz partió un Regimiento de Infantería de Línea con dos

(9) Ver el expediente con fecha de 17 de enero de 1815, en S.H.M. Ultramar, legajo 9 U-7.
(10) Sevilla, pág. 15.
(11) Rodríguez Villa, Vol. I, pág. 115.
(12) Sevilla, pág. 50.

Batallones, el de Ordenes Militares, y un Batallón Ligero, Navarra, que luego cambiaría su nombre por Barcelona.

Con destino a Nueva Granada zarpó Cataluña, aunque se quedó en Panamá, mientras que Gerona salió para el Perú, por la vía del Istmo. Ambos Cuerpos constaban de un Batallón.

Las regiones a las que van estas unidades indican un cambio en la estrategia española. Algunas de ellas tienen como misión alimentar un esfuerzo iniciado anteriormente, lo que sería el caso de las que se mandan a México y a Perú. Pero también se amplía el ámbito de la escalada militar. Así, por primera vez se sitúa en Ultramar un contingente lo suficientemente numeroso para emprender la ofensiva, que además se deberá extender a varias provincias, como es el caso de la expedición Morillo. Finalmente, se envía un Batallón a Panamá como reserva general, y de hecho le veremos actuando en esta misión en Quito.

Había pues, aparentemente, una voluntad de tomar la iniciativa y de empezar una recuperación metódica de lo perdido.

El desarrollo de las operaciones en 1815 fue, en síntesis, el siguiente.

En Nueva España, los combates prosiguieron con la misma tónica que en años pasados. Multitud de columnas de uno y otro bando recorrían el pais en una gigantesca guerra de guerrillas, manteniendo continuos combates sin resultados apreciables. El 5 de noviembre tuvo lugar, sin embargo, una acción de mucha mayor importancia.

Ese día, el último Ejército independentista de alguna consideración es batido en las colinas de Tezmalaca por tres columnas realistas actuando conjuntamente. El propio Morelos, fugitivo, será posteriormente capturado por un miliciano urbano.

El peso del choque, por parte de los vencedores, fue soportado por los Batallones Fernando VII, Zamora, Veracruz, Fieles de Potosí y Tlaxcala, así como por los Dragones de España. Es decir, una combinación de Cuerpos peninsulares, Fijos y otros de reciente creación, que refleja el tipo de fuerzas con que los realistas sostuvieron la guerra.

En diciembre, Morelos es fusilado. Con él morían las esperanzas de los independentistas. "No puede decirse que estuviera sofocada la revolución a fines del año 1815, pero se habían dado pasos agigantados para lograr este beneficio tan apetecido" (13).

En Venezuela, la llegada de Morillo coincide con la noticia de la victoria de Urica y la muerte de Boves. Al desembarcar, los peninsulares son recibidos por Morales, al frente de las tropas que habían conservado hasta entonces aquellas tierras para el Rey.

El primer contacto entre los lujosos Regimientos recién desembarcados y las desharrapadas huestes locales no fue cordial. Los europeos, magníficamente equipados y engreídos por las victorias que muchos de ellos habían obtenido sobre las tropas napoleónicas, vieron con desdén aquella gente medio desnuda, sin percatarse de que el uniforme no hace al soldado. Inconscientemen-

(13) Amunátegui, pág. 171.

te, observaban la misma actitud que los franceses habían tenido hacia los propios españoles. Al igual que les sucedió en su día a los imperiales, su análisis no pudo ser más equivocado: "eran aquellos los vencedores, y nuestros europeos, llevados de la apariencia, incidieron en la grave idea de concebir por los vencidos la idea más despreciable, la que no ha dejado de ser por desgracia harto general en otros puntos de América, y sin duda funesta en todos" (14).

Efectivamente, el menosprecio de los peninsulares por los americanos tendrá tristes consecuencias. En primer lugar, enajenaba las simpatías de todos los que hasta la fecha se habían sacrificado por la causa realista. En segundo lugar, dio a los europeos una falsa sensación de superioridad sobre sus enemigos que acabarían pagando bien cara.

Estos sentimientos despectivos carecían de toda base, como la experiencia había demostrado en el pasado y volvería a demostrar en el futuro. Eran, además, suicidas, si se tiene en cuenta que España nunca estaría en condiciones de derrotar a los independentistas sin el apoyo de los habitantes locales.

Resulta curiosa la inversión de papeles que se produjo. En la Guerra de la Independencia de España, los españoles eran el Ejército mal organizado, con un alto componente irregular, que acaba derrotando a fuerzas más convencionales, utilizando para ello la guerrilla como principal instrumento. En América, en cambio, los peninsulares son los que hacen como los franceses, mientras que sus enemigos actúan, con éxito, de forma más parecida a como hicieron los españoles en su propio país.

La diferencia fundamental, es que en España los afrancesados eran un componente mínimo de los Ejércitos napoleónicos, y que en Ultramar, en cambio, los realistas locales fueron un elemento esencial de los Ejércitos de Fernando VII.

Morillo y Morales, uniendo sus fuerzas, atacan la isla Margarita, el único reducto importante que quedaba a los independentistas en Venezuela. La operación se desarrolló sin dificultades. El general español dio con los vencidos pruebas de clemencia que su colega americano, más familiarizado con la guerra en esas latitudes, le reprocho amargamente. Es cierto que el jefe enemigo, Arizmendi, una vez que obtuvo la libertad, no dejó de causar en el futuro las mayores dificultades a los realistas. Morillo, sin embargo, llevaba instrucciones de utilizar la fuerza sólo cuando fuese estrictamente necesario, y de recurrir a la clemencia cuanto pudiera. No olvidó nunca el comportamiento de los indultados de la Margarita.

Poco después, un desgraciado accidente provocó la voladura del navío San Pedro. Se perdió con él una poderosa nave, así como el armamento, las municiones y el dinero que llevaba para sostener la causa de Fernando VII.

Sin dejarse desanimar y alcanzado su primer objetivo, Morillo distribuye sus tropas. El Batallón del General es enviado a Puerto Rico, a cambio de un Batallón del Fijo de la isla. Resulta interesante esta medida, ya que con ella sustituía a una unidad peninsular de preferencia por una americana de Línea, lo que parece indicar que el general español apreciaba la calidad de las tropas locales.

◆
(14) García Camba, Vol. I, pág. 237.

Envía también al Perú el Batallón de Extremadura, donde servía un oficial llamado a más altos destinos, Baldomero Espartero; los Cuartos Escuadrones de los Dragones de la Unión y Húsares de Fernando VII y una Compañía de Artillería a pie.

En Venezuela deja al mando de Salvador de Moxó, jefe de los Dragones, a los Batallones de Barbastro, Castilla y Unión, los tres Escuadrones restantes de Dragones, una Compañía de Húsares de Fernando VII, una de Obreros y una de Artillería.

Con el resto de sus unidades continúa la campaña. Eran éstas los Batallones León y Victoria, llegados en la expedición, lo que quedaba del III de Granada, venido antes de España, y el Fijo de Puerto Rico. Además, lleva 10.000 soldados venezolanos, "en su mayoría desharrapados y bárbaros y en parte mal armados, pero aguerridos" (15), incluyendo "un Batallón de negros zambos que eran el terror del enemigo" (16).

Como Artillería va la Compañía que quedó disponible, y como Caballería, los Húsares, disminuidos en la forma que ha quedado expuesta. Estos se remontaron localmente, ya que habían ido a América sin monturas. Doscientos caballos les fueron cedidos por la marquesa de Santa María, para celebrar su matrimonio con un joven cadete al que prácticamente raptó (17).

El objetivo de todas estas fuerzas era Nueva Granada.

En el antiguo virreinato, la presencia de la expedición se hizo sentir antes incluso de que desembarcara en sus costas.

En el Sur se había reiniciado la sempiterna guerra. Tomó la iniciativa, ya en enero, el poco afortunado Vidaurrázaga, que a fines de 1814 hemos visto asumir el mando de los realistas. Comenzó las operaciones desde Popayán, al mando de un flojo contingente formado por Milicias de Lima, Guayaquil, Pasto, Popayán y Cuenca. La única tropa regular que le asistía era una Compañía del Real de Lima.

Cabal esperó su ataque en el valle del Cauca. El primer choque tuvo lugar en Orejas. Fue una pequeña acción de vanguardias que resultó favorable a los realistas. Estimulados con tan fácil victoria, éstos siguen el avance. Hasta que se tropiezan con la línea principal de resistencia enemiga, fortificada en el río Palo, y defendida por los Batallones de Cundinamarca, Socorro, Cauca, Antioquía y Popayán, poco más de 1.000 hombres en total. Los independentistas tienen un débil contingente de Caballería, de un centenar de jinetes, que bastan sin embargo para decidir el combate, que tuvo lugar el 5 de julio. Una carga a fondo dispersa a los realistas, que no detienen su huida hasta llegar a Pasto. En esa ciudad, el desafortunado Vidaurrázaga recibe la noticia de su cese. A falta de mejor candidato, Montes le sustituirá por Sámano, aunque tampoco fuera jefe que mereciera su confianza.

En pos de los derrotados, Cabal avanza hasta Popayán, donde llega el 14 de julio. Ahí se detendrá, para preparar su siguiente movimiento contra Pasto. Pero en septiembre, cuando se consi-

◆
(15) Lecuna, Vol. I, pág. 397.
(16) Rodríguez Villa, Vol. I, pág. 122.
(17) Sevilla, pág. 50.

deraba en condiciones de reanudar la ofensiva, le llegan órdenes de suspenderla y de enviar fuerzas al Norte, para hacer frente al ataque de Morillo.

Algo parecido sucedió en el otro extremo del virreinato. Tras su victoriosa campaña contra Santa Fe, Bolívar toma medidas para operar contra los realista de Santa Marta. Cumpliendo instrucciones del Gobierno de la Unión, pide al de Cartagena que le ayude en esta empresa, recibiendo una respuesta negativa. Ante esta clara prueba de que la plaza no estaba dispuesta a aceptar la soberanía de las autoridades centrales, se decide entonces actuar contra ella, confiándose esta misión al Libertador.

El asedio comienza a fines de marzo y participan en él, del lado del Ejército de la Unión, los Batallones Barlovento, La Guaira, Caracas y de Honor, así como el 5° de Línea de Nueva Granada. La Caballería estaba representada por los Soberbios Dragones y un Escuadrón de Honor. Un més más tarde, y cuando ya se habían producido algunos combates, sin resultados apreciables, se tienen noticias de la inminente ofensiva de Morillo. La amenaza del peligro común llevas a ambas facciones independentistas a deponer las armas. El 8 de mayo firman un tratado. En virtud de éste, Bolívar hace voluntaria cesión del mando, y sale para Jamaica. Las tropas que había tenido a sus órdenes se incorporan a las de Cartagena para hacer frente a los realistas. En el ambiente de desconcierto existente en aquellos momentos, esas fuerzas, hasta poco antes enemigas, nada harán en la práctica en auxilio de la plaza que, no obstante, no tardaría en necesitar toda la ayuda disponible.

En efecto, como ya hemos mencionado, Morillo, tras su éxito en Margarita, se dirigía contra Cartagena. El itinerario seguido fue Cumaná, La Guaira, Caracas, Valencia, Puerto Cabello y Santa Marta. En este último punto organizó una columna para que operara desde Monpox contra los independentistas, apoyando también al movimiento que otro contingente al mando del coronel Calzada iba a hacer contra Santa Fe. Dichas tropas se pusieron al mando del brigadier Ruíz de Porras, e incluían al Fijo de Puerto Rico y a Granada, elementos de Albuera que quedaban en la isla y una Compañía de Húsares.

A mediados de agosto, Morillo pasa de Santa Marta a Cartagena. La ciudad se hallaba defendida por unos 4.000 hombres de los Cuerpos Guardia de Honor del General Castilla —quien mandaba a los defensores— Milicia Activa, Cuerpos de Venezolanos y de Extranjeros, Dragones y Carabineros. Había entre 300 o 400 artilleros para servir las 304 piezas de la plaza reputada como inexpugnable.

El asedio, como tantos otros de las guerras de Emancipación, fue durísimo, y duró hasta el 5 de diciembre. Se consideraba que "no hay Ejército que haga rendir a Cartagena sino por hambre" (18), y por tan brutal sistema se conquistó. Por otro lado, al haberse hundido con el navío San Pedro el tren de sitio que había traído de España, Morillo no tetnía otra alternativa para vencer la valerosa resistencia que se le opuso.

Ambos bandos sufrieron grandes pérdidas. Los realistas sobre todo a causa de "las picaduras de mosquitos zancudos de las ciénagas, los cuales producían unas llagas gangrenosas en las piernas

(18) Sevilla, pág. 70.

que causaban la muerte sino se hacía muy pronto la amputación de dichas extremidades" (19). En total murieron 1.825 peninsulares y 1.300 venezolanos, la mayoría por enfermedades.

En cuanto a los sitiados, durante veintidós días estuvieron reducidos a comer sólo cuero mojado. Miles de ellos fueron víctimas del hambre y de la peste. Cuando se rindió la plaza, la guarnición había perdido dos tercios de efectivos y la población civil había tenido 6.000 muertos (20).

Con esta dolorosa victoria sobre tan gallarda resistencia terminó la campaña de 1815. Los realistas se habían reforzado con 10.000 hombres, había caído la isla Margarita y el formidable bastión de Cartagena, y se preparaban operaciones contra Santa Fe. La situación, para ellos, no podía ser más favorable. Venezuela estaba controlada y Nueva Granada seriamente amenazada.

Pasando el virreinato peruano, dejamos a Pezuela vigilando a los argentinos desde su Cuartel General en Santiago de Cotagaita. Su posición era particularmente delicada, ya que lo mejor de sus tropas, con Ramírez, seguía combatiendo la sublevación que todavía ardía en su retaguardia.

El momento era, pues, favorable para que Rondeau iniciara su ofensiva con las tropas que tan meticulosamente había reorganizado su predecesor, San Martín. Para ello, los ríoplatenses habían situado su vanguardia en Yavi, y estaban concentrados en Salta y Jujuy.

No pudieron, sin embargo, ponerse en campaña tan pronto como hubieran deseado. Porque los españoles prisioneros de Montevideo que habían enrolado en su Infantería, tramaron un motín para volver con armas y bagajes al campo realista. La conspiración se descubrió a tiempo, pero las medidas que hubo que tomar como consecuencia de ella paralizaron momentáneamente a Rondeau.

Hasta abril no estuvo en condiciones de moverse con todo el Ejército, llevando en vanguardia a las Milicias de Salta a las órdenes de Güemes. Contaba entonces con unos 4.000 hombres, agrupados en los Batallones 1º, 6º, 7º, 9º y Cazadores, y en los Regimientos de Caballería, Granaderos o Caballo y Dragones de la Patria. Las unidades no se encontraban en el mejor estado, ya que todavía existía en ellas el sentimiento partidista que les había llevado el año anterior a negarse a aceptar al General Alvear como comandante en jefe. De hecho, uno de los oficiales presentes estimaba que se había tomado la ofensiva "porque era preciso, era indispensable hacer algo para no disolvernos" (21).

Ante el avance enemigo, Pezuela, que seguía sin contar con todos sus efectivos, se repliega sobre Challapata, retirando las guarniciones de Potosí y Chuquisaca, que son ocupadas por Rondeau. Este permaneció en ellas cuatro meses, haciendo los preparativos para su próximo movimiento.

◆

(19) Ibíd., pág. 71.

(20) Oswaldo Díaz Díaz, en su obra *La reconquista española,* Bogotá 1964, págs. 46-48, indica que la guarnición de Cartagena era de 3.600 hombres, de ellos sólo 1.300 veteranos. En cuanto a las bajas entre los habitantes, las fija en un tercio de la población total.

Hasta entonces, el único encuentro de cierta importancia se había dado en Puesto del Marqués, donde los Cazadores independentistas, apoyados por la Caballería, sorprenden y baten a una columna realista. Desgraciadamente, el Ejército encontró allí una gran cantidad de bebidas alcohólicas, lo que ayudó a quebrar totalmente los tenues lazos de disciplina que tenía Rondeau, al que por su blandura llamaban " mamita", perdió por unas horas el control de sus hombres. Al amanecer del día siguiente, el campamento "parecía más una toldería de salvajes que un campo militar" (22).

La larga detención del Ejército de las Provincias Unidas daría al traste con su inicial situación de superioridad y con la ventaja obtenida en Puesto del Marqués.

Ello fue debido a que en aquellos meses Pezuela recibió considerables refuerzos. De un lado, el virrey le envió las tropas que retiró de Chile: II de Talavera, el Batallón de Chilotes y el de Cazadores de Chile, que el 23 de julio llegan a Challapata. Según algunos autores, el primer Cuerpo mencionado absorbió en su seno al segundo. Otros, en cambio, aseguran que no fue así, lo que parece cierto, ya que los Chilotes participaron luego en la batalla de Viluma. Señalemos únicamente que en 1815 Talavera pasó a denominarse Victoria, aunque las fuentes contemporáneas se siguen refiriendo a él por su nombre primitivo.

De otro, el 26 se incorpora la magnífica División Ramírez. Pezuela, para dar una muestra de su aprecio, salió a recibirla a las afueras de la ciudad.

En pocas semanas, la situación había cambiado radicalmente. El Alto Perú estaba de nuevo controlado y el Ejército realista se había reforzado de forma notable. Además, se esperaba la llegada de la expedición Morillo al Río de la Plata, donde proseguía el enfrentamiento entre Artigas y las autoridades de Buenos Aires. Todas las esperanzas parecían permitidas.

El 8 de agosto, Pezuela recibe noticias de que Morillo estaba en Venezuela y que mandaba fuerzas a Perú, que podrían reunírsele a finales de septiembre. "La noticia de tan importante auxilio era muy satisfactoria... aunque el General Pezuela ya no la consideraba indispensable para tomar la ofensiva y volver a recobrar el terreno perdido" (23). Con razón, estimaba a su Ejército peruano en condiciones de batir al enemigo.

Este se hallaba entonces en una posición difícil por haber prolongado peligrosamente sus líneas de comunicaciones y a causa de la deserción que afectaba "hasta a los dos cuerpos de negros libertos" (24), conocidos por su calidad.

Sin embargo, y reforzado por la llegada de dos Batallones del Regimiento número 12, Rondeau intenta un golpe de mano. El 20 de octubre se produce un choque de vanguardias en Venta y Media, en el que combaten Cazadores y Dragones argentinos contra las fogueadas tropas de Olañeta. El resultado fue un revés para los independentistas, aunque en un primer momento lograran aniquilar a un pequeño destacamento enemigo, del que sólo se salvó el célebre "Barbaracho".

◆

(22) Ibíd., pág. 268.
(23) García Camba, Vol. I, pág. 222.
(24) Ibíd., Vol. I, pág. 221.

El 13 de noviembre, Pezuela lanza su ofensiva a fondo. Rondeau, por su parte, se bate en retirada hacia Cochabamba, donde espera engrosar su Ejército con los refuerzos que le habían sido anunciados.

El 29 tiene lugar el encuentro entre ambas formaciones. Los argentinos se hallaban en la pampa de Sipe Sipe, a pocas leguas de Cochabamba. Los realistas, por su parte, avanzaron por las alturas de Viluma, desde las que bajaron "como gatos" a la llanura para entablar batalla (25).

Una vez más, Pezuela recurrió a la táctica que tan buenos resultados le había dado en el pasado. En vez de atacar frontalmente al enemigo, formó su línea sobre la derecha de éste, forzándole a cambiar rápidamente de formación pocos momentos antes del choque.

El despliegue que adoptó el realista fue el siguiente: a la derecha, Ramírez con el N.º 1 del Cuzco, el Batallón de Voluntarios de Castro o de Chilotes, el de Partidarios y un Escuadrón desmontado, con 8 piezas. En el centro, el Batallón del General —también llamado de los Verdes— con 6 piezas. A la izquierda, el 2º de Línea, el Batallón de Fernando VII y el de Cazadores. En reserva, el Batallón de Granaderos y el Escuadrón de Honor. El grueso de la Caballería, formado por los Escuadrones de San Carlos, Cochabamba y 1º de Cazadores, estaba en la derecha. A la izquierda se encontraba el 2º de Cazadores.

Esta simple relación de unidades refleja hasta qué punto el virrey del Perú había logrado organizar, sin ayuda de la península, un auténtico Ejército. Los Cuerpos, con escasísimas excepciones, son ya todos regulares, y las Milicias apenas están representadas. Ninguno de ellos es europeo.

Con tan excelentes tropas, Pezuela lanzó su ataque contra la derecha enemiga. En realidad, apenas hubo batalla: "la batalla estaba perdida antes de darse" (26). "El Ejército (estaba) desmoralizado y vencido desde antes por el desorden y la anarquía en que le había constituido la insubordinación de sus jefes" (27).

La Infantería rioplatense, en efecto, cedió al primer choque, replegándose precipitadamente los Batallones 1º y 9º que sufrieron en primer lugar el asalto. El resto de la línea siguió su ejemplo.

Afortunadamente para Rondeau, el valor de su Caballería evitó un desastre de mayores proporciones. Los Granaderos a Caballo dieron una carga feroz que frenó a los Cazadores montados realistas. Los Dragones de la Patria también tuvieron ocasión de distinguirse.

Aún así, las pérdidas independentistas fueron muy elevadas: más de 1.500 hombres, una bandera y nueve piezas quedaron en el campo de batalla. Muchas unidades se dispersaron totalmente: "el desbordamiento fue tan completo, y la ineficacia y la debilidad de los jefes o su impericia tan

◆

(25) En la Sección de Cartografía del S.H.M. existe un excelente plano de la batalla, obra del comandante Mendizábal, que reproduce con precisión el desarrollo de la misma.

(26) *Historia de Belgrano*, pág. 279.

(27) Paz, pág. 323.

grandes, que no se pensó en reunir a los dispersos" (28). El resultado del combate fue la práctica destrucción del Ejército que San Martín, con tantos desvelos, había reorganizado.

Pezuela, por su parte, tuvo 240 bajas.

De esta forma terminaba "con otro desastre, el más grande de cuantos sufrieron los Ejércitos patrióticos del Norte, la tercera campaña del Alto Perú, perdiéndose aquellas provincias por culpa de un jefe que no supo estar a la altura de un Ejército digno de mejor suerte" (29).

Rondeau, con los restos de sus tropas, se retiró primero hasta Tupiza y más tarde a Humahuaca. Pezuela, por su parte, recuperó el terreno perdido al comienzo de la campaña. Fue premiado por su victoria con el título de marqués de Viluma, y ascendido a teniente general.

De Chile, nada se puede mencionar en 1815 desde el punto de vista militar, ya que el pais estaba completamente controlado por los realista. El envío a Perú del Batallón de Talavera y del de Chilotes, refleja hasta qué extremo la situación parecía segura.

A finales de año, Ossorio fue relevado por Marcó del Pont, quien inauguró lo que seguramente es el período más funesto de la Historia de Chile durante la soberanía española. El nuevo Gobernador "era cruel a sangre fría; dictaba con tono dulce y melifluo órdenes de muerte y exterminio... (era una) figura afeminada y de modales adamados" (30). Organizó una represión ciega, que sólo sirvió para fortalecer al partido independentista. Llevado por su desconfianza a los americanos, nombró jefes peninsulares para los Batallones de Concepción, Chiloé y Valdivia, así como para el Regimiento de Dragones, destituyendo a los coroneles que habían recuperado Chile para la Corona al frente de estas unidades.

Fue la suya, en suma, una política suicida que parecía orientada a apartar a los americanos de la causa realista.

En conjunto, 1815 había sido un año fasto para los del Rey. En Nueva España los independentistas estaban reducidos a su más mínima expresión, y Morelos había sido fusilado. En Venezuela, había desaparecido el último foco enemigo, la isla Margarita. Se había iniciado la ofensiva contra Nueva Granada, y su plaza más importante, Cartagena, estaba en manos de Morillo. El Ejército ríoplatense había sido totalmente derrotado en Viluma. Perú, Chile y Quito seguían controlados. Más de 10.000 hombres habían llegado de la península. Se podían esperar grandes cosas del futuro.

Pero, "el estado español, sin administración adecuada, no pudo aprovechar el vigoroso sentimiento dinástico y la adhesión a la Madre Patria de gran parte del pueblo de Venezuela, de la Nueva Granada, de Quito y de muchas otras secciones de América" (31).

Los éxitos alcanzados no se explotaron a fondo, sino que fueron de corta duración. Bolívar y Guemes se ocuparían de que así fuera, durante 1816.

◆

(28) Ibíd., pág. 324.

(29) H. G. Ramos Mejía, *Historia de la Nación Argentina*, Buenos Aires 1945, Vol. 1, pág. 251.

(30) Amunátegui, pág. 234.

(31) Lecuna, Vol. 1, pág. 264.

CAPITULO VII

"Los remedios a 500 leguas y en una absoluta incomunicación".
(Manifiesto de Joaquín de la Pezuela).

1816. La guerra interminable

El esfuerzo hecho para enviar la expedición Morillo había sido excesivo para el débil erario español. Ya en aquella ocasión el Gobierno tuvo que embargar a los propietarios los barcos que transportaban a la tropa, dado que no había dinero para pagarles. Por otro lado, la Junta de Reemplazos denunció la conducta de muchas autoridades locales que, agobiadas por la falta de fondos, desviaban a otros usos las cantidades que producían los impuestos creados justamente para financiar las expediciones.

Lo cierto es que, a pesar de lo que se temían los independentistas, España estaba agotada tras la implacable guerra contra Napoleón, y no disponía de las energías morales y materiales para alimentar, como hubiera sido preciso, a sus Ejércitos en Ultramar. La bancarrota de la Hacienda, la ruina de la agricultura necesitada de brazos, la falta de una poderosa Marina y la repulsión de la población hacia nuevas aventuras militares, todo dificultaba que se realizara el esfuerzo sostenido que exigía la guerra de América.

Ello, unido al aislamiento internacional de España (1) y a la tenaz resistencia de los independentistas, acabaría por anular los proyectos restauradores de Fernando VII.

Pero en 1816 todavía se creía en una solución militar del conflicto, y así se procedía a reunir en Cádiz nuevas tropas para enviarlas al otro lado del Atlántico.

Mientras tanto, fueron muy pocas las unidades que ese año llegaron a América. En concreto, éstas se redujeron a Gerona, —desembarca ese año, aunque salió de España en 1815— y dos Bata-

◆

(1) Para las dificultades con que se enfrentaba la diplomacia española de la época, ver José García León y Pizarro, *Memorias*, Madrid 1953, Vol. I, págs. 206-268. Ver también Jerónimo Becker, *La independencia de América*, Madrid 1922. "Política ultramarina de Fernando VII", de Stella —Maris Molina de Aragón, Revista de Historia Militar número 41, págs. 44-67, es un preciso resumen de la política del Rey respecto a las Indias.

llones del Infante Don Carlos, que fueron a Perú, y los Batallones I y II de Granada (2), que desembarcaron en Puerto Rico. El II continuó viaje a Venezuela, quedando el I en la isla. Por tanto, sólo cuatro Batallones llegaron al teatro de operaciones.

Daremos algunos datos de estos Cuerpos. Como hemos dicho, el I de Granada se incorporó a la guarnición puertorriqueña, absorbiendo al Batallón de Cazadores del General, que Morillo había mandado allí en 1815, y al III del Fijo de la Isla. En cuanto al II de Granada, desembarcó en Puerto Cabello, amotinándose inmediatamente (3).

Gerona siguió un itinerario complicado. Tras desembarcar en Portobelo, pasó a Chagres, y luego a Panamá. Se hizo a la vela en esta última ciudad y tras ciento veinte días de navegación llegó a Arica. Desde allí emprendió una tremenda marcha, a través de los Andes, para unirse al Ejército. Los soldados, no acostumbrados a las condiciones locales, sufrieron mucho por el soroche. Los arrieros que les acompañaban sugirieron como solución que olieran ajos, como se hacía con las mulas, al parecer con excelentes resultados.

El médico del Batallón, por su lado, ordenó dar a los soldados una bebida llamada "gloriado", hecha con agua, aguardiente y azúcar. Fuera por el ajo o por el gloriado, la unidad llegó a su destino, superando otras dificultades como el aire nocturno que producía "en la cara del soldado los efectos de un cáustico, que se neutralizaba con la médula del hueso de llamas, después de algunos días de vivísimos dolores" (4).

Por fin, los dos Batallones del Infante se habían organizado especialmente para el servicio en Ultramar el 6 de noviembre de 1815, sobre la base del III de Cantabria. Salieron de Cádiz en marzo de 1816, a las órdenes del coronel Juan Antonio Monet, con Rodil como segundo.

Como ya hemos comentado, existían además otros Cuerpos que la Junta Militar de Indias (5) estaba reuniendo en Cádiz. Eran éstos los Regimientos de Zaragoza, Burgos, Cantabria, Aragón y Cataluña. Menos el último, que contaba con un solo Batallón —el otro estaba ya en Panamá—, los demás tenían dos.

Existía también el Depósito de Infantería de Ultramar, con un Batallón cuya misión era "reclutar gente para las Provincias de América, reunir los reemplazos que se destinan a los Cuerpos Expedicionarios y dar instrucción en ellos a los individuos de todas clases que pasan a aquellos dominios". En el Puerto de Santa María existía un Depósito de Caballería, con la misma finalidad, que agrupaba a cinco Escuadrones.

Recapitulando, las tropas veteranas existentes en Ultramar a principios de 1816, y sin contar las que estaban en tránsito, eran las siguientes:

◆

(2) Como se recordará, el III de Granada estaba en Venezuela.

(3) Clonard, op. cit., Vol. IX, pág. 355.

(4) Ibíd., Vol. XII, pág. 81.

(5) Formada ese año por Castaños, Blake, Venegas, Requena, García Loygorri, Abadía, Goyereche, Pirez y Ballesteros.

En Nueva España, como Cuerpos Veteranos americanos estaban los Regimientos de la Corona, Nueva España, México y Veracruz; el Batallón de Santo Domingo; distintas Compañías sueltas de Infantería y de Caballería y los Regimientos de Dragones de España y de México.

Las tropas expedicionarias eran los Regimientos de Infantería Primero Americano, Lobera, Fernando VII, Extremadura, Saboya, Zamora y Ordenes Militares, con un Batallón cada uno, menos el último, que tenía dos. Existía también un Batallón Ligero de Navarra. En las relaciones se menciona asimismo al Batallón de Asturias, pero entonces debería estar formado sobre todo por americanos, ya que, como sabemos, la unidad había sido capturada en su integridad, y muchos de sus componentes, ejecutados. Por último, el Escuadrón de Dragones llegado de la península había formado, con personal local el Cuerpo de Dragones del Rey.

Por lo que se refiere a las fuerzas de Milicias Provinciales, eran muy numerosas. Incluían 17 Cuerpos de Infantería y 15 de Caballería, además de Escuadrones y Compañías independientes. Se conservaban, además, las llamadas "Divisiones mixtas de las Costas".

Carlos María Bustamante, en el tomo V carta segunda de su obra *Cuadro Histórico de la Revolución Mexicana*, fija el Ejército realista del virreinato durante ese período en 39.436 hombres. De ellos 11.756 de Infantería veterana y 4.233 de Caballería también veterana. Esta última era casi totalmente americana. En cuanto a la Infantería, habida cuenta de que mucha de ella era, desde un principio, local y debido a las bajas de la campaña, seguramente no reunía a más de 4.000 soldados europeos.

Guatemala y Yucatán contaban con una guarnición íntegramente americana. En la primera, estaba el Batallón Fijo de ese nombre, la Compañía del Castillo de Omoa y algunas Compañías independientes. En Yucatán, el Batallón de Campeche, dos Compañías en Bacalar y una Compañía de Dragones.

En Cuba, como Cuerpos locales estaban los Regimientos de Infantería de La Habana y de Cuba, con tres Batallones, y el Escuadrón de Dragones de América.

Las Unidades peninsulares eran el III de Navarra y el Segundo Americano.

En las dos Floridas se encontraba el Regimiento Fijo de Luisiana.

En Puerto Rico, dos Batallones de Granada y un Batallón del Fijo de la isla, en proceso de reestructuración (el II de Granada estaba en tránsito para Venezuela).

En Venezuela y Nueva Granada figuraban como Cuerpos americanos los Batallones I y II del Rey, Fijo de Puerto Rico, Corona, Barinas, Numancia y Sagunto, así como Escuadrones sueltos de Caballería.

Las tropas expedicionarias eran León, Unión, Barbastro, Victoria, Castilla, Granada y Albuera con un Batallón cada uno, y los Regimientos de Húsares de Fernando VII y de Dragones de la Unión, a tres Escuadrones. Como veremos, parte de estas fuerzas operaron durante 1816 en Nueva Granada.

En Perú se contaban como Cuerpos locales el Real de Lima y el de Voluntarios de la Concor-

dia, con tres Batallones cada uno. Además, estaban los Regimientos de Infantería de Línea N.os 1 y 2; los Batallones de Cazadores, Partidarios, Centro, Fernando VII, Granaderos, del General y Chilotes; los Escuadrones del General, Partidarios y Cazadores.

Las tropas "peninsulares" estaban representadas por el III de Talavera, que era básicamente americano. En efecto, lo había formado el teniente coronel González con americanos en torno a un cuadro de cien hombres del Cuerpo que quedaron en el Perú cuando el grueso del Batallón fue a Chile. Más tarde fué aumentando con "hombres del propio País y de Chiloé" (6). Entonces la unidad había cambiado oficialmente su nombre por el de Victoria, pero durante mucho tiempo se le siguió conociendo como Talavera.

Por fin, en Chile estaban las viejas unidades americanas como los Batallones de Valdivia y Concepción y el Regimiento de Dragones de la Frontera. Como tropa europea estaba el II de Talavera (7).

En resumen, de los tres principales teatros de operaciones, Nueva España, Venezuela y Perú, en los dos primeros las tropas regulares realistas incluían importantes contingentes peninsulares. En el tercero, en cambio, el Ejército era casi exclusivamente americano.

Persistía, sin embargo, la política de reforzar las unidades locales, ante la escasez de las europeas. En Nueva España, las tropas veteranas se veían apoyadas por numerosas Milicias. Organizadas en muchos casos por los grandes terratenientes con sus vaqueros o braceros, casi a la manera de mesnadas medievales, desempeñaban un valioso papel como fuerzas de segunda línea. Su misión era ante todo la defensa de la zona donde se habían reclutado, liberando así a los Cuerpos regulares para las operaciones activas.

En cuanto a Venezuela, "cuando el General Don Pablo Morillo... ocupó una parte de las costas de Venezuela en el año 1815, uno de sus primeros cuidados fue el de organizar fuerzas americanas a base de cuadros de oficiales y tropas expedicionarias, con el doble fin de reponer las pérdidas sufridas en un viaje tan dilatado y de utilizar los servicios de aquellos pocos americanos que por desgracia seguían con entusiasmo la causa del Rey de España" (8).

Durante 1816 las fuerzas realistas continuaron sus esfuerzos para acabar con las distintas sublevaciones.

En Nueva España, se trató sobre todo de eliminar las partidas independentistas que quedaban tras la muerte de Morelos. El nuevo virrey, Ruiz de Apodaca, que sustituyó ese año a Calleja, combinó hábilmente las operaciones militares con una política de conciliación. Para las primeras disponía de un muy respetable Ejército de unos 83.000 hombres (9), incluyendo 44.098 urba-

◆

(6) *Memoria del Gobierno del virrey Abascal*, pág. 374.

(7) El II de Talavera volvió ese año a Chile, dejando en Perú un destacamento.

(8) Manuel Antonio López, *Recuerdos históricos de la Guerra de Independencia*, Madrid 1919, pág. 68. En aquella época la palabra "pocos" parece discutible.

(9) *La caída del Gobierno español*, pág. 94.

nos. Con estas tropas se prosiguieron los enérgicos esfuerzos para terminar con los núcleos enemigos todavía existentes, reducidos ya para entonces a simples guerrillas.

En cuanto a las generosas medidas de amnistía que se dictaron, dieron como fruto la presentación de miles de independentistas, confirmándose así la tendencia favorable de los acontecimientos para la causa realista en aquel virreinato.

En Nueva Granada, Morillo organiza cuidadosamente, desde Cartagena, su ataque contra Santa Fe. Antes de ponerse en campaña deja en aquel puerto al mariscal de campo cubano Francisco Montalvo en funciones de capitán general. Como guarnición queda allí el Batallón de León, el de Puerto Rico, el de Albuera, el muy castigado III de Granada y el americano II del Rey.

La compleja operación diseñada por el general español suponía la participación de diversas columnas actuando de forma coordinada y concéntrica contra la capital enemiga (10).

Una de ellas era la llamada V División, a las órdenes de Sebastián de la Calzada. Su personal era sobre todo americano, reclutado en Barinas y agrupado en los Batallones Sagunto y Numancia, cuatro Compañías de Cazadores y dos Escuadrones.

Se había puesto en marcha desde territorio venezolano a fines del año anterior, entrando en Cúcuta el 25 de noviembre y en Pamplona el 26. Tras descansar en esta última, reanudó su avance.

El 22 de febrero de 1816 choca con los independentistas en Cachirí. En la acción, acertadamente definida como "triunfo total para el español y una gran catástrofe para la patria" (11), se distinguieron los Cazadores realistas, mandados por el puertorriqueño Matías d'Escuté, más tarde comandante del Batallón Clarines. Un ataque de los Granaderos de Numancia, Cuerpo dirigido por el venezolano Tomás de Heres, natural de Angostura, decidió la batalla. Fue acompañado por una carga de los Escuadrones de Lanceros y Carabineros, reforzados, ante la debilidad de la Caballería de la Calzada, por los oficiales de Infantería que eran plazas montadas.

Trescientos independentistas hechos prisioneros fueron enrolados en la V División.

Otra de las columnas era la que encabezaba el coronel Miguel de la Torre. Estaba compuesta por el Batallón Victoria —del que era jefe el propio La Torre—; cinco Compañías de Húsares de Fernando VII y elementos de Zapadores y Artillería.

Inició su movimiento en febrero de 1816, marchando sobre Ocaña primero y sobre Tunja después, sin encontrar resistencia gracias al triunfo de Calzada en Cachirí. Cerca de Tunja, unió sus fuerzas a la V División, tomando el mando de ambas. Con ellas entró en Santa Fe, sin disparar un tiro, el 6 de mayo. Las autoridades independentistas evacuaron la capital, replegándose hacia el Sur.

No lograron, a pesar de ello, sustraerse al cerco que previsoramente Morillo había preparado.

◆

(10) Oswaldo Díaz Díaz, *La reconquista española*, Bogotá 1964, Vol. I, págs. 49-93.

(11) Ibíd., pág. 56.

En efecto, en Occidente operaba desde septiembre de 1815 una tercera columna, dirigida por el capitán Bayer, que sucesivamente tomó Nechí y Zaragoza. Reforzada por tropas del coronel Wartela, que se hizo cargo del conjunto, marchó sobre Medellín, donde entró el 7 de abril de 1816 tras haber vencido toda oposición.

Bien es verdad que esta fue sólo relativa, gracias a la desmoralización de sus enemigos y a que los neogranadinos "generalmente deseaban el regreso de los Españoles para descansar, según decían, de las fatigas y penalidades de la guerra" (12).

La cuarta columna, situada en Pasto, obedecía al brigadier Juan Sámano. Estaba formada por 2.000 hombres, organizados en "dos Regimientos, uno de zambos y otro de patusos y limeños" (13).

Como se pone en movimiento, las fuerzas de cobertura independentistas ceden terreno hasta Popayán, donde se encontraba el Presidente José Fernández Madrid y muchos miembros del Congreso de Santa Fe que habían llegado allí desde la capital.

El 29 de junio, en la Cuchilla del Tambo, Sámano destroza los restos del Ejército de Nueva Granada, formado por los Granaderos de Cundinamarca y el Batallón de Antioquia. Sólo se salvó el de Socorro, que no participó en el combate. El 1.º de julio el general realista entraba en Popayán.

Por su parte, Morillo había avanzado por Monpox y Ocaña hasta Santa Fe, donde llegó el 26 de mayo.

Para él, la campaña había sido un éxito total. Gracias a la hábil combinación de sus columnas, y sin dar ninguna batalla importante, había tomado toda la provincia.

Ello exigió, sin embargo, tremendas marchas a algunas de sus columnas, que tuvieron que recorrer "las extensas soledades que se extienden entre Ocaña y Santa Fe, por cuyos accidentados senderos no habían pasado hasta entonces más que fieras y algún llanero audaz". En alguna de sus etapas, "no había más agua que la que podían recoger con cucharas de las pisadas de los caballos, de la cual bebíamos e hicimos una sopa de galleta" (14).

La combinación de un plan acertado con la notable resistencia de las tropas realistas, americanas y peninsulares, fue sin duda la clave de tan feliz campaña.

Desde entonces, y hasta la llegada de Santander a Casanare, años más tarde, Nueva Granada quedó controlada por los realistas, que, en el terreno militar sólo tuvieron que enfrentarse con guerrillas aisladas (15).

◆

(12) Restrepo, Vol. I, pág. 398.
(13) Sevilla, pág. 105.
(14) Ibíd., pág. 80.
(15) Para la acción de estas guerrillas, ver Díaz Díaz, op. cit., págs. 137-381, por lo que respecta al período 1815-1817. Los siguientes años hasta el principio de las operaciones de Santander se estudian en el volumen II de la misma obra, págs. 27-277.

En noviembre de 1816 Morillo partió de Santa Fe. Antes de hacerlo dictó disposiciones para su defensa, ordenando la organización de nuevas unidades americanas. Surge así el Batallón III del Rey, formado con cuadros del I y de León; el Batallón de Infantería Ligera llamado Cazadores del Rey y los escuadrones de Caballería 2.º, 3.º y 4.º. Para encuadrar a estos últimos decretó un indulto para los desertores peninsulares que se presentaran voluntariamente, tanta era la falta de europeos. Con destino a Quito crea una unidad que bautiza con el nombre de Cazadores de Tambo, y que se nutre con los hombres de Pasto que Sámano había llevado a Popayán.

Otra unidad que se levantó fue el Batallón de Cazadores de Cachirí. Un testigo de su formación ha dejado sobre él datos interesantes, que merecen reproducirse, porque reflejan cómo se crearon las unidades realistas en América (16).

El Cuerpo recibió como base "alguna gente del Regimiento de Numancia y del Batallón Fijo de Puerto Rico", a la que se añadieron "leales del país". Las Compañías de preferencia se completaron con "los soldados viejos que habían servido con Morales y Calzada, los de mayor altura, los europeos del Fijo de Puerto Rico y de los restos del Regimiento de Granada".

Es esta una estructura típica: reclutas locales, veteranos americanos y algunos peninsulares. Es también muy común la concentración de los hombres de mayor confianza —europeos, generalmente— en las Compañías de elite.

Se estableció "un taller para hacer vestuarios, zapatos, morriones, mochilas y cartucheras". Es decir, de todo lo necesario para uniformar y equipar a la unidad, excepto las armas, que eran facilitadas por las autoridades superiores.

Es curioso que el Cuerpo recibiera cornetas —características de la Infantería Ligera— y botones de plata, porque era "menos costosa que el bronce".

"En menos de un mes ya estaba el Batallón equipado y organizdo. Así se levantaban Ballatones en América".

La campaña de Nueva Granada había terminado, pues, muy favorablemente. Morillo había conseguido su segundo objetivo tras la toma de Margarita, e incluso había organizado una guarnición.

Pero en el tejer y destejer de las guerras de Emancipación, ningún éxito realista parecía destinado a ser definitivo.

Tan pronto como Morillo salió de Venezuela para Cartagena con el grueso de sus fuerzas y las de Morales, la causa independentista da nuevos signos de vida.

De un lado, porque a fines de 1815 se produce un levantamiento en Margarita, capitaneado por el español Arizmendi, al que Morillo se había opuesto a fusilar: "caso único, en la revolución americana, el de este bravo pueblo de Margarita, decidido como un solo hombre a defender sus hogares y su causa, sólo comparable a la decisión mostrada por los pastusos, algunos años más

◆

(16) Sevilla, págs. 118-124.

tarde, en favor del gobierno del Rey" (17). Con esta sublevación, los independentistas recuperan una base preciosa para futuras operaciones contra el continente.

Por otro lado, Bolívar, tras un intento frustrado por socorrer a Cartagena, parte para Haití. El 31 de diciembre está en Puerto Príncipe, donde se le unen paulatinamente emigrados venezolanos, y donde obtiene 2.000 fusiles y municiones. Logra así agrupar a 250 hombres. Con ellos y el cuantioso armamento disponible se encuentra en condiciones de trazar el esquema de un nuevo Ejército, organizando cuadros para siete Batallones —Guardia de Honor, Valerosos Cazadores, Barlovento, Girardot, Ribas, Valencia y Caracas—, dos Escuadrones —1.º y 2.º de Soberbios Dragones— y Artillería (18).

El 31 de marzo se embarca en una pequeña flotilla que había llevado a Haití a los emigrados de Cartagena.

El 2 de mayo, cerca ya de Margarita, el convoy traba combate en los Frailes con fuerzas navales realistas. Los independentistas, al mando del almirante Brion, natural de Curacao, contaban con siete goletas y una treintena de cañones. De los siete comandantes, uno era español, otro americano y los cinco restantes, franceses. Los del Rey tenían un bergantín y una goleta, guarnecidos con soldados americanos del Batallón de la Corona que creara Boves y artillados con catorce cañones.

El combate fue extraordinariamente encarnizado y se produjeron varios abordajes de arma blanca. Al final, los dos barcos realistas arriaron bandera, cuando ya sus comandantes respectivos, de la Iglesia y Ocampo habían muerto, y las tripulaciones estaban reducidas a la mitad. Las bajas de sus enemigos fueron muy inferiores, e incluyeron al propio Brion que resultó herido.

Debido a la debilidad de la Marina del Rey en América, la victoria de los Frailes bastó para abrir a Bolívar las costas de Venezuela.

El 3 de mayo llega a Margarita, estableciendo contacto con los independentistas isleños, mientras que la guarnición realista se repliega a posiciones previamente preparadas. No pierde allí demasiado tiempo, y dejando a Arizmendi bien abastecido se dirige contra su objetivo principal.

El 31 de mayo desembarca en Carúpano, ya en territorio continental. A su llegada, "la mayoría de la población de Carúpano abandonó sus hogares por sus opiniones realistas" (19). Sin desanimarse por ello, Bolívar dicta sus disposiciones. Mariño y Piar marchan a Güiría y Maturin, para levantar fuerzas. Mientras, con los 700 hombres que ha reunido, él organiza las primeras unidades de un nuevo Ejército: los Batallones Guardia de Honor, Valerosos Cazadores, Vencedor de Araure, Girardot, Guiría y Cumaná; Escuadrones de Caballería de Honor y Soberbios Dragones; un Batallón de Artillería.

En realidad, todas estas unidades eran apenas cuadros, destinados a llenarse con una exhausti-

(17) Lecuna, Vol. I, pág. 398.
(18) Ibíd., pág. 425.
(19) Ibíd., pág. 445.

va recluta que se decretó. Afectaba tanto a hombres libres como a esclavos, y prevía la ejecución de aquellos que no se presentaran en un plazo de veinticuatro horas.

El 1.º de julio, Bolívar se embarca con todos sus efectivos, desembarcando el 6 en Ocumare. La brillante operación sólo fue posible gracias al dominio del mar que había conseguido en Los Frailes. Con ella, lograba cambiar totalmente el centro de gravedad en las operaciones. Los realistas, que esperaban que avanzara por tierra desde Oriente, habían tomado sus disposiciones para cerrarle el paso. Con el movimiento, sin embargo, el dispositivo montado quedó desbordado y Caracas amenazada.

Los del Rey, por su parte, no habían permanecido inactivos ante las maniobras de Bolívar. Independientemente de la reacción defensiva local que se organizó, Morillo se apresuró a enviar de vuelta a Venezuela a Morales. Da idea de la estima en que tenía su prestigio, el que apenas le facilitó una Compañía de Infantería. El proyecto de Morillo, en efecto, consistía en que su subordinado organizara nuevas tropas locales para oponerse al ataque.

A principios de abril, Morales sale de Ocaña, y pasando por Cúcuta, Maracaibo y Coro llega a Valencia el 6 de julio.

El 9 está ya en campaña con una heterogénea columna de 400 hombres, formada por las Compañías de preferencia del Regimiento peninsular de la Unión; elementos del americano III del Rey y parte del excelente Batallón de milicias de Pardos de la ciudad. El 14, en un breve combate, dispersa a las tropas de Bolívar. Este se repliega precipitadamente sobre Ocumare, desde donde se embarca, abandonando gran parte del material. De allí irá a Güiría. Allí se reune con Mariño y Bermúdez con los que tiene un sonoro altercado. No sin grandes dificultades, y sable en mano, logra llegar a una embarcación en la que regresará a Haití. En unos pocos meses, Morales había conseguido su principal objetivo.

Podía darse por satisfecho con los resultados de su rápida intervención, pero por todo el territorio venezolano estallaban nuevos focos independentistas. Paez, Piar, Monagas, Soublette, Zaraza, Mc Gregor serán los nombres de los jefes contra los que lucharán los realistas en los siguientes meses.

Se produjeron así multitud de combates de muy escasa entidad. Quizás el único destacable fue el del Juncal, el 26 de septiembre, en el que Morales sufrió un revés que no tuvo mayores consecuencias gracias a la bizarría de los Escuadrones venezolanos realistas.

Piar, ante la dificultad de obtener resultados decisivos en Oriente, sale de Barcelona —plaza que habían evacuado los realistas tras una derrota en el Alacrán— el 8 de octubre. Dejando allí a Zaraza, parte para Guayana. Como sucedió con frecuencia en las guerras de Emancipación, en tan larga marcha "perdió por la deserción casi toda su caballería y algunos infantes" (20).

Una vez en Guayana, no obstante, consiguió resultados considerables. Los realistas no tenían prácticamente tropas en aquella provincia, reputada por su lealtad, y ante el movimeinto inopinado de Piar se tuvieron que retirar sobre la capital, abandonándole el resto del territorio.



(20) Ibíd., pág. 150.

Por referirnos a las actividades de otros jefes independentistas, Mariño llegó a asediar Cumaná, pero fracasó en su empeño cuando la plaza fue auxiliada por la guarnición realista de Margarita.

En cuanto a Páez, había logrado establecer una sólida base de operaciones en el Apure. Tras batir a una columna enemiga en el Yagual, emprendió incluso el sitio de San Fernando. El 18 de diciembre combatió con un destacamento realista que marchaba en socorro de la plaza. Su excelente caballería no logró, a pesar de todos sus esfuerzos, romper los cuadros de los infantes, "casi todos indios caribes bien disciplinados y dirigidos por oficiales peninsulares" (21). Las fuerzas del Rey pudieron así entrar en la ciudad, poniéndola a salvo.

Pero Páez no había sido derrotado y era una constante amenaza, operando con gran libertad de movimientos en un terreno casi imposible para otros hombres que no fueran los llaneros que formaban sus unidades. En efecto, "la incompatibilidad de las "habitudes" (sic) de los llaneros de Apure con las de los hombres civilizados" (22) les hacía en cambio insustituibles en su propia región.

Sin duda, fue un grave error de los realistas no saber conservar el apoyo de los llaneros, que Boves se había ganado. La llegada de Morillo, con lo que ello supuso de regularización de la guerra, implicó también la pérdida de aquellos auxiliares esenciales: "no respondían a ninguna ideología ni a ningún principio, y el único medio de contar con su apoyo, como Boves sabía, era mediante el botín" (23), Muerto el León de los Llanos, fue Páez quien supo atraerse a tan excelentes jinetes, incorporándolos a la causa independentista.

Esta recibirá a final de año un nuevo impulso cuando el 31 de diciembre, Bolívar, procedente de Haití, desembarca en Barcelona.

En el curso de 1816, pues, la situación en Venezuela cambió dramáticamente para los realistas. La provincia, apenas controlada, se había alzado de nuevo en armas y, lo que era peor, la sublevación se había extendido peligrosamente a lo largo de todo el territorio.

En la jurisdicción de Lima el año también fue pródigo en acontecimientos.

Mencionaremos en primer lugar el relevo de las más altas autoridades. Una Real Orden de octubre de 1815 había dispuesto la sustitución de Abascal por Pezuela. Este la recibió el 6 de abril, poniéndose inmediatamente en marcha para la capital, donde llegó el 7 de julio. Dejó interinamente el mando en manos del general Ramírez.

Así desapareció Abascal de la escena americana, donde había sido quizá el mejor valedor de la causa realista. Seguramente la conservación de Perú y la recuperación de Chile y de Quito se debió en gran parte a su energía y a sus dotes de mando, tan poco frecuentes entre los representantes del Rey en Ultramar cuando estallaron los movimientos emancipadores.

◆

(21) Ibíd., pág. 509.
(22) Restrepo, Vol. II, pág. 367.
(23) Lynch, pág. 24

En cuanto a Ramírez, durante su corta permanencia a la cabeza del Ejército tuvo que dedicar todas sus energías a sofocar una enésima rebelión en Cochabamba, Potosí y Charcas, no pudiendo por tanto pensar en tomar la iniciativa contra los argentinos.

El 19 de septiembre le sucedió en el mando el mariscal de campo José de La Serna, veterano de tres guerras. Entre los hombres que venían con él, luego destacarían el entonces teniente coronel Jerónimo Valdés y un joven capitán, Valentín Ferraz, que andando el tiempo llegaría a ganarse el bien merecido título de regenerador de la Caballería española.

La llegada del nuevo general en jefe fue acompañada por un reforzamiento muy considerable del Ejército realista.

En primer lugar, Pezuela, al pasar por el Cuzco camino de Lima, dio la orden de formar sobre la 7.ª Compañía de Extremadura, recien venida de Venezuela, un nuevo Batallón, al que designó II de Extremadura. De los 620 hombres que entraron en él, menos de 100 eran europeos. La unidad, aunque formalmente peninsular, era en realidad americana.

En cuanto al resto del Batallón enviado por Morillo, se completó con reclutas locales, pasando a tener la denominación de I de Extremadura.

Anotemos que, para mayor confusión, a los efectos del ministerio de la Guerra, el Cuerpo que marchó con Morillo era el II Batallón, ya que el I quedó en la Península.

Así, en 1816 Extremadura tuvo una organización ciertamente curiosa. El I Batallón estaba en España; el II, conocido en América como I, se encontraba en Perú y estaba formado mayoritariamente por europeos, pero contaba también con elementos locales; había además otro II, levantado en Perú a base de americanos con algunos peninsulares.

Otras unidades que se incorporaron ese año al Ejército fueron el Batallón de Gerona, con 660 plazas (24), y la 3.ª Compañía del 6.º Escuadrón de Artillería Ligera, que en el trayecto desde Venezuela perdió por enfermedad casi un tercio de sus efectivos. Como caballería, llegaron sendos escuadrones de Húsares de Fernando VII y de Dragones de la Unión.

Nada más llegar al Perú, los de Morillo protagonizaron un motín por problemas relacionados con las pagas. Una vez controlados, se pusieron en marcha para el interior, sublevándose de nuevo los Dragones en Pisco. La unidad no volvió a la disciplina hasta que dos hombres fueron fusilados y seis enviados a presidio.

Es muy significativo que, en su reprimenda a los rebeldes, Pezuela dijera que "jamás havían executado las tropas del país" algo parecido, recomendándoles al tiempo que "mirasen con fraternidad, con respecto y consideración a los soldados Americanos que había en él (el Ejército) defendiendo los derechos del Rey desde el principio de la insurrección con un honor y valor ejem-



(24) A fines de año, Gerona tenía ya 914 plazas. Había incorporado, pues, 254 americanos, de los Regimientos 1.º y 2.º del Cuzco.

plar" (25). Más adelante tendremos ocasión de comentar esta actitud de Pezuela, desgraciadamente poco frecuente.

Para acabar con la relación de las unidades que llegan ese año a Perú, mencionaremos a los elementos del Infante Don Carlos, que empiezan a desembarcar en diciembre.

En conjunto, a lo largo de 1816 el Ejército se aumentó con tres Batallones peninsulares, uno americano y dos Escuadrones y una Compañía de Artillería de la península. Era éste un incremento sustancial, si se recuerda que desde el principio de la guerra sólo había llegado un Batallón europeo, Talavera, que salió inmediatamente para Chile.

Veamos lo que había sucedido en el bando independentista, mientras que en el realista se producían estos relevos e incorporaciones.

Tras la derrota de Sipe-Sipe dejamos a Rondeau retirándose precipitadamente. Afortunadamente para él, a su paso surgen núcleos irregulares que establecerán una cortina entre el Ejército argentino y el del Rey.

Uno de ellos será dirigido por un antiguo coronel de Milicias, el marqués de Yavi y del Tojo, que organizará a su alrededor una especie de tropa feudal. Situándose en la quebrada de Humahuaca cubría perfectamente las avenidas del enemigo.

El otro, más importante, fue el organizado por el gobernador de Salta, Güemes, Basado en nubes de gauchos y en desertores de las tropas de Rondeu, con los que creó el famoso escuadrón de Infernales, que constituiría un obstáculo infranqueable para los realistas.

Güemes llegó a ejercer una autoridad indiscutible sobre su territorio, hasta el extremo de que Rondeau, fracasados sus intentos por doblegarlo, tuvo que pactar con él en el mes de marzo.

En cuanto al Ejército ríoplatense, a pesar de haberse visto reforzado por la llegada de French con el 10.º Batallón y dos Escuadrones de Dragones, atravesaba uno de sus momentos más bajos de moral.

Ello era sólo un reflejo de la situación general de las provincias Unidas del Río de la Plata. A pesar de su declaración formal de independencia, el 9 de julio de 1816, se hallaban entonces sumidas en la anarquía. Unitarios y federales se enfrentaban en la propia capital; las provincias se encontraban alzadas contra Buenos Aires; Artigas seguía sin reconocer la autoridad del Gobierno central y, para ensombrecer aún más el panorama, tropas portuguesas habían invadido la Banda Oriental. La causa independentista parecía próxima a destruirse por sí misma.

En principio, la situación era perfecta para lanzar una ofensiva realista, aprovechando el éxito de Viluma.

Así lo consideró Abascal, que a principios de año ordenó a Pezuela que iniciara las operacio-

◆

(25) *Memoria del gobierno del virrey de la Pezuela*, pág. 76.

nes. Este, recordando los fracasos de anteriores intentos de invasión, se pronunció por esperar la llegada de los refuerzos prometidos por Morillo.

Es entonces cuando se produce su elevación a la dignidad de virrey. Tras su partida, como hemos dicho, Ramírez se tuvo que concentrar en combatir las insurrecciones que estallaron a su alrededor.

Fueron encuentros, en general, de escasa entidad, propios de la guerra de guerrillas. En ellos, las "indiadas" levantadas, a veces mal armadas, llegaron a utilizar grandes piedras, las "lajas", que arrojaban rodando pendiente abajo contra sus enemigos. Estos continuaron haciendo gala de una ciega confianza en su superioridad. Aunque generalmente resultaron victoriosos, a veces esta actitud les llevó al desastre. Así sucedió al Batallón del General, llamado de "los Verdes", que resultó prácticamente aniquilado en uno de los choques. Los supervivientes de la unidad pasaron a integrarse en el Batallón del Centro.

Hasta el último trimestre del año, controladas las sublevaciones y llegado el núcleo de los refuerzos peninsulares, no empezaron los realistas a preparar seriamente una nueva invasión del territorio argentino.

Pezuela, que cuando era simple general se mostraba reacio a emprender la expedición, cambió de opinión al convertirse en virrey. Ello fue debido, en parte, a que se habían incorporado al Ejército los efectivos europeos que consideraba necesarios. Pero, sobre todo, a las noticias que le llegaban sobre las tropas que San Martín acumulaba frente a Chile.

Pensaba el nuevo virrey que una ofensiva por Tucumán haría desistir al argentino de cualquier proyecto de invasión para hacer frente al ataque de La Serna. El argumento era discutible.

Las grandes distancias y la previsible reacción hostil de la población local presentaban graves obstáculos a la realización de un plan tan ambicioso: "dada la enorme extensión que separa el Desaguadero del Tucumán, lo áspero y escabroso del terreno y la necesidad de mantener guarniciones en las ciudades altoperuanas, por hallarse toda la región conmovida, no era prudente lanzarse a esta empresa" (26).

A pesar de ello, La Serna, cumpliendo las instrucciones recibidas, hizo el intento. A fines de año inicia la operación, llevando a la vanguardia a Olañeta.

Los acontecimientos descritos no agotaron la crónica militar de Perú en 1816. Porque ese año se abre un nuevo frente: el naval.

El almirante Brown, no contento con su éxito en aguas de Montevideo, buscó nuevos campos para sus inquietudes. Así, en septiembre de 1815 firmó un convenio por el cual el Gobierno rioplantense le concedió patentes de corso, a cambio de que las presas que capturara fuesen vendidas en Buenos Aires y de que se le diese una participación en el producto de esas ventas. Un mes después, sale del Río de la Plata al frente de una flotilla de cuatro velas. Tras pasar el cabo de Hornos, donde perdió uno de sus barcos, a fines de enero de 1816 se presentó ante El Callao.

(26) Vargas Ugarte, Vol. V, pág. 98.

Su aparición sembró el pánico en el puerto, y aprovechándose de la confusión logró capturar dos fragatas. Animado por el éxito y por la debilidad de la Marina realista —reducida a un correo y a un falucho de Hacienda— el día 22 lanza un ataque, que es rechazado. El 27 repite el intento sin mayor éxito.

Ante el doble fracaso y la amenaza que supone la armadilla que Abascal improvisa rápidamente, se hace a la vela. Su siguiente objetivo fue Guayaquil, donde tuvo la mala fortuna de quedar su buque insignia varado durante el ataque y de ser él mismo hecho prisionero.

Tras ser canjeado por españoles que había capturado en El Callao, Brown siguió hacia el Norte. El avance de Morillo en Nueva Granada le hizo desistir de planes ambiciosos. Rehizo, pues, su ruta, entrando de vuelta en Buenos Aires en agosto de 1816.

Noticias sobre una ofensiva terrestre y naval portuguesa le llevaron a abandonar aguas argentinas. Finalmente, un buque inglés apresaría al único barco que le quedaba, que fue decretado "buena presa" por el Almirantazgo británico, perdiendo por tanto Brown sus derechos sobre él y sobre su carga.

Esta aventura no tuvo en sí mayor importancia, pero sirvió para reflejar la tremenda debilidad de la Marina Real en el Pacífico.

De la situación a principios de 1816 decía García Camba (27) y no sin justificación: "el extenso virreinato de Lima disfrutaba de completa tranquilidad y las posesiones de Buenos Aires... denominadas el Alto Perú estaban ocupadas por la superioridad de las armas españolas. Los importantes reinos de Chile y de Quito obedecían al Gobierno español, el bravo e infatigable Genera Morillo hacía grandes progresos en la pacificación del virreinato de Santa Fe de Bogotá". Efectivamente, "1816 fue el año más negro de la Revolución Americana" (28).

A fines de año el panorama era mucho menos optimista. En Venezuela se habían producido nuevos alzamientos al calor de la partida de Morillo, que se habían extendido por todo el territorio de la provincia.

El resurgir de la causa independentista en Venezuela era doblemente preocupante. Políticamente, porque demostraba los límites de la "pacificación". Allí, como en Chile y en Nueva Granada, lo que se puede calificar como reconquista, restauración o contrarrevolución sólo parecía haber servido para exacerbar los sentimientos a favor de la independencia.

Militarmente, porque cualquier proyecto de utilizar las fuerzas de Morillo en otros teatros de operaciones se convirtió en irrealizable. El Ejército realista de Costa Firme parecía abocado a una serie de campañas sin fin.

A la crisis de Venezuela pronto se sumaría otra, todavía más grave, ya que en Mendoza se fraguaba una tempestad de imprevisibles consecuencias. En cuanto a la problemática expedición

◆

(27) Op. cit., Vol. I, pág. 276.
(28) Lynch, pág. 243.

que, con tantas reservas, La Serna iniciaba en dirección de Tucumán para contrarrestar esa amenaza, partía con escasas posibilidades de éxito.

Mil ochocientos diecisiete empezaba, para los realistas, cargado de incertidumbres. Aquella guerra parecía interminable. En la Corte se preguntaban con desaliento cómo se podría vencer si generales como Morillo y tropas como las que él trajo de España no conseguían victorias definitivas.



CAPITULO VIII

"Este niño con zapatos nuevos".
(Pezuela, refiriéndose a San Martín)

1817. La pérdida de la iniciativa realista. Chacabuco

La Junta Militar de Indias y Reemplazos continuó en 1817 sus esfuerzos por alimentar la guerra en Ultramar. En la relación de componentes de la misma figuran ese año dos tenientes generales de la Armada —Alava y Villavicencio—, lo que refleja la importancia de los problemas navales que tan distantes campañas planteaban y que, sin embargo, una Marina casi inexistente nunca pudo resolver.

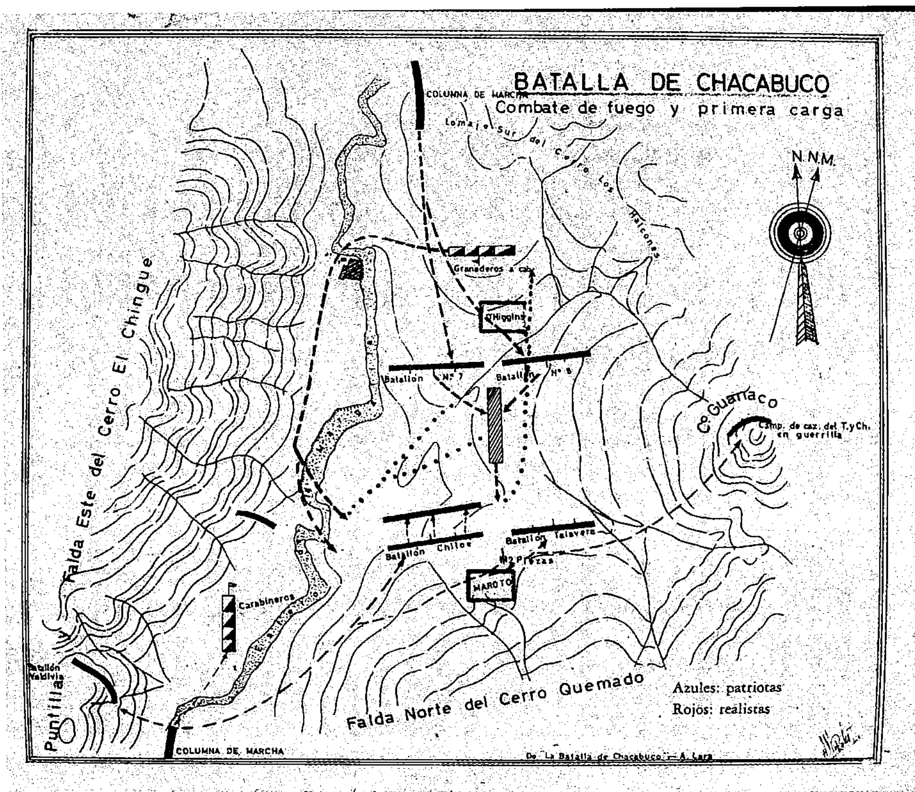
En cuanto a los cuerpos que marcharon a Ultramar, fueron los siguientes: el Regimiento de Infantería Zaragoza, con dos Batallones, a Nueva España. Los Regimientos de Infantería de Navarra y de Burgos, a Perú, también con dos Batallones cada uno. Como Caballería, tres Escuadrones, asimismo para Perú.

Como veremos más adelante, la presión de los acontecimientos hizo variar sensiblemente los puntos de destino de estas unidades. Morillo retuvo en Venezuela a Navarra al completo, al II de Burgos y a dos Escuadrones de Caballería. Sólo el I de Burgos y un Escuadrón llegarían a Arica, diezmados por el escorbuto, inevitable en aquella época de tan largo viaje.

A cambio de estas fuerzas, el general español cedió a Pezuela el I de Numancia, que tanto daría que hablar.

El resultado de estas maniobras fue una completa distorsión del plan inicial de refuerzos. Concebido bajo la idea de que en Venezuela la soberanía española estaba restablecida, y que el Perú era base de operaciones contra el Río de la Plata, no preveía tropas para la primera región, mientras que atribuía al virreinato limeño la cifra —relativamente muy elevada— de cuatro Batallones y tres Escuadrones europeos.

En la práctica, sólo llegó uno de los primeros y uno de los segundos, además de un Batallón americano como era el I de Numancia.



Batalla de Chacabuco.

Mientras, en la península se siguieron reuniendo fuerzas para Ultramar. En ese año de 1817 había en Andalucía, concentrados al efecto, cuatro Regimientos de Infantería —Rey, Soria, Asturias y Princesa— con la nueva organización de tres Batallones cada uno. Otros dos Regimientos de Línea —Cantabria y Aragón— con dos Batallones, y dos Batallones adicionales de Infantería Ligera: Canarias y II de Cataluña. La Caballería acantonada se había reforzado muy notablemente, hasta contar con los Regimientos de Farnesio y de Dragones del Rey. Al tiempo, el antiguo Depósito de Caballería se había transformado en Regimiento de Cazadores del Rey.

A efectos esencialmente administrativos, este conjunto de tropas estaba distribuido en dos Divisiones de Infantería de Línea, una Brigada de Infantería Ligera y una División de Caballería.

Estos aprestos militares se complementaban con propuestas relativas al futuro uso de las fuerzas, que reflejaban que todavía existían abogados de la mítica expedición al Río de la Plata. Así, por sólo citar un caso, un informe de 29 de septiembre de ese año indicaba (1) que "Montevideo es sin duda alguna base de operaciones militares del Río de la Plata y su posesión es de absoluta necesidad". Su autor preconizaba, sin embargo, una estrategia indirecta ante el problema que planteaba la presencia portuguesa en la Banda Oriental: "el Ejército de Chile debía ser el que obrase activamente, y no el del Alto Perú".

Para ello se le debería reforzar hasta que llegara a la cifra de 11.500 hombres. De ellos, 2.000 tenían que ser de "Caballería Ligera del pais"; otros tantos, Dragones europeos; 1.000, de Caballería de Línea peninsular; 2.000, de Infantería Ligera; 4.000, de Infantería de Línea; 500, de Artillería.

La idea era que este Ejército atacara Mendoza, para luego tomar Córdoba, después Buenos Aires y finalmente, avanzar hacia Montevideo. Era justamente el plan contrario al que San Martín puso en práctica. Este atacó Chile partiendo de Mendoza. El redactor del informe proponía, por su parte, una ofensiva desde Chile a esa ciudad argentina.

El 2 de noviembre, siempre pensando en una recuperación de la iniciativa española, se remitía a Madrid un pormenorizado estudio sobre "las preparaciones que deben preceder a la llegada del Ejécito Expedicionario del Río de la Plata para que tenga el feliz resultado que desea" (2), en el que se anticipaba incluso que se debían comprar en el Janeiro los víveres que no había en Montevideo para abastecer a la expedición.

Pero a pesar de estos preparativos marciales y de estos informes que preconizaban la continuación del esfuerzo bélico, el Gobierno de la península estaba ya por entonces convencido de la imposibilidad material de dar un solución militar al conflicto.

Desde 1811 hasta fines de 1816 se habían enviado a Ultramar unos 30.000 soldados, al coste enorme de 214 millones de reales. A pesar de este derroche de hombres y de dinero, y de éxitos como la recuperación de Chile, Quito y Nueva Granada, la victoria final parecía muy distante. Se había perdido Montevideo, la causa independentista se había recuperado en Venezuela y el Río de la Plata parecía tan inalcanzable para las armas realistas como en 1811.

◆

(1) Informe de Fernando Cacho, Montevideo, 29 de septiembre de 1817. S. H. M., legajo 9 A-12.

(2) Se conserva también en dicho legajo.

En consecuencia, en su sesión del 17 de enero de 1817, el Consejo de Estado decidió "que en vista de la demostración hecha por el Ministerio de la Guerra de los graves perjuicios que resultan de las expediciones contra los Insurgentes de América, que se vayan suspendiendo, pero con disimulo" (3). Tras la ingenua e insuficiente política conciliadora surgida en torno a las Cortes de Cádiz, y la represiva seguida desde 1814 —cuya máxima expresión fue la expedición Morillo— se intentaría conseguir una solución pacífica, aunque manteniendo la presión militar contra los independentistas.

Se intentó desde la mediación internacional hasta lo que Heredia llama diplomáticamente "la seducción" de los enemigos. Todo fracasó, sin embargo, ante la combinación de una serie de factores adversos: la falta de una verdadera voluntad negociadora por parte del Rey y de un sector del Gabinete, los intereses de las grandes potencias, la improvisación de los planes de reconciliación y los propios avances de la causa independentista.

Las autoridades realistas en América mantuvieron sus esfuerzos por aumentar las tropas disponibles, conscientes de que era una utopía esperar la llegada de un Ejército peninsular de las necesarias dimensiones como para asumir el peso de la campaña. Al mismo tiempo, las bajas sufridas exigieron una labor de reorganización de los efectivos.

En Cuba se crea por entonces el Batallón de Infantería Ligera de Tarragona —peninsular— con el Segundo Americano y las Compañías de Fusileros de Montaña que habían guarnecido tradicionalmente la isla.

En Nueva Granada surge un Batallón Provisional, "en el cual se hallan reunidas las reliquias que han quedado de los Cuerpos Fijos de estas Provincias, disueltos por efecto de la insurrección que han padecido". En realidad debió de servir como unidad de depósito, ya que no hay constancia de que interviniera en operaciones activas.

En Venezuela, el Fijo de Puerto Rico había sido incorporado al Regimiento de León, dado que ambos estaban bajos de fuerza. El segundo inició así su proceso de "americanización". En la misma línea, el Regimiento de Granada, también peninsular, quedó "reconstituido como los Dragones (de la Unión) por soldados venezolanos" (4). El propio Regimiento favorito de Morillo, el de Infantería de la Unión, crea un II Batallón, a base de personal local. Por último, los Cuerpos inicialmente americanos, como Numancia, se aumentan con nuevos Batallones.

Resultado de ello es que el Ejército realista de Venezuela, masivamente americano hasta 1815 y *europeizado* entre 1815 y 1816, vuelve a incrementar su componente local.

En Perú también hubo novedades. Las fuerzas del Regimiento del Infante, llegadas el año anterior, se refunden en el glorioso Real de Lima. La unidad resultante recibirá el nombre de Regimiento del Infante Don Carlos y contará desde un principio con los numerosos americanos que cedió el Real de Lima.

En cuanto a los Escuadrones de Cazadores, independientes hasta entonces, se agruparán en

(3) Heredia, pág. 255.
(4) Lecuna, Vol. I, pág. 253.

un nuevo Regimiento llamado de Dragones Americanos o del Perú. Menos un cuadro de 80 peninsulares, el resto de la unidad estaba formada por personal local. Por lo que respecta al Regimiento de Extremadura, que por entonces tenía el I Batallón formado por peninsulares y el II por americanos, cambió su nombre por el de Imperial Alejandro (5).

Se reformaron los Regimientos N.º 1 y 2 de Línea, americanos, para formar uno nuevo con el nombre de Unión Peruana. Los oficiales sobrantes se repartieron, independientemente de su origen, entre los Cuerpos americanos y peninsulares. Los primeros quedaron mandados por jefes en parte profesionales y en parte procedentes de Milicias. Los Sargentos Mayores, responsables de la Administración y de la instrucción, fueron también de ambas procedencias. Sin embargo, y por razones obvias, se prefería que fueran veteranos. El mando del Regimiento de la Unión Peruana se entregó a un americano, el coronel Benavente.

En cuanto a los soldados excedentes de los dos Regimientos, se decidió que se incorporaran a otras unidades, lo que provocó problemas. Trescientos de ellos, destinados al Batallón peninsular de Gerona, desertaron. El dato es interesante porque refleja la preferencia de los americanos por servir con sus compatriotas. Ello es compresible, sobre todo en el caso del 1º del Cuzco, indiscutiblemente una de las mejores unidades del Ejército, cuyos componentes —con razón— no se consideraban inferiores a ningún europeo. También demuestra lo cortos que estaban de fuerza los Cuerpos peninsulares, que constantemente tenían que ser completados con personal local.

Por último, se empezó a organizar lo que quizás luego fue la mejor unidad de Caballería realista en Perú: el Regimiento de Granaderos a Caballo. Su creador sería el luego famoso Valentín Ferraz, y utilizó como núcleo de la nueva unidad el ya existente Escuadrón del General.

Pasando a describir la evolución de la guerra en los distintos territorios, hay que aludir a un espectacular empeoramiento de la situación para los realistas de Nueva España en abril de 1817. Obedeció a la llegada del legendario guerrillero Mina, que desembarca con 600 hombres, muchos de ellos veteranos de las guerras napoleónicas. Arribaron en una flotilla de 8 velas, que transportaba 6.000 fusiles, otras tantas carabina y 30 cañones. Con su llegada, las partidas independentistas resurgieron, demostrando los límites del control realista sobre el virreinato.

Pero en esta ocasión la reacción fue fulminante. Tres naves atacaron la cabeza de puente de los expedicionarios, acabando con los cuatro barcos que allí tenían —el resto se había hecho a la vela— y volando el polvorín que habían instalado.

En cuanto a Mina, que se había adentrado en el interior, no tuvo mejor suerte, siendo acosado desde el principio por columnas integradas por lo más granado de las tropas de Apodaca: los Regimientos peninsulares Primero Americano, Extremadura y Zaragoza, y los americanos La Corona, Provincial de México, Dragones de Nueva Vizcaya y de Sierra Gorda.

◆

(5) El Regimiento peninsular de esa denominación tuvo una trayectoria extraordinaria. Se había formado en Rusia con pasados del Regimiento español de José Napoleón que el Emperador francés llevó consigo cuando invadió el pais. Muchos de sus hombres originariamente habían dejado España con la División de la Romana. Sólo volvieron tras haber atravesado Europa, literalmente, de un extremo a otro.

Las operaciones más empeñadas fueron los sitios de Comanja y de San Gregorio, donde sucesivamente se refugió Mina. En el primero destacó el recién llegado I de Zaragoza, que junto con Navarra y Dragones pie a tierra, tomó la posición a la bayoneta. Hasta veinticinco bajas de oficiales le costó la empresa, incluidos entre ellos el coronel y el teniente coronel.

Aún más prolongado y brutal fue el sitio de San Gregorio, que duró cinco meses. El Primero Americano, Navarra, Fernando VII, Zaragoza y Ordenes Militares fueron las unidades peninsulares que participaron en la larga serie de asaltos, salidas y ataques a la línea de circunvalación que se produjeron. Un intento desesperado de los independentistas por romper el cerco el 1° de febrero de 1818 puso fin al duro asedio, que costó a los realistas más de 500 hombres.

Mina, por su parte, había logrado anteriormente escapar al cerco. Tras haber hecho un intento, sin éxito, de auxiliar a sus compañeros de armas, fue acosado por una columna volante. Esta, formada por las Compañías de preferencia del Primero Americano y del Zaragoza, transportadas a la grupa por los Dragones de San Luis, de San Carlos y de Sierra Gorda, le persiguió sin tregua. En septiembre fue capturado, por fin. El 11 de noviembre será fusilado.

Aunque fracasó, la romántica aventura del ex-guerrillero, más identificado, como muchos liberales españoles, con los independentistas que con Fernando VII, produjo sus efectos. "Quedó estremecido el reino, agitados los espíritus y no sin alguna aprensión el Gobierno desde que había visto la facilidad con que un aventurero había sabido formarse una peligrosa opinión en el país y ponerse en actitud de desafiar su poder" (6).

En efecto, aunque la soberanía española no llegó a verse seriamente amenazada por la expedición, era preocupante para el virrey constatar que después de tantos años de lucha, y disponiendo de la segunda mayor concentración de tropas peninsulares en América, la situación seguía siendo inestable. En su trabajo "La Causa buena", Ancher ha documentado ampliamente el enorme costo que para México y para el Ejército realista supusieron las interminables operaciones de contraguerrilla que continuaron aún después de la destrucción de los principales núcleos independentistas.

En Venezuela, mientras tanto, las operaciones adquirieron una amplitud hasta entonces desconocida.

Una de las principales bases que ese año los independentistas consolidaron fueron los Llanos, una región de cuyas difíciles condiciones han dejado fiel recuerdo los testimonios de la época. "El piso era abrasador y ceniciento como la lava molida de un volcán" (7). Las tropas por la noche se refugiaban en pequeños bosquecillos, único sitio donde había agua y leña, pero "los encontrábamos llenos de tigres y culebras mortíferas, y una peste tal de garrapatas de todos los tamaños que no nos permitían conciliar el sueño" (8).

Si en la estación seca aquellas tierras eran poco hospitalarias, en la húmeda no eran más agradables. Grandes extensiones se inundaban, sin que "hubiese tropa alguna que lograse transitar por aquellas dilatadas sabanas que en el mes de junio parecen un lago inmenso, sin orilla" (9).

(6) Torrente, pág. 236.
(7) Sevilla, pág. 130.
(8) Ibíd.
(9) Antonio López, pág. 29.

Incluso la fauna que habitaba aquellos parajes suponía un continuo peligro. Las Memorias de la época contiene numerosas alusiones a las bajas producidas por los "tigres" (jaguares), ocelotes, pumas, "caribes" (pirañas), tembladores, caimanes, boas y serpientes de cascabel.

Conseguir alimentos tampoco era fácil. La Caballería se agotaba en la captura de las reses, con la consecuencia de que los jinetes, molestos por el trabajo adicional que suponía abastecer a los infantes, les reservaban los peores trozos. En ciertas épocas, incluso obtener forraje era imposible, hasta el punto de que, según Sevilla, el caballo de un oficial español aprendió a comer carne.

Como hemos comentado, sólo los originarios de la región podían moverse allí con libertad: "los Llanos se oponían a nuestros invasores con todos los inconvenientes de un desierto, y si entraban en ellos, nosotros conocíamos el secreto de no dejarles ninguna de las ventajas que tenían para nosotros. Los ríos estorbaban la marcha de aquellos, mientras que para nosotros eran pequeños obstáculos, que sabíamos salvar cruzando sus corrientes con toda facilidad, como si estuviéramos en el elemento en que nacimos" (10).

Para combatir allí hacían falta hombres que "se alimentan sólo de carne, sin pan ni sal ni otro condimento alguno. No necesitan calzado y viven siempre a la intemperie; duermen en la sabana o en el bosque lo mismo que si estuvieran bajo el más cómodo techo" (11). Sólo los llaneros reunían esas condiciones, y, desgraciadamente para los realistas, en aquella época eran sus enemigos.

Pero tan infernal región, desierto durante la época seca y mar durante la húmeda, era vital. Ciertamente, "quien tuviera los Llanos tenía la llave de Venezuela". Constituía, de un lado, una magnífica línea de operaciones para actuar contra todo el territorio. De otro era una enorme reserva de ganado para alimentar a los hombres y de caballos para montarlos.

Eran éstos tan numerosos que se podían organizar "Escuadrones a la vez, encerrando las grandes mandrias de potros, y a la voz de «a coger caballos por Escuadrones» cada soldado tiraba su lazo, cogía el suyo y con las precauciones acostumbradas ensillaba hasta montarlo; a una voz de mando se quitaban los tapaojos, siendo curioso ver muchas veces 500 ó 600 hombres jineteando a un tiempo" (12). Páez (13) calculaba que en Apure, en 1817, pastaban 500.000 caballos y un millón de reses.

El problema es que "los llaneros no servían sino al que poseyera los Llanos" (14) y éste era Páez, cuyo Ejército, según sus propias palabras, "en su mayor parte se componía de los mismos individuos que a las órdenes de Yáñez y Boves habían sido el azote de los Patriotas" (15).

Las noticias sobre el recrudecimiento de la sublevación en Venezuela, llevaron a Morillo a trasladarse con el grueso de sus fuerzas a aquel territorio, dejando a Sámano al frente de Nueva Gra-

◆

(10) Páez, pág. 129.
(11) Ibíd., pág. 115.
(12) Rafael Urdaneta, *Memorias*, Madrid 1916, pág. 104.
(13) Op. cit., pág. 66.
(14) Urdaneta, pág. 131.
(15) Páez, pág. 165.

nada. El Ejército tuvo que recorrer más de 300 leguas de un país "casi desconocido, exhausto y desierto", sufriendo "los males de una plaga inmensa de mosquitos y garrapatas y de millones de insectos enemigos del hombre, que parece ha colocado la Providencia en aquellas apartadas regiones que jamás pueden ser habitadas. El paso de tanto río navegable sin canoas a propósito; de los caños profundos y valles pantanosos ha puesto a la más dura prueba a nuestros valientes e infatigables soldados. El hambre, la disentería, las calenturas, han ejercido su cruel imperio en aquellos desiertos" (16).

Para entonces, las tropas peninsulares habían quedado ya reducidas en un tercio, y se habían completado las bajas con americanos.

El movimiento desde Nueva Granada estaba plenamente justificado, pero equivalía a ceder la iniciativa a los independentistas. A partir de entonces Morillo acudiría de un punto a otro intentando batir a sus enemigos. Aunque en el plano táctico tomaría la ofensiva en distintas ocasiones en los próximos años, a nivel estratégico quedó reducido a la defensiva desde principios de 1817.

El primer combate de importancia se produciría el 28 de enero, en Mucuritas. Por parte realista participó en él la División de La Torre, con el Batallón Cachirí; el II de Numancia, de Pardos; una columna de Cazadores peninsulares; elementos de Húsares y de Artilleros europeos, éstos últimos utilizados como Caballería, y Escuadrones venezolanos. Por parte inedependentista, Páez con "cuatro mil caballos, montados por los mejores y más osados jinetes del mundo" (17).

Ante tan peligroso enemigo, La Torre ordena a sus hombres que corten las balas para hacer con ellas postas. Era ésta un práctica a la que se recurría en casos especiales. Hacía perder alcance a los proyectiles, pero a cambio se incrementaba la superficie batida. Manda también a la Infantería "doblar filas", pasando de un fondo de dos soldados a uno de cuatro, con lo que la formación resultaba más adecuada para aguantar el inminente choque.

Páez, en efecto, lanza una primera carga a ultranza. Sevilla la vió desde las Compañías del Batallón de Cachirí y confiesa que "al ver sobre nosotros aquel desencadenado torrente creí que era llegada mi última hora". Sin embargo, "las postas hicieron su efecto en aquellas masas; no eran balas, sino una granizada de plomo lo que nosotros arrojábamos sobre los insurgentes". Tan apurada fue la situación, que los realistas tiraron sobre sus propios Húsares que, arrollados, galopaban mezclados con los enemigos.

Ante el fracaso del primer ataque, Páez lanza hasta trece más. Todos serán rechazados por los infantes, que han pasado a formar cuadros. Pero no sin dificultades: "algunos restos de sus mutilados Escuadrones arrebataban nuestras murallas de carne humana, y se metían dentro del cuadro, llevando los jinetes escondida la cabeza a lo largo del cuello de sus caballos y sus lanzas terciadas" (18). La Infantería cerró siempre sus filas a tiempo, tapando las brechas y acabando con los valerosos jinetes que habían penetrado en la formación.

◆

(16) Morillo al Ministro de la Guerra, 1° de abril de 1817. Recogida en Rodríguez Villa, Vol. I, pág. 288 y siguientes.

(17) Sevilla, pág. 149. La cifra es ciertamente exagerada.

(18) Ibíd., pág. 151. Para la descripción de este combate desde el lado realista hemos seguido a Sevilla.

Páez, al comprobar que sus cargas no daban resultado, ordenó prender fuego a la paja de la sabana, esperando así destruir al enemigo. La Torre, maniobrando con serernidad, evitó el nuevo peligro, completando su repliegue en orden.

El general independentista consideró la acción como "el primer revés que sufría el Ejército de Morillo después de su llegada a Costa Firme" (19). El propio Morillo rindió homenaje a los Escuadrones de Páez (20). El combate, desde luego, había dado ocasión a cada uno de los dos bandos de demostrar sus cualidades y sus limitaciones. Por parte realista había que destacar la solidez de la Infantería y la insuficiencia de la Caballería. En el bando independentista la situación era justamente la opuesta. Páez apenas tenía infantes, y eran de inferior calidad. Sus jinetes, en cambio, superaban con mucho a los del enemigo.

La batalla de Mucuritas no tuvo resultados importantes. El momentáneo retroceso de la División de La Torre no duró ni un día. Una vez unida a Morillo, reanudó el avance, entrando en San Fernando de Apure.

Desde esa población, el general en jefe realista organiza un destacamento de socorro para ayudar a Angostura, invadida desde el año anterior, como sabemos, por Piar. La integran el Batallón de Cachirí, la columna de Cazadores peninsulares y 50 Húsares. La Torre, seguramente el mejor oficial con que contaba Morillo, se pone al frente de la fuerza. Navegando por el Apure y el Orinoco llega a su destino el 27 de marzo. Allí incorpora a la mínima guarnición existente: dos Compañías de Barbastro y Urbanos, "pues en población tan realista pocos se excusaban de tomar las armas" (21).

El 11 de abril, La Torre decide hacer una salida en fuerza para "airear" su posición y recoger víveres. En San Félix choca con Piar, con unos efectivos ligeramente superiores formados por los Batallones Guardia de Honor, Conquista de Guayana y Barlovento —en cuadro todos— y la excelente Caballería de Cedeño. Antes de que los realistas puedan desplegar caen sobre ellos, deshaciéndoles rápidamente. Los peninsulares fueron dispersados casi sin combatir. De Cachirí se mantuvieron agrupados 250 hombres, "llaneros y soldados viejos" (22).

Los prisioneros americanos pasaron a reforzar los Batallones independentistas. Se respetó también la vida de los cornetas y tambores peninsulares, práctica de la que hay otros ejemplos, quizás por la corta edad que tenían los soldados que desempeñaban esas funciones.

Tras su derrota, La Torre sólo contaba con unos 400 hombres, incluyendo la guarnición original de Angostura y los restos de su columna. No tuvo, pues, otra solución que encerrarse en la plaza, mientras Piar establecía el cerco.

El sitio de Angostura fue quizás "el más heróicamente defendido de toda la Costa Firme" (23). Los choques eran casi diarios, pero siempre sin resultados decisivos. Para mediados de mayo,

◆

(19) Páez, pág. 155.
(20) General Morillo, *Memorias*, pág. 97.
(21) Lecuna, Vol. I, pág. 518.
(22) Sevilla, pág. 161.
(23) Ibíd., pág. 167 y sigs.

la plaza estaba sin víveres. La Torre compró la última galleta por dos onzas de oro. Un huevo costaba un peso, y sólo se conseguía "dando pescozones a los pulperos". Hubo finalmente que sacrificar el caballo del Brigadier. La Torre "se reservó para sí la asadura salada de su magnífico corcel".

Desesperados por conseguir alimentos, los sitiados se dedicaban a acechar a los enemigos montados que se ponían a tiro, para matar a sus caballos. Cuando lo conseguían, tenían que salir de las fortificaciones a recoger el animal muerto, lo que provocaba escaramuzas y, a veces, nuevas pérdidas. A pesar de ello "ni un sólo español hubo que no entrase a nuestros parapetos el caballo que había caído".

La carne así obtenida no era bastante, desde luego, para satisfacer las necesidades de la guarnición: "no quedó en la plaza perro, gato, ni rata que no comiéramos". Devoraron hasta el cuero con que estaban forrados los baúles.

Pero, para el 15 de julio, "nos moríamos materialmente de hambre, lo mismo los hombres que las mujeres y los niños". Tras haberse comido hasta los hierbajos que crecían entre las piedras, el 16 empieza la evacuación de la ciudad. El 20, la guarnición y la "emigración" que le acompañaba, desembarca en Fortalezas. La solución fue sólo transitoria, porque pronto los víveres empiezan a faltar también allí. El 10 de agosto se abandona esta última ciudad.

A partir de entonces la retirada primero por el río y luego por mar, hasta que los supervivientes llegaron al Norte de Venezuela, fue una tragedia. Acosada por las naves de Brion venidas desde Margarita y por fuerzas sutiles, la flotilla realista que transportaba tanto a los supervivientes de la guarnición como a la "emigración" fue diezmada. Cientos de militares y civiles murieron.

Así se perdió "Guayana, el punto más importante de Costa Firme, y el que poseído por los rebeldes va a poner en duda el feliz éxito de las armas del Rey" (24). Dueño de tan importante base, Bolívar, que había tomado formalmente el mando el 2 de mayo, podía utilizar el Orinoco para escoger su siguiente objetivo.

Pero en 1817 las operaciones en territorio venezolano no se limitaron al Apure y Guayana.

Mariño prosiguió sus esfuerzos contra Cumaná, iniciados el año anterior siempre sin éxito. Estando frente a la plaza, recibió una petición urgente de ayuda formulada por Bolívar.

Este, como sabemos, se encontraba a principios de 1817 en Barcelona, donde el 9 de enero hizo una salida, siendo derrotado. Poco después, su situación empeoró sustancialmente cuando los realistas empiezan a reforzarse con la llegada de Real, Morales y Aldama con el Regimiento de la Unión, el Batallón de Granada, los Dragones de la Unión y Caballería Venezolana.

Mariño no perdió tiempo en unírsele con el grueso de sus hombres poniéndose al frente del conjunto. Dejó el mando de la provincia de Cumaná en manos de Urdaneta, asistido por un coronel llamado José Antonio Sucre.

◆

(24) Morillo al Ministro de la Guerra, 8 de mayo de 1817. Recogida en Rodríguez Villa, Vol. I, pág. 296.

Los realistas, al ver a sus enemigos así reforzados, se limitaron a observar la plaza de Barcelona. Morillo, indignado ante tal pasividad, se quejó al Ministerio de la Guerra de que "se ha perdido la mejor ocasión que puede presentarse para dar la paz a Venezuela" (25). El brigadier Pascual Real perdió el mando por este motivo, mientras que Morales era relevado para dar cuenta de los excesos que se le atribuían. Aldama quedó así al frente de los realistas.

Bolívar, consciente de que poco podía hacer aislado en Barcelona, sale de la ciudad hacia Guayana con el grueso de sus fuerzas (26). Aprovechando la oportunidad que se le brinda, el 7 de abril Aldama se apodera de la plaza.

Morillo, mientras tanto, se preparaba para marchar en persona hacia Guayana para operar conjuntamente con La Torre. Pero en mayo recibe la noticia de la derrota de éste en San Felix. Ello, y el inicio de la estación de las lluvias, le hizo cambiar de opinión.

Había tenido también aviso de la llegada de la División Canterac. Formada por los dos Batallones de Navarra, el II de Burgos, un Escuadrón de Lanceros, uno de Cazadores a caballo y una Compañía de Artillería, tenía órdenes de recuperar Margarita y luego continuar viaje al Perú.

Morillo decide pues abandonar su proyecto sobre Guayana y unirse a Canterac para atacar la isla. Quizás, como se ha dicho (27) "éste fue un error de grave trascendencia". El grueso de los enemigos se encontraba en torno a Angostura. Sólo allí, por tanto, se podía conseguir una victoria decisiva. Es cierto, también, que desde el principio de la guerra Margarita no había dejado de ser una base de operaciones contra el Norte de Venezuela. Pero en 1817, el centro de gravedad de las operaciones se había trasladado a Guayana, como el mismo Morillo reconoció al Ministro de la Guerra en la carta ya citada.

En cualquier caso, siguió adelante con su nuevo plan y el 10 de julio desembarcó en la isla. Los combates fueron durísimos, para sorpresa de las tropas recién llegadas de la península. Estas, con su habitual desprecio hacia los independentistas pudieron comprobar que eran rivales muy dignos de ser tenidos en cuenta. El general en jefe, no sin malicia, informó a las autoridades de Madrid de este "descubrimiento" de las orgullosas unidades de Canterac. En la isla lucharían Navarra, Burgos y Compañías de Unión y Barbastro, más tarde aumentadas con el resto del Regimiento de la Unión, y el Batallón americano de Cazadores de la Reina Doña Isabel.

Cuando todavía Margarita no estaba completamente dominada, Morillo es informado de la evacuación de Guayana por La Torre. Se ve forzado entonces a suspender las operaciones y volver a toda prisa con sus hombres para prepararse a recibir la inevitable ofensiva de Bolívar.

El dispositivo que adopta es el siguiente: en Guiría, los Batallones Reina Isabel y Clarines. En

◆

(25) Del mismo al mismo, carta de 1° de abril de 1817, en Rodríguez Villa, Vol. I, pág. 294.

(26) Mariño, para entonces, había regresado a Cumaná. La mayoría de sus tropas le abandonaron para unirse a Bolívar. El resto sería batido por los realistas el 13 de julio.

(27) O'Leary, Vol. I, pág. 494.

Cumaná, el de Granada y uno Provisional. En Barcelona y la Guaira, Barbastro. En Puerto Cabello se concentran a su regreso de Guayana los restos de Cachirí y Artillería volante.

El Cuerpo de Operaciones constaba de la I División, formada por los Batallones I de Castilla y de la Unión, Húsares de Fernando VII y un "corto Escuadrón de Lanceros del pais". Más tarde, Morillo sustituirá a la Unión por el II de Navarra. La División, al mando de La Torre, estaba en el Calvario y el Sombrero. La IV, dirigida por Aldama, se hallaba en Nutrias. Consistía en un Batallón de Victoria, el III de Numancia, los Dragones de la Unión, los Guías del General y Lanceros venezolanos. La V, de Calzada, se encontraba en San Fernando de Apure y Camaguan. Tenía el Batallón de Barinas, el llamado Regimiento de Dragones Leales de Fernando VII y un Escuadrón más de Dragones "organizado al uso del pais". Por fin, la II División, en Caracas y sus alrededores, contaba con el II de Burgos, dos Batallones de Navarra y un Escuadrón peninsular de Lanceros del Rey (28).

Hay que señalar que, si bien la Infantería del Ejército estaba aproximadamente al completo, la Caballería se encontraba en una situación muy diferente. La larga marcha desde Nueva Granada a Venezuela de principios de año la había dejado prácticamente aniquilada. En septiembre de 1817 se encontraba todavía en pleno período de organización. Descartando las unidades peninsulares —Húsares de Fernando VII, Dragones de la Unión y Lanceros del Rey—, las demás estaban siendo constituidas por entonces.

El "Regimiento" Guías del general estaba siendo formado por Remigio Ramos; el de Lanceros de la IV División, por Antonio Ramos y los Dragones Leales por Salvador Gorría. Cada uno de estos tres Cuerpos debía contar con cuatro Escuadrones. De sus comandantes, Gorría era peninsular, y los otros dos venezolanos (29).

Frente a estas fuerzas, los independentistas estaban agrupados en tres núcleos: Páez, entre Apure y Arauco con 1.500 jinetes y un Batallón; Zaraza en Llanos de Arriba con 1.200 caballos y otro Batallón; Bolívar en Guayana con el grueso de la Infantería, que intentaba aumentar.

Antes de que acabara el año, Bolívar decide iniciar la ofensiva. Para ello, a partir de septiembre, empezó a enviar refuerzos a Zaraza. El mismo partió de Angostura en noviembre con tropas adicionales.

La Torre, en lugar de permanecer inactivo, salió desde Calabozo con su I División, para batir a los independentistas antes de que consiguieran una superioridad numérica excesiva. El 2 de diciembre se dará el combate del Hato de la Hogaza. El español llevaba el I de Castilla y el II de Navarra, dos Escuadrones de Húsares de Fernando VII y el Escuadrón de Lanceros de Calabozo: 900 fusiles y 300 sables.

Zaraza tenía unos 2.000 hombres, mitad Caballería y mitad Infantería.

La batalla fue corta. Los jinetes independentistas venezolanos, quizás en la peor intervención de su historia, fueron rápidamente barridos por los realistas, peninsulares y americanos, a pesar

(28) Rodríguez Villa, Vol. I, págs. 252-54.
(29) Lecuna, Vol. II, pág. 68.

de su superioridad de tres a uno. Derrotada la Caballería de Zaraza, los infantes realistas no tuvieron dificultades en deshacer, ayudados por los Húsares y los Lanceros, a los Batallones enemigos. La columna fue prácticamente aniquilada. Las bajas realistas fueron pequeñas, pero entre ellas figuraba el propio La Torre, que resultó herido.

Al enterarse de la derrota, Bolívar volvió sobre sus pasos, regresando a Guayana, donde organizó una leva general. Envió también instrucciones a Páez para que se preparara para la próxima campaña y a Zaraza para que reforzase sus maltrechas unidades. Sin desanimarse por el revés, "funesta noticia, que frustaba sus planes" (30), el Libertador se preparaba activamente para marchar al Apure a unirse con Páez.

Este último hizo el 17 de diciembre un intento por tomar San Fernando, que fracasó.

El año acabó, pues, sin que se dilucidara la situación en Venezuela. Se habían producido, no obstante, una serie de acontecimientos ominosos para la causa realista, que resultaban alarmantes. En primer lugar, se había perdido Guayana. En segundo lugar, Bolívar había arrebatado la iniciativa a Morillo. Le hizo pasar precipitadamente de Nueva Granada a Venezuela y, después, le obligó a abandonar sus operaciones en Margarita para volver al territorio continental. Por último, la pujanza que tomó el movimiento independentista llevó al general español a "robar" al Perú la División entera de Canterac. Y sin embargo, en 1817 Pezuela necesitaba todas las tropas de las que pudiera disponer.

A principios de año, La Serna inicia la invasión del territorio argentino, con Tucumán como objetivo. Lleva el Batallón de Gerona y el I de Extremadura, ambos peninsulares, y los americanos de Voluntarios de Castro, Cazadores y Partidiarios.

La Caballería constaba de los Escuadrones de Húsares de Fernando VII y Dragones de la Unión, europeos, el mixto de Escolta del General —luego Granaderos de la Guardia— y los americanos de Cazadores y de San Carlos. En total, 2.780 bayonetas, 700 sables y 12 piezas de Artillería.

Belgrano, que había relevado a Rondeau en agosto de 1816, carecía de elementos regulares para hacer frente a "tropas que eran las mejores del mundo, puesto que habían vencido a las mejores de Europa; formaban parte de ellas Batallones y Escuadrones americanos probados en seis años de guerra, que habían vencido a las mejores tropas argentinas... Su número, su armamento, su táctica y la inteligencia militar que las dirigía eran superiores a los de sus contrarios" (31).

Aunque el elogio parece algo excesivo, es cierto que La Serna podía afrontar sin graves riesgos un choque frontal. Pero su enemigo no le dará opción. En vez de oponerle un Ejército, recurrió de nuevo a "la guerra de gauchos".

García Camba, que la sufrió, dejó una buena descripción de sus protagonistas: "los gauchos eran hombres del campo, bien montados y armados todos de machete o sable, fusil o rifle, de los que se servían alternativamente sobre sus caballos con sorprendente habilidad, acercándose

◆

(30) O'Leary, Vol. I, pág. 527.
(31) *Belgrano*, pág. 315.

a las tropas con tal confianza, soltura y sangre fría, que admiraba a los militares europeos que por primera vez observaban a aquellos hombres, extrordinarios a caballo" (32).

Los españoles descubrieron una guerra de guerrillas nueva, tan eficaz como la que ellos mismos habían practicado en la península.

Fueron poco afortunados los realistas al tener que luchar en aquel año de 1817 contra dos de los mejores tipos de jinete: el llanero venezolano y el gaucho argentino.

Como en ocasiones anteriores, Olañeta llevaba la vanguardia y, también como había sucedido antes, pronto comprobó que sólo era dueño del terreno que pisaba. Güemes lanzó contra él centenares de gauchos, que dificultaban todos sus movimientos. Una osada correría que hizo el argentino Marquiegui (33) sólo sirvió para confirmar los problemas que iban a perseguir a los de La Serna durante la desdichada campaña.

El 7 de febrero, el grueso de las unidades realistas estaba en Jujuy, que encontraron casi abandonado.

Pronto su situación se hizo comprometida: "los ataques sobre los puestos avanzados eran frecuentes; la pérdida de toda mula o caballo que se separaba sin escolta de la población era segura; no se descansaba, pues, ni de día ni de noche" (34). Cada salida a forrajear se convertía en un combate feroz. En uno de ellos fueron aniquilados los 25 jinetes de la guardia de prevención del Escuadrón de Granaderos, que estaban tan lujosamente vestidos que sus atacantes los tomaron por oficiales. Murió en el choque el capitán que los mandaba, que con la ciega arrogancia frecuente entre los peninsulares había presumido de que le bastaba su sola Compañía para llegar hasta Buenos Aires.

Estas dificultades no bastaron a Pezuela para que reconsiderara sus planes. Al contrario, insistió para que La Serna continuara la ofensiva. A tal efecto le reforzó con dos unidades americanas: el II de Extremadura y el Segundo Escuadrón de Cazadores.

Mientras, los independentistas seguían campando por sus respetos. Una columna ligera envidada por Belgrano al mando del coronel Lamadrid y formada por Dragones, Milicias e Infantería montada cortó con un golpe de mano las comunicaciones realistas cerca de Yavi. No contentos con eso, el 1 de marzo toman Humahuaca, defendida por individuos del antiguo 1° del Cuzco.

Para limpiar su retaguardia La Serna tuvo que desprenderse de una parte apreciable de sus fuerzas, incluyendo el Batallón de Castro, los Húsares de Fernando VII y parte del Escuadrón de Castro. Cuando éstas regresan, el general se decide a reanudar el avance. En Jujuy tenía graves problemas de abastecimiento, y además habían empezado "a picar las calenturas intermitentes,

◆

(32) García Camba, Vol. I, pág. 315. El español no oculta su admiración por los gauchos, tan capaces de luchar a caballo o pie a tierra como de capturar a lazo a los centinelas realistas.

(33) Emilio A. Bidondo, *Coronel Juan Guillermo de Marquiegui*, Madrid 1982, págs. 69-100.

(34) García Camba, Vol. I, pág. 329.

notándose que los soldados peruanos las adquirían con más prontitud y en mayor número que los europeos" (35).

Por fin, el 13 de abril sale con dirección a Salta. Dejó tras de sí a Olañeta para que protegiera su línea de comunicaciones, y llevó al Batallón de Gerona, a los dos de Extremadura, a los Húsares de Fernando VII, Dragones de la Unión, Dragones Americanos y Granaderos de la Guardia.

Sin excesivas dificultades se abre paso entre sus adversarios, poco aptos para los combates frontales. La Infantería realista era de una conocida solidez, y en cuanto a los jinetes, dice uno de sus enemigos (36): "en un combate regular era indisputable la superioridad de la Caballería española".

Pero una vez en Salta, la situación no mejoró un ápice y de nuevo hubo que combatir a diario para obtener los víveres necesarios. Uno de columnas volantes que se enviaron con este fin tuvo que batirse, por ejemplo, dos días enteros en el camino al Bañado. Los gauchos deshicieron el Escuadrón de Dragones de la Unión que marchaba en ella, e hirieron de muerte al jefe del destacamento, el prestigioso coronel Sardina (37). Sólo la serenidad de Gerona que, formado en cuadro, rechazó todos los ataques al grito de "viva el Rey", evitó una catástrofe mayor.

Estaba claro, no obstante, que toda la provincia se hallaba alzada en armas y que las posibilidades de los realistas de mantenerse en ella, no ya de avanzar, eran mínimas.

Dos acontecimientos adicionales decidieron por último a La Serna a dar la orden de retirada.

Uno de ellos fue la continuación de las actividades de Lamadrid sobre su retaguardia, eludiendo todas las columnas de castigo y apoyándose en las fuerzas de los "republiquetas".

El otro, mucho más grave, fue la noticia de la ofensiva de San Martín.

Temeroso de verse cortado, el 4 de mayo por la noche el general español inicia la evacuación de Salta. Aún entonces tuvo sorpresas desagradables, como cuando los gauchos lanzaron sobre su vivac una avalancha de yeguas arrastrando cueros atados a las colas, lo que sembró la confusión entre las tropas.

El día 6 está en Jujuy, que también da órdenes de abandonar. El 13 sale la vanguardia con Olañeta, los Batallones de Castro y Partidiarios, y los Escuadrones de Húsares, Dragones y Cazadores. Era tal la penuria de elementos de todo tipo que sufrían los realistas que, una vez llegado Olañeta a Tilcara, mandó de regreso a Jujuy al Batallón de Castro, escoltando las mulas disponibles, que no bastaban para mover al Ejército de una sola vez. El 21 de mayo sale de la ciudad La Serna con el resto de las fuerzas.

◆

(35) Ibíd., pág. 320.
(36) Paz, pág. 359.
(37) Este oficial, ex-guerrillero con El Empecinado en la Guerra de Independencia de España, había llegado al Perú al frente del Cuarto Escuadrón de Dragones de la Unión.

Un mes después se encontraba de regreso en lo que había sido su base de partida. Las tropas se encontraban en estado lamentable. Apenas quedaban 25 monturas aptas para el servicio, hubo que salvar las sillas a lomos de llama y hasta los enfermos se alimentaban de carne de caballo y de "burro". Sin haber perdido una sola batalla, el Ejército estaba derrotado y su Caballería aniquilada.

En agosto, Olañeta haría un incursión sobre Humahuaca, pero únicamente para demostrar que sus tropas todavía mantenían el espíritu ofensivo. Tras el fracaso de 1817, los realistas no volverían a intentar una invasión en fuerza de Buenos Aires.

Queda sólo por anotar brevemente que en ese año prosiguieron las operaciones contra las "republiquetas" del Alto Perú iniciadas en años anteriores. En ellas se distinguieron sobre todo una serie de unidades que en la práctica se especializaron en la contra-guerrilla, como los Batallones del Centro, Partidiarios y Castro. Aunque nunca lograron acabar definitivamente con todos los focos rebeldes, obtuvieron éxitos importantes en una guerra oscura y despiadada llevada a cabo, por parte independentista, a golpe de macana y a pedradas. Fueron operaciones feroces, en las que un Batallón entero podía ser matado a palos y en la que se descabezaba al enemigo muerto. Los realistas emplearon en ella no sólo a peninsulares, como Espartero y Olarría, sino también a oficiales americanos como Aguilera, Alvarez y Lavín.

De los principales jefes independentistas. Muñecas, Padilla, Warnes, Camargo y Lanza sólo el último seguía vivo a fines de 1817. Indudablemente, las "republiquetas" sirvieron "con sus derrotas más que con sus victorias a la causa de la independencia" (38), obligando a los realistas a distraer del teatro de operaciones principal una parte importante de sus siempre escasos recursos.

Pero el principal acontecimiento del año se producirá muy lejos del Alto Perú, y será la consecuencia de operaciones militares que en nada se parecerán a la guerra de guerrillas.

Nos referimos a la campaña de San Martín contra Chile.

Durante su período al mando del Ejército que se oponía a las fuerzas realistas de Perú, el general argentino se había convencido de la imposibilidad de conquistar el virreinato limeño con un ataque a través del Desaguadero. En el pasado ambos bandos habían probado esa ruta para invadir el Río de la Plata, y en todas las ocasiones sólo habían cosechados fracasos.

El plan que concibió San Martín fue empezar a desmoronar el poder realista en el Cono Sur operando contra Chile. Una vez ocupado este objetivo, se convertiría en base de operaciones contra Perú. Se trataba pues, sólo que a la inversa, de seguir una estrategia indirecta como la que algunos realistas preconizaban para atacar Buenos Aires.

Tan pronto como San Martín se hace cargo de la provincia de Cuyo y establece su Cuartel General en Mendoza, empieza a llevar a cabo los preparativos para realizar un proyecto que, en concepción y ejecución, será genial.



(38) *Belgrano*, pág. 346.

El proceso de organización de un Ejército partiendo de la nada será largo y complejo (39). Contribuirán a él no sólo argentinos, sino también los chilenos que fueron llegando a Mendoza tras el desastre de Rancagua (40).

La base inicial estuvo formada por la columna de Las Heras, que había cubierto la retirada de las tropas de los Carrera y de O'Higgins y sucesivos refuerzos enviados por Buenos Aires. La recluta local producirá el resto de los efectivos.

En noviembre de 1814 se concede a la agrupación que mandaba Las Heras el nombre de Regimiento n.º 11, en un principio formado por un solo Batallón. Poco antes habían salido del propio Buenos Aires elementos, casi todos negros, del 8º de Infantería. A mediados del año siguiente se remitieron a San Martín dos Escuadrones del Regimiento de Granaderos a Caballo que él mismo había creado. A fines de 1815, sin embargo, sólo había 1.543 hombres de tropas regulares.

Paulatinamente, el Ejército se fue completando. La unidad destinada a ser el II Batallón del Regimiento N.º 11, se convirtió en Batallón de Cazadores N.º 1; el N.º 8 de Infantería se completó y elementos del mismo, junto con 710 esclavos a los que se prometió la libertad a cambio de enrolarse constituyeron el Batallón N.º 7. Los Granaderos a Caballo recibieron otros dos Escuadrones, procedentes de las tropas argentinas que observaban a las realistas del Perú, más un nuevo formado en Cuyo. Cuando 1816 acabó, la agrupación de tropas conocida ya con el nombre de Ejército de los Andes, contaba con unos 4.000 soldados (41).

Naturalmente, la concentración de ese número de hombres sólo supuso una parte de la titánica labor de organización que realizó San Martín. Equiparlos, vestirlos, instruirlos y alimentarlos fueron tareas difíciles a las que tuvo que aplicar sus reconocidas dotes de general y de administrador. A su vez, los preparativos militares se completaron con una eficaz campaña que hoy se llamaría guerra psicológica. Incluyó ésta desde una nutrida correspondencia para adormecer los recelos de los realistas —el Libertador conocía a Marcó del Pont de la época en que ambos sirvieron en España— a audaces misiones de espionaje (42). Todo ello estaba orientado a asegurarse, en la medida de lo posible, el éxito del ataque que lanzaría a principios de 1817.

Su plan era el siguiente: el grueso del Ejército atravesaría los Andes por el Paso de los Patos, distribuido en dos Divisiones. La Primera de vanguardia, al mando de Soler, con las Compañías de preferencia de los Batallones 7 y 8, el Batallón de Cazadores, Escuadrones 3 y 4 de Granaderos a Caballo y cinco piezas. La Segunda, con O'Higgins, formada por las cuatro Compañías de Fusileros del Batallón N.º 7, otras tantas del 8, Escuadrones 1 y 2 de Granaderos a Caballo, Escolta del General y dos piezas. El movimiento de estas tropas estaría protegido por una columna al

◆

(39) Para una descripción detallada, ver Bartolomé Mitre, *Historia de San Martín*, Buenos Aires 1968, Vol. I, págs. 273-331.

(40) Mitre tiende a minimizar el papel jugado por los chilenos en la formación del Ejército de los Andes. Una obra que, en cambio, lo subraya en Barros Arana, *Historia General de Chile*, Santiago, 1889, Vol. X, pág. 369 y sigs.

(41) Mitre, Vol. I, pág. 327.

(42) Todo el período previo al paso de los Andes se conoce, gráficamente, como de "Guerra de Zapa".

mando de Las Heras compuesta por el Batallón N.º 11 y 2 piezas. Había además cinco pequeñas columnas de diversión, destinadas a llamar la atención del enemigo, y fomentar alzamientos en distintos puntos de Chile.

En conjunto participarían en la operación unos 3.000 infantes, 700 jinetes, 250 artilleros, 1.200 milicianos y 120 zapadores. Para transportar estos hombres y el material necesario se contaba con 1.600 caballos y más de 10.000 mulas.

La idea de San Martín consistía en concentrar al otro lado de la cordillera las Divisiones que formaban el grueso de su Ejército, y con ellas reunidas derrotar a los realistas. Esperaba que éstos se encontraran en inferioridad numérica por tener que distraer fuerzas para atender a las fintas de los destacamentos de diversión.

Entre los días 9 y 22 de enero las diversas columnas se pusieron en marcha.

Marcó del Pont no se encontraba en buenas condiciones para hacer frente a esta ofensiva. Por un lado, su torpe política le había enajenado gran parte de las simpatías de la población y de sus propios soldados americanos. Por otra parte sus efectivos eran insuficientes, situándose en torno a los 5.000 hombres. Con ellos tenía que defender un extenso país, donde empezaban a aparecer numerosas guerrillas. Gracias a la habilidad de San Martín en ocultar sus intenciones, ignoraba completamente por dónde vendría el ataque argentino.

Olvidando la máxima de que "quien quiere defender todo no defiende nada", distribuyó sus fuerzas a lo largo del territorio chileno, lo que significaba que eran débiles en todas partes. Tan equivocada táctica no tardaría en producir los inevitables resultados.

El plan del Libertador se fue cumpliendo inexorablemente. La distintas unidades completaron sin incidencias, aunque a costa de grandes penalidades, sobre todo entre los infantes negros, el paso de la cordillera. El 24 de enero se empezaron a producir los primeros choques de vanguardia. El 4 de febrero, el coronel Atero, jefe del Estado Mayor realista, que se encontraba en San Felipe, se percata de que se está produciendo una invasión en fuerza. Despacha un correo a Marcó, en Santiago, quien le envía inmediatamente un pequeño refuerzo de Caballería, que no tarda en tropezar con elementos enemigos. Para evitar ser cercado, Atero abandona San Felipe y marcha a la capital para dar cuenta personalmente de lo que sucedía. Deja el mando de las tropas al Sargento mayor de Talavera, Marquelli, con órdenes de replegarse hasta Chacabuco con los efectivos disponibles: dos Compañías de Talavera, otras tantas de Valdivia, Húsares de la Concordia y Carabineros de Abascal, unos 700 hombres en total.

El 8 de febrero, O'Higgins y Soler entraban en San Felipe procedentes del paso de los Patos, y Las Heras en Santa Rosa de los Andes, viniendo de Uspallata. Al día siguiente, con precisión matemática, las dos columnas confluyen en Curimón. El paso de los Andes y la subsiguiente concentración del Ejército habían sido completados.

La noticia de la invasión desconcertó a Marcó, cogiéndole totalmente por sorpresa y sin tropas a mano para hacerle frente. Desechando los consejos de Maroto, que le sugirió una retirada hacia el Maule para reunir así las fuerzas realistas, decide cortar inmediatamente el paso a San Martín.

El 10 por la noche sale de Santiago Maroto con los hombres disponibles, 444, pertenecientes a Talavera y Chiloé.

En la noche del 11 al 12 de febrero llega a Chacabuco haciéndose cargo del conjunto de las unidades, que sumaban unas 1.500 hombres, incluyendo las de Marquelli. Este se encontraba con la vanguardia en lo alto de la cuesta de Chacabuco. Recibe órdenes de su jefe de mantenerse en tan estratégica posición a toda costa. Probablemente (43), la idea de Maroto era hacerse fuerte allí, cerrando el paso de San Martín y dando tiempo a Marcó para que le enviara refuerzos.

Pero el argentino no estaba dispuesto a permanecer a la expectativa. En la madrugada del 12, se pone en movimiento. La División Soler recibe instrucciones de avanzar por la derecha, por la llamada Cuesta Nueva. O'Higgins, de hacerlo por el centro, a través de la Cuesta Vieja, donde estaba Marquelli.

Ante el avance de un enemigo tan superior en número, éste, a pesar de sus instrucciones, abandona a primeras horas de la mañana las alturas, que caen en mano de los independentistas.

A los primeros disparos, Maroto envía a Antonio de Quintanilla (44) con parte de la Caballería, a sostener la vanguardia. Los jinetes llegan tarde, sin embargo, y sólo pueden constatar la retirada de Marquelli.

Para explotar el éxito, O'Higgins lanza en persecución de los realistas a sus dos Escuadrones de Granaderos a Caballo, el 1° y el 2°, más el 3°, de la División Soler pero que le había sido asignado. El resto de sus hombres, Compañías de Fusileros de los Batallones 7 y 8, avanzan en pos de ellos.

Maroto, a su vez, acude con el grueso de sus fuerzas a apoyar a Marquelli. Ante el repliegue de éste, hace alto y despliega, englobando en su dispositivo a la vanguardia. Como hemos dicho, contaba con unos 1.500 hombres. Hay discrepancias, sin embargo, entre los distintos autores a la hora de concretar a qué unidades pertenecían y qué dispositivo adoptaron (45).

En cuanto a las unidades, la Infantería estaba formada por elementos de Talavera, Chiloé y Valdivia. Según algunos, este último Cuerpo llegó con Maroto. Otros dicen que estaba ya con Marquelli. La Caballería agrupaba a algo más de 250 Carabineros de Abascal y 100 Húsares de la Concordia, a las órdenes del famoso Barañao. La Artillería estaba formada por dos piezas. En total de esos 1.500 soldados, eran peninsulares alrededor de 500.

Maroto situó a la derecha el Batallón de Talavera; en el centro, el de Chiloé, y a Valvidia en

◆

(43) Barros Arana, Vol. X, pág. 591.

(44) Las Memorias de este oficial realista, con el título "Apuntes sobre la guerra de Chile", están recogidas en la obra *Colección de Historiadores de la Independencia,* Santiago 1895, Vol. IV.

(45) Un detallado estudio comparativo de las distintas teorías es Alberto Lara, "La batalla de Chacabuco", publicada en los números 27 (1917), 28 (1917), 29 (1918), 30 (1918), 31 (1918), y 36 (1918) de la Revista chilena de Historia y de Geografía. Hemos utilizado también los testimonios de Maroto y Quintanilla.

la izquierda. Carabineros y Húsares se situaron en el centro, cubriendo a los infantes. La Artillería se colocó de forma que batía las avenidas del enemigo.

O'Higgins tenía unas 1.400 bayonetas, pertenecientes a los Batallones 7.º y 8.º, y alrededor de 380 sables, de Granaderos a Caballo. Carecía de Artillería, porque sus dos piezas se habían despeñado en el difícil camino.

Los Granaderos a Caballo, lanzados como hemos visto en persecución de la retaguardia enemiga, cuando esta retrocede, tropiezan con el grueso de Maroto, que les hace replegarse con su fuego. Para entonces, el resto de los independentistas ha llegado al campo de batalla y despliega. Como era costumbre, ambos bandos adelantan a parte de sus tropas en guerrillas, que enseguida empiezan a intercambiar disparos.

Impaciente, y sin esperar órdenes, Chiloé avanza, arrollando a los tiradores contrarios. Pero el movimiento abre un hueco en la línea realista. O'Higgins se percata de ello, y ordena avanzar a sus Escuadrones y al 8.º, antes de que Maroto pueda cerrar la brecha abierta en su dispositivo.

El ataque del Batallón fue frenado por una descarga cerrada, que lo desorganiza. Entra en fuego el 7.º que prosigue el avance, sostenido por los disparos del 8.º, que se ha rehecho casi inmediatamente. Por razones que no están claras, la Artillería realista cesa entonces su tiro. Posiblemente se debió a que recibió órdenes de cambiar de posición. Ante el empuje de las bayonetas, y sin el apoyo de las piezas, Chiloé cede.

Mientras, los Granaderos a Caballo de O'Higgins desbordan la derecha realista. Al hacerlo, pasan junto a Talavera. Este Cuerpo abre fuego contra ellos, pero atacado entonces por la izquierda y el frente por los infantes que acaban de derrotar a Chiloé, se desbanda.

En este momento aparece por la izquierda realista la Caballería de Soler, que carga a los Carabineros. Estos resisten el primer choque gracias a su Compañía de Lanceros, pero pronto son derrotados: "los sables que los Granaderos tenían afilados en el molejón causaron destrozos espantosos" (46).

La única fracción de la infantería de Maroto que aún seguía intacta, el Batallón de Valvidia, recibe a su vez el ataque de otros elementos de la División Soler, los Cazadores a pie, que con su fuego la ponen en fuga.

Batidas de plano, las tropas del Rey se dispersan, siendo acuchilladas durante largo tiempo por sus vencedores. En total, tuvieron más de 500 muertos, y 600 prisioneros. Todos estos últimos eran americanos, ya que no se dió cuartel a Talavera. El Batallón quedó, a todos los efectos, extinguido sobre el campo de batalla (47).

◆

(46) Amunátegui, pág. 399.

(47) La tardía llegada de Soler y la decisión de O'Higgins de atacar sin esperarle produjo un enfrentamiento entre ambos militares (Jaime Eizaguirre, *O'Higgins*, Santiago 1982, pág. 157). Uno de los oficiales de Talavera, que se distinguió por su valor en la batalla fue el capitán San Bruno. Hecho prisionero sería fusilado por su participación en las medidas represivas ordenadas por Marcó en Santiago.

O'Higgins podía estar satisfecho. No han faltado, sin embargo, quienes le han acusado de exceso de impetuosidad, por no esperar a Soler antes de empeñar la acción, como se le había ordenado. Este último, por su parte, ha sido criticado por haber avanzado con demasiada lentitud, dejando así a su compañero en una situación comprometida.

Parece cierto que O'Higgins se arriesgó mucho. Si Chiloé hubiera conservado la formación, si Maroto hubiese manejado mejor su Artillería, si las fuerzas de Soler se hubiesen retrasado todavía más, el resultado de la batalla podría haber sido otro. Pero cualquier combate está lleno de imponderables, y entrar en el análisis de cada uno de ellos es materia relativamente estéril.

La derrota había sido, pues, inapelable y coronaba dignamente la magnífica maniobra de San Martín, que sólo perdió en el combate unos 110 hombres. El 14 entraba en Santiago al frente de su Ejército vencedor.

Marcó, por su parte, completó su pésima gestión en Chile abandonando precipitadamente la capital, a pesar de los consejos de Barañao. Este audaz jinete, en efecto, se propuso organizar, inmediatamente después de Chacabuco, un ataque nocturno por sorpresa para los vencedores. Para ello contaba con sus propios Húsares, que no intervinieron en la batalla, y con la Caballería que se había ido reuniendo en Santiago. Su jefe prefirió, sin embargo, entregarse a una vergonzosa huida que le llevó hasta Valparaíso con parte de sus tropas. Desde ese puerto y acompañadas por la inevitable "emigración", pasarían a Perú. En cuanto al propio Marcó, fue hecho prisionero.

Pero la campaña no estaba terminada. "San Martín cometió tres errores después de Chacabuco" (48): el primero, no perseguir a fondo a los derrotados en la batalla; el segundo no marchar inmediatamente a Valparaíso en pos de Marcó, "pero el error capital fue no asegurar los frutos de la victoria iniciando con actividad la campaña del Sur de Chile antes de que el enemigo tuviera tiempo de reaccionar" (49).

Ciertamente, la victoria había dado al Gobierno independentista chileno, que se constituyó bajo la presidencia de O'Higgins, el Norte del país. Pero el territorio comprendido al Sur del Maule seguía en manos realistas. Allí mandaba el coronel José Ordóñez, veterano de la guerra de Napoleón, en la que se había distinguido con las Reales Guardias Walonas y donde había conocido a San Martín. Aprovechándose de la inusitada tregua que éste le concedió, se dedicó febrilmente a alistar tropas, recurriendo a las Milicias para completar la falta de veteranos, ayudado por Sánchez desde Chillán.

Mientras, Pezuela en Lima actuaba con no menos vigor tras la "desagradable noticia" (50) de Chacabuco. Como primera medida, reagrupa a los restos del Ejército de Chile que fueron llegando a El Callao en once buques entre el 27 de febrero y el 13 de marzo. Eran en conjunto 552 hombres, pertenecientes a todos los Cuerpos que había en aquel reino: Talavera, Chillán, Valdivia, Concepción, Chiloé, Dragones de la Frontera, Húsares de la Concordia, Carabineros de Abascal, Zapadones y Artilleros.

(48) Mitre, Vol. I, pág. 385.
(49) Ibíd.
(50) *Memoria*, pág. 108.

El 25 de marzo, "los prófugos de Chile" como con justa dureza les llama, están ya reorganizados, prontos para embarcarse con destino a Talcahuano.

No satisfecho con ello, empieza a preparar una segunda expedición en la que piensa utilizar las tropas que espera de España, y que como sabemos constaban de los dos Batallones de Burgos, otros tantos de Navarra y tres Escuadrones. Mientras, aumenta los Cuerpos de que dispone. Así, refuerza con reclutas locales el Regimiento del Infante Don Carlos y envía a Maroto al Cuzco para que levante allí el II de Talavera. Con esta medida, dos Cuerpos que siguen conservando su denominación peninsular se unen a las unidades "americanizadas".

La actividad de los realistas contrastaba con la lentitud de sus enemigos. Hasta el 19 de febrero no toman las primeras medidas para operar contra Ordóñez, cuando ese día sale de Santiago el coronel Las Heras, con el Batallón N.º 11, un Escuadrón de Granaderos a Caballo y alguna Artillería. Aún así, con una parsimonia que le costaría un Consejo de Guerra, no llega a Talca sino el 8 de marzo, y sólo cruza el Maule el 23, para operar en combinación con una columna casi enteramente formada por milicianos que mandaba Freire. El 16 de abril el propio O'Higgins marchará hacia el Sur, con el Batallón N.º 7, otro Escuadrón de Granaderos y dos piezas.

Ordóñez, por su parte, se fortifica en Talcahuano para esperar refuerzos de Perú. Estos, efectivamente, le llegan el 1º de mayo. El día 5 el coronel español ataca a Las Heras en el cerro Gavilán, con la esperanza de batirle antes de que se le uniera O'Higgns. Resulta, sin embargo, derrotado, teniendo que replegarse a su punto de partida.

El revés no basta para empañar su ardor. Desde Talcahuano logrará organizar y dirigir un importante movimiento guerrillero que mantendrá ocupadas numerosas fuerzas independentistas (51).

Mientras, sus enemigos no dejan de acumular medios frente a él. En noviembre, O'Higgins ya cuenta con los Batallones 7 y 11, argentinos y el 1º y el 3º de Chile. Su Caballería consta de un Escuadrón de Cazadores argentinos, de otro chileno y de dos Escuadrones de Granaderos a Caballo, también llamados de los Andes. Como Artillería, una Brigada chilena. En total 3.700 hombres.

Convencido de la necesidad de acabar con la peligrosa cabeza de puente que era Talcahuano, el 5 de diciembre lanza un asalto en regla. A pesar de obtener algunos éxitos locales, fue rechazado tras haber costado más de 400 bajas a los atacantes.

En Perú, Pezuela había continuado acumulando fuerzas para ayudar a los realistas de Chile, y así organizó con elementos locales el Regimiento de Infantería de Arequipa, con dos Batallones, y un Escuadrón de Caballería. El 30 de septiembre llegaron a El Callao las unidades peninsulares I de Burgos y un Escuadrón de Lanceros, así como el II de Arequipa, mandado por Rodil.

El Virrey reúne a estos Cuerpos en Bella Vista. Como Morillo había retenido en Venezuela las otras fuerzas peninsulares que Pezuela había pensado utilizar contra Chile, tiene que suplirlas con tropas americanas. Por eso, refuerza al II de Arquipa con dos Compañías de Morenos de Mili-

◆

(51) Los autores americanos, en general, no escatiman elogios a la hora de juzgar la actuación de Ordóñez en favor de la causa realista.

cias, y añade a la expedición el II de Infante y diez piezas de Artillería. El conjunto, 2.600 hombres, se pone a las órdenes del brigadier Ossorio.

Posteriormente decide aumentar aún más los Cuerpos destinados a operar en Chile, poniendo los Batallones al 1.000 plazas y los Escuadrones a 200. Con tal fin, extrae los hombres necesarios del I y el III del Infante y de Milicias. Así, el único Batallón europeo, el I de Burgos, empieza también a americanizarse. Por último, cederá a Ossorio el Escuadrón de Arequipa.

Estas medidas supusieron de hecho un debilitamiento de la guarnición de Lima. Para completarla, ordena Pezuela la movilización de Milicias del interior. Los datos que el mismo Virrey (52) recoge al respecto son interesantísimos. Las unidades afectadas constaban de 8.716 hombres, en plantilla, y se pidió que facilitaran 1.150 (53).

De los doce Cuerpos a los que se solicitaron hombres, ocho son descritos por el Virrey como "indignos para el servicio del Rey. Casi todos se desertaron... Estos Cuerpos debían desaparecer y especialmente sus Jefes y Oficiales por inútiles y perjudiciales".

Los otro cuatro, en cambio, "son todos sobresalientes soldados". Tan buenos que una Compañía del Cuerpo de Tarma se incorporó en bloque al Regimiento Infante Don Carlos, recibiendo su uniforme, lo que era un señalado honor. Es significativo que Pezuela pidiese más hombres, tanto en términos proporcionales como absolutos, justamente a las cuatro unidades de Milicias que tanto alababa. Probablemente, las autoridades sabían qué Cuerpos eran buenos y cuáles no, con independencia de los estados oficiales de revista.

El 16 de noviembre el Virrey recibió la confirmación definitiva de que las tropas peninsulares que esperaba por la vía de Venezuela, no llegarían. Llevaba casi un año aguardándolas, pero sin descorazonarse siguió con sus preparativos para la expedición de Ossorio, reforzándola todavía más con tropas americanas. Para evitar problemas de disciplina como la que habían protagonizado en 1816 el Regimiento de Extremadura, los Dragones de la Unión y los Húsares de Fernando VII, el 23 de noviembre ordena poner al día los haberes de las unidades peninsulares.

A pesar de ello, cuando llega el momento del embarque, el 8 de diciembre, el Escuadrón de Lanceros del Rey —europeo— protagoniza una algarada. "Sus soldados... hasta rompieron los fusiles a culatazos en los bordes de las lanchas" (54). El problema se solucionó poniendo a cuatro hombres "en capilla" y juzgando a un teniente.

Al día siguiente salió la expedición. La integraban 3.407 hombres, del II infante, I de Burgos, II de Arequipa, Escuadrón de Lanceros del Rey, Escuadrón de Arequipa, Zapadores y Artillería. A pesar de los esfuerzos del Virrey, sólo el primer Batallón citado y el último Escuadrón llevaban los efectivos previstos: 1.000 y 200 hombres, respectivamente. Todos los demás Cuerpos estaban

(52) *Memoria*, pág. 180 y sigs.

(53) Ibíd., pág. 181, señala que la fuerza que "se perdió" fue de 1.150 hombres. Pienso que se trata de una errata y debe decir "se pidió", ya que el número de hombres que se sacó de la guarnición de Lima para reforzar a Ossorio oscila en torno a los 1.150.

(54) *Memorias*, pág. 191.

por debajo de las plantillas teóricas. Las únicas unidades oficiales peninsulares —Burgos y el Escuadrón del Rey— estaban ya parcialmente "americanizados". Burgos tenía 210 peruanos, casi una cuarta parte de sus efectivos, y los Lanceros, 16.

Las instrucciones que se dan a Ossorio son precisas. Debería batir a O'Higgins, recuperar la provincia de Concepción, reembarcarse, tomar tierra cerca de Valparaíso y apoderarse de Santiago tras derrotar a San Martín.

Antes de que el año acabe Pezuela tiene que enfrentarse con un nuevo problema. La Serna, con el que mantenía relaciones poco cordiales, pide ser relevado de su mando en el Alto Perú y ser sustituido por un general de "los conocedores de estos países, del modo de hacer la guerra en ellos, de las tropas que hacen la guerra". El Virrey, con su experiencia personal de las condiciones locales, apostilla que La Serna, "sin conocimiento de todo lo arriba referido, trató de poner el Ejército en un arreglo y disciplina como está prevenido para los Ejércitos de Europa, imposible de practicar en una localidad, carácter de habitantes, opiniones preferentes públicas y secretas y otra multitud de circunstancias que hacen ser perjudicial en América lo que es útil en Europa" (55).

Ciertamente, no cabía olvidar que los realistas se mantenían en el Perú sobre todo gracias al apoyo de los americanos. Como hemos visto, las tropas peninsulares eran escasas y, además, presentaban a veces problemas de disciplina.

También es verdad, por otro lado, que para jefes europeos como La Serna resultaba imprescindible dotar a las unidades locales de una organización regular. En este sentido tomó medidas que le hicieron impopular, como prohibir a las mujeres que acompañaran a las tropas durante las marchas, pero que estaban orientadas a crear un verdadero Ejército de las unidades que Abascal y Pezuela tuvieron que improvisar para hacer frente al movimiento independentista.

Desde el punto de vista militar, el año de 1817 se cerraba con un balance preocupante para los realistas. Su último intento para invadir el Río de la Plata desde el Alto Perú se había saldado con un sonoro revés. En Venezuela, los enemigos demostraban una gran pujanza, se habían apoderado de Guayana y estaban a punto de iniciar una ofensiva contra el corazón del país. Y lo que era más grave, en Chacabuco había ganado las espuelas un nuevo Ejército independentista, batiendo en campo abierto al núcleo de la guarnición de Chile.

Para que la causa del Rey pudiera afirmarse era imprescindible batir a Bolívar y a San Martín. A ello dedicarían sus esfuerzos en 1818 Morillo y Ossorio. Hay que anotar, sin embargo, que tanto el uno como el otro se limitaban a reaccionar ante los triunfos del venezolano y del argentino. Lejos habían quedado los proyectos de reforzar otros reinos con las tropas de Morillo, o de invadir Buenos Aires partiendo de Chile. La iniciativa había pasado al campo independentista..

(55) Ibíd., pág. 204.

CAPITULO IX

"Sin Marina, sin recursos y con muy pocas fuerzas europeas como estamos en el día, cuente V.E. con que estas provincias sucumbirán precisamente al enemigo"
(Morillo al Ministro de la Guerra, 22 de julio de 1818)

1818. Maipú

Si en 1817 el número de tropas enviadas desde España a América fue muy bajo, ya que se situó en torno a los 3.000 hombres, en 1818 disminuyó aún más, no alcanzando la cifra de 2.000.

Todavía se mantenía en torno a Cádiz un importante contingente que, sólo en Infantería, suponía 16 Batallones pertenecientes a los Regimientos Rey, Soria, Asturias, Princesa, Aragón, Canarias, Voluntarios de Cataluña y Depósito de Ultramar. Pero en ese año la Corte pareció concentrar todos sus esfuerzos en obtener, sin éxito, el concurso de las potencias europeas reunidas en Aquisgrán para que le ayudaran a resolver el problema americano.

En la práctica, durante 1818 sólo se mandó el Regimiento de Infantería de Cantabria (1). Este Cuerpo había recibido en 1814 órdenes de prepararse para partir con destino a Chile y Perú, a cuyo efecto debía organizar dos Batallones. Hasta 1816 no estuvieron formados, pero entonces se decidió emplearlos en las obras del canal Fernandino. Con los jornales así devengados se pudo uniformar a la tropa. Fácil es de imaginar cuál sería la situación del erario cuando había que recurrir a emplear a soldados como jornaleros para poderlos vestir. Más tarde, cuando Burgos, Navarra y Zaragoza embarcaron para Ultramar, Cantabria hubo de desprenderse de parte de sus efectivos para completar dichas unidades. Ello, a su vez, le obligó a reclutar gente de otros Cuerpos para llenar sus filas.

El 8 de mayo de 1818 los soldados así incorporados se amotinan por el sempiterno problema de atrasos en las pagas. "Desplegando una energía suprema", los oficiales controlan a la tropa. Al día siguiente, se embarca el Regimiento. Resulta sorprendente que las autoridades militares tomaran esta decisión, teniendo en cuenta las pruebas de indisciplina que acababa de dar Cantabria. No tardaría en demostrarse la grave equivocación que cometieron. Junto a los dos Batallones

◆

(1) Para una descripción sobre las peripecias de esta unidad, ver Clonard, Vol. XI, pág. 80 y sigs. Es interesante también la documentación que recoge García Camba, Vol. I, pág. 374 y sigs.



Granadero argentino a caballo.

se hace a la vela una Compañía de Artillería volante y un Escuadrón de Dragones que a veces aparece designado con el curioso nombre de Cazadores-Dragones.

El 25 de junio, ya en alta mar, uno de los once transportes que componían el convoy se separa del mismo. Las dos Compañías que llevaba a bordo aprovechan la ocasión para sublevarse, asesinar a los oficiales y obligar al capitán a dirigirse a Buenos Aires. Allí no sólo entregan el buque, sino que dan al enemigo el código secreto de señales del convoy y las órdenes reservadas que indicaban su destino.

Esta información es transmitida a las autoridades independentistas de Chile, que sin pérdida de tiempo envían cuatro naves a interceptar a los españoles. El primer barco que cae en sus manos es la fragata María Isabel, que escoltaba al convoy y que sólo hará una defensa simbólica. Pasará a llamarse O'Higgins y se convertirá en la capitana de la Armada chilena.

A medida que los transportes van llegando, anclarán a popa de la fragata —donde todavía ondea bandera española— obedeciendo las órdenes transmitidas por los independentistas con el código capturado. Así caen prisioneros gran parte de los dos Batallones. Sólo se salvaron de la trampa cinco naves: San Fernando, Atocha, Santa María, Javiera y Especulación.

Las cuatro primeras llegaron a Talcahuano, donde desembarcaron a los hombres que transportaron. Estos tuvieron que emprender desde allí la larga marcha hasta Valdivia, con el resultado de que "sucumbieron los maś víctimas del hambre, de la fatiga y del sentimiento labrado por los infortunios".

La suerte de los que navegaban en la *Especulación* fue apenas mejor. El barco tardó más de cuarenta días en pasar el Cabo de Hornos, se declaró el escorbuto a bordo, hasta el punto de cobrarse seis vidas diarias, y a partir del 27 de septiembre se agotaron las medicinas. Cuando por fin llegó al Pacífico, no pudo encontrar el resto del convoy, con el que había perdido el contacto. Se reúne entonces una Junta de Guerra, a la que acuden todos los oficiales disponibles "con sus insignias, espadas y hasta golas, signos de completo ceremonial en los actos de servicio más importantes".

En ella se opta por no esperar a los demás transportes y poner rumbo a El Callao. El 25 de octubre, la *Especulación* llega a su destino, tras más de cinco meses de navegación. Lleva a bordo sólo 37 hombres sanos; 53 "en el primer grado de la enfermedad del escorbuto"; 92, en el segundo grado; 30, en el tercero. De estos últimos, 3 murieron en la misma noche que desembarcaron.

A primeros de noviembre, el Regimiento pasaba revista con 210 hombres. Este fue todo el refuerzo de Infantería que España situó en América en 1818.

Los otros 500 supervivientes que llegaron a Talcahuno serán exterminados en la última campaña de Chile.

Con razón dice Miller (2) que: "la toma del convoy fue un acontecimiento de la mayor importancia, pues impidió que se reunieran más de 2.000 hombres de tropas de refresco a los 1.600

(2) Op. cit., Vol. I, págs. 214.

que mandaba Sánchez, cuyo número hubiera podido aumentarse en poco tiempo por medio de quintas hasta 5.000 hombres, fuerza suficiente para amenazar nuevamente a Santiago, de donde había salido una parte considerable del Ejército de los Andes y atravesado la cordillera en auxilio de la República Argentina".

La triste suerte de la expedición de Cantabria, la número 34 de las enviadas por España, favoreció sin duda los avances independentistas en Chile.

Siempre en 1818, se dictó en la península una disposición según la cual los cuerpos enviados a Ultramar dejarían de llamarse, como había sido el caso hasta entonces, "Segundo Regimiento" para adquirir la denominación de "Regimientos Expedicionarios".

Esta norma, dictada el 21 de septiembre, no tiene en sí especial trascendencia, pero presenta el interés de que en ella se establecía una relación de las unidades peninsulares, existentes en Ultramar (3) por aquel entonces.

En Nueva España se encontraban fuerzas de los siguientes Regimientos de Infantería de Línea: Primero Americano; Mallorca (antiguo Asturias); Lobera; Castilla; Zamora; Fernando VIII; Saboya; Extremadura; Zaragoza y Ordenes Militares. Como Batallones Ligeros, Voluntarios de Barcelona (antiguo Navarra).

En Venezuela estaba Valencey, Navarra, y un Batallón de Burgos como Infantería de Línea; y, Castilla y Barbastro, como Cuerpos Ligeros.

En Nueva Granada, León y Aragón, el primero de Línea y Ligero el segundo.

En Perú y Chile, Talavera, Extremadura, restos de Cantabria y un Batallón de Burgos, como Infantería de Línea y Gerona como Infantería Ligera.

El despliegue permite apreciar la gran concentración de efectivos peninsulares en México, que no estaba justificada por la situación militar de aquel virreinato en 1818. Quizás podía obedecer al temor ante el expansionismo norteamericano, así como a las interminables operaciones contra los núcleos independentistas que seguían subsistiendo.

Venezuela y Nueva Granada siguen guarnecidas bien por unidades llegadas con Morillo, bien por las que éste retuvo de las destinadas a Pezuela.

En Perú y Chile, el número de Cuerpos peninsulares es asombrosamente pequeño, teniendo en cuenta que el virreinato mantenía abiertos dos frentes, el de Chile y el del Alto Perú. Es cierto sin embargo, que a los 4 Batallones completos existentes (Talavera, Extremadura, Burgos y Gerona) tenían que haberse añadido, según las autoridades de la península, otros 5 (uno de Burgos, dos de Navarra y dos de Cantabria).

◆

(3) Clonard, op. cit., Vol VI, págs 434-436. Sólo se han recogido los Cuerpos existentes en teatros de operaciones activas. Había además un Batallón Ligero peninsular en Cuba y otro en Panamá.

En cualquier caso, la cifra para Sudamérica es muy baja. En todo Quito no había un Cuerpo peninsular, en Nueva Granada sólo dos y en Chile, uno.

Las operaciones militares de ese año servirían para demostrar hasta qué punto el despliegue no se adaptaba a las necesidades de la campaña.

En Nueva España, donde había una verdadera plétora de unidades, apenas hubo combates de importancia. El alzamiento, tras la derrota y muerte de Mina, estaba en franca decadencia y los numerosos Cuerpos existentes se limitaron a tareas de contraguerrila y de guarnición.

En cambio, en Venezuela, la guerra continuó con renovada intensidad. Bolívar, utiizando el Orinoco como eje de marcha, logró reunirse con Páez, formando así una masa de maniobra que suponía un grave peligro para los realistas.

Estaba compuesta por los Batallones Barlovento, Angostura, Valerosos Cazadores, I y II de Barcelona, Cazadores y Fusileros de la Guardia de Honor, Bravos de Páez, Bajo Orinoco y Guayana, y por 18 Escuadrones de Caballería. En total, unos 4.900 hombres.

En efecto, si bien la columna del general llanero, por estar formada sobre todo por Caballería, no suponía una amenaza para las plazas fuertes, sumada a la de Bolívar —que tenía 7 Batallones y 9 Escuadrones— constituía una agrupación importante capaz de combatir en cualquier terreno.

El 6 de febrero, con un audaz golpe de mano, Páez se apodera de una serie de embarcaciones que permiten al Ejército atravesar el Apure y dirigirse contra San Fernando. El comandante de la plaza, el Coronel venezolano Quero, no se deja intimar. En palabras del propio Páez era "hombre de valor a toda prueba", que se declaró dispuesto a defenderse hasta el fin.

Al enterarse del movimiento enemigo, Morillo deja Valencia, donde se encontraba entregado a la recluta de nuevas tropas y dispone una concentración sobre Calabozo. Su objeto era auxiliar a San Fernando, guarnecido únicamente por el III de Numancia, Batallón americano. Mueve así a los dos Batallones de Navarra, los dos de la Unión —que pasó a llamarse Valencey—, el de Castilla y tres Escuadrones de Húsares de Fernando VII. Se ha dicho que en total sumaban estas unidades 2.400 "soldados españoles". La afirmación es discutible. En primer lugar, el II de Valencey era americano. En segundo lugar, el I de ese Regimiento y Castilla llevaban combatiendo desde 1815. Si no estaban en cuadro, era porque se habían reforzado con venezolanos.

Por último, los Húsares alineaban 100 hombres por Escuadrón, es decir, estaban al completo. Como también se encontraban en América desde hacía tres años, sin haber recibido reemplazos, muchos de los jinetes tenían que ser locales. Incluso se habían alistado en los Húsares a los convalencientes de Infantería, lo que prueba la falta que había de europeos.

Bolívar, moviéndose con una celeridad extraordinaria, cae sobre Calabozo, sorprendiendo totalmente a Morillo. Este, tras un duro combate en el que llega a intervenir personalmente, puede sin embargo reagrupar a la mayor parte de sus tropas. Quedaron aislados únicamente los Húsares de Fernando VII y dos Compañías del II de Navarra. La Caballería "aunque sufrió bastante pérdida, siempre conservó una gran parte de su fuerza" (4), y pudo replegarse sobre el grueso.

◆

(4) Morillo al Ministro de la Guerra, 26 de febrero de 1818.

Los infantes, en cambio, se ven envueltos por los Escuadrones independentistas. Forman entonces el cuadro, rechazando las intimaciones a la rendición. Atacados por todas partes, acabarán siendo aniquilados.

Páez describió el combate (5): "seis u ocho cargas dio la Guardia sin poder romper el cuadro de la Infantería realista, hasta que, echando pie a tierra y con la lanza en mano avanzó con los Cazadores (de Infantería) y destruyó toda aquella fuerza que se defendía con sin igual denuedo... Los soldados españoles se batieron con tal desesperación que nuestros llaneros comentando por la noche los sucesos del día, decían que "cuando quedaban cuatro se defendían c... con c...". Es decir, que hasta sólo cuatro formaban cuadro. Certísimo, no se rendían y era menester matarlos".

En la noche del 14 al 15 de febrero, Morillo se desliza de Calabozo, sin ser advertido, y marcha hacia Sombrero. Deja enterrados sus tres cañones, por no tener medios para transportarlos, y lleva consigo un convoy de heridos y de *"emigrados"*. Sólo a la mañana siguiente sus contrarios se percatarán de lo sucedido y empezarán la persecución.

Tras recorrer veinte leguas en veinticuatro horas, sin agua y "por una llanura sembrada de cenizas, tostadas por un sol ardiente y abrasador y muertos de sed y de cansancio", ambos Ejércitos chocan de nuevo, cerca de Sombrero. El combate resulta indeciso. La Caballería realista está aspeada y la Infantería agotada. Castilla se apodera de la bandera del Batallón de Honor, pero los de Morillo se demuestran incapaces de batir a los independentistas. Tienen que proseguir la retirada, abandonando incluso a los heridos.

Por fin, el día 21 comienzan a afluir los Cuerpos llamados con urgencia. Primero llegan de Caracas, al mando del brigadier La Torre, 200 hombres del Batallón de Milicias de Pardos, cuatro Compañías del II de Burgos y algunos Húsares. Más tarde, llega Aldama con milicianos de Valencia.

La situación empieza así a mejorar, gracias en parte al "mérito sobresaliente", en palabras de O'Leary (6), con que el general español había llevado las operaciones, tras la sorpresa inicial.

También le ayudaron las discrepancias que surgieron entre sus rivales. Páez se resistía a adentrarse en las montañas tras Morillo, por miedo a inutilizar sus caballos y para no perder la ventaja que le daban sus Escuadrones. Prefería en cambio, atacar San Fernando. Bolívar, por su parte quería continuar el avance (7). El resultado será un repliegue sobre Calabozo, y la separación de Páez con sus tropas del grueso.

El caudillo llanero tuvo fortuna en la campaña privada que inició contra San Fernando. En la noche del 6 de marzo, la guarnición, tras haber agotado los víveres y después de haberse comido hasta los caballos, evacúa la plaza. Son unos 600 hombres. Pertenecen casi todos al III de Numancia, aunque hay elementos del Batallón de Barinas. Quero, que ha sido herido dos veces durante el sitio, manda el conjunto de ambas unidades americanas.

◆

(5) Op. cit., pág. 184.
(6) Op. cit., Vol. I, pág. 541.
(7) Para dos versiones de lo sucedido, ver Lecuna, Vol. II, pág. 140 y sigs. y Paez, págs. 185 y sigs.

Los independentistas atacan la columna en retirada, que combate brillantemente, rechazando dos ataques antes de ser aniquilada: "el denuedo, la constancia y el valor con que se defendió la guarnición, especialmente en los combates que siguieron al abandono de la plaza, es de lo más glorioso que se presenta en la historia de la Guerra de Independencia" (8). Se ha atribuido la derrota a la traición "de varios individuos que estaban cumpliendo sus condenas en el Batallón de Numancia" (9). Parece más cierto que los realistas fueron derrotados en noble liza por sus enemigos, tan bravos como ellos, y más numerosos.

En cuanto a Morillo, también había dividido a sus fuerzas, pero con más acierto que los independentistas.

Situó en Villa de Cura, cubriendo a Caracas, a La Torre, con Castilla y Milicias de Infantería y de Caballería. El en persona partió para Valencia, en el camino de Puerto Cabello, donde no tarda en reforzarse con la División Calzada.

Resultado de estos movimientos fue que Bolívar se encontró en una posición comprometida. Si operaba contra Morillo se encontraría frente al grueso enemigo, y dejaba a La Torre en disposición de atacarle por el flanco. Pero si actuaba contra éste, entonces Morillo podría caer sobre su ala izquierda.

En cualquier caso, tenía que actuar antes de que los realistas acumularan nuevas fuerzas y de que la deserción acabase con su Ejército. Como escribía a Páez (10): "el Ejército está casi disuelto. Toda la Brigada del general Genaro Vázquez ha desertado anoche, de modo que apenas le quedan cien hombres. La División del general Cedeño ha empezado también a desertarse y anoche mismo se han ido algunos del general Monagas. Es imposible mandarlos perseguir, cuando no tengo confianza en los que quedan, que probablemente les seguirán".

Tarda, sin embargo, en ponerse en marcha, y cuando lo hace es en dirección Caracas, decisión que le costaría cara (11). Avanza así por la ruta Ortiz-Villa de Cura-La Victoria-El Consejo.

Estando en este último punto, le llega una pésima noticia. Morillo se ha puesto en movimiento, y el 14 de marzo, en Maracay, ha batido a las tropas de Zaraza y Monagas. Son 1.200 caballos y un Batallón de reclutas, el Angostura, que resultan desechos tras un ataque encabezado por los Dragones de la Unión y el Escuadrón de Guías del general (12).

Gracias a la sangre fría de un coronel, que en vez de huir acude a darle parte de la derrota, Bolívar se percata de que está a punto de ser copado. Esa misma tarde inicia el repliegue, recorriendo en sentido inverso el camino seguido.

◆

(8) Restrepo, Vol. II, pág. 446.
(9) Rodríguez Villa, Vol. I, pág. 278.
(10) Citado en O'Leary, Vol. I, pág. 546.
(11) Un excelente análisis en este ciclo de operaciones figura en Stephen K. Stoar *Morillo and Venezuela*. Ohío University Press 1974, págs. 216 y sigs.
(12) En sus *Memorias*, págs. 142, Morillo sólo menciona a los Dragones, pero poco después habla de la presencia del Escuadrón de Guías.

El día 16, en la Quebrada del río Semen, cerca de La Puerta, vuelve cara para frenar a los realistas que le iban a los alcances. Su línea de combate está formada por los Batallones de Cazadores y Fusileros de la Guardia de Honor a la derecha; en el centro, el Valeroso; a la izquierda, el Barlovento, formado este último por "negros libres de Cumaná, de rara intrepidez" (13). En reserva, Barcelona. La Caballería, al mando de Vázquez, Zaraza y Monagas forma tras los infantes.

En un primer momento, su enemigo será únicamente Morales, con la División de Vanguardia formada por Barinas, la columna de Cazadores y la Caballería que ya había combatido en Maracay. Bolívar tenía cerca de 2.000 caballos y sólo 1.500 infantes, ya que sus Batallones estaban muy debilitados. Morales contaba con 300 sables y unas 1.000 bayonetas.

A pesar de su inferioridad, los realistas atacan inmediatamente. Sin duda, la idea de su jefe era fijar a los independentistas mientras llegaba Morillo, que había quedado en Villa de Cura con el grueso de sus tropas.

Bolívar, por su parte, tenía que empeñar combate, para evitar que los enemigos cayeran sobre él durante su retirada. Pero las características del lugar escogido para hacerlo implicaban que renunciaba de antemano a su mejor arma: la Caballería. Como se vio, "aceptar combate en tierra quebrada a una Infantería tan disciplinada y maniobrera como la de Morillo es pecado que no tiene absolución en la Historia" (14).

La primera fase de la acción estuvo presidida por los asaltos realistas. Ambos bandos se fusilaron, literalmente, a una distancia mínima: "las banderas de los Batallones y los vestidos de los soldados se incendiaban con los tacos" (15). Las bajas fueron elevadísimas: "la mayor parte de los jefes y oficiales (independentistas) que no habían muerto estaban heridos" y se abrieron en sus unidades "claros de media Compañía, y por supuesto disminuida la fuerza en una mitad" (16).

La Caballería de Morales, por su lado, dio varias cargas brillantes. Una de ellas, sin embargo, fue "poco afortunada" (17). Seguida por un contraataque inmediato de Bolívar, produjo "general desorden (18) entre los realistas. Los jinetes independentistas echan pie a tierra y avanzan lanza en mano en apoyo de la Infantería, por no poder hacerlo a caballo, ya que los cadáveres bloqueaban el paso. Con un último empuje, arrojan a sus adversarios al otro lado de la quebrada. Eran las 9 de la mañana, y la batalla parecía perdida para Morales.

Justamente entonces se produce la llegada de Morillo. Como hemos dicho, sus tropas estaban descansando en Villa de Cura tras dos días de marchas forzadas, pero al recibir la noticia del encuentro, el General da la orden a la columna de ponerse en marcha de nuevo. Para acelerar el paso, los infantes arrojaban las mochilas. Los primeros Cuerpos que aparecen en el campo de batalla son un Batallón de la Unión —que había sido completado poco antes con reclutas de Caracas—

◆

(13) *Memorias de un Oficial de la Legión Británica*, pág. 97.

(14) F. J. Vergara y Velasco, *1818*,Bogotá 1960, pág. 193.

(15) Ibíd., pág. 197.

(16) Urdaneta, pág. 137.

(17)

(18) *Ibíd.*

y el de Milicias de Pardos de Valencia, que entran en fuego rápidamente para contener a los de Bolívar.

Con ello se restablece la situación, pero hace falta un golpe decisivo. Lo da Morillo en persona, con el 6.º Escuadrón de Artillería Volante, que falto de piezas, actúa como Caballería: "me pongo a su cabeza, y aunque este Cuerpo estaba lejos de estar al completo, como el momento era favorable, una carga victoriosa decide el éxito de la jornada" (19).

Acompañan el asalto otras unidades montadas: Húsares de Fernando VII, Dragones de la Unión y Lanceros del Perú. Este último Cuerpo, peninsular, era de los destinados inicialmente a Pezuela y que Morillo retuvo.

Desequilibrados por el inesperado ataque, los independentistas ceden. Para justificar lo sucedido se han aventurado explicaciones poco convincentes: "la explosión de unos cajones de pólvora, abandonados por los españoles, según el parte oficial, desordenó a la Caballería patriota, suceso tan funesto y vergonzoso como los de la Hogaza y Marcay" (20); "los Escuadrones vecinos al siniestro, sorprendidos, volvieron bridas y se alejaron del campo de batalla arrastrando al resto de dicha Arma, casi intacta" (21); "empezó la Caballería a moverse, sin saber por qué, y a tomar la fuga sin que hubiera poder para contenerla" (22).

Quizás se podría decir que los de Bolívar, desmoralizados por los combates anteriores y por la retirada, al ver que llegaban tropas de refresco enemigas, se desconcertaron. O'Leary, de forma brutal, habla de la "cobardía" (23) de la Caballería independentista.

Sea cual fuera la causa, el resultado fue que "Bolívar perdió casi por completo su Infantería" (24), hasta el punto de que con los supervivientes de todos los Batallones que estuvieron en la acción se pudo formar uno solo, que recibió el nombre de Sagrado (25). Los infantes fueron, en efecto, "destruidos" por los jinetes de Morillo. La Caballería, en cambio, se salvó casi al completo, pero quedó dispersa. "El resultado de esta desastrosa campaña fue la pérdida de todo el Ejército, la muerte de muchos jefes y oficiales de mérito y la necesidad de crearlo de nuevo para emprender" (26). Más de 900 hombres, casi la mitad de los presentes, causaron baja.

Por parte realista, según Morillo, hubo 159 muertos y "un número proporcional de heridos". Entre ellos, el propio general: "mi herida es sumamente considerable por el estrago espantoso que causó la lanza en las dos bocas que abrió al entrar y salir y por el sitio en que la recibí, que es en el costado izquierdo entre la cadera y el ombligo, saliendo por la espalda. No parece, hasta ahora, que haya interesado ninguna tripa ni parte noble de las que se comprenden en aquel delicado sitio, teniéndose por milagrosa mi existencia" (27).

◆

(19) *Memorias* de Morillo, pága. 144.
(20) Lecuna, Vol. II, pág. 175.
(21) Vergara y Velasco, pág. 200.
(22) Urdaneta, págs. 138.
(23) O'Leary, Vol. I, pág. 552.
(24) Urdaneta, pág. 140.
(25) *Ibíd.*
(26) *Ibíd.*, pág. 141.
(27) Carta de Morillo al Ministro de la Guerra, 18 de marzo 1818.

El 26 tiene lugar un nuevo combate, en Ortiz. Lo protagoniza por un lado La Torre —que sustituyó a Morillo— con los Pardos de Valencia, la Unión y Castilla, junto con el Escuadrón de Milicias del Infante Don Carlos. Por otro lado, Bolívar y Páez que se han reunido de nuevo, y que contaban con el Batallón Sagrado, el Barcelona —en cuadro—, la Infantería de Sánchez y quince Escuadrones. Los realistas eran unos 1.000; sus enemigos, algo más de 2.600. El choque fue indeciso, pero frustró el intento de Bolívar de vengar la derrota de Semen.

Más importante fue el que tuvo lugar en el Rincón de los Toros. Se inició en la noche del 16 de mayo, cuando una partida de Navarra, dirigida por un oficial venezolano, da un golpe de mano nocturno contra el campamento independentista. El propio Bolívar, del que Páez se había vuelto a separar, estuvo a punto de caer prisionero.

Al día siguiente tiene lugar la batalla propiamente dicha. Los realistas tenían "360 infantes, mitad españoles y mitad venezolanos" (28). Entre ellos figuraba una llamada Compañía de Honor, integrada totalmente por oficiales americanos. Sus contrarios, unos 800 hombres, fueron batidos de plano, perdiendo la mayor parte de su Infantería.

Bolívar no participó en el combate. Habiendo escapado a pie de la sorpresa de la noche anterior, erraba por la llanura cuando un sargento le dio un caballo que había capturado tras matar a su dueño. Este, curiosamente, era Rafael López, Pardo de Barinas, veterano realista y comandante de las tropas que habían ganado la acción. Entre éstas se distinguieron especialmente los Escuadrones de Lanceros del Rey.

Por su parte, Páez también sería derrotado en Cogedes, el 2 de mayo. Los realistas alinearon en esa ocasión unos 3.000 hombres: I de la Unión, Castilla, Barinas, II de Burgos, Cazadores del Infante Don Francisco de Paula, dos Compañías de Victoria, dos de Pardos de Valencia, dos de Milicias de Aragua y ocho Escuadrones, casi todos venezolanos. Páez tenía menos de 2.000 hombres: dos Batallones de la Guardia, restos de Barcelona y 8 Escuadrones.

Aunque La Torre y los coroneles de Castilla y de la Unión fueron baja, "la batalla fue tan funesta a los independientes como la Puerta" (29). Fue también la "más sangrienta de aquella terrible campaña... Páez perdió casi toda su Infantería", que se batió "con admirable coraje" (30). La Torre fue sustituido por el jefe de Estado Mayor, brigadier Ramón Correa.

El 5 de junio, Bolívar estaba de vuelta en Angostura. La campaña había sido un fracaso total. Las victorias realistas además, habían propiciado "la decisión de la mayoría de los llaneros y del país en general por la causa del Rey" (31). "Después de tantos años parece revivir el ardor guerrero y el fanatismo realista de 1814" en los Llanos.

Durante las operaciones, Bolívar "sufrió un desengaño terrible. Creía que a su nombre y al anuncio de su presencia en su amada provincia de Caracas volarían los pueblos a alistarse bajo sus banderas. Su asombro no tuvo límites cuando vio que en el Guarico recordaban con horror

(28) Lecuna, Vol. II, pág. 194.
(29) *Ibíd.*, pág. 201.
(30) O'Leary, Vol. I, pág. 560.
(31) Lecuna, Vol. II, pág. 208.

los procedimientos de los Patriotas en 1813 y 14 y los consideraban como el azote de los pueblos; que a medida que avanzaban, las gentes huían de él; que al llegar a Villa de Cura se encontró en el desierto, de manera que no era posible llenar las bajas del Ejército" (32).

Los siguientes meses los dedica el Libertador, inasequible al desaliento, a preparar la nueva campaña. Mientras, Mariño y Paez continuaban la lucha, en Oriente y Apure, respectivamente. Margarita seguía siendo una espina clavada en el flanco español, y su importancia se reforzaría aún más al convertirse en punto de destino de los centenares de voluntarios británicos que por entonces acudirían a nutrir las filas independentistas.

Morillo también aprovecha la suspensión de las operaciones de envergadura impuesta por la estación húmeda para reforzar sus tropas. Reorganiza con personal americano el I Batallón del Rey, aumenta el II y Valencey —o Unión— con milicianos de Valencia y llama de Nueva Granada a mil hombres para completar los castigados Cuerpos europeos.

Las bajas sufridas entre los peninsulares le llevaría a ordenar que el I de Navarra absorbiera al II. Por último recibe instrucciones de la península para que Castilla cambie su nombre por el de Hostalrich.

A pesar de sus triunfos, era pesimista sobre el futuro de la guerra. Por un lado, no desconocía las limitaciones de sus subordinados. Los reveses sufridos a primeros de año le habían servido para desengañarse en este sentido: "tres días faltó mi correspondencia... y esta circunstancia bastó para que el superintendente, abandonando los caudales, se embarcase en la *Guaira*. Los Ministros de la Audiencia hicieron lo mismo... El mismo capitán general interino quiso abandonar Caracas, donde estaba con toda su fuerza el Batallón de Burgos" (33). Por otro lado, seguía sin recibir refuerzos de España: "el Ejército (estaba) compuesto la mayor parte de hombres del país" (34). En esas condiciones, no sabía cuánto tiempo podría continuar con éxito la lucha.

Quizás se pueda hablar, a medidados de 1818, de un punto de inflexión en la guerra en Venezuela. La que iba a ser campaña definitiva de Bolívar se había saldado con un total fracaso, y la opinión se empezaba a volver contra él. "Formaba la República un grupo de patriotas de todas las provincias, unos cuantos partidarios en los pueblos que se decían patriotas y algunos centenares de hombres de diversas clases y razas militarizados en la guerra. Los pueblos en general indiferentes y rutinarios vivían en la ignorancia, y un gran número de ellos era realista. Excepto en Margarita, los independientes no contaban en ninguna región con el apoyo vigoroso de la opinión pública" (35).

En cuanto a los realistas, si bien atravesaban un momento álgido, carecían de la capacidad para dar un golpe de muerte a sus enemigos. Como pronto se vería, toda la estructura de su poder era ciertamente precaria. Se habían mantenido hasta entonces, desde la llegada de Morillo, gracias a un continuo reajuste de las unidades peninsulares, columna vertebral del Ejército. Pero

◆

(32) Lino Duarte Level, *Historia Política y Militar de Venezuela*, Madrid, sin fecha, págs. 307-308.

(33) Morillo al Ministro de la Guerra, 26 de febrero 1818.

(34) Del mismo al mismo, 20 de noviembre 1818.

(35) Lecuna, Vol. II, pág. 204.

éstas, diezmadas por los combates y por las enfermedades, reducidas por la cesión de cuadros para los Cuerpos americanos, eran ya sólo una sombra. Expedientes como retener una División entera destinada al Perú sólo servían para evitar una derrota, pero no para conseguir la victoria final. Por otro lado, Morillo, para constituir su masa de maniobra, había dejado Nueva Granada sin fuerzas europeas. Simplemente, no tenía hombres para cubrir todo el territorio que le había sido confiado.

Bolívar sabrá aprovechar esta circunstancia. Un nuevo proyecto de relanzar las operaciones en Oriente durante octubre se salda con una serie de fracasos. Implicaba ofensivas coordinadas de todas las columnas independentistas, por lo que resultó "demasiado complicado", teniendo en cuenta además "la falta de armonía entre los distintos jefes divisionarios" (36).

A principios de 1819 hará un nuevo intento, también sin éxito, de batir a Morillo frontalmente. Es entonces cuando decide recurrir a la estrategia indirecta, como había hecho San Martín. Primero atacaría Nueva Granada, para luego caer sobre Venezuela.

Previamente había enviado en agosto al brigadier Francisco de Paula Santander a Casanare, en la frontera de ambos territorios, con mil fusiles e instrucciones de preparar el terreno para la próxima ofensiva. A fines de diciembre, él en persona navega una vez más por el Orinoco trasladando tropas de Occidente. En enero de 1819 pasa revista en San Juan de Payera a todas las tropas concentradas, incluidas las de Páez. En total, 5.000 hombres. La mitad, de Infantería, encuadrados en los Batallones Rifles, Barcelona, Barlovento, Angostura, Apures, Granaderos y Zapadores. El resto, organizados en 25 Escuadrones. Estos últimos eran de excelente calidad, pero la Infantería no era "en nada comparable a la española, ni en número, ni en disciplina" (37).

Los realistas, a su vez, concentran en la confluencia de los ríos Portuguesa y Tiznados a sus mejores elementos: Batallones de Valencey, Barinas, Hostalrich, Infante, Burgos y Navarra; dos Escuadrones de Húsares de Fernando VII, seis de Lanceros del Rey, cuatro de Dragones y dos de Guías. La Caballería, excepto los Húsares, que habían agrupado a todos los jinetes peninsulares, era americana.

En cuanto a la Infantería, de los siete Batallones —sólo el Regimiento de Valencey contaba con dos unidades de este tipo; los demás tenían una nada más—, en teoría Valencey, Hostalrich, Burgos y Navarra eran europeos. En la práctica, el II de Valencey era americano, y como hemos visto antes, los demás se habían reforzado con venezolanos y colombianos. Como máximo la mitad de los infantes serían peninsulares.

En conjunto los realistas no llegaban a los 6.000 hombres.

El escenario estaba preparado para la próxima campaña.

En el Alto Perú se registraron pocas novedades en 1818. La Serna, teniendo a Canterac, que había venido desde Venezuela tras ser despojado de su División por Morillo, como jefe de Estado Mayor, se dedicó a observar al Ejército argentino, por entonces mandado por Belgrano. Sorpren-

(36) O'Leary, Vol. I, pág. 572.
(37) *Ibíd.*, pág. 586.

dentemente, y a pesar de lo delicado de la situación en Chile, no se desprendió de ninguna de sus unidades europeas para reforzar a Ossorio.

Se empieza en cambio a organizar una fuerza de reserva, que crearía nuevos problemas entre el general y el virrey. El primero la quería situar en Puno, pero tuvo que acatar, de mal grado, las órdenes de Pezuela, que la quería en Arequipa. Para demostrar su descontento, sin embargo, en vez de enviar los dos Batallones de Extremadura que este le pidió, mandó sólo los cuadros de cinco Compañías, el Escuadrón de la Unión —peninsular— y el de San Carlos, americano. El brigadier Rocafort se puso a la cabeza de la División, completada con 1.200 milicianos.

Para aumentar aún más los efectivos, Pezuela contaba con el I de Numancia, Cuerpo americano cedido por Morillo, y movilizó a las unidades de Milicias de Lima: el Batallón de Número, el de Pardos y Morenos y los Dragones. Los resultados de esta medida fueron desalentadores, "por la oposición de los limeños a ocuparse en nada, y menos en el servicio del Rey... por todas partes se ocultaban, ya en los suburbios de la ciudad, y dentro de ella, en las torres de las iglesias y ya en los conventos tomando el hábito de legos" (38).

Con el fin de tranquilizar los ánimos, el virrey tuvo que garantizar a los milicianos que el acuartelamiento no se hacía con el fin de enviar a las unidades fuera de la ciudad. Aún así tantos hombres del Regimiento de Dragones dejaron de presentarse que hubo que organizar un Escuadrón nuevo a base de voluntarios para reunir el número de jinetes que se necesitaba.

En cambio, las milicias de Tarma, Huanuco, Trujillo y Huancavélica, enviaron al Regimiento del Infante más de 300 hombres.

Las distintas reacciones de los diferentes Cuerpos milicianos a los llamamientos a la movilización indican hasta que punto es imposible hacer juicios generales sobre la calidad de los mismos. Algunos Regimientos eran, sin duda, excelentes. Otros, en cambio, sólo existían sobre el papel y las autoridades no podían contar para nada con ellos.

Todas estas medidas militares de Pezuela no respondían a ningún intento ofensivo. Eran únicamente una respuesta a los acontecimientos que se desarrollaban en Chile, que en 1818 se convirtió en el centro de gravedad de las Guerras de Emancipación.

En el Capítulo anterior dejamos a Ossorio navegando hacia Talcahuano con una expedición destinada a vengar la derrota de Chacabaco. Desembarcó en dicho puerto el 17 de enero, uniendo sus fuerzas a las de Ordóñez, que apenas pasaban de 1.700 hombres. Estos pertenecían al Batallón de Concepción y al Regimiento de Dragones de la Frontera —ambos casi al completo— y a restos del Batallón de Valdivia y de los Dragones de Chillán.

Estas fuerzas se ponen en marcha hacia el Norte (39). El 2 de marzo, franquean el Maule. Ante su progresión, O'Higgins cede prudentemente terreno, reuniéndose en Chimbarango con las tropas que San Martín traía de Santiago.

◆

(38) Pezuela, *Memoria*, pág. 289.

(39) Para esta campaña hemos conseguido a Francisco Javier Díaz, *La batalla de Maipú*, Santiago 1946.

Las fuerzas independentistas concentradas eran las siguientes: por parte argentina, los Batallones 7, 8 y 11 de Línea y el de Cazadores; el Regimiento de Granaderos a Caballo y dos Escuadrones de Cazadores. Por parte chilena, los Batallones 1, 2 y Arauco número 3 —antes llamado División de Frontera—, el de Cazadores de Coquimbo y dos Escuadrones de Cazadores a Caballo. En total, más de 9.000 hombres, de ellos unos 5.000 chilenos (40).

El 15 de marzo empiezan a producirse los primeros choques de vanguardia que sirven para demostrar a Ossorio que, en contra de lo que él esperaba, se encontraba ante un enemigo poderoso. La acción se produce en Quecheneguas, y en ella tienen ocasión de intercambiar cargas de Caballería dos notables Cuerpos: los Dragones de la Frontera, mandados por Morgado y los Cazadores a Caballo de Chile, dirigidos por Freire.

En vista de la situación, Ossorio opta por replegarse hacia Talca, con la intención de acogerse a la línea del Maule. Cuando llega a dicha localidad tiene que inclinarse ante la idea de que no puede seguir su plan, ya que el enemigo le acosa con determinación. Para evitar el peligro de que cayera sobre él en plena retirada, sólo le queda una solución: atacar.

El día 19, a las 7,30 de la tarde, tres columnas salen de Talca. Están formadas por el II del Infante, el II de Arequipa, el I de Burgos y las Compañías de preferencia de todos los Cuerpos.

San Martín, que acampaba en Cancharrayada, había oído noticias de las intenciones de Ossorio. Estaba procediendo a un redespliegue de sus fuerzas cuando se produjo el ataque.

"Como por encanto sentimos una espantosa descarga de artillería y fusilería muy cerca de nosotros, cuyas balas hicieron algunos estragos en las filas de nuestra División, que se hallaban en línea, pero sentados los soldados con su fusil en las manos y comiendo galletas y charqui crudo, que se acababa de repartir a la tropa" (41).

El desconcierto fue total. La llamada División de la Derecha, mandada por las Heras mantuvo en un principio sus posiciones. No así la de la Izquierda, sobre la que cayó el peso del ataque y que fue abandonada por su jefe, Quintana. Sorprendidas en pleno cambio de posición, algunas unidades cedieron. O'Higgins intentó organizar una línea defensiva con los Batallones Cazadores de los Andes, 7.º argentino y 2.º de Chile pero fue desbordado. El mismo recibió un balazo en el codo y su caballo fue muerto. Los Batallones 1.º y 3.º de Chile y 8.º de Argentina se desorganizaron: "comenzó la verdadera derrota, huyendo unos, resistiendo otros, y poseídos todos del más horrible pavor" (42).

La sangre fría de Las Heras, que se retiró ordenadamente, salvó al Ejército de un desastre mayor. Aún así, había perdido numerosos hombres y toda su Artillería, 22 piezas que quedaron abandonadas entre "montones de cadáveres".

◆

(40) "Memorias del Sargento Mayor Don Rafael Gana" publicadas en n.º 16 (1914), 17 (1915) y 27 (1917), de la Revista Chilena de Historia y Geografía. Nota al pie de la página 325 del n.º 16.

(41) *Ibíd.*, pág. 338.

(42) *Ibíd.*, pág. 339.

En la dispersión general, San Martín llegó a pensar que todas sus tropas habían sido batidas. No fue hasta el 21 de marzo cuando, encontrándose "muy fatigado y abatido" (43), recibió la buena nueva de que Las Heras conservaba todavía organizada parte de las fuerzas.

La noticia de la derrota, no obstante, causó en Santiago "el más grande estupor" (44), e incluso se pensó en una retirada hacia Mendoza.

En cuanto a los realistas más exaltados, como dice sardónicamente Stevenson (45), pensaban que Ossorio "pronto atravesaría los Andes e iría a prestar auxilio a sus virtuosos y valientes compatriotas, sacándoles de las prisiones en que gemían en San Luis y en las Bruscas, y con el refuerzo que ya había salido de España en un convoy protegido por la fragata María Isabel (alusión a la desdichada expedición de Cantabria) conquistaría Buenos Aires y volvería a Lima con las cabezas de San Martín y O'Higgins y las de todos los otros capitanes de bandidos".

Aunque esto era soñar lo imposible, sobre todo tras el desastre de la expedición, lo cierto es que se le presentaba al general español una espléndida oportunidad, a pesar de la debilidad de sus efectivos.

Pero Ossorio no lanzó una persecución a fondo. Al contrario, opta por regresar a Talca para completar sus fuerzas. Ante las enérgicas protestas de Ordóñez, lo más que hace es permitir a éste un pequeño movimiento hacia el Norte. No será hasta el 24 de marzo cuando por fin, el grueso realista se ponga en marcha en dirección de Santiago.

San Martín, desde luego utiliza a fondo este respiro para reorganizar el Ejército. En Cancharayada había perdido unos 2.000 hombres, pero no tarda en reforzarse con dos nuevos Batallones chilenos, el número 4, de origen miliciano, y el de Infantes de la Patria. Además, los muchos dispersos tras la batalla —pertenecientes sobre todo a la Caballería— tuvieron tiempo de reincorporarse.

A principios de abril tenía concentradas todas sus tropas en los llanos de Maipú. Resulta interesante comparar la estructura de las mismas en aquellas fechas con las que tenía antes de Cancharayada.

A mediados de marzo, el Ejército chileno-argentino reunía los siguientes elementos: División de la Derecha (Quintana): Batallones 7.º y 11.º de los Andes, 1.º de Chile y Cazadores de Coquimbo, también chileno. División de la Izquierda (Las Heras): Batallones Cazadores de los Andes, 2.º y 3.º de Chile. Reserva: 8.º de los Andes. Caballería: Regimiento de Granaderos a Caballo, argentino, y Regimiento reunido de Cazadores, con dos Escuadrones chilenos y dos argentinos. En conjunto, más de 9.000 hombres.

En Maipú las fuerzas eran estas: I División (Las Heras) con los Batallones Infantes de la Patria, Cazadores de Coquimbo y 11.º de los Andes. II División (Alvarado) con los Batallones Cazadores y 8.º de los Andes y el 2.º de Chile. Reserva (Quintana): Batallones 1.º y 3.º de Chile y 7.º argenti-

(43) *Ibíd.*, pág. 200 al n.º 17.
(44) Díaz, pág. 99.
(45) Op. cit., pág. 58.

no. La Caballería seguía contando con los dos Regimientos ya citados. La Artillería, reconstituida, tenía 21 piezas. Los mejores hombres del 4.º de Chile pasaron a engrosar el 3.º —Arauco— muy castigado en Cancharayada. En total, el Ejército tenía 6.095 hombres.

Comparado con el que existía a principios de la campaña, era relativamente reducido, a pesar de los refuerzos recibidos. Sin exagerar, se podría decir que la mitad de los hombres existentes en enero de 1818 había desaparecido. No obstante, la moral de la tropa era alta, lo que no impidió que sus jefes tomaran medidas para foritificar Santiago, en caso de derrota, e incluso para preparar la retirada.

Por su parte, Ossorio seguía encontrándose en inferioridad numérica. En concreto, tenía menos de 5.000 hombres con 13 cañones.

Su organización era la siguiente: I Brigada (Ordóñez) con el II del Infante y el Batallón Concepción. II Brigada (Morla) con el I de Burgos y el II de Arequipa. La Caballería estaba formada por el Regimiento de Dragones de la Frontera y los Escuadrones de Lanceros del Rey, Dragones de Arequipa y Dragones de Chillán.

De los cuatro Batallones, Burgos era de mayoría peninsular; Infante, Mixto, Arequipa y Concepción, americanos. Toda la Caballería, menos los Lanceros, era americana. Aún así, tanto éstos como Burgos se habían completado, como hemos visto, con peruanos. Los europeos seguramente apenas llegaban a los 1.500.

El 5 de abril de madrugada, los realistas, completan su avance desde Talca llegando a lo que sería el campo de batalla. La idea de Ossorio era ocupar Santiago por el camino del Valparaíso, pero San Martín maniobra amenazando su flanco derecho, lo que le hace desistir de su plan.

El general realista ordena entonces una variación derecha, quedando ambos Ejércitos frente a frente. Ocupan sendas lomas, que Díaz llama respectivamente, "de los realistas" y "de los patriotas", separadas por una hondonada y cerrada al Noroeste por la colina de los Pajaritos. La retaguardia de Ossorio estaba en el caserío de Lo Espejo. El terreno, por su falta de obstáculos naturales o artificiales, se prestaba magníficamente para la batalla.

Los realistas adoptan el siguiente dispositivo, de izquierda a derecha: cuatro cañones, II de Arequipa, I de Burgos, 2 cañones, Concepción, II del Infante y 2 cañones más. Cerrando la izquierda, los Dragones de la Frontera; en el ala derecha, Dragones de Arequipa y Lanceros del Rey. Cubriendo el frente, los Dragones de Chillán. En la extrema izquierda, fuera del dispositivo principal estaba situado el jefe de Estado Mayor, coronel Primo de Rivera, con 2 cañones y las Compañías de preferencia de todos los Cuerpos de Infantería. Es decir, 4 de Granaderos y otras tantas de Cazadores. Tenía órdenes de retroceder, una vez iniciado el combate, para quedar en reserva tras la línea realista.

Las fuerzas de San Martín formaron teniendo a la derecha el Regimiento de Granaderos a Caballo, luego los batallones 11.º, Coquimbo, e Infantes de la Patria. A continuación el 2.º y 8.º de Chile y el de Cazadores de los Andes. Cerraba la izquierda el Regimiento de Cazadores a Caballo.

En segunda línea, los Batallones 1.º y 3.º de Chile y 7.º argentino. La Artillería se encontraba repartida en tres baterías: en el centro y las alas.

El combate empieza a las 12, con un ataque del 11.º de los Andes. Para contenerlo, Ossorio lanza a los Dragones de la Frontera, que a su vez son cargados, y derrotados por los Granaderos a Caballo. Despejado así el frente, los Cazadores de Coquimbo y el Infantes de la Patria avanzan lentamente, sin emplearse a fondo.

En el otro extremo del campo, ataca la izquierda de San Martín. Ordóñez envía a su encuentro el II del Infante. Los oficiales independentistas dan la orden de cargar a la bayoneta, "pero en ese mismo instante una descarga horrorosa resonó en el campo de los realistas, la cual barrió por completo con la primera mitad que iba al frente de nuestros Batallones... mi Compañía de Granaderos que mandaba en jefe (el autor pertenecía al 2.º de Chile) cayó casi entera, y del Batallón número 8 de argentinos, que por algunos instantes se batió con un valor extraordinario, apenas se retiraron algunos restos gloriosos" (46). En efecto, "el 8.º se desordena luego de perder la mitad de su fuerza, el 2.º retrocede también poco después. El 1.º de Cazadores de los Andes despliega y rompe el fuego, pero a su vez se ve obligado a ponerse en retirada para evitar una total derrota" (47).

"Aquella sorpresa desorganizó las columnas de ataque, las cuales vacilaron, se envolvieron y terminaron por retroceder en desorden. El enemigo, aprovechándose de aquella ventaja, continuó sus fuegos con una simultaneidad sorprendente, de tal manera que sus filas parecían una inmensa y prolongada hoguera" (48).

La primera línea de la izquierda independentista quedó así barrida. La Infantería realista avanza entonces, apoderándose de algunas piezas, pero es frenada por el fuego de la Artillería restante. Curiosamente, aquellos cañones tan bien servidos estaban a las órdenes de José Manuel Borgaño, que habían empezado su carrera militar en 1804 en el Ejército español. En la derecha, el Batallón Infantes de la Patria entra en fuego, pero no logra hacer mella en la línea realista.

San Martín entonces ordena a su reserva que frene a Ordóñez. A cubierto del ataque de estos tres Batallones, 1.º, 3.º y 7.º y del bombardeo artillero, la División Alvarado se reagrupa y vuelve a entrar en línea.

Ossorio, a su vez, necesita también tropas de refresco para profundizar su ventaja. Sin embargo se encuentra sin reserva, porque Primo de Rivera, que manda la crema de la Infantería realista, se ha negado a cumplir sus órdenes y continúa en su inútil posición, aislado en la extrema izquierda. El general en jefe le envía un mensaje perentorio, mandándole que envíe a sus tropas, pero estaba claro que, por la distancia a recorrer, estas no llegarían a tiempo.

Decide entonces lanzar a su Caballería de la derecha, Lanceros del Rey y Dragones de Arequipa. Eran éstos Cuerpos mediocres, "ambos tan bisoños en el arte de cabalgar, que bien merecían la denominación de "maturrangos" que les daba San Martín, pues, según testimonio de un general español que presenció sus ejercicios "los jinetes caían de los caballos que montaban con notable facilidad" (49).

◆

(46) Gana, "Memorias", pág, 214 del n.º 17.
(47) *Ibíd.*
(48) *Ibíd.*, pág. 215.
(49) *Historia de San Martín*, Vol. II, pág. 42

En todo caso, no eran rivales para los Cazadores a Caballo que, más numerosos además, caen sobre ellos a brida abatida, deshaciéndolos.

La Infantería realista quedó, a consecuencia de esta derrota, sola y rodeada de enemigos. Envuelta por todas partes, protagonizará una de sus más brillantes acciones en América.

Burgos forma el cuadro. De sus filas parten gritos desafiantes: ¡Aquí está el Burgos. Dieciocho batallas ganadas, ninguna perdida!". "El Burgos siguió luchando como un león, agitó su bandera y rechazó las cargas del adversario. El Batallón Arequipa, por su parte, comandado por el comandante Rodil, se mantenía impávido en lo más dramático de la acción y los Batallones Infante Don Carlos y Concepción se batían con singular heroismo, a pesar de que sus filas estaban ya muy raleadas por las bajas". Esta descripción, de fuente poco sospechosa (50) refleja la bravura con que unos Cuerpos ya perdidos se negaban a aceptar la derrota.

Acosada por todas partes pero manteniendo intacta su formación, aquella magnífica Infantería se retiró sobre Lo Espejo. Por su lado, Primo de Rivera, totalmente aislado, demostró que si bien era indisciplinado, no envidiaba a nadie en gallardía. Fríamente ordena a sus ocho Compañías y con ellas se repliega lentamente hasta unirse al grueso. En el camino, sufrieron diez cargas de los espléndidos Granaderos a Caballo, que rechazaron. El jefe de los jinetes argentinos era el coronel Zapiola, antiguo miembro de la Marina Real española. Como hombre de valor a toda prueba, debió admirar el coraje de sus viejos compañeros de armas.

Hacia las dos de la tarde los restos de la Infantería realista estaban en Lo Espejo. Ossorio aprovechó la circunstancia para, de forma incalificable, abandonar a sus hombres, partiendo a uña de caballo con los jinetes que le quedaban. Ordóñez tomó el mando. Sin duda no es exagerado decir que era "el mejor, el único general que tuvieron los realistas en Chile" (51). Su idea era resistir hasta la llegada de la noche, para retirarse luego al amparo de la oscuridad.

Por entonces llega al campo de batalla O'Higgins procedente de Santiago, con nuevas tropas: parte del Batallón número 4, Escuela Militar, Regimientos 1.º y 2.º de Milicias de la capital y más de 1.000 milicianos de Aconcagua y Colchaqua. "Su rostro desencajado por las largas vigilias y la fiebre prolongada y su brazo inmovilizado por las vendas eran el testimonio de una fe sin quebranto".

A la sombra de la bandera tricolor se reúne con San Martín para dar el golpe de muerte a la presencia española en Chile. Los Batallones 3.º de Chile, Infantes de la Patria, Coquimbo, 11.º y Cazadores de los Andes avanzan contra el caserío defendido por los realistas. Los Cazadores chilenos se aventuran demasiado, y se tienen que retirar con graves pérdidas. Entonces el Libertador ordena concentrar el fuego de 17 piezas contra las posiciones enemigas. El bombardeo diez-

◆

(50) Benjamín Vicuña Mackenna, *La Guerra a Muerte*, Santiago 1972, pág. 7.

(51) Eizaguirre, *O'Higgins*, pág. 193. Hay discrepancias sobre el número de milicianos que llegaron al final de la batalla. En cualquier caso, sólo participaron en la persecución.

ma a las impotentes unidades de Ordóñez. A cubierto del mismo, la Infantería independentista da el asalto definitivo, que acaba con toda resistencia.

Aproximadamente a las 5 de la tarde la batalla termina. Rodil ha logrado retirarse en orden con el II de Arequipa. Muchos realistas que intentan escapar del desastre son capturados a lazo por la persecución a fondo que inician las Milicias de Caballería.

El Ejército de Ossorio había sido, a todos los efectos, aniquilado. Tuvo 1.500 muertos y 1.300 prisioneros, que luego se elevaron hasta 2.289, y perdió toda su Artillería. Los soldados capturados fueron internados en Santiago, Coquimbo y las Bruscas.

Los oficiales más significados, como Ordóñez, Primo de Rivera, Morla, Morgado y otros fueron enviados al pueblo de San Luis de la Puerta. No resignándose a su muerte, organizaron un golpe de mano contra sus guardias que fracasó. En la brutal represión casi todos fueron muertos, menos Primo, que optó por pegarse un tiro cuando vio que el intento había abortado. Desapareció así uno de los más brillantes planteles de jefes que España envió a América.

Las bajas de los independentistas en Maipú se situaron en torno a los 1.800 hombres.

A la hora de analizar la batalla, no puede pasarse sin una mínima mención la triste actuación de Ossorio y su lamentable huida, así como la indisciplina de Primo de Rivera, que tan hondas repercusiones tuvo. Fue admirable, en cambio, el comportamiento de Ordóñez y de sus 4 Batallones, intentando detener por sí solos un Ejército entero.

La participación de su Caballería, sin embargo, dejó mucho que desear. Los Lanceros del Rey y el Escuadrón de Arequipa combatieron sin el ardor de sus compañeros de Infantería. En cuanto a los Dragones de la frontera, "volvieron caras" antes del choque con los Granaderos de Zapiola, 20 pasos antes de llegar al cuerpo a cuerpo. Era este un fenómeno más frecuente de lo que se cree, ya que los casos de Escuadrones dando o recibiendo sin vacilar una carga a ultranza son relativamente poco comunes en la Historia. Lo normal es que uno de los bandos se dispersara antes de llegar al "entrevero". Sin embargo, había razones para esperar de un Cuerpo prestigioso como los Dragones de la Frontera una conducta más gallarda.

Por parte independentista, la batalla estuvo magníficamente dirigida. Su Caballería fue muy superior a la realista, y San Martín supo manejar con gran habilidad sus reservas y su Artillería.

A este respecto, vale la pena recoger algunos puntos de las "Instrucciones reservadas" que dio el general antes de la batalla (52), ya que reflejan las tácticas al uso en la época y la opinión que le merecían las unidades realistas.

En ellas ordena que ningún Cuerpo reciba una carga a pie firme, lo que equivalía a un suicidio, sino que vaya al encuentro del enemigo. Dispone que durante el combate no se recojan los heridos, ya que los hombres válidos solían utilizar el pretexto de ayudar a sus compañeros maltrechos para abandonar las banderas. Ordena también que la Caballería debía procurar atacar los flancos del enemigo, y no su frente. Añade que debía mantenerse en reserva un pelotón de cada Cuerpo "para sablear al soldado que vuelva caras".



(52) Recogido en Díaz, págs. 123 y sigs.

Con referencia a las unidades de Ossorio, dice lo siguiente. Del II de Arequipa tenía mala opinión: "es bisoño (lo que era cierto), indisciplinado, sus gentes son indios, mulatos y negros". Del Burgos, único Batallón peninsular, señala que "a este Regimiento se le debe cargar la mano, por ser la esperanza y el apoyo del enemigo".

Díaz, por su parte (53) señala refiriéndose al II del Infante que era "una unidad veterana que había guerreado contra los franceses en España". Se trata de un ejemplo más del error en que incurren muchos autores americanos, de atribuir a Batallones con el nombre de Regimientos de España unas cualidades de las que carecían. Recordemos que ese Cuerpo se había formado por la unión de reclutas europeos con el viejo Real de Lima. Como tal, pues, no había luchado nunca contra los napoleónicos en la península. De hecho, gran parte de su personal sólo podía haberle fogueado en América. Clonard, a su vez (54), hace la afirmación contraria, señalando que todo el Batallón era de recluta local, lo que tampoco parece cierto.

En cualquier caso, e independientemente de su origen, toda la Infantería realista se batió de un modo ejemplar. Los americanos bisoños del II de Arequipa combatieron con la misma gallardía que los peninsulares del I de Burgos. Si sus compañeros de Caballería hubieran tenido el mismo comportamiento y si sus jefes hubieran desplegado más dotes de mando o mejor disciplina, la batalla podría haber tenido otro desenlace.

Ossorio no paró en su huida hasta Concepción, donde llegó el 12 de abril. De allí pasó a Talcahuano, uniéndose a las fuerzas de Rodil.

En conjunto, el 16 había en ese puerto 2.161 hombres. De las unidades presentes en Maipú, Infante, Burgos y Concepción estaban reducidos a una media de 250 plazas, cuando en dicha batalla alineaban más de 800. El II de Arequipa se había disgregado durante la retirada. Los Dragones de la Frontera, de Arequipa y de Chillán estaban casi intactos, ya que apenas habían combatido. El Escuadrón de Lanceros del Rey habían dejado de existir. Se contaba en cambio con el corto Batallón de Valdivia, 236 hombres, y con 334 milicianos de la Florida (55). El 22 de septiembre Ossorio desembarca en El Callao con 729 hombres europeos y peruanos. Quedó al frente de la provincia de Concepción el coronel Sánchez, con 1.500 hombres de las unidades chilenas, Batallones Valdivia y Concepción; Dragones de la Frontera y Milicias.

Sus órdenes eran mantener la presencia realista en tan leal provincia, apoyándose en los araucanos, que tantas muestras de fidelidad habían dado en los últimos tiempos. Debería sostener una guerra de guerrillas, sin fijarse en ningún punto concreto.

El 20 de octubre recibirá un inesperado refuerzo, con la llegada a Talcahuano de los restos de la desafortunada expedición de Cantabria: 100 hombres de ese Regimiento y 429 Cazadores, Dragones y Artilleros. A pesar de las protestas de Pezuela que reclamaba esas tropas por estimarlas inadecuadas a la guerra irregular, Sánchez las retuvo consigo. Desde entonces, los supervivientes de la expedición y los restos de unidades que quedaron tras Maipú constituirán el núcleo de los defensores realistas en Chile.

◆

(53) Op. cit., pág. 80.
(54) Vol. XII, pág. 420.
(55) Pezuela, *Memoria*, pág. 347.

Como resumen de las operaciones de 1818, se puede decir que Maipú confirmó el cambio de signo de las Guerras de Emancipación que se inició en Chacabuco. Hasta entonces, las fuerzas del Rey habían logrado recuperar lo que habían perdido por la fuerza de las armas, con la única excepción de Montevideo. En Venezuela y en el teatro de operaciones que tenía como centro el Desaguadero, habían sufrido reveses, pero en todos los casos se habían restablecido. Incluso Chacabuco se había compensado, en cierto modo, con Cancharayada. Habían conseguido, además, notables triunfos, como el aniquilamiento de los principales contingentes independentistas en Nueva España, la primera reconquista de Chile, la recuperación de Quito y Nueva Granada, y las sucesivas victorias que habían obligado a Bolívar a abandonar el territorio venezolano.

Desde el punto de vista de la Corte, si bien no se percibía un fin al conflicto, tampoco había razones para pensar en una derrota militar irreparable. En Maipú cambió todo.

Por primera vez los realistas perdían en una batalla campal un territorio que nunca volverían a recuperar. Se abría, además, un nuevo frente al Sur del Perú, con la consolidación de un Ejército que, andando el tiempo, se convertiría en uno de los brazos de la tenaza que se cerraría en Lima.

Para complicar aún más la perspectiva de los realistas, los éxitos de sus enemigos en tierra se completaron con avances paralelos en el mar. A diferencia de los españoles, "a los patriotas chilenos no ofuscó la satisfación de los triunfos conseguidos en batallas terrestres ni el conocimiento de su pobreza y falta de recursos les detuvo. Su escuadra era una necesidad para cuya satisfacción cualquier sacrificio había de considerarse pequeño" (56).

Dueños de Valparaíso tras la victoria de Maipú, emprendieron sin pérdida de tiempo la tarea de convertir el puerto en la base de una escuadra que operaría en el Pacífico. Para conseguirla, mandaron comisionados a Estados Unidos y a Inglaterra para adquirir buques. El primero fue la fragata Windham, de 52 cañones, rebautizada con el nombre de Lautaro y confiada a un ex-oficial de la Marina británica, O'Brien.

Poco después de pasar al servicio independentista tuvo su primer choque con la fragata realista *Esmeralda*. Tras un combate confuso, ésta logró rechazar a los atacantes, causándoles pérdidas, entre las que figuraba el propio O'Brien.

Más tarde, la Escuadra chilena se aumentaría con el navío *San Martín*, de 64 cañones (ex-Cumberland), la corbeta *Chacabuco* y los bergantines *Araucano* y *Galvarino*. Estos barcos, comprados todos, más un bergantín capturado a los realistas, dieron a los independentistas la superioridad naval en el teatro de operaciones. El mando del conjunto fue entregado a Manuel Blanco Encalada, antiguo oficial de la Marina Real española.

El primer triunfo de la agrupación fue la captura de la expedición de Cantabria, a la que hemos hecho referencia. Gracias a la utilización del código de señales del convoy y al uso de la bandera española, los independentistas pudieron así apoderarse, con escasas dificultades de la fragata *María Isabel*, de 50 cañones, y de cinco transportes.

A partir de 1818 los independentistas se encontraron en condiciones de impedir las comunicaciones entre los reductos realistas de Chile y Perú e incluso someter a un bloqueo la costa del virreinato. Ello supuso, en los siguientes años, una ventaja estratégica de primera magnitud.

(56) Fernández Duro, Vol. IX, pág. 185.

CAPITULO X

"¿Querrá usted creer que el Rey está empeñado en la expedición, y que ha dicho que se haría aunque se empeñase su Corona?"
(La Bisbal a León y Pizarro)

1819. Boyacá

El fracaso de los intentos españoles por conseguir en Aquisgran el apoyo de las potencias continentales para el restablecimiento de su soberanía en las Indias llevó a una revisión de la política en Madrid. En dicho Congreso se había llegado incluso a sugerir que España aportaría tropas al esfuerzo común, pero que la manutención, sueldos y transporte de las mismas hasta América correría a cargo de otros países europeos.

Tan insólita propuesta revelaba que, independientemente de los intentos pacificadores políticos, el Rey seguía pensando en la fuerza como medio de recuperar el control sobre sus súbditos rebeldes. Era también prueba del estado de postración de España, que necesitaba aliados para ganar la guerra en América, ya que sus propias fuerzas eran insuficientes. El hecho de que esperara que las otras potencias financiaran la operación y aportaran los medios marítimos necesarios, demuestra la verdadera situación de un erario exhausto y de una Armada casi inexistente.

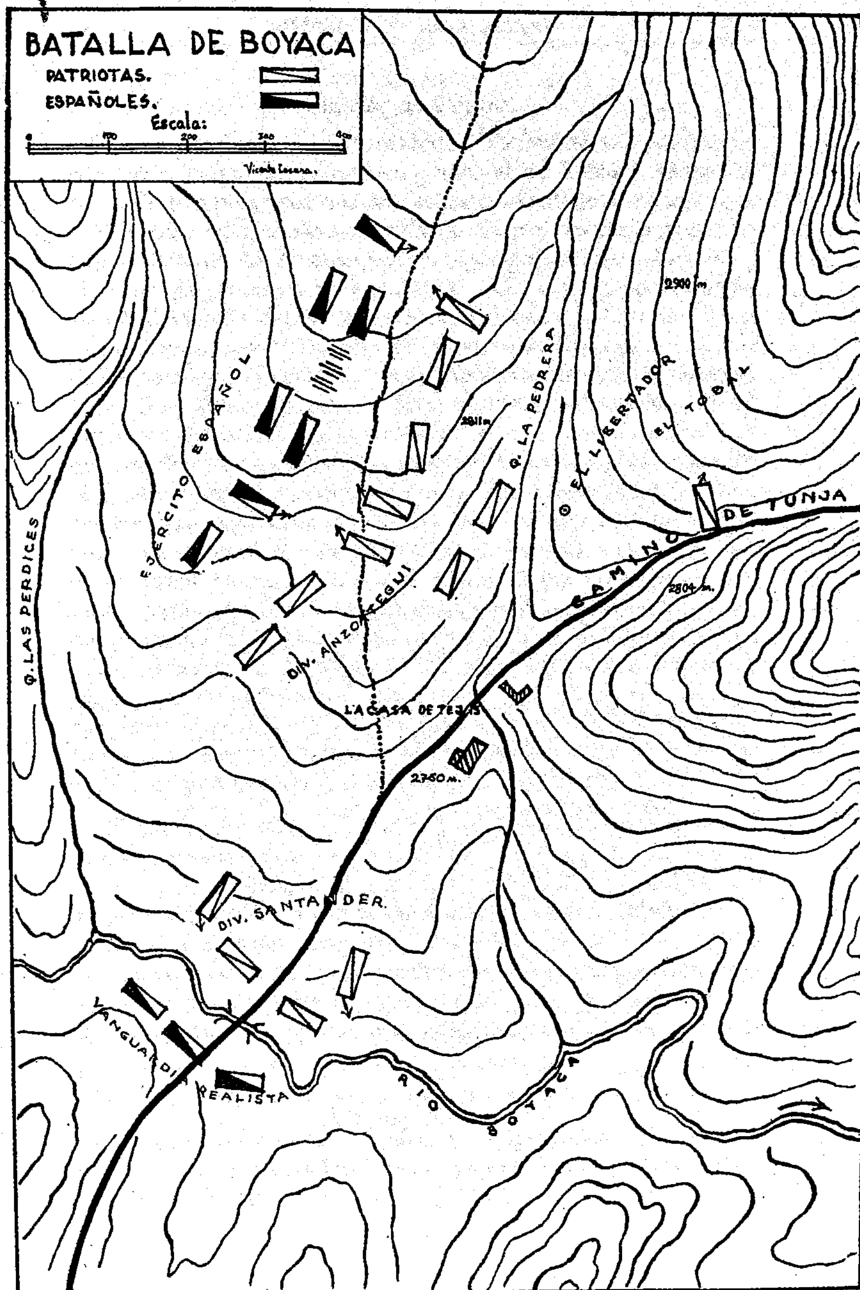
El proyecto, como era lógico pensar, no fue aceptado: "entonces comenzó otra etapa en la historia de la pacificación, con la renuncia a la esperanza de ayuda de cualquier nación extranjera, y España se lanzó a la quijotesca empresa de luchar con sus famélicas armas contra los americanos rebeldes, cada vez más comprometidos, estimulados o ayudados por el resto de las naciones" (1).

Se trataba, pues, de poner en práctica el plan, que nunca se había descartado de hecho de la mítica expedición de Buenos Aires. Aparentemente, los altos mandos militares veían la idea con nulo entusiasmo (2), lo que se entiende, habida cuenta de la falta total de medios. Incluso el conde de la Bisbal, designado como jefe de la misma era extraordinariamente escéptico.

Si así pensaba el alto mando, la moral de los hombres y de la oficialidad no era mejor. De

◆

(1) *Planes españoles...*, pág. 376.
(2) León y Pizarro, Vol. I, pág. 267.



Batalla de Boyacá.

los primeros se ha señalado su "mala voluntad" y la necesidad de mantenerlos separados hasta el momento del embarque (3).

En cuanto a la segunda, uno de sus miembros (4) se expresaba así: "apenas se hallaba uno que no fuera allí destinado de una manera violenta o poco menos. Casi todos los soldados procedían de la Guerra de la Independencia y habían cumplido el tiempo de servicio porque estaban empeñados legalmente (5)... En la Infantería había bastante número de jefes y oficiales a quienes se concedió ascenso a condición de quedar nulo si no se embarcaban; pero la Caballería pareció haber sido elegida para concluir con todos los oficiales sobrantes del arma. El que era destinado a uno de los cuerpos del Ejército de Ultramar no tenía más recurso que marchar o pedir su retiro. Esto lo solicitaron tantos de los que recibieron aquel destino, que los jefes y oficiales de los tres Regimientos se renovaron cuatro o cinco veces".

Es decir, el estado de la moral era comparable al existente con la expedición Morillo, agravado con el avance de los sentimientos liberales y con las estremecedoras referencias que llegaban a la península sobre la dureza de las campañas en América.

A pesar de todo, continuó la concentración de tropas. Además de los tres Cuerpos de Caballería de los que se ha hecho referencia, se reunieron los siguientes de Infantería: II Batallones de Granada, Asturias, Rey, Soria, Princesa, Guadalajara, América, Sevilla, Málaga, Príncipe y Valencia.

El Estado Militar de ese año señalaba además los Cuerpos expedicionarios siguientes: Regimiento de Aragón, con dos Batallones; Depósito de Infantería de Ultramar, con uno; Batallones Ligeros, 2° de Cataluña y Canarias y Depósito de Caballería de Ultramar, con un Escuadrón.

De estos últimos, en 1819 Cataluña zarpó para La Habana, al igual que el II de Málaga. Como era prácticamente inevitable, tan pronto como llegaron a su destino los soldados peninsulares, fueron víctimas del vómito negro, quedando Málaga en cuadro. En total, la expedición número treinta y seis, que de hecho fue la penúltima, aportó poco más de 3.000 hombres que además no marcharon a una zona de operaciones activas y que fueron diezmados por las enfermedades. Menguado refuerzo era ese para los problemas que traería el año.

En Nueva España la situación siguió relativamente controlada, aún a costa de mantener allí un importante contingente de fuerzas europeas. Continuó en aumento el número de independentistas que se acogían a indulto, al tiempo que crecían las formaciones de Milicias Urbanas. Esto último era un reflejo de que las operaciones disminuían en amplitud, bastando en general estas tropas de segunda línea para hacer frente a las guerrillas todavía existentes.

◆

(3) Ibíd., Vol. I, pág. 285.

(4) Ramón de Santillana, *Memorias*, citado por Molina Muñoz, págs. 57-58.

(5) Este era también el caso de muchos de los hombres que ya estaban en América. Gran parte de los soldados peninsulares que lucharían en las últimas batallas habían cumplido su tiempo de permanencia en filas, a pesar de lo cual no se les concedió la licencia, por falta de reemplazos.

En Venezuela, por el contrario, el panorama era mucho más alarmante. Morillo contaba con unos 13.000 veteranos, agrupados en Cuerpos "disciplinados y con oficialidad europea (que) tenían muchos reclutas de Santa Fe y aún del mismo Venezuela" (6). Según Duarte había además cerca de 4.000 hombres en Cuerpos "enteramente formados por hijos del pais, con oficiales europeos y criollos".

Estas apreciaciones tienen que ser matizadas. Según el Estado Militar existían las siguientes unidades expedicionarias: un Batallón de cada uno de los regimientos León, Navarra, I de Aragón, Barbastro y Hostalrich, y dos Batallones de Valencey, así como los Húsares de Fernando VII y los Dragones de la Unión.

Se trata, con la excepción de Navarra (7), exactamente de las mismas unidades que el propio Morillo había llevado desde España en 1815. Aclararemos, para evitar confusiones, que parte de la Infantería había cambiado desde entonces de nombre como ya hemos dicho. Resulta insostenible pretender que los demás Batallones europeos lo siguieran siendo realmente tras cuatro años de brutales campañas. Las unidades pues, si seguían existiendo, era a base de tener no ya "muchos", sino una mayoría de soldados americanos.

En cuanto a los Cuerpos locales, había tres Batallones del Rey; dos de Numancia, y uno de cada una de las siguientes unidades: Cachirí, Clarines, Tambo, Barinas, Reina Doña Isabel y Cazadores del Infante Don Francisco de Paula. Como Caballería, los Regimientos de Dragones Leales de Fernando VII, Cazadores Guías del General y Lanceros Venezolanos, todos a cuatro Escuadrones. Los jinetes eran todos llaneros y estaban mandados por Antonio Ramos, natural de Barinas.

Por muy bajos que los Cuerpos americanos estuvieran de fuerza, seguramente reunían más de los 4.000 hombres que les asigna Duval.

Parece, pues, que puede afirmarse que las unidades puramente americanas eran más nutridas de lo que indica ese autor y que el componente peninsular de las europeas era notablemente bajo. De hecho, el 12 de septiembre de 1819, Morillo comunicaba al Ministro de la Guerra que "los europeos no llegan en su total a 2.500 hombres".

Digamos, por último, que parte de ese Ejército guarnecía Nueva Granada.

Como hemos visto en el Capítulo anterior, en enero de 1819 Morillo, con las tropas disponibles para operaciones activas —4.700 bayonetas y 1.500 sables— efectua una concentración en San Fernando. Su objetivo era batir en una batalla decisiva a los independentistas.

No obstante, éstos le denegarán esa posibilidad. El 21 de enero Bolívar había regresado a Angostura para acoger a los primeros mercenarios ingleses reclutados por sus agentes —en torno a 2.000 hombres que fueron llegando sucesivamente— y para participar en el Congreso que se abría en esa ciudad. El mando del Ejército recayó durante su ausencia en Páez.



(6) Duarte, pág. 311.

(7) En la relación, basada en el *Estado Militar* de ese año, se omite al II de Burgos, quizás porque inicialmente se le había destinado al Perú.

Con gran habilidad, el jefe llanero, en vez de aceptar un combate con Morillo, optó por ceder terreno ante su avance, rehuyendo cualquier choque frontal y recurriendo a la guerra de guerrillas, "ya que no me pareció prudente exponerlo (a su Ejército) contra fuerzas superiores, no sólo en número, sino en calidad" (8).

Morillo fue incapaz de fijar a un enemigo más maniobrero que él, por lo que se tuvo que limitar a remontar su Caballería y hacer acopio de víveres. El 23 de febrero, por fin, cansado de sus esfuerzos regresó al norte del Arauca, yendo a establecerse en Achaguas.

A partir del 10 de marzo cambiaron las tornas, cuando Bolívar regresa al Apure llevando consigo un contingente formado por los primeros 450 ingleses. Inmediatamente decide tomar la ofensiva. El primer choque se produce el día 27, en La Gamarra, donde "quedó demostrada la superioridad de la Infantería Real" (9). En efecto, el II de Valencey logra retirarse en orden para unirse al grueso, apoyado por una brillante carga de los Carabineros del Rey, frustrando el proyecto de Bolívar de batir a los destacamentos realistas por separado.

Es entonces el turno de los del Rey, que toman la ofensiva. En Las Queseras del Medio se trabará una acción, donde una vez más la Caballería independentista hará gala de su superioridad, derrotando a la enemiga. De nuevo, sólo la solidez de la Infantería realista evitará una pérdida mayor. El combate se ha incorporado, con justificación a la mitología de las Guerras de Emancipación, ya que en él le bastaron a Páez sólo 150 hombres para batir a fuerzas diez veces más numerosas.

Tras este choque se produjo una interrupción de las operaciones activas que duró hasta finales de abril. Entonces Morillo decide abandonar el Apure con el comienzo de la estación de lluvias. Por otra parte, había recibido noticias sobre movimientos independentistas en el norte del pais. A la vista de ello, marchó sobre Calabozo, tras enviar como refuerzo a Barcelona a Navarra, II de Valencey y Lanceros; dejando en Nutrias a Barinas y los Dragones y en San Fernando al Batallón Infante y a sendas Compañías en Burgos y Hostalrich.

En realidad, pues, ni Morillo ni Bolívar habían conseguido los resultados que esperaban. A pesar de su corta duración, la campaña fue dura para las tropas: "los trabajos, penalidades y sufrimientos de las tropas reales en esta campaña fueron indecibles. Días hubo que atravesando las llanuras que formaban horizonte no encontraron los soldados un mal charco en que apagar la sed ni templar el calor que les ahogaba. Otras veces, por el contrario, después de marchar siete leguas, de ellas cuatro entre fangales y esteros de mayor altura que la cintura, se vio el soldado en la necesidad de pasar un caño de setenta varas de latitud a volapie, o sea con el agua hasta la boca, sin haber tomado apenas alimento ni aún quedarle esperanzas de poder atajar su hambre" (10).

Naturalmente, la situación de sus enemigos era similar. O'Leary (11) comenta "las grandes marchas sin una gota de agua", y añade: "el llanero, hombre de a caballo, mira con marcado desprecio al soldado de a pie, y este sentimiento se aumenta y cobra porporciones de absoluto dis-

(8) Páez, pág. 208.
(9) Lecuna, Vol. II, pág. 278.
(10) Rodríguez Villa, Vol. II, pág. 54.
(11) Op. cit., Vol. I, pág. 631.

gusto cuando ve que está obligado a sostener al peón, su camarada, con sus fatigas y su trabajo personal. Para vengarse, el ganado que se destinaba a la Infantería era generalmente el de peor calidad y el infeliz tenía que contentarse por toda ración con dos libras de esta miserable carne. No había pan ni cosa que lo sustituyese a ningún precio, ni sal, sin la cual la carne no sólo era insípida, sino insalubre para el recluta indígena de Guayana", que formaba el núcleo de la Infantería de Bolívar.

En circunstancias tan adversas, y teniendo en cuenta las cualidades de ambos Ejércitos, las operaciones revestían especial dificultad. En el caso concreto de Morillo, "en vano desplegó todos los recursos de un militar experto y la intrepidez personal que tantos aplausos le mereció de sus rústicos pero valientes adversarios. En vano dio pruebas de abnegación y constancia; su Ejército habría perecido inevitablemente si hubiese permanecido más tiempo en un pais donde todo conspiraba a desbaratar sus planes" (12).

Todo ello resultó, a la larga, inútil. Porque Bolívar, convencido ya definitivamente tras su último intento de la dificultad que entrañaba derrotar a Morillo con un ataque frontal, opta por cambiar el centro de gravedad de las operaciones. Su idea es trasladarlo a Nueva Granada, utilizando como base a Casanare, donde previsoramente había enviado el año anterior a Santander. Con ello buscaba varios objetivos. El primero, obtener la sorpresa estratégica y derrotar a las relativamente débiles tropas realistas de Nueva Granada. El segundo, privar a Morillo de lo que hasta entonces había sido una reserva de hombres y de víveres. El tercero, utilizar en favor de su propia causa esos recursos.

El plan, sin duda alguna, estaba perfectamente concebido. De un lado, porque Morillo confiaba en que las lluvias frenarían a Bolívar, y por tanto no esperaba nuevas iniciativas por parte independentista.

De otra, porque Nueva Granada contaba con una guarnición insuficiente. Allí se encontraba, en efecto, la III División, considerada oficialmente como "depósito de instrucción", formada por los Batallones II y III de Numancia, I, II y III del Rey y Cazadores de Tambo. Existía también el Regimiento de Dragones llamado de Granada —formado en torno a los supervivientes del 6° Escuadrón de Artillería Volante—, el Batallón de León en Cartagena y "los restos del antiguo Regimiento (más preciso sería decir Batallón) de Victoria, que ya se llamaba Aragón" (13). Estas tropas estaban al mando de Sámano, como virrey, y de Barreiro, jefe de la III División.

Salvo León, que por estar en la costa no intervendría en las próximas operaciones, Aragón y la Compañía de Granaderos de Dragones, que eran de europeos, las demás unidades eran americanas.

(12) O'Leary, Vol. I, pág. 629.

(13) Restrepo, Vol. I, pág. 461. Clonard, erróneamente, afirma que esta unidad había sido disuelta. Díaz Díaz (op. cit., Vol. II, pág. 283), citando fuentes oficiales realistas, fija el total de la II División en 8.141 hombres. Incluye, sin embargo entre ellos, a las 2.300 plazas del I de Numancia que, en la práctica no estuvo en Nueva Granada durante la campaña de 1819. Aun así, a la División le faltaban 2.300 hombres para completar sus plantillas. La escasez de caballos era especialmente preocupante. Sólo había 370 útiles, de los 1.990 que se necesitaban.

El propio Morillo era muy consciente de las limitaciones de estas fuerzas. Ya el 8 de mayo de 1817 había escrito al Ministro de la Guerra refiriéndose a los Cuerpos de la III División, formados "de soldados criollos, mandados por algunos oficiales y sargentos europeos que aunque valientes y acreditados no tienen ninguna fuerza española que los sostenga en el trastorno que puede sufrir la opinión en el futuro".

Dos años más tarde la situación había cambiado poco, si bien el número de Batallones americanos había pasado de los cuatro existentes en 1817 a seis, y a pesar de la formación del Regimiento de Dragones y de la llegada de algunas fuerzas peninsulares. Así, en nuevas comunicaciones a Madrid, el 2 y el 12 de julio de 1819 decía: "la suerte del Nuevo Reino de Granada es la que principalmente ocupa mi atención y me llena de sobresaltos. Allí no hay ningún Cuerpo europeo respetable en el interior y todo él se halla guarnecido hasta Quito por tropas americanas"; "mis mejores inquietudes nacen de la poca confianza que me inspira la opinión de las tropas venezolanas, que son las mejores del virreinato, las cuales, no estando sostenidas por europeos podrían fácilmente reducirse con cualquier revés que sufrieran. Y en todo el Nuevo Reino de Granada no hay más Batallones de la península que el de León en Cartagena y los restos del Aragón, expedicionario, en Santa Fe".

Era el eterno problema de los mandos realistas en América. Simplemente, no disponían de suficientes tropas europeas, a las que consideraban esenciales para dar solidez a los numerosos Cuerpos americanos que formaron.

La escasez de peninsulares era un hecho incontestable, como el propio Bolívar escribió a Páez, disminuyendo algo el número real: "las fuerzas españolas en aquella (Nueva Granada) no pasan de doscientos". La situación se explica porque aquella provincia se encontraba controlada desde su ocupación por Morillo, lo que en principio hacía innecesario mantener allí una cantidad excesiva de fuerzas de primera línea.

Este estado de cosas, sin embargo, había empezado a variar con la llegada de Santander a Casanare en la segunda mitad de 1818. Demostrando su gran capacidad de organización, en febrero de 1819 había levantado ya el Batallón 1° de Cazadores de Nueva Granada; dos Escuadrones de Lanceros; uno llamado Invictos de Arauca; el 1° del Meta; el de Dragones y la Compañía —luego Escuadrón— de Guías del General (14).

A principios de año, Morillo había ordenado a Barreiro realizar una operación de limpieza en Casanare. Este así lo ejecutó, pero con unos medios absolutamente insuficientes. Tras dejar tras de sí las necesarias guarniciones, apenas disponía de 1.200 infantes y 450 jinetes. La situación de la Caballería era especialmente poco satisfactoria. El Regimiento de Dragones estaba en pleno proceso de formación y ni siquiera disponía de caballos para montar a todos los hombres.

El avance realista no produjo resultados. Santander, inteligentemente, rehuyó el combate. A fines de abril, Barreiro tuvo que suspender sus operaciones y replegarse a Sogamoso ante la llegada de las lluvias, con sus tropas aspeadas, reducidas por la deserción y con los Dragones desmontados, hasta el extremo de que sólo la Compañía de Granaderos, dotada de mejores caballos,

◆
(14) Camilo Riaño, *La campaña libertadora de 1819*, Bogotá 1969, págs. 35-37.

estaba en condiciones de prestar servicio. Los independentistas, en cambio, se permitieron el lujo de hacer algunos reconocimientos ofensivos tras el repliegue del enemigo. Indiscutiblemente, habían salido triunfadores del primer embate.

Pero la verdadera campaña todavía no se había iniciado. La comenzó Bolívar cuando, tras una reunión en la aldea de Setenta el 23 de mayo con algunos de sus principales lugartenientes, el 26 inicia la marcha hacia Casanare desde el M,antetcal. Ese mismo día cayeron las primeras lluvias.

Su plan era tan sencillo como brillante. Dado que "la situación de los patriotas en los Llanos de Venezuela a fines de 1818 y principios de 1819 era en realidad desventajosa para los independientes" (15), partía en busca de un nuevo teatro de operaciones. Como escribía al vicepresidente Zea el mismo 26 de mayo, "la rapidez será la divisa de esta campaña. No dejaremos tiempo a Morillo para que nos tome la espalda, pues para cuando él pueda emprender algo contra nosotros, ya habremos vuelto sobre él con fuerzas dobles o triples de las que llevamos... El Bajo Apure dentro de quince días no puede ser invadido (a causa de las lluvias)".

Efectivamente, "el invierno y las inundaciones le cubrirían las espaldas, las pérdidas sufridas por el Ejército español en la campaña de Apure paralizarían la acción de Morillo en la cordillera, y en la Nueva Granada no creían posible su marcha desde el Apure en la estación de lluvias" (16). "Los españoles no podían concebir ni calcular que en una estación tan penosa, en que se anega todo el territorio, hubiera tropa alguna que lograse transitar por aquellas dilatadas sabanas que en el mes de junio parecen un lago inmenso sin orillas" (17).

Confiando pues en el factor sorpresa, se pone en movimiento con los Batallones Rifles, Bravos de Páez y Legión Británica —formada esta última por los ingleses que se le habían incorporado— y con los Escuadrones de Húsares, Llano Arriba y Guías. En conjunto, 1.300 bayonetas y 800 sables.

Como era de esperar, la marcha fue terrible: "durante siete días marcharon las tropas con el agua a la cintura, teniendo que acampar al raso en los sitios o lugares que el agua no había alcanzado a cubrir" (18). Naturalmente, la deserción, ese fenómeo inseparable de las Guerras de Emancipación, se cebó en sus filas. El 4 de junio, día en que la columna pasó el Arauca internándose en Casanare, el Escuadrón de Húsares formado por llaneros, abandonó en bloque las banderas.

Superando todas las dificultades, Bolívar continuó su movimiento. El 12 de junio se unía a las fuerzas de Santander en Cachicamo.

El día 15, una orden general daba nacimiento oficial al Ejército Libertador de Nueva Granada, que quedó articulado de la siguiente manera: División de Vanguardia (Santander) con el Batallón de Cazadores de Nueva Granada y el de Línea del mismo nombre; Compañía de Zapadores; Escuadrones del General, Guías del General, Invictos de Arauca y 1° del Meta; Regimiento de Lanceros 1° y 2°. División de Retaguardia (Anzoátegui) con los Batallones Rifles, Barcelona, Bravos de Páez y Legión Británica; Escuadrones 1° y 2° de Llanoarriba; Compañía de Carabineros.

(15) Ibíd., pág. 71.
(16) Lecuna, Vol. II, pág. 310.
(17) Antonio López, pág. 29.
(18) O'Leary, Vol. I, pág. 551.

La División de Vanguardia contaba con unos 1.300 hombres. La de Retaguardia, formada por las tropas llevadas desde el Apure, con 1.850. Durante su marcha Bolívar había perdido pues, por deserción y otras causas, 300 hombres. "El Ejército Libertador de Nueva Granada quedó conformado por llaneros granadinos y venezolanos, indios del Llano, granadinos habitantes del interior, mercenarios ingleses y gente de color reclutada en las Antillas" (19).

El 17, ese conjunto de fuerzas reanuda la marcha. Para su ofensiva, y tras estudiar los distintos itinerarios posibles, Bolívar escogió el que discurría por el páramo de Pisba. Resultaba el más difícil de todos, y seguía una ruta prácticamente intransitable, pero precisamente por ello era el menos defendido por los realistas.

De hecho, sólo había un pequeño destacamento en Paya, integrado por dos Compañías. Atacado el 27 de junio por la División de Vanguardia, se retiró combatiendo hasta Sogamoso.

El camino quedó así libre de enemigos para los independentistas, pero les quedaban por superar las tremendas dificultades que suponían la travesía de los Andes por aquella ruta. Estas fueron tales que en un momento dado, entre Morcote y Paya, se pensó seriamente en suspender la campaña. Debido en gran parte a la insistencia de Santander, se decidió sin embargo continuar la marcha.

El paso del páramo propiamente dicho en pleno invierno, con un frío agudísimo, entre la constante llovizna y por alturas tales que hasta faltaba el oxígeno, fue una experiencia atroz para las tropas venezolanas y, sobre todo, las británicas. "Los llaneros contemplaban con asombro y espanto las estupendas alturas, y se admiraban de que existiera un país tan diferente al suyo" (20). "El efecto del aire frío y penetrante fue fatal en aquel día para muchos soldados; en la marcha caían repentinamente enfermos muchos de ellos y a los pocos minutos expiraban. La flagelación se empleó con buen éxito en algunos casos para reanimar a los emparamados" (21). Por su parte, los británicos tuvieron que ser ayudados por el Regimiento de Lanceros para poder superar aquella marcha despiadada. Aún así quedaron notablemente rezagados. Sólo los naturales de Nueva Granada superaron el obstáculo en condiciones aceptables.

El 5 de julio, la División de Vanguardia llegó a Socha, primer pueblo de la provincia de Tunja, al otro lado del páramo. Hasta el 22 no se reunió allí la totalidad del Ejército. Este se encontraba literalmente exhausto por la travesía. Todos los caballos habían quedado por el camino; la División de Retaguardia había tenido cuarenta muertos y muchos de sus hombres estaban enfermos y fuera de servicio. En palabras de O'Leary, que experimentó en carne propia la terrible marcha, "cien hombres habrían bastado para destruir al Ejército patriota en la travesía de este páramo".

Para explicar por qué esos hombres no se encontraban donde hubiesen sido tan útiles, hay que analizar la reacción realista a los movimientos de Bolívar.

Por lo que se refiere a Morillo, ya hemos visto que a finales de abril se había retirado del Apure a causa de las lluvias y de las noticias de actividades de los independentistas al norte de Venezuela. Para hacer frente a éstas, se desprendió de gran parte de sus tropas para cubrir Cara-

◆

(19) Riaño, pág. 29.
(20) O'Leary, Vol. I, pág. 666.
(21) Ibíd., Vol. I, pág. 564.

cas y Barcelona. El, personalmente, se situó en Calabozo, con el corto Batallón de Burgos. Como refuerzo para Nueva Granada sólo le quedó el I de Navarra, que recibió órdenes de marchar sin pérdida de tiempo al mando de La Torre, al que se encomendó la defensa de aquella provincia. Adelantaremos ya que ese general no pudo cumplir su cometido. La proliferación de guerrillas que surgieron al calor del avance de Bolívar le bloquearon en Pamplona, impidiéndole pasar adelante.

En cuanto al mediocre Barreiro, en vez de salir al encuentro del enemigo y batirle cuando era más débil, es decir después de la travesía del páramo, prefirió concentrar sus efectivos en Tunja, replegando sobre esa localidad la mayoría de los destacamentos que protegían los pasos de la sierra. Sámano, en un raro momento de inspiración, ordenó al brillante coronel Sebastián de la Calzada, mencionado anteriormente cuando actuaba bajo el mando de Morillo, que se hiciera cargo de la III División y tomara la ofensiva. Barreiro se negó a cederle el mando.

Hasta el 8 de julio no se atreve a avanzar, dirigiéndose a Sogamoso. Para entonces, Bolívar había tenido tiempo de descansar y reorganizar al "cuerpo moribundo" (22) que eran sus fuerzas tras el paso del páramo, convirtiéndolas de nuevo en un verdadero Ejército.

El 10 se produjeron sendos encuentros de vanguardia, sin mayor importancia, en Corrales y Gámeza. Al día siguiente, en cambio, se dio en esta última localidad una acción de alguna mayor entidad.

Por parte realista se batieron el I del Rey y el II de Numancia, así como el débil Regimiento de Dragones: unos 900 infantes y 250 jinetes. Bolívar presentó al núcleo de su Ejército, menos la Legión Británica y la mayor parte de su Caballería, unas 2.000 bayonetas y 150 sables.

El combate fue indeciso, pero sirvió para demostrar que la División de Barreiro era un enemigo no desdeñable. Sin el apoyo de los infantes británicos y de su Caballería, todavía no remontada, Bolívar no estaba en condiciones de batir a su contrario.

Añadiremos que al término de la acción, el español mandó ejecutar a los prisioneros independentistas, porque "la clase de soldados que tenemos necesita ensangrentarse para enardecerse" (23). Es un ejemplo más de la necesidad de "comprometer" a la tropa, que en ningún caso fue exclusiva de los realistas. Añadiremos que en aquellas latitudes, la guerra seguía siendo, para ambos bandos, sin cuartel.

A la vista del resultado de la Gámeza, Bolívar desechó la idea de un ataque frontal sobre Sogamoso, optando por un movimiento de flanqueo por el valle de Cerinza. Esta maniobra, y la subsiguiente reacción de Barreiro, llevó a ambos Ejércitos a enfrentarse de nuevo, esta vez en el Pantano de Vargas, el 25 de julio.

Los realistas alinearon unos 1.800 hombres. De ellos, 1.300 infantes agrupados en los Batallones I y II del Rey y II y III de Numancia. Los jinetes eran 500, pertenecientes a los Dragones de Granada.

◆

(22) *Memorias de un oficial de la Legión Británica*, 167.

(23) Citado por José Frías O'Valle, "La batalla de Boyacá y dos combates previos", Revista de Historia Militar N.º 31, Madrid 1971, pág. 106.

Bolívar, por su parte, presentó 2.400 hombres, encuadrados en los Batallones Cazadores de Nueva Granada, 1° de Línea de Nueva Granada, Bravos de Páez, Rifles, Barcelona y Legión Británica; en la llamada Brigada de Caballería y en el Escuadrón de Guías. El número de plazas montadas seguía siendo muy corto: 400 sables.

Barreiro empezó la acción con un ataque frontal contra el cerro del Picacho, defendido por los dos Batallones de Nueva Granada, a los que expulsa de sus posiciones. "Todo parecía perdido en aquel momento, pero Bolívar voló a reunir a los Cuerpos desbaratados y ordenó al coronel Rooke que con la Legión Británica desalojase al enemigo de las alturas, lo que verificó el bizarro inglés del modo más brillante" (24). En realidad dicho Batallón no atacó solo, sino con el de Bravos de Páez y el de Rifles.

Barreiro, por su parte, reordena sus tropas y lanza un contraataque, que esta vez tiene éxito. La acción estaba prácticamente ganada. Para completarla, ordena proseguir el avance, apoyándole con un movimiento de flanqueo.

Es entonces cuando Bolívar se dirige a Rondón y le ordena que cargue con sus Lanceros, diciéndole, "Coronel, salve usted la patria". Seguido por catorce jinetes, el venezolano cumple la orden. Los realistas, sorprendidos, se desconciertan. Un ataque del resto de la Caballería independentista y de la Infantería reorganizada recuperó las posiciones perdidas.

La noche, acompañada por una fuerte lluvia, puso fin a la acción. Las pérdidas de ambos bandos fueron considerables, teniendo en cuenta los efectivos empleados. Las de los realistas se pueden calcular entre 400 y 500 hombres. Las de sus enemigos, en torno a los 300, incluyendo a los comandantes de Bravos de Páez, Rifles y Legión Británica.

De nuevo fue una acción indecisa, que llevó a ambos bandos a reagruparse para recuperar las fuerzas. Barreiro, que seguía sin contar con parte de su División, esperaba refuerzos y municiones, de las que carecía casi totalmente. Por su lado, "el Ejército patriota no se encontraba en condiciones para continuar las operaciones" (25).

Para completar sus efectivos, el 28 de julio Bolívar proclama la Ley Marcial y ordena el reclutamiento de todos los varones, sin excepción, entre los 15 y los 40 años, amenazando con la pena de muerte a quien incumpliera el decreto. Tan draconiana medida, frecuente en ambos bandos durante todo el período, produjo la incorporación de 800 hombres. Con ellos se formaron sendos Batallones de Milicias: Voluntarios del Socorro y Voluntarios de Tunja. Es interesante anotar que se les prometió no alistarlos en Cuerpos de Línea, lo que equivalía a asegurarles que no se pretendía mantenerlos permanentemente en filas.

El 3 de agosto, el Libertador está de nuevo en campaña. Prudentemente, decide maniobrar, en vez de buscar el choque directo. El 5 entra en Tunja, situándose a caballo de las comunicaciones de Barreiro con Santa Fe.

Al español no le queda entonces otra alternartiva que atacar para abrirse paso. El día 7 tiene lugar la batalla decisiva, en Boyacá.

◆

(24) O'Leary, Vol. I, pág. 677.
(25) Riaño, pág. 243.

Barreiro dispone de los batallones I del Rey, II y III de Numancia y Cazadores de Tambo; como Caballería, los Dragones de Granada. En total, 2.300 infantes, 350 jinetes y 20 artilleros con 3 piezas. Bolívar contaba con las mismas unidades que en Pantano de Vargas, aumentadas por los dos Batallones de Milicias ya mencionados y un Escuadrón mas de Guías: 2.350 bayonetas y 500 sables.

El combate en realidad consistió en dos acciones separadas, debido a que Bolívar tuvo la habilidad de mantener a sus fuerzas reunidas, mientras Barreiro dividió las suyas.

En el primer choque participaron por parte realista el Batallón de Tambo y las Compañías de Cazadores de los Batallones de línea, a las órdenes del coronel Jiménez, panameño. Los independentistas emplearon contra él a la totalidad de la División de Vanguardia: dos Batallones y un Escuadrón.

Jiménez mantuvo tenazmente su posición sobre el puente de Boyacá, con el fin de mantener abierta la única vía de retirada del Ejército hasta Santa Fe. Sus esfuerzos fueron inútiles, ya que un Escuadrón de Guías enemigos logró encontrar un vado, envolviendo su posición.

En cuanto al combate del grueso de ambos bandos, tanto el parte de Bolívar como los testimonios realistas (26) son confusos. Al parecer, la acción decisiva la dió el Escuadrón de Llano Arriba, que batió a los Dragones realistas. Según el parte oficial de los vencedores, "la Compañía de Granaderos a Caballo (toda de españoles) fue la primera que abandonó cobardemente el campo de batalla".

Abandonados por los jinetes, los infantes de Barreiro, en palabras de un testigo del campo enemigo (27) "se defendieron con gran valor y resolución", pero acabaron siendo arrollados. La Artillería en la que Barreiro, como viejo oficial de ese Arma tenía gran confianza, apenas sirvió para nada, desmontándose uno de los cañones tras haber hecho tres disparos. Los otros dos no llegaron a abrir fuego.

El resultado de la batalla fue el aniquilamiento de las fuerzas realistas, con un total de 400 muertos y 1.600 prisioneros. Según escribió Morillo al Ministro de la Guerra: "a los prisioneros de la III División, naturales de estos países, les han hecho tomar las armas" en el Ejército de Bolívar.

Con esta victoria, el Libertador coronaba una audaz campaña, conducida de forma ejemplar. Para Barreiro, la derrota fue la culminación de una serie de operaciones mediocremente dirigidas. Quizás el derrumbamiento realista fue consecuencia de la acción del pantano de Vargas: "allí Barreiro perdió por completo la confianza en sí mismo y en sus hombres y comprendió que aquellas tropas que antes despreciaba podían ocasionarle un serio disgusto. Y las tropas venezolanas, que formaban el grueso realista, debieron pensar lo mismo, y ante una situación inicialmente desfavorable, nada más iniciar los patriotas un ataque, todo el Ejército se desmoronó como un castillo de naipes" (28).

◆

(26) Ibíd., págs. 276-82.
(27) *Memorias de un oficial...*, pág. 173.
(28) Frías O'Valle, pág. 132.

Las consecuencias de Boyacá fueron gravísimas para los del Rey. Ante la falta de tropas regulares y la ofensiva de Bolívar, Sámano había ordenado la organización de Compañías de Infantería y de Caballería de Milicias, que se reunieron rápidamente, lo que demuestra que había sectores de la población local todavía fieles al Rey. Por otro lado, mandó concentrar en Popayán las Milicias de Pasto, para que marcharan sobre Santa Fe. Sin embargo, cuando se produce la derrota de Boyacá, el Virrey contaba en su capital sólo con el Batallón de Aragón, que tenía allí 400 hombres "entre reclutas, inútiles e instruidos".

Una vez que se convenció de la veracidad de los informes que le llegaban sobre el revés, para lo cual tomó juramento a los mensajeros, decide evacuar precipitadamente la ciudad. En la mañana del 9 de agosto, sin pensar por un momento en defenderse, parte para Cartagena. Al día siguiente Bolívar, que le iba a los alcances, hace su entrada en Santa Fe. Por su parte, Calzada salió para Popayán con Aragón.

Como amargamente escribía Morillo a Madrid, el 12 de septiembre,"Bolívar en un sólo día acaba con el fruto de cinco años de campaña y en una sola batalla reconquista lo que las tropas del Rey ganaron en muchos combates".

A principios de octubre, efectivamente, casi la totalidad de Nueva Granada estaba en manos de los independentistas. Bolívar, sin perder tiempo, prepara a su ejército para la próxima campaña. Con ese fin levantará nuevas unidades, como los Batallones Pamplona, Tunja y Albión. En este último, "iban todos los ingleses que había pasado la cordillera con Bolívar", así como criollos de Bogotá y Tunja (29).

La situación de los independentistas en Nueva Granada era, a pesar de todo, precaria: "mas de la mitad de la población granadina, como lo fue la venezolana, era francamente realista" (30), y no faltaban los nostálgicos que pronosticaban: "ya pronto aparecerán de nuevo los morriones de los Húsares de Fernando VII" (31). En este ambiente de inseguridad hay que situar el fusilamiento, el 11 de octubre, de 39 realistas, la mayor parte de ellos oficiales hechos prisioneros en Boyacá.

De un total de 34 militares, 21 eran europeos, y el resto americanos de Panamá, Cartagena, Venezuela, Guayana, Quito, Puerto Rico, Tunja y Neiva. La relación ratifica el peso del elemento americano en el Ejército realista, incluso entre la oficialidad.

Fueron ejecutados dos coroneles y dos tenientes coroneles, de los que uno de los primeros —el propio Barreiro— y otro de los segundos eran españoles; dos sargentos mayores, ambos europeos; seis capitanes, cuatro de ellos peninsulares; doce tenientes, de los cuales diez españoles; diez subtenientes, de ellos tres peninsulares. Es interesante constatar que los sargentos mayores, jefes responsables de la instrucción, disciplina y administración eran españoles, y que a medida que el grado era más bajo aumentaba el número de americanos. La proporción de oficialidad local y los grados de ésta es la típica de los Ejércitos que organizó España en América.

Como hemos mencionado, estos fusilamientos no se debieron a ningún acceso de sadismo

◆

(29) *Memorias de un oficial...*, pág. 194.
(30) Riaño, pág. 306.
(31) Ibíd.

por parte de los independentistas. Reflejaban más bien la preocupación que sentían por la precariedad de su situación.

Tras Boyacá habían quedado tres núcleos realistas en Nueva Granada: Cartagena, donde se refugió Sámano; los refuerzos traídos desde Venezuela por La Torre, que al conocer la derrota de Barreiro tomaron posiciones en los valles de Cúcuta, y las tropas de Calzada que evacuaron Santa Fe.

Estas últimas representaban una amenaza nada desdeñable, habida cuenta del espíritu ofensivo de su jefe. Tan pronto como llegó a Popayán, empezó a movilizar milicianos, al tiempo que pedía ayuda al Presidente de Quito, Aymerich. Sin embargo, el 27 de septiembre, una columna de castigo que envió contra los independentistas es batida. Ante ello, Calzada se repliega a Pasto, donde prosigue sus preparativos para tomarse la revancha.

Contra La Torre, marchó, por orden de Bolívar, el general Soublette, con los Batallones Primero de Línea de Nueva Granada, Bravos de Páez, Pamplona y Boyacá, así como un Escuadrón de Guías.

El 23 de septiembre se produce un combate en el Alto de las Cruces, que queda indeciso a pesar de la superioridad numérica de los independentistas.

Poco después, Soublette recibe instrucciones de marchar con el grueso de sus efectivos para incorporarlos al Ejército de Páez.

Para cubrir el vacío que así se crea, se organiza el Ejército del Norte, cuyo mando recae en Anzoátegui. Entran a formar parte de él una serie de Cuerpos de calidad sobresaliente: Batallones de Rifles, Granaderos y Vencedor en Boyacá (nuevo nombre que se dió a Bravos de Páez) y Escuadrones de Dragones, Guías, Llano Arriba y Húsares ingleses. El 15 de noviembre murió Anzoátegui, con quien Bolívar perdía uno de sus mejores colaboradores. Será sustituido por Salom, primero y por Urdaneta, después.

Gracias a la rapidez con que Bolívar había explotado el éxito de Boyacá, al contrario de lo que hizo San Martín tras Maipú, a fines de 1819 los realistas que quedaban en Santa Fe se habían visto reducidos a la defensiva. Constituian, no obstante, focos peligrosos que había que eliminar, si Santander, recientemente nombrado Vicepresidente de Nueva Granada, quería asegurarse el control del territorio que le había sido confiado.

Mientras, Bolívar viajó, una vez más, a Angostura, donde llegó el 11 de diciembre. Su objetivo era poner fin a las disensiones internas que habían surgido en el Gobierno independentista y preparar la campaña de 1820.

Mientras sucesos de tamaña envergadura se producían en Nueva Granada, en Venezuela hubo también acontecimientos, aunque de menor entidad.

Estos tuvieron relación con las operaciones que por órdenes de Bolívar emprendieron Páez, Urdaneta y Bermúdez para fijar a Morillo, mientras él actuaba contra Santa Fe.

Entre esas acciones se puede citar la que tuvo lugar el 22 de junio, cuando Páez ataca Pueblo de Cruz, defendido por 200 hombres del Batallón de Barinas que ofrecieron una heróica resistencia. A pesar de la superioridad del enemigo y de las muchas bajas que ellos mismos sufrieron, mantuvieron su posición durante todo un día, forzando a los independentistas a retirarse. Páez dejó una viva descripción del encuentro, no oculta su admiración por los que le vencieron: "muertos o heridos la mayor parte de sus oficiales, mandaba aquellos valientes un cabo venezolano, que exhortaba a sus compañeros a dejarse matar antes que rendirse a los enemigos del Rey" (32). De aquellos 200 bravos americanos, sólo 70 quedaron ilesos. Los independentistas, por su parte, admitieron 125 bajas.

Más éxito, y mayor importancia, tuvieron las operaciones contra San Fernando, Nutrias y Barinas, que Morillo tuvo que evacuar tras desafortunados combates de sus escuadrillas sutiles. Con ello, abandonó a su adversario el centro del Apure.

En la costa norte de Venezuela actuó por entonces Urdaneta. Siempre obedeciendo órdenes de Bolívar, pasó a Margarita el 30 de enero. Tenía instrucciones de ponerse al frente de los mercenarios británicos de English. Estos, por un error en la navegación, desembarcaron en dicha isla, en vez de ir con el resto de sus compañeros a Guayana, donde hemos visto que se unieron a Bolívar. Posteriormente fueron llegando nuevos contingentes, así como 150 alemanes. En principio, con estas fuerzas y con un Batallón formado por isleños, debía desembarcar en Caracas para crear una diversión que obligara a Morillo a distraer fuerzas.

Las cosas, sin embargo, no fueron tan sencillas. De un lado, "los margariteños no querían salir de la isla, sólo hacer la guerra allí" (33). Por otro lado, el millar de extranjeros que llegó (34) sufrió múltiples problemas: la fiebre amarilla se cebó en ellos, no había dinero para pagarles, la alimentación era inadecuada...

Hasta primeros de julio no pudo Urdaneta hacerse a la mar, con 1.200 hombres, la mayor parte de los cuales eran extranjeros. Su objetivo fue, siguiendo un cambio de las órdenes de Bolívar, Barcelona. Ante la llegada de tantas tropas, la guarnición realista, de sólo 200 hombres, evacuó la plaza. Cuando los independentistas entraron en ella, "las tropas inglesas, que encontraron mucho ron en toda la ciudad, se desbandaron y antes de una hora no se podía contar con un soldado que no estuviera borracho" (35). Cundió además la deserción entre ellos, teniendo que recurrise a fusilar a varios para controlarla.

Disgustados con la situación, los propios oficiales británicos pidieron a Urdaneta que devolviese a sus hombres a Margarita. Sin embargo, el almirante Brión, que les había transportado, se negó a ello por miedo a que se amotinaran y se apoderaran de los buques.

De Barcelona la expedición pasó a Cumaná. En el ataque contra la ciudad "mostraron los ingleses una audacia e intrepidez digna del mayor elogio y poco de acuerdo con su falta de subordi-

(32) Op. cit., pág. 228.

(33) Urdaneta, pág. 154. Este es un ejemplo más que demuestra el fuerte espíritu localista de muchas unidades americanas de ambos bandos.

(34) La cifra aparece en una carta de Bolívar a Urdaneta de 6 de mayo.

(35) Urdaneta, pág. 161.

nación y disciplina" (36). Era este fenómeno frecuente en las tropas inglesas de la época, tan eficaces en acción como problemáticas fuera de ella.

En la plaza, que se defendió con éxito de todos los embates, había elementos de los Batallones Barbastro, Navarra y Cachirí, y dos Compañías "de veteranos de Cumaná, compuestas de artesanos del pueblo". La guarnición pensó en un principio que sus enemigos eran todos extranjeros, pero pronto salieron de su error. Durante una de las acciones los atacantes "nos decían mil desvergüenzas en español, de lo que comprendimos que no eran ingleses los que nos atacaban" (37).

Ante la resistencia realista, Urdaneta abandona sus esfuerzos y se interna hacia Maturín donde llega el 20 de agosto. Por el camino, de nuevo tuvo que tomar medidas drásticas contra los ingleses, que no resistían a la tentación de desertar. Allí recibió órdenes para que se retirara a Maturín. Durante la marcha se produjeron los incidentes, hasta el punto que hubo que fusilar a dieciséis ingleses que se amotinaron. Ya en Maturín, la disciplina se hundió totalmente. Los oficiales extranjeros se dedicaron a batirse en duelo o a idear planes para desertar. Para entonces la Legión Británica, que había salido de Margarita con 800 hombres, estaba reducida a 233 efectivos. Urdaneta, asqueado, pidió ser relevado de aquel mando, diciendo que seis meses con esa gente eran peores que diez campañas.

El año de 1819 había resultado, en resumen, desastroso para los realistas en aquel teatro de operaciones. Casi toda Nueva Granada se había perdido, el Apure había sido evacuado y se encontraban en franca inferioridad en medios navales: las únicas naves disponibles, "las corbetas Descubierta y Bailén y otros buques permanecían en Puerto Cabello faltos de elementos indispensables, acabando de perderse" (38). En 1820 era de temer una ofensiva general independista (39).

En Perú, Pezuela permaneció durante todo 1819 a la defensiva. El Ejército que tenía a sus órdenes inmediatas, sin contar con el del Alto Perú, era de 6.082 hombres, pertenecientes al Regimiento Infante Don Carlos y a los Batallones I de Burgos, I de Numancia, Arequipa y del Número, y a los Cuerpos de Caballería Dragones del Perú, Carabaillo, Lima y del Rey. De ellos, eran unidades teóricamente peninsulares Burgos y Cantabria. Recordemos, sin embargo, que el primero había sido deshecho en Maipú y el segundo había resultado diezmado en su travesía desde España. Dado que ambos reunían, respectivamente, 473 y 392 hombres, parece evidente que muchos de ellos debían de ser peruanos, ya que Burgos había salido de Maipú con 196 plazas, y Cantabria había llegado a El Callao con 210 hombres, muchos de ellos enfermos.

◆

(36) Ibíd., pág. 164.

(37) Sevilla, pág. 242.

(38) Lecuna, Vo. II, pág. 374.

(39) Entre las operaciones anfibias de 1819 habría que citar la toma momentánea de Portobelo por McGregor el 10 de abril, al frente de un contingente inglés. La plaza fue recuperada inmediatamente por el Batallón de Voluntarios de Cataluña, enviado desde Panamá. Los independentistas perdieron más de 500 hombres en la incursión. El británico volvió a probar fortuna el 5 de octubre, ocupando Río Hacha. El 11 fue expulsado, dejando en el campo la mayoría de sus efectivos. Ninguno de ambos intentos afectó sustancialmente la marcha de la campaña.

De las unidades americanas, el Batallón del Número y toda la Caballería eran de Milicias, por lo que resultaban poco útiles para operaciones activas. Teniendo en cuenta, además, que los realistas habían perdido el dominio del mar, cualquier ofensiva por ese medio contra Chile era impensable.

Quedaba, sin embargo, el Ejército del Alto Perú, que se encontraba dividido en dos partes. En Oruro se hallaban los Batallones del Centro, Talavera y Gerona, y un Escuadrón de la Guardia. En Tupiza, los Batallones de Partidarios, Cazadores, Chiloé, II de la Unión Peruana, II de Extremadura y cinco Escuadrones. En total, poco más de 5.000 hombres. De estas unidades, sólo Talavera y Gerona eran teóricamente peninsulares, pero la primera de ellas se había reorganizado con americanos tras ser aniquilada en Chacabuco.

Con estas fuerzas, el siempre agresivo Pezuela propuso realizar un movimiento hacia Tucumán, pero La Serna se opuso alegando la falta de hombres, de dinero y de víveres (40).

Se trató, pues, de una más de las frecuentes discrepancias que existían entre el Virrey y el general, y que ya hemos tenido ocasión de mencionar anteriormente. Por fin, el 29 de abril llegó a Lima un correo de España admitiendo la dimisión presentada por La Serna y que Pezuela había apoyado.

Para sustituirle se designaba al general Ramírez, que con objeto de tomar posesión de su nuevo mando salió de Quito. No obstante, el cabildo de esa ciudad ofició a Pezuela, pidiendo que le hiciera regresar "porque no tenía confianza en el mariscal de campo Aymerich", que había quedado en su lugar.

Muy a su pesar, el Virrey aceptó la petición y ordenó a Ramírez que volviera a Quito si su salud se lo permitía, ya que se encontraba enfermo. Tuvo también que rogar a La Serna que no regresara a la península y que se quedara en Lima, "porque no tenía aquí un general de quien echar mano para ayudarme a defender el virreynato" (41).

El mando del Ejército del Alto Perú recayó, primero con carácter interino y luego definitivo, en el jefe de Estado Mayor, general Canterac. Resultado de esos cambios es que dichas fuerzas permanecieron inactivas durante 1819. Fue una gran lástima para los realistas, porque la caótica situación interna de Buenos Aires habría facilitado una ofensiva.

No faltaron, en cambio, operaciones navales, pero todas a iniciativa de los independentistas. El 28 de febrero la escuadra de éstos, al mando de Cochrane (42), hizo un reconocimiento en fuerza sobre El Callao, en el curso del cual estuvo a punto de capturar al propio Pezuela, que ese día había pasado revista a sus escasas fuerzas navales.

◆

(40) Pezuela tardó en abandonar su proyecto de ofensiva contra Tucumán. En junio todavía pensaba en él, "para finales de septiembre o principios de octubre", en coordinación con la llegada de la soñada expedición al Río de la Plata. En realidad, no desechó su plan hasta que tuvo, en mayo de 1820, noticias de los sucesos de Cabezas de San Juan.

(41) Pezuela, pág. 574.

(42) Para las actividades de este audaz marino, ver Thomas Cochrane, *Narrative of services in the liberation of Chile, Peru and Brasil*, Londres 1859.

El 22 de marzo repitió la operación, y poco después desembarcó en Huacho una pequeña columna, que no tardó en retirarse ante la reacción realista.

El 2 de octubre atacó de nuevo el puerto limeño con los buques San Martín, Lautaro, O'Higgins, Independencia, Galvarino, Araucano y Purreydon. Aunque éstos montaban más de 200 cañones, el almirante fiaba sus esperanzas en el uso de cohetes "a la Congreve".

Tras lanzar un curioso desafío a Pezuela —que no fue aceptado—, emplazándole a un combate en mar abierto de navíos de ambos bandos en igualdad de condiciones, lanzó su ataque. No obtuvo resultados significativos, mientras que los cohetes se limitaron a ratificar el concepto que se tenía de ellos como armas poco precisas. El 5 probó suerte de nuevo, sin éxito.

A la vista de ello, desistió de sus intentos. Parte de su escuadra desembarcó el 7 de noviembre una columna de Pisco. Los independentistas, tras un breve combate en el que fueron baja sus dos jefes, se apoderaron de la localidad. No se retiraron hasta cuatro días después, tras haber hecho acopio de víveres.

En cuanto a Cochrane, el 11 de diciembre regresó hacia el Sur dando por terminado su crucero, en el curso del cual se apoderó de dos fragatas del comercio de Lima.

En contraste con la creciente actividad naval de los independentistas, la Marina Real se mantenía en una estricta defensiva. Ello fue debido en parte a la mala fortuna de una expedición más.

Efectivamente, el 11 de mayo de 1819 salió de Cádiz la llamada "División del Mar del Sur" al mando del brigadier Porlier. Se trataba de una poderosa formación, integrada por los navíos *San Telmo* y *Alejandro,* de 74 cañones cada uno, y por la fragata *Prueba,* de 40. Su misión era operar en apoyo de las fuerzas realistas del Perú.

De las tres naves, el *Alejandro* —uno de los buques adquiridos en Rusia— tuvo que volver a la península porque hacía agua. El *San Telmo* se hundió por causas desconocidas a la altura del Cabo y *La Prueba* arribó a Pisco. Ante la presencia por aquellas aguas de la Escuadra enemiga, puso rumbo a Guayaquil.

Ninguno de los tres buques llegó, pues, a su destino.

Los sucesos de Chile durante 1819 tampoco fueron muy halagueños para los realistas.

En el ámbito militar y excepción hecha de las operaciones navales y anfibias ya mencionadas sobre el Perú, la campaña se ciñó a las estrictas fronteras nacionales.

Dejamos a Francisco Sánchez, ascendido a brigadier, en Concepción. Bajo su mando estaban lo que se ha llamado "los restos de aquellos Batallones criollos que se hicieron famosos" (43). Son 1.618 hombres, sólo la mitad de ellos armados con fusiles, reliquias del Ejército realista. A ellos habría que sumar los infantes, jinetes y artilleros supervivientes de la expedición de Cantabria.



(43) Vicuña Mackenna, pág. 11.

El Ejército independentista que marchó contra él, a las órdenes del coronel González Balcarce estaba formado por los Batallones Cazadores de Los Andes y de Coquimbo, los de Línea N.° 1 y 3 de Chile, el Regimiento de Granaderos a Caballo y el de Cazadores a Caballo, así como Artillería.

El movimiento de sus enemigos llevó a Sánchez a evacuar el 14 de noviembre de 1818 Concepción y Talcahuano y a replegarse hasta Valdivia. Quedó, sin embargo, en la región del Bío-Bío al comandante chileno Benavides, oficial que, como tantos otros, había servido alternativamente en ambos bandos. Su misión era fomentar la resistencia araucana frente a los independentistas.

El 17 de febrero de 1819, Balcarce inició el regreso de Santiago tras una rápida incursión al sur del río. Dejo como guarnición en Concepción a Freire, con los Batallones 1° y 3°, y en Los Angeles a los Cazadores de Coquimbo.

Al día siguiente, Benavides con 3.000 indios y mestizos puso sitio a la plaza, manteniéndose en torno a ella hasta el 10 de marzo, cuando se retiró ante la proximidad de una columna de socorro. Tras este fracaso, el cabecilla se entregó a la guerra de guerrillas, iniciando así el triste período bien llamado de la «Guerra a Muerte» por la crueldad desplegada por ambos bandos.

Sus fuerzas consistían en algo más de 500 hombres de Infantería Montada, 300 Dragones de la Frontera, una Compañía de Guías a Caballo, y un número variable de indios. Durante ese año combatirá sucesivamente en Curalí en mayo, en Quilmo en septiembre, en Trilalco y Hualqui en noviembre; en Pileo, Yumbel, El Avellano y San Pedro en diciembre, y se apoderará momentáneamente de Chillán.

Son en realidad simples escaramuzas de escasa entidad, más que verdaderas batallas. Por poner un ejemplo, en Quilmo los realistas presentan sólo 300 hombres. Bastaron, sin embargo, para mantener en ebullición la casi totalidad de la provincia de Concepción, creando serios problemas al Gobierno chileno.

En cuanto a Sánchez, llegó a Valdivia con sus tropas diezmadas sobre todo por la deserción. De los 2.300 hombres con que salió de Concepción, 780 nada más completaron la marcha (44). Con ellos, más los reclutas que se empezaron a presentar, organizó un Cuerpo de Cazadores Dragones y dos Batallones: Cantabria y Provisional. En ellos se englobaron, además de los expedicionarios peninsulares, los últimos vestigios de gloriosas unidades chilenas, como los Batallones de Valdivia y de Concepción.

El relativo bajo nivel de las operaciones militares en Chile se explica por los sucesos que en 1819 se produjeron en Buenos Aires y que, naturalmente, afectaron de forma directa al Ejército de Los Andes y a su comandante, San Martín.

Por un lado, "el anuncio formal de una gran expedición española con destino al Río de la Plata fue el fantasma alrededor del cual giró el movimiento político y militar de las Provincias Uni-

(44) Pezuela, págs. 479-480.

das durante el año 1819" (45). Pero por otro, "la guerra civil fue el espectro pavoroso que dominó toda la política interna" (46).

La necesidad de hacer frente a la anunciada expedición y a la dramática situación interior, monopolizaron todos los medios de la República, incapacitándola para operaciones en el exterior. Incluso se llegó a ordenar tanto al Ejército del Norte, o del Alto Perú, como al de Los Andes que abandonaran sus respectivos cometidos para acudir en auxilio del Gobierno. Belgrano, que mandaba el primero, cumplimentó estas instrucciones, abriendo así un vacío en el dispositivo defensivo argentino que los realistas no supieron o no pudieron aprovechar.

San Martín, en cambio, no siguió su ejemplo, lo que le colocó de hecho en una posición delicada frente a sus superiores. Con su decisión, en cambio, hizo posible la invasión del Perú en 1820.

Resultaría curioso especular con lo que hubiera sucedido si, en esos momentos dramáticos para las Provincias Unidas, la expedición hubiera llegado, y si al tiempo, Pezuela hubiera ejecutado su plan de una nueva invasión desde el Desaguadero.

En resumen, 1819 había traído nuevos éxitos para las armas independentistas. Boyacá había confirmado la evolución, favorable para su causa, de los acontecimientos iniciados en Chacabuco y Maipú. La pérdida de Nueva Granada y de la superioridad en el Pacífico Sur eran para los realistas dos reveses de talla, que alteraban sustancialmente la situación.

Morillo quedaba ahora amenazado por un ataque envolvente; Quito estaba expuesto a una amenaza enemiga; cualquier idea ofensiva realista desde el Perú se convertía en una utopía.

Si la tan esperada expedición no llegaba a las costas americanas, lo máximo a lo que podían aspirar los representantes del Rey era a mantenerse, con sus propios medios, en las regiones que les habían sido confiadas. Cualquier esperanza de recuperar la iniciativa perdida era ya insostenible. Sólo quedaba resistir.

Resulta inexcusable una mínima referencia a un tema discutido: la importancia para el desarrollo de las operaciones de la presencia de mercenarios extranjeros en las filas independentistas, que hace sentir sus efectos a partir de 1819.

Se ha llegado a decir que a causa de ella fueron tantos los europeos en un bando como en otro y que sin la ayuda de los ingleses, Bolívar nunca habría cosechado tantos triunfos.

Estas afirmaciones parecen exageradas. Ciertamente, causó gran preocupación a Morillo la llegada de estos contingentes. Sin embargo, si bien muchos de ellos eran auténticos veteranos de las guerras contra Napoleón, su rendimiento no fue tan excepcional, y desde luego las mejores tropas independentistas tenía poco que envidiarles en combate.

La mejor arma del Ejército de Bolívar, por otro lado, era la Caballería, y ésta se hallaba totalmente dominada por venezolanos.

◆
(45) *Historia de San Martín,* Vol. II, pág. 184.
(46) Ibíd., Vol. II, pág. 188.

Fuera del campo de batalla, además, aquellos extranjeros por problemas de paga y de adaptación al clima y a la alimentación, planteaban constantes dificultades, a las que hemos tenido ocasión de referirnos.

Parece, pues, perfectamente concebible que sin esos auxilios Bolívar podría haber ejecutado de igual manera sus planes. De poco le sirvieron frente a Portobelo o Cumaná, y seguramente el resultado de Boyacá hubiera sido el mismo sin la presencia de los menos de 200 hombres que entonces tenía la Legión Británica.

Todo ello no quiere decir que esos hombres y especialmente sus oficiales, no jugaron un papel importante a la hora de dar una mayor solidez al Ejército independentista, pero seguramente no fueron un elemento esencial en las victorias que éste alcanzó.

En cuanto al número de aquellos extranjeros, en conjunto se reclutaron unos 5.808 (47), lo que equivale a la mitad de los efectivos de la expedición Morillo.

Todos eran ingleses, menos 300 alemanes y 1.729 irlandeses. Muchos de ellos no llegaron a entrar en combate, sea porque se amotinaron, desertaron, fallecieron en la travesía o murieron a causa de las enfermedades a las que eran tan vulnerables. Por sólo poner un ejemplo, la famosa expedición Hippisley salió de Inglaterra con 800 hombres, de los cuales sólo 150 se incorporaron efectivamente al Ejército (48).

En resumen, fueron tropas sólidas en el combate, de difícil manejo fuera del mismo y cuyo mantenimiento en América planteó serios problemas de toda índole. Resultaron, no obstante, valiosos auxiliares para las fuerzas americanas de Bolívar, las cuales soportaron el peso de la guerra.

◆

(47) Restrepo, Vol. II, pág. 608. Un buen estudio de la participación extranjera en las Guerras de Emancipación es Alfred Hasbrouck, *Foreign Legionaries in the liberation of Spanish South America,* Nueva York 1969.

(48) Aquella expedición estaba formada exclusivamente por jefes, oficiales y suboficiales. La idea era constituir con esos cuadros y reclutas locales una serie de Cuerpos, tanto de Caballería como de Infantería. A partir de 1818, sin embargo, se empezó a reclutar unidades completas de mercenarios extranjeros.

CAPITULO XI



"De estas cuatro tablas penden los destinos de América".
(O'Higgins, 20 de agosto de 1820)

1820. Solos

Quizás se podría decir que en 1820 se produce un punto de inflexión definitivo en la fe en la victoria del lado realista. En ese año estallan una serie de motines sin precedentes entre unidades americanas, que son un claro síntoma de un debilitamiento de su voluntad por servir al Rey. Seguramente, obedecieron a causas muy diversas: cansancio tras los largos años de guerra, avance natural de los sentimientos independentistas o desaliento ante derrotas como Boyacá.

Pero posiblemente un factor importante fue también lo sucedido en la península. Efectivamente, ese año se subleva el Ejército expedicionario preparado para marchar a Ultramar y acantonado en Andalucía.

El alzamiento tendrá repercusiones de primera magnitud, tanto en el campo político como en el militar. En el primero, porque los liberales que asumen el poder intentaron dar al conflicto americano una solución pacífica, por no creer ya en una victoria en el campo de batalla. En el segundo, porque a partir de 1820 no llegaron ya refuerzos de la península, excepto un Batallón que fue a Panamá.

Las autoridades realistas en América se encontraron, de nuevo, en idéntica situación que en 1810, con la diferencia de que su enemigo ha crecido en número, organización y determinación, mientras que ellas mismas se verán desgarradas por la bipolarización que se produce en España.

Bolívar se dió cuenta inmediatamente del cambio que implicaban los sucesos de Cabezas de San Juan. Como escribía a Blanco White: "de los negocios de España estoy muy contento, porque nuestra causa se ha decidido en el Tribunal de Quiroga (uno de los sublevados). Nos mandaban 10.000 enemigos... Qué dicha no venir y quedarse 10.000 hombres que eran enemigos y son ya los mejores amigos" (1).

(1) Citado en Arturo Santana, *La Campaña de Carabobo,* Caracas 1921, pág. 13.

Su rival, Morillo, hacía un análisis parecido: "la desgraciada rebelión de las tropas destinadas a Ultramar... dió por tierra con todas las esperanzas lisonjeras de este Ejército y nos ha reducido a la mayor nulidad e impotencia" (2).

En el otro gran teatro de operaciones, Pezuela estimaba que el resultado de lo sucedido era "poner en el último apuro a este Virreynato que ya apuró los recursos para continuarla (la guerra)" (3).

Un prestigioso oficial independentista (4) hace la siguiente valoración sobre el levantamiento: "su influencia fue grande en los destinos de la América, pues no sólo la libró del peligro de invasión que la amenazaba, sino que debilitó el prestigio que España todavía conservaba en sus lejanos dominios, con el establecimiento de instituciones políticas que contribuyeron a debilitar la autoridad militar sin provecho alguno del pueblo... El amor a la independencia limitado antes a ciertas clases, o más bien a ciertos individuos, se hizo ahora general".

Parece que ninguna de estas opiniones peca de exagerada. Teniendo en cuenta la debilidad numérica de los Ejércitos contendientes en América, la llegada de 10.000 hombres de refuerzo no era un acontecimiento banal.

Sobre todo, porque su punto de destino era el Río de la Plata. Y en aquel pais, deshecho por los conflictos internos, precisamente en el mes de enero parte importante de las tropas todavía fieles a Buenos Aires protagonizan una serie de motines. En la noche del 8 al 9, se pronuncia el Ejército del Norte, el que debía enfrentarse al realista del Alto Perú. Tras replegarse a Córdoba, establece allí un reino de taifas, otro más de los existentes por esa época en suelo argentino. El 20 es el turno del Batallón de Cazadores de los Andes, una de las unidades veteranas de San Martín. "Era que el principio disolvente flotaba en todas partes y que todas las fuerzas que se ponían en movimiento concurrían por gravitación a la catástrofe política y social" (5).

Recuérdese que precisamente sobre ese país en anarquía se proponía precipitarse Pezuela con sus fogueadas tropas, actuando en combinación con las expedicionarias de la Bisbal.

La rebelión de Riego acabó con todos esos proyectos militares, quiméricos o no, de los realistas de América por recuperar finalmente la iniciativa. Quedaban, en cambio, solos, a la espera de los golpes de sus adversarios.

En Madrid han cambiado los vientos políticos. El período liberal que se inauguraba entonces produce, como ya adelantamos, un cambio de talante del Gobierno ante los acontecimientos de Ultramar. Se extiende el convencimiento de la inutilidad de tan larga guerra, y de la imposibilidad de ganarla. Ello se reflejará en intentos fallidos por llegar a una solución política, que tendrán resultados funestos para la causa realista.

◆

(2) Citado en Rodríguez Villa, Vol. II, pág. 87.
(3) Pezuela, pág. 717.
(4) O'Leary, Vol. II, pág. 33. Esta afirmación parece demasiado pesimista para 1820, cuando indudablemente los adeptos al independentismo eran numerosos.
(5) *Historia de San Martín*, Vol. II, pág. 209.

Lo cierto es que no se hicieron las concesiones imprescindibles para llegar a un acuerdo definitivo con los independentistas, pero tampoco se aportaron los esfuerzos necesarios para obtener una victoria militar. "Por una parte, el equivocado concepto de los liberales españoles de creer que podían entenderse con los americanos sin reconocer la independencia y por otra parte, la anarquía política y el desorden de la Madre Patria favorecieron enormemente la revolución americana en aquel año" (6).

Efectivamente, como ya había sucedido entre 1812 y 1814, los liberales españoles se negaron a dar el paso imprescindible para obtener el fin de las hostilidades, es decir el reconocimiento de la independencia. Las diversas negociaciones emprendidas fracasaron, no dejando a las autoridades realistas locales otra opción que continuar la guerra, pero sin los medios mínimos para poder hacerlo con ciertas esperanzas de éxito.

Los nuevos aires que corrían en la península se reflejaron pronto en Nueva España. En ese virreinato, la causa independentista estaba en franca decadencia, habiéndose presentado el indulto hasta 30.000 hombres (7), pero los acontecimientos de la península relegaron a un segundo plano la persecución de las partidas enemigas que aún subsistían.

Para los absolutistas de México, el restablecimiento de la Constitución de 1812, decretada por el nuevo Gobierno, era el principio del fin. En palabras del General Dávila, máxima autoridad de Acapulco, "señores, Vds. me han obligado a proclamar la Constitución; esperen ahora la independencia que es lo que va a ser el resultado de todo ésto" (8).

En el convento de la Profesa se empiezan a celebrar reuniones clandestinas de carácter antiliberal, en las que destaca Agustín de Iturbide. Allí se redacta el llamado Plan de la Profesa, antecesor directo del de Iguala.

Mientras en Nueva España, de momento, realistas absolutistas y liberales conspiraban unos contra otros, en Nueva Granada continuaban las operaciones militares.

Las inició Calzada, que en Pasto había reunido una División respetable, teniendo en cuenta las circunstancias, de 3.000 hombres. Los elementos más importantes de la misma eran el Batallón de Aragón, que había llevado consigo de Santa Fe, y el Batallón de Pasto, de Milicias. El primero estaba formado por 700 hombres que le habían seguido en su larga retirada y 200 reclutas recién alistados. El segundo tenía 1.000 plazas, formadas por "los pastusos, indios mestizos y blancos originarios de la ciudad de Pasto y de los pueblos próximos, que siempre se distinguieron por su adhesión a la causa realista y su inveterado odio contra los patriotas" (9). El resto de sus tropas se componía de una Caballería improvisada, de un puñado de artilleros que servían cuatro piezas,

(6) Lecuna, Vol. III, pág. 345.

(7) Torrente, pág. 269.

(8) Carlos Navarro y Rodrigo, *Vida de Agustín de Iturbide,* Madrid 1919, pág. 40. Ver en los trabajos de Archer "La causa buena" y "Where did all the Royalist go?" el colapso que supuso en la estructura de Milicias de Nueva España el restablecimiento de la Constitución de 1812.

(9) *Memorias de un oficial de la legión británica,* pág. 219.

de la columna de Cazadores y del contingente que con el nombre de Batallón de los Andes había enviado Aymerich desde Quito. Los Cazadores estaban mandados por Nicolás López, oficial venezolano, antiguo lugarteniente de Boves, que había luchado en Pantano de Vargas y que en Bocayá mandó el I del Rey. Los de Aragón obedecían a Basilio García, curioso personaje entre guerrillero y militar que daría que hablar en la Primera Guerra Carlista.

Con estas tropas, Calzada toma la ofensiva a principios de enero de 1820, cayendo sobre Popayán. El Batallón de Cazadores de Nueva Granada y los reclutas que defendían la ciudad fueron batidos fácilmente.

A continuación emprendió una larga incursión por territorio independentista.

Santander moviliza una División para hacerle frente. Está formada por los Batallones Cundinamarca, Neiva y Albión, un Escuadrón de Guías y otros de Húsares de Oriente. Como segundo jefe iba el coronel José Mires, de nacionalidad española. Se daba así la circunstancia de que uno de los oficiales más destacados de la columna realista era venezolano, y uno de los oficiales más importantes de la enemiga, español. Posteriormente la División se aumentaría con un nuevo Batallón, Cuenca.

En Pitayó, el 6 de junio, los de Valdés chocan con la vanguardia de Calzada, compuesta por el Batallón de los Andes, la columna de Cazadores y un Escuadrón, y mandada por López.

Los realistas son derrotados, gracias sobre todo a una carga de los Guías que arrolló al Batallón de los Andes, mientras que su propia Caballería huía sin combatir.

La columna, de 1.400 hombres, tuvo más de 350 bajas entre muertos, heridos y prisioneros. Muchos de éstos, independentistas capturados en Popayán y alistados en el bando realista. Uno de los pasados durante el combate fue Manuel Antonio López, cuyos interesantes *Recuerdos* hemos citado varias veces, y que figuraba entre los prisioneros de Popayán.

Tras el combate, Calzada se pone en retirada. Valdés avanza en su seguimiento, entrando el 16 de julio en Popayán, mientras que su contrario se repliega a Pasto.

Los independentistas encontraron allí un ambiente hostil, caracterizado por "lo desafecto del pueblo... Todos los días faltaban treinta, cuarenta, cincuenta o sesenta individuos de tropa, sin poder remediarlo" (10). Ante esa "escandalosa deserción" (11), los problemas de abastecimiento y la proximidad de los realistas, Valdés decide evacuar. Popayán. Calzada quedó así como una amenaza latente para sus enemigos.

Antes de pasar a describir lo sucedido en otras regiones de América, debemos dejar constancia del grave revés que supuso para la causa realista la pérdida de Guayaquil, provocada por una sublevación de la guarnición.

Esta se hallaba compuesta por los siguientes Cuerpos: Batallón de Granaderos de la Reserva,

(10) Manuel Antonio López, pág. 61.
(11) Ibíd.

unidad veterana enviada desde Perú para asegurar la plaza; Milicias de Infantería de Blancos; Milicias de Infantería de Pardos; Escuadrón del Daule, también de Milicias; 200 artilleros milicianos.

Naturalmente, las unidades milicianas eran todas de guayaquileños. Habría que mencionar que el comandante de la Artillería era europeo, pero estaba comprometido con los conspiradores.

En cuanto al Batallón de Granaderos, "estaba formado por gente indígena del Cuzco y que apenas si hablaba y entendía el español, salvo los jefes y oficiales que eran de más elevada condición social" (12). Entre estos últimos figuraba, por cierto, Hilario Alvarez, cacique cuzqueño. Únicamente el coronel era peninsular, siendo su segundo peruano y el resto de los mandos también.

En estas circunstancias, nada tiene de extraño que la sublevación triunfase con toda facilidad. El jefe de los Granaderos resistió cuanto pudo, con su escolta de 20 hombres, a los rebeldes, pero finalmente fue hecho prisionero. En cuanto al comandante del Escuadrón, veterano de la campaña de Chile, también intentó oponerse, lo que le costó ser uno de los pocos muertos en el alzamiento. El resto de la guarnición nada hizo por defender a los dos únicos oficiales leales.

El Gobernador de la plaza, se tuvo que entregar, limitándose a decir con sangre fría: "Toma, por gobernar en tierra". La frase se explica porque se trataba de un marino.

La Junta que asumió el poder el 9 de octubre, concedió el mando militar al segundo jefe de los Granaderos, después de que lo rechazara —por motivos de salud— el coronel de las Milicias de Blancos, otro americano. Para dirigir a las fuerzas navales se nombró a un europeo, Luzárraga.

Fueron ascendidos tres oficiales del Batallón de Numancia: Febres Cordero, Urdaneta y Letamendi, que precisamente habían sido enviados a Guayaquil por ser sospechosos de simpatías hacia los independentistas. Las sospechas eran bien fundadas, ya que jugaron un papel decisivo en el alzamiento. Es sorprendente, sin embargo, que Pezuela no hubiera tomado ninguna medida más dura contra ellos.

La pérdida de la plaza abría un flanco muy vulnerable sobre Quito y significaba la entrega a los enemigos del Rey de un puerto de primera magnitud. Seguramente, se facilitó por la crónica falta de unidades peninsulares que quejaba a los realistas.

Los independentistas se apresuraron a formar un pequeño Ejército para operar contra Aymerich. Los Granaderos dieron nacimiento a dos Batallones, el I y el II de Libertadores; el de Milicias se transformó en Vengadores y con voluntarios se organizaron los Batallones Voluntarios de la Patria y Defensores.

Con estas unidades se creó la denominada "División Protectora de Quito", que se confió a Urdaneta y Febres Cordero.

El 9 de noviembre obtiene su primera victoria sobre elementos realistas, en Camino Real. Pero el 22 choca con fuerzas al mando de Francisco González, veterano de Boyacá. En el comba-

(12) Camilo Destruge, *Historia de la Revolución de Octubre y Campaña Libertadora*, Guayaquil 1982, pág. 169.

te que tiene lugar en Guachi, los independentistas sufren un considerable revés. Febres Cordero, criticado por su actuación, dejó el servicio de Guayaquil, para unirse al Ejército de San Martín. Urdaneta y Letamendi seguirán su ejemplo.

A fines de año, la Junta monta una nueva columna, dirigida por el coronel José García. El 3 de enero de 1821 es aniquilada en Tanizahua por fuerzas de Guaranda, localidad tan incondicionalmente realista como Pasto. Hasta mediados de 1822 no pudieron las autoridades de Guayaquil acabar con aquel foco enemigo.

Aunque, gracias a la rapidez con que Aymerich reaccionó enviando desde Quito a las tropas de González, se pudieron limitar un tanto los daños producidos por la pérdida de Guayaquil, éstos no dejaban de ser considerables.

La eficacia con que la plaza había preparado en dos meses otras tantas ofensivas era un indicio del peligro que suponía para los realistas. Por otro lado, animadas por el ejemplo de aquel puerto, en otras poblaciones como Ambato, Alausí y Ríobamba también se produjeron alzamientos que complicaban en gran medida la posición de los realistas.

Casi simultáneamente a estos acontecimientos, los del Rey experimentan en noviembre de 1820 otra derrota importante en Nueva Granada. Prosiguiendo las operaciones para limpiar de enemigos el territorio, la columna del coronel Carreño operó contra Santa Marta, defendida por Ruiz de Porras, sobre todo con Milicias locales y contingentes de indios. El principal combate se dió el día 10 contra San Juan, "antemural de Santa Marta". Participa en él, además de las fuerzas terrestres, una escuadrilla naval independentista, al mando de José Padilla. Derrotado, Ruíz de Porras evacúa al día siguiente la ciudad.

De esta forma, los del Rey se vieron privados no sólo de una plaza de evidente interés, sino de una provincia de probada lealtad. Tanta, que a pesar del triunfo de Carreño su población "no manifestó que hubieran cambiado sus opiniones políticas... Por todas partes se veían indicaciones seguras de que se aprovecharían aquellos pueblos de la primera ocasión que se les presentara para insurreccionarse" (13). Para evitar sorpresas desagradables, Bolívar ordenó reclutar 2.000 "de los pobladores más desafectos", para hacerles servir en Venezuela. Muchos de ellos huyeron, y unidos a los restos de las tropas regulares realistas iniciaron una guerra de guerrillas (14).

En Venezuela, el Libertador dedicó la mayor parte de 1820 a preparar a su Ejército para un esfuerzo definitivo contra Morillo. "Casi todo el año 20 pasó en reunir y disciplinar reclutas, empotrerar caballos, coger y castrar toros para ponerlos en dehesa para tener reses cuando el Ejército abriera la campaña y enviar armas para la Nueva Granada" (15).

Otra medida fue la creación de la Guardia Colombiana (16) a base del Ejército del Norte. Estuvo formada por dos Brigadas. La primera, con los Batallones Granaderos, Tiradores y Vence-

(13) Restrepo, Vol. III, pág. 58.
(14) Ibíd.
(15) Páez, pág. 231.
(16) Para una historia de esta unidad, ver Alejandro Vargas, *La Guardia de Honor*, Caracas 1975.

dor, y la segunda con Bocayá, Vargas, Tunja y Bogotá. Ambas contaban también con elementos de Caballería. En las próximas campañas serían la punta de lanza del Ejército de la Gran Colombia.

Aunque cada día se reforzaban los sentimientos independentistas entre la población, en parte a medida que llegaban noticias sobre la evolución de la situación en España, Bolívar continuaba teniendo problemas de reclutamiento. En efecto, "Siendo escaso el sueldo y los soldados reclutas recogidos por la fuerza, la deserción era inmensa... Sólo se mantenían en las filas voluntariamente los oficiales y cierto número de soldados" (17).

Tuvo por ello que acudir a una medida sobre cuya conveniencia albergaba serias dudas, como fue el reclutamiento de esclavos, ofreciéndoles la manumisión a cambio de sus servicios en campaña. Bolívar, como criollo, era consciente de los problemas que podría plantear la movilización de los negros que trabajaban en las haciendas, pero era una necesidad impuesta por las circunstancias, que ambos bandos habían tenido que asumir.

También alistó a peninsulares, a pesar de que "nuestros soldados no querían por nada españoles entre ellos, hombres de los cuales algunos sabían leer y escribir y podían llegar a ser cabos y sargentos, cosa que causaba mucho disgusto en nuestro Ejército" (18).

Continuó asímismo utilizando los servicios de mercenarios europeos, que le siguieron causando dificultades por su disciplina. Una unidad especialmente problemática fue la Legión Irlandesa. A su llegada de Europa, desembarcó en la Isla Margarita, donde nada se había preparado para su recibimiento. Ello hizo que muchos de los hombres se repatriaran en los mismos barcos que les habían traído.

Los que quedaron, no tardaron en ser víctimas de la pésima alimentación. Cada día morían a consecuencia de ella de ocho a catorce soldados y de dos a cinco oficiales. Estos últimos, además, bebían "demasiado vino", lo que llevaba a frecuentes altercados que degeneraban en duelos.

Por fin, a últimos de febrero la expedición se embarca con 678 irlandeses y 150 venezolanos, además de una compañía de ingleses. Los primeros estaban organizados en seis pequeñas Compañías de Infantería y un denominado "Batallón" (sic) de Lanceros, sin caballo. En cuanto a los americanos, pertenecían al Batallón de Cundinamarca.

A principios de abril desembarcaron en Ríohacha, evacuado por los realistas, iniciando entonces una incursión por la Guajira.

La aventura fue poco afortunada, sobre todo por los ataques de los indios "muy valientes y enteramente decididos por la causa del Rey" (19). En uno de los choques los irlandeses, cansados de la infructuosa expedición no atendieron a los toques de la corneta que les llamaba a las armas. Sólo los Lanceros respondieron, salvando la situación.

◆

(17) Lecuna, Vol. II, pág. 457.

(18) Burdett O'Connor, *La independencia americana*, Madrid sin fecha, pág. 49.

(19) Ibíd., pág. 32.

Finalmente, y al ver que nada útil conseguían, volvieron a Ríohacha, que fue saqueada e incendida por la soldadesca embriagada.

Las autoridades independentistas, aburridas con aquella tropa, la expidieron, bajo escolta de los Lanceros, a Jamaica. Poco después el Gobierno de la isla enviaría esa gente a Canadá, para desahacerse de ella. Sólo los Lanceros volvieron al servicio de Bolívar. Dotados de los caballos que hasta entonces no se les había facilitado, participarían en el sitio de Cartagena.

Un contingente inglés que sirvió con Páez también presentó problemas, amotinándose y asesinando a sus oficiales. El llanero, siempre expeditivo, restableció la calma de base de decapitar a alguno de los cabecillas.

Antes de que terminara el año, Bolívar dió órdenes suspendiendo la contratación de mercenarios.

Los problemas con que tenía que enfrentarse el Libertador eran pequeños comparados con los que ocupaban a Morillo.

Este disponía de unos 15.000 hombres, "venezolanos en sus dos terceras partes, incluyendo en éstos a muchos granadinos, tan firmes todos en sus sentimientos realistas como los mejores soldados de la península" (20).

Pero esta lealtad empezaba a resquebrajarse. La combinación de las noticias sobre la cancelación de la expedición de la Bisbal con los recientes éxitos independentistas y sus preparativos de campaña se traducirían en 1820 en un número de deserciones sin precedentes. En el curso del año habría que abandonar por este motivo, y por los movimientos del enemigo, las provincias de Barcelona y Cumaná, mientras que en Carúpano el Batallón de Clarines llegó a amotinarse.

La situación del general español era, pues, ciertamente delicada. Su enemigo le había arrebatado los importantes recursos de Nueva Granada. El Ejército realista se veía amenazado por el Oeste —donde estaba la Guardia—, el Sur —donde se hallaba Páez— y el Este —donde se encontraba Bermúdez. Las tropas estaban empezando a perder la fe en la victoria; sobraban desertores y escaseaban medios de todo tipo. El propio Morillo estaba desanimado, lo que le hizo reiterar con mayor insistencia su petición de ser relevado (21).

Estando así las cosas, recibe órdenes de Madrid, dentro del nuevo espíritu del Gobierno español, para entablar negociaciones con los independentistas. El objetivo de las mismas era conseguir que aceptasen la Constitución de 1812 y enviasen representantes a Cortés por los territorios sublevados. Las autoridades españolas se mostraban dispuestas bien a enviar comisionados para escuchar las reclamaciones que hubiera, bien a recibir en la península a los enviados de los independentistas "para exponer a S. M. lo que desean". Ambas partes debían llegar a una suspensión de hostilidades mientras durasen las negociaciones.

El 6 de julio, Bolívar recibe una carta de La Torre proponiéndole, en nombre de Morillo y siguiendo estas instrucciones de Madrid, el inicio de conversaciones.

◆

(20) Lecuna, Vol. II, pág. 423.

(21) Había empezado a pedir el relevo desde 1818 (ver en S.H.R., Ultramar, legajo 4-60 una carta de renuncia de 26 de febrero de ese año).

El Libertador, a la vista "del estado embrionario de las tropas del Bajo Magdalena y de la necesidad de mejorar el equipo de los Batallones de la Guardia, prefirió negociar a combatir, proponiéndose ganar tiempo y sacar algún partido respecto de las plazas de Cartagena, Maracaibo, Cumaná y Barcelona" (22).

Quizás sabía que era muy difícil llegar a un acuerdo serio con Madrid, dada la distancia existente entre las posiciones de ambos bandos. Pero nunca cometió el error de infravalorar a Morillo, y no ignoraba la dificultad de batirle en campo abierto.

Aceptar la apertura de los contactos en nada le perjudicaba. Si, en contra de lo que cabía esperar, se le hacían suficientes concesiones que pasaran por el reconocimiento de la independencia, no estaba cerrado a un arreglo en esos términos.

Si, en cambio, las gestiones no daban fruto, habría ganado al menos tiempo en sus preparativos contra Morillo y podría "sacar algún partido". En cualquier caso, el tiempo jugaba a su favor.

Mientras proseguían los contactos previos, ninguno de los dos Ejércitos permaneció ocioso. Así, la Guardia avanza inconteniblemente hacia el Este, ocupando Mérida y Trujillo, mientras Páez y Bermúdez operan, respectivamente, en los Llanos y Barlovento. Con la pérdida de esas regiones, más la de Guayana, los realistas habían quedado reducidos a una estrecha franja de terreno, entre sus contrarios y el mar.

Por fin, el 25 de noviembre se firma el Acuerdo. En él se estipulaba un armisticio de seis meses, conservando cada Ejército sus posiciones, y se regularizaba la guerra. El 27, Morillo y Bolívar se encuentran por primera vez en Santa Ana, celebrando una entrevista salpicada de rasgos caballerosos y románticos, tan propios de la época. Los jefes de cada bando brindan a la salud de sus rivales.

El 17 de diciembre, Morillo se embarca en su viaje de regreso a la península, dejando el mando a La Torre. Con su partida y el armisticio se cierra el penúltimo acto de las Guerras de Emancipación en Venezuela. Tanto lo uno como lo otro reflejaban el reconocimiento por parte del Gobierno de Madrid del fracaso de la política seguida hasta entonces. Desgraciadamente, la nueva que se pretendió diseñar tampoco dio frutos. Tropezó, naturalmente, en el escollo que significaba el reconocimiento de la independencia de Venezuela, Cundinamarca y Quito que Bolívar exigía, y que los liberales consideraban inaceptable.

Morillo dejó América lleno de amargura por su fracaso, que en gran parte atribuía al abandono en que le habían tenido las autoridades. Estimaba, y no sin razón, que nunca se le facilitaron los medios humanos y materiales para llevar la campaña con mayor fortuna.

Aunque era sin duda un hombre excesivamente duro y rígido, seguramente fue uno de los mejores generales que la Corona envió a Ultramar. Su reconquista de Nueva Granada y la larga defensa de Venezuela fueron hazañas no despreciables, pero en 1820, tras largos años de guerra, Morillo era una persona cansada que no creía en la victoria. La estrategia de aproximación indirecta seguida por Bolívar, y la táctica adoptada por éste de rehuir choques frontales, acabaron por

(22) Lecuna, Vol. II, pág. 449.

desgastar el espíritu del español y de sus tropas. Cuando sale de Venezuela lo hace con su reputación como militar intacta, pero deja a su Ejército acosado por todas partes y derrotado en Nueva Granada.

Supo ganarse el respeto no sólo de sus propios soldados, sino también el de los enemigos, lo que es mucho más difícil. Los llaneros decían de él que "era lástima que hubiese nacido en España, y una verguenza que no fuese patriota" (23).

Cuando acaba el año, la situación de los realistas en el antiguo virreinato era problemática. Se había perdido Guayaquil y Santa Marta; Cartagena se hallaba sitiada por fuerzas independentistas (24). En esa plaza, se había producido un levantamiento contra Sámano, que se negaba a aceptar la Constitución de 1812. El virrey fue depuesto y sustituido por el brigadier Gabriel de Torres. En Venezuela, el Ejército se encontraba prácticamente sitiado. Unos meses después recibiría su golpe de muerte.

En los territorios bajo la jurisdicción de Lima, también se produjeron en 1820 acontecimientos preocupantes.

El primero de ellos fue la pérdida de Valdivia en el mes de febrero. Se trató de una audaz operación, en la que Cochrane llevó el mando naval y Beauchef —francés veterano del Ejército de Napoleón— el terrestre. La guarnición, formada por el Batallón Fijo, restos de Cantabria, Concepción y Cazadores-Dragones ofreció una débil resistencia, que reflejaba el grado de lasitud de aquellos hombres.

El británico intentó conseguir los mismos resultados en Chiloé, pero fue rechazado con pérdidas por los defensores: un Batallón veterano apoyado por las Milicias de aquel territorio, siempre fiel a la Corona.

Mientras, Pezuela proseguía con los esfuerzos iniciados el año anterior, para hacer frente al previsible ataque de su enemigo. Para ello, organizó sus tropas de la siguiente manera:

En la capital, y bajo su mando personal, con La Serna como segundo, constituye el llamado Ejército de Lima, con algo más de 5.000 hombres integrados en los batallones I y II del Infante Don Carlos, I de Numancia, Arequipa y Cantabria y en los Dragones de Lima y de Carabaillo, así como en el Escucadrón del Rey. Eran pues unidades básicamente americanas. Toda la Caballería era de Milicias.

Aunque había también disponibles milicianos de infantería, por razones políticas y financieras Pezuela prefirió mantenerlos movilizados lo menos posible. En el curso del año, y a pesar de la inminencia de la ofensiva de San Martín llegó incluso a cometer "el grave error de mandar a sus casas a las Milicias acuarteladas" (25). Nada tiene, pues, de sorprendente que cuando se les volvió

(23) O'Leary, Vol. II, pág. 73.
(24) Eran algo más de 1.300 hombres, el grueso de los cuales pertencía a los Batallones Girardot y Antioquia.
(25) García Camba, Vol. I, pág. 441.

a convocar, los mandos estimaron que las unidades "no tenían otra disciplina que la que puede dársela a una tropa de Milicias que no ha estado a sueldo" (26). Es decir, prácticamente ninguna.

Posteriormente, la débil guarnición de Lima sería reforzada con el Batallón I de la Victoria, el II del Primer Regimiento, los Dragones de la Unión y el Escuadrón de Lanceros.

El grueso de las fuerzas disponibles seguía integrado en el Ejército del Alto Perú, que a principios de mayo, y durante algo más de un mes, realiza con seis Batallones y siete Escuadrones un reconocimiento ofensivo sobre Salta y Jujuy. El 25 de mayo entra en la primera localidad, y el 1 de junio, en la segunda. El avance se realizó en medio de una nube de gauchos, que no dejaron de hostilizar a los realistas. El 30, éstos estaban de regreso en su punto de partida, Tupiza. La operación, en principio, parece poco justificada. La experiencia había demostrado que una invasión del territorio de Buenos Aires sólo podía hacerse en fuerza y, en cualquier caso, a mediados de 1820 había pasado el momento de llevarla a cabo. Una incursión del tipo de la emprendida carecía ya de sentido en el contexto de la campaña.

Por fin, el Virrey se rindió a la evidencia y ordenó que la mayor parte del Ejército del Alto Perú se dirigiera hacia el Sur, para vigilar a San Martín. Cuidando la frontera quedó Olañeta, con los Batallones de Partidiarios, Cazadores y Chichas (éste último de Milicias), los Dragones Americanos o del Perú y los Cazadores a Caballo.

El resto del Ejército, al mando de Ramírez, se instaló en torno a Puno con los Batallones Gerona, Centro, I del Primer Regimiento y II del Imperial Alejandro, así como los Húsares de Fernando VII.

El general Ricafort se situó en Huamanga con una División de Reserva con el I del Imperial Alejandro, el Batallón de Castro y Escuadrones de Arequipa y de la Guardia.

El Batallón de Burgos guarnecía El Callao. Como ya hemos dicho, el de Granaderos fue enviado a Guayaquil.

El despliegue realista obedeció, lógicamente, a la actividad de sus adversarios. Pezuela no estaba en condiciones de pensar en una ofensiva por mar contra Chile, y por tanto tenía que limitarse a reaccionar ante las iniciativas de San Martín.

Este, fiel a su decisión de no intervenir en los conflictos internos argentinos, tenía puestas a principios de 1820 sus miras en un ataque al Perú. Sin embargo, su negativa a acatar las instrucciones del Gobierno de Buenos Aires le había puesto, técnicamente, al margen de la ley. Estimó por consiguiente que no le correspondía seguir ostentando el mando del Ejército, y presentó a los jefes de éste su renuncia. En una reunión en Rancagua sus subordinados rechazaron esta decisión, poniéndose a sus órdenes. El resultado de todo ello fue que "la posición del Ejército de los Andes y la de San Marín era doblemente anómala. El Ejército, con la bandera nacional, no tenía Gobierno a quién obedecer, y sólo dependía de un general que había desobedecido al Gobierno que acababa de desaparecer. El General... se encontraba sin patria en cuyo nombre obrar

(26) Ibíd.

y sin gobierno" (27). De tan irregular situación surgiría, sin embargo, la primera amenaza seria que el Perú realista experimentaría en los últimos años.

Pero la situación en el Río de Plata en 1820 no permitía a aquel país organizar por sí solo una expedición lo suficientemente poderosa como para atacar Perú. Era imprescindible un supremo esfuerzo de Chile para completar, armar y equipar el Ejército destinado a operar contra Pezuela. Resultaba asimismo esencial el concurso de su Escuadra.

O'Higgins, a pesar de que su propia situación era delicada, facilitó a San Martín, sin regatear, los medios precisos para llevar a cabo su proyecto, planeado desde hacía años, de desembarcar en las costas peruanas.

Gracias a su apoyo incondicional, el 20 de agosto zarpó de Valparaíso la expedición bajo bandera chilena. En realidad, era mucho más que "las cuatro tablas" a las que se refirió O'Higgins en una dramática frase. Se trataba de una formidable agrupación de fuerzas. Cochrane dirigía siete buques de guerra, con 214 cañones y 1.600 hombres. Convoyaban dieciseis transportes que conducían más de 4.000 soldados, pertenecientes a los Batallones 7°, 8° y 11° de los Andes, y 2°, 4° y 5° de Chile; Escuadrones de Granaderos a Caballo, de Cazadores de los Andes y de Dragones de Chile, junto con Artillería. Verdaderamente, "todo se lo había llevado consigo la expedición al Perú" (28).

El comportamiento de ambos generales independentistas fue admirable. San Martín abandonaba su país para ir a atacar con 4.000 hombres un Ejército enemigo de unos efectivos que se situaban entre los quince y los veinte mil hombres. En cuanto a O'Higgins, autorizaba la salida de Chile de ingentes recursos, a pesar de que su gobierno tenía que hacer frente a serias amenazas internas.

Es cierto también, por lo que respecta a este último, que veía la caída del poder español en el Perú como condición imprescindible para la estabilidad del Chile independiente.

Por otro lado, la superioridad numérica de Pezuela sobre San Martín no era tan abrumadora como parecía. El Virrey tenía que vigilar una extensa costa y no podía tampoco descuidar sus fronteras. En el Alto Perú existía una larga tradición de sublevaciones que exigía la presencia permanente de guarniciones y la situación en el Norte era tan inestable que, como hemos visto, se había tenido que enviar a Guayaquil un Batallón peruano de refuerzo.

A pesar de estas matizaciones, hay que reconocer el valor tanto de San Martín como de O'Higgins por arriesgarse a una jugada llena de peligros.

El 7 de septiembre la Escuadra independentista fondeaba en las proximidades de Pisco. El viaje hasta allí no se vio entorpecido por los realistas, aunque dió lugar a serias discusiones entre San Martín y Cochrane.

◆

(27) *Historia de San Martín,* Vol. II, pág. 214.
(28) Eyzaguirre, *O'Higgins,* pág. 267.

La ausencia de actividad naval realista es realmente incomprensible. Pezuela contaba con tres magníficas fragatas, *La Esmeralda, La Prueba* y *La Venganza,* que podrían y debían haber estorbado los movimientos del convoy enemigo. El virrey intentó que esos buques se hicieran a la mar, pero tropezó con la falta total de colaboración de sus oficiales de Marina.

Fue éste, lamentablemente, un fenómeno frecuente durante todo el período de las Guerras de Emancipación. Los escritos de Pezuela y de Morillo contienen continuas —y justificadas— quejas por la excesiva timidez de la Armada. Un eminente marino como Fernández Duro no regatea los reproches ante la actitud de sus compañeros de armas.

Parece indiscutible que de todos los buques enemigos sólo la *O'Higgins,* antigua *María Isabel,* tenía una Artillería y una velocidad comparables a las fragatas reales. La prudencia de éstas, en el presente lance, es digna de las críticas de que ha sido objeto.

Para mayor escarnio, el comandante del Apostadero de Marina no sólo no envió sus naves al combate, sino que expidió a *La Venganza* y a *La Prueba* al Norte, lejos de las aguas peruanas. Tras un largo periplo, sus jefes cometerían el incalificable crímen de venderlas al enemigo. En cuanto a *La Esmeralda,* se quedó en El Callao.

Aunque no hubo obstáculos militares a la marcha del convoy, su destino sí que suscitó agrias discusiones entre Chochrane y San Martín. El primero, despechado por no haber obtenido el mando de la expedición, quería que desembarcara cerca de Lima, para apoderarse con un golpe de mano de la capital. San Martín, más prudente, prefirió poner rumbo a Paracas, a tres leguas de Pisco.

Las operaciones se desarrollaron con toda facilidad. Allí había sólo fuerzas de Milicias que apenas ofrecieron resistencia. Sin embargo, en contra de lo que esperaban los independentistas, no se produjo un alzamiento general de la población a su favor. De hecho, sólo pudieron enrolar a 600 esclavos, alistados a cambio de obtener la libertad.

Estando en Pisco, San Martín recibió una oferta de Pezuela para la apertura de negociaciones, siguiendo las mismas líneas y obedeciendo a instrucciones similares a las que se habían enviado a Morillo. Las conversaciones se iniciaron el 25 de septiembre, en Miraflores. De nuevo, el problema del reconocimiento de la independencia fue un obstáculo insalvable. El único resultado concreto consistió en el establecimiento de un armisticio de ocho días.

El 28 de octubre la expedición se hizo de nuevo a la mar. Su destino en esta ocasión era Ancón.

Pero antes de partir, San Martín despachó el 4 de octubre una columna hacia el interior. Estaba al mando del español Alvarez Arenales, y la formaban los Batallones 11° de los Andes y 2° de Chile, así como elementos de Cazadores y Granaderos a Caballo. Su misión era fomentar levantamientos en el interior, y distraer fuerzas realistas.

El coronel independentista inició una audaz incursión que le llevó a entrar en Huamanga el día 31, sin encontrar resistencia. Prosiguiendo su avance llegó a Jauja, donde derrotó al brigadier Montenedro, americano al servicio de España. El 6 de diciembre, y eso fue mucho más grave, batió totalmente en cerro de Pasco a la columna de O'Reilly, capturando a este jefe y al comandante de su Caballería, Andrés de Santa Cruz, que llegaría a ocupar tan altos puestos en Bolivia y Perú.

La importancia de la destrucción de la columna O'Reilly reside en las tropas que la formaban. Eran éstas el Batallón Victoria y el Escuadrón de Dragones de Carabaillo.

Los Dragones eran un Cuerpo miliciano, y el revés que experimentaron es poco sorprendente, teniendo en cuenta su bajo nivel de instrucción.

Pero Victoria, en teoría, era una unidad diferente. De hecho, sobre el papel se trataba de un Batallón de Línea peninsular, el famoso Talavera. Lo que sucedía es que por entonces estaba integrado por americanos recientemente reclutados, lo que se reflejó en su rendimiento. Se trataba, en efecto, "de tropa poco experimentada y descuidadamente vestida para poder resistir la rigurosa temperatura de la cordillera" (29).

Lo preocupante del caso no fue la derrota en sí, sino el estado real en que se encontraba un cuerpo que, oficialmente, era de los mejores del Ejército.

La marcha triunfal de Alvarez fue dejando un rastro de sublevaciones. El independentista confió a su segundo, Bermúdez, la articulación de la muchedumbre de indios levantados. Contra ellos Pezuela envió a Ricafort, que en Huancayo les dio una severa lección. Una carga a fondo de los Granaderos a Caballo de la Guardia, dirigida en persona por el propio Ferraz, decidió la acción.

En cuanto al grueso de la expedición de San Martín, desembarcó en Ancón el 1 de noviembre, situándose así sólo a seis leguas al norte de Lima. El 12, ya estaba en Haura.

El 6, Cochrane, con uno de los audaces golpes de mano que eran su especialidad, se interna en El Callao, apoderándose al abordaje de *La Esmeralda*. En el curso de la operación el mismo almirante fue baja, junto con 40 de sus hombres. Infirió, a cambio, un centenar de pérdidas a los realistas y pudo retirarse llevándose la fragata. El buque fue incorporado a la Armada chilena con el nombre de *Valdivia*. Pezuela perdía así los últimos restos de su poder naval.

No acabaron aquí las desgracias de los realistas en el, para ellos, aciago año de 1820.

El desembarco de San Martín movió a Pezuela a ordenar una concentración de sus tropas en Aznapuquio, para cubrirse frente a un eventual avance.

Poco después, las vanguardias de ambos Ejércitos chocan en Chancay, saliendo vencedores los realistas que se apoderan de la localidad. Estaban mandados por el coronel Jerónimo Valdés, que a sus sólo treinta años de edad era seguramente el mejor jefe que el Rey tuvo en el Perú para operaciones ágiles y rápidas, y para reconocimientos en profundidad. Valdés llegó a reunir allí un buen golpe de tropas: Batallones I de Numancia, II del Infante y Arequipa; un Escuadrón de Dragones del Perú y otro de la Unión, y dos piezas de Artillería.

Ante las noticias de que San Martín enviaba una columna a las órdenes de Alvarado para enlazar con Arenales, el realista se dispuso a interponerse entre ambos para atacar por separado a la más vulnerable. Antes de que pudiera llevar a cabo su propósito, recibió instrucciones del Virrey de enviar a Lima los Batallones del Infante y Arequipa, así como los Dragones de la Unión, lo

(29) García Camba, Vol. I, pág. 455.

que le obligó a mantenerse en observación del enemigo, ya que no le quedaban fuerzas para operaciones más ambiciosas.

A partir del 25 de noviembre sus avanzadas estaban en contacto con los de Alvarado, produciéndose choques sin mayor importancia.

Pocos días después, Valdés comenzaba su repliegue en busca del grueso del Ejército. En el camino, y estando ya fuera de todo peligro de persecución, el coronel se separó con los Dragones del Perú del 1 de Numancia, para que éste prosiguiera la marcha con más tranquilidad.

En la madrugada del 3 de diciembre los oficiales sublevaron al Batallón, pasándose con él al enemigo.

Los independentistas atribuyeron a este hecho enorme importancia. San Martín mostró su aprecio hacia la unidad nombrándola la más antigua del Ejército y entregándole para su custodia la bandera del mismo. Fue incorporada con el nombre de Voltígeros, y eventualmente todos sus oficiales llegaron al grado de general. De hecho, se le trató como si fuera un Cuerpo de elite.

Tradicionalmente, muchos autores americanos han seguido esta misma línea, dando al Batallón extraordinario valor. Algunos, en su afán por subrayar lo sucedido, han llegado a decir que se trataba de una fuerza peninsular. Entre las escasas excepciones en este clima general de alabanza destaca Paz Soldán, que describe al Cuerpo como "turbulento y presuntuoso" (30).

La verdad es que no hay motivo alguno para sostener la idea de que el 1 de Numancia era una unidad excepcional. Desde luego sus componentes sabían que, tras haber desertado de los realistas, no podían esperar cuartel, lo que probablemente era un estímulo adicional para combatir con mayor empeño (31). Por otro lado, el mero hecho de haberse pasado a los independentistas implicaba que al menos parte de sus miembros se identificaban muy claramente con aquella causa. Estas, y no otras, son las únicas consideraciones que permiten calificar el Batallón como fuerza de preferencia.

Desde el punto de vista estrictamente militar no era sino una más de las numerosas unidades organizadas por los del Rey en América. Creada en Venezuela en la época de Boves, se había nutrido primero con reclutas de aquella región, y luego con hombres de Nueva Granada cuando pasó a ese virreinato. Desde allí fue a Quito, para luego ponerse a disposición de Pezuela.

Tan pronto como llegó al Perú, la lealtad de su oficialidad empezó a despertar sospechas, hasta el punto de que hemos visto tres de sus miembros destinados a Guayaquil como medida de

◆

(30) Paz Soldán, Vol. I, pág. 23.

(31) No obstante, poco tiempo después varios hombres de Numancia fueron hechos prisioneros por los realistas, tras una valerosa defensa. Sus vencedores, tras atenderlos en todo lo que podían necesitar, les devolvieron a San Martín. Esta caballerosa actitud es aún más notable si se recuerda que, para el Ejército Real, aquellos hombres había cometido el peor crimen militar: pasarse con armas al enemigo.

castigo. En cuanto a la tropa, parece que tampoco estaba especialmente satisfecha, aunque sólo fuera porque a algunas Compañías se les debía al menos cuatro meses de sueldo (32).

En todo caso, el motín no fue general. Estuvo dirigido por un capitán americano, Tomás Heres y sólo parte de los oficiales, ya que los sublevados tuvieron que reducir por la fuerza al comandante de la unidad y a alguno de sus subordinados. Tampoco afectó a todo el Cuerpo. Una Compañía del mismo, en efecto, se encontraba de guarnición en la fragata Esmeralda, donde fue hecha prisionera; el equivalente de otra, 160 hombres, no se vió implicada, por diferentes causas, en los sucesos del 3 de diciembre, y media Compañía más estaba de guarnición en Trujillo.

A todos los efectos, sin embargo, el Batallón dejó de existir en el orden de batalla realista. Se trataba de una pérdida sensible, más por su valor propagandístico que por la disminución en 600 hombres de los efectivos de Pezuela.

El 24 de diciembre se produjo una defección más, cuando el peruano marqués de Torre Tagle, intendente realista de Trujillo, entrega la ciudad a San Martín. La guarnición colaboró en la empresa. Estaba formada por media Compañía del I de Numancia, el Escuadrón de Dragones de Lambayeque y otras unidades de Milicias. Todos los mandos, sin excepción, eran americanos.

En Perú, pues, 1820 fue un año de franco retroceso de los intereses realistas. San Martín había desembarcado cerca de Lima; una columna independentista se paseaba por el interior del territorio; el último barco de guerra restante había sido capturado bajo los cañones de El Callao; dos Batallones se habían amotinado, y un tercero había sido casi aniquilado. La causa del Rey atravesaba lo que quizás era su mayor crisis en esas tierras.

En Chile, Benavides seguía la guerra de guerrillas con diversa suerte. Era, de todas formas, una empresa sin futuro. No tenía posibilidad de alcanzar una victoria decisiva, y como sabemos, ni siquiera bastó para obligar a O'Higgins a retener en aquel país al Ejército independentista.

El 23 de septiembre, su segundo, Pico, bate en Pangal a O'Carrol, destrozando a los Dragones de la Patria y poniendo en fuga a un Escuadrón de Granaderos y a otro de Cazadores. El propio O'Carrol, brillante jefe de Caballería fue "enlazado" y luego fusilado. Se dio la circunstancia de que este oficial había combatido en España a las tropas de Napoleón y que uno de sus compañeros de armas, Veil, que mandaba a los Granaderos, había luchado al lado de los franceses.

Tres días más tarde la columna Alcázar, de 580 hombres fue derrotada y capturada en Tarpellarca. A pesar de la capitulación firmada, el propio Alcázar, toda la oficialidad del Batallón de Coquimbo y una multitud de civiles fueron asesinados, "carnicería aleve que no tiene paralelo en

◆

(32) Este dato aparece en un informe de 17 de agosto de 1820 de García Camba el virrey, recogido en Vargas Ugarte, Vol. V, pág. 183. En él se dice lo siguiente del I de Numancia: "hallará ese benemérito Batallón de Numancia casi desnudo, sus soldados mal comidos, por no habérseles satisfecho, según creo, ni aun los doce pesos que por ahora se concedió a cada plaza en cada mes y tener Compañía a la que se le deben cuatro meses de sueldo".

nuestra historia, sino con el asesinato en masa de los prisioneros de San Luis" (33). Se trató de un acto de barbarie, como los que habían sido frecuentes en Venezuela pero raros en Chile, que se enmarca dentro de la guerra sin esperanza que Benavides dirigía.

En noviembre, en Vegas de Talcahuano será a su vez derrotado por Freire. Por fin, el 27 de ese mes, en la Alameda de la Concepción fue vencido de nuevo, esta vez de forma prácticamente decisiva. Hay que anotar que el triunfo de los independentistas se debió en parte a que poco antes de la acción, desertaron del bando realista dos supervivientes del Batallón de Coquimbo, enrolados a la fuerza. Como se puede apreciar, aun en una época tan tardía se mantenía el sistema de alistar prisioneros.

Las fuerzas de Benavides durante esta campaña estaban formadas por tropas a caballo, casi todas irregulares y americanas, apoyadas por un crecido número de indios araucanos. De éstos, la tribu que más guerreros aportó fue la de los Pehuenches. Otras también lucharon junto a los realistas como contingentes de los Huiliches, cuyo jefe hacía adorar a sus hombres a un caballo blanco (34).

El núcleo de los contingentes de Benavides era el llamado Regimiento de Dragones de Nueva Creación —denominado así para distinguirse de los antiguos Dragones de la Frontera— con 800 plazas.

En cuanto a Freire, como vimos, había combatido en 1820 con una agrupación de fuerzas excesivamente débil en Caballería, Arma esencial para este tipo de guerra. En 1820 fue reforzado con los Dragones de la Patria y un Escuadrón de Granaderos a Caballo, lo que aumentó su movilidad. Actuaron junto al Batallón de Cazadorers de Coquimbo (capturado casi íntegramente en Tarpellanca), el 2° de Línea, Guardia Nacional, Cazadores de la Escolta y contingentes de indios.

Tras la victoria de Alameda de la Concepción, más de 200 hombres de Coquimbo alistados a la fuerza en las tropas realistas, regresaron a sus banderas.

El año, en toda América, había sido aciago para la causa de Fernando VII. En Nueva España latían graves tensiones internas entre los mandos, mientras que continuaban los combates, aunque reducidos a la guerra de guerrillas y en tono cada vez menor. En Venezuela, el Ejército estaba cercado. Morillo, su jefe desde 1815, había regresado a la península. En Perú, ya hemos visto cuan grave era la situación, y en Chile sólo se mantenían unas guerrillas feroces que desprestigiaban al bando realista.

Los esfuerzos por llegar a soluciones negociadas habían fracasado miserablemente, y parecía que el triunfo liberal en España únicamente había servido para debilitar a sus Ejércitos en América, sin aportar ninguna salida pacífica al conflicto. Nada hacía pensar que en 1821 pudieran mejorar las cosas.

◆

(33) *La guerra a muerte*, pág. 318.
(34) Ibíd., pág. 123.



CAPITULO XII



"Allí existen todavía los restos de siete mil hombres que desembarcaron ha más de seis años. (De ellos) apenas quedan dos mil".
("Representación" de Morillo)

El Ejército realista

Los distintos alzamientos que a partir de 1809 se produjeron en América sorprendieron a las autoridades, como se ha visto, en una situación de debilidad militar preocupante. Con la excepción de Nueva España, ninguno de los territorios en que se produjeron dichos acontecimientos (Nueva Granada, Venezuela, Quito, Perú, Chile y Buenos Aires) contaba con más de 2.000 soldados para su defensa. Quito, guarnecido con un corto Batallón y Buenos Aires, donde las unidades Fijas habían quedado en cuadro, eran casos extremos. Pero ni una sola de las regiones afectadas tenía un número de tropas adecuado. No había, además, ninguna unidad europea.

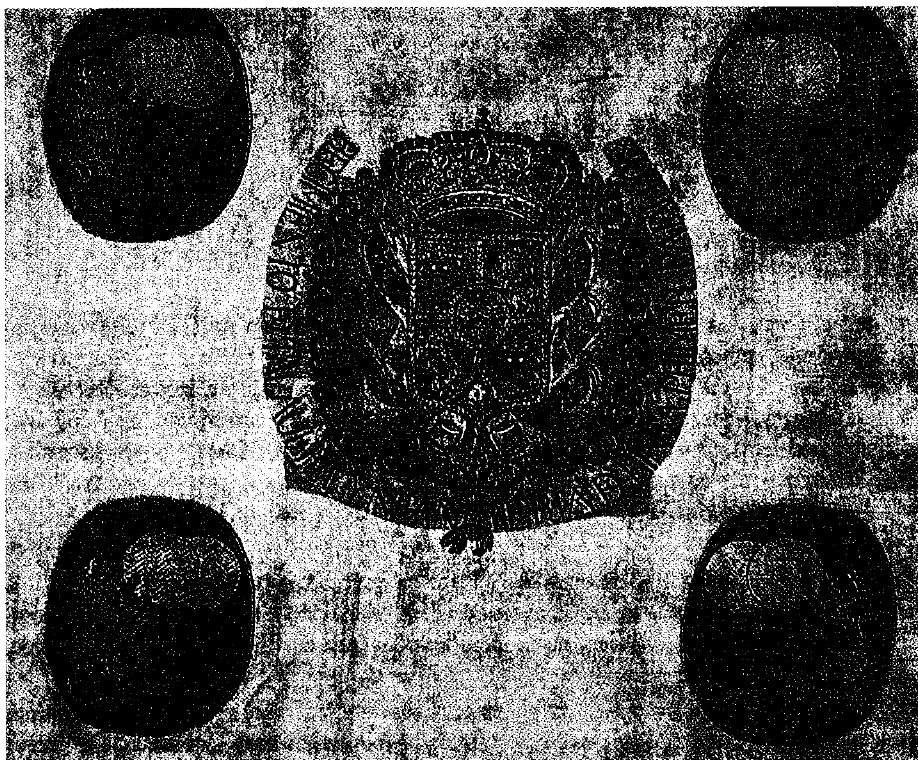
Por otro lado, hasta 1812 no empiezan a llegar refuerzos de la península, y aun entonces los contingentes que se mandaron, con la excepción de la expedición Morillo y de la expedición número 13, destinada a Montevideo, nunca superaron en cada envío la cifra de 3.000 soldados.

Resulta claro, pues, que si la causa realista pudo mantenerse frente a los embates de los independentistas, fue sobre todo gracias a la aportación de los propios americanos. Surgió así paulatinamente lo que se puede considerar un nuevo Ejército: el realista.

Se trataba de una organización diferente por razones obvias, del Ejército de España, que hasta 1814 luchó en la península contra Napoleón.

Pero también era distinto del Ejército creado en Ultramar por la reforma borbónica durante la segunda mitad del siglo XVIII. Como ya hemos dicho, este había sido concebido fundamentalmente como un instrumento de defensa frente a una amenaza exterior, constituido por un núcleo de unidades peninsulares apoyado por tropas Fijas, a su vez respaldadas por una masa de Milicias. El sistema quebró a partir de los años 80 de la centuria, por la suspensión de envíos de Cuerpos europeos. Pero, al menos teóricamente, hasta 1809 la filosofía que inspiró la reforma militar de Carlos III en Utramar seguía viva.

Los alzamientos independentistas cambiaron, naturalmente, todo el panorama. El despliegue



Bandera de Unidad Realista peninsular.

anterior, concentrado en la costa para rechazar ataques del enemigo por antonomasia —Inglaterra— dotado de una poderosa fuerza naval, tuvo que ser revisado.

El adversario ya no vendría por mar, sobre todo al principio de la guerra, cuando los independentistas carecían de fuerza naval. Estaba, por el contrario, "dentro": en el Apure, en el Alto Perú, a las puertas de Popayán.

Por otro lado, ello significaba que el peligro ya no era un desembarco anfibio, sino operaciones terrestres. La Caballería, relegada hasta entonces a un segundo lugar, adquiría una importancia nueva.

Finalmente, el sistema estaba basado en la idea de que en caso necesario llegarían refuerzos de Europa y que, mientras tanto, las Milicias aportarían los hombres necesarios para completar los Cuerpos Fijos —siempre bajos de efectivos— y para desempeñar las funciones de tropas de segunda línea.

A partir de 1809, sin embargo, y sobre todo hasta 1814, la posibilidad de contar con unidades peninsulares era remota. La lealtad a la Corona de los americanos, era entonces una incógnita. No se podía contar pues, al menos a medio plazo, con nuevas expediciones Ceballos, que llevaran el peso de la campaña, ni en la obediencia incondicional de las fuerzas locales. La circunstancia de que, a pesar de todo, muchas de ellas se alinearon en el bando realista, impidió un triunfo fulminante de sus adversarios.

No obstante la tenacidad y la combatividad de éstos, exigía la creación de un sistema militar nuevo, porque nuevas eran las circunstancias con que se iba a enfrentar.

Surge así el Ejército realista, improvisado sobre la marcha. La columna vertebral la constituyen los Cuerpos Fijos que permanecen fieles a la Corona, más unidades milicianas que poco a poco perderán su carácter de tal para convertirse en regulares. Cuando las tropas peninsulares vayan llegando, sustituirán a las americanas en su condición de pilares del sistema, pero éstas seguirán siendo esenciales.

Sobre todo, porque España nunca situaría en Ultramar las tropas suficientes como para poder prescindir de las locales y, además, jamás organizó un sistema adecuado para reponer las bajas.

Tenemos pues que, en todos los territorios excepto, quizás, México, se produce un ciclo similar. Se empieza la guerra con soldados americanos únicamente; llegan peninsulares que se convierten en el corazón del Ejército respectivo; a medida que van transcurriendo las campañas estos disminuyen en número; con el resultado de que al final del proceso el elemento americano es de nuevo abrumadoramente mayoritario.

Citemos sólo el caso de los dos núcleos de tropas realistas más importantes: el de Venezuela y el de Perú.

En el primer caso, hasta 1813 no llega un contingente significativo europeo, el Regimiento de Granada. Las autoridades realistas se defienden pues con los medios locales. Desembarca Granada, que se convierte en nervio de la defensa, pero que es rápidamente diezmado, lo que hace

resurgir el peso de las fuerzas americanas. En 1815 llega Morillo, y sus expedicionarios constituyen la masa principal de las fuerzas realistas.

Sufren en consecuencia, de modo que Morillo se ve obligado a "secuestrar" en 1817 tropas peninsulares destinadas a Lima. A partir de entonces ya no volverá a recibir refuerzos.

De ahí que, como hemos visto en Boyacá, la defensa de toda Nueva Granada se tuvo que confiar prácticamente a un Ejército americano. Cuando se produzca Carabobo, el elemento europeo estará aún más diluido.

En Perú, la llegada de peninsulares no tiene lugar hasta 1814, seis años después de iniciada la guerra, cuando desembarca un solo Batallón peninsular, Talavera, que será empleado en Chile y que quedará destruido en Chacabuco. Al año siguiente llega un Batallón más, Extremadura, junto a sendos Escuadrones de Caballería. En 1816 desembarca Gerona y el Infante Don Carlos. Este último es inmediatamente "americanizado", al absorber al Real de Lima.

En 1817 es el turno del I de Burgos, y el Escuadrón de Lanceros del Rey, ya que Morillo retuvo a los dos Batallones de Navarra, al II de Burgos y a dos Escuadrones. Estas fuerzas parten a su vez para Chile, siendo inmoladas en Maipú.

En 1818 se envían dos Batallones de Cantabria y un contingente de Cazadores Dragones, cuyas desgraciadas peripecias ya hemos narrado.

Resumiendo, durante todas las Guerras de Emancipación a Perú se mandaron, por sólo mencionar a la Infantería, el componente más numeroso, seis Batallones. Con ellos, los realistas debieron atender al Ejército del Alto Perú y al de Chile, reino este último donde perecieron dos de esas unidades. Parece, pues, evidente que el esfuerzo defensivo de Abascal primero, Pezuela después y La Serna más tarde, nunca se pudo apoyar totalmente en tan escasos Cuerpos.

Lo cierto es que, durante toda su historia, el Ejército Real del Perú fue básicamente americano. Estuvo formado como los demás, por tres tipos de unidades. Unas, organizadas desde un principio por personal local. Otras, constituidas por un pequeño grupo de europeos y por una mayoría de americanos. Normalmente conservaban el nombre del Cuerpo peninsular que había dado cuadros para su creación. Finalmente, unas pocas que originariamente habían sido peninsulares, pero que habían cubierto las bajas sufridas durante largos años de campaña —siempre más de cinco— con americanos.

De las dos Armas combatientes por excelencia, Caballería e Infantería, la primera tenía una proporción de americanos realmente extraordinaria. Durante todo el período España sólo envió dos Regimientos completos (Dragones de la Unión y Húsares de Fernando VII) y un puñado de Escuadrones sueltos, que no superaron los 3.000 hombres. Si se tiene en cuenta los millares de jinetes que mantuvieron los realistas durante más de diez años de guerra, se puede apreciar el porcentaje mínimo que supusieron los europeos. De hecho, en territorios como México, Quito o Chile nunca hubo un Cuerpo de Caballería peninsular.

La aportación a las campañas de Ultramar de la Infantería del Ejército de España fue, sin duda, mayor. Resulta, sin embargo, difícil de calcular, ya que oficialmente todas las unidades expedicionarias y las que éstas crearon sobre el terreno se consideraban como tropas peninsulares. Así tenían

consideración de tal los dos Batallones de la Unión, hasta la pérdida de Venezuela. No obstante uno de ellos se había organizado allí, y el otro combatió durante siete años sin recibir reemplazos europeos.

Puede servir, no obstante, como ejemplo del grado de americanización de los Cuerpos llamados europeos, el caso del Batallón de Aragón —antiguo Victoria— que en 1819 contaba con 1.200 hombres, de los cuales sólo 500 eran peninsulares (1).

Otro caso podría ser el del Batallon Talavera. Llegó a Perú en abril de 1814 con 550 plazas. Dejó allí parte de su fuerza para formar un nuevo Batallón con americanos. El 19 de julio salió de El Callao con 600 hombres, «una tercera parte elementos americanos».

En una revista que se le pasó en Chile en enero de 1815, es decir, después del combate de Rancagua, donde sufrió pérdidas considerables, tenía 690 hombres, gracias al reclutamiento local. En menos de un año, pues, había recibido varios cientos de americanos. Más de nueve años después, en Ayacucho, el Batallón, ya entonces llamado Victoria, contaba con 392 hombres, tras haber sido aniquilado en Chacabuco y reconstituido. Para entonces no podía tener más de un puñado de peninsulares.

Un ejemplo más que se podría citar es el I de Valencey, el Batallón favorito de Morillo, que combatió junto a él desde su fundación en 1809 y al que siempre consideró su unidad de confianza, procurando mantenerla con el mayor número de europeos posible. Pues bien, en diciembre de 1820, "la mayor parte de sus componentes eran venezolanos, pues los europeos habían perecido". Seis meses después, en Carabobo, quedará reducido por las bajas a la mitad.

En cuanto al número total de militares españoles que fueron a las Indias, según cifra de la Junta de Reemplazos (2) fue de 47.079, incluyendo los destinados a La Habana y Puerto Rico que no intervinieron en operaciones activas. Por su parte, el Ministro de la Guerra, en su ya citado informe a las Cortes (3) calculaba en 23.400 los soldados peninsulares que había en Ultramar en 1820.

Estas cifras, sin embargo, deben matizarse, dado que Amarillas respetaba la costumbre de considerar peninsulares a todos los integrantes de los Cuerpos europeos, sin tener en cuenta que muchos de ellos eran americanos. Así, ya hemos indicado que Morillo estimaba que contaba sólo con 2.500 europeos, cuando oficialmente sus unidades teóricamente españolas sumaban 6.237 plazas. En 1821, en España, el general dirá que en Venezuela "apenas quedan dos mil europeos" (4).

El propio Ministro reconocía que "Los Cuerpos procedentes de la península no solamente han reducido su fuerza, sino que la han suplido en gran parte con indígenas", añadiendo, con respecto a Venezuela, que "la (fuerza) de los Regimientos expedicionarios es casi toda en el día de hoy españoles de Ultramar, que han suplido las bajas de los europeos". Aunque no recogía en

◆

(1) Riaño, op. cit., pág. 45.
(2) Op. cit.
(3) Amarillas, op. cit.
(4) "Representación" de Morillo, citada en Sebastián González García, "El aniquilamiento del Ejército Expedicionario de Costa Firme", Revista de Indias, año XXII, número 87-88, pág. 143.

sus datos el número de americanos en unidades peninsulares, no ignoraba, naturalmente, que este era alto.

Parece, pues, que pueda decirse que las bajas de europeos fueron muy elevadas, superando ciertamente al cincuenta por ciento (ver Apéndice II). Conviene señalar que tras 1820 no llegaron más refuerzos a América, y que desde entonces al final de la guerra se produjeron batallas tan sangrientas como Carabobo, Bomboná, Pichincha o Ayacucho, que aumentaron considerablemente el número de pérdidas peninsulares que menciona Amarillas.

Las campañas de Emancipación fueron, desde luego, terriblemente duras. Los frecuentes fusilamientos de prisioneros, las enfermedades, el clima, las marchas agotadoras, la deficiente alimentación y hasta los animales salvajes, contribuyeron a aumentar de forma pavorosa los muertos de ambos bandos. Por sólo citar un caso, en un combate de escasa importancia como el de San Felipe, en 1817, fueron pasados por las armas hasta 300 hombres.

Evidentemente, los porcentajes de atrición eran tan elevados en un bando como en otro, y así se ha podido afirmar —aunque probablemente con alguna exageración— que "del Ejército de 4.500 hombres que acompañó a San Martín a Perú, quedaban en servicio activo cien cuando se produce la batalla de Ayacucho" (5).

Se decía también que por el Batallón de Rifles del Ejército de Bolívar, que contaba con 600 plazas, pasaron hasta 22.000 hombres en el transcurso de la guerra.

Hay que aclarar que estas cifras incluyen, desde luego, la deserción, de la que más adelante hablaremos.

Los datos sobre el número de peninsulares y sus bajas deben situarse en relación con la importancia cualitativa de estas tropas.

En principio, se puede estimar que las autoridades realistas las consideraban absolutamente esenciales. Hemos visto cómo en Nueva España, Venegas afirmaba que sin ellas no podía hacer frente al alzamiento de Morelos. En Nueva Granada, Morillo, a pesar de calificar de "venezolanos aguerridos" a los componentes de la III División, no ocultaba su preocupación ante la existencia de una sola unidad europea en la provincia, y se apresura a enviar otra con La Torre como refuerzo, cuando Bolívar inicia su ofensiva. En Chile, Marcó del Pont se enajena la simpatía de sus colaboradores americanos para favorecer arbitrariamente a los peninsulares.

Sus propios enemigos compartían, al parecer, estas ideas sobre las calidad de las tropas europeas. En Maipú, como hemos mencionado, San Martín ordena "cargar la mano" contra el único Batallón peninsular presente en el combate. Bolívar encarga a sus comisionados que recluten en Inglaterra a los militares liberales españoles que allí estaban exiliados, para que encuadren a sus tropas.

Desde luego, los mismos soldados españoles, sobre todo los recién llegados a Ultramar, se creían superiores a sus contrarios. Los que desembarcan con Morillo no ocultan su desprecio tanto hacia las tropas de Morales como hacia los independentistas. Un oficial de Caballería presume

◆

(5) Miller, Vol. I, pág. 277.

de que sólo con su Compañía es capaz de llegar desde el Desaguadero hasta Buenos Aires. En Rancagua, Talavera es diezmado en un insensato ataque frontal, porque no duda de que los contrarios no aguantarán el choque.

Un despacho del general realista Moxó al Ministro de la Guerra resume esta manera de pensar: "dichas columnas (de llaneros al servicio de España) que en algún tiempo han sido numerosas, jamás se han batido sino protegidas por los Europeos.. y he aquí, Excmo. Sr., la imprescindible necesidad de que les acompañe alguna fuerza peninsular aún en los parajes más seguros" (6).

Tanta ceguera no era, desde luego, universal. Oficiales como Sevilla y García Camba, que sirvieron en Cuerpos americanos, no tienen una palabra de reproche para sus compañeros locales de armas, y el segundo critica con razón ese "no bien calculado desprecio" que tendría "funestas consecuencias".

Pero quizás el español de más alto rango que rechazó esa actitud fue el virrey Pezuela. Como Abascal, su antecesor, consideraba atinadamente que, por razones evidentes, la defensa de la causa realista se tenía que basar ante todo en los propios americanos.

Estos, además, habían dado sobradas pruebas de su valía y de su lealtad, y enajenarse sus simpatías era no sólo injusto, sino suicida, ante la falta de peninsulares.

Algunos párrafos de un informe suyo de 3 de enero de 1820 (7) pueden ser interesantes para reflejar estos puntos de vista. En él se queja de que La Serna ha provocado "el disgusto de los militares del País" y que tuvo que hacerle ver "las poderosas razones que en justicia y política exigían distinguir a los oficiales y tropa Americana que desde los principios de la Guerra la habían hecho sin el arrimo de un soldado Europeo y que probablemente deberían siempre formar la principal parte del Ejército del Perú".

Añade que "fueron muchas (las quejas) de los oficiales del Perú en que se lamentaban de que eran vistos con intolerable desprecio y tratados de inútiles, ignorantes y cobardes, que habían robado al Rey la Plata de sus sueldos".

Le preocupó también la reforma de los Regimientos peruanos 1.º y 2.º de Línea, "porque desde luego vi perdida a la gente de ambos Cuerpos, precisamente los más atendibles del Ejército por haber sido los que empezaron y han sostenido la guerra con una utilidad y constancia admirables, y porque la subsistencia de ellos facilitaba los reclutamientos en Cuzco y Puno". La medida, además, causó "general disgusto en Cuzco".

Se queja de que La Serna, al parecer, llamó a los americanos "paisanos armados". Y señala que "me duele sobremanera tan humillante denominación que La Serna da a unos soldados, de los cuales los más a las órdenes de jefes que no le merecen mucha mejor opinión, han defendido los derechos de la Corona y estos Reales Dominios con recomendable constancia entusiasmo y fidelidad; soldados con quienes ninguno de sus antiguos jefes dudaría emprender quanto intente

◆

(6) Moxó al Ministro de la Guerra, citado en Restrepo, Vol. III, pág. 331.

(7) Archivos S. H. M., Ultramar, legajo 5 C-15.

el Sr. La Serna con los Peninsulares y aún cosas tal vez a que no se atrevería con los suyos... Unos soldados con los que se logrará siempre quanto depende del sufrimiento y puede conseguirse a costa del valor de la sangre. No tiene apariencia, pero tienen los hechos, que es lo substancial".

El informe, sin duda, obedece en parte a la conocida animosidad de Pezuela hacia La Serna, pero es ante todo una hermosa defensa del soldado realista peruano, que tantos servicios prestó a la Corona.

Vistos estos encontrados pareceres, habría que examinar hasta qué punto estaba justificada la opinión, en general excelente, sobre la valía de las tropas peninsulares.

Hay que decir que globalmente su actuación en combate dejó poco que desear. A lo largo de este trabajo hemos tenido ocasión de mencionar su comportamiento, casi siempre notable. Por ejemplo, la actuación del Batallón de Burgos en Maipú fue, desde luego, inmejorable, y hemos citado ya testimonios elogiosos de sus mismos adversarios ante la bizarría de estas tropas en numerosas acciones.

Una de las pocas excepciones fue la batalla de Boyacá, donde la Compañía de preferencia de los Dragones de Granada, formada por peninsulares del antiguo 6.º Escuadrón de Artillería Volante, se desordenó ante el ataque de los jinetes enemigos.

Es innegable, en cambio, que fuera del campo de batalla los Cuerpos peninsulares plantearon numerosos problemas de disciplina.

En el caso de la tropa, ello se debió ante todo a la impopularidad de la guerra en América. Se trataba de un conflicto feroz en una lejana tierra que el soldado español, en ocasiones ya veterano de la lucha contra Napoleón, consideraba que le era profundamente ajeno.

El hecho de que se encontrara encuadrado en muchas ocasiones en unidades formadas expresamente para el servicio en Ultramar y carentes de una tradición que asegurara el espíritu de Cuerpo, le hacía aún más susceptible a estas faltas de disciplina. El ejemplo dado por muchos de sus oficiales, que pedían la baja los Batallones destinados a América, y el relajamiento general de los lazos de subordinación producido durante la Guerra de Independencia de España, reforzaba aún más esta actitud.

Por otro lado, el abandono en que las autoridades de la península tuvieron al Ejército que luchaba en las Indias tenía que afectar, inevitablemente, a su moral. Así, se incumplió de forma sistemática el compromiso de repatriar a los hombres a los tres años de campaña. En 1820 se encontraban en esa situación todos los peninsulares presentes en América, excepto los supervivientes de Cantabria.

La falta de medios no contribuía en nada a aliviar la situación de esos hombres. En Venezuela, el Ejército llegó a estar un año sin paga y "con solo la ración de carne" (8). En 1819, "no pudo

◆

(8) Morillo al Ministro de la Guerra, S.H.M. legajo 4-60. Se daba además medio real diario por hombre "para pan y menestra", aunque muchas veces era imposible encontrar pan. Si no se podía suministrar carne, se entregaba "un real por toda ración".

hacerse otro pago que el de la cuarta parte del haber de un mes a todas las clases... Nos contemplaríamos todos dichosos" si se llegara a abonar el veinticinco por ciento de las pagas (9). Los heridos, llegaron a morir "sobre un ediondo Cuero roto, pero en el suelo, sin más auxilio que los de la Religión" (10).

En Perú, el Virrey tuvo que empeñar su plata para poder atender a las necesidades de la tropa.

La combinación de estos factores se tradujo en motines relativamente frecuentes, que ya hemos mencionado y que afectaron a diversas unidades: Extremadura y parte de Húsares de Fernando VII y Dragones de la Unión, en Perú; Cantabria en alta mar; II de Granada en Puerto Cabello; Saboya en la propia península, antes de embarcarse...

Los mismos mandos de los Cuerpos dieron en ocasiones pésimos ejemplos a los soldados. En su caso, a la reticencia de ir a luchar a Ultramar, por puro instinto de supervivencia, se añadían otros elementos. Uno de ellos era de carácter político. Muchos de los mandos eran liberales y en el fondo se sentían más próximos a las tesis independentistas que al absolutismo instaurado por Fernando VII durante la década ominosa. El ejemplo más extremo de esta actitud sería el dado por Mina.

Los liberales eran frecuentemente acusados también de pertenecer a la masonería y sin duda estaban sometidos a vigilancia. En el Servicio Histórico Militar de Madrid existe un interesante legajo (11) titulado "Expediente reservado sobre las Logias de Masones y otras sociedades a que pertenecían muchos jefes u oficiales del Ejército Real del Perú". El expediente, fechado el 12 de junio de 1818, lamentablemente está incompleto.

Figuran en él nombres como los de Carratalá, Villalobos, Germán y Ferraz. La Serna, defendió a sus subordinados, alabando su conducta y lealtad. Pezuela, por su lado, indicó que las acusaciones no estaban probadas, y que aquellos jefes mandaban los Cuerpos de más confianza (entre ellos, Gerona, Húsares de Fernando VII y Granaderos de la Guardia), "ninguno de ellos desacreditados en el servicio".

En su informe, el Inquisidor General apunta que los datos disponibles "hacen sospechar con grave fundamento que se hallan contaminados algunos individuos del Ejército".

Además, existían en éste otros jefes de tendencias contrarias. El enfrentamiento entre ambos grupos tras la restauración de la Constitución de Cádiz en 1820, llevaría a extremos deplorables, como el cese de Pezuela por sus propios subordinados o la actitud adoptada por Olañeta.

Posiblemente, los liberales a ultranza y los absolutistas incondicionales eran sólo una minoría. La mayor parte de la oficialidad quizá estuviese menos comprometida políticamente, y se preocupaban sobre todo por las repercusiones que en su carrera tenían las decisiones del poder civil.

◆

(9) Morillo al Ministro de la Guerra, 12 septiembre 1819.

(10) Morillo al Ministro de la Guerra, 26 febrero 1818.

(11) S.H.M., legajo 5 C-4.

En este sentido, parece que se puede hablar de un sentimiento general de descontento (12). La legislación de las Cortes de Cádiz, dirigida a eliminar privilegios y a enaltecer la idea del pueblo en armas frente al Ejército profesional, había provocado no pocos resquemores en las filas de éste, que se sintió "humillado y despreciado". La pésima gestión de las autoridades, por lo que se refiere a solucionar los graves problemas planteados por la guerra contra los franceses, exacerbó aún más esta actitud.

En 1814, muchos militares estimaban que el gobierno no les había dado los medios necesarios para hacer la guerra con éxito, especialmente en materia logística. Los políticos liberales, a su vez, consideraban que las fuerzas regulares no habían estado a la altura de las circunstancias, y que la verdadera resistencia contra los franceses había sido protagonizada por el pueblo.

En este ambiente de mutuo recelo, el regreso de Fernando VII fue acogido por gran parte de la oficialidad con grandes esperanzas. Se esperaba del Rey que situara al Ejército en el statu quo ante, devolviendo a sus mandos la ventajosa posición social que habían tenido hasta 1808 y que había sido posteriormente minada por el liberalismo.

Sin embargo, el entonces "Deseado" fue incapaz de hacerlo, entre otras cosas porque el Cuerpo de oficiales se había multiplicado extraordinariamente y la Hacienda estaba en quiebra. En este, como en tantos otros aspectos de la vida de España, resultaba imposible ya dar marcha atrás al reloj de la Historia. Los mandos militares habían pasado en pocos años de ser un reducido club de profesionales privilegiados a constituir un numeroso grupo, profundamente heterogéneo, de diversa procedencia social y con una formación dispar.

La incapacidad del gobierno de satisfacer estas reivindicaciones resultó una prolongación del descontento militar durante los años posteriores a la restauración, que culminaría en la sublevación de Riego de 1821.

A los conflictos entre militares liberales y absolutistas y a la insatisfacción general de la oficialidad, se unían los que enfrentaban a los mandos de carrera con los surgidos de la guerra irregular, tanto en España como en América, en sus primeros tiempos.

Desde ese punto de vista, como en tantos otros, se pueden identificar en las campañas de Ultramar fenómenos que se repetirían en la Primera Guerra Carlista. En efecto, al desdén —muchas veces injustificado— de los militares profesionales por los que habían ganado sus charreteras en la guerrilla o en unidades improvisadas, respondían éstos con su desprecio por los jefes "de carta y compás", a los que consideraban militares de salón. Era la mentalidad que se reflejaría en la famosa frase que un general espetaría al Pretendiente carlista: "Señor, los brutos llevaremos a Vuestra Majestad a Madrid", y que se detectaba ya en los Ejércitos españoles de la Guerra de Independencia y en los realistas de América.

Los problemas entre Cagigal y Boves, entre La Torre y Morales y entre La Serna y Olañeta pueden servir de muestra.

En resumen, las unidades peninsulares y sus mandos adolecieron con frecuencia de una falta

◆

(12) Seguimos a Esdaile, pág. 168 y sigs.

de disciplina, lo que no dejó de afectar seriamente a la causa que defendían. En conjunto, sin embargo, su comportamiento, sobre todo en combate, fue incluso mejor de lo que podía esperarse, habida cuenta de las adversas circunstancias de diverso tipo en que se movían.

Respecto al componente americano del Ejército realista, es posible que se haya infravalorado su importancia.

Incontestablemente, sus mandos eran en gran parte europeos, pero muchos de ellos eran locales. Mencionando únicamente algunos casos habría que citar a Goyeneche, Picoaga y Tristán que tanto hicieron en defensa del Perú, a Morales; al grupo de coroneles chilenos que vencieron en Rancagua; a la oficialidad del famoso 1.º del Cuzco, íntegramente americana con la excepción de su comandante. De hecho, sin la presencia masiva de oficiales locales en los grados inmediatamente inferiores al de sargento mayor, hubiera sido imposible encuadrar los Cuerpos americanos.

Estos, en 1820, reunían hasta 26.351 hombres, en las unidades veteranas, frente a los 23.400 que había en los Cuerpos oficialmente peninsulares (13). Como ya hemos señalado anteriormente, de hecho el número de americanos era, en nuestra opinión, muy superior.

De la calidad de estas tropas sólo se puede decir que reconquistaron, prácticamente sin ayuda peninsular, Venezuela; que conservaron ellas solas durante años Perú para Fernando VII; que con la ayuda de un único Batallón europeo recuperaron Chile y que por sí mismas restablecieron la soberanía española en Quito.

Su resistencia en las marchas causaba asombro a propios y a extraños, y de su bizarría en combate son testigos decenas de batallas.

En cuanto a su disciplina, era en general magnífica. Ya hemos comentado cómo Pezuela se escandalizaba ante los motines de los europeos, ya que sus unidades peruanas nunca habían hecho nada similar. No dudó incluso en atribuir el posterior relajamiento de la disciplina de estos Cuerpos al funesto ejemplo de lo sucedido a veces en España durante la Guerra de Independencia: "los desacatos, tropelías y asta asesinatos cometidos en España por la soldadesca con sus principales Gefes y la impunidad de tan atroz delito se transmitió a Buenos Ayres, Santa Fe, Caracas y La Abana" (14).

Un informe oficial español (15) va aún más allá: "antes de las expediciones que fueron de la península los mismos soldados peruanos sofocaban las sublevaciones y eran el apoyo de los derechos del Rey, siendo entonces apenas conocida la deserción. El mal ejemplo de este delito dado por las mismas tropas expedicionarias, el mal trato recibido de éstas y otros agentes han producido una especie de carácter tan reprensible como singular, que hace de los soldados actuales del Perú una especie de excepción".

Es verdad también que a veces no era fácil para los oficiales recién llegados de la península adaptarse a los soldados americanos. En unos casos los problemas de idioma —sobre todo con

◆

(13) Amarillas, cuadro 52.
(14) Pezuela, pág. 784.
(15) S. H. M., legajo 2-1-7-13.

las unidades peruanas—, en otros las diferencias de costumbres, complicaban el trato. La tendencia de las tropas a hacerse acompañar de sus mujeres que, entre otras cosas, les preparaban el rancho, era difícilmente asimilable por mandos acostumbrados a un Ejército regular. Hay que decir que jefes independentistas compartían este criterio. Bolívar, por ejemplo, prohibió las mujeres en la columna que dirigió contra Nueva Granada.

Frecuentemente, los americanos de ambos bandos experimentaron también problemas de adaptación al clima o a los alimentos tan graves como los que afectaban a los peninsulares. Así, las tropas de Guayana se adaptaban mal a los Llanos; los llaneros, a las alturas de Nueva Granada; los limeños a los Andes. Existía también un fuerte sentido localista que hacía que los cuerpos objetaran al servicio lejos de sus regiones de origen. Tropas venezolanas desertaron del Ejército de Bolívar cuando éste marchó contra Santa Fe, y contingentes realistas de Concepción y Valdivia se negaron a operar al norte del Maule.

Eran éstos, datos objetivos que tenían consecuencias en la dirección de la guerra. Por ejemplo, el Secretario de la Guerra de Colombia escribía a Sucre, durante la campaña de Ayacucho, que en las sierras, "los enemigos andan treinta leguas al día, cuando nuestras tropas no pueden andar ocho". En cambio, si los realistas bajaran a la costa, "perderían su Ejército por la fuerza del clima en los rigores de la estación" (16).

Bolívar era consciente de los problemas que implicaba para los hombres operar en hábitats a los que no estaban acostumbrados. Como decía a Tagle, el 10 de diciembre de 1823: "sin aclimatar nuestras tropas, no se puede contar con ellas. Debemos hacer marchar a nuestros soldados por las punas, para enseñarles a respirar el soroche y a saltar por entre las peñas como los guanacos, en cuyo país vamos a hacer la guerra".

Efectivamente, con frecuencia, por una simplificación excesiva, se estima que las unidades americanas, por el mero hecho del origen de sus componentes, podían actuar sin dificultades en cualquier terreno del continente. Lo cierto es que sufrían en ocasiones las mismas limitaciones que los peninsulares.

Ello no quiere decir, desde luego, que sólo podían ser utilizadas en su lugar de reclutamiento. Nueva Granada suministró numerosos reclutas a las unidades realistas venezolanas que, a su vez, guarnecieron Santa Fe. El I de Numancia estuvo en Venezuela, Nueva Granada y Quito, antes de llegar al Perú. Tropas realistas chilenas operaron en este último virreinato. En cuanto a la versatilidad del Real de Lima, a la que ya hemos hecho referencia, fue verdaderamente extraordinaria.

Lo mismo se podía decir de los venezolanos de Bolívar y de los argentinos de San Martín, en su largo periplo que acabó en Ayacucho.

En conclusión, se podría considerar que las tropas americanas alcanzaban su rendimiento óptimo en sus regiones de origen, pero que en caso necesario podían operar, aunque a veces con problemas de aclimatación, en otras.

◆

(16) Citado en Mariano Felipe Paz Soldán, *Historia del Perú Independiente,* Madrid 1919, Vol. II, pág. 71.

Conociendo este hecho, los jefes de ambos bandos en general procuraban siempre reclutar tropas locales, en vez de traerlas de otras provincias. Algunos, sin embargo, eran de la opinión contraria, y preferían llevar consigo unidades procedentes de un territorio distinto, para dificultar así la deserción.

Este era un fenómeno omnipresente en los Ejércitos de los dos lados durante las Guerras de Emancipación, y una verdadera pesadilla para los generales.

Las partidas de reclutas marchaban casi siempre a su destino bajo escolta, que a veces no era suficiente. Pezuela cuenta el caso de una partida que se amotinó contra sus guardianes, matando incluso a su jefe.

Según una autoridad independentista (17): "sería muy difícil el reemplazo de los soldados peruanos que se perdieren, porque es imponderable el horror que estos habitantes tienen al servicio. Entre los que se reclutan y permanecen en filas puede calcularse la proporción de diez a uno". Un autor poco sospechoso de parcialidad hacia los realistas (18), dice con crudeza: "los soldados de ambos países (se refiere a la Colombia y la parte del Perú bajo control independiente) eran reclutas obligados a servir a la fuerza, propensos a desertar".

Refiriéndose a los hombres alistados para servir en el Perú, Bolívar decía a Santander: "he agotado el manantial de mi rigor para juntar los hombres y el dinero... Todo ha sido violencia sobre violencia... Yo sé mejor que nadie hasta dónde puede ir la violencia y toda ella se ha empleado. En Quito y Guayaquil se han tomado los hombres de los templos y en las calles para hacer la saca de reclutas".

He aquí un ejemplo concreto. Tuvo lugar precisamente en Quito, el 12 de abril de 1823. Ese día iba a tener lugar una ejecución, a la que se esperaba que asistiera mucha gente, por lo que se "había tenido dispuesta una recluta... creyendo que la ocasión era la más oportuna para el objeto". "Consumada la ejecución, escoltas preparadas de antemano, cubrieron los cuatro ángulos de la plaza y las puertas de las casas y tiendas y entraron otras a tomar y amarrar hombres. El deseo de escaparse hizo que corrieran en todas direcciones buscando salidas que no hallaban; de modo que yendo y viniendo desesperadamente, muchos, mujeres y hombres, arremolinándose en confusión, perseguidos por el sable o la culata del fusil, resultaron muertas 36 personas de todo sexo y condición" (19).

Hubo casos, en los Ejércitos independentistas, en que se capturaba a tantos desertores que, ante el problema que hubiera significado fusilarles a todos, se les permitía jugarse a los dados cual de ellos sería pasado por las armas (20).

◆

(17) De Tomás Heres al Secretario de Guerra de Colombia, citado en Paz Soldán, Vol. II, pág. 71.

(18) Lecuna, Vol. III, pág. 245.

(19) Oscar Efren Reyes, *Historia de la República*, Quito, 1913, pág. 22.

(20) *Memorias de un Oficial de la Legión Británica*, pág. 207.

Hemos apuntado estos datos referentes al bando independentista, no porque se viera más afectado por la deserción o por las dificultades de reclutamiento que el realista, sino para indicar hasta qué punto ambos fenómenos eran comunes.

Naturalmente, también las tropas del Rey los sufrían. Nos limitaremos a citar tres casos, en otros tantos teatros importantes de operaciones. En Nueva Granada, Barreiro, durante su fracasada ofensiva contra Santander, sufrió unos porcentajes de deserción elevadísimos. En Perú, en el curso de la última campaña, las unidades americanas acampaban bajo la guardia de peninsulares para evitar que abandonasen las banderas. En Chile, tras la derrota de Maipú, el Ejército prácticamente se volatiliza a causa de la deserción.

Esta lacra universal podía explicarse por varios motivos. Uno era la lógica resistencia a arrostrar los peligros y las incomodidades inherentes al servicio activo. Otro, fundamental, era el hecho de que una parte considerable de la población no se alineaba profundamente con ninguna de las facciones en conflicto. Había excepciones, por supuesto. A lo largo de esta páginas ya hemos mencionado regiones muy concretas que, por unas razones o por otras, eran incondicionalmente leales a uno de los bandos. Pero este no era el caso de la mayoría de los habitantes, que servían con frecuencia a regañadientes causas con las que no se identificaban o por las que no estaban dispuestos a jugarse la vida. Este estado de ánimo, no por ser frecuente en todas las guerras, debe olvidarse cuando se habla de las de Emancipación, a las que en muchas ocasiones se les ha querido dar tintes románticos de los que carecieron. La sistemática utilización por todos los Ejércitos de prisioneros hechos al enemigo, ilustra la escasa militancia de gran número de hombres, que a menudo luchaban fielmente, aunque sin gran entusiasmo, por sus captores.

En un curioso documento titulado "Reflexiones políticas sobre las provincias del Sur de América Meridional" y fechado el 29 de septiembre de 1817 (21), se dice: "Entre los españoles americanos hay tres clases: la primera realistas, la otra de rebeldes y la tercera de indiferentes: la primera es la más pequeña; la de los rebeldes es más numerosa que la de los realistas, pero mucho más pequeña que la de los indiferentes". El autor, Fernando Cacho, estimaba que de diez personas, una era realista; tres, "rebeldes", y seis, indiferentes. Este cálculo posiblemente se acerca bastante a la realidad, en aquellas fechas.

Ello explica que ambos bandos tuvieran que recurrir de forma casi sistemática a la leva para completar sus filas. Medidas como el alistamiento de esclavos reflejan elocuentemente los problemas que había para el reclutamiento. Amarillas decía que los Cuerpos americanos realistas se cubrían con "sentenciados por las audiencias; reclutados viciosamente; alistados con menos formalidad de la que sería justo emplear; vagos y toda especie de gente". Caso parecido era el de muchas unidades expedicionarias, y no hay razones para pensar que este tipo de personal sólo figuraba en el Ejercito realista.

Parece que las autoridades virreinales no llegaron a aplicar la conscripción. Hubo una propuesta de La Serna en este sentido, pero se rechazó porque se estimó que "era la medida más antipolítica imaginable, y con sólo intentarla fuera indefectible la insurrección general". En casos muy específicos, y como ya hemos tenido ocasión de comentar, los independentistas sí que recurrieron al alistamiento general en algunos puntos.

◆

(21) S.H.M., legajo A-12.

Un tercer factor quizás sería la inexistencia de un verdadero espíritu militar en muchas regiones de América. El sistema defensivo borbónico se basaba en muy pocas unidades permanentes. La masa de la población vivía, pues, al margen de los asuntos militares, que normalmente sólo le afectaban a través de las pocas horas a la semana que implicaba el alistamiento en las Milicias. Como se ha dicho del Perú y se podría predicar de otras regiones: "Es erróneo hablar de militarismo como un fenómeno enraizado en el pasado colonial del Perú, independientemente de que floreciera con fuerza más tarde" (22).

El servicio de las armas era algo que afectaba a una pequeña minoría de los habitantes. El resto vivía al margen del mismo. Por tanto, los reclutamientos masivos impuestos por la guerra constituyeron una desagradable novedad ante la que se rebelaba en ocasiones la población.

Pero las filas de ambos Ejércitos no se reducían de forma pacífica sólo por la deserción. Otro factor que las mermaba considerablemente era el de los "pasados". Bien sea porque el número de hombres comprometidos de verdad con uno de los lados fuera relativamente pequeño, sobre todo al principio de la guerra; bien por el carácter de contienda civil que ésta tuvo en parte, la realidad era que resultaba corriente que un hombre abandonara su unidad para alistarse con los enemigos.

Esto sucedía con relativa frecuencia, llegando a darse casos tan espectaculares como el del coronel Benavides. Sirvió en el Batallón N.º 11 del Ejército argentino; se pasó a los realistas; hecho prisionero en Maipú, sobrevivió a un fusilamiento, siendo luego enrolado por los independentistas, para volverse a pasar al Ejército Real.

Junto a la deserción, las fuerzas americanas presentaban otro problema a sus mandos europeos. En concreto, su resistencia a combatir en formación cerrada, prefiriendo operar en dispositivos abiertos, más ágiles y flexibles pero también más vulnerables. Con el tiempo se corrigió esta tendencia, pero en las primeras campañas se utilizó el sistema a menudo.

El 24 de septiembre de 1812, los realistas en Santiago de Tucumán, atacaron "a la bayoneta, pero en dispersión, como habían acostumbrado en las refriegas anteriores contra los indios del Alto Perú" (23).

En Viluma, se ordenó "formar en batalla fuera del tiro del enemigo y marchar a él en este orden haciendo al mismo tiempo fuego", lo que "no será maniobra que imiten los militares tácticos". Sin embargo, "se acercaba algo al orden abierto que tanto agrada a aquellos naturales. Si contra esa línea, desordenada por la marcha y por los fuegos que al mismo tiempo sostenía, hubiese Rondeau empleado una o dos columnas bien dirigidas, es muy probable que el resultado de la batalla hubiese sido distinto" (24).

Este tipo de formación tan vulnerable, preferido por la Infantería, se podía combinar en ocasiones con una nefasta tendencia de la Caballería —que se vió mucho en Venezuela— a confiar demasiado en las armas de fuego, con preferencia al choque. Ambos errores eran consecuencia

(22) Campbell, pág. 24.
(23) García Camba, Vol. I, pág. 125.
(24) Ibíd., Vol. I, pág. 262.

tanto de una falta de instrucción, como del apego a concepciones tácticas anticuadas. Aunque podían resultar eficaces contra tropas irregulares, la experiencia de las campañas napoleónicas había demostrado que eran suicidas ante unidades de mayor calibre.

Paulatinamente, estos y otros defectos se fueron corrigiendo con la llegada de instructores familiarizados con los métodos más modernos. Se consiguió así una Infantería tan sólida como las demás; pero la Caballería, en general siguió siendo inferior a la independentista, sobre todo una vez que se perdieron los servicios de la mayoría de los llaneros venezolanos.

En conclusión, parece que las unidades americanas presentaban, a ojos de los peninsulares, una serie de inconvenientes debidos a la diversidad de costumbres, lo que planteaba su utilización fuera de sus regiones de origen, "incurable tendencia a la deserción" y recurso a tácticas trasnochadas, a las que habría que añadir, por supuesto, valoraciones abiertamente racistas.

A cambio, ofrecían magnífica disciplina —excepto en el tema de la deserción, de lo que no parecían pensar que fuese un delito ("en los indios era frecuente desertarse sin pensar que cometían un crimen y volverse a presentar con la mayor tranquilidad")—, sobriedad notable, magnífica capacidad para marchar y tanta agresividad en el ataque como resistencia en la defensa. Su lealtad, en no pocos casos, rayó en lo inexplicable.

Fue, sin duda, una tragedia para los realistas el hecho de que muchas personas en elevadas posiciones no supieran valorar debidamente estas virtudes ni aprovecharlas tanto como se hubiera podido, de haberse adoptado posturas más racionales. Gran parte de los responsables militares y políticos actuaban como si ignoraran que durante años la causa de Fernando VII en algunos territorios ultramarinos había sobrevivido fundamentalmente gracias a los propios americanos. En Chile, Quito, Venezuela, Nueva Granada y en el Alto Perú, bajo el mando de La Serna, actuaron incluso como si estuvieran interesados en perder simpatías, no en ganárselas.

La actitud de la Corte no fue más compresiva, lo que hizo que a veces las autoridades locales tomaran iniciativas para recompensar, siquiera extroficialmente, los servicios de los americanos. En este sentido, Pezuela instituyó la Cruz del Campo de Honor, que equivalía en cierto modo a la Laureada de San Fernando, cuya tramitación era lenta y complicada. Montes, en Quito, procedió en 1814 a ascender a personal americano, a pesar de que había recibido de Madrid una orden "en que se niega todo grado" (25).

Pero estas fueron excepciones. Parece que, en general, los peninsulares se negaron a ver a sus compañeros de armas americanos como verdaderos iguales. Ello pudo ser producto de los propios mecanismos coloniales o de la mayor experiencia bélica de los europeos, o puro y simple racismo, del que pocos estaban exentos (los criollos del Quito independiente miraban también con horror a los "negros con entorchados" del Ejército que fue desde Venezuela). Hay que matizar, además, que esta evidente sensación de superioridad de tantos europeos tenía también sus límites. La mejor prueba de ello fue el porcentaje de americanos que ostentaron grados en el Ejército y la facilidad con que se reunían en el seno de la misma unidad peninsulares y americanos.

(25) S. H. M., legajo 5-A4. El escrito de Montes tiene fecha de 7 de julio de 1814.

Posiblemente, tan exagerado sería decir que en el Ejército realista se habían borrado todas las diferencias entre sus diversos componentes, como afirmar que en él existía la rígida separación entre metropolitanos y "nativos" propia de los Ejércitos coloniales clásicos.

Las tropas americanas regulares, o de primera línea, estaban apoyadas por unidades de Milicias, que en 1820 sumaban 46.827 hombres (26).

Menos en el caso de México y de la región de Pasto, donde se recurrió a ellas con más frecuencia, normalmente jugaron un papel secundario, aunque importante. Eran por encima de todo una reserva de hombres censados y más o menos entrenados para las unidades permanentes, europeas o americanas, a las que aportaron constantemente refuerzos. En la primera época de la guerra sirvieron incluso para formar lo que luego fueron Cuerpos regulares.

Su valor como tropas de choque fue, en general, muy relativo. Ya hemos mencionado los problemas políticos y económicos que implicaba mantener a las Milicias acuarteladas. De hecho se procuraba mantenerlas movilizadas el menor tiempo posible, lo que se traducía en una deficiente instrucción. Hubo, no obstante, excepciones como los Pardos de Valencia y de Lima o las Milicias de Pasto, que en ocasiones combatieron tan bien o mejor que las tropas permanentes.

Pero como norma general, las Milicias no se adaptaron bien a este tipo de empleo. El juicio que sobre ellas hace una autoridad independentista (27) se podría aplicar a ambos lados: "toda nuestra gente colecticia ha desertado; el fuego patriótico no les ha durado cincuenta horas y esta es la lección funesta que nos anuncia el término que vamos a tener si no se ponen sobre las armas hombres ejercitados en la disciplina militar o por lo menos si no se organizan y disciplinan cuerpos veteranos que se batan en regla, aunque sea con piedras y palos".

Para concluir, incluimos una relación del estado de fuerza del Ejército realista en 1820, antes de la cascada de derrotas que terminó con la presencia española en la América continental. Está basada en el informe de Amarillas, completado con datos del Estado Militar de ese año.

En Cuba había tres batallones considerados peninsulares: Ligero de Tarragona, II de Cataluña y II de Málaga, aunque el primero de ellos contaba con personal americano y seis Fijos, pertenecientes a los Regimientos de La Habana, Cuba y Luisiana, repatriado de esta provincia cedida a Estados Unidos. La Caballería consistía en dos Escuadrones veteranos de los Dragones de América.

Las Milicias reunían un Regimiento y cinco Batallones de Infantería y dos Cuerpos de Caballería.

Las unidades peninsulares sumaban 2.589 hombres; las Fijas, 2.096 y las Milicias 6.311.

En Puerto Rico estaba el I de Granada, un Regimiento de Milicias de tres Batallones y cuatro Compañías sueltas. En total, 464 peninsulares y 4.200 milicianos.

(26) Amarillas, cuadro 53. Los datos recogidos en el texto se refieren a todo Ultramar. Las crifras correspondientes a los teatros de la guerra eran: cuerpos expedicionarios (incluyendo personal europeo y americano), 20.347 hombres; unidades veteranas americanas, 20.465; Milicias, 25.016.

(27) Antonio Palacio, gobernador de Tunja, citado en Díaz Díaz, pág, 54.

En Santo Domingo había sólo 89 veteranos en un raquítico Batallón, y algo más de 3.200 milicianos organizados en un Regimiento de Infantería; un Batallón de Morenos y un Cuerpo de Dragones.

En Nueva España había once Cuerpos expedicionarios: Ordenes Militares y Zaragoza, con dos Batallones cada uno; Fernando VII; Infante Don Carlos (antiguo Lobera); III de Zamora; Mallorca (ex III de Asturias); III de Murcia (ex Primero Americano); I de Extremadura; Voluntarios de Castilla; y I de Barcelona (ex Voluntarios de Navarra). En conjunto, 8.448 hombres.

La Infantería veterana local consistía en la Compañía de Alabarderos de la Guardia, cinco Regimientos (Corona, Nueva España, México, Puebla y Veracruz), dos Batallones y siete Compañías sueltas. La Caballería contaba con los Dragones de España, de México y del Rey, y el Escuadrón de Veracruz. Total, 10.620 hombres.

Las Milicias Provinciales reunían una multitud de Cuerpos, con 21.968 hombres. Las Urbanas contaban con más de 58.000, "que sirven con mucho fruto de auxiliares a las de línea".

En Guatemala, un Batallón Fijo y cinco Compañías independientes veteranas. Las Milicias constaban de 6 Batallones y 6 Escuadrones.

En Yucatán, las fuerzas veteranas eran un Batallón Fijo, dos Compañías de Infantería independientes y un Escuadrón de Dragones. Las Milicias tenían dos Batallones y Escuadrón.

En Venezuela, los Cuerpos peninsulares eran Valencey (antiguo Unión), Granada, Navarra, II de Burgos, Barbastro, Hostalrich (ex tiradores de Castilla) y el regimiento de Húsares de Fernando VII. En total, 5.811 infantes y 464 caballos.

Las tropas veteranas puramente americanas eran los Batallones III del Rey, Reina Doña Isabel, Infante Don Francisco de Paula, Barinas, Clarines, Cachirí y Cumaná. Al parecer, tras Boyacá se habían reorganizado los Batallones I y II del Rey. Tanto el Estado Militar como Amarillas citan a los Batallones II y III de Numancia y al de Cazadores de Tambo, aniquilados en dicha batalla y no reconstituidos, y al I de Numancia, que estaba en Perú.

Como Caballería estaban los Dragones leales de Fernando VII, los Cazadores, Guías del General y los Lanceros de Venezuela.

En conjunto 6.080 infantes y 6.000 jinetes.

Amarillas no cita unidades milicianas. El Estado Militar incluye una relación de ellas, pero sin precisar sus efectivos. Dicha publicación, por otra parte, en muchas ocasiones se limitaba a repetir datos de años anteriores, sin actualizarlos.

En Nueva Granada existía oficialmente el Batallón de León, de guarnición en Cartagena, y el de Aragón, en Pasto.

En Quito se hallaba un Regimiento de Infantería americano llamado de los Andes, y dos Compañías de Dragones, también locales: 1.085 bayonetas y 104 sables.

En Panamá había un Batallón expedicionario, Cataluña, otro local y fuerzas de Milicias. En todo, 508 peninsulares, 219 veteranos americanos y 1.189 milicianos.

En Perú estaban los siguientes Batallones europeos: Burgos, Cantabria, Victoria (antiguo Talavera), Imperial Alejandro y Ligero de Gerona. Como Caballería peninsular había un Escuadrón de Húsares de Fernando VII, otro de Dragones de la Unión y dos de Lanceros del Rey.

La Infantería del pais consistía en los Regimientos de Infantería de Línea Infante Don Carlos y número 1, y los Batallones Ligeros Centro, Fernando VII, Castro, Granaderos, Partidiarios, Cazadores y Arequipa. En una situación intermedia entre los veteranos y las Milicias se hallaba el Regimiento de Infantería de la Concordia.

En abril de ese año de 1820, Pezuela autorizó a formar con los Batallones de Partidarios y de Cazadores, el II de Gerona y con los de Centro y Castro, el II de Victoria. Esta decisión se tomó sobre la base de "una Real Orden que previene que si los virreyes organizasen algún Cuerpo nuevo le den el nombre de los existentes en el Ejército", pero no se llevó a la práctica.

En cuanto a la Caballería, existía el Regimiento de Cazadores, el de Dragones Americanos o del Perú (que al menos durante algún tiempo incluyó al Escuadrón independiente de San Carlos) y el de Granaderos de la Guardia. Había también Escuadrones americanos de Húsares de Fernando VII y de Dragones de la Unión que junto a los jinetes expedicionarios, formaban los dos Regimientos así designados.

El Secretario del Despacho de la Guerra no recoge datos específicos sobre las Milicias.

Respecto a las tropas veteranas, aporta las siguientes cifras: las expedicionarias sumaban 3.762 infantes y 148 jinetes. Las americanas, 2.437 bayonetas y 338 sables.

Se trata, muy posiblemente de números inferiores a los reales. Así, por ejemplo, basa su cálculo en la existencia de tres Batallones locales, cuando había bastantes más. En cuanto al Estado Militar, no es tampoco fiable, ya que deja de mencionar Cuerpos peninsulares que ciertamente se hallaban en Perú.

En Chile sólo quedaban restos del viejo Ejército realista que guarneció aquel territorio y de los Cuerpos expedicionarios de Cantabria y Cazadores-Dragones.

Todos estos Cuerpos estaban organizados en principio de forma similar a los del Ejército de España. Los Regimientos de Infantería de Línea tenían de uno a tres Batallones, cada uno de los cuales contaba con dos Compañías de preferencia (una de Granaderos y otra de Cazadores) y seis de Fusileros.

La Infantería Ligera estaba articulada en Batallones independientes, también de ocho Compañías, dos de ellas de elite.

En cuanto a la Caballería, disponía o bien de Escuadrones independientes o de Regimientos, con un número variable de Escuadrones.

Los efectivos de las unidades variaban enormemente, oscilando en la Infantería entre 300 y

1.200 hombres por Batallón, lo que dependía de factores tales como las bajas en combate, la deserción o la eficacia del reclutamiento. Según las plantillas teóricas, el Batallón debía situarse en torno a las 700 plazas.

En Caballería sucedía algo similar. En teoría, cada Escuadrón tenía que reunir unos 100 hombres. De hecho, en América algunos no llegaban a los 50 y otros superaban los 150.

Las diferencias entre los distintos Institutos a las que hemos aludido en el Capítulo I, se difuminaron en Ultramar. Habría que destacar, sin embargo, el elevado número de unidades de Infantería Ligera en el Ejército realista, quizás porque se pensaba que el personal local se adaptaba mejor al tipo de combate habitual en estos Cuerpos. Los independentistas, de hecho, apenas distinguían en sus fuerzas entre Infantería de Línea y Ligera.

Al parecer, sí que se conservaron las especialidades en el caso concreto de las Compañías de preferencia realistas. Los Cazadores se mantuvieron en su función original de combatir en orden abierto. En cuanto a los Granaderos, se les siguió considerando como fuerzas selectas. En los Batallones teóricamente peninsulares, se procuraba agrupar a los europeos supervivientes en la Compañía de Granaderos. En los Batallones americanos de nueva creación, esa Compañía normalmente estaba formada por veteranos.

En Caballería también se desdibujaron las diferencias entre los diversos Institutos, de manera que los nombres de las unidades no reflejaban sino un intento de mantener denominaciones tradicionales. Así, los realistas organizaron Cuerpos de Cazadores, Granaderos, Húsares, Lanceros, Dragones y Carabineros. Todos ellos, no obstante, se emplearon en función de las necesidades del momento, olvidando la misión especializada a la que su designación, en principio, apuntaba. Todos ellos cargaron en forrajeadores o en orden cerrado según fue preciso. Todos ellos combatieron al arma blanca o con el fuego, de acuerdo con las circunstancias.

Cabe anotar, además, una considerable extensión del uso de la lanza a toda suerte de unidades, con lo que sólo se anticipó la tendencia que, a partir de 1835, Ferraz —veterano de las guerras de América—, generalizaría entre la Caballería de María Cristina durante la Primera Guerra Carlista.

Incluso la uniformidad en casi nada reflejaba la especialidad de cada Cuerpo. Así, los Dragones del Perú eran conocidos popularmente como Húsares, ya que iban vestidos como tales.

Las exigencias de la campaña obligaron, en suma, a crear un Ejército eminentemente utilitario a base de unidades polivantes que de hecho, se adelantaron en varios años a Europa a la hora de ignorar distinciones superadas por las necesidades de la táctica.

Antes de entrar a describir las últimas campañas de estas tropas recapitularemos los avatares que habían seguido hasta entonces las unidades peninsulares recién citadas.

Muchas de ellas habían padecido "la manía de América (de) la creación de Cuerpos nuevos", a pesar de que "sería muy oportuno e interesante al mejor servicio de S. M. que se expedieran órdenes terminantes y executivas para que con preferencia a crear Cuerpos nuebos y conserbar los de esta clase, que se hallan en esqueleto, se aumente la fuerza de los que se hayan procedido

de la Península, no verificando de ningún modo la creación de los Segundos o Terceros Batallones de los Regimientos que sean de Línea sin que tengan completos los Primeros" (28).

Las unidades europeas de Nueva España eran quizás las menos americanizadas, porque allí la guerra fue de menor intensidad. Sin embargo, el núcleo de ellas había salido de la península antes de 1814 y había sufrido la elevada atrición habitual en las Indias y en la despiadada guerra de guerrillas que se hacía en aquel territorio.

Las de Venezuela habían absorbido a otros Cuerpos disueltos, para mantener un mínimo de efectivos, como el Batallón de Puerto Rico o el II de Navarra. Unión se había desdoblado en dos. Todos sin excepción habían recibido reclutas, bien de Venezuela, bien de Nueva Granada.

En cuanto a la Caballería, los tres Escuadrones de Dragones de la Unión, así como convalecientes de Infantería se habían incorporado a los Húsares de Fernando VII, por lo que cabe suponer que esta unidad tenía todavía un porcentaje elevado de peninsulares a pesar de sus largos años de campaña.

De los dos Batallones de Nueva Granada, ya hemos visto que Aragón tenía más de un cincuenta por ciento de americanos. León debía estar en situación parecida, tanto por las bajas naturales de la campaña como por el hecho de que había facilitado cuadros para la formación de Milicias.

En Panamá, Cataluña tenía que tener un número alto de peninsulares, ya que sólo había participado en una única operación militar, la reconquista de Puerto Cabello. Es cierto, sin embargo, que el territorio que guarnecía era especialmente insalubre, y que había absorbido al Fijo de la provincia.

Todas las unidades existentes en Perú estaban muy castigadas por largos años de guerra, allí y en Chile. De los cinco Batallones, tres se habían quedado en cuadro: Cantabria, en el curso de su viaje desde la península; Victoria, tras Chacabuco, y Burgos en Maipú. Los cinco habían sido completados con personal local.

Un informe de 17 de agosto de 1820 (29) arroja interesantes datos sobre la situación del Ejército de aquel virreinato: "El Infante Don Carlos, después de tener muy pocos soldados que sepan lo que es la guerra, tiene muchos oficiales de edad y jóvenes que se hallan en el mismo caso y de quienes no se puede tener una esperanza igual a sus deseos por falta de experiencia... adolecen del mismo mal todos los Cuerpos... todos tienen considerable número de reclutas que apenas saben la posición, además de componer su número máximo hombres que jamás han visto

◆

(28) Informe del Inspector General de América al Ministro de la Guerra, 23 de abril de 1816. S. H. M., Ultramar, legajo 5 D-24. En 1820, la situación seguía siendo parecida.

(29) Se trata de un informe de García Camba a Pezuela, fechado el 17 de agosto de 1820, reproducido en Jerónimo Valdés, *Exposición que dirige el Rey Don Fernando VII sobre las causas que motivaron la pérdida del Perú*, Madrid 1894-98, Vol. II, pág. 374.

un enemigo; si a esto añadimos lo violentos que se hallan en las filas estos hombres, pues no desperdician ocasión de desertarse, ¿qué podemos esperar de ellos?".

Este era pues el estado de las tropas de Pezuela. Disfrazar con nombres de viejas unidades peninsulares, como Gerona y Victoria, a la agrupación de Cuerpos desgastados por años de guerra no era ninguna solución.

En resumen, el Ejército realista fue una organización en gran parte improvisada, creada para defender los intereses de España en las Indias. Surgió como un producto de las exigencias del momento, e históricamente constituyó la última estructura militar que la península formó en el territorio continental del nuevo continente sobre la base del llamado Ejército de América.

Su eficacia se demostró en dieciocho años de combates y sus limitaciones, en las derrotas finales.

A principios de 1820 había pasado ya su mejor momento. El componente europeo estaba diezmado, y ese se año perdió la última oportunidad de reforzarlo seriamente. En cuanto al americano, empezaba a acusar ya síntomas de debilitamiento ante una guerra tan prolongada y los avances de las tesis independentistas.

CAPITULO XIII



"Y la flor de los veteranos realistas en los hospitales o en el sepulcro".
(García Camba, mediados de 1821)

1821. Carabobo, el principio del fin

En ese año surgen ya abiertamente a la luz los problemas entre realistas liberales y conservadores que se venían gestando al menos desde el final de la Guerra de Independencia de España, y que se habían recrudecido tras el triunfo de la sublevación de Cabezas de San Juan. Prácticamente en todos los territorios todavía en manos de los partidarios de Fernando VII se producirán manifestaciones de ese funesto fenómeno.

En México, Agustín de Iturbide, que encabeza un sector realista descontento con la política de Madrid hacia las Indias proclama el 24 de febrero el Plan de Iguala, intento imposible por conciliar los intereses de ambos bandos. Idealmente, "garantiza la religión que heredamos de nuestros mayores. A la casa reinante de España proponía el único medio que le restaba para conservar aquellas dilatadas y ricas provincias. A los americanos concedía la facultad de darse leyes y tener en su territorio el Gobierno" (1). Pretendía, pues, "dirigirse a la vez a los patriotas fogosos, a las inteligencias maduras y a los egoismos aislados" (2).

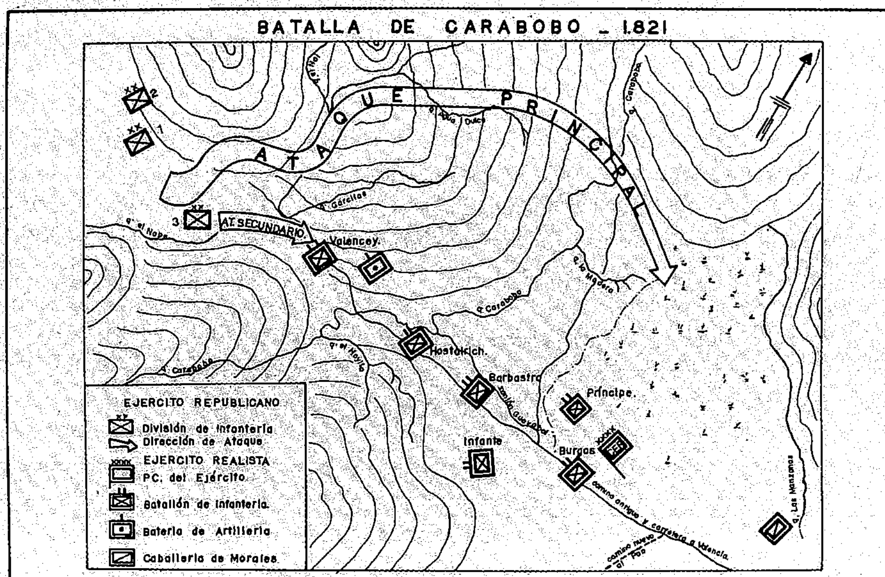
En realidad, en la práctica sería inaplicable. Ni los realistas podían aceptar una independencia más o menos encubierta, ni sus rivales la prolongación del régimen monárquico. Tenía en cambio la ventajas de ser, en principio, considerablemente atractivo para todas las facciones. Así, parecía que por un lado, ofrecía a los sectores conservadores el mantenimiento de los aspectos más esenciales del status quo. A los progresistas, por otro lado, les presentaba la posibilidad de un cambio, aunque no fuera radical. Era, pues, una alternativa entre el inmovilismo y la ruptura.

Para llevar a la práctica su plan, Iturbide —nombrado en noviembre de 1820 Comandante General del Sur— contaba inicialmente con unos 2.500 hombres, incluyendo fuerzas de los Bata-

(1) Agustín de Iturbide, *Memorias*, Madrid 1919, pág. 243.
(2) Navarro, pág. 62.



Uniformes de Cuerpos Realistas americanos.



Batalla de Carabobo.

llones peninsulares de Fernando VII y Murcia (antiguo Primero Americano). En un principio, éstos aceptan el nuevo estado de cosas. Sin embargo, al comprender el alcance del movimiento, la mayoría de los europeos se alejan de él, quedando con Iturbide sólo una Compañía de Murcia y otra de Fernando VII (3).

El virrey Apodaca, que en 1816 había sustituido a Calleja, moviliza contra el nuevo enemigo al llamado Ejército del Sur, que confía al mariscal de campo Liñan. Figuran en él tanto Cuerpos americanos como peninsulares. Entre estos últimos, los Batallones del Infante Don Carlos (nuevo nombre que se había dado a Lobera) y de Castilla.

La primera reacción de los propios mexicanos ante el movimiento de Iturbide fue tibia. Los independentistas que todavía no se habían acogido al indulto, recelaban de un hombre que les había combatido implacablemente durante años. En cuanto a los realistas, muchos de ellos encontraban difícil de asimilar el fin de un régimen secular, lo que estaba implícito en el Plan de Iguala. De hecho, la deserción se extendió entre las fuerzas americanas de Iturbide hasta convertirse en un serio problema.

Pronto, sin embargo, empezó a recibir adhesiones. Jefes de prestigio como Bustamante, Codallos y Filisola, este último europeo, se pronunciaron a su favor. De esta manera, las fuerzas conocidas como trigarantes, por la triple seguridad contenida en el Plan de Iguala, se vieron aumentadas con las nutridas guarniciones de Zitácuaro y Guanajuato. Por su lado, Guerrero, el más importante jefe independentista aun en activo, se alineó, no sin reservas, con Iturbide.

Las tropas virreinales, mientras tanto, habían permanecido en una inexplicable pasividad, cuando quizás una reacción rápida hubiese permitido abortar el movimiento en sus inicios. Hasta abril no se produce el primer choque de cierta importancia, cuando una columna mandada por el coronel Hevia obtiene un éxito local en Toperca. Tanto realistas como trigarantes emplearon fuerzas americanas y europeas.

Pero para entonces ya era tarde. Uno tras otro, los Cuerpos mexicanos se pronuncian por Iturbide. En mayo, contaba con la columna de Granaderos, los Regimientos de Infantería Corona, Nueva España (que pasa a denominarse Primero Americano), México, Tres Villas, Celaya, Santo Domingo y Ligero de Querétaro, y los de Caballería España (que cambia su nombre por América), Querétaro, Príncipe, San Luis, San Carlos, Rey, Moncada y parte de Sierra Gorda y de Fieles del Potosí, "Los más bizarros de Nueva España" (4).

La única unidad europea, el Batallón de Fernando VII, de forma curiosa recibe un puesto de privilegio en formación "por el nombre que lleva".

El movimiento, paulatinamente, se va haciendo imparable. En mayo, se entrega Valladolid. En

◆

(3) Creó con ellas el Batallón de Fernando VII. Hubo así, simultáneamente, tres unidades realistas con este nombre. Una, americana, reclutada en Puebla, y dos peninsulares. De ellas, una con Iturbide y otra con el virrey.

(4) Navarro, pág. 85.

junio, Guadalajara y Querétaro. En julio, Zacatecas. Los dos Batallones del Regimiento de Zaragoza y parte del de Zamora se rinden, envueltos por fuerzas superiores.

La acción más importante se dará en Huerta, donde dos Batallones de Fernando VII, trigarante el uno y realista el otro, se enfrentan. En el combate se distingue el comandante del primero, el peninsular García Moreno. Otro europeo, Filisola manda a las tropas que luchan contra los virreinales.

Tras esta serie de reveses, "puede decirse que el dominio español en México feneció en el mes de junio de 1821" (5).

Ciertamente, Apodaca se había mostrado incapaz de controlar la situación. Quizás ello se debió a su talante conciliador, o bien a que sinceramente creyera que Iguala no constituia una verdadera amenaza contra la soberanía española. Es posible también que, se encontrara desbordado por el movimiento.

En cualquier caso, no supo combatirle cuando era más vulnerable. Por otra parte, cometió el error de dispersar durante su mandato a los Cuerpos europeos por todo el territorio mexicano. Así, cuando llegó el momento crítico, estas fuerzas fueron batidas prácticamente de una en una, antes de que se hubiesen podido concentrar.

El 5 de junio los pocos Batallones peninsulares que se habían reunido en México muestran su descontento ante la forma en que se conducía la campaña. Ordenes Militares, Infante y Castilla, apoyados por tropas americanas, deponen al Virrey. Los mismos hombres, rotos ya todos los lazos de la disciplina (Ordenes y Castilla llegaron a arrestar a sus Coroneles, que se oponían al golpe), eligen para sucederle al mariscal de campo Francisco Novella.

Iturbide, hábilmente, prefirió evitar un asalto frontal a la capital, que podía resultar muy costoso. Sabía que en México, como en el resto de América, el tiempo jugaba contra España. Por tanto, prefirió seguir ganando adeptos para su causa, antes de empeñarse en operaciones más comprometidas. El paso de los días le dará la razón. Puebla y Oaxaca caen en su poder, mientras que aumentan las adhesiones de independentistas, destacando entre ellas la del famoso Nicolás Bravo.

En estas condiciones, llega a Veracruz para sustituir a Apodaca, el general O'Donojú. Era hombre de ideas liberales, hasta el punto de que había sufrido persecución por la Policía de Fernando VII en el período absolutista. Cuando desembarca se encuentra con una situación que se había degradado irremisiblemente. La mayor parte del pais se alineaba con Iturbide; las unidades americanas se le habían unido, y las peninsulares se habían amotinado contra sus jefes naturales. No es sorprendente, pues, que inmediatamente entrara en contacto con Iturbide para llegar a un acuerdo. El 24 de agosto, ambos firman el Tratado de Córdoba, que viene a consagrar la independencia en la línea del Plan de Iguala, aunque es menos preciso que éste a la hora de concretar el orden sucesorio al Trono.

Novella, desde la capital, se niega a reconocer tanto el Tratado como la autoridad de O'Donojú. Los combates prosiguen, pues. El 31 cae Durango, defendido por cinco Compañías de Za-

◆

(5) Alamán, Vol. V, pág. 351.

mora —mandadas por un teniente coronel americano—, dos de Barcelona y tropas mexicanas. El vencedor es un peninsular, Negrete, que se bate brillantemente a la cabeza de los trigarantes, resultando herido.

Una desafortunada salida de Novella le costará el mando operativo del Ejército. En ese período tan sui géneris, ocupa su lugar un americano, el coronel Armijo.

Finalmente, los realistas se inclinan ante la evidencia y se avienen a acatar lo pactado en Córdoba y las órdenes de O'Donojú. En virtud de éstas, la guarnición evacúa la capital, sin capitular. Estaba formada entonces por Ordenes Militares, Infante, Murcia, Compañías de Reina (ex-Saboya) y parte de las últimas unidades americanas leales: Sierra Gorda y Fieles de Potosí.

El 23 de septiembre entra en ella Iturbide, al frente de 7.000 infantes y 9.000 caballos, el mayor Ejército que desde la Conquista se había visto en la ciudad.

Las tropas peninsulares, a las que se había concedido el derecho a la repatriación, empiezan a marchar hacia sus puntos de concentración para prepararse para el embarque. La mayor parte de ellas debían partir a principios de 1822. Sólo el general Dávila, que manda las fuerzas de Veracruz, se niega a cesar la lucha, y se dispone a una resistencia a ultranza. El 8 de octubre fallece por enfermedad O'Donojú, uno de los protagonistas del fin de un período de la Historia mexicana.

A lo largo de noviembre, Iturbide dicta la organización del nuevo Ejército mexicano que quedó estructurado "a la española" (6). De los trece Regimientos de Infantería sólo uno, el 5°, estará formado por independentistas que se le habían unido. Sólo uno también, el 6°, incluye elementos de un Batallón peninsular, Zamora en concreto. De los trece de Caballería, únicamente el 11° comprende a antiguos insurgentes, que forman junto a Cuerpos realistas de tanta solera como los Dragones de México (7). Estos datos reflejan hasta qué extremo se llegó a la independencia sin que sus defensores natos jugaran un papel protagonista. En realidad, fue obra del elemento mexicano del Ejército realista, apoyado por unos pocos peninsulares.

Dentro de la reorganización se producen también una serie de ascensos. El grado más elevado que Iturbide concedió recayó en un europeo, Negrete, que alcanza así la categoría de teniente general.

De los 118 militares de mayor rango en el nuevo Ejército, 81 eran mexicanos procedentes de unidades realistas; 25, peninsulares o nacidos en otros lugares de América, pero que también habían servido en esos Cuerpos. Sólo 12 llegaban de las filas independentistas.

Así, acabó el dominio español en México, "se derrumbó, pero no lo derrotaron" (8). En poco más de siete meses y sin apenas resistencia, un sistema trisecular se hundió. Para los partidarios

◆

(6) Jesús de León Toral y otros, *El Ejército mexicano*, México D. F. 1979, pág. 109.

(7) Alamán, Vol. V, Apéndice 14.

(8) *La caída del Gobierno español en la ciudad de México*, pág. 229. La segunda Parte de esa obra contiene un claro análisis de las causas que motivaron el fin de la presencia española.

de Fernando VII, el desmoronamiento tuvo que ser especialmente doloroso porque no había sido el resultado de un triunfo militar de sus oponentes. Antes al contrario, "el régimen realista de hecho derrotó a los rebeldes. España ganó la guerra de independencia" (9).

Ciertamente, a partir de 1816, cuando se produce el relevo del virrey Calleja por Apodaca, los independentistas habían sido batidos. El esfuerzo más serio para revitalizar su causa, el emprendido por Mina, se saldó con un fracaso total, y desde entonces la actividad bélica de los enemigos de la Corona está circunscrita exclusivamente a una guerra de guerrillas sin salida. La habilidad militar de Calleja, y la política de su sucesor se habían impuesto.

Lo que sucedió es que en España se interpretó como adhesión incondicional el apoyo que sectores de la sociedad mexicana prestaron al bando realista, sin percatarse de que esa colaboración respondía ante todo a los profundos recelos que despertaban los programas radicales de Hidalgo y Morelos. Desaparecida la amenaza que éstos representaban, desaparecía también la coincidencia de los intereses de esos sectores con los de la Corona. Esta, una vez más, y al igual que hizo en otras regiones americanas, se mostró incapaz de satisfacer las legítimas expectativas de sus aliados mexicanos, actuando como si nada hubiese sucedido desde 1808.

Los frutos de esa ceguera se cosecharon a la primera ocasión. Es decir, tan pronto como se presentó una alternativa atractiva y razonable al dominio español. Esta se encarnó en el Plan de Iguala, que fue acogido tan rápidamente y con tanto entusiasmo por la mayoría de los realistas de México. La falta de medios y de voluntad por parte de Apodaca para intentar imponer por la fuerza un sistema ya superado, facilitaría el fulminante colapso del régimen virreinal.

El propio Ejército fue el primer protagonista de este desmoronamiento de lealtades. El relevo de Apodaca y los sucesos que se producirían en 1822 serán, sobre todo, un ejercicio en numantinismo, sin futuro alguno.

En cuanto al consenso concitado por el Plan de Iguala, los siguientes meses demostrarían hasta qué punto era frágil. Bastó, sin embargo, para poner fin a la presencia española en México.

Mientras, en Venezuela, Bolívar se disponía a dar un golpe de muerte a la causa de Fernando VII en aquella región, acumulando todas sus tropas contra el Ejército del general La Torre.

Pero antes de reabrir las hostilidades obtendrá una ventaja importante. Infringiendo abiertamente el armisticio firmado y todavía vigente, Urdaneta llevó a cabo un movimiento de fuerzas a cuyo calor estalló, el 29 de enero, un movimiento antirrealista en Maracaibo que se verá coronado por el éxito.

Las Memorias del general Urdaneta no dejan dudas de que era consciente de que al actuar como lo hizo vulneraba dicho acuerdo. Así, ordenó al jefe del Batallón de Tiradores que cubriera el alzamiento, pero "se le dieron también contraórdenes ostensibles que no debía cumplir, pero que en todo caso debían servir para contestar a los españoles en caso de reclamación" (10). Gracias a esta maniobra, los independentistas entraron en Maracaibo sin disparar un tiro, consiguién-

(9) Ibíd., pág. 201.
(10) Urdaneta, pág. 192.

do así "recursos inmensos en hombres y dinero" (11), incluyendo un arsenal con 100.000 cartuchos y fijar a la División realista de Tello. La Torre se encontró, por su lado, con todo su flanco derecho en el aire.

Otra medida tomada por los de Bolívar en contra del espíritu y la letra de lo firmado fue despachar a Barinas un Batallón, "aunque por un artículo expreso del Tratado no podía esta ciudad ser ocupada sino por un comandante y un piquete de veinticinco milicianos" (12). Ciertamente, los realistas habían cometido un grave error al subscribir el armisticio. Indiscutiblemente habían obtenido gracias a él un cierto margen para afrontar la próxima campaña. Pero las ventajas conseguidas por sus enemigos habían sido mucho mayores. De un lado, se habían hecho con Maracaibo, base que no tardará en serles muy útil. De otro, Bolívar "se decidió por el armisticio para dar tiempo a que todas las operaciones estuviesen combinadas y preparadas ventajosamente para cuando llegase el tiempo de obrar... (El armisticio) fue una derrota en Venezuela para la dominación española" (13).

Se puede afirmar que, diversamente a lo que hicieron sus contrarios, "es de justicia reconocer el celo con que las autoridades militares españolas cumplieron todos los puntos establecidos en el armisticio. Si examinamos cada uno de los puntos del tratado de noviembre, encontramos que La Torre tenía sobrada razón en exigir que los patriotas abandonaran la plaza de Maracaibo, y sus reclamos, hechos en estilo mesurado, son muestra de su buena fe y de sus propósitos de cumplir lo acordado en Trujillo" (14).

Naturalmente, la diferente actitud observada por cada uno de los dos bandos, reflejaba sus situaciones respectivas. El Ejército realista atravesaba una grave crisis de desmoralización reflejada en el pase a los enemigos de los Batallones de la Reina, Clarines y Cumaná. El propio La Torre pidió el relevo, porque no veía forma de ganar aquella guerra sin refuerzos, que la península no estaba dispuesta a enviar. Bolívar, en cambio, se sentía cada día más fuerte.

Ante las reclamaciones de La Torre por lo sucedido en Maracaibo, el Libertador denunció el armisticio el 10 de marzo. A partir de entonces empezaba a correr el plazo de 40 días estipulado para la reanudación de las hostilidades.

El plan de los independentistas se basaba en un ataque general de todas sus fuerzas. En Oriente, Bermúdez se dirigía contra Caracas, distrayendo así las tropas de Morales en la región. La ofensiva principal estaría a cargo del propio Bolívar, que actuaría unido a Páez y a Urdaneta contra el grueso enemigo, situado en torno a San Carlos. Una agrupación al mando de Carrillo realizaría una operación de diversión en su favor.

La Torre, tenía pocas opciones ante el ataque concéntrico que previsiblemente se le vendría encima, habida cuenta del despliegue adversario. Seguramente la alternativa más razonable hubiera sido sacar partido de su única ventaja, la posibilidad de operar por líneas interiores, para batir por separado, con sus tropas reunidas, a las agrupaciones enemigas.

(11) Ibíd.
(12) O'Leary, Vol. II, pág. 85.
(13) Urdaneta, pág. 185.
(14) *Historia Militar de Colombia*, vol. III, pág. 121.

Pero la rapidez con que se movieron los independentistas redujo inmediatamente a sus enemigos a la defensiva.

El 28 de abril, Bermúdez se pone en marcha. El 8 de mayo, destroza parte del Batallón de Hostalrich, que pretendía cortarle el paso. El 12, bate a otra fuerza realista mandada por el coronel venezolano Hernández Monagas y formada por dos Compañías de Hostalrich y por las Milicias de Valencia. El 14 entra en Caracas y el 20 está en La Victoria.

Morales emprende inmediatamente una contraofensiva, con Burgos, II de Valencey, III del Rey y un Escuadrón de Húsares de Fernando VII. Bermúdez, a su vez, cede terreno, volviendo caras en las afueras de Caracas, donde será derrotado. El 26 de mayo, evacúa la capital. Los realistas marchan tras él, pero a las órdenes del brigadier Pereira, ya que Morales, con el Burgos, ha sido reclamado por La Torre para hacer frente a una amenaza más seria.

En efecto, de acuerdo con el plan de campaña, las otras Divisiones enemigas se han puesto en marcha. La de Urdaneta desde Maracaibo; la de Páez desde Achaguas. Entre los días 11 y 19 de junio, ambos se unen a Bolívar en San Carlos. En total, concentran allí unos 6.500 hombres. El 20 estas fuerzas están ya en movimiento. El 24 se encuentran a una legua de Carabobo.

En aquella sabana, La Torre estaba situado con sus tropas desde el 4 de julio. Fuera porque no se atreviera a tomar la iniciativa, fuera que se dejase convencer por una oferta de reanudar las negociaciones que Bolívar le hizo el día 7, lo cierto es que se mantuvo en la más estricta pasividad. Ello permitió a los independentistas realizar su concentración sin problemas, superando así la difícil operación previa a la misma, cuando eran vulnerables por encontrarse separados.

Poco antes de la batalla, el 22 de junio en concreto, el realista comete el grave error de desprenderse de una parte de sus fuerzas para enviarlas contra Carrillo. Manda con esta misión al Batallón de Barinas, al I de Navarra y a dos Escuadrones, cuando su enemigo contaba sólamente con el Batallón de Maracaibo y pocas tropas más.

El 24, los efectivos de cada Ejército eran los siguientes: La Torre tenía unos 5.100 hombres pertenecientes a los Batallones I de Valencey, Hostalrich, Burgos, Barbastro e Infante (15) y a los Regimientos de Caballería Lanceros del Rey, Húsares de Fernando VII y Guías, cuatro Escuadrones sueltos y dos piezas de Artillería.

Según Lecuna (16), estos hombres eran "mitad españoles y mitad venezolanos", cálculo que quizás exagere la cifra de los europeos. En teoría eran unidades peninsulares Valencey, Hostalrich, Burgos, Barbastro y Húsares, pero ya hemos tenido ocasión de mencionar frecuentemente la generalización del proceso de "americanización". En concreto, poco antes de la batalla, Burgos recibió 100 hombres de refuerzo, y Barbastro y Hostalrich, 200 cada uno. Todos ellos, desde luego, eran reclutas locales, lo que aumentó el porcentaje de americanos en las filas. Por otro lado, ya

(15) Según el propio La Torre, también estaba presente el Batallón americano del Príncipe, pero no indica en su parte ni el lugar donde desplegó ni su actuación.

(16) Lecuna, vol. III, pág. 48.

hemos comentado que Hostatlrich acababa de sufrir dos sangrientos reveses, que lógicamente tuvieron que reducir el número de europeos en sus filas.

Respecto a la calidad de estas tropas, como la inminente batalla demostraría, la Caballería "se encontraba desmoralizada" (17). En cuanto a los infantes, Bolívar "no consideraba la Infantería patriota superior a la española, y tal vez ni aún igual" (18).

Hay que anotar que, indudablemente, La Torre seguía la línea habitual en los jefes realistas de depositar especial confianza en los Cuerpos europeos. De hecho, tenía en Carabobo la mayor parte de ellos. Resulta significativo que cuando mandó llamar a Morales, le ordenó que Burgos le acompañara, mientras que dejó destacados frente a Bermúdez a unidades americanas como el II de Valencey y el III del Rey. Significativamente, quedó con ellas un Escuadrón, teóricamente peninsular, de Húsares. Lo mismo hizo cuando decidió mandar un destacamento a operar contra Carrillo. Incluyó en él a un Batallón y dos Escuadrones americanos, pero también a un Batallón oficialmente formado de europeos, reflejando la idea tradicional de dotar siempre a cada agrupación de al menos un núcleo de peninsulares.

En cuanto a Bolívar, tenía unos 6.400 hombres. A diferencia de los realistas, estaban organizados en Divisiones. La primera, de Páez, tenía el Batallón llamado por unos Legión Británica y por otros Cazadores Británicos, el de Bravos de Apure y hasta seis Regimientos de Caballería: de Honor, Húsares de Páez, de la Muerte, Lanceros de Honor, Cazadores Valientes y La Venganza. La Segunda, mandada por Cedeño, contaba con una Brigada de la Guardia: Batallones de Tiradores, Boyacá y Vargas, y con el Escuadrón Sagrado. La Tercera, de Plaza, reunía a la otra Brigada de la Guardia: Batallones Rifles, Granaderos, Vencedor en Boyacá y Anzoátegui, y al Primer Regimiento de Caballería de la Guardia, con un Escuadrón de Dragones y otro de Húsares.

En conjunto, los independentistas eran ligeramente superiores a sus enemigos, cuantitativamente, en Infantería, mientras que en Caballería casi les doblaban, si se tiene en cuenta que tanto los Húsares de Fernando VII como los lanceros del Rey tenían sendos Escuadrones destacados. En cambio, carecían de Artillería.

La batalla se dará el 24 de junio en la serie de colinas que existen entre la cordillera de Buenavista y la sabana de Carabobo (19). La Torre había escogido una excelente posición a caballo en la carretera San Carlos-Valencia, principal avenida de sus enemigos, donde había situado al I de Valencey, su más fuerte y más sólida unidad, con 900 plazas. Tras éste se hallaban Hostalrich y Barbastro, mientras que a la izquierda Infante cubría el camino de Pao, ante la eventualidad de que Bolívar se adentrara en él. El II de Burgos y la Caballería se hallaban en reserva, mientras que la Artillería estaba emplazada a la derecha de Valencey.

Bolívar se dió cuenta inmediatamente de la dificultad que entrañaba un ataque frontal por el eje de la carretera, donde los realistas lo esperaban. Por ello, decidió fijar a su rival por el frente



(17) Duarte Level, pág. 334.
(18) Urdaneta, pág. 180.
(19) En la descripción de la batalla hemos seguido preferentemente a Arturo Santana, *La Campaña de Carabobo*, Caracas 1921.

con la División de Plaza, mientras que las otras dos le desbordaban por la izquierda independentista. Teniendo en cuenta las características del terreno, es curioso que eligiera como vanguardia a las fuerzas de Paez que, aunque contaban con una poderosa Caballería de 1.500 hombres eran las más débiles en Infantería, al tener sólo dos Batallones.

La Torre detectó el movimiento de flanqueo del enemigo, dificultado y retardado por tantos obstáculos naturales que le obligó a utilizar a zapadores de forma masiva para que le abrieran paso.

Pudo, por tanto, dar órdenes a Burgos para que acudiera desde su posición en la reserva a hacer frente a aquella maniobra. Hostalrich e Infante recibieron instrucciones de acudir a la carrera al punto amenazado.

Los de Burgos llegaron a su lugar de despliegue justo en el momento en que la Primera División independentista empezaba a salir del difícil desfiladero por el que venía marchando. El Batallón que iba en cabeza, el Bravos de Apure, se encontró pues con un Cuerpo enemigo que le fusilaba impunemente, cuando todavía los de Páez no estaban en condiciones de responder al fuego. Con graves pérdidas, la unidad cede. Es sustituida por la Legión Británica, que queda a su vez expuesta a la fusilería realista. En unos minutos pierde tres jefes que se sucedieron en su mando. Gana, sin embargo, tiempo para que el Batallón desbandado se reorganice y, sobre todo, para que desemboque en la sabana la Segunda División, que marchaba en pos de la Primera. El Cuerpo de vanguardia, Tiradores, entra en combate. Al amparo de la línea de Infantería así establecida, la numerosa Caballería de la Primera División empieza a desplegar para envolver a los realistas. La Torre acude a sus propios jinetes para que disipen esta amenaza. Los Húsares de Fernando VII avanzan, pero son sólo dos Escuadrones frente a quince de los contrarios. Alarmados por su inferioridad numérica, no se atreven a llegar al cuerpo a cuerpo. Echan pie a tierra e intentan, infructuosamente, parar el alud de lanzas con sus carabinas. Son rápidamente derrotados.

Peor todavía será la conducta de los Lanceros del Rey. Sordos a las invectivas de su general, permanecen inmóviles, sin cumplir sus órdenes de cargar. Un amago de ataque por parte de un pequeño núcleo basta para ponerlos en fuga.

Una vez más en un campo de batalla americano, la Infantería realista queda sola. La combinación del fuego de los Batallones contrarios con la capacidad de choque de sus Escuadrones produce el resultado inevitable. Burgos y Hostalrich se dispersan, y el Infante es copado y tiene que deponer las armas. El primero para entonces había perdido más de la mitad de sus efectivos, y el segundo había llegado ya quebrantado al campo de batalla, tras sus desafortunados combates en torno a Caracas.

Deshecha la derecha realista, los independentistas profundizan en el campo enemigo. Sobre su marcha, envuelven a Barbastro, y posiblemente a Príncipe también, poniendo fin a su resistencia.

El I de Valencey, sólo en la extrema izquierda, con la División de Plaza al frente y las de Paez y Cedeño sobre su línea de retirada, parece condenado. Pero sin amilanarse y rodeado de contrarios, al igual que hizo Burgos en Maipú, forma disciplinadamente el cuadro. En el centro del mismo, como era reglamentario, se sitúa La Torre con su Estado Mayor.

Impasible, el Batallón empieza a replegarse lentamente, iniciando un espisodio que pasará a

los anales de las Guerras de Emancipación. De vez en cuando se detiene para hacer fuego por los cuatro lados para rechazar los continuos ataques de la mejor Caballería de América.

Bolívar intenta acabar con esa resistencia lanzando contra los realistas a lo más granado de sus Escuadrones: los de la Venganza, los del Honor, el Escuadrón Sagrado, el Regimiento de la Guardia. "Pero era tanta la disciplina de la Infantería española y tanta la habilidad con que la condujo el general realista que pudo recorrer en buen orden una distancia de seis leguas en país abierto, cortado de trecho en trecho por profundas quebradas y bosques, sin mayor pérdida, a pesar de las repetidas cargas de la caballería colombiana" (20). El propio Cedeño moriría en uno de los ataques.

Comprendiendo que solamente sus Escuadrones no serían capaces de aniquilar al Valencey, Bolívar ordena que parte de los Batallones de Granaderos y Rifles monten a la grupa de los jinetes para acudir al lugar de la acción, con la idea de que apoyaran con su fuego las cargas, pero ni aún así logra su objetivo.

Al día siguiente, perfectamente formado, aunque reducido a 400 hombres, el I de Valencey entra en Puerto Cabello.

Las bajas reconocidas por los realistas en la batalla se cifran en 2.908 hombres y un cañón, pero seguramente fueron aún mayores, ya que su Ejército, a todos los efectos, dejó de existir. Gran parte de la Infantería quedó aniquilada, y casi toda la Caballería se dispersó.

Bolívar calculó sus propias pérdidas en 200, lo que es totalmente inverosímil. Bravos de Apure quedó tan maltrecho que se desbandó; en la Legión Británica quedaron fuera de combate 17 oficiales y más de la mitad de los hombres; los Escuadrones sufrieron mucho en sus cargas contra Valencey; de los tres jefes de División, dos —Plaza y Cedeño— fueron baja; el Estado Mayor de la Primera perdió a 7 de sus 11 componentes. Necesariamente, los independentistas tuvieron que dejar en Carabobo a más de 200 hombres.

Fuera el que fuera el precio que Bolívar tuvo que pagar por su victoria, lo cierto es que obtuvo un triunfo decisivo, y merecido. Sorprendió a La Torre con su ataque contra la derecha realista, que su rival había considerado inaccesible, y su Caballería dio una vez más pruebas de su gran superioridad sobre la enemiga. La Infantería del Rey había mostrado, como en anteriores ocasiones, una solidez excepcional, pero con las armas de la época era incapaz de ganar por sí sola una batalla.

Un día antes de Carabobo, Bermúdez hizo otro intento para vencer a los de Pereira, pero fue de nuevo batido. Entre los realistas se distinguieron los hermanos Bolet, oficiales venezolanos de Milicias. Las noticias de la derrota de La Torre obligaron, sin embargo, a Pereira a evacuar Caracas, marchando sobre La Guaira. Allí quedó cercado por las tropas de Bolívar. El 3 de julio se rindió. El Libertador, admirado por el valor de su enemigo, accedió a transportarle, junto con su columna, a Puerto Cabello. Según Paez (21), de los 700 americanos presentes en las tropas

(20) O'Leary, vol. II, pág. 92.
(21) Paez, pág. 249.

de Pereira, sólo seis optaron por el servicio con los independentistas, marchando el resto a Puerto Cabello.

No se agotaron ahí los desastres de los realistas, porque el 1 de octubre Cartagena se entregó. Como sabemos, la plaza estaba asediada desde el año anterior. Su guarnición se cifraba en poco más de 1.000 hombres, pertenecientes en su mayoría al Batallón de León.

En el sitio jugó un papel esencial la escuadrilla naval independentista mandada por José Padilla. Era este un venezolano que había servido en la Marina española, participando en el combate de Trafalgar, donde se distinguió. En Cartagena tuvo ocasión de lucir de nuevo su valor, pero esta vez frente a sus antiguos compañeros de armas, a los que batió rotundamente el 24 de junio. Tras esa acción, los castillos de Bocachica quedaron aislados, sin posibilidad alguna de recibir apoyo. El 4 de julio, su guarnición de poco más de cien hombres se tuvo que entregar por falta de víveres. Fue embarcada para Cuba.

Pero "ni la pérdida de estos castillos, llave de la plaza y única puerta por donde pudiesen recibir socorros de gente y víveres de que tanto había menester, desalentó al bizarro brigadier Torres, ni le arredró tampoco el terrible y certero cañoneo de la Popa" (22). Prolongar indefinidamente la resistencia era, sin embargo, imposible. Sin alimentos y sin esperanza alguna de ayuda, la plaza se rindió. Los defensores, según los términos de la capitulación, fueron embarcados para La Habana. Hay que anotar que León estaba reducido entonces a 558 hombres, de los cuales nada más llegar a Cuba fueron licenciados 170, "por inútiles y cumplidos desde el año 1817". Habían estado, pues, en campaña cinco años más de lo estipulado.

El 16 de octubre Cumaná, aislada y cercada se entregaba. La guarnición estaba formada por restos de Barbastro, Cachirí y Granada. Esta última unidad, según algunas fuentes, había sido suprimida ya años antes. En todo caso, se tenía que tratar de poco más de un cuadro. Estas fuerzas fueron transportadas hasta Puerto Rico, donde con todas ellas se organizó un Batallón.

Por fin, el 28 de noviembre, los independentistas de Panamá, alentados por las noticias de Carabobo, por los rumores de la próxima llegada de una expedición enviada por Bolívar y por la salida de las tropas realistas —a la que nos referiremos más adelante— rompen sus lazos con España.

El Libertador se apresuró a enviar allí al Batallón del Alto Magdalena, luego relevado por el Girardot, y a levantar con reclutas locales el Batallón denominado Itsmo. En este último sentaron plaza sargentos peninsulares del Batallón de Cataluña que habían quedado en aquel territorio, así como "un magnífico tambor mayor" (23) de esa unidad.

El derrumbamiento del sistema español en la parte norte de Sudamérica había sido, pues, total.

Algunos autores han afirmado que la derrota de Carabobo no fue decisiva, ya que tras ella los realistas prolongaron su resistencia e incluso obtuvieron éxitos locales.

Parece difícil poder compartir este criterio, si comparamos el Ejército de La Torre a principios

◆

(22) O'Leary, vol. II, pág. 128.
(23) O'Connor, pág. 63.

de 1821 con las fuerzas que le quedaban al acabar el año. Analicemos lo que había sucedido con los Cuerpos peninsulares. Navarra se había refugiado en Puerto Cabello, donde también estaba lo que había quedado del I de Valencey tras Carabobo. El II de Burgos —recordemos que el I estaba en el Perú—, Hostalrich y Barbastro se habían extinguido, a todos los efectos, sobre ese campo de batalla. Los restos del Batallón citado en último lugar se habían entregado en Cumaná. León se había rendido en Cartagena. En cuanto a Fernando VII, había huido en dispersión de Carabobo.

Por lo que se refiere a las unidades americanas, ya hemos citado las que se pasaron al enemigo, las que fueron batidas el 24 de junio y las que participaron en la rendición de Cumaná.

Prácticamente, pues, no quedaban en pie fuerzas regulares. Existía, eso sí, un cierto apoyo popular a la causa realista: "como era tan grande el sentimiento realista de los corianos, apenas dejó Urdaneta el territorio de la provincia se levantaron numerosas facciones a favor de España... Estos sentimientos realistas no fueron exclusivos de los corianos; con más o menos intensidad los pueblos mostrábanse inclinados a España en los distritos de Mérida, Barquisimeto, Barinas, Santa Marta, Ocaña y otros puntos... El País recién liberado estaba lleno de partidarios del Rey, en términos de asombrar a los patriotas. Jefes, oficiales y soldados, especialmente jinetes de la Caballería de Morales, formaban grupos en los llanos de Calabozo y los valles de Aragua. La misma decisión en favor de la causa real se observaba al occidente de Caracas" (24).

Este ambiente era, en efecto, favorable para el surgimiento de guerrillas, muchas de las cuales degenerarían inevitablemente en simples grupos de bandidos. Pero sin el apoyo de Cuerpos Regulares, no podían aspirar a vencer al Ejército enemigo. Y como hemos dicho, tras Carabobo esos Cuerpos habían dejado de existir.

Se puede decir, pues, sin exagerar, que en aquella batalla los del Rey habían perdido Venezuela.

En el antiguo virreinato de Nueva Granada todavía subsistía el foco realista de Pasto que, a todos los efectos prácticos, dependía de Quito.

A principios de año los independentistas toman la iniciativa, cuando el 2 de enero Valdés se pone en campaña a la cabeza de una columna, con el objetivo de tomar Pasto antes de que entre en vigor en aquella región el armisticio de Miraflores. Lleva consigo a los Batallones Albión, Neiva, Cauca y Cundinamarca.

Su proyecto fracasa totalmente, pues el 2 de febrero Basilio García, al frente de Aragón y de Milicias pastusos de "ruana y sombrero", le bate en Genoy. El español se valió de la experiencia de sus hombres en la guerrilla para atraer a los contrarios a una posición previamente preparada, donde se estrellaron contra su único Batallón regular.

Descorazonado, Valdés se repliega al Salto de Mayo, donde entregará el mando al joven Sucre, enviado por Bolívar para hacerse cargo de las operaciones. El nuevo comandante independentista se había fogueado en anteriores campañas. Antes de la guerra había estudiado en una

◆

(24) Lecuna, vol. III, págs. 42 y 61.

Academia de Ingenieros, y era bisnieto, nieto, hijo y sobrino de oficiales del Ejército Real (25).

Pocos días más tarde se suspenden las hostilidades, en aplicación del armisticio. Los comisionados enviados al efecto llegaron el 10 de febrero a Pasto, donde se entrevistan con García, "pero la ciudadanía victoriosa nada quería saber de pactos ni de tratados. El pueblo gritaba sin cesar: Viva nuestro Rey Fernando Séptimo" (26).

Pero la victoria de Genoy y el apoyo popular de la región de Pasto sólo solucionaba parcialmente la situación de Quito, gravísima desde el levantamiento de Guayaquil. El problema era que "el Presidente de Ecuador... no disponía en Quito de fuerza alguna capaz de obrar sobre Guayaquil, porque hasta entonces no creía tener otros enemigos que le atacaran sino los que fuesen de Popayán sobre Pasto, en cuya defensa había fijado su atención particular" (27). En efecto, con lo sucedido en aquel puerto se había abierto para Aymerich un nuevo frente que atender, sin que las tropas realistas se hubiesen podido aumentar para contrarrestar esa amenaza adicional.

El 2 de abril, Sucre se embarca en Buenaventura para Guayaquil, con la esperanza que un ataque desde allí tuviera mayor fortuna que los intentos anteriores desde Popayán. Se lleva consigo a los Batallones Albión y Santander —formado este último por negros del valle del Cauca —y el Escuadrón de Guías. Llegados a su destino, se les unirán el Gameza y el I de Libertadores, de Guayaquil.

Acabado el armisticio, se pone en campaña. Dos sucesos le obligarán, sin embargo, a suspender sus movimientos. Uno de ellos fue la sublevación, a favor del Rey, el 17 de julio, de parte de las fuerzas navales existentes en Guayaquil. Por una de estas situaciones curiosas, frecuentes en las Guerras de Emancipación, el alzamiento fue dominado gracias en parte a la energía de dos peninsulares: Luzárraga, jefe de las fuerzas navales, y el condestable Reina.

Un día después, el venezolano Nicolás López, como ya hemos comentado antiguo compañero de Boves, protagoniza un hecho similar. Reúne el Batallón independentista que le había sido confiado, el I de Libertadores, y se pronuncia en Babahoyo por Fernando VII. Tras dejar a la elección de los oficiales el seguirle, marcha con la unidad a Riobamba, donde llega con un cuarto de los efectivos. Tan sorprendente como que, a esas alturas de la campaña, un Cuerpo se sublevara por el Rey, es lo que hiciera a las órdenes de un americano.

Mientras tanto, Aymerich, aunque retrasado por la estación de lluvias que ese año se prolongó más de lo normal, decide salir al paso de su enemigo. Su intención era actuar con dos columnas. Una, mandada personalmente por él, que parte desde Quito. la otra opera desde Cuenca, mandada por el coronel Francisco González. El núcleo de ésta es el Batallón Constitución, reclutado localmente. El plan era reunir ambas agrupaciones para que, juntas, batieran a Sucre.

Este, por su lado, se ha vuelto a poner en movimiento. No tarda en adivinar las intenciones de su rival, y opta por atacar por separado a las dos fuerzas. El 19 de agosto cae sobre González

◆

(25) Carlos Pereyra, *El general Sucre*, Madrid, sin fecha, pág. 13 y Apéndice A.

(26) *Historia Militar de Colombia*, vol. III, pág. 274.

(27) López. *Memorias*, pág. 75.

en Yaguachi. En una hora, el realista, que carece de Caballería, es derrotado, debido sobre todo a las cargas de los jinetes enemigos. Aunque él puede escaparse con unos 200 hombres, el resto de su destacamiento queda sobre el terreno. El Constitución entero fue hecho prisionero, pasando sus hombres al servicio de los independentistas, llevando a su cabeza al segundo jefe de la unidad, el teniente coronel Tamariz. Posteriormente los realistas lo reorganizaron "con esclavos del país".

Tras esta victoria, Sucre se dirige contra Aymerich. Este, consciente de su inferioridad numérica y para evitar un nuevo revés, se bate en retirada, perdiendo durante la misma gran cantidad de hombres y material. Hasta ese momento, el general Bolívar había llevado la campaña con suma habilidad, interponiéndose entre sus rivales, derrotando a una de sus columnas y obligando a la otra a replegarse.

El triunfo, quizás, le infundió excesiva confianza. EL 12 de septiembre, ambos Ejércitos vuelven a encontrarse en Guachi. Estimuladas por el recuerdo de Yaguachi y dirigidas por el impetuoso español Mires, sus tropas lanzaron "una acometida tan intrépida como desastrosa" (28) que se estrella contra los realistas. Los Batallones Santander y Libertadores de Guayaquil, arrojan las armas y huyen, mientras que Albión y los Dragones son diezmados.

Según un testigo independentista (29), los de Aymerich utilizaron en el combate un curioso expediente: "emplearon su Caballería no en cargarnos, sino en hacer un movimiento de flanco hasta el punto donde el viento batía con más violencia; corrían de un lado a otro levantando nubes de polvo cada vez más densas, de suerte que nuestros soldados, fatigados y con los ojos llenos de tierra, no distinguían un objeto a corta distancia; a la sombra de este inesperado auxiliar la Caballería enemiga se fue acercando y de repente cargó sobre nuestra Infantería", con el resultado ya descrito.

En la batalla, el Ejército de Sucre quedó "deshecho" (30). "En el Sur, fue tan funesta a los republicanos la arenosa llanura de Guachi como La Puerta en Venezuela" (31).

Sucre, acompañado por el puñado de hombres que permanecieron en filas, tuvo que replegarse sobre Guayaquil. Aymerich se encontraba en una posición perfecta para dar el golpe de gracia a su enemigo, que contaba entonces con unos pocos centenares de fusiles. Prefirió, no obstante, replegarse sobre Quito, dejando al coronel Tolrá al frente de sus avanzadas.

Una vez en Guayaquil, Sucre se entrega a la reorganización de sus maltrechas fuerzas, formando con ellas tres Batallones: Albión, Guayaquil y Yaguachi, y sendos Escuadrones de Lanceros y Dragones. Más tarde les añadirá el Batallón Payá.

Esta última unidad venía de operar a las órdenes del general Pedro León de Torres, junto a los Batallones Nevia, Cundinamarca y Cauca, en la disputada región entre Pasto y Popayán. En

◆

(28) Pereyra, pág. 130.
(29) López, pág. 85.
(30) Ibíd.
(31) Restrepo, vol. II, pág. 175.

se había producido, sin resultados concretos, una ofensiva de Basilio García seguida por un contraataque independentista.

Estimando insuficientes las tropas que había acumulado en Guayaquil, Sucre pidió a San Martín que desde Perú le enviara refuerzos. En concreto solicitó el famoso Batallón de Numancia, que técnicamente formaba parte del Ejército colombiano. No recibió ese Cuerpo, que al parecer todos los generales querían tener a su lado, pero se le mandó la División Santa Cruz, integrada por los Batallones Trujillo número 2 y Piura número 4, así como el Escuadrón de Dragones del Perú y uno de Granaderos a Caballo de los Andes. Estas fuerzas se hallaban muy cortas de efectivos, sumando alrededor de las 1.000 plazas.

En pocos meses, pues, la situación estaba cambiando a favor de los independentistas. Como para favorecerlos aún más, el 20 de noviembre Tolrá firma con Sucre un armisticio de 20 días en Babahoyo. Fue una equivocación más de los realistas: "darle tiempo a un enemigo como el general Sucre era aguardar su perdición" (32). En efecto, aquel acuerdo "salvó el honor de las armas colombianas y libró a la provincia de Guayaquil de la invasión que la amenazaba" (33). También "dio lugar a que el general Sucre, repuesto de la pérdida de Guachi y reorganizado, abriera a principios de año la gloriosa campaña que terminó en Pichincha" (34).

A fines de 1821 las perspectivas de los realistas se aclararon un tanto. En agosto había llegado a Panamá de la península el general Juan de la Cruz Mourgeron, con el nombramiento de virrey de Santa Fe y capitán general de Quito. Llevó consigo un cuadro de oficiales y un débil Batallón, el de Tiradores de Cádiz, primera y única unidad que desde 1818 se mandaba desde España.

Curiosamente, ni en los datos reunidos por la Comisión de Reemplazos ni en la relación de fuerzas expedicionarias de Clonard aparece este Cuerpo. Sabemos (35), sin embargo, que los Tiradores de Cádiz se crearon el 28 de mayo de 1808, durante la Guerra contra Napoleón, y que se dio su mando al entonces coronel Cruz Mourgeon. Tras participar en la campaña, fueron absorbidos el 2 de marzo de 1815 por el Regimiento de Lorena, formando su I Batallón. Poco después este último Cuerpo a su vez sería suprimido, perdiéndose así el rastro de los Tiradores en Cádiz. Ni Clonard ni la obra oficial Heráldica e Historiadores del Ejército recogen los hechos de armas de esta unidad en América, a pesar de que es incuestionable que sirvió allí.

Teniendo en cuenta que Santa Fe se hallaba, a todos los efectos, perdida para los realistas, y que Quito se encontraba en una situación precaria, Cruz decide trasladarse a esa capitanía general, haciéndose acompañar por los Tiradores y el Batallón de Cataluña, que estaba de guarnición en Panamá. Con ello facilitó la pérdida de este último punto, que se quedó indefenso. Pero su llegada a la capital quiteña supuso un importante refuerzo, en términos relativos. Nunca esa ciudad, durante todo el período español, había visto dos Batallones peninsulares juntos, por muy mermados que estuviesen. Aunque ambos en total sólo sumaban 800 hombres, su presencia, en una región que secularmente había estado huérfana de tropas europeas, fue recibida con transportes de alegría por los realistas.

◆

(32) López, pág. 90.
(33) O'Leary, vol. II, pág. 136.
(34) López, pág. 90.
(35) Clonard, vol. XI, pág. 36.

Desgraciadamente para sus partidarios, Cruz, hombre de "principios muy liberales" murió poco después de su llegada, a consecuencia de una caída que sufrió en su viaje.

En Perú, el año de 1821 empezó bajo un signo preocupante, cuando se descubre una conspiración en la que estaba comprometido el coronel Gamarra, jefe del II del Primer Regimiento, y tres de sus oficiales. Sorprendentemente, la única medida que se tomó contra ellos fue enviarles a nuevos destinos. Gamarra, en concreto, recibió el mando del Batallón de Fernando VII, acantonado en Santa Cruz de la Sierra. Agradecido por tan generoso trato, se comprometió a encontrar 700 reclutas para aumentar la unidad. En vez de hacerlo, desertó a la primera ocasión, igual que sus compañeros. Por aquellas fechas fueron arrestados otros cuatro oficiales, esta vez del Batallón de Castro, también acusados de planear pasarse al enemigo.

Mientras en el Ejército realista se propagaban tan amenazadores síntomas de desmoralización, San Martín avanza el 5 de enero desde Huaura hasta Retes, habiéndosele ya reunido Arenales, de vuelta de su afortunada expedición.

El movimiento fue un error, ya que se exponía a un ataque de sus enemigos concentrados en Aznapuquio. Por un momento, pareció que el virrey iba a aprovechar la oportunidad, y a tal efecto dictó instrucciones para hacer salir a las tropas al encuentro de los independentistas. Sin embargo, el 27 de enero dio una contraorden, mandando a las unidades que regresasen a sus bases.

Aquello colmó la paciencia de muchos de sus subalternos, que desde el año anterior veían con mal disimulada impaciencia como Pezuela permanecía a la expectativa frente a San Martín, a pesar de disponer de un Ejército más numeroso, con mejor disciplina y superior en Caballería. El día 29 una serie de jefes, entre ellos Canterac, Valdés, Valleumbroso, Bedoya, Ferraz y García Camba piden al virrey que renuncie a su cargo, entregándolo a La Serna (36).

Aunque parece que ciertamente Pezuela había dado muestras de una timidez injustificada, no cabe duda de que el procedimiento escogido para su relevo era absolutamente irregular. Obedecía, además, no sólo a razones militares, sino también políticas. Las simpatías liberales de los que le depusieron eran tan conocidas como la repugnancia con que el propio virrey había asistido al fin de la primera etapa absolutista en España. En cualquier caso, era un ejemplo más de la degradación de la disciplina entre los propios mandos europeos y de su progresiva politización. No pasarían muchos meses sin que nuevas manifestaciones de ese mismo fenómeno en el Perú produjeran nefastas consecuencias para la causa de Fernando VII. Impotente, Pezuela se tuvo que plegar a las exigencias de sus subordinados.

Por otro lado, el relevo no produjo el cambio de estrategia que había sido la razón, o el pretexto, del mismo. Al hacerse cargo del mando, La Serna había heredado el siguiente despliegue: en el Ejército de Lima, los Batallones Victoria, Castro, II del Primer Regimiento y Granaderos, y los Escuadrones de Granaderos de la Guardia, Lanceros del Rey, Húsares de Fernando VII y Dragones de la Unión. En el Alto Perú, las unidades de vanguardia, los Batallones Gerona, Centro,

◆

(36) En el S.H.M., Ultramar se encuentra documentación sobre este asunto en el legajo 5, carpetas C y D.

Partidarios y Cazadores (37) y el de Milicias de Chichas, así como los Escuadrones de Dragones Americanos y de Cazadores a Caballo. En la reserva, los dos Batallones del Imperial Alejandro, y sendos Escuadrones de Húsares de Fernando VII, de San Carlos y de Arequipa.

Conservaba pues, la misma superioridad de fuerzas que tenía su antecesor en el cargo, pero, al igual que este, no las concentró para atacar con ellas a San Martín, y ello a pesar de que la anarquía reinante en Buenos Aries autorizaba a retirar sin peligro unidades del Alto Perú. La Serna dispuso en cambio nombrar a Canterac, general en jefe del Ejército de Lima, y a Valdés, jefe de su Estado Mayor. No se puede dejar de recordar que las firmas de ambos encabezaban el documento por el que se pidió a Pezuela la renuncia.

Por lo que respecta a San Martín, tras deshacer su imprudente movimiento sobre Retes, volvió a su estrategia de lanzar operaciones sobre el territorio ocupado por los realistas. Una de ellas salió por mar de Huacho e 13 de marzo. Estaba mandada por Miller, y la formaban unos 600 hombres. Tras desembarcar en Pisco, realizó una breve incursión, que terminó el 22 de abril.

Al tiempo que se realizaba esta correría sin gran importancia, transcurrían acontecimientos políticos de mayor trascendencia. A fines de marzo llegó al cuartel general de San Martín, Manuel Abreu, capitán de fragata comisionado por las autoridades de la península para intentar negociar un acuerdo. Desde allí, se dirigió a Lima. Fruto de esos contactos previos fue un acuerdo de principio para entablar conversaciones. Estas se celebraron en la quinta de Punchauca y duraron 20 días. A su término, se había acordado un armisticio de 20 días, luego prorrogado por otros 12.

Dentro del espíritu conciliador que parecía existir, La Serna y San Martín celebraron una conferencia. Este último hizo allí una interesante propuesta. Se nombraría una corregencia que gobernaría independientemente Perú, presidida por el propio virrey, con un representante de ambos bandos. Dicho órgano se mantendría en funciones hasta la llegada, como Rey, de un príncipe de la Familia Real española. El propio San Martín se ofrecía para ir a la península a buscarlo.

Se trataba, en resumen, de una postura similar a la adoptada por Iturbe en México: "era hacer triunfar la revolución con el concurso de los mismos españoles" (38).

La respuesta de La Serna no dejó de ser razonable. Se negaba a entrar en el tema de la independencia, ya que no estaba facultado para discutirlo. En cambio sobre corregencia sugería que ambos Ejércitos suspendiesen las hostilidades, marcando entre ellos una línea de demarcación que fijaría la parte de territorio peruano que cada uno gobernaría hasta que se llegase a una solución definitiva. El, por su parte, se ofrecía a acompañar a San Martín en su viaje a España.

La contrarrespuesta no fue aceptada. En el fondo, quizás las dos partes habían ido más allá de sus verdaderas posibilidades: "San Martín sabía bien que la España, en su arrogancia, nunca admitiría la independencia... (y) y los jefes españoles, por su parte, reatados más que por sus instruc-

◆

(37) No se habían llevado a cabo los proyectos de Pezuela para refundir estas unidades, a los que hemos hecho mención en el capítulo X. Por otro lado, a fines de 1820 se habían detectado en Cazadores y Partidarios sendos proyectos de motín.

(38) *Historia de San Martín*, vol. II, pág. 331.

ciones, por el deber y por el honor, no estaban dispuestos a seguir el ejemplo de O'Donoju" (39). En cuanto al mismo San Martín, su oferta basada en una solución monárquica le acabaría llevando "a un camino sin salida" (40). Los dados estaban echados hacía mucho tiempo.

Lo demostraría inmediatamente Miller, que tras reembarcar una vez terminada su expedición a Pisco, pone proa a Arica, donde desembarca el 6 de mayo, apoderándose del puerto. Ramírez movilizará contra él a distintas unidades, entre ellas el Batallón del Centro y Milicias. El inglés, operando con habilidad, bate a todos los destacamentos enemigos. El armisticio de Punchauca suspende momentáneamente las operaciones. Cuando éstas se reanudan, Ramírez logra reunir una agrupación considerable. Ante esta amenaza, y el elevado número de enfermos que existía en sus tropas, a fines de julio Miller vuelve a hacerse a la vela.

Mientras se negociaba el armisticio, se preparaba una segunda expedición independentista. Su mando se confió a Alvarez Arenales. Constaba de los Batallones números 1 y 7 de los Andes, así como de los Granaderos a Caballo. En conjunto eran unos 2.500 hombres, con 4 piezas. El 9 de mayo empiezan la marcha. Su misión era auxiliar a los núcleos guerrilleros que existían en la sierra. Contra ellos habían venido actuando Valdés y Ricafort, que en Ataura y Canta obtuvieron sendas victorias, si bien en esta última Ricafort había resultado gravemente herido.

En los combates participaron los Batallones I del Imperial Alejandro y Castro, así como los Escuadrones de Granaderos de la Guardia y de Arequipa. La campaña, verdadera lucha contraguerrilla, fue muy dura. Seguramente, "estos jefes realistas, que habían presenciado el alzamiento de España ante la invasión napoleónica y fueron testigos de la resistencia que el pueblo opuso a los franceses, debieron reflexionar que a los habitantes de nuestras serranías les asistía el mismo derecho que a los peninsulares al levantarse en armas contra los invasores de su nativo suelo. Los unos y los otros luchaban por la libertad de su patria" (41).

La entrada en campaña de Alvarez Arenales obligó a destacar contra él a otra columna, mandada por Carratalá. No obstante, carecía de la fuerza suficiente como para batir a su rival. Este, por consiguiente pudo moverse con toda libertad, llegando a entrar en Jauja a fines de mayo y derrotando a los destacamentos, casi todos de Milicias, que le salían al paso. El realista, mientras tanto, se vio obligado a maniobrar para escapar de la destrucción, lo que hizo con notable fortuna, mientras le llegaban refuerzos.

Durante ese tiempo, el grueso de ambos Ejércitos había permanecido en observación el uno del otro, los dos arrasados por la peste que se había desencadenado en sus campamentos.

La situación de las tropas de La Serna, empero, era mucho peor que la de sus rivales. Sometidas a un estrecho bloqueo naval y con los suministros que les llegaban del interior continuamente interceptados por las guerrillas, en los acuartelamientos realistas el hambre se había venido a sumar a las enfermedades.

Por fin, el Virrey tuvo que dar la orden de abandonar Lima para adentrarse en la sierra. Resul-

◆

(39) Ibíd., vol. II, pág. 327.
(40) Ibíd., vol. II, pág. 331.
(41) Vargas Ugarte, vol. V, pág. 231.

ta paradójico que un hombre que había relevado a Pezuela ante la escasa agresividad de éste fuera el que tuviera que dirigir la retirada más larga de las realizadas por los realistas en el Perú. Habría que añadir que desde que tomó el mando no hizo ningún movimiento agresivo contra San Martín, quizás porque su atención estaba permanentemente ocupada por las ágiles operaciones de distracción que este organizó.

Dado que se desaprovecharon los meses de enero a junio, la decisión de evacuar la capital se hizo "tan precisa como imprescindible" (42). Con la forzada inacción y el hacinamiento de las tropas, el "Ejército de Lima era ya casi un cuadro hospitalario" (43).

La operación que se tenía que llevar a cabo era una de las más delicadas que existen: retirarse en presencia de un Ejército enemigo. Se hacía aún más complicada por la multitud de convalecientes que acompañarían a las tropas y por la hostilidad de los habitantes de las regiones que habían de atravesar.

La Serna, por ello, tuvo que planear cuidadosamente sus movimientos. En primer lugar, envió por delante una División al mando de Canterac. Con el objeto de dar la sensación de que ésta se alejaba sólo momentáneamente de Lima, para batir a la columna de Arenales, dio órdenes de que dejara allí todos sus bagages. El 6 de junio se movieron el resto de las tropas dirigidas por el propio Virrey. En El Callao quedaba el americano La Mar, "segundo cabo del Perú" al frente de una guarnición de 2.000 hombres. En la capital, 1.000 soldados demasiado enfermos como para poder seguir la marcha.

Canterac se dirigió por el camino real de Huancavélica. Adentrándose en la sierra, avanzó contra Arenales. La Serna, como era frecuente en la época, escogió otro itinerario, por Yauyoa, dando por supuesto que el seguido por aquella División había quedado desprovisto de bastimentos. El paso de los Andes fue especialmente penoso para los centenares de convalecientes, muchos de los cuales quedaron en el camino. Al fin, el 4 de agosto, las dos agrupaciones se reunieron en el valle de Jauja. Para entonces habían sido tantas las bajas, que entre ambas apenas llegaban a los 4.000 hombres, incluidos los enfermos.

Afortunadamente para los realistas, durante toda la retirada no fueron molestados en absoluto por sus contrarios. En esta ocasión, San Martín cometió un error imperdonable. Con frecuencia se le ha reprochado la pasividad que, en general, observó durante toda la campaña del Perú. La crítica posiblemente es injusta, ya que durante la primera fase de la misma se encontraba en franca inferioridad numérica.

Pero una vez que el virrey emprendió su retirada, todo cambió. Es cierto que el propio Ejército independentista sufría los efectos de las enfermedades, pero San Martín tenía medios para, al menos, picar la retaguardia de un enemigo en repliegue. Máximo si se tiene en cuenta que podía contar con la colaboración de las tropas de Alvarez Arenales, idealmente situadas para caer sobre los realistas. Este general, incluso, pidió repetidas veces instrucciones para coordinar una acción

(42) S.H.M., Ultramar, legajo 5 C-5. Memoria de Mariano Ricafort, 21 de noviembre de 1821.
(43) Ibíd.

ofensiva entre su División y el grueso del Ejército, pero sin resultado. Al final, se vio obligado a evacuar sus posiciones y marchar a Lima.

San Martín entró en esta ciudad el 12 de julio, dedicando la primera parte de su estancia a tomar medidas de carácter político. El 4 de agosto ordenó la iniciación del bombardeo contra las fortalezas de El Callao.

El 10 de septiembre, cuando la plaza todavía continuaba resistiendo, se divisó desde los muros una columna realista que avanzaba en su socorro.

Se trataba de la División Canterac. Formada por 2.500 infantes y 900 jinetes de los Batallones Imperial Alejandro, II del Primer Regimiento e Infante Don Carlos y de Escuadrones de Granaderos de la Guardia, Arequipa, Dragones de la Unión y del Perú, se había desprendido del resto del Ejército el 25 de agosto. Su misión era dirigirse en demanda de El Callao. Llegada a su destino, debía obrar según las circunstancias.

Si San Martín salía a su encuentro, tenía que entablar combate, con la esperanza de derrotarlo. A este fin, se había organizado la columna con tropas selectas, y se le había dotado de una numerosa Caballería, Arma en la que los enemigos eran más débiles. Si los independentistas se retiraban ante ella, estaba previsto que abasteciera de víveres a los castillos, poniéndolos en situación de hacer una larga resistencia. En cualquier caso, tenía que recoger los miles de fusiles sobrantes existentes en los almacenes de El Callao. Tras su retirada de Lima el Ejército se había quedado en cuadro, y estaba procediendo a un reclutamiento intensivo. Como en el pasado, a los realistas les resultaba más difícil conseguir armas que hombres.

La marcha de la División fue brutal, por las dificultades del terreno que hubo de vencer. El descenso de la quebrada de San Mateo, que los soldados gráficamente bautizaron como de "Arrastraculos" (44) fue especialmente duro. Por la falta de agua, altos mandos como Valdés, jefe del Estado Mayor, tuvieron que recurrir a beber sus propios orines. Hubo un momento en que los soldados estaban tan agotados que ni a cambio de un ascenso querían moverse para buscar un manantial. Tuvieron la suerte, de nuevo, de no ser hostilizados por el adversario durante la marcha.

San Martín se mantuvo a la expectativa, incluso cuando Canterac llegó a la llanura, permitiéndole entrar en El Callao sin estorbarle.

Pero una vez en su destino, se planteó al realista el problema de cuál debía ser su próximo movimiento. Entablar combate con el enemigo parecía descartado, ya que éste lo rehuía. Otra posibilidad que se barajó fue volar las fortificaciones de la plaza y retirarse con su guarnición. Hubo que abandonarla también, ante la carga que hubiera supuesto replegarse con los centenares de civiles que se habían refugiado en ella. La única alternativa parecía ser proveer de víveres a los defensores, y que la columna regresara a Jauja, llevándose los fusiles que tanto se necesitaban. Parece que finalmente, incluso se tuvo que renunciar a transportarlos, porque embarazarían la marcha de las tropas. Desde luego, se dejó en la plaza, por este motivo, parte de la Artillería que Canterac había traído consigo. Lo que sí hizo este general fue entregar a La Mar 80.000 pesos para que contratara con los barcos neutrales surtos en el puerto el aprovisionamiento de víveres.

(44) García Camba, vol. II, pág. 548.

El 16 de septiembre la División, vestida de gala, inicia el camino de regreso. Ha incorporado a las mejores tropas que guarnecían El Callao, pertenecientes al Batallón de Burgos. Cuando los hombres se enteraron de que volvían a la sierra sin buscar combate, cundió la desmoralización entre ellos, lo que se tradujo en deserciones masivas. Sin duda, fueron favorecidas por la circunstancia de que muchos de los Cuerpos, que habían permanecido largo tiempo en Lima y sus alrededores, contaban con una elevada proporción de soldados costeños, a los que repugnaba abandonar esa región.

La vuelta a Jauja se realizó también sin ser molestados por el enemigo, excepción de una breve acción el 23 de septiembre, donde los realistas batieron sin dificultades a un destacamento independentista. A partir del 28 las unidades empezaron a llegar a sus acantonamientos. Habían quedado, sin embargo, diezmados por la deserción y por unos movimientos que habían implicado atravesar tres veces los Andes en otros tantos meses: "el cuadro que presentaba la División Canterac en su regreso a la sierra era horrible" (45). Ciertamente, había perdido casi la mitad de sus infantes.

El día 21 de septiembre, El Callao se rindió. Desde agosto, la guarnición sufría el azote de la peste, perdiendo diariamente entre doce y quince hombres. "Desde el 2 de julio hasta el 21 de septiembre, murieron en el Real Felipe 520 hombres" (46). La Mar no perdió tiempo en incorporarse al bando independentista.

En resumidas cuentas, se puede decir que el movimiento de Canterac, aunque fue realizado con una habilidad evidente, había sido un ejercicio en inutilidad. No alivió en nada la situación de la plaza a la que, en teoría, debía auxiliar; costó un número elevado de tropas y expuso a la columna a la destrucción. En efecto, nada permite suponer que habría triunfado, caso de ser atacada en fuerza cuando estaba debilitada tras el paso por San Mateo.

Durante lo que quedaba de año, ambos bandos se dedicaron a reforzarse. Desde su nuevo Cuartel General, instalado en Cuzco, La Serna se consagró a lo que equivalía a rehacer todo el Ejército, utilizando los abundantes recursos del vale de Jauja y procediendo a reclutamientos intensivos en las provincias del interior.

San Martín, mientras tanto, sentaba las bases del Ejército independentista peruano. A su llegada a Lima había disuelto el Regimiento de la Concordia, sustituyéndolo por una Guardia Cívica. Sobre ésta crearía la Legión Peruana, constituida por un Regimiento de Infantería a dos Batallones de ocho Compañías, un Regimiento de Húsares y una Compañía de Artillería. Curiosamente, los instructores de estos Cuerpos fueron escogidos entre desertores del campo realista.

Entre tantos sinsabores, La Serna tuvo un único consuelo, en el último trimestre de 1821. Preocupado por el avance de Canterac, San Martín, ya por entonces investido del título de Protector del Perú, decidió embarcar en las naves de Cochrane los fondos del Ejército. El almirante prefirió adueñarse de ellos, para pagar a la marinería, descontenta por el retraso con que percibía sus haberes. Las protestas del argentino produjeron el previsible estallido de la tensión que existía entre ambos hombres desde hacía tiempo. Siguiendo instrucciones de su almirante, la flota entera dejó las aguas peruanas, privando así a los independentistas de un instrumento que tan útil les

◆

(45) Ibíd., vol. II, pág. 565.
(46) Vargas Ugarte, vol. V, pág. 288.

había sido. La falta de una escuadra realista impidió que el virrey pudiera aprovechar las ventajas que la pintoresca deserción le ofrecía.

En Chile, el año presenció la lenta agonía de los realistas. Benavides, que había repasado el Bio-bio tras sus últimos reveses, levanta un nuevo "Ejército", formado por tres Cuerpos: el de Dragones, reorganizado; el de Húsares de la Muerte, nutrido con los restos del Regimiento de Infantería Montada, y el Escuadrón de Guías, "la mayor parte de cuyos miembros tenían tratamiento de Don". Cuenta además con una mínima Infantería, en la que forma lo poco que de Cantabria quedaba por entonces. En conjunto, eran fuerzas de ínfima calidad, "reclutas enganchados bajo la presión de la muerte" (47).

El 20 de septiembre da comienzo su última y desesperada aventura, pasando de nuevo el río. El 10 de octubre en la "mal llamada batalla de las Vegas de Saldía" (48) aquella chusma se dispersa casi sin pegar un tiro ante las fuerzas del coronel Prieto. Estas se hallaban formadas por el Batallón número 3; dos Escuadrones de Cazadores de la Escolta Directorial; otro de Dragones de la República y uno de Húsares de Marte, formado sobre los restos de los Granaderos a Caballo. Había además sendos regimientos de Milicias, de Talca y de Chillán. Los dos bandos contaban con grupos de indios.

Benavides, sin Ejército, vagará errante hasta el 2 de febrero de 1822, cuando, traicionado por sus seguidores, es hecho prisionero. El 23 será ahorcado.

Pico mantendrá la lucha, más como bandido que como oficial realista hasta el 29 de octubre, cuando muere apuñalado. Su cabeza será paseada en triunfo, justa imagen de aquella guerra atroz.

En resumen, en 1821 la causa del Rey entra ya en crisis definitiva. Todas las negociaciones habían fracasado, el flujo de refuerzos continuaba interrumpido, con la casi patética excepción del puñado de Tiradores de Cádiz. Los realistas no podían esperar nada de la península.

Era igualmente evidente que por sus propios medios no ganarían la guerra, y podían albergar serias dudas sobre su capacidad para prolongarla mucho más.

Con cada mes que pasaba aumentaban las deserciones de los soldados y las defecciones de los civiles. México y Venezuela se habían perdido, se había evacuado Lima, Quito estaba amenazada por tropas de la Gran Colombia, de Guayaquil y del Perú. El Callao y Cartagena, dos de las mayores fortalezas de la época estaban en manos de los independentistas.

Los del Rey, acorralados en Chiloé y en San Juan de Ulúa, en Pasto y en Quito, enriscados en los Andes, se disponían a dar sus últimas batallas.

◆

(47) *La Guerra a Muerte*, pág. 531.
(48) Ibíd., pág. 552.

CAPITULO XIV

"El Gobierno español en Pasto y Quito no tiene ni pertrechos ni armas, ni casi tropas, a la excepción de 300 españoles que habrá en el país".
(Bolívar, 23 de mayo de 1823)

1822. Pichincha

En Nueva España, en ese año de 1822, lo que debía haber sido una pacífica repatriación de las tropas europeas, como estaba prevista en el Tratado de Córdoba, se complicó inesperadamente.

Ello se debió, sobre todo (1), a la intentona contrarrevolucionaria de Dávila en Veracruz, a la que nos hemos referido en el Capítulo anterior. Iturbide, temiendo que el ejemplo cundiese entre los Cuerpos que esperaban para embarcarse de regreso a España, decidió desarmarlos. Lo que parece evidente es que los mexicanos tomaron esta medida preocupados por una posible sublevación, y no por ninguna animosidad hacia los europeos. De hecho, hemos visto que los que así lo desearon, se quedaron en el país, e incluso recibieron ascensos. Por otra parte, era tal el deseo de Iturbide de evitarse problemas con las fuerzas peninsulares que ordenó que el agotado Tesoro mexicano les concediera trato preferencial a la hora de pagarles los sueldos. Esta medida le valió, además, problemas con sus propios compatriotas que veían con malos ojos su interés por el bienestar de aquellas fuerzas.

La decisión de desarmar a las unidades se combinó con el deseo de alguno de sus jefes en unirse a Dávila, resultando un alzamiento, aunque de alcance limitado. Los Cuerpos con los que se quiso dar el golpe eran Ordenes Militares, Castilla, Zamora y cuatro Compañías de Zaragoza. Sin embargo, a la hora de la verdad, sólo el primero y las últimas participaron en él. Hay que mencionar que los comandantes de las unidades sublevadas no se sumaron al movimiento.

Iturbide movilizó contra ellas a las fuerzas que había reunido para proceder al desarme y que estaban dirigidas por los americanos Bustamante y Unda y por los españoles Echavarri y Santiago Moreno.

La intentona, llevada a cabo sin medios suficientes, fracasó como era previsible. Ordenes Militares fue copado en Juchi por un enemigo superior en número y obligado a rendirse. "Varios ofi-

◆
(1) Hemos seguido a Harold Sims, *La reconquista de México*, México D. F., 1984.

ciales y aproximadamente un tercio de los soldados que defendieron al Gobierno (mexicano) en Juchi eran españoles'' (2). Poco después, también Zaragoza tuvo que entregarse.

Órdenes Militares fue enviado bajo escolta a México para ser juzgado. Un general español, Luaces, se mostró partidario de que se le aplicara todo el peso de la ley. Afortunadamente, un militar americano, de Mier, mantuvo, con razón, que el Regimiento había evacuado en 1821 la capital sin que mediara ni capitulación ni juramento de fidelidad. No podía, pues, ser reo de traición contra las autoridades mexicanas. El argumento fue aceptado, y Ordenes pudo unirse a sus compatriotas para la repatriación, que se completó sin más problemas.

Unos datos sobre los efectivos de algunas unidades peninsulares al término de la guerra pueden ser significativos. Los dos Batallones de Ordenes sumaban 560 hombres; Murcia, 223; Castilla, Infante y Zamora tenían unas 200 plazas de promedio. En otras palabras, los Cuerpos habían quedado reducidos a menos de la mitad. Se ha dicho que de los diez mil hombres que llegaron de España, en 1822 quedaban unos cuatro o cinco mil. Es muy posible que la cifra real fuera aún más baja.

Tras esta evacuación masiva, sólo quedó una mínima presencia militar europea en San Juan de Ulúa, bajo la forma de piquetes de distintos Cuerpos y de parte del II de Cataluña enviado desde Cuba para sostener este último bastión.

En la noche del 27 al 28 de octubre se produce un choque entre sitiados y sitiadores. En él, destaca entre estos últimos un ex-oficial realista, Antonio López de Santa Anna, que obtiene un inmediato ascenso al grado de brigadier.

Tras este combate, las dos partes se preparan para un largo asedio, en realidad más parecido a un bloqueo. Habida cuenta del carácter insalubre de San Juan de Ulúa, las autoridades de La Habana deciden dejar allí una guarnición de 400 hombres, que debía ser relevada cada seis meses.

Mientras en México se consumaba la liquidación de la presencia española, Bolívar se preparaba para continuar en Quito los éxitos que había obtenido contra los realistas en Nueva Granada y en Venezuela.

Para preparar su próxima campaña se traslada a Bogotá. Continúa, sin embargo, dictando desde allí disposiciones relativas a la Gran Colombia. Algunas, de carácter militar, son de especial interés a los efectos de este libro. Así, ordenó que las tropas reclutadas en una provincia, desempeñasen tareas de guarnición en otra diferente, para disminuir las posibilidades de que desertaran. También, mandó alistar indios en gran número, entre otros motivos, porque "ha padecido en la guerra esta raza menos que las demás" (3). Vale la pena subrayar este razonamiento, que se inscribe en la permanente preocupación de Bolívar por mantener el equilibrio étnico de Venezuela. En efecto, en la primera fase de la guerra vió que la población blanca disminuía alarmantemente, ya que en ella recayó el peso de los combates. Para intentar paliar este problema, empezó a reclutar esclavos negros. Finalmente, recurrió a los indios. Naturalmente, no se puede hablar de tres etapas rígidamente diferenciadas, porque el reclutamiento de individuos de una raza u otra venía determi-

(2) Ibíd., pág. 23.
(3) Lecuna, Vol. III, pág. 83.

nado por las características de la población de cada región. Así, por ejemplo, tan pronto como se hizo con Guayana, alistó indios de las misiones. Es indudable, sin embargo, que el Libertador era muy sensible a los efectos de la guerra sobre la estructura racial de Venezuela.

Para sus operaciones en 1822, la idea inicial de Bolívar fue trasladarse con su Ejército a Perú, por estimar que allí estaba el corazón de la resistencia realista. Luego cambió de opinión, inclinándose por dirigirse contra Quito.

Esta opción, a su vez, presentaba dos alternativas. Trasladarse por mar a Guayaquil para actuar desde ese puerto, o avanzar por tierra de Norte a Sur. La primera parecía la más fácil, y la más rápida. Tuvo que desecharla, no obstante, porque en las ocasiones en que pensó llevarla a cabo surcaban aquellas aguas, primero, el convoy que transportaba a Cruz Mourgeron con sus tropas desde Panamá; después, las fragatas La Prueba y La Venganza, en un deambular que tan vergonzoso fin tendría.

Optó, por consiguiente, y no sin grandes reservas, por la ruta terrestre. Por ella, tendría que vencer dos grandes obstáculos antes de llegar a Quito: las dificultades del terreno, y la resistencia de Basilio García en Pasto.

Por distintos problemas, incluidos los suscitados por la falta de colaboración de las autoridades que había dejado tras de sí, pudo reunir sólo unos 2.800 hombres, bastantes menos de los 4.000 que consideraba necesarios para llevar la campaña a buen fin.

Estaban organizados en los Batallones Vargas, Rifles, Bogotá (antiguo Cundinamarca) y Vencedor en Boyacá; dos Escuadrones de Guías, uno de Húsares y otro de Lanceros. Estas fuerzas se agrupaban en dos Divisiones, la Primera o de Vanguardia manda por Torres y la Segunda, de Manuel Valdés.

La moral de las tropas ante la larga marcha que tenían por delante no era la mejor: "miraban con horror la campaña", que discurriría en una región que "tiene la maldición de poseer uno de los climas más mortíferos del mundo". Además, dada la actitud de al menos parte de la población, se sabía que, "el ejército no podía contar con más terreno que aquel en que acampaba" (4).

El itinerario seguido fue Bogotá-Neiva-Cali-Popayán. Bolívar salió de la primera ciudad el 13 de diciembre de 1821 y llegó a la última el 26 de enero del año siguiente. El 8 de marzo, una vez reunidas y relativamente refrescadas sus tropas, empieza su movimiento ofensivo sobre Pasto.

La marcha había sido tan agotadora como él mismo se temía, lo que produjo elevadas cifras de enfermos y de desertores entre los hombres. Las bajas se cubrieron, como era inevitable, como se pudo: "los reclutas que se allegaron para reemplazarlos eran por lo general seres miserables, arrebatados del seno de sus familias, sin apego alguno a las banderas que juraban, ni interés por la causa que debían defender, y no debe sorprender que abandonaran esas banderas a la primera ocasión" (5). Estas observaciones hechas por un mando independentista, hubieran resultado muy familiares a cualquiera de sus enemigos. El tema de los militares de americanos arrastrados

◆

(4) O'Leary, Vol. II, pág. 142.
(5) Ibíd., Vol. II, pág. 141.

a servir en uno de los dos bandos —e incluso a veces en ambos— merecería un estudio en profundidad.

Tan pronto como los de Bolívar empezaron a adentrarse en territorio realista, se encontraron bajo la acción de las partidas contrarias, que acosaban incesantemente a las columnas. El 24 fuerzan el paso del Juanumbú, no sin dificultades. El Libertador maniobra para buscar el flanco de Basilio García, pero éste, bien servido por sus guías locales, evoluciona para no darle esa ventaja.

Envuelto siempre por las guerrillas de pastusos, el venezolano intenta encontrar un vado no defendido para franquear el Guáitara.

El fracaso de sus esfuerzos le lleva a procurar abrirse paso por las armas. Para entonces, sus tropas estaban reducidas a unos 2.200 hombres por los destacamentos, las bajas en combate, la deserción y las enfermedades.

Basilio García le espera con alrededor de 1.600 combatientes, con dos pequeños cañones de montaña. El núcleo lo forman ocho Compañías de tres unidades peninsulares. Aragón, el Batallón que venía defendiendo esa región desde Boyacá; Cataluña y Cádiz, llegados de Panamá y cuyo grueso se hallaba en Quito. Sumaban en total 600 plazas, sólo en parte cubiertas por europeos. Aragón era ya mixto de peninsulares y americanos antes de salir de Santa Fe, y Cataluña había absorbido al Fijo de Panamá. Curiosamente, el oficial que mandaba el destacamento de Cataluña, Ramón Castilla, serviría más tarde con los independentistas, llegando a ser Presidente del Perú. El resto de las fuerzas realistas eran milicianos locales.

El 7 de abril, Bolívar toma la difícil resolución de lanzarse al ataque. Su adversario había escogido una excelente posición, en las lomas de Cariaco, con la derecha apoyada en el volcán de Galeras y la izquierda en los bosques de Guáitara. Su frente estaba cubierto por la profunda quebrada de Cariaco. Había dispuesto su Artillería de manera que batiera el puente, "de media vara de ancho", que unía ambas orillas. Cerca se hallaba la hacienda Bomboná, que dará el nombre a la batalla.

Bolívar se decidió abordar tan considerable obstáculo ordenando a Rifles que hiciera un movimiento envolvente por su izquierda, mientras que Torres, con Bogotá, Vargas y los dos Escuadrones de Guías atacarían el centro y la derecha.

Torres, tras el célebre altercado con su comandante en jefe que le llevó a presentarse voluntario para luchar fusil en mano como un simple soldado, comienza su ofensiva a media tarde.

Su ataque, inevitablemente, pronto se convirtió en una carnicería. Avanzando por el estrecho puente, bien enfilado por los cañones y los fusiles de los realistas, sufrió pérdidas altísimas. El mismo fue herido en pocos minutos. Le sustituye Carvajal, que a su vez es baja. Los tenientes coroneles París, Luque y García y los sargentos mayores Galindo y Valencia se suceden en el mando, quedando todos ellos fuera de combate sucesivamente: "a la media hora de fuego, todos los jefes de la División de Vanguardia estaban fuera de combate" (6). Los claros que se abren en las filas de la Caballería, que avanza pie a tierra, lanza en mano, y en la Infantería, son tremendas. Bogotá y Vargas quedan, respectivamente, con 74 y 70 hombres.

◆

(6) López, pág. 110.

Se envía entonces a Vencedor desde la reserva, para que colabore en el asalto. El Batallón avanza en columna, "no sobre el suelo, sino sobre cadáveres". Expuesto a la Artillería contraria, dirigida por cierto por un presbítero, el secretario del obispo de Popayán, "en los pocos momentos que restaba de crepúsculo quedó reducido a casi un cuadro" (7). Evidentemente, tomar aquella posición con ataques frontales equivalía a un suicidio.

Por fortuna para los independentistas, el movimiento de flanqueo de Rifles produce entonces sus efectos, resolviendo la apurada situación. Trepando como gatos, utilizando sus bayonetas como punto de apoyo para subir las alturas casi verticales, los hombres de este Batallón alcanzan su objetivo. Sin disparar un tiro, entablan combate cuerpo a cuerpo con las tres Compañías de Aragón que allí estaban, derrotándolas.

García, ante el peligro de verse envuelto, se retiró sobre Pasto, sin ser seguido por el enemigo, maltrecho tras la empeñada acción.

"El Libertador ocupó el campo de batalla, no para celebrar el triunfo de Bomboná, sino para lamentar la preciosa sangre que había costado" (8). Perdió, en efecto, más de 400 hombres, frente a unos 250 de los realistas.

Hay que señalar que García se apoderó también de las banderas de Bogotá y Vargas. Cortésmente, las devolvió, diciendo: "yo no quiero conservar un trofeo que empaña la gloria de dos Batallones, de los cuales se puede decir que si fué fácil destruirlos, ha sido imposible vencerlos" (9). La caballerosa frase tenía, no obstante, cierta punta. La alusión a lo "fácil" que había sido batir a tan gallardas unidades no debió ser acogida con demasiado agrado en el campo contrario.

La decisión de Bolívar de atacar en Bomboná ha sido objeto de gran debate. Unos estiman que fue un grave error. Otros, por el contrario, opinan que gracias a ella fue posible el triunfo de Pichincha, ya que distrajo tropas realistas de la defensa de Quito.

Es innegable que, parcialmente, produjo este resultado. Pero también es cierto que quizás se podría haber fijado a García sin atacarle a fondo. Lo mismo se puede decir de los asaltos de Torres. Algunos los han interpretado como esenciales para el buen fin del movimiento de flanqueo de Rifles, pero ciertamente resultaron muy caros.

Se podría sostener que la mera presencia del Ejército independentista en aquella zona hubiera bastado por sí misma para obligar a los realistas a destacar fuerzas para observar sus movimientos, sin que fuera necesario entablar un combate formal para alcanzar este fin. Aunque es igualmente cierto que, dada la hostilidad de la población local, a Bolívar le hubiera sido difícil mantenerse por largo tiempo en las cercanías de Pasto. El cansancio y la creciente desmoralización de sus tropas eran asímismo factores que le impelían a adoptar una actitud pasiva, para evitar que el Ejército se desmoronara en marchas y contramarchas.

En todo caso, sea cual sea el juicio que merezca la resolución que adoptó, tras Bomboná sus

◆

(7) Ibíd., pág. 111.
(8) O'Leary, Vol. II, pág. 155.
(9) Citado en López, pág. 113.

fuerzas quedaron exhaustas y desangradas. Desde luego, no se encontraban en condiciones de reemprender en un plazo corto la ofensiva. Como para confirmar ésto, poco después de la batalla el Libertador firmó con Basilio García un armisticio, lo que reflejaba la debilidad de ambos Ejércitos. El 16 de abril, ante lo precario de su situación, se retira hasta el Peñol, donde se fortifica. Acosado por las guerrillas realistas, se replegará más tarde hasta el Trapiche. Allí le llegarán como refuerzo los Batallones II de Bogotá y Girardot, y sendos Escuadrones de Caballería, así como alguna Artillería. Para entonces, había perdido gran parte del terreno que ganó al principio de la campaña.

Pero la suerte de Quito se iba a jugar en otro lugar. El 6 de abril —un día después de Bomboná— Sucre empieza desde Cuenca la que sería la ofensiva definitiva.

Cuenta con dos Divisiones, que suman algo más de 3.000 hombres. Una de ellas está mandada por Santa Cruz —antiguo oficial del Ejército realista— y consiste en los Batallones Trujillo y Piura, un Escuadrón de Granaderos a Caballo y otro de Cazadores del Perú. Esta Gran Unidad había sido enviada por San Martín, quien sin embargo no se quiso desprender del casi mítico Batallón de Numancia, que le había sido solicitado. Hubo un momento en que la División recibió órdenes de regresar al Perú, pero al final se anularon, lo que permitió a Sucre llevar a cabo la campaña. La otra estaba dirigida por el español Mires, con los Batallones Albión, Alto Magdalena, Payá y Yaguachi, y un Escuadrón de Dragones.

El objetivo de Sucre era forzar una batalla en condiciones favorables para él. Con este fin, maniobró inteligentemente, intentando siempre cortar las comunicaciones a los realistas. Estos, por su parte, se replegaron sobre Quito, para plantear allí el combate. A pesar de todo, durante la retirada, que tuvo lugar bajo el acoso enemigo, sufrieron pérdidas, incluyendo "la deserción de gran parte del Constitución, cuerpo realista, pero formado con naturales del país" (10).

El 24 de abril, los dos Ejércitos se enfrentan en la loma del Pichincha, sobre la capital, desde cuyas casas la población seguirá los avatares del encuentro.

Los realistas reúnen unos 3.500 hombres, de ellos, alrededor de 400 milicianos. Los demás pertenecían a los Batallones Aragón, Cádiz, Cataluña y Constitución. Existía también un Cuerpo de Caballería. La Infantería estaba mandada por el venezolano Nicolás López, que tantos servicios había prestado hasta entonces a la causa del Rey. Aymerich, que había sustituido a Cruz Mourgeron a la muerte de éste, dirigía el conjunto.

El Ejército realista, en la que sería su última batalla en el reino de Quito, estaba formado sobre todo por americanos. Los jinetes procedían todos del reclutamiento local. En cuanto a los infantes, el Batallón de Tiradores de Cádiz era "casi todo de europeos... y los otros Cuerpos españoles o realistas, compuestos de americanos" (11).

El desarrollo de la batalla de Pichincha se puede resumir de la siguiente manera.

◆

(10) Camilo Destruge, pág. 350. En realidad, al menos parte de sus componentes eran antiguos esclavos.

(11) García Camba, Vol. II, pág. 32.

A primeras horas de la mañana del 24, la vanguardia independentista corona el Pichincha. Aymerich reacciona enviando a tres Batallones, con Cádiz y Constitución en cabeza, a desalojar de sus posiciones al enemigo. Como reserva general, deja a Cataluña.

La unidad de Sucre que recibe ese embate es Trujillo, que tiene que acabar cediendo el terreno. Por orden de su jefe, los soldados, cuando se retiran, abren las cartucheras, para mostrar que se replegaban por faltarles la munición. A pesar de ello, el propio Sucre expresará más tarde sus críticas sobre la forma en que el Batallón había sido conducido.

Piura y Yaguachi entran entonces en línea, restableciendo la situación. Se llega así a un impasse, en el que ambos bandos se fusilan casi a quemarropa, ya que "a tiro de pistola rompieron el fuego" (12). Aún para las primitivas armas de la época, el intercambio de disparos a tan corta distancia producía unas pérdidas terribles. Nicolás López intenta limitar la carnicería, y ordena a parte de Aragón que haga un movimiento para flanquear al contrario. Sucre, a su vez, lo contrarresta enviando al Payá a cubrir el punto amenazado. El combate, pues, gana en extensión, pero sigue indeciso. Según algunos autores, Piura cede, lo que no es sorprendente, teniendo en cuenta que era un Batallón casi todo de reclutas.

De nuevo López toma la iniciativa, dirigiendo al resto de Aragón —"el mejor de sus cuerpos veteranos" (13)— en una carga, destinada a hundir el frente independentista. Pero justamente entonces entra en fuego Albión, que llega con retraso al campo de batalla, por haber ido escoltando al parque de municiones, y que contiene el ataque.

Así reforzado, Sucre da el golpe definitivo. Reúne al Albión y al Alto Magdalena y les lanza en un ataque frontal, mientras que el resto de su línea, reabastecida de cartuchos, apoya con su fuego la operación. El frente realista, por fin, cede.

Las Milicias, Constitución y Aragón huyen en desorden hacia Quito, "mientras el Cataluña, seguido por los Tiradores de Cádiz, tomaba la ruta de Pasto, decididos a luchar antes que entregarse" (14). Estos dos últimos Batallones, sin embargo, serán alcanzados por las fuerzas mandadas en su persecución, y obligados a rendirse. Un destacamento de Cataluña —el que se había batido en Bomboná— enviado por Basilio García como refuerzo, es interceptado también, teniendo que deponer las armas.

El 25, Aymerich firma la capitulación. En ella se reconocía "la bizarría" de los realistas; se les autorizaba a salir con los honores de la guerra y se les permitía, tanto a los americanos como a los peninsulares, regresar a Europa.

En total, los independentistas tuvieron en Pichincha un saldo de unos 200 muertos y 140 heridos. Sus contrarios, 402 de los primeros, 193 de los segundos y 1.260 prisioneros, incluyendo a los comprendidos en la capitulación. Tan elevado porcentaje de muertos respecto a heridos se puede explicar en parte, quizás, por la corta distancia a la que se entabló combate. Las heridas de bala, en esas circunstancias, producían estragos tremendos. "Quinientos criollos colombianos" de los capturados serán cedidos a Santa Cruz para que complete su División.

◆

(12) López, pág. 121.
(13) Camilo Destruge, pág. 360.
(14) Vargas Ugarte, Vol. V, pág. 352.

Ninguno de los bandos utilizó ni su Artillería ni su Caballería durante la batalla, por lo abrupto del terreno. Sin embargo, los jinetes de Sucre participaron activamente en la persecución de los vencidos.

Pocos días después del combate, Basilio García, amenazado por Sucre por un lado y por Bolívar por el otro, capitulaba a su vez. A pesar de lo indefendible de su posición, los pastusos se opusieron a la rendición. Los jefes realistas y hasta el propio obispo les convencieron a duras penas de la necesidad de cejar en su resistencia. Un puñado de recalcitrantes prefirió intentar la fuga. Eventualmente regresaron a la península, tras haber atravesado todo Brasil.

El 8 de julio, el Libertador entraba en Pasto, negándose caballerosamente a aceptar el bastón y el sable que Basilio García le presentaba. El 16, llegaba a Quito.

Así acababa la fase de guerra regular en aquel reino. Como hemos dicho, no han faltado críticos a la manera como Bolívar llevó la campaña. Su decisión de atacar en Bomboná ha sido especialmente criticada. Sus defensores sostienen que esa era la única manera de fijar fuerzas realistas, e impedir que se unieran a Aymerich contra Sucre.

No puede, sin embargo, dejar de mencionarse el hecho de que el mejor Batallón realista, Cádiz, estuvo presente, al parecer al completo, en Pichincha. Es posible que ese fuera también el caso de Aragón. Ello significaría que Bolívar no logró totalmente el objetivo de distraer con sus operaciones a los realistas, ya que éstos pudieron mandar a Aymerich al menos a parte de las tropas que lucharon en Bomboná (15).

De Quito, Bolívar marchó a Guayaquil. Allí se entrevistó el 26 de julio con San Martín. No es este el lugar par analizar tan trascendental encuentro, sobradamente conocido. Baste decir que tras él, San Martín puso término a su papel en la Emancipación. Con su retirada de la escena, la causa independentista perdía a uno de sus más distinguidos dirigentes. Libertador de Chile y de una parte del Perú, creador del excelente instrumento que fue el Ejército de los Andes, fue el responsable de la maniobra genial que le llevó de Mendoza a Lima, pasando por Chacabuco y Maipú. Sin él, las campañas emancipadoras podrían haber tomado un rumbo distinto.

Bolívar, por su parte, continuó con la tarea de acabar con el poder realista en el último reducto importante que le quedaba: el peruano. Como primera medida, envió allí a la División Santa Cruz y a otra, colombiana, a las órdenes de Paz Castillo. Esta última estaba integrada por los Batallones Vencedor, Yaguachi y Pichincha (antiguo Payá).

Cualquier otro proyecto de mandar más tropas se vió interrumpido por un alzamiento prorealista que estalla en Pasto, en octubre. Lo dirigieron dos ex-tenientes coroneles: Benito Boves, sobrino del famoso general, y Agustín Agualongo, pastuso. Ambos se habían batido con distinción en Pichincha a las órdenes de Aymerich, y supieron aprovechar los sentimientos de la población contra las autoridades independentistas.

Sucre recibió el encargo de acabar con la sublevación. En un primer intento, el 24 de noviem-

◆

(15) Plazas Olarte, pág. 375.

bre, no tuvo éxito. Lo repitió un mes más tarde, con mayores fuerzas, logrando entonces el triunfo, venciendo con sus unidades regulares a las fuerzas improvisadas por los pastusos.

El 2 de enero de 1823, Bolívar hizo su entrada en Pasto, "y dictó terribles providencias para acabar con el foco de la rebelión: contribuciones, reconvenciones, reclutamiento de todos los hombres útiles para las armas, confiscación de bienes y distribución de haciendas entre altos jefes republicanos" (16).

Los reclutas se resistieron cuanto pudieron. Hubo que enviarlos a Guayaquil atados de dos en dos para evitar deserciones, pero aún así, de 1.200, únicamente 400 llegaron a su destino. Algunos, incluso se suicidaron por el camino, despeñándose antes de servir a una causa en la que no creían. El resto se amotinó en el barco que les transportaba al Perú, logrando hacerse con él. Casi todos lograron escapar a la persecución de los independentistas, excepto 106, que fueron capturados y fusilados.

Para acabar con aquella primera sublevación, Sucre tuvo que utilizar un poderoso contingente de tropas, lo que da idea de la importancia que tuvo: Batallones Vargas, Rifles y Bogotá; Escuadrones de Guías y de Dragones y unidades de Milicias. La política represiva que siguieron las autoridades hizo que aquel alzamiento no fuera el último. Se volvió a repetir en 1823 y en 1824, con gran virulencia. Nuevamente el Ejército tuvo que intervenir sin contemplaciones para restablecer la situación y acabar con el centro de completa fidelidad a España que fue Pasto.

En Venezuela, tras las derrotas del año anterior, sólo quedaban en manos realistas Puerto Cabello donde estaba La Torre con los restos del Ejército de Costa Firme: I de Valencey, Burgos, I de Navarra, Hostalrich y Barinas. Eran Cuerpos debilitados por los combates y por la paulatina erosión de la causa de Fernando VII, manifestada en motines de unidades americanas que ya hemos mencionado.

A pesar de todo, no permanecen inactivos, y ya en agosto de 1821 habían hecho —sin éxito— una salida en apoyo del alzamiento pro-realista que se produjo en Coro.

En agosto de 1822, La Torre, que ha conseguido ser nombrado capitán general de Puerto Rico, parte para su nuevo destino. Su marcha viene a confirmar la pérdida de la fe en la victoria por parte de los altos jefes de Venezuela, que ya se había reflejado en el regreso de Morillo a la península. El mando recae en Morales, quien ya lo había ostentado antes de la llegada de la expedición de 1815, con lo que en cierto modo se cierra el período que esta abrió.

◆

(16) En el completo estudio de Plazas Olarte sobre esta campaña se indica, en efecto, que en Bomboná los realistas alinearon tres Compañías de Aragón, dos de Cádiz y otras tantas de Cataluña, además de Milicias. Siempre según el mismo autor, en Pichincha estuvieron Aragón y Cádiz al completo y parte de Cataluña. Atribuye a estas unidades, junto con Constitución, 2.400 hombres en total, lo que indica que casi tenían sus plantillas reglamentarias.

La conclusión sería que al menos Aragón y Cádiz pudieron combatir, sucesivamente, en Bomboná y Pichincha.

El nuevo general en jefe, aprovechando el dominio local de las aguas que por entonces poseía, organizó una serie de audaces salidas. Así, hace un intento contra Valencia, que fracasa ante las tropas de Páez. Sin desanimarse, se dirige luego contra Maracaibo, ocupando la plaza tras batir en Salina Rica a los contrarios. Explotando su ventaja, logra hacerse con el control de la orilla oriental del lago, con la colaboración de los indios guajiros.

Sardá, al frente de una División independentista, lanza un contraataque para recuperar lo perdido, pero es batido el 13 de noviembre en Simanaica. Sus dos Cuerpos principales, los Batallones Antioquía y Cartagena, son deshechos en la operación. Morales engrosa sus filas con los prisioneros hechos en el combate. Reforzado de esta manera, se dirige contra Coro, entrando en ella el 3 de diciembre. Luego avanza sobre Trujillo, que ocupa el 28.

De esta manera, el año, que en principio debería haber traído consigo la aniquilación de los realistas en Venezuela, tras la derrota de Carabobo, finalizó en cambio con una serie de éxitos espectaculares para los del Rey. Estos habían demostrado una capacidad de recuperación casi increíble, a la que había contribuido la quizás precipitada salida del grueso del Ejército de Bolívar para otros teatros de operaciones. Pero estos triunfos sólo podían ser transitorios, si no llegaban refuerzos de Europa para consolidarlos. Sirvieron, al menos, para distraer unidades enemigas, impidiendo que acudieran en mayor número al Perú, que tras Pichincha se convertía en el último reducto realista en América.

En ese virreinato no se produjeron durante 1822 acontecimientos trascendentales, desde el punto de vista militar.

La Serna dedicó el primer trimestre del año a continuar su labor de creación de un nuevo Ejército, demostrando una gran capacidad de improvisación, que le permitió alcanzar en pocos meses su objetivo, utilizando exclusivamente los medios disponibles localmente. En enero, tuvo que hacer frente a sendas sublevaciones en Potosí y en Cangallo, que logró reprimir sin por eso interrumpir su labor de reorganización.

En marzo, en cambio, se le planteó una amenaza más seria. San Martín, por fin convencido de que su política de mantenerse a la expectativa no producía frutos, se decidió a tomar medidas dirigidas a avivar los movimientos anti-realistas.

Con este propósito, destaca una columna que tiene el objetivo de adentrarse en territorio enemigo y propiciar alzamientos, para lo cual está dotada de varios miles de fusiles extras e incluso de una imprenta de campaña. La forman los Batallones números 1 y 3 del Perú y 2 de Chile, junto con Escuadrones de Granaderos a Caballo argentinos y de Lanceros peruanos. Con poco acierto, se confía su mando a Domingo Tristán y a Gamarra, ambos antiguos realistas y hombres de discutible eficacia.

El Virrey manda contra ellos a Canterac, con los dos Batallones del Imperial Alejandro, el de Cantabria, uno del Infante y elementos de Húsares de Fernando VII, Granaderos de la Guardia y Dragones del Perú.

Los independentistas, indecisos sobre el curso de acción que deben seguir, dejan pasar los días en Ica, dando tiempo a su rival para marchar contra ellos. En la noche del 6 al 7 de abril, Canterac lanza su ataque, cogiéndoles por sorpresa y derrotándoles sin apenas combatir: "no fue

la batalla, fue una dispersión vergonzosa" (17). Los de Tristán, en efecto, quedaron batidos en poco tiempo y se tuvieron que retirar como pudieron. Dejaron en manos del vencedor 1.000 prisioneros, que fueron incorporados a las filas realistas.

Tras este duro golpe, los independentistas recayeron en la inactividad, que en parte se debió a la ausencia de San Martín, que fue a entrevistarse con Bolívar en Guayaquil.

A su regreso, el General argentino hace solemne renuncia, el 20 de septiembre, a su título de Protector del Perú, y no tarda en partir de aquellas tierras.

Pero antes, deja en herencia al triunvirato que le sucede —presidido por La Mar— un ambicioso plan de campaña. Se trata de una compleja operación contra el Ejército enemigo. En ella deben participar tres elementos. De un lado, la guerrilla del Alto Perú. De otro, fuerzas al mando de Arenales, cuya misión es atacar el centro del dispositivo realista. Por fin, otro contingente, dirigido por Alvarado, actuará en el Sur, por los puertos de Intermedios.

La idea era que este conjunto de tropas, actuando coordinadamente, creara una serie de amenazas que acabarían por desbordar al virrey, cuyas fuerzas estaban dispersas por todo el territorio que controlaban.

Desde luego, no faltaban los hombres para llevar a cabo el plan. Con el regreso de la División peruana que estuvo en Pichincha y con la llegada de una colombiana de refuerzo, los independentistas contaban con unos 11.000 hombres. Estos pertenecían a las siguientes unidades: las tropas peruanas eran el Regimiento de la Legión Peruana, con dos Batallones; el Batallón de Cazadores; los de Línea números 2 (antiguo Trujillo), 3 y 4 (ex-Piura); el Regimiento de Húsares, de dos Escuadrones y sendos Escuadrones Escolta del General y Dragones de San Martín. Las argentinas pertenecían al Regimiento del Río de la Plata, de dos Batallones (los antiguos números 7 y 8) y el Batallón número 11, así como los Granaderos a Caballo. Las chilenas estaban encuadradas en los Batallones 2, 4 y 5. Los colombianos, en el Vencedor, el Pichincha, el Yaguachi y el Voltígeros.

En total, los peruanos eran más de 4.300; los argentinos, unos 2.000; los chilenos, alrededor de 1.800 y los colombianos, pasaban de los 2.200. Se trataba pues, de un Ejército multinacional, culminación del proceso que había llevado a las tropas de los distintos territorios bajo control independentista a unirse frente al enemigo común. Argentinos y chilenos habían luchado codo a codo en Chile; neogranadinos y venezolanos, en Venezuela primero y en Nueva Granada después; colombianos y peruanos en Quito. Ahora, fuerzas de cuatro antiguas provincias formaban conjuntamente frente a los realistas.

Con estas tropas se formó una primera División que debía actuar a las órdenes de Alvarado. En concreto, se seleccionó a los dos Batallones del Regimiento del Río de la Plata, al número 11 argentino, al 1 de la Legión Peruana, a los tres chilenos y a los Granaderos a Cabllo: 4.500 hombres.

En la primera quincena de octubre esta fuerza zarpa de El Callao, con destino a Arica. Como si siguiera el ejemplo de Tristán, Alvarado deja correr el tiempo, sin moverse decididamente hacia

(17) Mitre, Vol. III, pág. 34.

el interior. Comprometió así una operación que, aunque hubiese mostrado más agresividad, ya era arriesgada, por exigir una precisa coordinación difícil de conseguir con los medios de aquel tiempo.

En contraste con la timidez de su enemigo, La Serna reacciona rápidamente, ordenando una concentración de sus unidades para salir al paso de los atacantes. Valdés se pone en camino con sus ágiles soldados, integrados en los Batallones Gerona y Centro, el Escuadrón de Arequipa, tres de Cazadores Montados y el 3° de Dragones de la Unión. Lo mismo hace Canterac, con Cantabria, Partidiarios, I de Burgos, I del Infante, Escuadrones 1° y 2° de la Unión y 1° y 3° de Granaderos a Caballo.

Cuando el año acaba, tantas y tan buenas unidades se dirigen al encuentro de los independentistas que, sin sospechar nada, prosiguen su vacilante avance.

El balance de 1822 fue, una vez mas, negativo para los realistas, que habían perdido un nuevo territorio, Quito. Bien es verdad que en Venezuela su causa había tenido una asombrosa recuperación, pero estaba condenada a ser transitoria, a falta de refuerzos, impensables habida cuenta de la situación en la península. En el Perú, el regreso de las tropas que habían combatido con Sucre y el desembarco de unidades colombianas parecía indicar que sus enemigos se disponían a darles el golpe de muerte.

CAPITULO XV



"El Perú se pierde irremisiblemente y tal vez la causa general de América".
(San Martín, 1823)

1823. Reveses y triunfos realistas

Durante el año se reforzó, aún más si cabe, el carácter autónomo de la guerra en América. La Península, sacudida por el enfrentamiento entre liberales y absolutistas que culminaría en la intervención de los Cien Mil Hijos de San Luis, parecía haber dejado abandonados definitivamente a su suerte a los realistas.

En Nueva España, la defensa de San Juan de Ulúa se pudo prolongar gracias a la proximidad de Cuba, desde donde, aunque de forma un tanto errática, se seguía relevando periódicamente a la guarnición. El II de Cataluña, Málaga y Tarragona, pasarán sucesivamente por sus muros. La carencia de Artillería gruesa dificultó extraordinariamente la labor de los sitiadores, que carecían de medios para aspirar a tomar la plaza por la fuerza. A pesar de que los combates fueron poco frecuentes, Tarragona tendría la ocasión de distinguirse lo suficiente como para conseguir el raro privilegio de ser autorizado a bordar en las esquinas de su bandera sendas cruces de Borgoña.

La falta de adecuado material por parte de los mexicanos para emprender un ataque a fondo, no restó dureza al sitio. Los defensores sufrieron a lo largo del mismo grave escasez de abastecimientos, ya que éstos les tenían que llegar por mar. Hubo momentos en que la falta de bastimentos fue tan extremada que se tuvo que recurrir a dar a los numerosos enfermos, por toda medicina, el caldo resultante de hervir la carna salada que componía el alimento básico de la guarnición.

La falta de víveres frescos fue tan frecuente, que en un período de sólo cinco meses dos tercios de los españoles quedaron fuera de combate por escorbuto.

Para complicar aúm más las cosas, se produjo en Cuba un alzamiento de los Batallones de La Habana y Tarragona. Afortunadamente para los realistas, Cataluña y Málaga continuaron asegurando el servicio. Sin embargo, antes de fin de año la lealtad de esta última unidad fue puesta en duda por las autoridades, que decretaron su disolución.

En el México independiente también hubo alteraciones, aunque de mayor entidad. El 19 de

marzo, Iturbide, el autor de la liquidación de la presencia española, se ve obligado a abdicar. Inmediatamente, el Imperio sería sustituido por una República.

En Venezuela, el año presenciará el fin de los últimos núcleos realistas que quedaban.

En enero estalla en Santa Marta una sublevación a favor de Fernando VII, que es pronto sofocada. Durante este mismo mes, Morales iniciará una incursión por Mérida y Trujillo que no dará los resultados apetecidos, por no ser apoyada, como él esperaba, por la población local.

Los independentistas, por su parte, logran restablecer su control sobre Coro. El Batallón de Burgos será enviado a su encuentro, pero resultará batido el 1 de mayo.

Esta derrota se vio más que compensada ese mismo día, cuando se produce un choque entre la flotilla de Daniett, que bloqueaba Puerto Cabello y la que trae Laborde desde La Habana.

El primero contaba con dos corbetas, un bergantín y cuatro goletas. Su rival, con una fragata, dos corbetas y una goleta. En la acción, los independentistas perdieron tres de sus siete naves. Los realistas, ninguna. La gran mayoría de los tripulantes de los barcos de Laborde eran americanos. A consecuencia del combate, Páez tuvo que levantar, por segunda vez, el sitio que había puesto a Puerto Cabello.

Padilla, comandante del grueso de la flota independentista, no se dejó desmoralizar por el adverso resultado. Al contrario, toma la arriesgada decisión de forzar la barra de Maracaibo para adentrarse en su laguna y así estrechar el cerco de esa plaza. El 8 llevó a buen fin su propósito, soportando hasta 328 disparos de las baterías contrarias, y perdiendo un barco durante la empresa. Logró así cortar las comunicaciones entre la ciudad y las tierras circundantes.

En excelente combinación con estos movimientos navales, la División de Manrique atacó Maracaibo. La guarnición, de menos de 300 hombres, tuvo que deponer las armas, el 16.

Morales, por entonces, estaba ausente de la plaza, hallándose de operaciones. Al enterarse de lo sucedido, contramarchó, obligando a Manrique a evacuarla el 19.

Con el fin de romper el bloqueo y para evitar que se repitiera lo sucedido, ordena a Laborde que ataque a Padilla.

La batalla se libró el 24 de julio. Los buques realistas sumaban 67 cañones, y llevaban 1.200 hombres, de los cuales más de 1.000 eran americanos. Sus oponentes tenían 1.800 marineros y soldados con 96 piezas (1). El resultado del encuentro fue un total desastre para los primeros, que perdieron más de 800 hombres y 25 de las 31 embarcaciones de todo tipo que alinearon. Los independentistas cifraron sus pérdidas en menos de 160 muertos y heridos. Con un triunfo tan completo, Padilla hizo insostenible la posición de Morales, sin medios para conseguir víveres y sin esperanza de socorro.

◆

(1) Fernández Duro, Vol. IX, pág. 245. En los Apéndices del Capítulo IX de esa obra se recogen versiones independentistas y realistas de ese encuentro.

El 3 de agosto, firmaba la capitulación, que estipulaba que los componentes europeos de la guarnición que así lo desearan serían transportados a Cuba. Los americanos, podían alistarse en el Ejército independentista o regresar a sus casas.

En total, se rindieron 3.281 hombres (2). Pertenecían a un total de diez Cuerpos, pero los dos más representados eran Navarra y Valencey, con más de 600 plazas cada uno. Desaparecieron así de la escena venezolana estas dos unidades, así como otras: Barinas, Húsares de Fernando VII, etc... que tanto y tan bien lucharon en aquellas tierras. Hay que señalar que la guarnición incluía hasta 371 jefes y oficiales, cifra muy elevada, que parece indicar que muchos mandos permanecieron fieles hasta el final, cuando al menos parte de sus subordinados habían desertado.

"De los más de 10.000 hombres que trajo Morillo en 1815 y de 3.000 por lo menos que recibieron después como refuerzos, apenas salieron con Morales 700 españoles europeos. En menos de 8 años los demás fueron víctimas de los combates, del clima y de las enfermedades" (3).

Estos datos, escalofriantes por otra parte, indican también que en fecha tan tardía como 1823, cuando ya todo estaba perdido, los restos del Ejército realista de Venezuela aún eran, americanos en más de sus tres cuartas partes.

Puerto Cabello no tardaría en seguir la suerte de Maracaibo, cuando Páez inicia el sitio que sería definitivo. La plaza fue sometida a un estrecho asedio, no sin que antes Calazada rechazara una oferta de 25.000 pesos que se le hizo por entregarse. Recibió su golpe de muerte el 8 de noviembre. En la madrugada de ese día. un bizarro ataque del Anzoátegui y Lanceros pie a tierra, hace dueños a los asediantes de la ciudad; al tiempo que en el curso de la operación capturan al propio Calzada.

Este, a instancias de Páez, intima a la guarnición, refugiada en el castillo de San Felipe, a que deponga las armas. Su comandante, el coronel Correa, muy correctamente se niega a aceptar la orden, por considerar que su superior, por hallarse en manos de los enemigos, no actuaba con plena libertad.

Páez autoriza entonces a su prisionero para que vaya a entrevistarse con Correa, y le explique la inutilidad de prolongar la resistencia. Convencido, el coronel invita al jefe enemigo a almorzar para negociar la entrega: "fiado, como siempre, en la hidalguía castellana, me dirigí a aquella fortaleza, donde fui recibido con honores militarers y con toda la gallarda cortesía que debía esperar de tan valiente adversario" (4).

El 10 de noviembre se acuerda la capitulación. La guarnición sale "con banderas desplegadas, tambor batiente, dos piezas de campaña con veinticinco disparos cada una y mecha encendida". Entre los sitiadores que presentan armas, desfilan los vencidos: los oficiales con sus espadas; los

◆

(2) S. H. M., Ultramar, legajo 4, carpeta 73.

(3) Restrepo, Vol. III, pág. 334. A esta cifra, habría que añadir la correspondiente a la guarnición de Puerto Cabello.

(4) Páez, pág. 272.

soldados con fusil, mochila, correaje, sesenta cartuchos y dos piedras de chispa. Habían obtenido, literalmente, todos los honores.

El 15, entre salvas, se arría el pabellón español. Así, entre gestos corteses, acabó la feroz guerra por la emancipación de Venezuela.

La guarnición, cuyo núcleo estaba formado por lo que quedaba del II de Burgos, parte para Cuba, llevando consigo a los americanos que prefirieron expatriarse.

Como contraste con tanto revés, en Perú se produce ese año una recuperación asombrosa de la causa del Rey.

Como hemos dicho en el Capítulo anterior, desde que tomó tierra, la División Alvarado deja pasar los días sumida en la inactividad. Cuando al fin se pone en marcha, lo hace con una parsimonia que nada bueno promete. Sobre todo, porque La Serna, sin perder minuto, ha ordenado una concentración de sus tropas para hacer frente al enemigo. "Valdés, poniendo alas a los pies de sus soldados serranos, fue el primero que se presentó a cubrir el punto amenazado" (5). Es más, llegado frente a Alvarado, lo va conteniendo hábilmente, rehusando una batalla desigual, al tiempo que le atrae hacia el punto donde estaba prevista su reunión con Canterac, que se acercaba con buen golpe de tropas.

El 19 de enero, cuando juzga que se encuentra ya en posición favorable, vuelve caras y se enfrenta a Alvarado en Torata (6).

El independentista coloca a su derecha los dos Batallones de la Legión Peruana; en el centro, a los dos del Regimiento Río de la Plata; a la izquierda, el 4° de Chile y el 11° de los Andes. En reserva, el 5° de Chile y la Caballería. Sus dos piezas de Artillería cubren el despliegue. Los realistas contaban únicamente con los Batallones Gerona y Centro, el Escuadrón de Arequipa, uno de los Cazadores Montados y dos piezas: "la mayor parte de los oficiales y casi la totalidad de la tropa eran peruanos" (7), a pesar del carácter formalmente europeo de Gerona.

Sin importarle su inferioridad, Valdés actúa agresivamente, confiado en la proximidad de Canterac. Lanza sobre la izquierda enemiga a Ameller, con tres Compañías de Gerona, logrando desequilibrar a su contrario. Un ataque general acaba por hundir la línea de Alvarado, tras una briosa resistencia en la que se distingue el 4° de Chile, formado por negros.

El encuentro había sido reñido, obligando a los jefes realistas a prodigarse. Baldomero Espartero, que mandaba el Batallón del Centro, recibió tres heridas y le mataron un caballo. Valdés perdió dos, al igual que Ameller. Pero el triunfo fue rotundo. Los independentistas dejaron en el campo cerca de 700 bajas, muchas de ellas de la Legión Peruana, que quedó casi en cuadro, tras haberse batido brillantemente. Las pérdidas de Valdés giraron en torno a los 250 hombres.

◆

(5) *Historia de San Martín*, Vol. III, pág. 319.

(6) En el S. H. M., sección de mapas y planos, se conserva uno sobre esta batalla, con el número 13.623.

(7) García Camba, Vol. II, pág. 50.

Alvarado se pronunció en retirada sobre Moquegua, seguido por su vencedor, al que se une Canterac con los Batallones Burgos y Cantabria, dos Escuadrones de la Unión, Granaderos a Caballo de la Guardia y una pieza de Artillería.

El 21 ambos Ejércitos traban batalla de nuevo (8). Pero si en Torata, Valdés por sí solo, había derrotado al enemigo intacto, ahora, con éste ya desmoralizado, y con el apoyo de refuerzos, el resultado de la batalla sólo podía ser uno. En efecto, Alvarado fue batido por segunda vez en tres días, perdiendo más de 1.000 hombres y toda su Artillería en poco tiempo.

El famoso Regimiento de Granaderos a Caballo de los Andes se sacrificó en valerosas cargas para cubrir la retirada.

En el curso de la misma, la mayor parte de las tropas que todavía quedaban se desbandó: "del Ejército de Alvarado se salvaron algunas Compañías de la División de Chile y de la argentina; la peruana casi desapareció totalmente" (9).

Así terminó la desdichada expedición Alvarado. Como era usual, los Cuerpos realistas se distribuyeron entre sí los prisioneros, "y los de color negro fueron destinados al Batallón Arequipa, que se componía de naturales y originarios de Africa" (10). Justamente, Canterac y Valdés fueron ascendidos a mariscales de campo.

Para completar estos triunfos, el 13 de febrero Olañeta aniquiló al 2° de Chile, destacado por Alvarado para fomentar sublevaciones de la población local.

Mientras fracasaba aquella expedición, el Ejército independentista del Centro, cuya colaboración en la campaña era decisiva, había permanecido inactivo. De haber intervenido, como estaba previsto, podría haber creado serios problemas a La Serna.

La posición de los partidiarios de la independencia se debilitó todavía más cuando en enero, la División colombiana de Paz del Castillo regresó a Guayaquil. Estaba formada por tres Batallones veteranos, Yaguachi, Boyocá y Pichincha, al que se había unido otro también famoso, el Voltígeros. La determinación de hacerla volver fue tomada por Bolívar, una vez que los peruanos no respondieron a su ofrecimiento de ayudarles con mayores fuerzas en su lucha. Tomando el silencio por desdén, decidió la retirada de la División.

El desalentador panorama se completa cuando Arenales, cansado de las acusaciones que llovían sobre él por no ser peruano, deja el servicio y parte para Buenos Aires.

Tantos sinsabores causaron gran agitación en Lima. La Junta Gubernativa, presidida por La Mar, que había asumido el poder tras la partida de San Martín, fue sustituida por el nombramiento de Riva Aguero como Presidente del Perú. Inmediatamente, se empezaron planes para una nueva expedición, la llamada segunda Campaña de Intermedios, por seguir a la de Alvarado. La llevaría

◆

(8) S. H. M., plano número 13.622.
(9) Paz Soldán, Vo.. I, pág. 112.
(10) García Camba, Vol. II, pág. 70.

a cabo el Ejército del Sur, cuyo mando se confió a Santa Cruz, con Gamarra como Jefe de Estado Mayor. Ambos eran ex-oficiales realistas.

Al mismo tiempo, se pidieron auxilios a Colombia, Chile y Buenos Aires. El 11 de mayo llegaría Sucre, como enviado de Bolívar, que manda también al Perú una fuerte División.

En cuanto a La Serna, tampoco se mantenía ocioso. Tras sus recientes éxitos, moviliza al grueso de sus fuerzas, "bien equipadas, bien disciplinadas y hermosísimas tropas" (11) al mando de Canterac. El 2 de junio la columna sale de Jauja. El 18, sin disparar un tiro, entra en Lima.

Su llegada hace que el Gobierno peruano se acoja a los fuertes de El Callao. Bajo la protección de sus cañones despliega el Ejército dependentista del Centro, formado entonces por la División colombiana, el Regimiento del Río de la Plata, el 11° de Buenos Aires, el 4° de Chile, los Batallones Trujillo y Huanuco, el Segundo de la Legión Peruana, el II del Primero de la misma Legión, Granaderos a Caballo y Húsares. Es un poderoso conjunto, pero más en términos cuantitativos que cualitativos, ya que estaba formado sobre todo por reclutas. Sucre tomará su mando, a ruegos de las autoridades locales. No eran entonces tropas del calibre necesario para combatir contra Canterac, por lo que se limitan a observarle. El realista se tuvo que alejar pronto de Lima, llamado por La Serna. Su excursión había sido inútil, militarmente hablando, pero reflejaba la libertad de movimientos de que gozaban los realistas.

La convocatoria hecha por el virrey se explica en función de los movimientos de Santa Cruz.

Este había salido en la segunda mitad de mayo de El Callo, navegando hasta Arica. Tras desembarcar, emprende la marcha hacia el interior con su División, íntegramente peruana. Sumaba unas 5.300 plazas, pertenecientes a la Legión Peruana, Batallones 1°, 2°, 3°, 4° y 6° del Perú, así como al Regimiento de Húsares, dos Escuadrones de Lanceros y los sirvientes de 8 piezas de Artillería.

El propósito de esta columna era situarse sobre el Desaguadero, colocándose entre Olañeta y el grueso del Ejército realista, partiendo así en dos la línea enemiga. Según sus instrucciones, debía llevar la operación a cabo "sin arriesgar ni un choque sino con posibilidades de buen suceso".

La Serna responde a esta nueva amenaza ordenando la concentración de todos sus efectivos, lo que hizo a Canterac salir de Lima el 16 de julio, para dirigirse a la sierra.

El 8 de agosto, Santa Cruz, que no ha encontrado hasta el momento oposición, entraba en La Paz, en lo que se ha descrito como "inútil visita" (12), que sólo le sirvió para perder tiempo. El 25, choca con Valdés en Zepita, donde se ha situado el realista tras una de sus legendarias marchas forzadas.

La batalla fue indecisa. Aunque los Húsares peruanos barrieron a la Caballería contraria, la Infantería no tuvo esa fortuna. "Parece que la batalla de Zepita atemorizó a los dos combatientes, porque ambos se retiraron" (13). La diferencia era que al replegarse, Valdés se acercaba al virrey,

◆

(11) Miller, Vol. II, pág. 62.
(12) Vargas Ugarte, Vol. V, pág. 398.
(13) Paz Soldán, Vol. I, pág. 188.

que avanzaba en su socorro, mientras que Santa Cruz, al desandar camino, desperdiciaba la oporutunidad de derrotar al destacamento enemigo y facilitaba su reunión con La Serna.

En efecto, los del Rey logran unir sus efectivos. Alcanzada así la superioridad numérica, emprenden decididamente la ofensiva. Hasta entonces, "la lentitud de los patriotas contrastaba con la rapidez de los realistas" (14). Colocado en una situación imposible, el 15 de septiembre, Santa Cruz abandona toda idea de combatir y se pronuncia en retirada. El movimiento, bajo el acoso enemigo, pronto degenera en fuga. "Todo fue verdadera dispersión, y cada cual procuraba llegar lo más pronto a la costa" (15).

El 27, su Ejército estaba prácticamente desbandado, habiendo perdido la mayoría de los hombres y toda la Artillería.

Los que aún seguían las banderas, se dirigieron a Arequipa, para enlazar con la División que Sucre había llevado allí, tras el repliegue de Canterac, el 1 de septiembre. Eran 3.400 plazas, pertenecientes a los Batallones Vencedor, Voltígeros, Pichincha, Infantería peruana y Caballería chilena y peruana.

Sin duda, no bastaban para detener por sí solos a los realistas, por lo que retroceden a embarcarse en la caleta de Quilca, no sin antes trabar un combate desventajoso, el 8 de octubre, en Arequipa, contra la vanguardia enemiga.

Miller, que estuvo presente en la acción, comenta un episodio característico de aquellas singulares guerras: "Varios Dragones realistas, que quizás habían servido anteriormente en el Ejército patriota y habían sido hechos prisioneros, reconocieron al general (el propio Miller) y saludándole por su nombre le invitaron a que se rindiese". Hizo caso omiso, y logró escapar: "es digno de notarse que no hubo uno que le hiciera fuego a pesar de que le seguían tan de cerca" (16).

El 10, el virrey entraba en Arequipa, mientras sus rivales se hacían a la vela. La ofensiva independentista se había saldado con un rotundo fracaso.

En efecto, "de 7.000 hombres, número a que Santa Cruz había aumentado sus fuerzas, menos de 1.000 llegaron a Lima" (17). Además, un corsario realista capturó el transporte que llevaba a 300 Húsares peruanos de refuerzo. En aquel fracaso general, destacaba la figura de Sucre, que había demostrado ser tan brillante militar como prudente político. Había sabido evitar un choque, que hubiera resultado funesto, contra el grueso enemigo, al tiempo que se había mantenido al margen de las querellas intestinas que por aquellas fechas desgarraban a sus aliados.

Poco después, las tropas del virrey se reorganizaron en dos Ejércitos. El del Norte, al mando de Canterac, y el del Sur, dirigido por Valdés. Olañeta conservó el mando de la llamada División de Vanguardia.

◆

(14) Vargas Ugarte, Vol. V, pág. 400.
(15) Paz Soldán, Vol. I, pág. 196.
(16) Miller, Vol. II, pág. 82.
(17) Ibíd., pág. 78.

Mientras en Perú los independentistas cosechaban estos reveses, en Guayaquil, Bolívar se preparaba para intervenir. Tras la noticia de Torata y Moquegua, que tantos males auguraban para su causa, y ante las peticiones que recibe de Lima, decide acudir en ayuda de sus correligionarios. El 18 de marzo firma a este efecto un convenio para el envío de tropas colombianas.

Ese mismo día sale un primer contingente, mandado por Manuel Valdés. Hasta mediados de mayo seguirán partiendo unidades, hasta reunir una División de casi 5.000 hombres de los Batallones Boyacá, Voltígeros, Pichincha, Rifles y Bogotá, y Escuadrones de Granaderos a Caballo.

La salida de los primeros Cuerpos fue aprovechada en Pasto para iniciar, en junio, un segundo alzamiento, dirigido por antiguos oficiales de Milicias realistas. Alcanzó tal entidad que para sofocarlo tuvieron que intervenir fuerzas del calibre de Yaguachi, Vargas, Quito, Guías y Granaderos. El combate decisivo se dió en Ibarra, el 17 de julio, y duró hasta nueve horas. Fue una derrota total para los sublevados, que se enfrentaban en batalla formal con tropas regulares fogueadas, y que fueron aniquilados: "no hubo cuartel, se remató a los heridos y se masacró a los prisioneros" (18).

Parecía como si el realismo de Pasto sólo se pudiera extirpar con el aniquilamiento físico de la población. Igual sensación habían tenido los del Rey ante los sentimientos profundamente independentistas de otras regiones.

Por fin, controlada la sublevación, el 7 de agosto el propio Bolívar se embarca para El Callao, acompañado por el Batallón Vargas y dos Escuadrones de Húsares. "La situación del Perú vino a ser tan crítica que aún los más opuestos a la venida del Libertador llegaron a persuadirse de la necesidad de su presencia" (19). Desde luego, parecía claro que a pesar de la presencia en esas tierras de unidades chilenas y ríoplatenses, además de las locales, no se podía acabar, sin ayuda exterior, con aquel magnífico instrumento de combate que era el Ejército realista del Perú.

El 1 de septiembre, Bolívar estaba en Lima. El Congreso, amedrentado por tanta derrota, le confiere los poderes civiles y militares necesarios para acabar la guerra. Torre Tagle, otro antiguo realista, asume el cargo de Presidente.

La primera y desagradable misión del venezolano fue acabar con la resistencia de Riva Agüero, que, despechado por su relevo, se había retirado a Trujillo con 3.000 hombres, desconociendo la autoridad del Gobierno.

El 11 de noviembre se dirige contra él, pero no llegó a entablar combate. El 25, los propios oficiales del ex-primer mandatario se sublevan, y le hacen prisionero. Por entonces, había abierto negociaciones con el virrey, comprometiéndose a expulsar, en caso necesario, a los auxiliares argentinos y colombianos, si se oponían al armisticio que pretendía firmar.

Con ello, el Libertador se salvaba de intervenir en un delicado problema interno de los independentistas peruanos. Recuperaba también los servicios de las tropas que Riva Agüero había llevado consigo: la Legión, el Batallón número 1, el de Tiradores y dos Escuadrones de Caballería.

◆

(18) Plazas Olarte, pág. 376.
(19) Vargas Ugarte, Vol. V, pág. 422.

Por primera vez en muchos años, los realistas podían contemplar el futuro con un mínimo de optimismo. Habían hecho fracasar las dos Campañas de Intermedios, habían obligado a Sucre a reembarcarse, y habían llegado incluso a Lima. El restablecimiento del absolutismo en España, tras la intervención francesa, les daba nuevos alientos. "Si los jefes españoles con sus solos recursos, habían triunfado en tantas campañas, con algunos buques y miles de hombres de refuerzo restablecerían al Imperio español. Fenómeno inverso al de 1820, cuando el triunfo de los liberales en España dió un golpe de muerte a la soberanía Real en América" (20).

Al parecer, algunos realistas se dejaron llevar por la fantasía: "Hasta la batalla de Moquegua habían limitado sus miras los realistas a la conservación del Perú; pero desde la fecha de aquella victoria sus esperanzas alcanzaron un círculo mucho mayor. Desde entonces creyeron poder someter a toda la América del Sur y llegaron tan adelante en sus ilusiones que hasta indicaban entre sí las personas que ocuparían los virreinatos del Perú, de Buenos Aires y de Nueva Granada, y las Capitanías Generales de Chile, etc..." (21).

Tanto optimismo estaba desplazado. De un lado, la solidaridad de Bolívar con la causa de la independencia del Perú implicaba que el virrey tendría que derrotar a miles de soldados colombianos, que en el pasado habían dado sobradas pruebas de su valía. Por otro lado, el agotamiento de España y el desinterés de gran parte de la población por lo que sucedía en América no permitía pensar que en 1824 se iba a mandar la mítica "Gran Expedición", que se esperaba en vano desde hacía años. Sin tropas peninsulares de refresco, pensar en ganar aquella guerra, en la que estaban empeñadas fuerzas de casi toda Sudamérica hispana era una pura utopía, como se vería en breve.

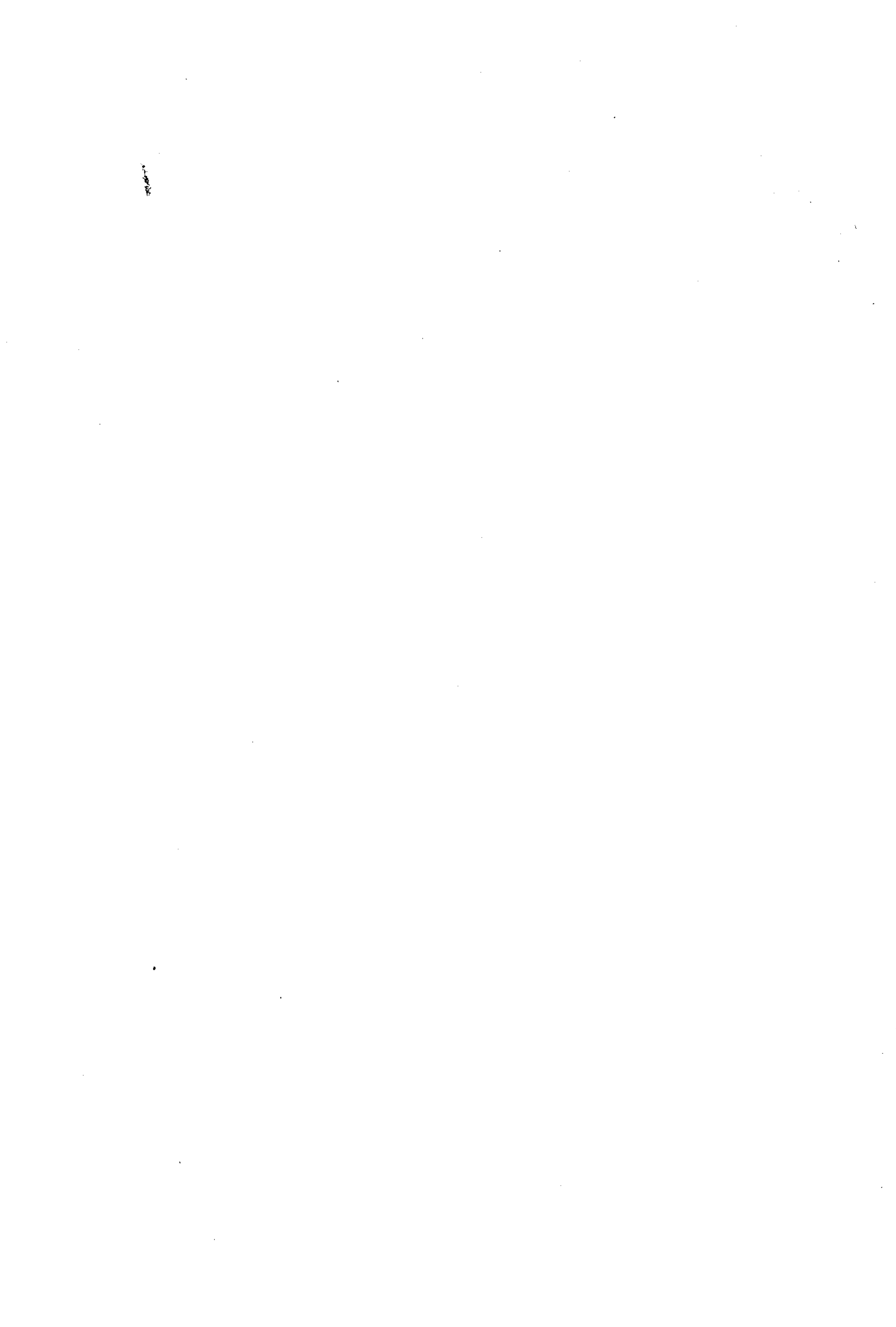
Además, creer que un Rey inseguro en su trono, una Hacienda exhausta y un pueblo desangrado podían enviar aquellas indispensables tropas, era tomar los deseos por realidades. En la península, simplemente, no había ni el poder político, ni los cuantiosos fondos ni el apoyo popular que tamaña empresa exigía.

Los éxitos alcanzados por La Serna y sus subordinados durante 1823 no pasarían, pues, de ser el canto del cisne de una causa que España en gran parte había olvidado.

◆

(20) Lecuna, Vol. III, pág. 345.
(21) Miller, Vol. II, pág. 70.

CAPITULO XVI



"Dígale Vd. al virrey que esta comedia se la llevó el demonio".
(Córdoba a uno de sus oficiales, la noche de Ayacucho)

1824. Junín y Ayacucho. Paso de vencedores

Los primeros acontecimientos de 1824 parecieron justificar el optimismo con que los realistas habían acabado el año anterior.

El Ejército indepedentista, en efecto, atravesaba entonces por uno de sus peores momentos. El fracaso de las Campañas de Intermedios había diezmado a las unidades, y su moral se había además resentido por la disidencia de Riva Agüero, que tan cerca estuvo de provocar una guerra civil.

Las tropas peruanas habían perdido sus mejores hombres en las desdichadas operaciones de Santa Cruz. Las argentinas estaban muy debilitadas tras tantos combates y los años de lo que, en la práctica, era un exilio de su propio pais. Las chilenas no se hallaban más boyantes. El motín del 7° Batallón en 1823, había demostrado su estado de ánimo, y la deposición de O'Higgins ciertamente no había contribuido a mejorarlo.

En cuanto a los colombianos, experimentaban todas las dificultades inherentes a operar en una tierra desconocida.

En conjunto, sin embargo, aquellos Cuerpos suponían una cifra de combatientes nada despreciable. Eran unos 6.800 hombres, repartidos entre Trujillo y otros puntos del Norte. Como fuerzas peruanas se contaba con el II de la Legión, el I de la Guardia, el Regimiento de Tiradores de la Guardia, los Batallones números 2 y 3, el Regimiento de Caballería Coraceros, el Escuadrón de Lanceros de la Victoria, los Húsares de Riva Agüero, el Escuadrón de Húsares del Perú y los de Húsares de la Guardia.

Las colombianas pertenecían a los Batallones Rifles, Vencedor, Voltígeros, Pichincha, Bogotá y Vargas (el Itsmo, que también había llegado, fue disuelto para reforzar a los demás) y a Caballe-

Señor N.N.

Se le ha seguido á V. causa por anticonstitucional: se trata de prenderlo: tome V. las mas cautelosas providencias, y reserve esta hasta su tiempo, teniendo presente esta señal ⵜ

Este Anonimo lo recibi a principios de Enero del presente año de 1824

Olañeta

N.º 16 = Letra 1.ª = LXXI

La descomposición del Ejército Realista. Anónimo recibido por Olañeta en 1824.

ría. Las argentinas alineaban el Regimiento del Río de la Plata, el Batallón número 11 y el Regimiento de Granaderos a Caballo. Las chilenas, al Batallón número 2 (1).

El Ejército realista, por su parte, estaba exultante por sus recientes triunfos y se hallaba bien provisto de todo lo necesario gracias a la verdadera industria militar que se había improvisado en Jauja. Sus componentes, en gran mayoría indios de la sierra, realizaban de forma casi rutinaria marchas asombrosas, que convertían a aquellas unidades en las más maniobreras de ese teatro de operaciones. Así, en la campaña del año anterior, los hombres de Valdés recorrieron 7 leguas diarias durante 55 días seguidos, y más tarde, 39, en sólo 3 jornadas, hazañas de las que sólo ellos eran capaces. Ciertamente, "admira la facilidad y prontitud con que se ordenaban y emprendían movimientos sobre una extensión de casi 200 leguas, por caminos fragosos en la estación de lluvias, y casi sin recursos, más todo se facilita cuando la subordinación es severa y los interlocutores inteligentes y bravos" (2).

El Ejército del Virrey era, sin duda, excelente. Tenía la ventaja de que los soldados se encontraban en su hábitat natural y que los jefes contaban con muchos años de guerra. Sin embargo, le resultaba difícil cubrir las bajas de veteranos americanos, e imposible las de europeos. Además, su superioridad residía, sobre todo, en la "severa subordinación". A lo largo de 1824, experimentará gravísimas dificultades en ambas esferas.

Pero antes, la desmoralización de sus adversarios y su pésima situación financiera y logística se plasmarían de forma espectacular en El Callao.

Allí, el Regimiento del Río de la Plata y el 11° argentino habían relevado al Batallón Vargas como guarnición. Estas tropas llevaban 6 meses sin percibir sus haberes y se les entregaban raciones sólo cada dos o tres días.

El 5 de febrero manifiestan su disconformidad con tal situación amotinándose. El jefe del pronunciamiento fue el Sargento Moyano, argentino venido de Chile. Había estado en la Primera Campaña de Intermedios. Hecho prisionero, fue enrolado por los realistas, pasándose a los independentistas cuando Canterac llegó a Lima en 1823.

En principio, el movimiento únicamente aspiraba a corregir simples problemas de intendencia, pero cambió radicalmente de signo cuando las peticiones no fueron atendidas. Los rebeldes ponen entonces en libertad a los oficiales realistas que se hallaban encerrados en la fortaleza y les entregan el mando. En la noche del 6, la bandera de España ondea de nuevo sobre la plaza, a partir de entonces defendida por el Regimiento paradójicamente llamado de la Lealtad, y formado con los amotinados. El general Alvarado, que mandaba los castillos, fue hecho prisionero.

La posición de los independentistas se convirtió entonces en alarmante. Con El Callao en manos enemigas, Lima se encontraba entre dos fuegos, y es abandonada por el Gobierno.

El 3 de marzo, la División Moret, enviada por La Serna, entra en la plaza recién recuperada,

◆

(1) Felipe de La Barra, *Campañas de Junín y Ayacucho*, Lima, 1974, pág. 137.

(2) Paz Soldán, vol. I, pág. 124.

mientras toda la estructura del Perú independentista parece a punto de desmoronarse. El propio Presidente, el Vicepresidente, el Ministro de la Guerra y hasta 337 mandos se pasan a los realistas. Dos Escuadrones de los prestigiosos Granaderos a Caballo de los Andes hacen lo mismo, imitados por los Lanceros del Perú y los de la Guardia, uno de cuyos jefes, el teniente coronel Navajas, "cambió de partido durante la Guerra de Independencia nada menos que cuatro veces" (3).

Quizás, sólo la energía de Bolívar salvó entonces la causa de la independencia. Desde su Cuartel General en Pativilca, donde había llegado el noviembre anterior, da órdenes estrictas para que se le fuese a reunir el denominado Ejército del Centro, a la vez que instruye al vicealmirante Guise para que bloquee El Callao. Reconociendo la gravedad de la situación, el Congreso peruano le nombra Dictador, facultándole para que tome las medidas necesarias a fin de reconducir la crisis.

Los propios realistas le ayudarán en su tarea.

Olañeta, comandante del Ejército del Alto Perú, como se conocía entonces a la antigua División de Vanguardia, desde hacía tiempo acataba con desgana la autoridad del Virrey. Los motivos de su actitud eran varios. De un lado, políticos. El era persona de sentimientos absolutistas, mientras que La Serna y los generales de su confianza eran liberales. Acogió, pues, el restablecimiento de Fernando VII en "la plena soberanía", como un triunfo de su tesis, a la vez que empezó a abrigar serias dudas de la lealtad de sus superiores hacia el nuevo estado de cosas.

Por otro lado, parece que estaba resentido por lo que consideraba escasa generosidad del Virrey a la hora de premiar sus servicios, sobre todo comparándola con su comportamiento con otros subordinados. Seguramente, existía también cierto malestar entre Olañeta, antiguo oficial de Milicias, y sus compañeros de armas profesionales, a los que costaba respetar a un hombre al que veían como un simple aficionado venido a más. Hay que recordar que muchos mandos realistas en el Perú tenían una impresionante hoja de servicios, ganada en la guerra de España contra Napoleón. A pesar de la experiencia, seguían considerando que aquella había sido una "verdadera" campaña, no como la de América.

Todos estos resquemores estallan cuando Olañeta, desobedeciendo las órdenes estrictas del Virrey, abandona Oruro, marchando sobre Potosí, donde entra el 4 de enero, apoderándose del contenido de la Caja Real para pagar a sus tropas. Se niega, asimismo, a desprenderse de las unidades que La Serna le había pedido para abrir la campaña.

Para encubrir su motín, aduce el argumento de que "tanto el virrey de La Serna, como los generales Canterac y Valdés habían sido nombrados durante el Gobierno constitucional de España, y que en virtud del Real Decreto del 1 de octubre de 1823, se declaraba nulo todo lo actuado en tiempo de aquel Gobierno; consideraba, por tanto, que los nombrados han dejado de serlo, y que entonces él está en su derecho de no reconocer en su territorio otra autoridad que la que él detentaba" (4).

(3) Miller, vol. II, pág. 106.
(4) Bidondo, pág. 111. En S.H.M., Ultramar, Legajo 5, carpeta D, existe abundante documentación relacionada con Olañeta y su rebelión. Entre ella hay una curiosa nota anónima de enero de 1824, avisándole de que se le seguía "causa por anticonstitucionalista".

Así pues, cuando la causa realista estaba en su mejor momento, sus propios defensores se encargaron de debilitarla. Naturalmente, con la amenaza de Olañeta en su retaguardia, La Serna no podía pensar, por el momento, en explotar la gran ventaja que suponía lo que él mismo llama "la inesperada y maravillosa ocupación de las fortalezas del Callao y de la capital del reyno" (5).

Contaba para la campaña con 18.000 hombres, pero el pronunciamiento cambiaba la situación totalmente. De un lado, el propio Olañeta tenía a su mando 4.000, que se habían convertido en rebeldes. De otro, Valdés tuvo que partir para operar contra él con otros 3.000, luego reforzados. El Virrey se quedaba en la práctica con menos de 11.000 hombres disponibles para cubrir todo el territorio que ocupaban los realistas y para hacer frente a Bolívar. Había perdido, pues, al menos en parte su superioridad.

Los primeros en comprender hasta qué punto habían cambiado las cosas fueron los propios independentistas. Como escribía el secretario del Libertador (6): "si los enemigos después de los graves y trascendentales sucesos del mes de febrero hubieran marchado sobre el Libertador, su Excelencia se había visto en la dolorosa precisión de cederles el país, porque hubiera sido el colmo de la imprudencia tentar la suerte de las armas. El enemigo estaría actualmente en el corazón de Colombia". Es posible que esta última afirmación peque un tanto de dramática, pero también es verdad que no se ve cómo Bolívar podría haber hecho frente por aquel entonces a una ofensiva general de los realistas.

Sin embargo, los independentistas se habían convertido en una amenaza secundaria frente a la que representaba Olañeta. A Valdés, que había recibido instrucciones para unirse a Canterac con vistas a la prevista ofensiva, se le envían contraórdenes. Su nuevo objetivo sería batir a los rebeldes. Ante la firme resistencia que éstos opusieron, dirigidos por Jefes tan experimentados como Olañeta, Marquiegui y el famoso "Barbarucho", tendrá que ser reforzado por el II del Imperial Alejandro y los Granaderos a Caballo de la Guardia.

Por un momento, pareció que se podría evitar una ruptura de hostilidades, cuando ambos generales firman el 9 de marzo el Convenio de Tarpaya, por el que Olañeta se comprometía a evacuar Potosi, conservando el mando al sur del Desaguadero, y la costa más abajo de Arequipa. Olañeta, sin embargo, pronto dio pruebas de que no estaba dispuesto a cumplir lo acordado.

En junio, el Virrey manda a Valdés que empiece las operaciones contra él, produciéndose una serie de encuentros sangrientos entre ambos bandos en Tarabuquillo, Salo y Lava. En este último, que tuvo lugar el 17 de agosto, murió Ameller, el bizarro coronel de Gerona. En Salo, un afortunado golpe de mano del "Babarucho", llevó a la captura del propio Carratalá, que posteriormente fue rescatado. Acontecimientos graves impidieron que continuaran los enfrentamientos. Como consecuencia del resultado de la batalla de Junin, La Serna ofició a Valdés para que acudiera a unírsele con sus tropas. Olañeta quedó entonces en libre posesión del terreno que ocupaba, desdichado ejemplo del partidismo a ultranza llevado a sus últimas consecuencias.

◆

(5) La Serna, "Manifiesto que de la criminal conducta del general Olañeta hace a S.M. el virrey del Perú", Cuzco, 1824, pág. 4. El "Manifiesto" contiene un interesante Apéndice documental.

(6) Citado en Paz Soldán, vol. II, pág. 55.

En cualquier caso, el irremediable mal ya estaba hecho. No habían faltado, sin embargo, jefes realistas que opinaban que, a pesar de la sublevación en su retaguardia, era prioritario marchar contra Bolívar. Entre ellos figuraba García Camba, que abogaba por la ofensiva para "sacar todo el partido posible de la inferioridad y falta de organización en que se hallaba entonces Bolívar en Trujillo, y del efecto moral que visiblemente producía en el país la reciente recuperación del Callao y de la capital del reino" (7).

Pero "este sistema, desgraciadamente, no estaba conforme con el dominante del general Canterac, quien, aunque ardía en deseos de buscar a Bolívar, rehusaba moverse hasta que el Ejército de su mando fuese reforzada con las tropas disponibles del Sur (se refiere a las que combatían a Olañeta)" (8).

Un Consejo de Guerra, reunido al efecto, se inclina por esta última alternativa, y traslada su criterio al Virrey. Este, en vez de tomar una decisión, envía un correo a Valdés, pidiéndole su criterio. El combativo general contesta adhiriéndose a la posición que sustentaba, entre otros, García Camba.

Sólo entonces se expiden órdenes a Canterac para que se ponga en campaña, pero éste, con diversos pretextos, permanece inactivo hasta el 1 de agosto, cuando empieza su movimiento ante la noticia de que Bolívar había tomado la iniciativa.

Es difícil de saber si los realistas debían de haber atacado, incluso sin Valdés. Probablemente la respuesta podría ser afirmativa. Los independentistas se encontraban desmoralizados, y seguían siendo inferiores en número, aunque el margen de superioridad de los realistas se había reducido sensiblemente. Pero también es verdad que la sublevación presentaba un grave problema político, siendo un atentado contra la autoridad virreinal que La Serna no podía dejar pasar sin reaccionar de alguna manera. Las acusaciones de complicidad entre Olañeta y Bolívar, que le gratificó con el título, poco deseable para un español en aquellas circunstancias, de "libertador", haría aún más acuciante a sus ojos la necesidad de tomar medidas.

No hay que olvidar que el Virrey se consideró satisfecho con el Convenio de Tarapaya, lo que parece indicar que no obraba cegado por el deseo de aplastar por principio la sublevación, sino que actuó forzado por los acontecimientos.

En cuanto a la grave responsabilidad que asumió Olañeta con su pronunciamiento, es evidente. Se tradujo de forma directa e inmediata en una reducción sustancial del Ejército disponible para operar, abstracción hecha de que se hubiera tomado la ofensiva antes o después de que Valdés terminara su campaña.

Bolívar, por su parte, había analizado la situación con la sagacidad que le era habitual. El 14 de abril escribía a Sucre: "Ayer llegué aquí desde Trujillo con buenas noticias de los enemigos... Todo indica que hay división en el Ejército español y que pronto van a verse despedazados por los partidos y aún por los combates. El resultado final es: primero, que Olañeta está con su División más allá de Oruro, y que iba retirándose hacia Jujuy; segundo, que Valdés está más allá de

(7) García Camba, vol. II, pág. 245.
(8) Ibíd., vol. II, pág. 246.

Oruro; tercero, que esos Cuerpos no pueden batirse con nosotros... A consecuencia de ésto, yo pienso que debemos movernos en todo el mes de mayo contra Jauja". Al día siguiente decía el coronel Heres: "Desde que he recibido las noticias de las diferencias entre La Serna y Olañeta me he decidido a emprender la campaña contra Jauja en el mes de mayo... Si los enemigos no han recibido el refuerzo de las tropas de Valdés, necesariamente deben dejarnos el valle de Jauja sin combatir, porque son inferiores a nosotros" (9).

Como se puede apreciar, el propio Libertador estaba más en la línea de Canterac que en la de García Camba, y estimaba que sin el apoyo del Ejército del Sur los del virrey no podrían tomar la ofensiva. Fuera como fuese, supo valorar los efectos de la sublevación de Olañeta, como en su día había hecho con la de Riego. Ambas fueron dos excelentes oportunidades para los independentistas.

Para cuando escribía esas cartas, Bolívar había aprovechado al máximo el inesperado respiro que se le había concedido, desplegando una intensa actividad (10) y mejorando la instrucción y entrenamiento de sus Cuerpos. Prestó especial atención a aumentar la capacidad de marcha de los hombres, especialmente de los colombianos, no acostumbrados a las condiciones de aquel teatro de operaciones, consciente de que en la movilidad residía una gran ventaja de sus enemigos.

Simultáneamente, y gracias sobre todo a los refuerzos que le llegaron de Colombia, había aumentado su Ejército hasta disponer de 10.000 bayonetas y sables, organizadas en 11 Batallones y 9 Escuadrones. Los primeros eran Vargas, Rifles, Voltígeros, Pichincha, Bogotá y Vencedor, colombianos; Legión y números 1, 2 y 3, peruanos. Como Caballería había dos Escuadrones de Granaderos de Colombia, tres de Húsares de Colombia, uno de Granaderos de los Andes y tres —dos, según algunos autores— de Húsares del Perú. Para Miller, todas estas unidades estaban en perfecto estado de instrucción.

Podían contar, además, con los servicios de numerosos montoneros que, "en el Perú, semejantes a las guerrillas en la Guerra de Independencia española, prestaron incalculables servicios" (11).

Su más inmediato rival, Canterac, tenía unos 8.000 hombres, pertenecientes a los Batallones I y II del Imperial, I del Infante, Cantabria, Burgos, Arequipa y Tarma, y cuatro Escuadrones de Dragones de la Unión, dos de Húsares de Fernando VII y dos de Dragones del Perú.

Los independentistas eran en Infantería, superiores en número, pero inferiores en Caballería —1.000 hombres contra 1.300—, y en Artillería, 6 piezas frente a 9.

Terminados sus preparativos, a fines de mayo Bolívar lanza su ofensiva, atravesando la Cordillera Blanca y los Andes y llegando el 1 de agosto a Cerro de Pasco.

La marcha, "por el terreno más áspero del país más montañoso de la tierra", exigió un enorme esfuerzo de las tropas. Las colombianas, a pesar de todo su entrenamiento previo, fueron afec-

(9) Citado en Luis A. Rodríguez, *Ayacucho*, Quito 1975, pág. 355 y sigs.
(10) Ibíd., pág. 120 y sigs. para los minuciosos preparativos de Bolívar.
(11) Miller, vol. II, pág. 122.

tadas por el soroche: "a veces Batallones enteros caían de repente en tierra, como por encanto, y habría sido matar a cuantos los componían obligarles a marchar antes de que hubieran descansado y se recobraran algún tanto" (12). Por lo menos tuvieron la fortuna de no verse molestados en su doloroso camino por los realistas.

Sólo cuando los enemigos completaron la primera parte de su movimiento, reacciona Canterac, avanzando desde Jauja. Para aproximarse a Pasco, escoge el camino que bordea la orilla oriental de la laguna de Reyes. A su vez, Bolívar progresa en dirección opuesta, por el lado occidental.

El 5 de agosto, Canterac se percata de la maniobra del adversario, destinada a ponerse a caballo de su línea de comunicaciones. El 6, cuando todavía no han acabado de franquear la sierra, los independentistas divisan a los realistas, que a marchas forzadas atravesaban en su repliegue la pampa de Junin.

Bolívar concibe entonces el plan de fijarles con un ataque de sus jinetes, para dar así tiempo a su más numerosa Infantería de llegar y entablar una acción general. Ordena por consiguiente a sus Escuadrones que dejen las mulas que habían cabalgado hasta ese momento para no fatigar a los caballos, y que monten en ellos. Deben ganar rápidamente la llanura para atacar al adversario.

Canterac, como antiguo oficial de Caballería, piensa sin equivocarse que se le presenta una espléndida ocasión para batir a los independentistas. Su Caballería, más numerosa y de toda confianza podía caer sobre la de Bolívar antes de que pudiera desplegar en terreno abierto. Inmediatamente da las pertinentes instrucciones.

Las tropas que se iban a enfrentar eran de excelente calidad. Por sólo citar el testimonio de un independentista, la de Canterac era "una brillante Caballería, muy bien montada y equipada" (13). En cuanto a la de Bolívar, "se componía tal vez de los mejores jinetes del mundo: los gauchos de las Pampas, los guasos de Chile y los llaneros de Colombia" (14).

El Libertador alineará 1.000 hombres, peruanos, chilenos, argentinos y colombianos.

Su rival, 1.300, en ocho Escuadrones (15). Parte pertenecían a los Dragones del Perú, unidad formada enteramente con elementos locales. El resto, a los Húsares de Fernando VII y a los Dragones de la Unión, Regimientos ambos formados en torno a sendos Escuadrones europeos llegados a Venezuela hacía casi 10 años. La magnífica Caballería realista era, pues, en gran parte americana.

El dispositivo que adoptó Canterac para su ataque fue el siguiente. En el centro, los Escuadrones del Perú y de Húsares. En ambas alas, en columnas, los Dragones de la Unión.

◆

(12) Ibíd., vol. II, pág. 136.

(13) López, pág. 169.

(14) Miller, vol. II, pág. 137.

(15) En la obra de La Barra y en *Ayacucho*, publicada por la Comisión Mixta del Sesquicentenario, Lima 1974, pág. 139, se menciona la cifra de sólo 6 Escuadrones. Sin embargo, del parte de Canterac y de García Camba se desprende que eran 8.

Aunque las distintas versiones se contradicen, parece que los independentistas llevaban en vanguardia a los Granaderos de Colombia, seguidos por los de los Andes y por los Húsares de Colombia. Los Húsares del Perú cerraban la marcha (16).

Canterac, en su deseo por caer sobre el enemigo antes de que pudiese desplegar, ordena prematuramente la carga. La costumbre era que ésta se iniciara primero al trote corto, para luego pasar al largo, más tarde a un galope contenido y por último, ya muy cerca del objetivo, lanzar los caballos a rienda suelta. Sin embargo, en esta ocasión, se pasó "a los aires violentos a desproporcionada distancia". Ello suponía que las monturas llegarían más cansadas al choque y, en muchos casos, desbocadas. Los Escuadrones también estarían desorganizados, porque era imposible mantener durante largo tiempo la alineación de cientos de jinetes avanzando a galope tendido. Pero, al igual que los hombres perdían control sobre los caballos, los jefes lo perdían sobre sus subordinados. Una carga prematura convertía, en efecto, a la Caballería en una masa informe e incontrolada de caballos y de jinetes, sorda a las órdenes e incapaz de cualquier evolución. Junín será un ejemplo clásico de la dificultad que suponía manejar al Arma montada, excepcional elemento de choque en aquella época, pero cuyo empleo exigía un exquisito cuidado.

Lanzados en desenfrenada carga, los realistas se abaten sobre sus contrarios: "el encuentro de estas Caballerías fue tremendo, horroroso. Alcanzábamos a ver que los caballos se estrellaban unos contra otros" (17). Bajo el ímpetu del ataque, los Escuadrones independentistas de cabeza son, literalmente, barridos. El resultado fue, "la derrota total de los patriotas, a excepción de unos cuantos Granaderos a Caballo de Colombia a las órdenes del bizarro mayor Braun, que se abrió paso por los enemigos, y un Escuadrón peruano que estando al primer choque un poco a retaguardia se liberó afortunadamente de la suerte de los demás" (18).

La batalla estaba aparentemente ganada. Casi todos los Escuadrones habían cedido. Su comandante, Necochea, tras recibir siete heridas había sido capturado. El propio Libertador, que había presenciado la formidable embestida, se dirigió en busca de su Infantería para apoyar a los jinetes batidos tras haber mantenido el siguiente diálogo con el general Lara (19):

"Bolívar: Nos han derrotado nuestra Caballería.
Lara: ¿Y tan buena así es la del enemigo?
Bolívar: Demasiado buena, cuando han derrotado la nuestra".

Miller, que mandaba los jinetes del Perú, en carta recogida por Paz Soldán, dice que "todo se hallaba perdido".

Pero, como hemos visto, quedaba aún una unidad independentista formada, y que no se había visto envuelta en el combate, por estar en retaguardia. Era el Primer Escuadrón de Húsares del Perú, que "permaneció a pie firme porque no se hallaba sobre el eje del ataque y no había sido alcanzado por el desorden del repliegue" (20).

◆

(16) En Paz Soldán, vol. II, pág. 58, figura un gráfico del despliegue de la Caballería, obra de Miller.
(17) López, pág. 127.
(18) Miller, vol. II, pág. 145.
(19) López, pág. 180.
(20) La Barra, pág. 158.

No se sabe si su jefe, el teniente coronel Suárez actuó por iniciativa propia o acatando las órdenes que Miller le dio. En todo caso, se encontraba en una situación perfecta. Es bien sabido que un combate de Caballería se resolvía a favor del bando que mantenía la última unidad formada y controlada, y en Junín esta fue independentista.

Canterac, obsesionado por asestar una carga fulgurante, no había tomado la elemental medida de conservar algún Escuadrón de reserva. En su parte pretende que esta era la misión otorgada a los Dragones de la Unión, lo que no es verosímil, porque atacaron con el resto de las fuerzas. Se encontró, por consiguiente, con sus jinetes dispersos, encelados en la persecución, sordos a los toques de trompeta. No tenía un soldado a mano, a sus órdenes: "desde aquel momento (del choque), ninguno pudo conservar su formación, se dispersaron en la pampa en grupos más o menos grandes que impetuosamente se acometían con valor heroico" (21).

Suárez estaba en la situación contraria. Su Escuadrón se hallaba todavía fresco y bajo control, y no se había dejado desmoralizar por la derrota de sus compañeros. A su voz, los Húsares cargan a los realistas desordenados, sorprendiéndoles con su inesperado ataque. Mientras éstos intentan reaccionar, los demás Escuadrones de Bolívar se reorganizan y se arrojan al combate. Los realistas, abrumados bajo las lanzas y los sables que se vuelven contra ellos, y con los caballos derrengados, vuelven grupas y se retiran como pueden.

García Camba, otro viejo jinete, escribe como si no pudiera creer lo sucedido: "un sueño parecía la derrota que la brillante y engreída Caballería del Ejército Real del Norte del Perú acababa de sufrir en Junin, perdiendo en ella más de 300 caballos y todo el favorable prestigio y la ventajosa reputación que había sabido adquirirse en tan gloriosas campañas anteriores" (22).

El combate duró 45 minutos, y en el curso del mismo no se disparó un solo tiro, utilizándose exclusivamente las armas blancas. Las más eficaces fueron las lanzas, sobre todo las de los jinetes independentistas: "los lanceros fijan las riendas encima del caballo, y les quedan las dos manos en libertad para manejar la lanza, y generalmente hieren a su enemigo con tal fuerza, con particularidad cuando van a galope, que les levantan dos o tres pies encima de la silla" (23). En verdad eran formidables enemigos, con la ventaja adicional que les daba el hecho de que sus lanzas tuvieran tres varas y media de longitud, frente a poco más de dos que tenían las usadas por los realistas (24).

Sobre las bajas respectivas, hay diversas opiniones. Miller en su libro calcula las de Canterac en más de 400, y las propias en 140. Sin embargo, en una carta escrita poco después de la acción sitúa las primera en 310, incluidos 60 prisioneros y las segundas en 150. López aporta el número de más de 400 para los realistas, y sólo 93 para sus contrarios. Bolívar, por su parte, atribuye 444 a los del Rey y 145 a sus propios jinetes.

Las pérdidas realistas fueron ciertamente graves, pero no hasta el extremo de justificar la afirmación de Manuel Antonio López, según el cual, "toda la Caballería enemiga ha quedado reducida

◆

(21) López, pág. 178.
(22) García Camba, vol. II, pág. 258.
(23) Miller, vol. II, pág. 146.
(24) O'Connor, pág. 114.

a un tercio de su fuerza". De haber sido así, hubiera resultado impensable que, como sucedió inmediatamente despues de la derrota, el coronel de los Dragones de la Unión se ofreciera a cargar una segunda vez, para continuar el combate, lo que indica que su unidad al menos estaba en condiciones de actuar.

Un oficio de Canterac a Rodil posiblemente refleja la verdad, cuando el general vencido dice: "nuestra pérdida ha sido de poca consideración en el número de hombres, pero sí ha influido extraordinariamente en el ánimo, particularmente de la Caballería". Ciertamente, en Ayacucho los realistas contaban con una nutrida Caballería, pero veremos que intervino con insuficiente empuje.

Quizás el mayor daño que sufrieron los del Rey en Junín fue la disminución de su moral. Hasta entonces, los jinetes de La Serna tenían una impecable hoja de servicios, y la derrota les sorprendió tanto que les amedentró.

Porque era indiscutible que el enemigo les había batido, a pesar de ser inferior en número y haberse encontrado en posición desventajosa. Bolívar reconoció la deuda que tenía con el Regimiento peruano, que salvó la situación, dándole el nombre de Húsares de Junín. Como anécdota cabe anotar que, gran aficionado a los perros, guardó el de un oficial realista que acompañó a su amo durante la carga.

Es de justicia señalar que el revés no se debió al comportamiento de los Escuadrones realistas. Simplemente, fueron mal mandados. Canterac ni siquiera tuvo la elemental decencia de reconocerlo. Antes al contrario, en su parte al Virrey atribuye la responsabilidad de lo sucedido a sus hombres: "Parecía, Excmo. Sr., imposible en lo humano que una Caballería como la nuestra, tan bien considerada, bien armada, equipada, montada, instruida y disciplinada, y que mostraba incesantemente vivos deseos de llegar a las manos con el enemigo, lo que me pidieron con repetidísimas instancias aquella misma tarde al juntarse la enemiga, digo parecía imposible que con tanta verguenza huyese de un enemigo inferior bajo todos los respectos y que ya estaba casi batido por los mismos que después, por una fatalidad tan funesta como incomprensible han echado un borrón a una reputación antigua y puesto en compromiso al Perú todo".

El general era tremendamente desleal al escribir así. No fue una "fatalidad" que el Primero de Húsares del Perú no se desbandase. Sí que lo fue, en cambio, que él no tomara la precaución elemental de mantener en mano una reserva. Tampoco fue una "verguenza" que unos Escuadrones desorganizados volviesen caras al ser sorprendidos por un ataque. El propio Canterac, como oficial del Arma, debía conocer la vulnerabilidad de una Caballería que había perdido la formación. Eso se podía, y debía, de haber evitado con la fuerza de reserva, y controlando la carga.

Fue imperdonable, por otra parte, que no apoyara el ataque con Infantería o Artillería. Tenía unidades de la una y de la otra bajo su mando. Unas descargas sobre el enemigo formado en columna, seguido por un ataque de sus Escuadrones, hubiera sido irresistible.

Para incrementar la lista de sus errores, tras la derrota se entregó a una desatinada fuga, olvidando que el grueso de su Ejército seguía intacto. En la huida hasta el Cuzco, sus hombres corrieronn 150 leguas. No es sorprendente que las tropas, desmoralizadas, perdieran más de 3.000

hombres por el camino, entre desertores y aspeados, "aunque los realistas no iban estrechamente perseguidos en su retirada ni eran seriamente molestados" (25).

Al enterarse de la derrota, La Serna convoca a todas sus fuerzas, llamando a Valdés para que se le fuera a unir con el Ejército del Sur.

Bolívar, por su parte, marcha a Lima a organizar nuevas tropas y a ocuparse de la administración de la parte del Perú que era ya independiente. Sucre queda al mando del Ejército, pero se refuerza con la llegada del Batallón Caracas y de los Escuadrones de Dragones de Venezuela y de Guías de la Guardia.

A fines de septiembre, los realistas reorganizan todas las tropas que han reunido, dando al conjunto la denominación de Ejército de Operaciones del Perú. El Virrey en persona se reserva el mando del mismo, con Canterac como Jefe de Estado Mayor y Carratalá como su segundo.

Esta concentración de tropas procedía de los siguientes contingentes: Canterac aportaba el hasta entonces llamado Ejército del Norte, formado por el I del Infante, I del Imperial, Burgos, Cantabria, Castro, Victoria, Guías, Centro, II del Primero, Huamanga, Escuadrones de Dragones de la Unión, del Perú, de Húsares y de San Carlos.

Valdés, el del Sur, con el I y el II de Gerona, II del Imperial, I del Primero, II de Fernando VII, 4 Escuadrones de Granaderos a Caballo de la Guardia —unidad que Canterac había pedido insistentemente tras Junín— y el Escuadrón de Dragones del Rey.

Bajo la nueva organización se formaron tres Divisiones de Infantería. La de Vanguardia, de Valdés, con 4 Batallones que acababan de completar una de sus famosas marchas, de 270 leguas, para llegar a Cuzco. La Primera, de 5, con Monet, y la Segunda, también de 5 a las órdenes de Villalba. La Caballería constituía una División, al mando de Ferraz.

En total, sumaban 11.400 bayonetas, 1.600 sables y 16 piezas. Otras fuentes citan la cifra de 9.310 hombres.

A mediados de octubre salen de Cuzco, dejando allí de guarnición el Batallón de Milicias de Huamanga y los Dragones del Rey. Poco después de pasar el Apurinac, capturan un convoy enemigo. Encuentran en él un uniforme de Sucre que, con dudoso gusto, es entregado al tambor mayor de Gerona para que lo luzca (26). Poco tardarían en arrepentirse de esta burla.

Ante el avance realista, sus contrarios se repliegan lentamente. Tras una larga serie de marchas y contramarchas, en las que cada bando busca la oportunidad favorable para un ataque, el 3 de diciembre Valdés logra asestar un afortunado golpe de mano a elementos de la División de Reserva de Sucre, en Colpahuaico. En concreto, son los Batallones Vargas y Rifles. Este último "se componía primitivamente de ingleses que se distinguieron particularmente en Colombia. Habiendo perecido casi todos los soldados europeos por enfermedades o en el campo de batalla,

◆

(25) Miller, vol. II, pág. 151.
(26) García Camba, vol. II, pág. 281.

completaron enseguida el Cuerpo con 1.200 indígenas, que no hablaban sino dialecto nativo" (27). Era, en suma, una unidad parecida a los llamados Batallones "peninsulares" de los realistas.

Los dos Cuerpos, de bien ganada reputación, fueron batidos por Cantabria, apoyados por Burgos, perdiendo en la refriega varios cientos de hombres, el bagage, y una de las dos piezas que arrastraban los de Sucre por aquellas alturas. A consecuencia de "este serio descalabro", como lo llama Miller, los Granaderos a Caballo de Colombia y los de los Andes quedaron cortados del resto del Ejército, al que se reincorporaron días después. La maestría con que Sucre se replegó impidió que La Serna pudiese explotar a fondo este éxito local.

El mismo día, a muchas leguas de distancia, Urdaneta, que marchaba sobre Lima, abandonada por los realistas tras los últimos acontecimientos, experimentaba un revés a manos de la guarnición de El Callao, que había quedado a cargo de Rodil.

Tras el choque del día 3, el Virrey y Sucre continuaron sus fatigosas maniobras, buscando el primero el flanco del contrario y replegándose el segundo en orden perfecto.

El 6, los indios de Huanta, Huancavelica y Huamanguilla, al ver que los realistas parecían llevar la ventaja, se alzan en armas, cortando los convoyes independentistas y atacando sus destacamentos.

Dos días después, Sucre está en Quinoa, mientras que el Virrey ocupa el cerro de Condurcunca. Sólo una pequeña planicie separaba "el pie de la cordillera del pueblo de Quinoa, y los indígenas la llaman Ayacucho". Traducida al español, esa palabra significaba Rincón de los Muertos.

La posición respectiva de ambos Ejércitos, según un análisis que parece acertado (28), era la siguiente. Por lo que se refiere a los independentistas, "se había reducido tanto las fuerzas de Sucre que nada podía ya salvar a su Ejército de una completa derrota, sino un esfuerzo desesperado... En los 15 días anteriores, las bajas del Ejército Libertador ascendían a 1.200 hombres, de forma que en Quinoa llegaba su fuerza total a 6.000. Habiendo perdido la Caballería sus mulas en Colpahuaico, tenía que marchar pie a tierra, llevando del diestro sus caballos y muchos de ellos se habían inutilizado por falta de herraduras".

"No había circunstancia que no concurriese a aumentar el aspecto melancólico de las cosas con respecto a los patriotas; ni podían retirarse, ni podían atacar a los realistas por el barranco escarpado de 200 varas de profundidad que separaba a los dos Ejércitos, y la falta de provisiones les habría hecho imposible permanecer en aquella posición cinco días más.".

Pero el Virrey también tenía problemas. Durante las marchas precedentes, "las precauciones adoptadas por los jefes realistas para evitar la deserción tendían también a aumentar las privaciones de sus tropas. En cualquier punto donde hacían alto, los Cuerpos campaban en columna, y ponían alrededor un círculo de centinelas con los soldados de confianza; además de estas centinelas, un gran número de oficiales estaba siempre de servicio y ningún soldado podía salir de la línea

(27) Miller, vol. II, pág. 167.
(28) Ibíd., vol. II, pág. 169 y sigs.

de ellas con cualquier pretexto que fuese. Por la misma razón, era muy opuesto el Virrey a enviar partidas en busca de ganado, porque en tales condiciones era segura la deserción".

Pero posiblemente esto no era lo peor. Al fin y al cabo, la deserción había sido una constante de las campañas que estamos describiendo. En carta de 7 de enero de 1824, escrita pocos días antes de Ayacucho, Bolívar se quejaría a José Bernardo de Tagle de que había que encerrar a algunas de sus tropas en plazas fuertes para evitar la deserción: "en cuanto duermen al raso o hacen largas marchas, se quedan todas desertadas".

Resultaba más grave la falta de alimentos, por escasez de los mismos, más que porque a los soldados no se les permitiese alejarse para forrajear. Ambos Ejércitos tuvieron que comer caballos, mulas y llamas. Por ello, aunque La Serna ocupaba una posición inexpugnable, no podía mantenerse en ella por mucho tiempo debido a "la absoluta carencia de víveres y de forrajes" (29) en aquel lugar.

Además, en sus fuerzas había empezado a cundir el descontento por las agotadoras marchas sin aparente sentido y por lo que se estimaba falta de agresividad del Virrey, a pesar de contar con superioridad numérica. Pasquines criticando esta actitud empezaron a aparecer en el campo realista: "la ansiedad de las tropas... le arrastró a exponer al azar de una acción general el fruto que había alcanzado en la campaña; pero la paciencia de las tropas se había agotado... Por tanto puede muy bien asegurarse que le comprometieron a una acción general contra su propia opinión" (30).

Ambos Ejércitos se veían abocados a la batalla. Sucre, porque amenazado por el Virrey y por los indios no podía seguir rehuyendo indefinidamente el combate sin que sus tropas se disolvieran. Como él mismo reconoció en el parte de batalla que envió a Bolívar, la mayor maniobrabilidad de su adversario podía hacer que llegara a cortarle su línea de comunicaciones.

La Serna, por la falta de víveres y la creciente insatisfacción de los Cuerpos ante su estrategia dilatoria. Es discutible, no obstante, hasta que punto su situación no era relativamente mejor que la de su adversario, y si no hubiera podido esperar el paso de ese puñado de días que hubiera forzado a los independentistas a levantar el campo.

Decidió, sin embargo, atacar.

El terreno de batalla sería la pequeña llanura que ya hemos mencionado, limitada en los flancos por dos quebradas, y atravesada de Norte a Sur, en el punto de mayor extensión por otro barranco o lloclla.

Allí desplegó Sucre sus tropas. A la derecha, la División de Córdoba, con los Batallones Bogotá, Voltigeros, Pichincha y Caracas, quedando éste último a retaguardia de la línea. Cerca de él, en reserva, formó la División de Lara, con los Batallones Vencedor, Rifles y Vargas. A la izquierda, La Mar, con los Batallones números 1, 2 y 3 y la Legión Peruana.

(29) García Camba, vol. II, pág. 297.
(30) Miller, vol. II. pág. 179.

La División del Perú estaba apoyada por dos Escuadrones de Húsares de Junin. Próximos a Lara, en reserva, se encontraban los Húsares de Colombia, y los Granaderos del mismo nombre, con dos Escuadrones cada Regimiento, y un Escuadrón de Granaderos de los Andes. La única pieza de que disponían los independentistas estaba emplazada entre Córdoba y Lara.

El conjunto alcanzaba la suma de 5.780 hombres, según algunos autores, y 6.879, de acuerdo con otros. La gran mayoría eran infantes, sumando la Caballería poco más de 750 jinetes.

La Serna tenía las siguientes fuerzas: División Valdés, con los Batallones Cantabria, Centro, Castro y I del Imperial, División Monet, con I de Burgos, I del Infante, Victoria, Guías y II del Primero. División Villalobos, con el I y el II de Gerona, II de Fernando VII, I del Primero y II del Imperial.

La Caballería constaba de cuatro Escuadrones de Granaderos a Caballo de la Guardia; tres de Húsares de Fernando VII; dos de Dragones del Perú; tres de Dragones de la Unión; uno de San Carlos y uno que, por pura tradición, llevaba el nombre de Alabarderos de la Guardia, extraordinario para una unidad montada. La Artillería estaba representada por 11 piezas.

Este conjunto de tropas se calcula habitualmente en la cifra de 9.310 hombres. Valdés, en cambio, indica (31) que eran 6.906, sin contar los artilleros, que lógicamente no podían superar uno o dos centenares de hombres. Basa este cálculo en la fuerza que atribuye a cada Cuerpo, y que reproducimos por considerarla significativa, a la vista de la autoridad de la fuente.

Los tres Regimientos de Infantería que presentaban dos Batallones cada uno, Gerona, Imperial y Primero o del Cuzco, tenían, respectivamente, 900, 796 y 829 plazas. Los demás contaban sólo con un Batallón, con los siguientes efectivos: Infante, 444; Guías, 240; Burgos, 540; Victoria, 392; Fernando VII, 196; Castro, 495; Centro, 464; Cantabria, 580.

Los Granaderos a Caballo tenían 380 jinetes; Dragones de la Unión, 248; los del Perú, 146; los Húsares de Fernando VII, 124; el Escuadrón de San Carlos, 86; los Alabarderos, 46.

Había, pues, 5.876 infantes y 1.030 caballos.

No es sorprendente la debilidad de algunos Cuerpos como Guías o Fernando VII, que apenas se pueden llamar Batallones. En el Ejército de Sucre, por ejemplo, la Legión Peruana alineaba sólo 270 hombres, y el 3.º del Perú, 195.

Si se comparan las cifras de los efectivos realistas con las existentes cuando empezó la campaña, a la salida del Cuzco, a mediados de Octubre, se verá el enorme desgaste que suponían las marchas y la deserción.

No es tarea fácil determinar cual era la composición del Ejército realista en Ayacucho, desde el punto de vista del origen de los hombres que lo formaban.

(31) Conde de Torata, *Exposición que dirige al Rey Don Fernando VII el mariscal de campo D. Jerónimo Valdés*, Madrid 1894-98, vol. III, págs. 1 a 22.

Si nos atenemos a la denominación oficial de las unidades, hallamos que se consideraban "expedicionarios" o europeos a los siguientes Cuerpos. En Infantería, Cantabria, Imperial, Burgos, Victoria, Gerona. En Caballería, Húsares de Fernando VII y Dragones de la Unión.

Eran, en cambio, americanos, los Batallones de Castro, Centro, Infante, Guías, Primero de Línea y Fernando VII, y los Regimientos de Caballería Granaderos de la Guardia y Dragones del Perú, así como el Escuadrón independiente de Alabarderos y el de San Carlos.

Así pues, de 14 Batallones, 7 serían peninsulares y 7 locales. De 14 Escuadrones, 6 europeos y 8 americanos.

Habría que precisar, sin embargo, estos datos. De hecho, tanto el II de Gerona como el II del Imperial nacieron ya como unidades americanas, con sólo un cuadro peninsular facilitado, respectivamente, por el I de Gerona y el II de Extremadura.

Por consiguiente, 9 de los 14 Batallones eran desde su origen locales.

En Caballería, el fenómeno era aún más acusado. Durante todo el período de la Emancipación, de la península sólo había llegado un Escuadrón de Húsares, otro de Dragones, dos de Lanceros y uno de Cazadores-Dragones y un pequeño cuadro para los Granaderos. Teniendo en cuenta los acontecimientos por los que habían pasado, desde Maipú hasta el fracaso de la expedición de la *María Isabel,* es de suponer que el número de supervivientes sería muy bajo. En la práctica las unidades montadas realistas presentes en Ayacucho eran americanas en su mayoría.

Recordemos, además, que la circunstancia de que se designara a un Cuerpo como expedicionario aludía exclusivamente a su origen, y no tomaba en cuenta las alteraciones en su composición a lo largo de años de cubrir sus bajas con personal local.

Según un informe oficial español (32), cuando Ayacucho tuvo lugar, "la tropa de los Regimientos era toda del país, menos un octavo, que era de europeos".

García Camba (33), afirma que "los individuos europeos de todas clases con que contaba el Ejército de Ayacucho no pasaban de 500".

En la obra de Torata figuran las siguientes apreciaciones: "el Ejército Real de Ayacucho era más americano que el de los enemigos" (34). El diario de Bernardo Escudero, que se recoge en el mismo trabajo (35) dice: "desde el virrey hasta el último corneta no llegábamos a 900 españoles los que allí estábamos... Quizás había más europeos en el Ejército contrario que en el nuestro". En su "Refutación" a ese Diario, Valdés afirma que el Ejército realista "no contaba más de 500 europeos de soldado a jefe".

◆

(32) S.H.M., Ultramar, legajo 2-1-7-13. Expediente sobre la batalla de Ayacucho.

(33) García Camba, vol. II, pág. 307.

(34) Carta de Valdés al historiador Torrente recogida en la obra de Torata, como Nota a pie de la pág. 6 del vol. I.

(35) Torata, vol. II, págs. 23-51.

En el bando opuesto, López afirma "que no había menos indígenas bajo las banderas españolas" que bajo las independentistas (36). Describiendo un encuentro amistoso entre oficiales de ambos bandos antes de que empezara la batalla, indica: "Aquello era una verdadera guerra civil. Nuestro corazón acababa de descubrir que esos distinguidos caballeros... eran nuestra misma carne y sangre" (37).

Añade a continuación que el número de peninsulares en el lado realista oscilaría entre 3.000 o 3.500, diciendo que estos "no tenían en Ayacucho cuerpos exclusivamente de americanos, que los jefes y oficiales eran generalmente españoles y el Burgos, Cantabria, los de Gerona y Fernando VII casi en su integridad" (38).

Como hemos comentado antes, esta afirmación es errónea. Sin duda, todas las unidades contaban con un cuadro de españoles, que a veces podía ser sólo de uno o dos oficiales. Pero decir que el II de Gerona o que Fernando VII eran predominantemente europeos, es una equivocación.

En cuanto a Burgos, tenía en Ayacucho 75 peninsulares (39), de los cuales, 25 habían sido cedidos por otros Batallones expedicionarios.

Un compañero de armas de López (40), aventura el cálculo de que "apenas los seiscientos y pico eran españoles" en el Ejército realista.

Quizás se podría llegar a la conclusión que de los 9.000 o 10.000 realistas en Ayacucho, entre 500 y 1.000 serían peninsulares.

En la citada obra de Torata se recogen algunos datos sobre el estado de distintas unidades: "El brillante Regimiento de Gerona, que tantas glorias supo dar al nombre español, no merecía ya otro que el de una guerrilla uniformada". Del II del Imperial se dice que era de "malísima calidad". En cuanto al Fernando VII, había salido de Cuzco con 700 plazas, y participaría en Ayacucho con menos de 200. El de Guías se hallaba en un estado parecido. Habría que concluir que al menos 5 de los 14 Batallones del Virrey no estaban en óptimas condiciones para afrontar una batalla.

En cuanto a la Caballería, se dice que la del antiguo Ejército del Norte estaba desmoralizada por la derrota de Junín. La que había venido con el del Sur, de Valdés, tenía a sus monturas aspeadas por la larga marcha forzada que habían hecho.

Todo ello parece indicar que, con independencia del origen geográfico de sus miembros, el Ejército Realista no se encontraba en su mejor momento cuando se produce Ayacucho.

Su problema, en palabras de Valdés es que "se componía casi en su totalidad de prisioneros hechos en batallas anteriores o de indios tomados a la fuerza". De ahí su durísimo juicio (41):

◆

(36) López, pág. 218.
(37) Ibíd., pág. 216.
(38) Ibíd.
(39) Clonard, vol. X, pág. 395.
(40) O'Connor, pág. 129.
(41) Torata, vol. I, pág. 97. Las siguientes citas pertenecen a la misma obra.

"la batalla de Ayacucho no fue perdida por la traición ni la ignorancia; la perdió la falta de valor en la tropa, su cobardía".

Ya veremos que esta acusación es infundada. Más adelante, en la obra de Torata, se contiene un párrafo que refleja con mayor precisión la realidad: "pero los Batallones de Gerona que debían protegerle no eran ya los que habían vencido en Torata y Moquegua; aquellos soldados habían desaparecido en la sangrienta campaña contra Olañeta; los cuatro capitanes de las Compañías de preferencia habían sido muertos o heridos, y en lugar de tantos veteranos aguerridos, estaban ocupadas sus filas por reclutas tomados a la fuerza dos meses antes y prisioneros de las campañas anteriores, de quienes no podía esperarse razonablemente ninguno de aquellos esfuerzos que exigía la situación desesperada en que iba a emplearse este Regimiento".

La alusión a los mandos de las Compañías de Granaderos y Cazadores es significativa. En ellas se agrupaba a los mejores elementos de la unidad, y se procuraban mantener siempre al completo. Si estas Compañías tenían dificultades, se puede asegurar sin dudar que las de Fusileros se hallaban en condiciones aún peores.

El problema, efectivamente no residía en que las tropas fuesen masivamente americanas. Este había sido el caso desde siempre en el Ejército realista del Perú, que había obtenido en el pasado éxitos que ya hemos descrito. Tampoco se trataba de que muchos de sus miembros fuesen antiguos prisioneros o reclutas alistados a la fuerza. Unos y otros figuraban en elevado número en ambos bandos, y habían contribuido a no pocas victorias.

El problema era que había tantos reclutas sin instrucción, que además estaban agotados por las larguísimas marchas: "la tropa estaba toda cansada y aburrida de tantas marchas y privaciones". "El Ejército... se hallaba compuesto en su mayor parte de indios, que siempre muy propensos a la deserción, lo estaban mucho más en aquellos momentos por los trabajos que hacían". "Después de haber hecho la jornada de 8 a 9 leguas, tenían los infelices que salir a hacer dos viajes por agua y leña a distancia las más veces de una legua". Estos, por otro lado, se tenían que multiplicar, ya que los mandos estimaban que había pocos soldados de suficiente confianza como para poderlos enviar en misiones que facilitaban tanto la deserción.

Siguiendo la tesis de que las tropas locales se desertaban más que las originarias de otros lugares, se estimaba que "la calidad de las tropas no nos era ventajosa, porque el enemigo tenía compuesto su Ejército de soldados que podían considerarse extranjeros en el país en que se hallaban, especialmente las divisiones de Colombia, que distaban de los pueblos de su naturaleza más de 1.000 leguas".

Pero aún el permanente problema de la deserción se podía mitigar con una adecuada instrucción: "los indios y mestizos aborrecen el servicio militar y se desertan siempre que pueden, más después que cobran alguna afición lo desempeñan con alguna regularidad y son sumamente obedientes, aunque siempre propensos a desertarse" (42).

Esta instrucción, sin embargo, no existía, porque faltó materialmente el tiempo: el virrey se

◆

(42) S.H.M., Ultramar, legajo 10 C-19. Diario de operaciones del Ejército del Perú, 9 de marzo de 1822.

había visto "en la desgraciada necesidad de reemplazar las bajas que tuvo el Ejército en las campañas destructoras aunque gloriosas del año anterior... con indios tomados a la fuerza y embebidos en los cuadros sin instrucción o en columna cerrada, con oficiales situados en los extremos (para que no desertaran)".

Señalemos, por último, que los de Sucre también tenían sus propios problemas, habiendo tenido que hacer marchas de igual longitud y sufriendo las mismas dificultades para abastecerse.

Eran, pues, dos Ejércitos agotados por los meses de dura campaña, con una moral decreciente y forzados a batirse.

El que uno venciera al otro dependería, más de sus respectivos planes de batalla que de la calidad de las tropas, que se podía considerar muy igualada.

Desgraciadamente para los realistas, el plan adoptado con escaso entusiasmo por el Virrey tenía graves defectos que hubieran colocado en una problemática situación a unidades incluso de mayor calibre que las suyas.

Su idea de la maniobra era la siguiente. Valdés, reforzado por 4 piezas y 2 Escuadrones de Húsares, atacaría la izquierda enemiga, defendida por la División peruana. Monet, por el centro esperaría a que la ofensiva de su compañero progresara para entrar en acción. En cuanto a Villalobos, su misión era bajar sobre la derecha de Sucre, bordeando la quebrada Sur, protegiendo el emplazamiento de siete piezas de Artillería, que cubrirían con sus fuegos el ataque que él a su vez lanzaría en función de los avances de Valdés. La Caballería tenía una misión general de apoyo.

El plan adolecía de una serie de defectos básicos. En primer lugar, exigía ante todo que el Ejército realista bajara de las alturas que ocupaba para desplegar, a la vista y al alcance de los independentistas, en el llano.

En la fase de aproximación sería necesariamente muy vulnerable. Su numerosa Artillería, en la que residía su principal fuerza, estaría desmontada, la Infantería llegaría al campo de batalla fraccionada y la Caballería tendría que descender por unos senderos tan escarpados que los jinetes podrían ir sólo de dos en dos, llevando los caballos por el diestro.

Las distintas unidades entrarían así en fuego casi individualmente, a medida que llegaban a la pampa, mientras sus enemigos las esperarían reunidos y en condiciones de actuar en masa.

El inevitable fraccionamiento introducía un factor de complicación más en un plan que exigía perfecta coordinación entre las diferentes Divisiones, y que hubiera sido difícil de implementar en un terreno menos ingrato. En aquella geografía, y con un Sucre enfrente, el método elegido para atacarle era arriesgado, por no decir suicida.

En palabras de uno de los protagonistas españoles (43): "era pues de necesidad bajar, en el caso de verificarlo, a la desfilada por ambos flancos, sufriendo los fuegos contrarios sin poder contestarlos, o contestándolos en las peores condiciones y retardando la marcha; era de necesi-

(43) Bernardo Escudero, En Torata, vol. III, pág. 39.

dad desalojar al enemigo en el momento de concluir la bajada, porque no era posible entrar en formación de otro modo ni desplegar las fuerzas por falta de espacio; era de necesidad, en fin, que nuestras dos alas verificaran todo esto con perfecta simultaneidad y que ambas lograran establecerse sólidamente abajo a un mismo tiempo precisamente, so pena de que de lo contrario serían batidas sucesivamente... Se añadía a todo eso que así como el enemigo podía poner en fuego todas las fuerzas desde el momento en que empezáramos a pisar el campo de batalla y aún desde antes, nosotros no podíamos presentarle sino las pocas que cupieran en el pequeño espacio que ganáramos desde luego al bajar".

Difícilmente se podría hacer un análisis más acertado de la problemática perspectiva que esperaba a los del Rey.

El plan de Sucre, por su parte, tenía todas las ventajas de la sencillez. Consistía en esperar al enemigo y batirlo. Para ello, había tomado todas las disposiciones necesarias, aprovechando al máximo el terreno y disponiendo sus tropas de forma que contara con adecuadas reservas para hacer frente a las crisis que eventualmente pudieran surgir.

A las 9 de la mañana del 9 de diciembre de 1824, Canterac dicta a los generales las órdenes para empezar la batalla.

Terminado el almuerzo, los soldados realistas, vestidos minuciosamente sus uniformes gala, inician sus movimientos: "un pintor habría gozado viviendo sobre el fondo verde pajizo del Condorcunda aquellas largas líneas de matices móviles que rayaban la cuesta alternando con gracia el blanco, el azul, el verde, el gris, el amarillo, el barroso, el encarnado y otros tintes (44). Era el Ejército del Rey, que bajaba a enfrentarse con su destino.

La primera fase de la operación transcurrió sin problemas. La vanguardia de Villalobos, el I del Primero, desplegó en el lugar que le había sido asignado. Allí tenía que esperar a que se emplazaran las piezas que descendían de la montaña a lomos de mulo, y a que empezara el ataque general. A los efectos prácticos, la División se había reducido a ese Batallón más el II del Imperial, ya que los dos de Gerona y el de Fernando VII habían quedado algo apartados, en reserva.

Monet también empezó a disponer a las unidades en el puesto que les correspondía, a cubierto del Batallón de Guías, desplegado en guerrillas.

Como era habitual, inmediatamente se empezaron a tirotear con los Cazadores de Sucre, con ventaja para los realistas. Para contrarrestar ésta, los Granaderos a Caballo de Colombia darían hasta tres cargas contra los infantes, sin éxito, concentrándose en la Compañía ligera. En el Ejército independentista se dijo que el Virrey mandó al capitán García, que mandaba esa brava unidad americana, un ascenso tras cada carga rechazada, y que al final le hizo su propio bastón, junto con las charreteras del coronel (45). Dicho oficial moriría durante el combate.

En cuanto a Valdés, con sus excelentes tropas, despliega en la derecha realista, y ataca directamente a la División de La Mar, batiéndola. Hay que anotar que esta Gran Unidad era la menos

(44) López, pág. 221.
(45) Ibíd.

numerosa de las tres que tenía Sucre. En palabras de O'Connor, testigo presencial, el español llegó así "dentro de nuestras líneas" (46).

Posiblemente estimulado por ese éxito, el coronel del I del Primero, en contra de las órdenes directas recibidas, ataca desde la izquierda. El movimiento era totalmente prematuro. Ni las piezas que debía proteger habían entrado en posición, ni Valdés había profundizado lo suficiente, ni siquiera el resto de la División Villalobos apoyaba el ataque.

Córdoba, que mandaba ese sector de la línea independentista cogió al vuelo la excelente oportunidad que le daba este error, lanzando a Pichincha, Voltigeros y Bogotá contra el aislado Batallón del glorioso Primero del Cuzco. En unos instantes, es destrozado. "El famoso Escuadrón de San Carlos" (47) da una carga a pecho petral intentando frenar a los vencedores, pero es contraatacado por la Caballería de Colombia —Los Húsares, según unos, los Granaderos, según otros— que cubrían a los infantes. En la lucha contra esos jinetes, más numerosos y quizás de superior calidad, el Escuadrón quedó "en esqueleto". De hecho, de sus 86 hombres, sólo 10 quedaron en pie. Uno de ellos fue su coronel que eventualmente pasaría al Ejército de Santa Cruz, donde llegó a mandar la Caballería.

El único Batallón que tenía disponible entonces Villalobos era el II del Imperial, cuya dudosa calidad ya hemos comentado. Ante el avance de Córdoba, cedió, desorganizándose.

La situación entonces era la siguiente. En la derecha realista, Valdés había hecho importantes progresos. En la izquierda, era su adversario quien triunfaba. En el centro, continuaba el combate de los Guías al que nos hemos referido, mientras las demás tropas de Monet seguían bajando "resistiendo en columna el fuego vivo de las líneas enemigas".

Para controlar a Valdés y superar así "el momento crítico" (48) que había creado, Sucre envía a su encuentro el Batallón Vencedor, de la División de Lara. Como este refuerzo no es bastante, tendrá que enviar luego otras unidades.

A su vez, La Serna toma medidas destinadas a cubrir el vacío que ha abierto en su izquierda la derrota de los dos primeros Batallones de Villalobos. Con este fin ordena a los Batallones de Gerona que entren en fuego. Para darles tiempo a que lleguen de la reserva, avanza la División Monet.

Esta, al igual que la de Villalobos, se incorporará al combate fraccionada. Las primeras unidades que se adelantan son Burgos y el I del Infante. En su camino, encuentran la quebrada, resultando desorganizadas mientras la franqueaban.

Se crea así otra oportunidad para que los independentistas puedan asestar un nuevo golpe. No la dejan pasar. Córdoba se pone al frente de toda su División, Batallones Voltígeros, Pichincha y Bogotá, además del Caracas, que hasta entonces no había combatido. Les dirige contra los de Monet, con la famosa orden: "armas a discreción, de frente, paso de vencedores".

◆

(46) O'Connor, pág. 148.
(47) López, pág. 236.
(48) Miller, vol. II, pág. 117.

En su ataque, estos Cuerpos tropiezan en primer lugar con Burgos, todavía sin ordenarse, deshaciéndolo. Es luego el turno del I del Infante. Continuando el avance irresistible, caen sobre Victoria y el II de Primero —la Segunda Brigada de la División— que también son batidos.

Así resultó derrotada la División Monet. Su propio comandante será baja, así como tres jefes de Cuerpo. El único Batallón que le quedaba, Guías, desgastado por el combate de guerrillas y por los ataques de la Caballería, es puesto también fuera de combate.

La Serna se enfrenta entonces a un momento decisivo. Su centro prácticamente ha desaparecido y su izquierda está amenazada. Apela a su Caballería para que intente contener el desastre. Es difícil precisar cuantos Escuadrones se hallaban disponibles en aquellos momentos, y cuántos estaban bajando todavía de la sierra.

García Camba, que mandaba parte de los jinetes, asegura que sólo pudo contar con un Escuadrón de Granaderos de la Guardia, con el cual cargó personalmente, y con dos de Dragones de la Unión. Otras fuentes realistas hablan de dos Escuadrones de Granaderos y dos de Dragones.

En todo caso, son insuficientes para hacer frente a la Caballería de Colombia que Sucre acumula contra ellos. Como dice un independentista, "mucho valor requirieron los jefes de esos Escuadrones (realistas) para intentarlo siquiera" (49). Los del Rey, en efecto, inician la carga, pero ante el formidable aspecto de los Granaderos de Colombia con sus largas lanzas, no atacan a ultranza. En el choque subsiguiente, al que sólo llegan tras sufrir el fuego de la fusilería enemiga, serán batidos de plano.

Simultáneamente, los dos flojos Batallones de Gerona, totalmente desbordados por los acontecimientos, ceden el terreno, abandonando la Artillería que se encontraba en ese lado. Los de Sucre avanzan ya irremesiblemente, hasta el punto de que el Batallón de Fernando VII, que estaba como segunda fuerza de reserva, tiene que abrir el fuego contra ellos.

Para Valdés, el sonido de aquellos disparos en la retaguardia propia significaban el fin. Sus contrarios se habían reforzado con el Batallón Vargas, los Húsares de Junin y el Escuadrón de los Andes, y la División peruana a su amparo se había reincorporado a la lucha.

Sus cuatro Batallones están cansados tras el largo esfuerzo, y no cabe pensar que pueden enderezar la batalla perdida.

El general intentará sólo evitar su aniquilamiento, iniciando un repliegue. Para cubrirlo, los dos Escuadrones de Húsares de Fernando VII con que cuenta reciben órdenes de cargar.

Lo hacen sin convicción, contra una Caballería más numerosa y que ya les había batido en Junín. El insuficiente esfuerzo fracasa, produciéndose entonces el hundimiento de la División. Sólo Cantabria se retirará en orden, "haciendo fuego por descargas", salvando el honor de la Infantería como ya había hecho Burgos en Maipú y Valencey en Carabobo.

◆

(49) López, pág. 242.

El mismo Virrey, que al final se ha incorporado a la batalla "como un granadero más", yace con siete heridas.

Los de Sucre, agotados, se dedican a operaciones de limpieza más que a una verdadera persecución.

Con tan total derrota acabó la batalla de Ayacucho, que significaría el fin de la soberanía española en la América continental.

A pesar de todo, los generales realistas intentan aún reorganizar las tropas y hacer un repliegue ordenado. Canterac, que sustituye al Virrey, hecho prisionero en la última fase de lucha, dicta disposiciones para reunir a los Batallones y emprender la retirada. Sin embargo, los oficiales que parten para cumplir esta misión, son acogidos con insultos e incluso con disparos de las tropas, que no estaban dispuestos a seguir defendiendo una causa claramente perdida.

Esa misma noche, un sargento de Pichincha "cocinaba su bodrio de cerdo en la vajilla de plata del general Canterac" (50), en lo que había sido el campamento realista. La imagen refleja hasta qué punto Ayacucho había cambiado el status quo.

La actitud de sus subordinados convenció a los mandos del Ejército realista de la inutilidad de persistir en sus intentos por prolongar la resistencia. Valdés reflejó el estado de ánimo de sus compañeros, cuando dijo a un oficial enemigo: "nos han fregado Vds." (51).

Las negociaciones que se entablaron entre ambos bandos no fueron largas. Sucre, dando prueba de "mucha franqueza y generosidad" (52), aceptó casi en su totalidad los términos presentados por Canterac, y que incluían, entre otras cosas, la repatriación de los realistas que lo deseasen. En la mañana del 10 de diciembre se firmó la capitulación. El Ejército realista del Perú había dejado de existir.

En cuanto a las pérdidas sufridas en la batalla, existen algunas discrepancias, pero se puede calcular que las bajas realistas superaron la cifra de los dos mil muertos y heridos. Valdés estimó, atinadamente, que en proporción había sido más sangrienta que la de Albuera, considerada una de las más mortíferas de la Guerra de Independencia de España. Para disipar dudas, añade, "soy testigo de las dos".

Los prisioneros fueron unos tres mil, incluidos 16 generales y toda la Artillería. Se debió perder también la totalidad de las banderas, excepto la del Batallón del Centro, cuyo comandante "la libertó", llevándola a España (53). Los independentistas perdieron unos 1.000 hombres.

En términos globales, y con las excepciones ya señaladas, ambos Ejércitos se batieron con bravura: "por los cadáveres que dejó cada Cuerpo antes y después de la carga, diseñábanse perfectamente su posición y su marcha" (54). "En un punto del campo de batalla, estaban más de

(50) Ibíd., pág. 255.
(51) O'Connor, pág. 151.
(52) García Camba, vol. II, pág. 310.
(53) S.H.M., Ultramar, Legajo 5, C-12.
(54) López, pág. 254.

30 Granaderos realistas, y por la posición que tenían sus cadáveres se conocía que habían hecho una verdadera resistencia y perecido casi al mismo tiempo en la formación que tenían a la cabeza de la columna" (55).

Consecuencia de la dureza del combate fue que el porcentaje de heridas de armas blancas fue "enorme". Por el valor desplegado, el Batallón Caracas pasó a llamarse Ayacucho, nombre que también se dio a los Húsares de Colombia.

Durante la batalla, Sucre demostró claramente su superioridad como general sobre La Serna. Escogió una excelente posición y dispuso sus tropas de manera que pudieron no sólo hacer frente a la crisis de su izquierda, sino aprovechar los errores del enemigo. En todas las oportunidades consiguió la ambición máxima de un maestro de la táctica: tener en el punto y en el lugar necesarios más fuerzas que su adversario.

La Serna, por su lado, recogió los amargos frutos de un plan mal concebido, perdiendo su superioridad. López calcula en unos 6.000 el número de realistas que efectivamente llegaron a combatir, casi igual al de independentistas.

Menos de la mitad de los Escuadrones del Virrey, 6 de 14 entraron en acción. El resto no había terminado de bajar de las alturas cuando la batalla ya estaba perdida. De las 11 piezas, sólo las 4 que acompañaron a Valdés fueron utilizadas. Numerosos Batallones fueron deshechos casi sin posibilidad de defenderse.

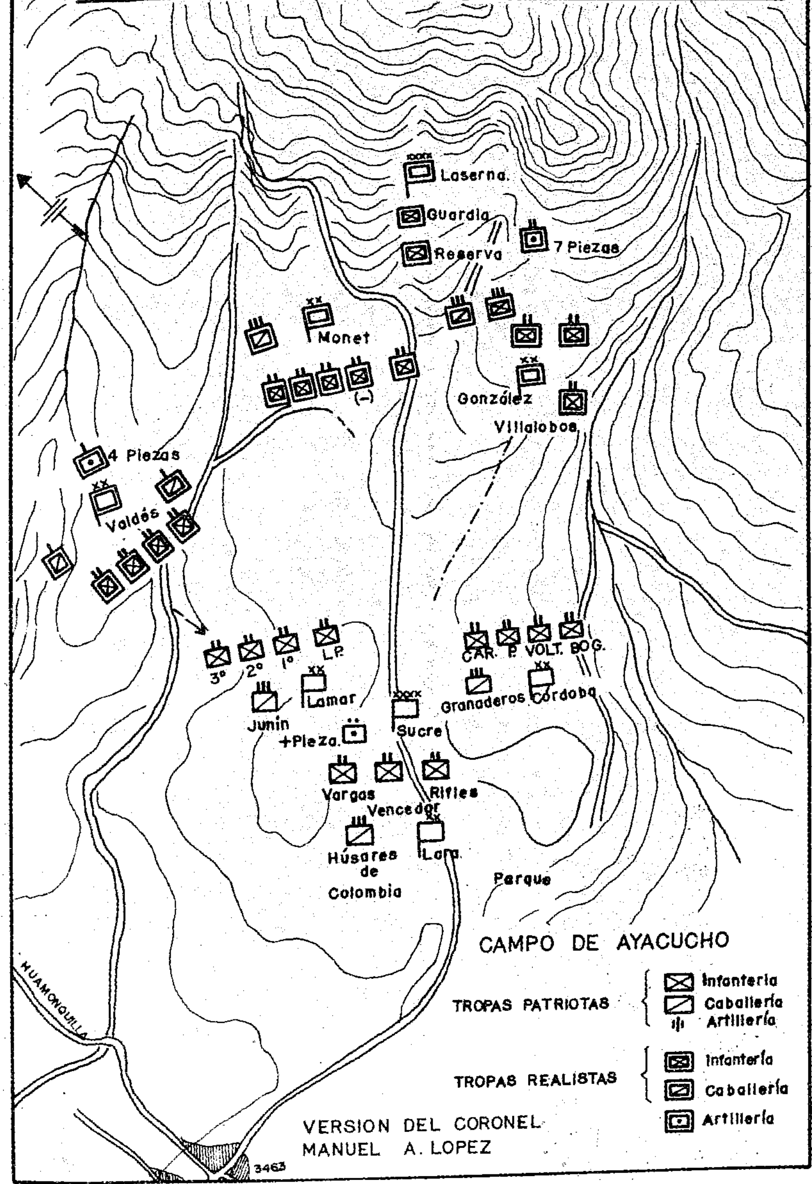
En realidad, sólo la División Valdés actuó como un todo, y tuvo éxito. La de Monet atacó en dos oleadas separadas y desorganizadas. En la de Villalobos primero avanzó un Batallón, sin órdenes. El segundo fue dispersado antes de que pudiera reaccionar. Luego se movieron el tercero y el cuarto, que se enfrentaron, con una moral ya baja, a una situación muy difícil. Por fin, el quinto, sólo entró en acción cuando todo estaba perdido.

Se ha aducido que la derrota se debió a la actuación prematura del I del Primero. Innegablemente esta contribuyó, pero todo el plan dependía de una perfecta sincronización casi imposible de conseguir en aquel terreno y con aquellas tropas. Presuponía, además que Sucre iba a permanecer impasible mientras sus contrarios completaban el despliegue, lo que rayaba en la pura utopía. El plan confundía en una sola las fases de aproximación, despliegue y combate, ya que las tres se hacían al alcance del contrario. Era previsible que en algún momento, una unidad se encontrara aislada, sin apoyos, y que los independentistas descargaran sobre ella todas sus fuerzas, con el previsible resultado. A partir de entonces, las siguientes irían siendo batidas en detalle.

La victoria de Sucre fue, pues, perfectamente merecida. Se ha especulado sobre lo que hubiera sucedido si los realistas hubiesen ganado. Quizás no gran cosa. Luchaban contra la corriente de la Historia y posiblemente estaban condenados a perder, en plazo más o menos largo, la guerra.



(55) Miller, vol. II, pág. 182.



Batalla de Ayacucho.

"De las importantes consecuencias de la batalla de Ayacucho pudiera imaginarse que si la victoria se hubiese decidido por los españoles, su triunfo habría sido tan completo como el de los patriotas, pero tal suposición fuera completamente absurda. El Ejército Libertador podría haber sido destruido y todos los jefes que lo mandaban perecer; pero aún en tal caso, aunque los españoles habrían arrollado por algún tiempo cuanto se les hubiese puesto por delante, al fin habrían tenido que perecer. En efecto, los realistas tenían muy pocas posibilidades de recibir auxilios de España, y los repetidos y continuos esfuerzos de otros jefes y otros Ejércitos patriotas que sucesiva o simultaneamente se hubiesen formado, les habrían hostilizado perpetuamente y les habrían consumido" (56).

El argumento es, desde luego, opinable, pero lo que resulta indiscutible es que las numerosas victorias realistas no habían logrado acabar con la guerra, mientras que sus enemigos si pudieron asestarles una serie de golpes decisivos. Morillo se había dado cuenta de ello años antes. Como escribió entonces desalentado al Ministro de la Guerra, "la funestas consecuencias de una batalla perdida por las tropas españolas en América ha demostrado la experiencia que con muchas otras ganadas después no han podido recuperarse".

La Serna regresó a España en cuanto pudo. Cuando salió de América el erario le debía más de 140.000 pesos, cantidad muy elevada si se tiene en cuenta que los haberes del virrey eran de 30.000 pesos anuales. Al igual que Morillo, había desempeñado su cargo con medios totalmente insuficientes y con un mínimo apoyo de la península.

Los demás generales, jefes y oficiales le siguieron, marchando al encuentro de sus respectivos destinos (57), que condujeron a unos al exilio y a otros a los primeros cargos del Gobierno. Antes de que pasaran muchos años, estarían combatiendo de nuevo, pero en bandos opuestos. Las unidades peninsulares también retornaron. Estaban tan mermadas que todas, sin excepción, fueron disueltas.

En total volvieron 16 generales, 20 coroneles, 58 tenientes coroneles, 290 oficiales subalternos y 364 soldados (58). Algunos de ellos serían americanos, pero la gran mayoría eran europeos. La proporción entre mandos y tropa es, de nuevo, un ejemplo más de la estructura del Ejército realista del Perú, en el que los europeos representaban un porcentaje alto de mandos y bajo de tropa.

Los acontecimientos posteriores a Ayacucho serán el mejor ejemplo de las "funestas conse-

◆

(56) Ibíd., vol. II, pag. 188.

(57) Algunos, como los brigadieres García Camba y Ramírez tropezaron inmediatamente con nuevas desventuras. Se embarcaron en el convoy formado por el navío Asia, los bergantines Aquiles y Constante y el transporte Clarington, agrupación naval que tardíamente se había enviado a aguas peruana. En estas naves, dirigidas a Manila, estalló un motín a la altura de las Marianas. Tras desembarcar a los oficiales y prender fuego al Clarington, los sublevados volvieron a las costas de América. Allí entregaron el Aquiles a Chile y a México el Constante y el Asia, acto tan incalificable como el perpetrado por las fragatas Prueba y Venganaza.

(58) Restrepo, vol. III, pág. 624.

cuencias" que en América tenía una derrota para las armas del Rey. Lo que quedaba del Ejército realista se derrumbó como un castillo de naipes, ante el avance de los vencedores. El Regimiento de Dragones Americanos, "600 hombres bien montados" (59), se pasó en bloque. La guarnición del Cuzco, Batallón de Huamanga y 2.000 convalecientes y piquetes de distintos Cuerpos, se rinden sin resistir. Lo mismo hace Arequipa el Batallón Real Felipe, nombre que se le había dado al de la Lealtad que entregó El Callao al Virrey.

Olañeta asiste impotente al desastre del cual era al menos en parte responsable. Contaba con 4.710 hombres. La mayoría de ellos eran tropas regulares, como el Regimiento de la Unión y los Batallones de Cazadores, Partidarios, I de Fernando VII y el Regimiento de Cazadores a Caballo. También tenía unidades de Milicias: Infantería de Santa Cruz, Dragones del mismo nombre y de Charcas, y Escuadrón de Santa Victoria (60).

Esta era la relación de unidades supervivientes de lo que había sido un orgulloso Ejército. Su fin será triste. El I de Fernando VII, el Escuadrón de Santa Victoria y los Dragones de Santa Cruz se entregaron sin combatir. Otros Cuerpos se dispersaron por sí mismos.

Con los pocos hombres que le fueron fieles, Olañeta "recordando que era español" (61) entabla un combate imposible en Tumusla, el 1 de abril de 1825, en el que encontró la muerte. Al final estaba solo, habiéndose convertido en un traidor para los realistas, sin dejar de ser un enemigo para los independentistas. El suyo fue un fin absurdo de una vida también absurda.

Como para completar el cuadro, Fernando VII, cuando todavía ignoraba la noticia de su derrota y muerte, le expidió solemnemente el despacho del virrey del Río de la Plata. Así, un muerto recibió un cargo que no había dejado de existir.

De esta forma patética acaba un Imperio multisecular. Tras el fulgor de Junín y de Ayacucho se dibuja una sórdida lucha entre los realistas a golpes de manifiestos y panfletos. Pezuela acusa a La Serna de sospechosa lenidad hacia los independentistas. La Serna acusa a Pezuela de entreguismo. La Serna acusa a Olañeta de rebeldía. Olañeta acusa a La Serna de haberse querido construir un reino independiente en el Perú. La Serna acusa a Carratalá de la capitulación de Ayacucho, y rechaza cualquier responsabilidad en ella.

Se tilda a unos de absolutistas, a otros de liberales y, en la sombra, la Inquisición caza masones. La mano siempre rencorosa de Fernando VII firma en Madrid el 22 de junio de 1827 una orden disponiendo que "fueran suspensos de sus empleos y purgados con arreglo a leyes Militares todos los Generales, Jefes y Oficiales que contribuyeron o no evitaron a toda costa la insurrección que destituyó al General Pezuela, origen de la pérdida de aquella Colonia y particularmente a todos los que asistieron y capitularon en Ayacucho" (62).

Fue aquél un triste epílogo para un Imperio que fue defendido con la misma gallardía con que fue vencido.

◆

(59) O'Connor, pág. 163.

(60) Ibíd., pág. 168.

(61) "Memoria presentada por Sucre a la Asamblea Deliberante en Chuquisaca el 6 de agosto de 1825; recogida en *Bolívar y el Arte Militar*, pág. 416.

(62) S.H.M. Ultramar, legajo 5 C-14.

EPILOGO

"Hay elementos de subsistencia y resistencia que debemos mover activamente, hasta conseguir que el Rey N.S. decida de nuestra suerte, objeto de honor, único y digno de nosotros".
(Robil desde El Callao, 27 diciembre de 1827)

Tras el desastre de Ayacucho, sólo quedaban tres bastiones realistas en los territorios que durante tantos años habían luchado por su independencia: San Juan de Ulúa, El Callao y Chiloé.

El asedio de San Juan se prolongó hasta 1825. Las fuerzas mexicanas, que continuaban careciendo de medios para poder tomar la fortaleza por la fuerza, recurrieron a la táctica de bloquearla estrechamente, esperando que la falta de bastimentos forzara una capitulación.

El sistema dio los frutos deseados. En ese año, los defensores "se hallaban muertos de hambre y atormentados por las privaciones que sufrían, así como por las enfermedades tropicales que los diezmaban" (1).

En efecto, las comunicaciones con La Habana estaban prácticamente cortadas, lo que dificultaba tanto el avituallamiento de la guarnición como su relevo. El último que se hizo fue en enero, cuando se enviaron allí 400 hombres del I Batallón de Cataluña. No se pudo, sin embargo, introducir los víveres necesarios. El resultado fue un aumento de las enferemedades de todo tipo, incluido el escorbuto, que dejaron fuera de combate a muchos: "las guardias, que se componían de veinte hombres... tuvieron que reducirse de día a un cabo y cuatro soldados; y de noche salía un oficial con la fuerza que podía reunirse para hacer frente al enemigo; y a la del principal, más de una vez se conducía al tambor Luis Signer enfermo en su cama, para colocarlo debajo de la cuerda de la campana para repetir las horas" (2).

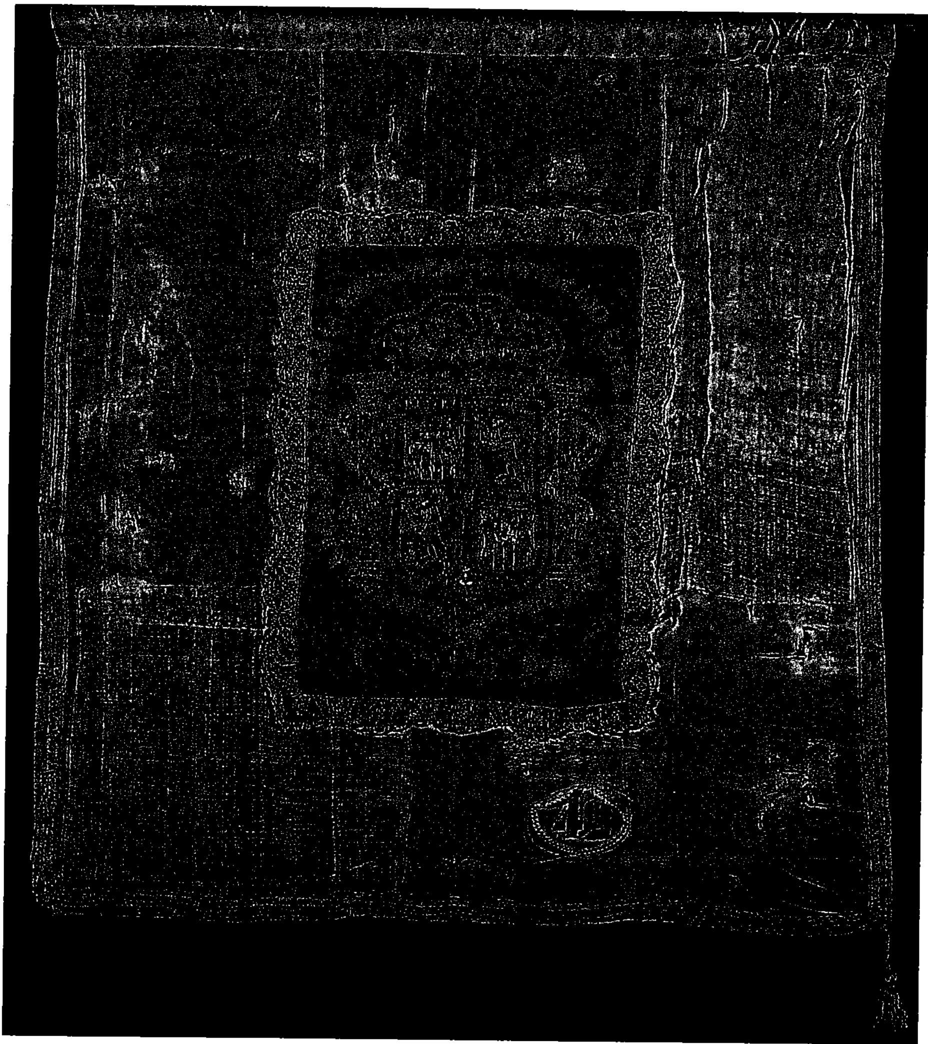
En octubre se hace un intento desde Cuba para meter algún socorro en la plaza y relevar la guarnición, pero fracasa ante la presencia de fuerzas navales mexicanas más numerosas.

El 17, los defensores, exhaustos, conciertan una capitulación por la que se les permitía rendirse con todos los honores de la guerra, se les facilitaban víveres y atención médica.

El 23, la guarnición reducida a un tercio de su efectivo original, se embarca para La Habana.

◆

(1) *El Ejército Mexicano,* pág. 119.
(2) Clonard, vol. X, pág. 480.



Estandarte Real de Ayacucho

Parte de ella, junto con su valeroso comandante, el brigadier Jose Coppinger, recibirá la Cruz de San Fernando.

En cuanto a El Callao, había quedado abandonado a su suerte cuando el Ejército Real concentró sus esfuerzos contra Bolívar y Sucre. La guarnición, mandada por Rodil, estaba formada por el Batallón de Arequipa, el II del Infante Don Carlos y por el antiguo Regimiento del Río de la Plata, antes al servicio independentista. Había además las llamadas guerrillas de Lima y Chancay, así como un Batallón de Obreros que se creó durante el sitio.

Resultaba totalmente insuficiente para las necesidades de la plaza (3). Sumaba sólo 1.800 plazas —530 de ellas del Río de la Plata— y no había ningún oficial de Artillería ni de Ingenieros. El número teórico de hombres requeridos para la defensa era de 3.200.

Con tan escasas fuerzas, harán frente a casi dos años de ataques enemigos, e incluso realizarán hasta cuatro salidas, con éxito. Fue una defensa a ultranza, como otras que ambos bandos habían protagonizado durante la guerra, mantenida más allá de toda lógica y en contra de lo estipulado en la capitulación de Ayacucho, que incluía —con cuestionable legalidad— El Callao.

Rodil resistió más de lo humanamente posible. No se rindió hasta el 23 de enero de 1826, cuando la guarnición, por falta de víveres, se alimentaba ya de ratas.

Para entonces había tenido las siguientes bajas: 785 muertos en combate; 1.312 por enfermedades; 38 desertores. En el momento de entregarse, quedaban 870 hombres nada más (4), muchos de ellos "escorbutados". Los sufrimientos de la población civil fueron aún mayores. Se calcula que más de 6.000 personas murieron durante el asedio. La plaza había recibido un total de 20.317 balas de grueso calibre, 307 bombas "e incalculable número de metralla" (5).

La capitulación que se firmó permitía la salida de la guarnición con todos los honores. Prueba de que estaba formada casi enteramente por americanos se encuentra en su artícuo 3, que señalaba que "como hay algunos individuos de Tropa y gente de mar procedentes de los Cuerpos expedicionarios de la península, y son en corto número...". Y tan corto, como que en el II del Infante todos los hombres procedían del reclutamiento local. En dicha unidad había únicamente los siguientes europeos: el coronel, el teniente coronel, el comandante, el primer ayudante, dos capitanes, dos tenientes, cuatro subtenientes, cinco sargentos, cuatro cabos y dos soldados (6).

En el momento de su entrega, este Batallón, que había entrado en la plaza con 800 hombres, se hallaba reducido a 220.

Rodil fue autorizado a llevarse a España las banderas del Infante y de Arequipa, recuerdo de un Ejército que entraba en la Historia.

El último baluarte realista, Chiloé, resistió también largamente, llegando hasta armar en cor-

◆

(3) José María Rodil, *Memoria del sitio del Callao*, Sevilla 1955, pág. 9.

(4) Ibíd., págs. 296-297.

(5) Ibíd., pág. 132.

(6) Clonard, vol. XII, págs. 413-414.

so dos buques que actuaron con éxito contra los chilenos. En marzo de 1824, el Director Supremo de Chile, Ramón Freire, dirigió contra el archipiélago una expedición de 2.149 hombres, pertenecientes al Batallón de Infantería número 1, a los 1° y 2° de la Guardia de Honor y Milicias (7). Fracasó rotundamente ante la defensa de la guarnición, íntegramente americana.

El segundo intento se hizo el 8 de enero de 1826, con 2.600 efectivos de los Batallones de Infantería, 1, 4, 6, 7 y 8. Tras los combates de Purdeto y Bellavista, el jefe de la guarnición Quintillana, se rindió el día 18. Se puso así fin a la soberanía española sobre un territorio cuyos habitantes, los famosos chilotes, habían servido al Rey con incondicional lealtad en Chile y en el Perú.

Con esta rendición se cierra el último acto de la epopeya del Ejército Realista de América, objeto de la presente obra.

Las tres defensas numantinas de San Juan, El Callao y Chiloé son un digno broche de la brillante historia de unas unidades injustamente olvidadas.

Frecuentemente se ha querido denigrarlas con el epíteto de "coloniales". Creemos que no les es aplicable, en su acepción estrictamente militar. El número de oficiales locales y los altos grados que llegaron a ocupar —hasta general inclusive— y la contínua interpenetración entre Cuerpos europeos y americanos no autorizan, en nuestra opinión, a comparar aquellas tropas con los Ejércitos coloniales clásicos. Pensamos que el elemento local tuvo en ellas una importancia, cualitativa y cuantitativa, que no se encuentra en las formaciones militares organizadas por otros Estados europeos, como Inglaterra o Francia en Ultramar. El caso del Ejército del Perú durante sus primeros años, cuando no contaba con un solo Cuerpo peninsular, sería un ejemplo extremo en apoyo de esta tesis, pero con matices, se podría aplicar a los que se organizaron en México, Santa Fe, Venezuela, Quito o Chile.

De pocos Ejércitos coloniales, se podría predicar la siguiente afirmación: "los oficiales españoles de largos servicios en el Perú, o peruanos valientes de familias distinguidas, daban carácter nacional al Ejército (realista), mientras que el Ejército libertador, en su mayor parte de colombianos, era considerado extranjero" (8). Aún suponiendo que este juicio pueda estar teñido, en mayor o menor grado, de un cierto espíritu nacionalista, no cabe dejar de reconocer que tiene cierta base, sin que por ello se pueda olvidar que dicho Ejército realista era a su vez reflejo de una estructura socio-económica de dependencia de Ultramar respecto a la metrópoli.

Pero este es tema para un estudio comparativo serio, que habría que hacerlo algún día.

(7) *Historia Militar de Chile,* vol. I, pág. 238.
(8) Lecuna, vol. III, pág. 404.

CONCLUSION

"Qué demencia la de nuestros enemigos pretender reconquistar la América sin Marina, sin tesoro y casi sin soldados".

(Bolívar)

A la hora de valorar el esfuerzo que hizo España para mantener sus dominios en América habría que situarlo en su contexto, teniendo en cuenta, al menos, los siguientes factores: estado del país; de su erario; del Ejército y de la Armada.

En cuanto al primero, se pude decir que estaba agotado tras la larga guerra contra Napoleón. Una vez terminada esta, se vio sometido a una larga serie de tensiones internas y externas, producto del enfrentamiento entre absolutistas y liberales. Durante el período en que se produce la segunda fase de las campañas de Emancipación, tiene lugar una sublevación seria, la de Riego, y una intervención extranjera, los Cien Mil Hijos de San Luis, que produjeron sendos cambios radicales en la orientación política del país. Hubo también numerosos pronunciamientos y algaradas de menor trascendencia, pero que no dejaron de afectar a la paz interior.

Estas no eran las mejores condiciones para mantener una guerra a miles de kilómetros de España, y que fue, desde un primer momento, profundamente impopular. En el período 1808-14, la opinión pública, lógicamente, la tenía que considerar como un problema de sólo relativa importancia, comparado con el que suponía la presencia militar extranjera en la propia península. En los años 1815-24, el pueblo, desangrado tras su lucha contra Napoleón, no podía ver con entusiasmo el envío de compatriotas a nuevas campañas. Simplemente, se habían roto los resortes que permiten a un país alimentar una guerra.

La localización de ésta a tan gran distancia, las noticias que llegaban sobre la ferocidad de los combates y sobre lo mortífero del clima, complicaban aún más la tarea de mandar hombres a defender unos intereses que los habitantes de la península consideraban como algo remoto, por los que no estaban dispuestos a perder la vida.

En lo que se refiere al erario, se encontraba exhausto, después de que durante siete años el país hubiese servido de campo de batalla a cuatro Ejércitos —el español, el francés, el británico y el portugués—, siendo pillado por todos ellos. La economía se hallaba colapsada, con la agricultura y la ganadería arruinadas por las constantes requisas, la incipiente industria en gran parte destruida y los mecanismos de recaudación de impuestos deshechos.

A los estragos inevitables de una guerra, hay que añadir que, por sus propias estructuras, los

Ejércitos napoleónicos y los españoles vivían íntegramente sobre el terreno, siguiendo el principio de que la guerra debe alimentar a la guerra.

Ello suponía unos niveles de depredación casi inconcebibles. Para dar una idea de lo que esto significaba, pueden ser interesantes algunos datos, basados en un estudio contemporáneo, de 1813. Se calculaba que un Ejército de 100.000 hombres consumía por semana 200.000 kilos de pan, 300 vacas y 3.000 ovejas. Los 40.000 caballos de los que dispondría, para silla y transporte, consumirían unas 2.500 toneladas de forraje. A esto habría que añadir la paga de la oficialidad y de la tropa, que se obtenía básicamente de las tasas impuestas y recaudadas por las propias autoridades militares.

Según otro cálculo, también de 1813, en España, un Ejército de 50.000 hombres costaba al año más de 248 millones de reales, y además consumía en ese período casi 20 millones de raciones de pan, más de un millón de fanegas de cebada y algo más de cuatro millones de arrobas de paja.

Tras haber mantenido a centenares de miles de hombres durante tanto tiempo, España no se encontraba en condiciones de aportar el esfuerzo financiero extraordinario que suponía una larga campaña en Ultramar, aunque fueran las propias provincias americanas las que soportaran el mantenimiento de las tropas allí situadas.

En cuanto a la situación del Ejército, a partir de 1814, y tras una breve interrupción motivada por el regreso de Napoleón desde Elba, que sembró una alarma momentánea, se hallaba en proceso de reducción a los niveles anteriores a 1808, debido a consideraciones económicas. Como rezaba un Real Decreto de 1 de junio de 1818, cuando América se hallaba en plena guerra, era imprescindible disminuir el Ejército porque "consumía la mayor parte de las rentas del Erario" y porque "la paz general en Europa hacía innecesaria (esa fuerza)". Entre 1814 y 1820 se licenció a unos 10.000 oficiales y a 100.000 soldados.

A pesar de ello, se puede calcular que en el período posterior a la vuelta de Fernando VII, el Ejército de España llegó a situar en Ultramar más de 40.000 hombres, sobre unos efectivos totales que se situaban en torno a los 100.000. Si hubiese partido la famosa "Gran Expedición", la guarnición de la península habría disminuido en otros 10.000 hombres, alcanzando así, posiblemente, los niveles más bajos de los dos últimos siglos.

Por lo que se refiere al estado de la moral de oficialidad y tropa, creemos haber dado muestras a lo largo de este libro de lo bajo que era.

El Ejército de España, literalmente, fue despojado para mantener al de América. Se mandaron allí Batallones "lujosamente uniformados", pero a costa de que en la península quedaron 17.000 hombres sin casaca. Los Escuadrones fueron bien equipados, pero los que permanecieron en España se encontraron "casi desarmados". Se enviaron 243 cañones y munición por valor de 5.000.303 reales, pero la que quedó en España "apenas bastaría para un día de batalla" y existía un déficit de 3.593 piezas.

En cuanto a la Armada, ya hemos comentado también en qué condiciones se hallaba. En 1814 había 5 navíos y 10 fragatas. En 1817 se compraron a Rusia 5 de los primeros y 7 de las segundas. De ellos, 4 navíos y otras tantas fragatas no se pudieron utilizar, por su pésimo estado. En 1818 se contaba con 4 navíos, 3 de ellos en carena, y 10 fragatas, de las cuales 4 estaban fuera de uso.

En 1822 la situación seguía siendo la misma, con la diferencia de que las fragatas se habían quedado reducidas a 8.

Con estos datos a la vista, cabe preguntarse qué más podría haber hecho España.

Se mandaron a América tantos hombres que se produjeron motines en las unidades destinadas a embarcarse y muchos oficiales pidieron el traslado.

Se gastó tanto dinero en las expediciones, más de 366 millones de reales, que en 1860 todavía seguían sin pagarse las deudas de la Comisión de Reemplazos, que en 1823 hubo que convertir en deuda consolidada del Estado.

Marcharon tantas unidades, que el Ejército Real tenía más del 40% de sus efectivos en América, cifra nunca alcanzada en los tres siglos anteriores. Ello sucedía, además, en un período en que por razones presupuestarias, se hallaba en plena reducción.

De los pocos buques de guerra existentes, fueron a Ultramar 4 navíos. El San Pedro de Alcántara, voló. El Asia, fue entregado por su tripulación. El San Telmo tuvo que regresar por averías. El Alejandro desapareció en el viaje.

Prácticamente todas las fragatas operaron en un momento u otro en aquellas aguas. La *María Isabel* se perdió por un motín. La *Ligera,* una de las compradas a Rusia, apenas pudo operar, por su pésimo estado. Finalmente, se fue a pique debido a que tenía "podridas las maderas". La *Esmeralda* fue tomada en un golpe de mano. La *Prueba* y la *Venganza* fueron entregadas por sus comandantes.

En resumen, la Armada perdió 4 navíos y 5 fragatas, de un total de naves que, en cualquiera de los años del período que nos ocupa, apenas superaba esta cifra.

¿Qué más se podía haber hecho? Políticamente, todo, Pero los conservadores no podían admitir la idea de conceder la independencia, aunque fuese negociada. En cuanto a los liberales, de ellos dijo O'Higgins en su "Manifiesto... de los motivos que justifican su revolución y declaración de la independencia", que, "sus generosas concesiones (eran) un mero artificio para mantener la América uncida a su carro en todos los lances de la fortuna". Aunque este juicio de intenciones es seguramente demasiado duro, parece claro que su ideario no incluía el reconocimiento del derecho de los pueblos de la América española a regir sus propios destinos.

Desde el punto de vista militar, en cambio, es dudoso que se hubiera podido hacer más. Se intentó enviar nuevas tropas, (la famosa expedición a Buenos Aires) y se amotinaron en masa en Cabezas de San Juan. Se probó a mandar una Escuadra completa (la de Porlier) y quedó diezmada en el viaje. Se trató incluso de que otras potencias europeas financiaran el transporte de refuerzos (en Aquisgran) y se fracasó. En total, el gobierno contrajo tales deudas que 40 años después seguía sin poder pagar.

Pero aunque probablemente no se podía haber hecho más, se pudo haber hecho mejor. Por ejemplo, concentrando los refuerzos en pocas, pero poderosas expediciones a partir de 1814. O eligiendo mejor el punto de destino de las mismas.

Es posible, también, que ello no hubiese cambiado nada. Se podría argumentar que España sólo podía mantener las Indias en tanto en cuanto los habitantes de las mismas aceptaban su dominio. Como dijo un virrey del siglo XVIII, "la obediencia de los habitadores no tiene otro apoyo en este reino, a excepción de las plazas de armas, que la libre voluntad y arbitrio con que ejecutan lo que se les ordena, pues siempre que falte su beneplácito no hay fuerzas, armas, ni facultades para que los superiores se hagan respetar y obedecer".

Estas frases, referentes a Nueva Granada, eran aplicables a todas las Indias. Cuando la "libre voluntad y arbitrio" dejó de existir, el sistema entero se resquebrajó, porque no había ni medidas ni medios previstos para hacer frente a una rebelión más o menos generalizada. En realidad, una vez terminada la conquista y el período de consolidación de la misma, España no contó con los elementos para imponer su soberanía por la fuerza contra la voluntad popular.

De hecho, el día que al menos una parte de la población se pronunció por la independencia, la Corona se encontró sin fuerzas peninsulares en América que la defendieran.

Cuando empezaron los movimientos emancipadores, si el dominio español hubiese dependido exclusivamente de las tropas peninsulares, se habría derrumbado en unos pocos meses, debido al retraso con que estas empezaron a llegar y su relativa escasez, para la extensión del teatro de operaciones. No fue así porque miles de americanos, de tambor a general, por muy diversas razones, combatieron bajo las banderas realistas contra sus propios compatriotas para defender la causa de Fernando VII.

Hoy, ciento setenta y cinco años después de Ayacucho, seguramente merecen el mínimo homenaje de este libro.

APENDICE I

Los Cuerpos realistas

A continuación se enumeran las fuerzas que tuvieron los Ejércitos realistas en los distintos teatros de operaciones. Para cada uno de ellos se ha recogido el nivel máximo de unidades que llegaron a tener. En ningún momento, pues, todos estos Cuerpos existieron simultáneamente. La relación incluye sólo Cuerpos de Línea o aquellos de Milicias Provinciales (las mexicanas, por ejemplo) que actuaron como tales.

Se han indicado los a veces confusos cambios de nombre que experimentaron las unidades peninsulares. Así, el Batallón Victoria que llega a Venezuela con Morillo pasará a denominarse Aragón, mientras que el Talavera que va a Perú será rebautizado como Victoria. Hay también un Navarra en Venezuela, y en Nueva España otro, pero este último será designado más tarde como Barcelona. El de Venezuela, por otra parte, era un Regimiento de Infantería de Línea, mientras que el de México se trataba de un Batallón Ligero cuyo título completo era Voluntarios de Navarra.

Las abreviaturas usadas son: R.I., indicando un Regimiento de Infantería con más de un Batallón; B.I., para Batallón de Infantería y R.C., para regimiento de Caballería o de Dragones.

Se incluye como "peninsulares" a los Cuerpos enviados desde la península, aunque todos fueron completando sus numerosas bajas con reclutas americanos.

1. *Montevideo* (todos estos Cuerpos se entregaron en 1814).
   a) Peninsulares:
   - Compañía de Voluntarios de Madrid.
   - I de Albuera (B.I.).
   - Lorca (B.I.).
   - II Americano (B.I.).
   - Escuadrón de Granaderos.
   - Artillería.
   - Tropa de Marina.

b) Americanos:
- Voluntarios de Montevideo (B.I.).
- Elementos del Fijo de Buenos Aires.
- Urbanos del Río de la Plata (B.I.), reformado por Vigodet.
- Infantería Ligera del Río de la Plata (B.I.). Reformado por Vigodet.
- Voluntarios de Caballería de Montevideo (R.C.).
- Elementos de Dragones de Buenos Aires, de Blandengues de Montevideo y de Buenos Aires.
- Artillería.

2. *México.*

a) Peninsulares:
- Castilla (B.I.).
- Don Carlos, antiguo Lobera (B.I.).
- Mallorca, antes Asturias (B.I.). Reorganizado con personal americano, tras ser capturado en 1813.
- Murcia, ex-Primero Americano (B.I.). Una compañía de este Cuerpo se unió a la sublevación de Iturbide.
- Fernando VII (B.I.). Una compañía se unió a Iturbide, quien formó un nuevo Batallón de Fernando VII en su Ejército.
- Extremadura (B.I.).
- Reina, antiguo Saboya (B.I.).
- Zamora (B.I.). Parte de él se incorporó a nuevo Ejército mexicano.
- Ordenes Militares (R.I.). Se alzó contra Iturbide.
- Zaragoza (R.I.). Parte de uno de sus dos Batallones se alzó contra Iturbide.
- Barcelona, ex-Navarra (B.I.).
- II Cataluña (B.I.). Se rindió en S. Juan de Ulúa.
- Tropa de Marina.
- Artillería.

b) Americanos:
- Corona (R.I.).
- Nueva España (R.I.).
- México (R.I.).
- Veracruz (R.I.).
- Santo Domingo (B.I.).
- Granaderos (R.I.).
- México (R.I.) (de Milicias, como las unidades de Infantería que siguen).
- Tlaxcala (R.I.).
- Puebla (R.I.).
- Tres Villas (R.I.).
- Toluca (R.I.).
- Celaya (R.I.).
- Valladolid (R.I.).
- Guanajuato (R.I.).
- Guadalajara (B.I.).
- Oaxaca (B.I.).
- Del Sur (B.I.).

— Fernando VII Provincial (B.I.).
— Ligero de México (B.I.).
— Ligero de San Luis (B.I.).
— Ligero de Querétano (B.I.).
— Mixto de Zacatecas (B.I.).
— España (R.C.).
— México (R.C.).
— Del Rey (R.C.). Un Escuadrón peninsular, el resto del Cuerpo, americano.
— Sierra Gorda (R.C.). (De Milicias, como las siguientes unidades).
— Veracruz (R.C.).
— Querétano (R.C.).
— Príncipe (R.C.).
— Puebla (R.C.).
— San Luis de Potosí (R.C.).
— San Carlos (R.C.).
— Nueva Galicia (R.C.).
— Colotlán (R.C.7.
— Moncada (R.C.).
— Tulancingo (R.C.).
— Fieles de Potosí (R.C.).
— Artillería.

3. *Venezuela y Colombia.*

a) Peninsulares:

— II de Albuera (B.I.). Fue la primera unidad europea en llegar. Prácticamente extinguida en combate antes de la llegada de Morillo.
— III de Granada (B.I.). En su mayoría aniquilado en 1813.
— Valencey, antiguo Unión (B.I.). Se le dotó de un II Batallón americano. El peninsular quedó deshecho en Carabobo. Sus restos capitularon en Maracaibo.
— II de Granada (B.I.). Capitulado en Cumaná.
— Navarra (R.I.). Sus dos Batallones fueron refundidos en uno, a causa de las bajas. Se rinde en Maracaibo.
— II de Burgos (B.I.). Diezmado en Carabobo. Se entregan los supervivientes en Puerto Cabello.
— Barbastro (B.I.). Aniquilado en Carabobo. Los restos se entregan en Cumaná.
— León (B.I.). Absorbió al americano Fijo de Puerto Rico. Capitula en Cartagena.
— Hostalrich, antiguos Tiradores de Castilla (B.I.). Diezmado en combate el 8 de mayo de 1821 y luego en Carabobo.
— Húsares de Fernando VII (R.C.). Tres Escuadrones inicialmente peninsulares. Extinguido en Carabobo.
— Dragones de la Unión (R.C.). También tuvo al principio tres Escuadrones europeos. Refundido en los Húsares de Fernando VII.
— Compañía de Granaderos a Caballo. Fue aniquilada en Boyacá.
— Escuadrón de Lanceros.
— Escuadrón de Dragones.
— Artillería.
— Zapadores.

b) Americanos:
- — Fijo de Puerto Rico (B.I.).
- — Rey (B.I.). I Batallón deshecho en Boyacá.
- — Numancia (R.I.). I Batallón se amotinó. II y III Batallones aniquilados en Boyacá.
- — Sagunto (B.I.). Creado por Boves. Probablemente se incorporó a otras unidades realistas.
- — Reina Isabel (B.I.) Se sublevó.
- — Infante Francisco de Paula (B.I.). Diezmado en Carabobo.
- — Corona (B.I.). Organizado en la época de Boves.
- — Barinas (B.I.). Grandes pérdidas en La Cruz. Restos se rinde en Cumaná.
- — Cazadores del Rey (B.I.).
- — Clarines (B.I.). Se sublevó.
- — Cachirí (B.I.). Diezmado en Guayana.
- — Cumaná (B.I.) Se sublevó.
- — Tambo (B.I.). Aniquilado en Boyacá.
- — Dragones Leales de Fernando VII (R.C.).
- — Cazadores (R.C.).
- — Guías del General (R.C.). Extinguido en Carabobo.
- — Lanceros de Venezuela (R.C.). Aniquilado en Carabobo.
- — Dragones de Granada (R.C.). Deshecho en Boyacá.
- — Artillería.

4. *Quito.*

a) Peninsulares:
- — Cataluña (B.I.). Llegado de Panamá, donde había absorbido al Fijo de esa plaza. Parte del Cuerpo fue destruido en Pichincha.
- — Aragón (B.I.), antiguo Victoria. Proveniente de Nueva Granada. Parte del mismo deshecha en Pichincha.
- — Tiradores de Cádiz (B.I.). Elementos del Batallón fueron derrotados en Pichincha.

b) Americanos:
- — Regimiento de los Andes (B.I.). Diezmado en Pitayó.
- — Regimiento Constitución (B.I.). Deshecho en Yaguachi. Reorganizado, quedará extinguido en Pichincha.
- — Milicas de Pasto y de Patía.

5. *Perú.*

a) Peninsulares:
- — I Burgos (B.I.). Destrozado en Maipú. Rehecho con americanos. Aniquilado en Ayacucho.
- — Cantabria. Un Batallón formado con los restos del Regimiento que llegaron a Perú. Extinguido en Ayacucho.
- — Victoria, antiguo Talavera (B.I.). Formó sucesivamente dos Batallones americanos. Un Batallón diezmado con Chacabuco, otro en Ayacucho.*



* La trayectoria del Batallón europeo de Talavera es complicada. Clonard, el único historiador del Cuerpo que conocemos, da de ella una versión muy incompleta, que incluso ignora su participación en Rancagua y en Chacabuco.

— Imperial Alejandro, antes Extremadura (B.I.). Formó un II Batallón americano. Este y el I (inicialmente europeo), extinguidos en Ayacucho.
— Gerona (B.I.). Crea un II Batallón con personal local. Ambas unidades extinguidas en Ayacucho.
— Infante Don Carlos (R.I.). Absorbió al Real de Lima. II Batallón aniquilado en Maipú. El I, en Ayacucho. El II, reformado, se rinde en El Callao.
— Un Escuadrón de Dragones de la Unión.
— Un Escuadrón de Húsares de Fernando VII.
— Dos Escuadrones de Lanceros. Uno de ellos deshecho en Maipú.
— Artillería.

b) Americanos:
— Real de Lima (R.I.).
— Primero de Línea o del Cuzco (R.I.). A principios de 1817, es disuelto. Parte de sus hombres pasan a Cuerpo europeos. Posteriormente será reorganizado con dos Batallones, que fueron aniquilados en Ayacucho.
— Segundo de Línea (R.I.). Idéntica trayectoria a la del 1.º No fue, sin embargo, reorganizado tras su disolución en 1817.
— Unión Peruana (R.I.). Inicialmente, formado por un solo Batallón. Olañeta levantó un segundo durante el período de su enfrentamiento con el virrey. La unidad desapareció con el colapso general del Ejército realista tras Ayacucho.
— Cazadores (B.I.). Llegó a tener un segundo Batallón al final del período español. Integrados en la División Olañeta, siguieron la suerte de ésta.
— Centro (B.I.). Deshecho en Ayacucho.
— Fernando VII (R.I.). II Batallón aniquilado en Ayacucho. El I se sublevó. Fue incorporado al Ejército independentista con el título de Libertadores.

◆

Parece que su itinerario fue el siguiente: tras su llegada a Perú desde la península en 1814, sale en julio de ese año para Chile, combatiendo en Rancagua. En mayo de 1815, completada la "reconquista", regresa a Perú, junto con el Batallón de Cazadores de Chile y el de Castro.

Según algunos autores, absorbe a este último, aunque, como hemos dicho, parece que eso no llegó a suceder.

En el curso de 1816 vuelve a Chile, dejando en territorio peruano una Compañía (dos, según otros). Tras el desastre de Maipú, del que sólo se salvaron ocho oficiales y setenta hombres, los restos de la unidad tornan de nuevo a Perú. Cincuenta y nueve de los supervivientes son mandados de nuevo a Chile, en marzo de 1817, perdiéndose a partir de entonces su rastro.

En abril de ese año, el coronel del Batallón, Maroto, que se había quedado en Perú, sale para el Cuzco, con un cuadro de oficiales, suboficiales y personal de tropa. Para octubre, ya ha formado un nuevo Batallón, masivamente americano, en torno a la Compañía o Compañías que quedaron allí en 1816.

El otro Batallón americano de Talavera se organizó en 1814 sobre la base de las dos Compañías de preferencia del Batallón europeo, y tuvo corta vida.

— Castro (B.I.). Extinguido en Ayacucho.
— Guías del General (B.I.). Extinguido en Ayacucho.
— Granaderos (B.I.). Sublevado en Guayaquil. Incorporado en las filas independentistas, se desdobla en dos Batallones llamados Libertadores.
— Partidarios (B.I.). Disuelto tras la muerte de Olañeta.
— Arequipa (R.I.). II Batallón aniquilado en Maipú. Un Batallón capitula en El Callao.
— Concordia (R.I.). Unidad de Milicias que fue disuelta por San Martín cuando éste entró en Lima.
— Lealtad o Real Felipe (B.I.). Formado por los independentistas que se sublevaron en El Callao. Al menos parte del Cuerpo capituló en esa fortaleza con Rodil. Posiblemente, otros elementos se volvieron a alzar, esta vez contra los realistas.
— Cazadores (R.C.). Siguió la suerte del Ejército de Olañeta.
— Dragones Americanos o del Perú (R.C.). Sufrió pérdidas en Junín. Estuvo en Ayacucho, y se sublevó tras esta última batalla.
— Granaderos de la Guardia (R.C.). Experimentó bajas en Ayacucho. Disuelto posteriormente.
— Húsares de Fernando VII (R.C.). Inicialmente tuvo un Escuadrón peninsular. Bajas en Junín. Extinguido en Ayacucho.
— Dragones de la Unión (R.C.). Formado sobre un Escuadrón europeo. Comparte la trayectoria final de los Húsares.
— Escuadrón de San Carlos. Aniquilado en Ayacucho.
— Escuadrón de Alabarderos. Extinguido en Ayacucho.
— Escuadrón de Dragones de Arequipa. Deshecho en Maipú.
— Escuadrones de la Laguna. Se trataba de un Cuerpo de Milicias, que llegó a tener dos Escuadrones. Formó parte de la División de Olañeta, compartiendo el final de la misma.
— Escuadrón de Dragones de Santa Victoria. También de Milicias. Tuvo la misma suerte que la unidad anterior.
— Escuadrón de San Lorenzo. Compartió el destino de la unidad anterior.

6. *Chile.*

a) Peninsulares:
— Cantabria. Con los restos de ese Regimiento que llegaron a Chile se formó un Batallón que fue aniquilado durante el mando de Benavides.
— Escuadrón de Casadores-Dragones.
— Artillería.

b) Americanos:
— Valdivia (B.I.). Extinguido en Chacabuco. Reorganizado posteriormente.
— Concepción (B.I.). Aniquilado en Maipú.**
— Chiloé (B.I.). Deshecho en Chacabuco.
— Chillán (B.I.). Disuelto tras Maipú.
— Auxiliar de Chiloé (B.I.). Refundido en otros Cuerpos americanos.



** Los restos de este Batallón y de Valdivia, participaron en la desastrosa retirada que siguió a Maipú. En el curso de la misma, ambas unidades dejaron de existir a todos los efectos. Los supervivientes entraron a formar parte del Regimiento de Infantería Montada.

— Cazadores de Chile (B.I.). Aunque reclutado en aquel Reino, fue destinado a Perú, donde sería disuelto, al tiempo que su personal se incorporaba a otros Cuerpos americanos.
— Infantería Montada (B.I.). Formado con los restos de la Infantería realista, tras Maipú. Luego incorporado a los Húsares de la Muerte.
— Dragones de la Frontera (R.C.). Diezmado en Maipú. Sus restos pasan a los Dragones de Nueva Creación.
— Escuadrón de Húsares de la Concordia. Aniquilado en Chacabuco.
— Escuadrón de Carabineros de Abascal. También deshecho en Chacabuco.
— Escuadrón de Dragones de Chillán. Aniquilado en Maipú.
— Dragones de Nueva Creación (R.C.). Formado con los restos de la Caballería realista tras Maipú. Aniquilado en los combates de 1821.
— Húsares de la Muerte (R.C.). Corrió la misma suerte.
— Las unidades expedicionarias enviadas desde Perú tras la derrota de Chacabuco han sido mencionadas en el apartado número cinco.

APENDICE II

Las Unidades peninsulares y sus bajas

El envío de tropas peninsulares se realizó al siguiente ritmo (1). En cada caso se recoge el año de salida hacia América, no el de llegada.

1811. Expedición N.º 1. (2).1.757 hombres a La Habana y Veracruz (Regimiento Primero y Segundo Americano (3)).
Expedición N.º 2. 87 a Montevideo.
Expedición N.º 3. 224 a Puerto Rico (dos Compañías independientes llamadas americanas).

◆

(1) Hemos seguido sobre todo los informes de la Comisión de Reemplazos, de Las Amarillas y de O'Donojú. También, la obra de Clonard, aunque en menor grado, ya que contiene errores, como cuando afirma que Albuera pasó de Santa Marta a Montevideo. En realidad, fueron dos Batallones distintos de ese Regimiento los que sirvieron en esos lugares.

Es interesante observar las grandes diferencias existentes entre los efectivos de los diferentes Batallones expedicionarios. El II de Albuera sólo tenía 300 hombres; el I, 500; Fernando VII, 800; Saboya, 950... Ello se debió, al menos en parte, a problemas de reclutamiento y de organización en la península.

(2) La Comisión de Reemplazos utilizó dos numeraciones de las expediciones. En una, se recogen todas las que enviaron a América, incluyendo los correos marítimos. En la otra, únicamente los despachos de tropas. Aquí hemos seguido esta última.

(3) No conocemos ninguna relación completa de unidades expedicionarias. La de Clonard, la más conocida, no es exhaustiva.

1812. Expedición N.º 4. 1.263 a Veracruz (Regimiento de Zamora y Artillería).
Expedición N.º 5. 105 a Montevideo (una Compañía de nueva creación).
Expedición N.º 6. 308 a Santa Marta (II de Albuera).
Expedición N.º 7. 576 a Montevideo (I de Albuera; 437 hombres se perdieron en una naufragio).
Expedición N.º 8. 2.408 a Veracruz (I Asturias, Fernando VII, Lobera).
Expedición N.º 9. 950 a Veracruz (Castilla).
Expedición N.º 10. 214 a Maracaibo.

1813. Expedición N. 11. 214 a Santa Marta (dos Compañías sueltas; se unieron luego a Monteverde).
Expedición N.º 12. 2.620 a Veracruz (Extremadura y I Saboya).
Expedición N.º 13. 3.446 a Montevideo (Lorca, II Americano, Artillería, Escuadrón de Granaderos desmontado).
Expedición N.º 14. 1.449 a Costa Firme (Granada).
Expedición N.º 15. 1.473 a Lima (Talavera y Artillería).

1814. Expedición N.º 16. 118 a Lima.

1815. Expedición N.º 17. 12.254 a Costa Firme (León, Victoria, Extremadura, Unión, Castilla, Barbastro, Tiradores del General, Húsares de Fernando VII, Dragones de la Unión, Artillería y Zapadores).
Expedición N.º 18. 3.098 a Portobelo (Ordenes Militares y Navarra (4); 240 hombres perecieron).
Expedición N.º 19. 308 a Montevideo.
Expedición N.º 20. 1.479 a Lima (Gerona).

1816. Expedición N.º 21. 723 a Portobelo (Infante Don Carlos; Escuadrón de Caballería; Artillería).
Expedición N.º 22. 1.924 a La Habana (I y II Granada).
Expedición N.º 23. 1.565 a Veracruz (Zaragoza).
Expedición N.º 24. 135 a Veracruz.

1817. Expedición N.º 25. 1.102 a Lima (I de Burgos, I Escuadrón de Lanceros).
Expedición N.º 26. 1.962 a La Habana (¿dos Batallones de Navarra en tránsito?).
Expedición N.º 27. 1.139 a Portobelo (II Burgos y I Escuadrón de Lanceros).
Expedición N.º 28. 118 a La Guaira.



(4) La expedición número 18 plantea un interesante problema. Según la Comisión de Reemplazos, llegó a Portobelo el 8 de abril de 1816, lo que debe ser un error, ya que salió de la península entre el 14 de abril y el 14 de marzo de 1815. Alamán, normalmente muy bien documentado, indica que el 30 de junio de 1815 desembarcaron en Veracruz los Regimientos de Navarra y de Ordenes Militares, mientras que la Comisión no recoge llegada alguna de tropas en esa fecha. Dado que es indiscutible que ambos Cuerpos estuvieron en México, donde entraron por Veracruz, parece que, en este tema, los datos de la Comisión no son fiables.

La confusión puede derivar del hecho de que los dos Regimientos inicialmente estaban destinados a Perú, habiendo sido desviados a última hora hacia México.

1818. Expedición N.º 29. 1.950 a Lima (Cantabria, Escuadrón de Cazadores Dragones y Artillería; gran parte de la expedición fue capturada).

1819. Expedición N.º 30. 3.122 a La Habana (incluyendo a II Málaga y Cataluña).

En resumen:

1811. 1.068 hombres.
1812. 5.814 hombres (437 se perdieron).
1813. 9.202 hombres.
1814. 118 hombres.
1815. 17.139 hombres (240 se perdieron).
1816. 4.344 hombres.
1817. 4.321 hombres.
1818. 1.950 hombres (casi todos se perdieron).
1819. 3.122 hombres (una mínima parte nada más llegó a participar en operaciones, en la defensa de San Juan de Ulúa).

Atendiendo a los puntos de destinos, la distribución fue la siguiente (5):

México: 9.685.
Venezuela: 19.517.
Montevideo: 4.524.
Perú: 6.122.
La Habana y Puerto Rico: 7.232.

Hay que matizar, sin embargo, estos datos. Así, desde Venezuela Morillo envió a Lima 1.700 hombres y 700 a Puerto Rico. En cambio, recibió un Batallón de esta última lista, y retuvo una División entera destinada al Perú.

En conjunto, se enviaron 47.079 hombres, de los que llegaron a su destino 44.439. Teniendo en cuenta los que quedaron en La Habana y Puerto Rico, quizás el número total de los que entraron en combate se puede cifrar en torno a los 40.000.

Según Las Amarillas, en 1820 había 8.488 en Nueva España; 8.170 en Venezuela y Nueva Granada y 3.910 en Perú; 20.528 en total, más 508 en Panamá.

Estos datos indican que, para el año indicado, las fuerzas peninsulares habían sufrido en torno al 50% de bajas. Pero en otro lugar de su informe, al referirse al estado de la Infantería del Ejército español, señala que tenía 9.954 hombres destacados en Ultramar. De esa afirmación se deducen varias conclusiones. La primera es que los más de 20.000 hombres con que contaban los Cuerpos expedicionarios destinados en las regiones citadas en el párrafo anterior tenían un porcentaje de personal americano superior al 50%.

◆

(5) Por Armas, la distribución del refuerzo fue: unos 42.000 oficiales y soldados de Infantería; menos de 3.000 de Caballería; 1.300 de Artillería y unos 500 de Ingenieros.

La segunda es que como varios millares de esos 9.954 efectivos se hallaban en Cuba, el número de europeos que todavía quedaba entonces en los distintos teatros de operaciones tenía que ser inferior a esa cifra. Habría que incluir, pues, que en 1820, cuando aún no habían tenido lugar algunas de las batallas más sangrientas de la guerra, las unidades peninsulares empeñadas en ella habían experimentado más de un 80% de bajas.

Un cálculo muy elemental y aproximado de las pérdidas totales de estas tropas durante el período de las Guerras de Emancipación podría hacerse considerando los cuatro puntos principales donde actuaron: Nueva España, Venezuela (incluyendo Nueva Granada), Perú y Montevideo.

A México fueron, como hemos mencionado 9.685 hombres. Según Torrente, tras el Tratado de Córdoba salieron para Cuba 2.749, en dos expediciones.

En Venezuela desembarcaron 19.685 hombres. De ellos habría que deducir los que partieron para Lima y Puerto Rico, y el Batallón de Aragón, que sería aniquilado en la defensa de Quito. Podría estimarse, pues, que las tropas europeas que actuaron en aquel teatro de operaciones sumaron alrededor de 16.000 ó 17.000 hombres.

Según Restrepo, de ellos regresaron menos de 700, aunque es posible que en ese número no incluya la guarnición de Puerto Cabello. La cifra, bajísima, es a pesar de todo verosímil. En efecto, en la "Representación" que Morillo escribe a su vuelta a España, dice que en 1820 quedaban en Venezuela 2.000 europeos. La que enviaron oficiales de su antiguo Ejército, un año después, habla de 1.700 supervivientes.

Es concebible que tras Carabobo, y los asedios de Cartagena, Cumaná, Puerto Cabello y Maracaibo —hechos de armas acaecidos tras la fecha de la segunda "Representación"— la cantidad citada en ella quedará reducida a la que menciona Restrepo.

En cuanto a los 4.524 hombres que defendieron Montevideo, prácticamente todos fueron baja. Bien por las pérdidas sufridas en las operaciones en torno a la plaza y en el sitio de la misma, bien porque fueron hechos prisioneros e internados o alistados en las unidades ríoplatenses. Muy pocos volverán a España tras tantos avatares.

De los 6.122 que marcharon a Lima, regresaron a la península tras Ayacucho 748, a los que habría que añadir el puñado que se hallaba en El Callao.

La conclusión sería que de los aproximadamente 40.000 peninsulares que desembarcaron en la América continental durante el período de las Guerras de Emancipación, un máximo de 5.000 retornaron. Ello supone unas pérdidas en torno al 90%, muy poco frecuentes en la Historia Militar y que pueden parecer demasiado elevadas.

No obstante, es posible que no estén demasiado alejadas de la realidad. En efecto, hay que tener en cuenta algunos datos que pueden explicar esta verdadera hecatombe.

En primer lugar, la guerra fue muy larga. La mayoría de las tropas llegaron en la primera fase de la misma, entre 1812 y 1815, lo que significa que permanecieron en el teatro de operaciones durante muchos años, con las pérdidas consiguientes.

Por otro lado, las unidades peninsulares, consideradas de especial confianza, fueron empleadas de forma exhaustiva. Así, en Venezuela, el Regimiento de Granada, nada más desembarcar, participa en una serie ininterrumpida de combates, hasta quedar en cuadro. En Perú, Talavera y Burgos son enviados rápidamente a Chile, luchando allí hasta su destrucción.

En tercer lugar, en algunas regiones las campañas adquirieron el carácter de verdaderas guerras a muerte, lo que se traducía en bajas superiores a lo normal.

Por último, el clima, la enfermedades, la deficiente alimentación y los primitivos servicios de sanidad contribuyeron en gran medida a diezmar a las fuerzas.

En conclusión, la cifra de 5.000 supervivientes puede resultar verosímil. En ella seguramente se incluyen americanos que prefirieron irse a la península, y europeos que desertaron o que optaron por quedarse en Ultramar. Pero, en todo caso, los unos y los otros debieron suponer cifras relativamente reducidas. Además, los primeros causarían alta en el ejército de España y los segundos fueron considerados como bajas.

BIBLIOGRAFIA

ABASCAL, VIRREY DE. *Memoria de Gobierno,* Sevilla. 1944.

ALAMAN, LUCAS. *Historia de México,* México D. F. 1985.

ALBI, JULIO. *La defensa de las Indias,* Madrid 1987.

ALBI, JULIO y STAMPA, LEOPOLDO. *Campaña de la Caballería española en el siglo XIX,* Madrid 1985.

ALEXANDER, D. W. *Rod of iron,* Wilmington 1985.

AMARILLAS, marques de las. *Exposición del estado actual del Ejército español,* Madrid 1820.

AMUNATEGUI, MIGUEL LUIS y GREGORIO VICTOR. *La reconquista española de Chile,* Madrid sin fecha.

ANDRADE, ROBERTO. *Historia del Ecuador,* Quito 1982.

ANNA, TIMOTHY E. *España y la Independencia de América,* México D. F. 1986.
—. *La caída del gobierno español en la ciudad de México,* México D. F. 1981.

ARCHER, CHRISTON I. *The Army in Bourbon México,* Alburquerque 1977.
—. "To save the King", Hispanic American Historical Review, mayo 1975.
—. "Where did all the Royalist go?" (inédito).
—. "The Young Antonio López de Santa Anna" (inédito).
—. "Combatting the invisible enemy" (inédito).

Archivo de D. Bernardo O'Higgins, Santiago 1947.

BARADO, FFRANCISCO. *Museo Militar de España,* Barcelona 1886.

BARRA, FELIPE DE LA. *Campañas de Junin y Ayacucho,* Lima 1974.

BARROS ARANA, DIEGO. *Historia General de Chile,* Santiago 1889.

BAUZA, FRANCISCO. *Historia de la dominación española en el Uruguay,* Montevideo 1965.

BECKER, JERONIMO. *La independencia de América,* Madrid 1922.

BERMUDEZ DE CASTRO, LUIS. *Boves,* Madrid 1931.

BEST, FELIX. *Historia de las guerras argentinas,* Buenos Aires 1960.

BEVERINA, JUAN. *El virreinato del Río de la Plata. Su organización militar,* Buenos Aires 1935.

BIDONDO, EMILIO A. *Coronel Juan Guillermo Mariategui,* Madrid 1982.

BRIEBA, LIBORIO E. *Los Talaveras,* Santiago 1936.

BULDAIN JACA, BLANCA ESTHER. "Reformas administrativas y sociales del Ejército en transición de 1820", Revista del Servicio Histórico Militar (S. H. M.), número 64, Madrid 1988.

BUSTAMANTE, CARLOS MARIA. *Cuadro Histórico de la Revolución mexicana,* México D. F. 1961.

CAMPBELL, LEON G. *Military and reform in colonial Peru,* Filadelfia 1978.

CASTILLOS, SERVANDO E. "La revolución de 1811 en la Banda Oriental", Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, Montevideo 1964.

CHANDLER, DAVID. *The campaigns of Napoleon,* Londres 1964.

CLONARD, CONDE DE. *Historia Orgánica de las Armas de Infantería y Caballería españolas,* Madrid 1859.

COCHRANE, THOMAS. *Narrative of the services in the liberation of Chile, Peru and Brasil,* Londres, 1859.

COMISION MIXTA DEL SESQUICENTENARIO, *Ayacucho,* Lima 1974.

DESCOLA, JEAN. *Los Libertadores,* Barcelona 1960.

DESTEFANI, LAURIO H. "La Real Armada y la guera naval de la Emancipación Americana", IV Congreso de Historia de América, Buenos Aires, 1966.

DESTRUGE, CAMILO. *Historia de la Revolución de octubre y Campaña Libertadora,* Guayaquil 1982

DIAZ, FRANCISCO JAVIER. *La batalla de Maipú,* Santiago 1946.

DIAZ DIAZ, OSWALDO. *La reconquista española,* Bogotá 1964.

DIAZ VENTEO, FERNANDO. *Campañas militares del virrey Abascal,* Sevilla 1948.

DUARTE LEVEL, LINO. *Historia Militar y Política de Venezuela,* Madrid sin fecha.

ESDAILE, CHARLES. *The Spanish Army in the Peninsular War,* Manchester 1988.

ESPINOSA, JOSE MARIA. *Memorias de un abanderado,* Madrid 1920.

ESTADO MAYOR CENTRAL DEL EJERCITO, *Historia Militar de Chile,* Santiago 1984.

Estados Militares de la época.

EYZAGUIRRE, JAIME. *O'Higgins,* Santiago 1982.

FERNANDEZ BASTARRECHE, FERNANDO. *El Ejército español en el siglo XIX,* Madrid 1978.

FERNANDEZ DURO, CESAREO. *Armada española,* Madrid 1973.

FERRAZ. General. *Reglamento para el ejercicio y maniobras de la Caballería,* Madrid 1847.

FRIAS O'VALLE, JOSE. "La batalla de Boyacá"; Revista S.H.M., número 31, Madrid 1971.

FUENTES CERVERA, EDUARDO DE. "La organización de nuestro Ejército", en *La Guerra de España y los sitios de Zaragoza,* Zaragoza 1958.

GANA, RAFAEL. "Memorias del sargento mayor Rafael Gana", Revista chilena de Historia y Geografía, números 16, 17 y 27, 1914-17.

GARCIA CAMBA, GENERAL. *Memorias para la historia de las armas españolas en el Perú,* Madrid 1916.

GARCIA DE LEON Y PIZARRO, JOSE. *Memorias,* Madrid 1953.

GATES, DAVID. *The Spanish Ulcer,* Londres 1986.

GONZALEZ GARCIA, SEBASTIAN. "El aniquilamiento del Ejército expedicionario de Costa Firme", Revista de Indias, año XXII, números 87-88.

HASBROUCK, ALFRED. *Foreign Legionaries in the Liberation of Spanish South America,* Nueva York 1969.

HEREDIA, EDMUNDO A. *Planes españoles para reconquistar Hispanoamérica,* Buenos Aires 1974.

HEREDIA, J. F. *Memorias del Regente Heredia,* Madrid sin fecha.

Historia de la Guerra de Independencia, por una Sociedad de Literatos, Madrid 1839.

HOLMES, JACK D. J. *Honour and Fidelity,* Birmingham 1965.

HUGUES, B. P. *Firepower,* Londres 1974.

HUIDOBRO GUTIERREZ, RAMON. "La batalla de San Carlos, Revista chilena de Historia y Geografía, número 10, 1913.

ITURBIDE, AGUSTIN DE. *Memorias,* Madrid 1918.

KUETHE, ALLAN J. *Military reform and society in Nueva Granada,* Gainsville 1978.
—. *Cuba 1753-1815,* Knoxvilla 1986.

LAFUENTE FERRARI, ENRIQUE. *El virrey Iturrigaray y los or»genes de la independencia de México,* Madrid 1914.

LARA, ALBERTO. "La batalla de Chacabuco", Revista chilena de Historia y Geografía, números 27-31 y 36, Santiago 1917-18.

LARA, JORGE SALVADOR. *La documentación sobre los próceres de la Independencia y la crítica histórica,* Quito 1958.

LA SERNA, Virrey. "Manifiesto que de la criminal conducta del general Olañeta hace a S.M. el Vireey del Perú", Cuzco 1824.

LECUNA, VICENTE. *Crónica razonada de las guerras de Bolívar,* Nueva York 1961.
—. *Bolívar y el arte militar,* Nueva York 1955.

LEON TORAL, JESUS DE Y OTROS. *El Ejército mexicano,* México D. F. 1979.

LEONI, LUIS ALBERTO. *Regimiento de Granaderos a Caballo de los Andes,* Buenos Aires 1968.

LIEVANO AGUIRRE, INDALECIO. *Bolívar,* Madrid 1983.

LION VALDERRABANO, RAUL Y SILVELA Y MILANS DEL BOSCH, JUAN. *La Caballería en la Historia Militar,* Valladolid 1979.

LOPEZ, MANUEL ANTONIO. *Recuerdos históricos de la Guerra de Independencia,* Madrid 1919.

LOPEZ RUBIO, SERGIO E. *Los vengadores de Rancagua,* Santiago 1987.

LYNCH, JOHN. *The Spanish American Revolutions,* Nueva York 1986.

MAQUEDA ABREU, CONSUELO. "La restauración de Fernando VII y el reclutamiento militar", Revista S. H. M., número 62, Madrid 1987.

MARCHENA FERNANDEZ, JUAN. *Oficiales y soldados del Ejército de América,* Sevilla 1983.
—. *La institución militar en Cartagena de Indias,* Sevilla 1982.

MARTINEZ, FRAY MELCHOR. *Memoria Histórica sobre la Revolución de Chile,* Santiago 1964.

MATILLA TASCON, A. "Las expediciones o reemplazos militares enviados desde Cádiz a reprimir el movimiento de independencia de Hispanoamérica", Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, Madrid 1951.

MC. ALLISTER, LYLE NO. *The Fuero Militar in New Spain,* Westport 1974.

Memorias de un oficial de la Legión Británica, Madrid sin fecha.

Memorias sobre las operaciones de la Comisión de Reemplazos de América, Madrid 1931.

MILLER, GENERAL. *Memorias,* Madrid 1910.

MITRE, BARTOLOME. Historia de Belgrano, Buenos Aires 1950.
—. *Historia de San Martín,* Buenos Aires 1968.

MOLINA DE ARAGON, STELLA MARIS. "Política ultramarina de Fernando VII", Revista S. H. M., número 41, Madrid 1986.
—. "La expedición pacificadora al Río de la Plata", Revista S.H.M., número 42, Madrid 1987.

MONTERO BENICIO. *El sitio de Cuautla,* Cuernavaca 1982.

MORAL MARTIN, VICTORIANO. "Los últimos años del Ejército español en el Perú", Revista S. H. M., números 33-35, Madrid 1973.

MORENO ALONSO, MANUEL. "La política americana de las Cortes de Cádiz", Cuadernos Hispanoamericanos, Madrid 1988.

MORILLO, GENERAL. *Memorias,* París 1826.

NAPIER, SIR W. F. P. *History of the War in the Peninsula,* Londres 1850.

NAVARRO Y RODRIGUEZ, CARLOS. *Vida de Agustín de Iturbide,* Madrid 1919.

O'CONNOR, BURDETT. *La independencia americana,* Madrid sin fecha.

O'DONOJU, JUAN. *Memoria leída en las Cortes por el Señor Secretario del Despacho de la Guerra,* Cádiz, octubre 1813.

O'HIGGINS, BERNARDO. "La relación de la batalla de Rancagua por D. Bernardo O'Higgins", Revista chilena de Historia y Geografía, número 15, Santiago 1914.
—. "Manifiesto que hace a las Naciones el Director Supremo de Chile", Santiago 1818.

O'LEARY, DANIEL F. *Bolívar y la Emancipación de Suramérica,* Madrid 1915.

OMAN, CHARLES. *A History of the Peninsular War,* Oxford 1903-30.

OÑAT, ROBERTO Y ROA, CARLOS. *Régimen legal del Ejército en el reino de Chile,* Santiago 1953.

PAEZ, JOSE ANTONIO. *Memorias,* Madrid sin fecha.

PAZ, JOSE MARIA. *Memorias,* Madrid sin fecha.

PAZ SOLDAN, FELIPE. *Historia del Perú independiente,* Madrid 1919.

PEREYRA, CARLOS. *El general Sucre,* Madrid sin fecha.

PERI FAGERSTROM, RENE. *Apuntes y transcripciones*, Santiago 1982.

PEZUELA, VIRREY DE LA. *Memoria de Gobierno*, Sevilla 1947.

PLAZAS OLARTE, GUILLERMO. *La Independencia*, Bogotá 1971.

POSADAS, GERVASIO ANTONIO. *Memorias*, Madrid 1920.

PRIEGO LOPEZ, JUAN. *Guerra de Independencia*, Madrid 1972-81.

PUIGGROS, ERNESTO. "Batalla de Las Piedras", Boletín Histórico del Ejército, números 271-274, Montevideo 1986.

QUINTANILLA, ANTONIO DE LA. *Memorias*, Santiago 1895.

RAMOS MEJIA, H. G. *Historia de la Nación Argentina*, Buenos Aires 1945.

RESTREPO, JOSE MANUEL. *Historia de la Revolución de la República de Colombia*, Besanzon 1858.

REYES, OSCAR EFREN. *Historia de la República*, Quito 1931.

RIAÑO, CAMILO. *La Campaña Libertadora de 1819*, Bogotá 1969.
—. *Historia Militar de la Independencia*, Bogotá 1971.

RIVAS FABAL, JOSE ENRIQUE. *Historia de la Infantería de Marina Española*, Madrid 1970.

RODIL, JOSE MARIA. *Memoria del sitio del Callao*, Sevilla 1955.

RODRIGUEZ, LUIS A. *Ayacucho*, Quito 1975.

RODRIGUEZ VILLA, ANTONIO. *El teniente genral D. Pablo Morillo*, Madrid 1920.

RUMAZO GONZALEZ, ALFONSO. *Sucre, Gran Mariscal de Ayacucho*, Madrid 1980.

SANTANA, ARTURO. *La Campaña de Carabobo*, Caracas 1921.

SECRETARIA DE DEFENSA. *La Caballería en México*, México, D. F. sin fecha.

SERVICIO HISTORICO MILITAR. *Heráldica e Historiales del Ejército*, Madrid 1969.

SEVILLA, RAFAEL. *Memorias de un oficial del Ejército español*, Madrid 1916.

SIMS, HAROLD. *La reconquista de México*, México D. F. 1989.

STEVENSON, WILLIAM BENNET. *Memorias*, Madrid sin fecha.

STOAN, STEPHEN K. *Morillo and Venezuela*, Ohio University, Press 1974.

SUAREZ, SANTIAGO GERARDO. *Las Milicias,* Caracas 1984.

TEJA ZABRE, ALFONSO. *Morelos,* Buenos Aires 1956.

THOMAS, JUAN. "La batalla de Rancagua", Revista chilena de Historia y Geografía, número 16, Santiago 1914.

TORATA, CONDE DE. *Exposición que dirige al Rey Don Fernando VII el mariscal de campo Don Jerónimo Valdés,* Madrid 1894-98.

TORRE VILLAR, ERNESTO DE LA. *La Independencia mexicana,* México D. F. 1982.

TORRENTE, MARIANO. *Historia de la Revolución Americana,* Madrid 1830.
—. *Historia de la Independencia de México,* Madrid 1918.

TORRES MARIN, MANUEL. "El Ejército Real de Chile", Revista S. H. M., número 53, Madrid 1982.

Ultimos días de la Reconquista española. Proceso seguido de orden del Virrey a los jefes y oficiales del Ejército realista derrotado en Chacabuco, Colección de Historiadores y Documentos relativos a la independencia de Chile, vol. XXVIII, Santiago 1930.

URDANETA, GENERAL. *Memorias,* Madrid 1911.

URQUINIONA, PEDRO DE. *Memorias,* Madrid 1917.

VALDIVIESO MONTANARO, A. *Jośe Tomás Boves,* Caracas 1955.

VARGAS, ALEJANDRO. *La Guardia de Honor,* Caracas 1975.

VARGAS UGARTE, RUBEN. *Historia del Perú,* Buenos Aires 1958.

VEGA JUANINO, JOSEFA. *La Institución Militar en Michoacan,* Zamora 1986.

VELAZQUEZ, MARIA DEL CARMEN. *El estado de guerra en Nueva España,* México D. F. 1950.

VERGARA Y VELASCO, F. J. *1818,* Bogotá 1960.

VICUÑA MACKENNA, BENJAMIN. *La guerra a muerte,* Santiago 1972.

VICUÑA MACKENNA, BENJAMIN. "El socorro del Membrillar", Sociedad Chilena de Historia y Geografía, número 21, Santiago 1916.

WOODWARD, MARGARET. "The Spanish Army and the loss of America", Hispanic American Historical Review, vol. XLVIII, número 4, 1968.

El tema central de *Banderas Olvidadas* es el esfuerzo militar realista para hacer frente a los movimientos emancipadores de la América española a principios del siglo XIX.

Generalmente, se considera que los principales protagonistas de la larga lucha fueron los padres de la independencia: San Martín, Bolívar, O'Higgins... y los hombres que consiguieron la victoria.

Pero, como siempre, hay también otra cara de la moneda. Nos referimos a los derrotados, a los millares de hombres, en su mayoría americanos, que, agrupados alrededor de banderas hoy olvidadas lucharon y murieron defendiendo, contra los vientos de la Historia, la soberanía española sobre aquellas tierras.

Este libro es un modesto intento de recuperar, sin nostalgia ni rencor, la memoria de un sacrificio tan inútil como digno de recuerdo.